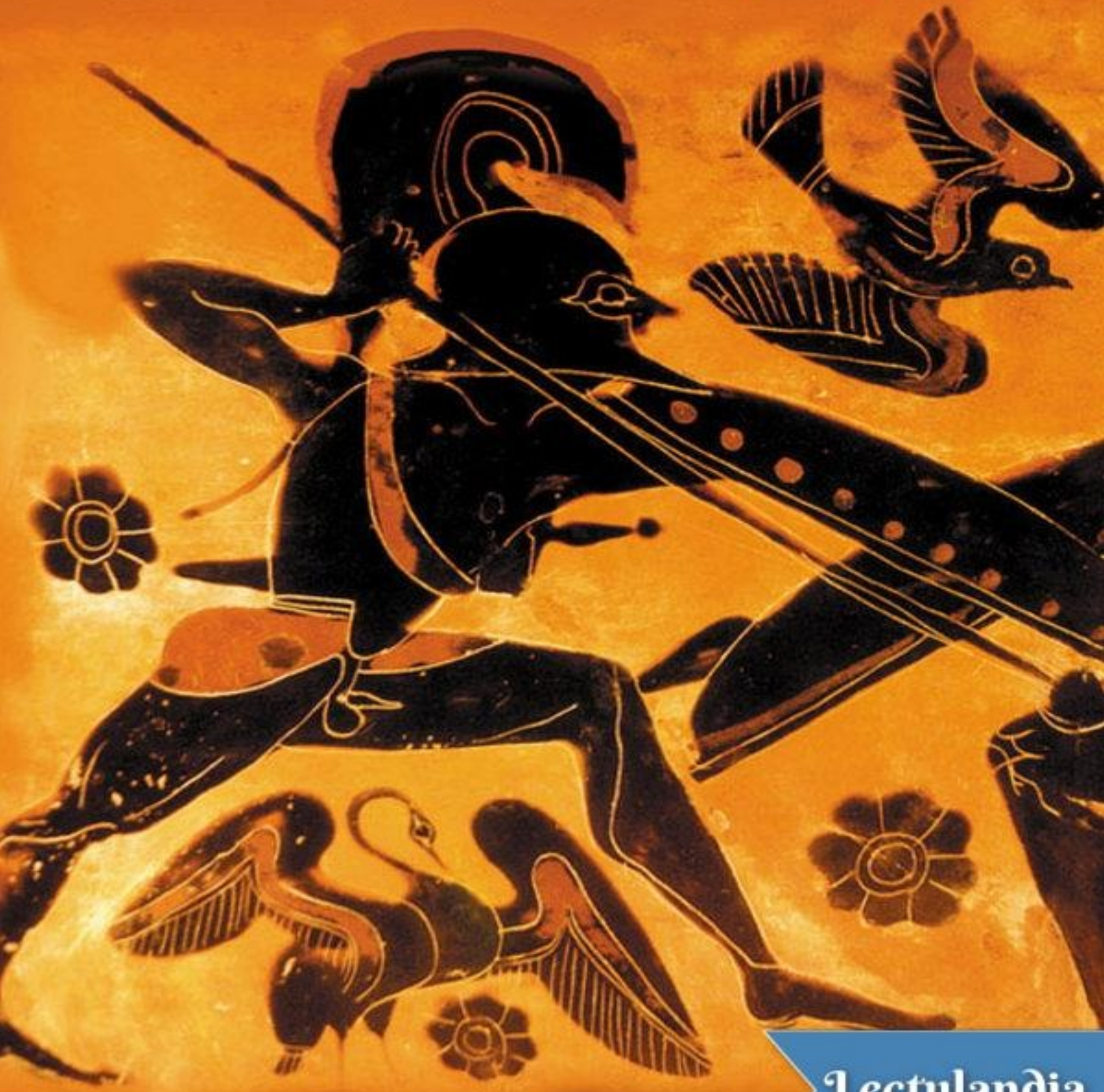
GISBERT HAEFS

TROYA



Lectulandia

Toda evocación de Troya nos transporta a un mundo en el que el mito y la realidad se entrecruzan constantemente, un mundo del que se nutre la mejor literatura de todos los tiempos. Gisbert Haefs visita de nuevo la mítica ciudad para ofrecernos esta extraordinaria epopeya histórica en la que confluyen Ulises, Paris y Aquiles con algunos de los protagonistas de los grandes cambios políticos que se produjeron en el Mediterráneo oriental en el siglo II a. C., un espléndido fresco de un momento clave en la formación de nuestra cultura.

Lectulandia

Gisbert Haefs

Troya

ePub r1.0
AlNoah 26.08.13

Título original: *Troja*
Gisbert Haefs, 1997
Traducción: Carlos Fortea
Ilustración de cubierta: Detalle del vaso François, del siglo VI a. C. (Museo Arqueológico Florencia)
Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«Cuatro son las historias. Una, la más antigua, es la de una fuerte ciudad que cercan y defienden hombres valientes. Los defensores saben que la ciudad será entregada al hierro y al fuego y que su batalla es inútil; el más famoso de los agresores, Aquiles, sabe que su destino es morir antes de la victoria […].
»Otra, que se vincula a la primera, es la de un regreso. El de Ulises, que, al cabo de diez años de errar por mares peligrosos y de demorarse en islas de encantamiento, vuelve a su Ítaca; el de las divinidades del Norte que, una vez destruida la tierra, la ven surgir del mar, verde y lúcida, y hallan perdidas en el césped las piezas de ajedrez con que antes jugaron.
»La tercera historia es la de una busca. Podemos ver en ella una variación de la forma anterior. Jasón y el vellocino; los treinta pájaros del persa, que cruzan montañas y mares y ven la cara de su dios, el Simurgh, que es cada uno de ellos y todos. En el pasado toda empresa era venturosa. Alguien robaba, al fin, las prohibidas manzanas de oro; alguien, al fin, merecía la conquista del Grial. Ahora, la busca está condenada al fracaso. El capitán Ahab da con la ballena y la ballena lo deshace; los héroes de James o de Kafka sólo pueden esperar la derrota. Somos tan pobres de valor y de fe que ya el *happy-ending* no es otra cosa que un halago industrial. No podemos creer en el cielo, pero sí en el infierno.
»La última historia es la del sacrificio de un dios. Attis, en Frigia, se mutila y se mata; Odín, sacrificado a Odín. Él mismo a Sí Mismo, pende del árbol nueve noches enteras y es herido de lanza; Cristo es crucificado por los romanos.
»Cuatro son las historias. Durante el tiempo que nos queda seguiremos narrándolas, transformadas».

JORGE LUIS BORGES

1. LA ODISEA DEL ATENIENSE

[589 a. C.] Una clara y fría mañana de primavera, un pescador lo llevó a la playa de Salamina. Juntos izaron del bote el equipaje: tres pesados baúles y una bolsa de viaje. El ateniense dio al pescador un dracma, dos tercios del precio acordado, y le pidió que se quedara un rato custodiando los baúles. La costa ática quedaba fuera de su campo de visión, más allá del cabo. Solón no volvió la vista atrás.

Tenía cincuenta años. Ahora era libre. Había escrito poemas y leyes para su pueblo; había combatido en la guerra y luchado en la paz según le pareciera justo y necesario, sin sucumbir a los deseos de los poderosos ni ceder a los anhelos de los que carecían de poder: como un poste fronterizo entre los grupos, como un lobo acosado por una jauría. Un año de arconte en la suprema magistratura; un año en que condonó las deudas de los campesinos, abolió la servidumbre por deudas de los pequeños arrendatarios y la esclavitud por deudas; un año en que reordenó las medidas, pesos y monedas, redactó leyes nuevas para todos los ámbitos de la vida (tribunales, electores, cargos…) en esa lengua arcaica que cien años antes había sido llevada por Hesíodo y Homero a la sonoridad y la flexibilidad; leyes para la pacífica convivencia entre las clases, a imagen del mundo de los dioses de Hesíodo y del mundo de los héroes de Homero. Prestó juramento de obedecer todas esas leyes, y se le dieron plenos poderes arbitrales, fue respetado por todos y durante tres años combatido por todos.

Se acabó. Lo abandonó todo, escribió cartas, recibió respuestas, vendió sus posesiones. Se despidió de sus enemigos; que los amigos le echaran de menos sin ser molestados, lo que acrecienta la amistad y no profana la distancia.

Los tres baúles del mercader Solón contenían barras de hierro, barras de plata y monedas de oro acuñadas durante su mandato, cuyo peso reglado permitía canjearlas por las unidades de otras regiones y por fin hizo posible a Atenas participar en el comercio exterior. A Atenas y a él.

En la playa había pequeños botes de pescadores y un panzudo carguero; no lejos de allí, como una ballena varada, un barco de guerra con deterioradas placas de bronce y densa capa de líquenes bajo la línea de flotación. Al lado, herramientas, tablas, escalas, cubas, raederas tiradas al azar… La pausa del mediodía. De un caldero puesto al fuego que se iba extinguiendo emanaba un acre olor a pez hirviendo.

Solón caminó chapoteando por la playa hasta el camino. Allí alguien había vaciado un cubo con tripas de pescado; las gaviotas se lanzaban en picado y chillaban entre los apestosos restos, sin dejarse perturbar. Cuando alcanzó el camino, se sacudió la arena de las sandalias y se dirigió al pueblo.

Diez años atrás, había acaudillado la guerra de Atenas contra Megara por el control de Salamina. Con cada paso que daba se acercaba a los recuerdos y se alejaba de la carga. Respiró hondo y olió y notó el sabor a sal, pez, pescado podrido, cordelería y desechos, y en todo, o sobre todo, la promesa de nuevos horizontes y libertad.

Salamina, capital de la isla, no parecía haber cambiado mucho. La dársena de la guerra, levantada apenas en un tercio, estaba desecada; el dique avanzado en la bahía, en el que habían podido atracar las naves, derrumbado en necias ínsulas. El caserío mismo, un hervidero de casas blancas, tenía probablemente el mismo aspecto que hacía seiscientos años, cuando Áyax partió desde allí a Troya.

La casa del mercader Policles estaba en la segunda calle que, desde el camino, entraba en el pueblo: barro y charcos. Solón oyó una profunda risa de hombres que salía de un fogón; una olorosa nube hizo gruñir su estómago. Atravesó el patio, cubierto de bailonas piedras, que había tras el muro de adobe, titubeó y se dirigió luego al almacén, un edificio de piedra sin desbastar, cabrios y ripias. Policles estaba en pie con el ceño fruncido entre fardos, baúles y tinajas, vestido con una túnica de lana. Borraba con la manga unas letras de tiza de una pizarra que sostenía con la mano izquierda. Cuando oyó los pasos de Solón, se limitó a volver la cabeza.

—Ah, el noble estadista. Como pronto será hora de comer, no debería asombrarme tu llegada. Las cosas comestibles atraen a bichos… moscas, cantantes y políticos.

Solón tocó ligeramente el hombro del mercader.

—Que la malevolencia de los dioses sea contigo, repartidor de nocivas mercancías. El estadista se ha quedado en Atenas y no puede sentirse ofendido; estás hablando con el comerciante libre Solón. Pero es cierto que tiene mucha hambre.

Policles se echó a reír.

—Bien, bien. Los otros esperan en la taberna. Ven.

Dejó la pizarra sobre un tocón y llevó a Solón consigo tomándolo del brazo.

—Despacio. Mi bolsa de viaje y mis mercaderías…

—¿Dónde están?

—En una barca de pescadores, en la playa. El pescador espera, y quiere volver a casa.

Policles alzó las manos.

—¡Oh, prisa que espolea a los caballos! Ve, deja todo en la playa, mándalo a casa y luego ven a comer.

Solón siguió donde estaba.

—¿Quieres que lo deje todo ahí tirado?

Policles sonrió y tiró de él; al llegar a la taberna le soltó y le dijo:

—No estamos, noble señor, en la ciudad que tan acertadamente administrabas,

con su pléyade de ladrones, rameras y hombres oscuros, oh no; estamos en una isla de hombres inofensivos, donde todo el mundo conoce a todo el mundo y nadie robaría más que a un extranjero.

—A mí, por ejemplo —suspiró Solón—. Bueno, ya que tú lo propones… ¿Y si después falta algo?

—Entonces, que te sirva de valiosa experiencia, y no vuelvas a confiar nunca en un mercader de Salamina.

Les llevó cuatro días conocerse (o refrescar su viejo conocimiento), estibar el carguero en la playa de la bahía y esperar buenos vientos. Policles, propietario del barco ya no del todo nuevo, había calculado la duración del viaje y todos los gastos previsibles y exigió 300 dracmas a cada uno de los otros cinco mercaderes, luego rebajó a regañadientes hasta 250 y sonrió cuando se cerró el trato.

—Se llama *Glauke*, dicho sea de paso —dijo en la primera visita y carga del barco. Palmeó las planchas de la borda—. ¿Acaso no se asienta, cómodo y cachazudo, como un ama de cría a la que numerosos diablillos miran mientras escarban en la arena? Una hermana de mi padre… echó de su amplio vientre catorce hijos al mundo. Una buena bodega. Se llamaba Glauke.

—¿Cuántos somos en total? —Laógoras, que no había visto su ciudad natal de Yolcos desde hacía años, fue a la proa, se puso de puntillas, agarró el borde superior del encofrado y lo sacudió.

—Deja en paz el bote. Somos seis. Más el patrón del barco; de su arte depende la vida de todos…

—¿Buen marino?

Policles puso los ojos en blanco.

—¿Confiaría mi vida a un mal *kibernete*? Zenón es medio heleno; su madre era fenicia. Procede de Cition, y ha aprendido todo lo que los fenicios de Chipre podían enseñarle sobre el mar y los barcos. Su segundo timonel, Examios. Tres marineros experimentados. Seis esclavos… dos míos y uno de cada uno de vosotros, Solón aparte.

—Diecisiete, pues. ¿Y ninguna esclava? —dijo Solón.

Policles rió por lo bajo.

—¿*Una* esclava y diecisiete hombres? Pobre criatura. No. Además, todos estamos unidos a virtuosas esposas. Aparte de ti, amigo.

Laógoras miró de reojo al ateniense.

—¿No tienes esposa? ¿Podré estar seguro a bordo por las noches o tengo que taparme la espita?

—Murió. Hace siete, no, ocho años. Pierde cuidado; puede que tu culo te sirva para sentarte, pero no es una tentación irresistible para mí.

El *Glauke* medía unos veinte pasos de eslora y siete de manga. Bajo la elevada

popa con los dos timones laterales había un pequeño camarote, cerrado con una cortina de cuero. Policles se reservó ese espacio para si y su equipaje. Los otros tuvieron que acomodarse en cubierta lo mejor que pudieron, con sacos de heno, mantas y esterillas de cuero, delante y detrás del mástil, entre escotillas de carga, rollos de soga, herramientas, toneles de agua y todo el aparejo fijo y móvil. Al pie del mástil, una pequeña estufa de hierro era fijada con clavos y pernos.

Bajo la cubierta, sin más espacio que para un hombre de pie, se almacenaron y aseguraron las provisiones y mercancías. Los baúles de Solón, con su hierro y su plata, hubieron de ser apuntalados contra la borda. El otro ateniense, Elfenor, había comprado a un pequeño armero la producción de un año: hojas de espada, largos cuchillos sin mango, puntas de lanza, puntas de flecha, todo en bolsas de cuero, envuelto en grasientos paños, o en hatillos hechos con paños mojados en aceite.

—En Egipto hay poco hierro y mucha guerra —dijo—. Aquí los herreros bostezan con la horrible paz provocada por políticos como Solón.

—Consuélate. —Baitón sonrió ampliamente—. Como todas las medidas, también ésa será de corta duración.

El corintio, enjuto y cetrino, se había embarcado también con productos áticos de herrería, pero no de aquellos que dependían de los caprichos de Ares: tachuelas, clavos, taladros, tenazas, cabezas de martillo. Policles y Laógoras embarcaron grandes recipientes que fueron puestos en soportes en la bodega; contenían aceite del Ática. En un puerto de Creta cambiaría la mitad por vino para los egipcios.

Pílades, por fin, de unos treinta años, el más joven de los mercaderes, había vuelto hacía poco de Tracia con valiosas pieles y ámbar del norte. Procedía de la isla de Melos, en la que harían escala antes de fondear en Creta; allí pensaba hacer el trueque de una parte de sus mercancías por recipientes sacrificiales encargados a los alfareros de la isla: ánforas, jarrones, cráteras con inscripciones pirografiadas como HERODOTO PARA APOLO o RODOFIS DA LAS GRACIAS A AFRODITA. Los helenos asentados en Egipto pagaban mucho por esas ofrendas; todos los veleros traían nuevas listas con pedidos nominales para los alfareros.

A la mañana del quinto día, el *kibernetes* Zenón juzgó el viento del norte suficientemente favorable. Poco después de salir el sol, se hizo a la mar el *Glauke*; los esclavos remaron contra el viento para salir de la bahía. Solón se sumergió en la contemplación de la costa ática, hasta que uno de los marineros le empujó y echó a un lado para izar la vela.

El ateniense contempló la costa de la isla a medida que se alejaba y contó los latidos de su corazón. Calculó que en una hora cubrirían aproximadamente el tramo que un hombre ágil dejaría atrás, sin carga y en terreno llano, en cinco horas. Zenón parecía malhumorado; hizo abrir las escotillas e indicó a los esclavos que movieran cajas, fardos y estantes. Después fue tres veces de proa a popa y de popa a proa,

movió la cabeza y mandó cerrar de nuevo las escotillas. Solón no pudo constatar diferencia alguna con el anterior comportamiento del carguero, pero el medio fenicio sonrió.

—Ah, ésta es en verdad una vida dura. —Elfenor estaba sentado en un saco de heno, con la espalda apoyada en la borda, e hizo que su esclavo le trajera una jarra de vino mezclado con agua—. Miserable destino el de los marinos. —Bebió y eructó.

Baitón no perdía ojo a un esclavo, que, en cuclillas delante de la estufa, se afanaba en hacer girar con un arco y una cuerda la vara de laurel clavada en tierna madera de yedra; un segundo esclavo tenía lista a su lado una esponja seca.

—Ay de aquellos que no retornan en oscuras naves —dijo Pílades—, en el mar de color de vino de los dioses y de los de vientos, injusticia y todo eso, etcétera. Dame también a mí un vaso, esclavo.

Se sentó junto al ateniense.

Solón se apoyó en la borda.

—¿De color de vino? —Escupió por encima de la borda. El sol brillaba en algún sitio más allá de un velo de vapor—. ¿Con esta luz? Digamos verde moco, ¿no? El mar de verde moco que encoge los escrotos.

—¿Por qué has cambiado de la inutilidad de los cargos al deshonor del comercio? —dijo Pílades. Se sentó en un rollo de cuerda y alzó la vista hacia Solón.

—Por descuido. O llámalo por ligereza. Quiero derrochar en el comercio marítimo lo que ha quedado de mi patrimonio después de los años dedicados a la política.

—¿No tienes hijos?

Solón se encogió de hombros.

—Un hijo. Él se quedó con la mitad; el resto lo he vendido. No me fue concedido más que ese hijo. Los dioses saben que lo he intentado hasta el agotamiento —rió; los otros le imitaron—. Los campos que aré estaban de barbecho, y yermos los surcos en los que sembré. O viceversa. Tuve en cierta medida el placer de sembrar sin el esfuerzo de coger la cosecha.

Policles, que había sacado un escabel de su camarote, se sentó e hizo una seña a uno de sus esclavos.

—¡Vino!… ¿Qué parte de tu patrimonio perdiste en el cargo?

—Según como se mire. O toda mi herencia o todo lo que había ganado como mercader antes de… Bueno, la mitad de lo que poseía hace diez años.

Pílades movió lentamente la cabeza.

—¿Y tú mismo regulaste así el acceso a los cargos…? ¿No sería mejor abrir los cargos, incluso los elevados, a todo aquel que sirva para ellos y pagarle?

Solón se limitó a gruñir; Policles se columpió en su escabel hasta que un poco de vino se le derramó de la copa.

—Espantosa propuesta —dijo—. Ése intentaría ganar todo lo posible en su año de mandato, en vez de trabajar por el bien común. Sería sobornable… probablemente. Sólo quien sea lo bastante rico como para no tener que desperdiciar durante ese año ni un solo pensamiento acerca de su propio bienestar puede tratar sensatamente con el poder. Si es que puede; como todos sabemos, la mayoría de los arcontes fueron incapaces a pesar de su bienestar. O fueron influenciables.

Por fin, el esclavo logró encender fuego; casi al mismo tiempo, el sol se abrió paso por entre la niebla. Baitón batió palmas.

—Ah. ¡Los corceles de Helios se cagan!

Elfenor bostezó.

—Y si ahora hay alguien que cuenta algo de Eos, la de los dedos de rosa, gritaré. —Vació la copa, hizo una seña al esclavo y movió el trasero en su saco de heno, como si quisiera aplastar algún bicho molesto—. No puedo soportar esas frases hechas.

—Eh, tú, que yaces en tu elevado lecho —dijo Laógoras con una risita ahogada —, no dejes que de la cerca de tus dientes escapen tan alicaídas palabras. Así es entre nosotros, los aqueos, desde que elegimos a los nobles señores, en vez de matarlos, para ostentar los cargos, y decidieron que ese aedo ciego, probablemente sordo y sin duda ronco, sustituyera a los dioses explicándonos su mala conducta. Es simplemente así. Tendrás que conformarte; de lo contrario, salta desde este hueco barco de negro vientre a esa cosa de color de vino.

—No te burles. —La voz de Solón sonó tan seria que Policles y Elfenor torcieron el gesto como si les hubiera sobrevenido un dolor repentino—. Levantamos murallas contra el caos, murallas de palabras: leyes. Hemos convertido esos versos en fundamento de la convivencia. Educación para seguir el modelo de los héroes de la antigüedad. Concordia entre los helenos y respeto a los dioses. Sobre estas dos columnas reposa el suelo que nos sustenta. Sin los versos de Hesíodo y Homero nos hundiríamos en la más completa barbarie.

—No exageres —dijo Elfenor—. ¿Un poeta pies planos de Beocia y un cantante ciego de Esmirna? ¿Dioses cuyas principales ocupaciones son el adulterio y la instigación al crimen? ¿Y matones anteriores en cinco siglos a Homero, que sabía de ellos poco más que nosotros?

Todos rompieron a reír; sólo Solón negó lentamente con la cabeza.

—En los hechos de los dioses y los héroes —dijo— vemos las leyes que violan y que nosotros tenemos que cumplir. Nosotros, que no somos ni dioses ni héroes. Quizás hayamos ideado todo esto para tener un marco para la convivencia. Un sueño que nos ayude a vivir. Si un día sabemos cómo ocurrieron realmente las cosas… Temo el despertar.

Navegaron por delante de Egina, pasaron una noche en las costas de Hydria y

otras dos en alta mar, lo que no asustó al medio fenicio Zenón. Después de dos días de mercadear y descargar, abandonaron Melos. En el puerto cretense de Cidonia repostaron agua y víveres, vendieron aceite y compraron vino. Unos vientos inusualmente favorables les permitieron rodear Creta por el oeste, y seguir hacia el sureste. Durante una jornada se balancearon en una calma chicha; seis días después de que la costa de Creta se hundiera a sus espaldas, alcanzaron la desembocadura occidental del Nilo sin tener que bordear la costa norte de Libia. Los marineros ensalzaron a Zenón como divino kibernetes, conocido de las estrellas, amado de los vientos y salvador del mar de color de vino. Solón estaba de pie junto a la borda. Escuchó las bromas y alabanzas, oyó afirmar al medio fenicio que alcanzar el Nilo desde la punta occidental de Creta era una insignificancia para él y los suyos, pero en realidad apenas se enteraba de nada.

Ni siqúiera se dio cuenta de las lágrimas que corrían por sus mejillas. Algo en él, no él mismo, volvía a los tiempos del primer viaje. Era como si el antiquísimo Egipto devolviera la juventud al ateniense. O al menos la época de su primera madurez. Veinticinco años… Se secó las mejillas y los ojos. Vio que mucho antes de la costa navegaban ya por aguas parduscas, recordó que los egipcios llamaban al mar el «Gran Verde» e intentó refrescar las migajas de lenguaje, hace mucho olvidadas, que había roído entonces del pan egipcio, sin poder realmente tragarlas. El «rápido Algyptos» (Elfenor volvería a bostezar, pensó), el Nilo, al que llamaban *Yotru*, «gran río», o *Hapi*, como el dios de igual nombre; *Men-Nofer*, llamada «Memphis» por los helenos, como también habían convertido *Ka-Suut* en Sais. Los egipcios se llamaban a sí mismos *romet*, «humanos», y a su país *Tameri*; Solón pensó en el sacerdote de Sais que había calificado de «enemigas» muchas denominaciones helénicas porque procedían de conceptos de los ocupantes asirios. Por aquel entonces era joven y estaba sediento de sabiduría. La sed persistía.

A la mañana siguiente, era un hombre viejo y quebradizo sentado en un rollo de cuerda al pie de un mástil. En sus ojos, cavernosos por los cincuenta años, bullía como corrosiva gusanera el resplandor del sol, reflejado por las ensortijadas ondas del río. Esperó que el suave balanceo del *Glauke* le sumiera en un semiestupor en el que quizá su cabeza dejara de ser un dañino tambor.

Pensó en la noche pasada, transcurrida allí donde según la vieja historia Canopos, el timonel de Menelao, murió por la mordedura de una serpiente, aunque Helena había hecho un antídoto con sus lágrimas. Ah, el poder de las lágrimas de las mujeres y de las palabras de los hombres… Peguati, el pueblo de pescadores de la orilla occidental, los había acogido con fuego, pescado, carne, música y mucha cerveza (a cambio de un ánfora de vino barato y resinoso), y Menutis, en el brazo oriental del estuario, donde se elevaba un templo a Isis y otro al tesoro (como un dios su señor, como un dios su codicia, como ídolos los aduaneros y los recaudadores), envió a un

inspector de aduanas con tres guerreros, para que no faltara nada en la fiesta. De la fortaleza de Racotis, más al oeste, construida en las últimas décadas para proteger la costa contra los piratas y para vigilar la ruta comercial de Cirene, venían por las noches mercenarios jónicos y cáricos a beber con los mercaderes y hablar con las jovencitas del lugar. Hasta que la oleada de la embriaguez hizo saltar los diques de la conveniencia, hasta que la marea de nostalgia y lujuria se desbordó en torno al fuego y se filtró entre el reflejo de las estrellas. Ah, el ímpetu de las lágrimas de los hombres y las palabras de las mujeres…

Elfenor había pasado mal aquella noche; en el lenguaje de los mercenarios se colaban citas que le hacían gemir, sobre todo porque los hombres las modificaban constantemente como signo de solidaridad helénica; y cuando ya hacia mucho que estaba borracho, algunos de los guerreros quisieron encerrarlo con una belleza local cuyo nombre era Helena, «para que tu larga persecución llegue por fin a una meta», aseguraron. Pílades, en cambio, no lo había pasado mal; cazaba las citas que se decían y las desplumaba, y contaba libertinas historias sobre si mismo, Orestes y tres Electras. Laógoras negaba con énfasis haber sido nunca muerto a manos de Hércules; en resumen, fue una noche muy desenfrenada. El trueno lo despertó, luego las risas de los otros. Se incorporó y le llegó el olor del trasero del hipopótamo que se hallaba entre los cañaverales, a pocas brazas de distancia. Baitón dijo que así se había imaginado siempre a Zeus, y Solón se acordó de una canción egipcia sobre el curativo aliento de Hapi.

El constante viento del norte los impulsó contra la corriente, hacia el sur. Por la tarde, cuando Solón volvió a sentirse bien contempló el río y el paisaje. Vio en varias ocasiones grandes peces nadando río abajo en medio de la corriente, tranquilos y casi como si se dirigieran a algún sitio concreto. En un banco de arena cercano a la orilla vio los primeros cocodrilos de este viaje; parecían observar con despreciativo aburrimiento el paso del barco: antiquísimos dioses de la muerte, a los que la prisa de los advenedizos y fugaces humanos no merecía más que entornar un párpado. A veces, aves zancudas se alzaban de los cañaverales de papiro con aparente esfuerzo para desaparecer en un hechizado planeo. En algunos lugares más allá de los carrizos susurrantes destacaban chozas y pueblos enteros sobre colinas de tierra de aluvión; no se veían desde el barco, y el *Glauke* parecía navegar por un páramo desierto. Pero el brazo del señor de aquellas tierras abrazaba los papiros, la corriente y la costa.

Policles miró por vigésima vez el trozo de papiro que el aduanero de Menutis le había entregado durante la noche.

—Si tan sólo supiera… —murmuró.

Solón tendió la mano.

—Déjame ver. Lo he olvidado casi todo, pero quizá…

Dos signos alargados y múltiples, como estampados; a su lado un garabato de

cálamo y tinta. Elfenor miró por encima del hombro de Solón; Baitón se apoyó en la borda, miró hacia ellos y adelantó el labio inferior.

—¿Sabes leerlo? —dijo; sonaban sus palabras más bien indiferentes; como un águila se dirigiría a un grajo que hace absurdos ejercicios natatorios.

—Un poquito. —Solón señaló algunos de los signos—. Esto es *per-ao*, «gran casa» o «señor de la gran casa», que nosotros hemos convertido en «Faraón». Esto de aquí, hum… más o menos «nombrado por el faraón» o algo así, una especie de sello oficial. Esto de aquí es… ¿ehhh?, *tanayu* La antigua palabra para significarnos a nosotros, los dánaos. Esto de aquí es *pwme-rew* o algo así; que tendría que ser Pyemro, el lugar que nuestros socios llaman Naucrates.

Bajó la hoja.

—¿Y qué significa todo eso? —dijo Policles.

—Más o menos lo siguiente: «El aduanero nombrado por el faraón remite a los mercaderes dánaos a la recaudación competente de Naucrates». Y su nombre, pero de verdad que no puedo descifrarlo. ¿Te ha dicho cómo se llama?

Policles alzó las cejas.

—¿Que si me lo ha dicho? Lo ha hecho, pero lo he olvidado. WennWumms, una cosa así.

Solón le devolvió el papiro.

—Es extraño —dijo a media voz—. Una fortaleza en Racotis, un aduanero en Menutis, pero nos envían por así decirlo a Naucrates… Entonces, ¿para qué poner una aduana en la desembocadura? ¿Has pagado algo?

—No. También a mi me ha llamado la atención.

—¿Cómo era esto cuando tú estabas aquí? —dijo Pílades, sentado en un saco de heno jugando con su vaso vacío. Parpadeaba ante el sol que caía en vertical.

—¿Entonces? —Solón se rascó la barba gris y abundante—. No existía la fortaleza de Racotis. Había unos cuantos guerreros en Menutis y en Peguati. Nos dijeron que debíamos ir a Pyemro y luego a Sais. Después de las largas guerras, había que reconstruirlo todo.

Calló; pensó en el viaje, en la lejana juventud, ayer. En cinco décadas de lucha, en el príncipe de Sais, Psamático, que había expulsado a los extranjeros: oscuros nubios de vuelta al sur, la «gente de Tjehenu» de vuelta al desierto de Libia; al oeste, los terribles asirios de vuelta al este. Desde Sais, unió y pacificó el desgarrado país. También el comercio naval hubo que volver a ponerlo en marcha; antes, los aduaneros carecían de sentido. A Solón se le vino al recuerdo el rostro del viejísimo señor: desmoronado, ya distanciado del mundo y sin embargo midiéndolo. Después de él (poco después del viaje de Solón) reinó Neco, luego su hijo Psamis, nieto de Psamático, gobernó el país desde Sais. Sais, las calles estrechas, el lóbrego templo de Amón, el cercado con leones y elefantes. Enjambres de moscas, enjambres de

hombres… olor apestoso, guerreros, mercaderes, artesanos. Y, qué extraño, de pronto en la boca y la nariz el aroma de una escribana del templo de Ator. El aroma, el sabor, las antorchas y los regalos de una noche…

—Una propuesta. —Elfenor carraspeo—. Si esto son sellos, se utilizarán con frecuencia, porque de lo contrario no los tallarían, o acuñarían o troquelarían o lo que sea lo que hagan aquí. ¿Puede eso querer decir que todos los «dánaos» pagan aduana en Naucrates, mientras los demás extranjeros y los egipcios son despachados en la desembocadura?

—¿Puede eso querer decir —dijo Baitón haciendo una mueca— que sólo podremos vender nuestras mercancías en Naucrates? A mí me puede dar igual, pero ¿qué haréis vosotros dos con vuestros metales? Están pensados más para las armerías reales que para el comercio de intermediarios, ¿no? La última vez que estuve aquí, hace cinco años, pagué aduana en la desembocadura y luego pude hacer lo que quise.

El único que había visitado Egipto en otros tiempos era Zenón, pero el piloto se limitó a encogerse de hombros.

—El barco, el viento, el agua, los bancos de arena y las… mujeres que se compran en el puerto, ésa es mi preocupación. No soy un mercader.

—¿Nunca has participado de un cargamento? —preguntó Solón.

—¿Para qué? Y sobre todo, ¿con qué? Alquilo mi saber; está claro que no sé lo suficiente, porque con lo que saco de él no se puede entrar en ningún negocio.

Pronto superaron a una gabarra hundida hasta la borda. De los carrizales emergían cada vez más chozas y pueblos enteros en ambas orillas, y de pronto aparecieron unos barcos: pescadores que trabajaban en el río con redes o desde sus botes con jabalinas. Más lejos se elevaban columnas de humo, que el viento empujaba y desgarraba.

Tras un largo meandro vieron a estribor, en la orilla suroccidental, una bahía salpicada de muelles y amarraderos, con casas de piedra o de adobe detrás. La fachada rojiza de un templo no recordado por Solón destacaba por encima de las otras edificaciones.

El pueblo que el ateniense había visitado veinticinco años antes se había convertido en una ciudad. Baitón y Zenón sonrieron ante su asombro, como si quisieran decirle: «Ya te lo habíamos contado». Solón murmuró algo sobre las sanas dudas que sólo los propios ojos son capaces de despejar.

Comerciantes de Mileto levantaron el templo consagrado a todos los dioses helenos; mercaderes de Mitilene, la casa de la asamblea, en el ágora, rodeada de columnas y arquitrabes. Atenienses, espartanos, tesalios, rodenses, cretenses, chipriotas, gente de todas las ciudades de la costa jónica, fenicios de Tiro, de Sidón e incluso de la lejana Carcedón [Cartago], egipcios de piel clara, nubios de piel oscura… Los caciques egipcios mandaban tropas de aduana y vigilancia de Caria y Lidia, y los aduaneros exigían el quince por ciento del valor de la mercancía.

Mientras Policles y los demás pagaban a regañadientes, Elfenor y Solón discutieron tanto y con voz tan fuerte que al final llamaron a un gran señor del palacio del gobernador real, un egipcio tan obeso que más parecía un sapo. Olía a cinamomo y nardos, llevaba numerosos anillos y los labios pintados. Y sorprendió a los atenienses.

—¿Solón? —dijo, con voz untuosa y un amago de reverencia—, ¿el gran estadista de cuya sabiduría y buenas acciones tanto se habla? ¿Y lleváis metal para las armerías del faraón?

Examinó de forma más bien superficial las mercancías; luego hizo que un escribano sellara y garabateara dos tiras de papiro.

—Decid al príncipe de Per-ao, en Ka-Suut, que su mísero servidor sabe tratar a nobles visitantes como les corresponde. Estas hojas de papiro os garantizarán el respeto que merecéis. Nadie podrá exigiros tasas ni tributos… pero no podéis vender vuestras mercancías antes de que el faraón las haya visto y dictaminado sobre ellas.

A Elfenor le hubiera gustado quedarse en Naucrates por más tiempo, pero se doblegó a los deseos de Solón. Los otros mercaderes deberían partir dentro de los veinte días siguientes, navegando por el delta hasta donde el brazo de río de Naucrates se unía con el siguiente, que llevaba pasando por Sais al mar, y desde allí río abajo hasta la capital del faraón, donde Solón y Elfenor volverían a subir a bordo. El joven ateniense miraba con los ojos enrojecidos la luz matinal; olía a cerveza y por lo menos a una puta barata. Los esclavos y un Zenón desagradablemente desabrido (maldecía «las espinas que pinchan los ojos en los dedos de rosa de esa sucia mujerzuela, ¿cómo se llama?») los llevaron con el *Glauke* a la otra orilla.

Allí alquilaron un carro de bueyes, con sus boyeros, que los condujeron por el elevado camino de ruedas entre campos y pueblos hasta el siguiente brazo del Nilo. Mediada la tarde arrastraron sus cajas y fardos a bordo de un transbordador y se hicieron llevar al otro lado: a Sais.

Mirando hacia atrás, la recepción y los honores (y el duro regateo por los precios) se fundían a los ojos de Solón con la estampa de la ciudad, sus cien distintos asentamientos, las paredes de adobe medio derruidas, las polvorientas calles embarradas, las casas y tabernas en confusa mezcolanza de colores y olores. Sólo quedaba una cosa, marcada a fuego en el alma: el templo de Amón, las voces de los sacerdotes, el olor a incienso y las escrituras que los sacerdotes le leyeron.

Y la perplejidad, el espanto del ateniense, que había querido apagar su sed de sabiduría y ahora se ahogaba en conocimientos que hacían ceder todas las paredes maestras y los cimientos sobre los que había levantado pensamientos y leyes para si y los atenienses.

Recibimiento y honores precedieron a la humillación de Solón, no intencionada y apenas comprensible para el viejo sacerdote de Amón, y la hicieron aún más

dolorosa. El faraón, de paso en la ciudad, ordenó a sus criados alojar a Solón y a Elfenor en el ala de invitados del palacio; Elfenor se esfumó pronto, para recorrer las tabernas y casas de lenocinio de Sais. Al tercer día de su estancia en la ciudad empezó la derrota de Solón.

Al principio se produjo el encuentro —más exactamente el reencuentro; se habían visto fugazmente durante la recepción, el día anterior— con el viejo fenicio. Ahiram pasaba de los sesenta, tenía unos ojos como dos soles negros y un rostro como el lecho cuarteado de un río seco. Había sido piloto a bordo de uno de los barcos que Neco, padre del actual faraón Psamis, había enviado a costear Libia diez años atrás.

—Me alojo en el templo, como corresponde a los dioses y a los marinos sin dios. —Ahiram sonrió a la brillante luz del mediodía y siguió arrastrando a Solón por los bulliciosos callejones. En un pequeño mercado triangular, entre puestos de vendedores y bostas de buey, rodeados de moscas y picoteados por pollos, bebieron cerveza y comieron fruta—. El viejo Wen-Amón quiere saberlo todo; por eso me ha aceptado y me hace escribir. Escribo despacio. —El fenicio rió entre dientes—. ¿Para qué voy a apresurarme? En cuanto mi informe esté terminado, no habrá sitio en el templo para mi.

—¿Cuánto tiempo duró vuestro viaje?

Ahiram condujo al ateniense a un diminuto callejón entre chozas de adobe.

—Hasta aquí, tres años y varias lunas.

Caminaban hacia el templo por la parte norte de la ciudad, por una calleja cada vez más estrecha y más sórdida. Habló del canal que Neco mandó excavar y de los barcos que los maestros fenicios construyeron en Tiro. De Tiro por el Gran Verde hasta las desembocaduras del Nilo, río arriba hacia Sais, luego hacia el brazo oriental del Nilo y por el nuevo canal que se abre al mar oriental que separa Egipto de los desiertos de Arabia. Al sur, siempre al sur, hacia los países del incienso, luego hacia el suroeste. Habló de costas e islas, de pueblos con gentes de piel oscura, de puertos en los que anclaban buenos barcos, de barcos de reyes cuyos nombres nadie había oído nunca en Egipto. Del viento, de la lluvia y del invierno, que no los dejaban avanzar, de manera que pasaron largas lunas en tierra, sembraban y cosechaban, hasta que por fin se levantaba otro viento. De las enormes olas que chocaban contra un cabo que por su forma recordaba una aguja, y del segundo invierno en una bahía al pie de una montaña similar a una mesa, que se encontraba allí donde la interminable costa del profundo meridión giraba hacia el norte.

Una esclava del templo, vestida únicamente con un escueto faldellín, les trajo vasos y tres jarras: una con agua fresca del pozo, otra con zumo de distintas frutas, otra con vino cretense. La mujer; aunque de piel clara, estaba muy morena, tenía los pezones de un delicado color rojo, olía a aceite y ungüentos y se movía como un bello y escurridizo animal, pero a Solón le resultó más bien perturbadora… perturbadora

del relato de Ahiram.

El templo de Amón estaba sobre una colina que se alzaba en tierras de aluvión, construido con piedras traídas de muy lejos, y superaba en altura a toda la ciudad, incluyendo el bajo y extendido palacio. Desde su elevada terraza, a la sombra de un parasol hecho de hojas de palma, Solón vio el fértil valle del río, las canoas en el Hapi, a los habitantes del país de Tameri y a los innumerables extranjeros en los callejones y en los mercados, pero en realidad no vio nada de todo esto. En su espíritu surgieron imágenes… infinitos desiertos de agua, escarpadas costas, amplias bahías, barcos de extrañas formas. Increíbles pájaros de envergadura de cuatro o cinco veces lo que mide un hombre. Monos grandes como personas, que desde los espesos bosques costeros arrojaban piedras y cocos sobre los marineros que allí acampaban. Montañas de fuego. Islas boscosas. Focas y ballenas, abigarrados pájaros graznadores…

—¿No habéis temido nunca caeros por el borde del disco terrestre?

Ahiram le miró inexpresivo.

—¿Disco terrestre? —Se movió en el escabel, que crujió, y se frotó la espalda contra la pared de piedra tras la cual se encontraban sus aposentos y los de los sacerdotes—. ¿Un disco bañado por la enorme corriente del océano?, ¡ja, ja, ja!

Okeanós era la única palabra helénica de la frase. La conversación —un trabalenguas mezcla de fenicio, egipcio y griego, con ocasionales giros de la vieja lengua de negociación de los príncipes, el asirio— exigía tanto inteligencia por parte de Solón como cohesión del relato por parte de Ahiram.

—¿Cómo que *ja, ja, ja*?

—Cuando partimos, a mediodía el sol estaba encima de nosotros, en primavera. En verano estará donde estamos hoy, elevándose al sur; ¿no es cierto? Pero en el segundo verano, cuando estábamos muy al sur, se alzaba al norte al mediodía.

—¡Cómo! Eso es…

Solón posó su vaso en la mesita con tal fuerza que el líquido se salió y empapó su claro chitón.

—¿Imposible? —Ahiram balbuceó entre risas—. ¿Tan imposible como que la corta túnica que tú llamas chitón y consideras una creación helénica fuera llevada hace siglos por mis antepasados y recibiera el nombre de *kitun*? ¿También es imposible que hayamos visto en el océano infinito una curvatura o abombamiento de la Tierra? ¿Imposible también que las estrellas por las que los marinos se guían de noche no se vean allá abajo, y se queden al norte, tras la curvatura de la Tierra? ¿Y que al recorrer la otra costa hacia el norte muchas lunas después vuelvan a emerger lentamente del mar y de la tierra?

Solón calló un rato; por último, dijo tímidamente:

—Pero… ¿qué significa eso para nosotros, para nuestros conocimientos?

—Wen-Amón colecciona viejas anotaciones. Ha… —Ahiram se interrumpió y sacudió la cabeza—. No, te lo diré de otra manera. ¿Sabes que los romet, igual que los babilonios, ya habían acumulado el conocimiento cuando en las regiones de las que tú procedes ni siquiera sabían hacer fuego? Bien. Observaron las estrellas y sus movimientos, por mencionar sólo esto, y calcularon la longitud de las vueltas que dan. Año, luna, etcétera. Wen-Amón colecciona cosas así. Ha comparado mis observaciones con las viejas anotaciones y dice que hace mucho que se sospecha que la Tierra es una esfera y gira en torno al Sol. Eso explicaría muchas cosas que de lo contrario son inexplicables.

—Pero…

Solón enmudeció. Bebió un sorbo de zumo mezclado con agua y vino, miró fijamente hacia dentro y hacia fuera. A lo lejos, al oeste, Se hundía la bola de fuego de Helios. ¿O no se hundía? El ateniense luchaba con cosas que había creído saber, y con otras que no quería creer para no perder sus conocimientos. Pero todo ello le afectaba tan sólo de forma indirecta, como la noticia de una desgracia ocurrida a unos parientes lejanos. Confesó sin ambages que no le importaba si el mundo era un disco o una bola, una esfera hueca o un triángulo cubierto de musgo; o si Helios corría por el cielo en su carro de fuego o si un fuego sin Helios estaba quieto mientras abajo la Tierra giraba.

La sonrisa de Ahiram parecía pensativa, pero podía ser un juego de sombras de la penumbra.

—¿Qué enturbia el charco interior al que llamas espíritu?

El ateniense tardó en responder. Buscaba las razones por las que no estaba sorprendido, pero sí perplejo, como alcanzado por las piedras de un edificio que se desplomara encima de él. Luego comprendió que bajo los cascotes no estaba Solón el mercader, sino el Solón maestro y legislador. Como si lo hubiera sabido siempre, tuvo claro que en realidad nunca había creído en los dioses. En unos dioses parecidos a los humanos, que no tenían razón alguna para asentarse en el Olimpo si el mundo no era un disco y el Olimpo no era su centro. El orden de los dioses parecidos a los hombres para fundamentar un orden sagrado entre los humanos. Dioses mezquinos, siempre pendencieros, siempre borrachos, refrenados por leyes que pisoteaban sin ningún decoro; el mundo de los dioses como reflejo de lo que el legislador esperaba en el mejor de los casos para los hombres, no al revés. Solón seguiría viviendo sin dioses, sólo con leyes; pero, si los atenienses comprendieran que el Olimpo era un deshabitado montón de porquería, ¿no se burlarían también de las leyes emanadas de ese montón… de una fuente que nunca más podría fluir?

—Has echado una piedra en ese charco —dijo Solón, con voz ronca—. Una piedra tan grande como una montaña. Ahora ya no hay agua dentro.

Ahiram se rascó la cabeza.

—¿Agua? ¿Piedra? ¿Cómo?

—Los dioses. Y las leyes divinas de los hombres.

—¡Ah! —El viejo marino sonrió—. ¿Solón, difusor de leyes, preso en la inmovilidad? ¿No hay retorno a las viejas verdades, ni nuevas en perspectiva?

—Ni siquiera estrellas con las que poder navegar.

Una vez hubo estrellas; quizá siguiera habiéndolas, quizás estuvieran pasajeramente ocultas por las nubes. Las disputas de los dioses, en las que aun así eran reconocibles las leyes incumplidas por ellos, y las disputas de los héroes, desencadenadas por los dioses. Fuego avivado por las divinidades, en el que ardían los héroes. Héroes que querían volver a casa, pero eran impulsados por el aliento de los dioses más allá del mar de color de vino, en panzudos navíos, astutos y sufridores. U otros héroes, coléricos destructores.

Las citas, los versos que venían de la roca y la eternidad, recipiente de todas las doctrinas, modelos y escarmientos… ¿seguían siendo realmente las palabras ligeras y aladas sin el aliento de los dioses, o se rompía el recipiente, se filtraba toda la sabiduría en la arena que cubría la esfera, sabiduría que nunca había sido sabiduría, sino espejismo y engaño?

En voz baja, repuso:

—Por temor a lo desconocido, a la muerte, hemos inventado seres inmortales y vida en el inframundo. Dioses y héroes cuya imitación debe impedirnos que nos convirtamos en desbocados animales. Dioses que habitan en el centro del disco terrestre, para los que no hay sitio en una esfera. ¿Queda, pues, sin los dioses el andamiaje al menos del Gran Poema? ¿O sólo la Moira, señora del azar; tan insondable que ni siquiera merecería la pena pensar en ella?

Ahiram frunció el ceño.

—¿Pensar? ¿Merecer la pena? —murmuró.

Solón volvió a llenar el vaso, bebió, calló. En un momento, más adelante, cuando las sombras habían engullido los callejones, dijo:

—Pero volvamos al viaje. ¿Cómo llegasteis a casa?

—Yendo hacia el norte. —La voz de Ahiram sonó casi aliviada—. Allá donde hay islas boscosas ante la costa y una montaña de fuego que ilumina la noche. Allí la costa gira hacia el oeste, durante largo tiempo, y después otra vez hacia el norte. Allí hay desembocaduras de ríos caudalosos, y ciudades en las que los mercaderes de Qart Hadasht [Cartago] compran oro y colmillos de elefante.

Ahiram habló de llanuras, desiertos y mares, de pequeños puertos y grandes islas.

—Luego llegamos a Gadir, donde los fenicios occidentales, ya sabes, los señores de Qart Hadasht, construyeron templos y fortalezas y disputaron con los reyes de Tartesos por los metales de Iberia. Nos recibieron como hermanos lejanos; desde allí navegamos por el estrecho occidental entre las columnas de Melcarte, de vuelta al

Gran Verde.

—¿También hay columnas al oeste? —dijo Solón con un suspiro—. Tantas noticias… Yo pensaba que sólo existían en el nordeste, en el estrecho de los Dárdanos, donde Hércules levantó sus columnas durante el viaje con los argonautas.

Poco después la esclava trajo otra silla y frutas, pan, pescado asado frío y tres pollos asados y humeantes. El viejo sacerdote, al que Solón también había conocido en palacio el día anterior, se sentó junto a ellos.

Ahiram intentó hablar de la forma de la Tierra, pero el ateniense cambió de tema, preguntando por las fuentes de la antigua sabiduría. Wen-Amón habló en alusiones del poder de los sacerdotes de Amón, sin expresar aprobación ni desaprobación. Vino a decir que en los largos años de dominio extranjero los templos habían seguido siendo tesoros de sabiduría y se habían convertido en nudos en una red de poder, porque los asirios al nordeste de Tameri, los tjehenu de los desiertos de Libia al noroeste y los nubios al sur habían tomado posesión del país, pero no de sus dioses y templos.

—¿Qué sabes de mis antepasados? —dijo Solón—. Nosotros lo hemos olvidado casi todo.

Wen-Amón asintió; en su voz resonó algo así como una paternal condescendencia:

—Vosotros sois un poco como los niños; es cierto, noble Solón. Y aun así hay mucho de lo que podríais estar orgullosos. Si no lo hubierais olvidado.

—¿Orgullosos? ¿Nosotros? ¿Qué quieres decir con eso?

Wen-Amón dio una palmada; un esclavo apareció y encendió un antorchero, que puso en un soporte de madera.

—Luz en la oscuridad —murmuró el sacerdote—. Éste era el país de Tameri cuando los-de-más-allá-del-mar devastaron todas las costas y muchas ciudades sucumbieron, también las de tus antepasados. Ciudades de los tanayu como Muqannu sucumbieron por el fuego y por la discordia interior.

—¿Cuánto tiempo hace de esas cosas?

—Nueve mil vueltas han pasado desde que tu ciudad de Atenas fue construida; otros lugares de Muqannu son más antiguos. Esta ciudad que vosotros llamáis Sais fue construida hace ocho mil vueltas. Las ciudades situadas más arriba en el Hapi ya eran viejas entonces. Y los acontecimientos de los que hablamos empezaron hace unas siete mil ochocientas vueltas.

Solón echó hacia atrás la cabeza y se quedó mirando la negrura del abismo entre las estrellas.

El abismo del tiempo le pareció todavía más hondo. Y vertiginoso.

—¿Siete mil ochocientas? —dijo—. ¿Tanto?

Ahiram rió.

—Malinterpretas, ateniense. Los romet cuentan con dos medidas. El tiempo del rey, el Per-ao, se mide por sus años de mandato; pero tú hablas con un sacerdote de Amón, y en los templos se cuentan las lunas.

—Porque siempre tienen casi la misma duración… —WenAmón señaló el semicírculo del cuarto creciente—. Treinta días, según los contamos hoy.

—¿Siete mil ochocientas lunas? —Solón calculó con esfuerzo—. Eso son más o menos… ¿seiscientos cuarenta años?

—Entonces había, como hoy, muchas ciudades y reinos en torno al Gran Verde. Tameri… las casas de los muertos que tú llamas pirámides ya eran antiguas.

El sacerdote empezó una larga enumeración de nombres, de los que Solón no pudo clasificar la mayoría; Ahiram murmuraba a veces traducciones y aclaraciones. Así supo el ateniense que ya entonces había asirios en el país de los dos ríos; que Siria y las tierras pertenecientes a los medos en el interior de Asia («aproximadamente —dijo Ahiram— Siria, Cilicia y algunas tierras al oeste y al norte») habían constituido el imperio del perdido pueblo hitita; que los egipcios y los hititas habían convivido unas veces en guerra, otras en paz, y habían concertado tratados, y que las tierras costeras habitadas por los fenicios estaban sometidas entonces a los egipcios.

—Fenicios, como tú dices, es vuestro nuevo nombre. Nosotros siempre nos hemos llamado por el nombre de nuestras ciudades… hombres de Suru, de Sidunu o de Gublu, para ti Tiro, Sidón y Biblos; o simplemente canaaneos, por el país de Canaán.

Ahiram parpadeó a la luz de la antorcha; cuando siguió hablando, su voz sonó un poco despectiva, quizás altanera:

—¿Qué sería vuestra conversación sin mí? ¡Ja, ja! Y Muqannu es naturalmente Micenas, pero para los romet fue, antes, el nombre de todo el país que tú gustas de llamar Hélade. Un invento, naturalmente… No existe la Hélade, como no existe un país de los fenicios: sólo ciudades.

Solón alzó las manos en gesto defensivo.

—¡Despacio, os lo ruego! Me ahogo en palabras y nombres desconocidos. Y hasta ahora no sé nada de aquello de lo que los helenos pudiéramos estar orgullosos si lo supiéramos.

Wen-Amón rió, burlón:

—Sin conocimiento no hay reconocimiento, amigo mío. ¿Cómo voy a contarte cosas del país de los ríos si no sabes que ese río al que tú llamas Éufrates se llama Purattu entre los asirios y entre nosotros Uruttu o, a veces, Buranun? ¿Cómo…?

—Dame, sabio príncipe de los sacerdotes, un marco en el que quepan los conceptos desconocidos. Si sé aproximadamente a qué se refiere esto y aquello, podré tratarlo. Menciónname los nombres de todas las partes en tu lengua, Wen-Amón, dime

que se trata de partes de un cuerpo y con qué nombres se llaman, y escucharé con más atención.

Ahiram resopló, se inclinó hacia delante y dio una palmada en los hombros del ateniense.

—Pie —dijo—. Con el que hueles.

Wen-Amón calló durante unos instantes; luego empezó a disertar de un modo general sobre los antiquísimos conocimientos egipcios de países y gentes lejanas «en el Gran Verde y al borde del mundo». Dijo que los romet habían comerciado durante largo tiempo no sólo con los países orientales, comprando a los fenicios madera de cedro y otras cosas, sino que también habían mantenido relaciones con el sur, el norte y el oeste. Incienso del sur, minerales del norte y el oeste, traídos en parte a Egipto en barcos propios, en parte suministrados por mercaderes extranjeros, que se llevaban otras cosas a cambio. En los lejanos territorios se habían suscitado entretanto envidias cuando quienes allí vivían con sencillez veían qué comodidades y cuánta belleza tenían los romet en sus barcos y, como a menudo tenían que invernar allí, también en sus casas. Así, sobre todo de los países míseros del oeste y el norte habían venido una y otra vez hombres valerosos a combatir para el señor de los romet y ser recompensados con una buena vida. A esos guerreros se les habían oído muchas cosas y se había tomado nota de ellas, igual que de todo lo que podían contar los mercaderes propios. Pero también se había tenido un trato amistoso con otros territorios ricos y con sus príncipes, así por ejemplo con Minu de Kefti («Minos de Creta», dijo Ahiram) y sus sucesores, con los hititas y con los señores de las numerosas ciudades del país de Muqannu, entre los que también estaban los fundadores de la ciudad natal de Solón.

—Espléndidas construcciones, buena vida en ricas ciudades, rápidos y grandes barcos y para caso de guerra gran número de carros de guerra… De todo eso podríais estar orgullosos, si lo supierais. Y si otros de vuestro pueblo no hubieran destruido todo eso.

—Ah —dijo Solón—. ¿Otros de nuestro pueblo? ¿Cuándo fue eso? ¿Y quién?

—Los más pobres del norte, los más rudos… tanayu de las tierras de aquellos que tú llamas aqueos. Aquéllos que destruyeron el gran Djibu que fundó Qadimu, y que poco después fueron al este para saquear también la rica Wirudja.

Solón sacudió confuso la cabeza y miró al fenicio.

—¿A qué se refiere Wen-Amón?

Ahiram titubeó un instante; luego rió entre dientes y se esforzó en que su mueca burlona no se hiciera demasiado amplia.

—Armate, ateniense —dijo con voz ronca—, descendiente y venerador de los héroes aqueos… Armate, Solón.

—¿Porqué?

—Djibu. Qadimu. ¿No reconoces los nombres?

Solón movió los labios, hizo rodar los nombres con la lengua en la boca, del velo del paladar hasta los dientes.

—Djibu, Dipu. Tibu… ¿Tebas? Y Qadimu… Cadimu… ¿Cadmos? Cad… —Se interrumpió; un frío terrible invadió su ánimo.

—Siete fueron contra Djibu —dijo Ahiram—. Pero sólo sus hijos la destruyeron. Tebas, fundada por un cananeo llamado Qadimu, al que vosotros llamáis Cadmos. Siete, y después miles. Wirudja… ¡Hum! ¿No te dice nada? Los hititas la llamaban Wilusa; dominaron por un tiempo el lugar y el país. —Se volvió hacia Wen-Amón—. ¿No estaban en la gran batalla, cuando los romet y los hititas se enfrentaron en Qadesh, guerreros de Wirudja? ¿Entre las tropas del rey de los hititas?

El sacerdote caviló:

—Se menciona a tantos, en las grandes tablas… Ah, ¿te refieres a los dárdanos?

—¿Dárdanos? —dijo Solón casi sin voz; tuvo que carraspear varias veces para poder seguir hablando—. ¿Dárdanos? ¿Qué tienen que ver con, cómo se dice, Wirudja?

Wen-Amón le miró, casi compasivo, según pareció.

—Wilusa la llamaban los hititas. En Muqannu se llamaba Wiliusa, y después…

—¿Ilios? —Solón abrió la boca, volvió a cerrarla, y la abrió una vez más—. ¿Ilios? ¿Dárdanos? ¡Oh, dioses!

Oyó hablar a Wen-Amón como a través de una susurrante cortina, una catarata, del poder y la riqueza de la ciudad que dominó los estrechos y por tanto también el comercio con los países del mar nororiental, ricos en minerales. Del viaje de un príncipe aqueo llamado Iasunu, que se adueñó de uno de esos países, en el que el oro de los ríos se filtraba con pieles de animales; de su disputa con el príncipe de la ciudad y de la campaña del héroe Ira-Kiresu, que destruyó la ciudad del estrecho y levantó unas columnas que llevaron su nombre; y de los pérfidos y codiciosos arribistas llamados Aga-Munu, Uddi-Sussu o Aki-Resu, que una generación después destruyeron nuevamente la ciudad, cuando su rey Peri-Ammu y sus hijos estaban en guerra con los hititas…

—Está derrotado —dijo Ahiram—. El pobre ateniense no sabe cómo conciliar sus historias infantiles con las poderosas verdades de vuestros escritos.

El pedestal de la Hélade. Una obra habitada por innumerables antepasados y descendientes. Levantada contra el caos, levantada sobre versos más duraderos que la roca. Cohesionada por… sueños; construida con palabras y destruida por palabras. Escoria la roca eterna, cascajo los sillares.

—No son más que viejas historias —dijo Wen-Amón—. Escritos; signos garabateados en papiro hace seiscientos años. ¿Qué hay de tan terrible en eso?

—Escritos —dijo Solón con voz ronca—, y corrientes que arrastran los cimientos

del edificio en el que vivo. En el que he vivido. Escritos que derriban a los dioses y convierten en polvo nuestras leyes. ¿Qué son esos escritos?, ¿puedo verlos?

—Son anotaciones en papiros y en las paredes de los templos, y cartas de un hombre llamado Kuri-Nussu…

—Corinnos, supongo —dijo Ahiram.

—… y de un comerciante que vio las cosas; un hombre llamado Djoser, rome de Men-Nofer.

—Egipcio de Memphis —corrigió Ahiram condescendiente.

—Djoser ha hecho una historia con sus vivencias, con discursos y sensaciones, poco usual. Basándose sin duda en las escuetas anotaciones de un mercader asirio, Ninurta, y algunos otros. Un hombre llamado Zaqarbal, de… —el sacerdote buscaba al parecer un nombre; por fin, chasqueó los dedos—, ah, Sidón, como decís vosotros. Y en los relatos de un guerrero que había viajado mucho, Uddi-Sussu.

—¿Ulises? —Solón jadeó—. ¿Puedo verlos?

—Mañana, y muchos días después. Criados y escribas del templo…

—Dale a vuestra hermosa escriba para que se consuele —río Ahiram.

—… te ayudarán a traducirlos y escribirlos con tus signos en hojas de papiro. Pero esta noche…, ¿debo continuar?

Solón asintió débilmente.

—Habla, señor del templo.

CARTA DE CORINNOS (I)

[1178 a. C.] Corinnos el ilio, discípulo de Palamedes, en la primavera del noveno año después de la destrucción de la ciudad —junto al fogón de Xanupos, en el puerto de Cidonia, en el extremo noroccidental de Creta: Katunaya, en Kefti—, al comerciante Djoser, el de los de Yalussu, en la casa blanca y ocre a dos calles al norte del templo de Amón, en Memphis: Men-Nofer, en el país negro, Tameri, Misru.

Sana vejez, amigo, y cumplimiento de todos los deseos de paz del que ha viajado lejos y ha envejecido antes de tiempo; plata para satisfacer los placeres no esenciales, vino y dulces voces para los importantes. Oh Djoser:

Dentro de pocos días, uno de tus insoportables compatriotas (ha pasado el invierno aquí, acabado con las reservas de vino, preñado a dos mujeres y ofendido mis oídos con su espeso discurso) botará su barco, pasto de la carcoma, después de haber cambiado algunas tablas, y se irá con las riquezas deshonrosamente adquiridas. Para reducir su arrogancia, llevará consigo mis maldiciones y este hatillo de rollos de papiro.

En serio, viejo amigo: ¿no vas a decidirte a envolver tu arrugado culo en ropas de viaje y partir hacia el oeste, donde sin duda no te espera una renovada juventud, pero donde cosas nuevas podrían hacer que tu infame vida termine en un ágil fracaso? Hasta mediados del verano, tu escrito o incluso tu cuerpo me encontrarán aquí; ¿después?

El charlatán de Sidón, al oeste, en la costa del país de Libu, y después, dijo el otoño pasado, quería ir a las grandes islas. El asirio, al oeste. Así también yo… pronto, en verano. ¿Sólo tú, sedentario rome, cansado de viajar y comerciar, vas a aburrirte hasta la muerte en las cercanías de vuestro templo? Mi bendición, y mi burla.

Espera un poquito, Djoser; las noticias importantes que has pedido vienen a continuación; he escrito este invierno numerosos rollos, a los que ahora antepongo Otros, menos numerosos, para que sepas lo que se te está escapando y puedas leer lo anotado sobre cosas antiguas con la tristeza que asalta a aquel que oye contar novedades sin participar en ellas.

En otoño, un barco de Ítaca trajo noticias de Ulises, que, según dicen, sigue pensando en la gruta. Su reino está consolidado, pero su paladar, en cambio, se afloja, y los dientes que lo han abandonado han emprendido el viaje sin retorno que todos tendremos que hacer.

El asirio y su diosa habrán pasado el invierno en casa del largo Khanussu, si el adverso azar les ha sido favorable. Seguro que te acuerdas de él: Khanussu de Sarda,

cuya casa, según él dice, está en la playa, en la bahía de los ciervos, con vistas hacia el este, sobre el mar que mira a la tierra firme de Tirsa [Italia], que se dice que tiene la forma de una pierna con su pie. Khanussu el arquero, marino y contador de historias de la gran isla de Sarda [Cerdeña], también llamada Icnusa, al norte de la gran isla triangular de Sequelia [Sicilia]. Sardana, Sequelet…, ya ves que no me aparto de tus deseos y de tu última carta.

Bueno. Las noticias de Tameri que me has enviado son tristes; esperaba que, en estos confusos tiempos en que los viejos imperios han sucumbido y los nuevos no acaban de fortalecerse, al menos tu país de juncos y de casas de los muertos siguiera siendo durante un tiempo el refugio de los que viven en paz. Pero la depreciación de los caros metales de la que escribes, el creciente poder de los sacerdotes, la falta de seriedad de los administradores reales, la escasez de alimentos… Djoser, cíñete los lomos mientras aún los tienes, y ven con nosotros a poniente, que quizá sea más luminoso que el este, en el que el sol solamente parece alzarse y resplandecer.

Gracias, en todo caso, por las dos o tres confirmaciones de cosas que suponíamos. Sardanios, sequelios, tirsos como mercenarios de tus reyes, como mercenarios del soberano libu Merire, como piratas y como parte de aquellas hordas que en el octavo año del reinado de tu soberano fueron aniquiladas por vuestros guerreros, después de haberlo devastado todo desde Ugarit hasta la desembocadura del Yotru… Lo sabíamos, es cierto, pero también es bueno saber que esas cosas están reseñadas en vuestros templos.

Lo demás ha podido aclararse en las últimas lunas. Como sabes, Idomeneo fue asesinado a poco de su retorno al hogar, porque ya no se le necesitaba; aquí compartió el destino de Agamenón y de muchos otros. Ulises… Bueno, a él le he perdonado; lo que hizo a mi señor y maestro, éste se lo hubiera hecho sin duda a mi ciudad. En cierto modo el hombre de Ítaca me ha ahorrado tener que odiar a Palamedes, al que amé. Los otros han vuelto al estiércol que siempre fueron, aunque su figura parecida a la humana nos haya engañado por un tiempo. En todo caso, es de lamentar que aquí en Creta, y no sólo en Cnossos, se haya puesto un celo excesivo en las matanzas, de forma que junto a Idomeneo, Meriones y otros muchos monstruos murieron sin que ya puedan dar información sobre lo anterior.

Sin embargo, las cosas parecen seguir yendo como tú suponías. Todos los detalles que pude averiguar, y las cosas que recuerdo, están en el informe largo; aquí no te anticipo más que algunos resúmenes aclaratorios.

Como Merire, el libio, que hace cuatro décadas atacó Tameri desde el oeste; como tu señor; como los reyes hititas; como, en realidad, todo el que no es capaz de eliminar su propia porquería, también los señores de Micenas y de Pilos contrataron mercenarios. Las cosas nobles que procuraban fama para deslumbrar a los dioses las hacían siempre en persona, como los tempestuosos asaltos en carros de guerra,

esplendorosos y relucientes; pero los que tenían que hacer la limpieza, los que protegían los carros como corredores e infantes, y por lo tanto tenían que rematar a los heridos enemigos y proteger a los propios…, esos guerreros de a pie salieron sobre todo del pobre pueblo de los propios reinos. Pero cuando la riqueza aumentó y los soberanos vieron que la mano del jornalero podía crear más riqueza a los señores con el arado que con la lanza, llamaron a otros para ese trabajo sucio, hombres sin posesión alguna, y por consiguiente audaces, porque la audacia se da allá donde la razón nada tiene que guardar, porque nada tiene que perder. Hombres audaces de comarcas pobres… Sardanios, sequelios y otros para Tameri. Rudos aqueos para Micenas. Hombres de las montañas al norte de Tebas; hombres que eran demasiado pobres para tener caballo y carro y, al principio, se dice, consideraban monstruos a los jinetes y los llamaban centauros; hombres que no se lavaban y llevaban los cabellos largos y enmarañados, pero sabían luchar como furias. Hombres que hoy estaban alegres y mañana tristes, porque les faltaba la indiferencia que sólo dan la formación y la educación… Hombres, en una palabra, que llevaban nombres gloriosos como Hércules, Aquiles, Áyax… Furiosos y bravos combatientes, con los que se pueden destruir los reinos, pero no construirlos.

Esos combatientes rendían sus servicios, recibían alimento y metal como salario, y si después de cierto tiempo no querían volver a sus hogares sino que preferían quedarse donde la vida era más rica y agradable, los soberanos les daban un pedazo de mala tierra y como mujer, quizás, una criada o una esclava. Así se quedaban, y acrecían con su trabajo el suelo fértil y con nocturnos derrames el número de súbditos.

¿Ves adónde va a parar todo esto? Abreviaré: lucharon, sembraron y engendraron, y sus hijos engendraron y sembraron, de forma que los soberanos tuvieron que traer para luchar a otros hombres audaces del norte. Así que el número de aquellos que no se lavaban y volvían rasposo nuestro idioma en sus ásperas gargantas aumentó cada vez más deprisa. De manera que un día dijeron: «Ahora somos muchos, y las gentes del antiguo señor son gordas y pesadas y se lavan con demasiada frecuencia y huelen a extrañas aguas de olor, y en general no nos gustan… ¿por qué no cogemos en nuestras manos aquello por lo que luchamos y lo que fue acrecido por nosotros?».

Probablemente, pero no es seguro, todo empezó más al norte, donde los audaces podían recibir rápidos refuerzos en combatientes de sus tribus de las montañas. Así que tomaron —y eran más de siete veces siete— la rica Tebas, derribaron palacios y levantaron en la Acrópolis casas más pequeñas, que para ellos seguían siendo lujosas. Los señores del sur se asustaron y construyeron un muro gigantesco sobre el istmo de Corinto, para que los aqueos no llegaran hasta ellos; pero hacía mucho que los aqueos y sus descendientes estaban allí, como mercenarios.

Algunos soberanos fueron más inteligentes que otros. Néstor, un joven príncipe

de Pilos, abrió su palacio a los aqueos que vivían allí y compartió con ellos sus tesoros; igual que Nauplión, padre de Palamedes. Otros terminaron siendo del material de los sueños de ayer y los campos de hoy.

Hijos de padres sin nombre, oh Djoser; hombres audaces y valientes de invencible rudeza. Y como quizá conocían los nombres de sus padres, pero no los de sus abuelos, todos remontaron su ascendencia a los dioses. Porque no había señores en sus estirpes y, ¿quién quiere llamarse «Atreo, señor de Micenas, hijo de nadie»? Así que hijo de Zeus… fuera quien fuese el que se había acostado con Alcmene y engendrado a Hércules, Zeus es un nombre mejor para él que Aqueo, hijo, nieto y bisnieto de Aqueo…

¿Los habitantes de las antiguas ciudades? Murieron, o se sometieron, vivieron y compartieron. Compartieron sus bienes, sus casas y sus mujeres. Y compartieron las nuevas empresas que germinaban en la codicia y la ignorancia, o en el intento de afirmarse en los derechos de aquellos antiguos señores a los que se habían quitado todos los derechos y la vida. La codicia llevó al tesalio Jasón, procedente del mísero norte, a dejar las chozas de paja y paredes de tapial de su patria de Iolcos y viajar hacia el este en un barco, pasando ante Ilios, para robar el oro de la Cólquida sin tener que trabajar. La afirmación de sus derechos llevó a Atreo a cruzar el mar hasta el país de Secha, que antaño había pertenecido a los micénicos y que, tras su decadencia, se había vuelto primero libre y luego posesión del rey hitita. Del gran rey Tutchaliya, a cuyo gobernador Talafu Atreo y sus gentes llamaban Télephos; y cuando Talafu los derrotó, explicaban sus ensangrentadas narices como resultado de un malentendido, ya que Télephos era también aqueo y estaba emparentado con ellos.

—Entre los príncipes que se unieron a los advenedizos estuvo también Tindareo, rey de Esparta. Su hija Helena, dicen, poseía la belleza de las diosas, pero también la perfidia de la antigua estirpe de los señores. Eso no debe sorprenderte, Djoser… tu mismo has visto la belleza, ¿y la perfidia? Atreo y los otros aqueos no sabían leer ni escribir, y quizá lo que llamaban perfidia era simplemente la acumulación de conocimientos y refinamientos de un estrato más antiguo… Muchos cortejaban a Helena, no sólo por su belleza, sino también por su trono, porque sus hermanos (al contrario que su padre) habían combatido contra los aqueos y habían caído cuando hacía mucho que su dominio estaba asentado; y la hermana mayor de Helena, Clitemnestra, estaba casada con Agamenón, uno de los nietos de Atreo y príncipe de Micenas. Quien se quedara con Helena, se quedaría con Esparta. Ulises era uno de los pretendientes; pero Tindareo la entregó a Menelao entre el aplauso unánime de los príncipes aqueos. Menelao, nieto de Atreo, hermano de Agamenón; Menelao el aburrido, Menelao el imbécil; Menelao, que como rey de Esparta no podía ser peligroso para ninguno de los otros príncipes porque, se decía, si cogía un cuchillo lo más que podía hacer era cortarse, pero jamás herir a un enemigo. ¿Qué opinaba de

todo esto Helena, la más hermosa y educada, pero también la más astuta de las mujeres, casada con el más necio de los aqueos? Te lo puedes imaginar.

Todos se lo pueden imaginar. Y en realidad, a nadie puede sorprender que se fuera con Parisiti, al que más comúnmente llaman Paris y también Alejandro… Parisiti, medio luvio y medio aqueo, osado y fogoso, conocedor tanto de la lectura como de la escritura, porque aquellos mercenarios que tras el saqueo y destrucción de Troya por Hércules se quedaron allí, reconstruyeron la ciudad y se mezclaron con los nativos, ni habían erradicado la escritura ni conservaban el hábito aqueo de no lavarse.

¿Cabe sorprenderse de que Alejandro-Paris gozara de buena fama ante Helena? ¿Que no tuviera que ser raptada, sino que se fuera voluntariamente con él, seguida de otras mujeres de su casa? Creo que se hubiera ido con él aunque Menelao hubiera estado en Esparta cuando Paris apareció allí.

Así empezó la fatalidad. Menelao y Agamenón y todos los demás príncipes aqueos estaban en Cnossos, disfrutando de los placeres locales. También de los placeres de la vista, porque Idomeneo, señor de Cnossos, príncipe de los cretenses, podía ufanarse de tener un padre que no había derribado los antiguos palacios ni los templos, a diferencia de tantos aqueos. Y ni los advenedizos ni los hijos de los advenedizos se asombraron de todo lo que manos hábiles de todos los países, pero sobre todo de ciudades cananeas como Tiro y Sidón, habían creado allí a lo largo de muchas décadas.

¿Qué hacían los príncipes en Cnossos? Ah, amigo, ése es el verdadero comienzo de la historia, o el comienzo de su última parte. Se supone que estaban allí para discutir y repartir de nuevo la herencia de Atreo. Pero hacía mucho que la herencia de Atreo estaba repartida, ¿no?

¿Querían celebrar una fiesta? ¿En un momento en que los comerciantes de las ciudades sabían ya que Príamo, señor de Ilios, enviaba a sus hijos como embajadores para asegurarse la amistad de los aqueos, mientras rompía las hostilidades con los hititas? Los mercaderes lo sabían; los refugiados de la isla del cobre, Chipre, que vosotros llamáis Alashia, lo sabían; los refugiados cuyos abuelos habían abandonado Micenas, Argos, Atenas y otras ciudades para escapar de los aqueos, y que ahora volvían a huir porque los hititas ocupaban la gran isla y las minas de cobre, lo sabían. Todos sabían que vendrían embajadores; ¿y los príncipes se iban a Cnossos a una fiesta?

¿No hubiera sido preferible viajar para no estar cuando llegaran los embajadores? ¿Y si viajan —pero ésta es sólo una vil sospecha, que tan sólo confirman innumerables ancianos de Cnossos— hasta Cnossos para discutir allí un nuevo saqueo de Ilios? Ilios era la ciudad que tras el primer saqueo, unos cuarenta y cinco años antes, volvió a hacerse rica con suma rapidez. Era la ciudad del aqueo Príamo y su esposa luvia Hécuba; la ciudad en la que no se habían abolido ni la educación ni el

lavado. La ciudad que ahora enviaba embajadores que quizá pedirían apoyo… apoyo de aquellos que planean un asalto.

Apoyo… También Príamo quería prestar apoyo. Desinteresado como todos los soberanos, quería asistir a cuantos habían sido expulsados por los hititas de la isla de Chipre. Desinteresado, sin duda y en verdad, porque una derrota de los hititas no le hubiera reportado mucho, tan sólo inconmensurables tesoros y poder sobre amplios territorios, ¿y qué es eso comparado con la dicha de devolver sus antiguos derechos a los expulsados descendientes de los micénicos?

Apoyo, o en cualquier caso tolerancia e inmovilismo. Apoyo ya tenía, o creía tenerlo de aquel al que llamaban el Anciano Oscuro: de Madduwattas, el señor del espanto, un pequeño príncipe territorial en el borde occidental del Imperio hitita, elevado, merced a numerosas traiciones, a la categoría de soberano de aquel territorio llamado Arzawa, mayor que Asiria y casi tan grande como el Imperio hitita. Madduwattas, el grande y terrible jugador, aliado con todos los que le servían de algo, y libre de toda obligación cuando le parecía útil…

Pero ya hemos ido demasiado lejos en la historia; demasiado lejos, demasiado pronto. Quedémonos primero con Parisiti, al que llamaban Paris y Alejandro. Con él y con Helena la incomparable; y con su viaje hasta Sidón y Ugarit, donde tú la has visto, Djoser.

2. JOYAS PARA HELENA

[1188 a. C.] El cuchillo resbaló por el muslo de Awil-Ninurta. La fría mirada del mercader asirio advirtió que la hoja era de hierro, demasiado cara para esos salvajes. Luego vino el dolor ardiente que lo envolvió todo.

Habían estado acechando en el bosque hombres y mujeres escuálidos y desharrapados, y se precipitaron con un fuerte rugido sobre la caravana. Los muleros se defendieron con palos y espadas. Los mulos se enredaban por doquier, se apartaban del camino y se metían entre los árboles, rasgando con las ramas cestas y fardos, o se quedaban atascados en la espesura, con paquetes que les impedían avanzar. Los esclavos dejaron caer sus cargas y se apiñaron; algunos se arrojaron al suelo. Luz y sombras de la tarde, el verde y el pardo del camino y el bosque, los hombres, todo junto se convirtió en el cuerpo palpitante de una serpiente gigantesca, que olía a sudor; miedo y sangre, pero también a cerveza agria y a dulzón aceite de sésamo derramándose de sus recipientes reventados.

Ninurta vio sin ver. La estocada iba destinada a su vientre, pero su caballo reculó, y el ruido y el movimiento casual le salvaron. Era como si el salvajismo de los ojos de la mujer afluyera a su pierna para convertirse en dolor. Como el agua en un pozo tras la lluvia; un asombro extrañamente dulce llenó abruptamente sus ojos: la punta de la espada de Ninurta alcanzó la garganta de su agresora y le seccionó la yugular. La mujer se tambaleó; antes de derrumbarse y soltar el cuchillo, la hoja trazó un abrasador surco de casi dos palmos en su bajo vientre.

Algo como un hechizo, una especie de póstumo flamear de esa mirada penetrada por la locura, le paralizó. Y el dolor. Alguien gritó: «*Bel alaktim*». ¿Pregunta? ¿Intimación? «Señor de la caravana»… ése era él, y se dijo que el grito le concernía. Respiró hondo, se aferró con la mano izquierda a la crin del caballo y esperó a que las negras ruedas de fuego de sus ojos se apagaran y detuvieran.

Delante vio a Zaqarbal, guiando su caballo por entre el barullo y repartiendo mandobles con la espada. En algún lugar a la derecha y detrás de él oyó algo como si fueran trozos de loza que cayeran en un suelo socavado: una larga maldición en la lengua del país de las pirámides, con la que Djoser injuriaba a todos los dioses de su patria. Luego, por fin, llegaron los guerreros asirios que cabalgaban en la retaguardia de la caravana. Saltaron de los mulos, dejaron caer los arcos, inútiles ya en medio del tumulto, y pusieron fin a la confusión con sus rojas espadas. Awil-Ninurta descabalgó, se apoyó en un tronco y se escurrió hasta el suelo.

Hubo diecisiete muertos: un mulero, dos esclavos, catorce atacantes. Tres de ellos todavía vivían y gritaban, hasta que los guerreros les dejaron expedito el camino

hacia el inframundo. Fuera cual fuese su inframundo. Tenían que haber venido desde el norte, y sin duda estaban muy hambrientos y muy desesperados. Ninurta hubiera querido interrogar a uno de los vivos, da igual en qué idioma, pero hubiera sido absurdo perseguir a los que huían. En algún sitio tenían que estar sus ancianos y sus niños; allí, los perseguidores caerían en una emboscada. El bosque ofrecía demasiados escondrijos. Y lo más importante era reunir a los mulos.

Zaqarbal le ayudó a curarle y a vendar la herida. Este hijo de un fabricante de tintes de la rica ciudad portuaria de Sidunu lo hizo con prontitud y habilidad, como si tuviera práctica en ello. La profunda incisión en el muslo seguía sangrando con fuerza; en cambio, el largo arañazo, más bien superficial, en el abdomen ya estaba casi seco.

—No ha sido tu dios de la guerra, hombre de Ninurta… tiene que haber sido la sagrada Ishtar. La hoja paso rozándote las bolas; tras el debido descanso, podrás seguir usándolas inútilmente.

Zaqarbal soltó una risotada, como si encontrara graciosa la herida, las circunstancias y el mundo entero. Seguía arrodillado junto a Ninurta; su corta túnica sin mangas estaba ensangrentada, pero tenía que ser sangre ajena. Sacó algo del cinturón y se lo tendió al asirio.

—Casi me había olvidado. Por si quieres guardarlo de recuerdo.

Ninurta sopesó en la mano el cuchillo. La hoja de hierro era afilada, igual que la punta… sin mellas, sin fracturas. El mango estaba hecho de hueso, probablemente de res salvaje, y mostraba unas burdas tallas.

—Gracias, amigo mío. Fíjate. Hierro, y este torpe trabajo de talla. Seguramente antes tuvo un mango mejor.

Zaqarbal asintió; se sentó sobre los talones y se pasó la mano por el pelo crespo.

—Puede ser. He estado mirando los cadáveres —señaló con el pulgar hacia atrás, donde los esclavos habían cavado una fosa— buscando indicios. Nada.

—Norte —dijo Ninurta—. Tiene que haber mucha confusión. De lo contrario, ¿cómo hubieran podido llegar tan al sur?

—Probablemente todas las tropas fronterizas entre aquí y Carchemish están demasiado ocupadas con el bloqueo comercial contra los asirios. Por eso no pueden prestar atención a inofensivos vagabundos. —Zaqarbal se levantó; sonrió a Ninurta —. ¿Necesitas algo? Tengo que ocuparme del campamento.

—Vete. Voy a pensar un poco.

—Necia excusa. Ya te oigo roncar.

Ninurta bebió agua de su cantimplora, miró con repugnancia los restos hechos jirones de su faldellín y se tapó el vientre con un pico del pesado capote de viaje en el que yacía.

Absurdo seguir viajando antes del anochecer. Por no hablar de la herida… Vio

cómo los esclavos echaban tierra en la fosa. Otros ayudaban a los muleros a construir con correas y ramas una especie de redil entre los árboles. Dos guerreros asirios habían partido en busca de agua; los otros traían leña y arrastraban matorrales para hacer un precario camuflaje.

Pensó en las vicisitudes del viaje, la peligrosa estepa y el seguro bosque. Por la estepa vagaban las salvajes tribus arameas, cuyo placer consistía en saquear caravanas y descuartizar mercaderes. Probablemente ahora estaban disfrutando en otra parte; los guerreros asirios no habían tenido que intervenir. Debían llevar la caravana hasta el bosque, al este del río Aran tu [Orontes]… una extensa lengua de tierra sobre cuya explotación no lograban ponerse de acuerdo los príncipes de los mitani y los amurru. Allí la caravana estaría segura; allí los guerreros podrían volver.

Ninurta gimió cuando, al ponerse de costado, la herida le llevó la contraria. Uno de los dos jinetes volvió al campamento con dos odres llenos. Al parecer los hombres habían encontrado agua; volvió a partir con otros cuatro guerreros, para traer más. De la estepa venía una ligera brisa nocturna; los primeros fuegos llamearon. Por encima de la cabeza de Ninurta se había posado algún pájaro, que entonaba desafinados cantos.

Algo quería venir a su conciencia desde su memoria, como un roedor que se abre paso con los dientes para salir de su prisión. Algo que tenía que ver con fuego y con espadas, con ojos y negras llamaradas. Pensó en la locura, en el centelleo de los ojos de la mujer salvaje. Era como si en esa mirada ambos hubieran intercambiado íntimos conocimientos; por esa mirada supo de su patria en las montañas del norte, del áspero viento y el olor de la hierba de las montañas, del dolor de parir dos hijos y del tormento de perder dos hijos, y quizás el extraño asombro en sus ojos no se debiera a la espada, sino a una secreta humillación o a un resplandor en su vida.

Ninurta empezó a sudar bajo el capote; su cabeza, ligera como un fino recipiente, parecía flotar sobre su cuerpo. Las heridas eran un rastro de fuego que no se veía, sólo se sentía; aun así, estaba seguro de que esa fiebre no provenía de las heridas. El pájaro puso fin a sus graznidos y voló en la oscuridad. De una de las fogatas llegó una vaharada: madera resinosa, carne y vino. El olor hizo saltar la jaula; de pronto, el recuerdo que le roía estaba ahí.

El ambiente era asfixiante en la gran sala del piso de arriba. Durante el día, el sol de principios del verano había recalentado el tejado y los muros; ahora ardían las antorchas en antorcheros metálicos en las paredes, cubrían las ventanas pieles tensadas sujetas a marcos de madera, un pesado cortinón cerraba la entrada desde la escalera y junto a la cama había un brasero con tizos apestosos a medio arder. El hombre acostado era muy viejo y muy rico, y tiritaba debajo de varias mantas.

Ninurta sudaba, aunque sobre el faldellín no llevaba más que la túnica clara sin mangas. Echó en el vino agua de la jarra que tenía envuelta en trapos, pero aun así

sólo estaba tibia. Observó a Tashmetu, sentada junto a la cama en un grueso cojín de cuero repujado, inclinada para echar sobre el picón un puñado de resinas aromáticas. Le echó un vistazo, casi un guiño.

La cabeza del señor de la casa estaba pelada hasta las cejas, consumida como el resto del cuerpo, y la nariz hubiera adornado a un azor, pero la voz seguía siendo fuerte, profunda, una fuente de poder. ¿Una mazmorra del poder? Ninurta consideró la diferencia, mientras mordía una torta rellena de carne picada. Fuente, se dijo, pero pronto mazmorra. Y a no tardar la poderosa voz de Keret dejaría de salir del pozo del pecho; la edad y la enfermedad grababan grietas en la pared del pozo. ¿Y después? Escuchó la conversación, que giraba en torno a los negocios (hechos, esperados, posibles). Djoser estaba hablando de nuevos hallazgos de oro en el sur de su patria, allá donde Tameri, el país de las pirámides, se convertía en la «miserable Kusch», y Keret interrumpía para preguntar al joven —sólo a medias, en broma— por la secreta composición del polvo que, al cocerse, daba a los recipientes esa maravillosa tonalidad azul oscura. Zaqarbal desapareció tras el cortinón que daba a la escalera, para vaciar sus intestinos a media altura en un ejido; se llevó un candil de aceite. Los otros callaban, escuchaban o sesteaban; los dos aqueos y el viejo consejero del rey. Tashmetu volvió a buscar los ojos del asirio.

Todo esto no era como Ninurta lo había esperado y deseado.

Con dos barcos, el *Yalussu* de Ninurta y el *Gorgo* de Minyas, habían alcanzado pasado el mediodía la bahía de Ugarit, anclaron en el muelle y negociaron con dos aduaneros y luego con el propio gobernador del puerto. Salvo algunos regalos todo debía permanecer a bordo, bien custodiado, hasta que el rey Hamurapi se manifestara sobre el impuesto que había que aplicar. La disposición de la guardia. El rápido camino hasta la casa en el barrio del puerto (un edificio de viviendas con espaciosos y seguros cobertizos, que habían alquilado permanentemente hacía años) para guardar el equipaje y otras cosas. Minyas se quedó allí para hablar con el viejo administrador Menena. Ninurta se llevó consigo a los dos jóvenes que estaba formando en el *Yalussu* antes de —el año próximo— tener barcos propios, para ver a Keret, el más importante de los mercaderes reales. Una breve conversación, unos regalos, y Ninurta se retiraría, mientras Djoser y Zaqarbal mataban el tiempo con el viejo mercader. Retirarse a la casa del puerto. Lavarse, ropa limpia, y en algún momento llegaría Tashmetu, recipiente de todas las delicias de la noche…

Pero, nada de eso; estaban sentados en torno al lecho de Keret con Rap’anu, el consejero del rey y un aqueo llamado Araksandu y su esposa Halini, silenciosa y cubierta con un velo. Ninurta, que hablaba el aqueo, tradujo para silos nombres de Alejandro y Helena. Al parecer; ambos habían llegado por la tarde, en su propio barco, y se habían presentado ante Keret poco antes de llegar los mercaderes, con cartas de recomendación de un socio de Pilos.

Keret había hecho llamar a Rap'anu por un mensajero, y Tashmetu, virtuosa y joven esposa del anciano comerciante, tuvo que hacer el papel de anfitriona. El regalo de Ninurta para Keret estaba enrollado junto al cortinón; Keret hizo una seña para invitar a los tres mercaderes a tomar parte en la conversación, y cada intento de Ninurta por retirarse terminaba en una nueva pregunta dél señor de la casa.

Ninurta ahogó un suspiro. Lavarse, beber, Tashmetu: los tesoros de su frío lenguaje y de su ardiente lengua. Ahogarse en sus verdes ojos, recorrer más allá de este mundo los países de su piel morena clara; embalsado y torrencial y cuajado, cambiar palabras, recordar; desinteriorizar exquisita noche y sabrosa nada y los pálidos velos de la mañana para salvaguardar el prestigio de Keret…

Pero estaba sentado allí y escuchaba a Keret, que preguntaba a Djoser por la guerra y por la paz; que preguntaba lo que quería hacer el señor del país de Tameri.

—Desde que Beye perdió sus cargos, ya no sabemos lo suficiente —refunfuñó Rap'anu.

Ninurta atrapó la mirada interrogativa de Zaqarbal, que volvía aliviado. En voz baja, para no molestar a los otros, dijo:

—Beye, máximo corruptor del poder bajo la reina Tausret, era hijo de un príncipe amurru y una ugarita. Se encargó de mantener unas relaciones especialmente buenas entre el país de los juncos y los territorios del norte. Desde que el sucesor de Tausret le pagó con su desconfianza y le distinguió con su malevolencia, las noticias fluyen peor.

Rap'anu parpadeó.

—Eso tiene dos caras. —Parecía haber oído las últimas palabras del asirio—. La otra cara es que un soberano desconfiado es mejor para las necesidades de su propio país que uno crédulo.

Hamurapi es —esto lo dijo en voz muy alta— extremadamente desconfiado para con los extraños.

Al parecer Alejandro deseaba tener una conversación con el rey, que Keret y Rap'anu debían facilitarle. El aqueo, un hombre esbelto y fuerte, de sonrisa abierta y lengua suelta, no parecía un mercader común. Los mercaderes, se decía Ninurta, hablan de la guerra y de la paz con vistas a sus mercancías y al mercado; Alejandro sólo habla de príncipes, países y armas: del gran rey de los hititas, que necesitaba a sus guerreros en el norte contra los siempre revoltosos gasqueos y las belicosas mujeres de Azzi, para ocupar Alashia, la isla del cobre; por eso era débil en el este y el oeste.

—Y ahora justamente nosotros, los mercaderes reales de Madduwattas, querríamos saber cómo repercutirá todo esto sobre el comercio.

—De Madduwattas, ¿eh? —dijo Rap'anu. Movió la cabeza—. Hasta hoy, ninguno de vosotros estuvo aquí. A decir verdad, no sabía que Madduwattas tuviera

mercaderes en el mar.

Alejandro le mostró las manos vacías; había de ser un gesto de inocente ignorancia.

—Muchas cosas son nuevas. Madduwattas, mi noble señor, fue nombrado por el rey de los hititas señor de una región fronteriza en el interior. Ahora, mediante el inteligente casamiento de su hija, es en cierta medida señor, o digamos coseñor, del reino de Arzawa…

—… que disfruta de una antigua y honrosa enemistad con los hititas —dijo Rap'anu.

—Por el momento mantiene a duras penas la paz. Como sabéis, Arzawa está en su mayor parte en el interior, al oeste del reino hitita, pero algunos puertos también le pertenecen, y además hay ciudades portuarias amigas, habitadas en su mayoría por micénicos, como las islas de la costa. Ciudades en las que los micénicos expulsados de Alashia encontraron acogida entre los hombres de su misma raza. Nosotros somos de Abasa [Éfeso], súbditos de Madduwattas, apoderados por él para el comercio, y nos gustaría saber si vuestro rey Hamurapi nos permite comerciar con Ugarit. ¿O hemos de temer que la guerra de vuestro señor supremo, el gran rey de los hititas, por Kupiriyo… eh… Alashia, nos aleje de estas costas y puertos?

Rap'anu empezó una larga retahíla de frases que no le comprometían a nada; Ninurta le escuchaba sin hacerle mucho caso. Había algo que le perturbaba en las explicaciones del aqueo. No tanto como para que Madduwattas, separado de los hititas, enviase mercaderes; ¿por qué iba a renunciar un príncipe con aspiraciones, conocido por su osadía, a las ventajas del comercio marítimo, si había puertos a su disposición? No hubiera sido la primera vez que mercaderes libres, que no eran bienvenidos en ninguna parte, se ponían bajo la protección de un soberano. En casi todos los territorios el comercio era un privilegio de los reyes, y sólo se podía ejercer por orden del correspondiente señor (sin su participación en el riesgo, pero sí con participación en los beneficios). Los mercaderes libres de Yalussu, entre los que estaban Ninurta y los otros, no tenían nada que ver con la ciudad portuaria de Yalussu (excepto que su pequeña isla no estaba muy lejos de ella), pero el príncipe de Yalussu —Celeo, señor de Ialisos, en Roddu— había estado dispuesto a nombrarlos mercaderes reales a cambio del pago de un tributo anual. No, lo que le perturbaba era otra cosa… *Kupiriyo*. Ése era el nombre de la isla del cobre, Alashia, en la lengua de aquellos que privados del poder por los aqueos, sus antiguos mercenarios, gobernaron durante tanto tiempo las grandes ciudades de Micenas, Pilos, Tirinto y Argos. Antes habían tenido bases y pequeñas colonias en el este, en la costa de la tierra firme, más al norte, y en Alashia (incluso tiempo atrás hubo un barrio micénico en Ugarit), por lo que muchos, que no querían vivir bajo el dominio aqueo, habían huido. Emigrado. Y vuelto a huir cuando los hititas ocuparon Alashia, llamada *Kupiriyo* en el suave

lenguaje del sur; en el áspero dialecto norteño, el aqueo, su nombre era *Kypros* o *Kypiros*, según el origen del hablante. Alejandro, aqueo, no había dicho Kypros por confusión; acaso se había confundido sólo en apariencia, para indicar algo, pero ¿qué? ¿O es que venía de uno de esos territorios en los que luvios y aqueos se habían mezclado? ¿Hablaba habitualmente el suave luvio costero del nordeste, al que habían llegado muchos conceptos micénicos?

Rap'anu había terminado su discurso, sin decir nada; era el propio rey quien decidía sobre la aceptación de nuevos mercaderes. Keret, que había escuchado en silencio, se volvió de nuevo hacia Djoser y le repitió la pregunta sobre la postura de su patria en la disputa en torno a Alashia.

Djoser se retorció; sin duda el soberano respetaría el viejo tratado entre Tameri y el reino hitita, pero no se dejaría arrastrar a riesgos evitables.

Ninurta consideraba noble la opinión de Djoser. No dudaba lo más mínimo que el rey del país de los juncos construyera otra pirámide, guardara las fronteras, e interpretara con generosidad el viejo tratado de protección. Tanta, que podría ver con tranquila serenidad cómo todos se cortaban mutuamente el cuello.

Los hititas se habían metido en una trampa que ellos mismos habían tendido. No podían recuperar los territorios cupríferos de las montañas, ocupadas por los asirios. Para atacarlos a éstos, el gran rey hubiera tenido que reunir todo su ejército: unos ocho mil carros de guerra, que no servían de nada en las montañas, y quizá cuarenta mil infantes, que no estaban acostumbrados a luchar sin carros de guerra. Hubiera tenido que dejar sin protección todas sus fronteras y retirar las guarniciones de todas las fortalezas fronterizas. El último rey hitita que lo había hecho, a su retorno, encontró devastada la capital, Hattusa, porque los gasqueos del norte habían entendido la retirada de las tropas fronterizas como una invitación al saqueo. Asiria se mostró dispuesta a suministrar cobre y estaño de las tierras del este, importante para su aleación, pero el soberano hitita no quería comprar cobre sino poseerlo bajo sus propias condiciones. Por eso los hititas habían asaltado Alashia, la isla del cobre, aunque sus príncipes locales eran sus aliados. Pasara lo que pasara ahora, era una forzosa consecuencia de los errores cometidos. Los príncipes locales habían huido con la gente de su propia raza de tierra firme, que tampoco tenía motivos para querer especialmente a los hititas. Podía ser que desde allí, con ayuda de mercenarios y voluntarios, intentaran liberar Alashia. Quizá con ayuda de otros, que tampoco sentían ningún cariño por los hititas…, por los odiados hititas, que desde hacía siglos dominaban los países interiores e intentaban una y otra vez conquistar más territorios, saquearlos e imponerles tributos: de Arzawa como de la mayoría de los puertos micénicos, o incluso de Ilios.

Rap'anu y el aqueo volvieron a intervenir en la conversación. Alejandro apuntó que no podía excluir que uno u otro príncipe intervinieran; sólo estaba seguro en

cierta medida de que los aqueos occidentales no intervendrían.

—Más bien suponíamos —dijo Rap'anu con voz chillona— que aprovecharían la oportunidad.

—¿Por qué crees eso? —La voz de Alejandro sonó como si supiera la respuesta desde hacía mucho tiempo.

—Si Wilusa, a la que tú llamas Ilios, se alía con los hititas… Ilios domina el estrecho de los dárdanos, por las columnas de… ¿cómo se llama, Hércules? El comercio con la Cólquida y los demás países junto al mar de las nieblas es seductor: los fuertes caballos de las estepas, los minerales, las maderas nobles… Ilios no dejará pasar a nadie que no pague tributo y cambie plata por agua potable. Los soberanos de las ciudades aqueas occidentales ya han destruido Ilios en una ocasión. Si Ilios lleva la guerra contra los hititas, los príncipes aqueos tendrían la ocasión de cogerlos por las espaldas y… liberar definitivamente las vías comerciales.

Keret gruñó; fue una especie de ruido de asentimiento, según la expresión de Ninurta. Asentimiento no sólo a las posibles lóbregas intenciones de los aqueos, sino a la objetiva, quizás insensible visión de las cosas que tenía Rap'anu.

Ninurta trató de ordenar sus ideas, de tener ante los ojos del espíritu el juego y los participantes en el juego del poder. No porque él quisiera o pudiera participar en él, sino porque sus repercusiones en el comercio serían muy grandes, dada la situación del momento.

Los asirios, que habían conquistado y vuelto a perder Babilu y habían sido excluidos por los vengativos babilunios del comercio con los países del sureste, ocupaban los sitios cupríferos de las montañas para cubrir sus necesidades de mineral.

Los hititas, cuyo gran rey Supiluliuma probablemente se mordía las uñas en su capital, Hattusa, y desplazaba en un tablero guerreros de barro para asegurar sus fronteras norteñas contra los azzi y los gasqueos, para repeler en el este a los asirios, mantener en el sur mitani, en el alto Purattu [Éufrates], y las ricas ciudades desde Alalak hasta Sidunu, pasando por Ugarit, asegurar al suroeste la isla cuprífera de Alashia para su explotación y contener en el oeste a Madduwattas, Ilios, Arzawa y mil ciudades más.

El país de las pirámides, obligado a la mutua asistencia con los hititas por casamientos y tratados, y sin duda reacio a dejarse arrastrar a una guerra imprevisible.

Las numerosas ciudades estado de Acaya (Atenas, Pilos, Micenas, Argos, Esparta…), descendientes de los soberanos micénicos, todos aqueos codiciosos, ansiosos de oro y de los bienes y mercados del este.

Wilusa, que los aqueos llamaban Ilios, rica y poderosa ciudad que cerraba a los aqueos el paso a esos territorios.

Madduwattas, elevado por la traición, por los tratados y casamientos de señor de

una docena de pueblos a la condición de hombre más poderoso al oeste del reino hitita.

Los príncipes de Alashia, micénicos todos, huidos de los aqueos a la isla del cobre (sin duda no para alegría de sus antiguos habitantes), expulsados ahora por los hititas y escapados al país de sus antiguos parientes, amigos, enemigos (micénicos, aqueos, luvios) en tierra firme, donde contrataron a mercenarios para reconquistar su isla, pero donde intentaron al mismo tiempo arrastrar a las ciudades costeras, Ilios y la poderosa Arzawa a la guerra contra los hititas… ¿Quién más?

—¿Cómo se comportará el soberano de Ugarit? —dijo Alejandro—. Esa pregunta me ha traído hasta aquí.

—Hamurapi es aliado del noble Supiluliuma de Hattusa. —Rap'anu tuvo la habilidad de ser al mismo tiempo objetivo e irónico—. Como todos sabemos, los hititas se han comprometido con nosotros, hace largo tiempo, a mantener amistad y buena vecindad. Nosotros respondemos a esa amistad de los hititas… por supuesto. El legado en Ugarit se encarga de que Hamurapi, como sus predecesores, no piense sólo en el bien de la ciudad. Y lo mismo hace el gobernador de Carchemish. Ya sabes que los mitani ya no están gobernados por príncipes propios, sino por parientes del rey de Hattusa, ¿no?

—Yen Carchemish hay tropas. —Keret se apoyó en el codo—. Aun así, el rey apreciaría, aunque no le guste saber que los aqueos…

Se interrumpió al oír voces y ruido de pasos abajo en el patio, e inmediatamente en la escalera. Alguien apartó el cortinón. Un esclavo entró atropelladamente, seguido de cuatro hombres armados. El ruido y las conversaciones en el patio continuaban; allí parecían esperar aún más hombres.

—Señor —dijo el esclavo; se arrodilló junto al lecho de Keret—. Disculpa, pero…

Keret le hizo callar con un movimiento de la mano.

—¿Qué sentido tiene este atrevimiento? —Su voz era gélida, la fría cuchilla del poder y la riqueza. El cuarto pareció enfriarse abruptamente.

—Pido perdón, príncipe de los mercaderes. —El jefe del grupo armado llevaba como penacho una cola de caballo que lo identificaba como *maryannu*, conductor de un carro de guerra; los demás eran miembros de la guardia de palacio—. El propio rey ha ordenado esto, de lo contrario… —Sus ojos se deslizaron desde el lecho hasta los dos aqueos, sentados en un banco acolchado contra la pared. Señaló hacia allí con la punta de la espada desnuda que llevaba en la mano derecha—. Hemos recibido la orden de apresar a un criminal y a su esposa.

—¿Criminal? —Keret volvió la cabeza, miró a la mujer del banco, a Alejandro, que se puso en pie, al viejo consejero, cuyo rostro en sombras era poco visible; luego recorrió con la mirada a Ninurta, Zaqarbal y Djoser—. ¿En mi casa?

—¿Quiénes son tus invitados, señor? —dijo el *maryannu*.

Tashmetu se levantó del cojín de cuero de un ágil movimiento.

—Soy la señora de la casa —dijo con la voz cálida, ligeramente ronca, que Ninurta llevaba tanto tiempo anhelando—. Ahí está sentado el mercader Awil-Ninurta y junto a él, sus socios Zaqarbal y Djoser. Representan a una casa comercial de Yalussu, en la isla de Roddu. Han sido nombrados por Hamurapi mercaderes del rey, como podrá confirmar el consejero Rap'anu: Esos dos invitados de ahí son aqueos de Pilos: Araksandu y su esposa Hhalini.

El capitán carraspeó.

—Sin duda se han presentado así, señora. Pero hay otra historia con otros nombres.

Keret señaló a Rap'anu y se dejó caer en los cojines.

El consejero contempló al aqueo, de pie detrás de Ninurta con la mano derecha en la empuñadura de la espada; luego, al *maryannu*.

—Dinos tu versión, soldado.

—La historia es larga.

—¿Quiénes se supone que son, si no son los que son? —dijo Tashmetu.

El capitán dudó un instante; luego dijo con frialdad:

—Ahórrame tales sutilezas, señora. Estos dos llegaron hoy en un barco, por la tarde. Esta noche llegó un mensajero de Sidunu, en un velero.

Ninurta sintió que el aqueo que estaba junto a él se encogía de forma apenas perceptible.

—Había cinco barcos anclados en el puerto de Sidunu. A bordo, legados y mercaderes de Pullu, en el país de Muqannu…, según ellos decían. Fueron recibidos y honrados por el rey y hablaron de la guerra que temían y en la que no deseaban participar. El rey, aliado del gran señor de Hattusa, no pudo hacer las promesas que querían oír. Luego alguien reconoció a los extranjeros: no venían de Pullu ni se llaman Araksandu y Hhalini. Es decir, sí, la mujer se llama Hhalini, pero no es la esposa de ese que se llama Araksandu.

—¿Tenemos que mostraros tablas en las que un soberano diga que nos ha casado? —dijo Araksandu, burlón. Sus dedos jugueteaban con la empuñadura de la espada.

El *maryannu* prosiguió sin inmutarse:

—Ésta es la versión abreviada de una larga historia anterior… señor, señora y consejero del rey. La señora Hhalini es la esposa del príncipe Manalahhu, de Supartu, en Muqannu.

Keret alzó las cejas.

—¿Helena, esposa de Menelao de Esparta? —De pronto era capaz de pronunciar nombres aqueos, lo que hasta entonces había evitado—. ¡Ajá! ¿Y el hombre?

El aqueo habló por sí mismo:

—Paris, hijo del rey Príamo… Para vosotros Parisiti, hijo de Prijamadu, rey de Wilusa. No fue inteligente por mi parte venir a una ciudad cuyo rey está aliado con nuestros adversarios, pero… ¿es un delito?

—Araksandu fue reconocido en Sidunu, y cuando supo que le habían reconocido como hijo de Prijamadu degolló con su propia mano a su huésped, el rey. Sus hombres saquearon la ciudad hasta que los guerreros del asesinado rey los devolvieron a sus barcos, dos de los cuales fueron incendiados, tres huyeron… con Parisiti y el botín. El viento los habrá separado. Uno está aquí, en el puerto.

Keret contempló a Parisiti con una expresión de náusea. Parecía menos indignado que asqueado… asqueado por la necedad, pensó Ninurta. Dejó su copa y se puso de pie.

—Préndelos —ordenó Keret—. Pertenecen al rey.

Con un chirrido, la espada de Parisiti salió de su vaina.

—Antes muerto —gritó.

Luego dio un chillido cuando Ninurta cogió con las dos manos el brazo que sostenía la espada y lo empujó hacia abajo. El arma cayó al suelo; Parisiti se tambaleó y se quedó mirando su retorcida muñeca. Ninurta lo empujó hacia el capitán.

La aquea saltó del banco como una gata y se precipitó sobre la espada. Ninurta la atrapó, perplejo. Apenas había hablado; había estado allí tranquilamente sentada; ahora él tenía en brazos a un demonio que pataleaba, que arañaba, que se retorcía. Su capa y su velo se le habían caído. Ninurta se sintió embelesado por algo que era radiación y aroma y fuego impetuoso. Negra espuma el cabello, largo hasta el pecho, negras brasas los ojos. Estaba dispuesto a matar por esa boca y ese cuerpo. Ishtar había decidido verter su divinidad en un cuerpo, y él lo tenía en sus brazos. El resto del mundo no era más que una colección de necias sombras. Luego los brazos de los guerreros arrancaron de él a Ishtar, que se llamaba Helena, y una larga y reflexiva —¿perturbada?— mirada de Tashmetu le despertó.

—Bien hecho —dijo Rap’anu.

—Te lo agradezco, amigo mío. Un derramamiento de sangre junto a mi lecho no me hubiera alegrado. —Keret sonrió furioso.

Corrieron el cortinón. Voces chillonas y duros y fuertes pasos se atenuaron escaleras abajo. Ninurta soltó el aire retenido y se desplomó sobre su silla de tijera. La mano que cogió la copa temblaba.

Rap’anu se levantó lentamente y se acercó al lecho de Keret.

—¿Y ahora?

Al anciano y enfermo príncipe de los mercaderes se le escapó un gemido.

—Tenemos una dificultad mayor —murmuró—. Pero… ¿qué demonio le habrá traído hasta aquí?

—Hay informes —dijo Rap'anu con voz seca— de que Prijamadu ha decidido ayudar a los príncipes expulsados de Alashia, quizás en unión de Madduwattas, quizá sin una gran guerra por tierra contra los hititas. Quizás espera que Supiluliuma se limite a defender la isla del cobre, ocupada por sus guerreros, sin empezar la gran guerra en tierra firme. Se dice que Prijamadu ha enviado mensajeros a los príncipes aqueos para rogarles su neutralidad. Enviados de alto rango, entre ellos algunos de sus hijos.

—Entonces, ¿lo que antes nos vendía como realidad eran los deseos de su padre?

Ninurta carraspeó.

—Cuando ocurrió eso, si ocurrió —dijo con voz vacilante—, estábamos en Men-Nofer. Por eso no sé nada de ello. Solamente se dice que cuando salimos de Roddu, en primavera, los príncipes aqueos querían reunirse para deliberar en Gunussu [Cnossos], en la larga isla que llaman Creta.

—Eso quiere decir que Parisiti habría viajado como embajador a ciudades cuyos príncipes no estaban en ellas. —Keret torció el gesto—. ¿Y la mujer?

—Sabemos cómo funcionan esas cosas. —Rap'anu lanzó una mirada burlona a Ninurta.

—Manalahhu… —Ninurta sonrió levemente—. Según he oído, tiene que ser un campesino advenedizo. Menelao el Lelo, como le llaman. Quizá la mujer simplemente se aburría.

—Son *un* fuego, *un* demonio y *una* locura en dos cuerpos. —Tashmetu no miró a nadie al hablar—. Se hubiera ido con él aunque ese rey hubiera estado presente y aunque hubiera sido el más excitante de los esposos.

—¿Es así? Ah, ¡las mujeres ven esas cosas! Los hombres vemos como máximo la mitad, y a veces incluso eso es demasiado. —Keret se frotó los ojos—. Pero ¿qué hacemos con lo que sabemos?

Rap'anu se sentó cauteloso al borde del lecho de Keret.

—Difícil, difícil… Es el enemigo de nuestro supremo señor y aliado. Ha matado a un rey amigo, sin honor, siendo su invitado. No podemos dejarlo en libertad. Pero… ¿podemos retenerlo? ¿Entregarlo?

Zaqarbal expresó lo que todos pensaban:

—Lo mejor sería que no estuviera aquí, ¿no? Tenéis que apresarlo porque de lo contrario Supiluliuma se enfurecerá. Pero si los hititas pierden la guerra y Ugarit busca nuevas alianzas, no será bueno haber entregado o matado al hijo del vencedor.

Ninurta volvió a pensar en la incomparable mujer, luego en el hijo del rey… Quizás el venir a Ugarit no había sido una locura, ni una frivolidad, sino el viento… una fatalidad. Se mordió el labio inferior; Tashmetu no le quitaba ojo.

—Pareces un mercader asirio a punto de hacer una propuesta capaz de satisfacer y engañar al mismo tiempo a Ugarit, a los hititas, a los aqueos y a los wilusianos —

dijo.

Ninurta se echó a reír.

—Me honras por encima de mis méritos, señora… pero conozco un camino. Tiene… su precio.

Rap'anu asintió.

—El rey pagará cualquier precio si se le convence.

Ninurta se puso en pie.

—Tengo que pensar un poco acerca de ello. ¿Me recibirás mañana, asesor del rey?

Rap'anu alzó las cejas.

—¿Cómo podría desdeñar tu visita, asirio? ¿A la hora tercera tras la salida del sol?

—Con gusto.

Ninurta fue hacia el cortinón, se inclinó y cogió el presente que aún no había podido entregar a Keret. Soltó las cuerdas y lo desenrolló.

—Señor, amigo y padre —dijo, cuando estuvo junto al lecho—. Sé que tus noches son frías. ¿Quieres aceptar este oso para calentarte? Ha vivido muy al norte, y su piel es gruesa.

Era la espléndida y gruesa piel de un enorme oso pardo de las montañas del norte de Acaya; sus garras se bamboleaban colgando de las patas bien curtidas del animal, y en la boca, igualmente preparada por manos expertas, brillaban los poderosos dientes.

Keret sonrió.

—Te doy las gracias, mi joven amigo. Éste es en verdad un testimonio de cálido afecto. Por no hablar de ventajosa capacidad comercial.

Ninurta rió a carcajadas; los otros le imitaron.

—Con tu permiso, oh calentado príncipe de todos los regateadores, ahora me retiraré, a lavarme del viaje… y a pensar.

Las imágenes se iban mezclando en su mente. Tashmetu vino por la noche y se acostó con él, y eso que Keret había dicho que quería dormir solo… Tashmetu se inclinó sobre él y susurró: «¿Otra vez? ¿Disfrutaré de lo que Helena ha excitado?». El pájaro, que volvía a estar en el árbol y graznaba horriblemente, los fuegos palpitantes en la noche y en la entrepierna, los ojos salvajes de la mujer del norte, los ojos salvajes de la mujer de Esparta, los labios de Tashmetu y los labios temblorosos de Hamurapi, que asentía a las propuestas y nombraba mercaderes reales a los comerciantes Ninurta, Djoser y Zaqarbal, de Yalussu, que en vez de la asfixiante aduana sólo tendrían que pagar los abusivos impuestos. Luego Ninurta cabalgó con los otros por la estepa, pero también subió con Zaqarbal al tubo amurallado, de la altura de un hombre, que llevaba los excrementos de los habitantes de Ugarit a pozos

ciegos y al mar, y que pasaba junto a la mazmorra en la que Parisiti y Helena se amaban a gritos, hasta que Ninurta cogió de la pared la piedra aflojada por el servidor de Rap'anu y guió a ambos por el agujero hasta el segundo barco, que los llevaría a Roddu, ya que su propio barco había sido incautado con el botín de Sidunu. Helena apestaba y estaba enfangada hasta medio cuerpo, pero seguía siendo una diosa, Parisiti le prometió todas las riquezas de Ilios, pero los mercaderes ya tenían bastante (¿quién tiene bastante alguna vez?) y habían llevado vino y aceite y recipientes de barro cocido y plata del norte al país de las pirámides, donde la plata era escasa y se cambiaban dos partes de plata por una de oro, lo que en Ugarit reportaba cuatro partes de plata y en Babilu, diez; barritas de oro y pepitas de oro entre el aceite, en cántaros que los aduaneros de Ugarit no examinaban a fondo, y en Babilu dejó a Djoser y Zaqarbal y los otros para cabalgar desde el Purattu atravesando el país hasta el segundo gran río Idiqlat y río arriba hasta Asur, con heridas ardientes en los muslos y en la entrepierna… Asur, donde había nacido hacía treinta y cuatro años y donde el rey Enlil-Kudurri-Ushur Se posaba en figura de pájaro en un árbol, graznaba espantosamente y le daba plata y mensajes y una tabla de arcilla que ordenaba al señor de la fortaleza más occidental darle una decena de guerreros y un grupo de inútiles esclavos…

Luego los *emettu* salieron del inframundo, pálidas sombras de muertos, para llevarle al reino de la terrible diosa Ereshkigal, que tenía los ojos de Helena y los pechos de Tashmetu. No podía moverse; soñaba, despertaba de un sueño y se encontraba en otro peor. Alguien se quejaba de que en el bosque no se pudiera conseguir ninguna cabra virgen para tumbarla junto a él y darle sepultura en su lugar, ya que como era sabido se podía engañar de ese modo a Ereshkigal y los *emettu*. Zaqarbal y Djoser estaban allí, pero ¿por qué graznaban de un modo tan terrible? Una esclava contó que olía a la diablesa de la fiebre, Lamashtu, cuyo nombre llevaba ella, y que eran las asechanzas de Lamashtu, no las de Ereshkigal, las que tenían paralizado y ardiendo al señor de la caravana, y otros dos esclavos —uno joven y otro viejo— le lavaron y le limpiaron las heridas, le hicieron beber caldo, y durmió sin pesadillas.

Tres días se pasó durmiendo y gritando y temblando de fiebre, dijo Zaqarbal. Ninurta se sentía débil, pero las heridas estaban en vías de curación.

—Nos has hecho pasar miedo. —Djoser estaba en cuclillas a su lado y le miraba fijamente a los ojos, como si tuviera que cerciorarse de que en las pupilas no se escondía ya ningún demonio—. Sin los esclavos no te hubiéramos sacado adelante.

—Pasaré la próxima fiebre cuando no esté en camino con aprendices de mercaderes como vosotros, sino con hombres de verdad. —Ninurta bebió un sorbo de la cerveza caliente especiada con sésamo. Cuando trató de sentarse no se mareó, al contrario que en los dos primeros intentos—. ¿Qué esclavos son ésos?

Djoser se puso en pie, miró a su alrededor, silbó y gesticuló entre silbidos. Una mujer y dos hombres se acercaron lentamente.

—Lamashtu —dijo Djoser—. Tsanghar. Y el viejo se llama Adapa, como el sabio de las viejas historias.

Ninurta miró a los tres esclavos. La mujer podía tener unos veinticinco años, igual que Tsanghar; ambos tenían el pelo ensortijado y la piel tostada. Adapa, «el sabio», debía de tener unos cincuenta años; su rostro era una alfombra arrugada, y de su pelo no quedaba más que una corona gris.

—Os debo gratitud —dijo Ninurta—. ¿Por qué?

Lamashtu sonrió, mostrando unos dientes blancos; llevaba un delantal gris y un paño sucio envuelto en torno al pecho.

—Sonreías de vez en cuando, señor —dijo—. Y no nos has pegado en el camino hasta aquí.

—¿De dónde venís? ¿Y por qué sois esclavos?

Lamashtu se encogió de hombros.

—La gracia de los dioses… mi padre era médico en Eshnunna. Fue asesinado por guerreros casitas cuando yo tenía quince años. Fui esclava en el templo; luego, de otro médico que mi familia conocía. Me trató como una hija y me instruyó en el conocimiento de las plantas. Luego murió, y sus parientes me vendieron. Cuatro señores… el último fue asesinado por guerreros, y tuve que ir con ellos. —No movió un músculo—. Hacia Babilu… Pero siempre estaban en la frontera, y en un combate con asirios perdieron. Así llegué a la fortaleza donde fui entregada a ti.

—¿Y tu nombre, Lamashtu?

Sonrió fugazmente.

—Mi madre murió de fiebres cuando nací. Por eso mi padre me puso el nombre de la diablesa de la fiebre.

—Ya no volverás a llevar cadenas, Lamashtu. De todo lo demás hablaremos después. Tú, Adapa, ¿por qué te llamas así?

El anciano dejó al descubierto varias mellas en su dentadura.

—Yo era escribano, señor, y desmedido lector de escritos antiguos. Por eso sé algunas cosas.

—¿Elegiste la sabiduría, como el Adapa de la historia, cuando un perverso dios te dio a elegir entre la sabiduría y la inmortalidad, que no te hubiera concedido nunca?

—Hubiera elegido la inmortalidad, viejo como soy. Pero no me dejaron elección.

—¿De dónde vienes?

—De Lagash. Deudas, señor… demasiado leer, y no suficiente plata. Me vendieron. El resto del camino ha sido parecido al de Lamashtu.

—No volverás a las cadenas. ¿Tsanghar?

El joven frunció el ceño.

—Soy de Gasca, señor. Huérfano. Tengo manos muy hábiles. Y, como suele decirse, disparatadas ocurrencias. He trabajado en un taller de Asur, he construido carros mejores, un arado mejor, cosas así. Tenía una amiga; un capitán de la guardia de palacio la quiso. —Se volvió; a la veteada luz de la mañana que se filtraba por entre las ramas de los árboles, Ninurta vio los profundos surcos en la espalda—. ¿Qué puede hacer un pequeño artesano contra un capitán de la guardia de palacio?

Pasaron dos días en el bosque, esperando que Ninurta se sintiera lo bastante fuerte como para subir a un caballo y, sobre todo, mantenerse en él. Recorrieron el claro bosque durante otros dos días hacia el oeste. Al llegar al Arantu, Ninurta despidió a los guerreros asirios con agradecimiento y plata. Y con buenos deseos, porque hasta que llegaran a territorio asirio tenían que cabalgar cientos de millas por un país enemigo, sin la excusa de una caravana de mercaderes.

En los diez días que se necesitaban para llegar hasta Ugarit, Ninurta pensó una y otra vez en sus extraños sueños. Sueños que habían ido esfumándose y perdiendo sus detalles, que en algunas partes habían sido en extremo claros, y en otras muy confusos. El incidente con Alejandro y Helena había ocurrido hacia cuatro años. También en esta ocasión los mercaderes habían venido con dos barcos, pero junto al *Yalussu*, que pertenecía a Awil-Ninurta, estaba el *Kynara*, el barco de Zaqarbal. A Djoser lo habían recogido en el puerto de Gubla; el rome había podido vender caro su barco, no especialmente bueno. El recuerdo de Hamurapi, que los había nombrado mercaderes reales, quedaba aún mucho más lejos; Ninurta había venido solo, como sucesor de otro mercader, y Hamurapi no había hecho más que confirmarle.

¿Y entretanto? ¿Cuatro años habían dejado tan escasas huellas en su espíritu para ser irrelevantes para el sueño (o para lo que determinara el contenido de los sueños)? Keret seguía vivo, no parecía más débil… Ningún cambio. Tashmetu, diosa de la noche, compartía el lecho de Ninurta cuando se detenía en Ugarit… Ningún cambio.

Otras cosas habían cambiado. Guerra en Alashia, donde la mitad occidental de la isla había escapado a los hititas; una guerra imprecisa y no declarada en el interior, por unos territorios fronterizos entre Arzawa y el reino hitita; preparativos contra Ilios en las ciudades de los aqueos; afirmación y expansión del poder de Madduwattas, al que llamaban el Anciano Oscuro y que infestaba los países de su entorno con espías, asesinos y sacerdotes… sacerdotes que veneraban a un dios llamado Shubuk, que según se decía era un cocodrilo o dragón y quería sacrificios humanos.

Viajes, además. Rutas y hallazgos. Comercio. Hace cuatro años que volvieron de Ugarit a la isla secreta, con una breve parada en Ialisos, donde los astilleros debían construirles dos nuevos cargueros antes de la siguiente primavera, para Zaqarbal y Djoser. El invierno en la isla, a menos de dos días de viaje de Roddu.

Al año siguiente, el viaje a Acaya, comercio y conversaciones con los aqueos de

largos cabellos de Argos, en los puertos de Citerea, el viaje que continúa por el pequeño mar occidental hasta Ítaca y más al norte, el regateo con Ulises, después la tempestad, una luna entera en Ugarit, las noches con Tashmetu… Otro invierno en la isla; después, el viaje al país de las pirámides y al oeste hacia Libu, donde negoció un cargamento de esa extraña hierba llamada *sulufu*, con la que las dos señoras de las hierbas en la isla, Kal-Upshashu y Kir'girim, sabían hacer miles de pócimas y medicamentos, y un invierno entero en Ugarit. El tercer año: de Ugarit a la isla, de allí bordeando la costa hacia el norte hasta Ilios, luego bordeando la costa desde los puertos tracios hasta Atenas y Argos y otra vez a la isla. El cuarto año: de la isla a Tameri, de allí hacia el noreste hasta el puerto de Canaán, donde Djoser había hecho su gran negocio con el barco, y a Ugarit.

Había algo. Algo detrás de los pensamientos, detrás de los recuerdos. Hurgó en su interior (cosa que odiaba), revolvió, sacó a la luz mil cosas de escasa importancia y diez mil accesorias. Una y otra vez, era como si en un rincón del laberinto del recuerdo acechara el rabo de aquel roedor que quería abrirse camino para salir a la luz, pero en cuanto él llegaba al rincón el rabo y el animal habían desaparecido.

Awil-Ninurta juró callado, se retiró, apenas habló con Djoser y Zaqarbal, y cuando los tres antiguos esclavos, Lamashtu, Tsanghar y Adapa, le preguntaron qué hacían o debían hacer con su libertad, los entretuvo mandándolos a Ugarit. Dejó la inspección de la caravana a Djoser y a Zaqarbal; cavilaba montado en su cabalgadura, y hurgaba en su interior cuando descansaban por la noche. El repugnante roedor se retiró para seguir mordiendo en otros puntos de su espíritu. Al principio se lo imaginó de cuatro patas, pelo gris, rabo largo, dientes afilados y ojos pequeños y malvados. Luego le atribuyó seis patas y ojos de fuego. Dientes de mellado bronce. Finalmente, el animal obtuvo plegadas alas de murciélago y una trompa de chupar con la que sin duda no se abría camino, como tampoco con los dientes (amarillos y ganchudos colmillos), pero absorbía con ella aquellos recuerdos que él no era capaz de encontrar.

Estaban ahí. Sombras detrás de sombras en la parte más oscura de una penumbra que se oscurecía. A veces imaginaba que tomaban forma para poder hacer señas y reír entre dientes. Reunió sus pensamientos en una tropa de choque, abrió brechas en los muros del piadoso olvido, enumeró los años, luego las lunas, los días, llegó a las noches, que estaban llenas de Tashmetu y, menos claramente, de otras mujeres, de vuelos nocturnos con Kal-Upshashu y Kir'girim, que compartían hierbas, negocios y hombres y le daban repugnantes bebedizos para que pudiera volar mejor y amar con más frecuencia, y a veces quemaban hierbas cuyo sahumerio hacía surgir ante o detrás de los ojos imágenes excitantes y podía privar de voluntad al que lo respiraba… Dejó las noches a un lado.

Vio lo que nunca quiso volver a ver. El derrumbamiento del dominio del rey Tukulti-Ninurta, la huida del rey de la furiosa revuelta de Babilu. La casa en llamas y

la apestosa, chillante, giratoria y llameante antorcha que era su padre. La huida hacia el norte, acosados por los combatientes casitas y los babilunios, que no querían permitir ninguna clase de retorno a los odiados asirios. Refugio aquí y allá, y hambre en medio de los pocos guerreros que habían quedado, que protegían al rey y su familia con su escasa vida y sus desfallecientes fuerzas. Engañosa seguridad en Asur. Engañosa porque el ejército reunido por los otros príncipes aseguró las fronteras y rechazó a los babilunios, pero porque cada vez menos príncipes querían obedecer al rey que había perdido Babilu. El día de la rendición de cuentas, cuando del palacio sacaron a rastras a Tukulti-Ninurta y después, según oyó, lo mataron durante la fuga. Pero también mataron a todos los que habían vivido en palacio… Se vio a sí mismo con doce años, luchando contra los brazos y las manos de su abuelo, el abuelo que quería hacerle callar, contenerle, salvarle; pero Awil-Ninurta no quería callar, no quería huir, quería ir con su madre, a la que estaban empalando con otras mujeres en el patio del palacio. Y mientras oía los gritos y olía la carne y veía las tiras de piel que arrancaban a las mujeres mientras las empalaban, mientras los ojos de la madre aún lo devoraban, emigraba con su abuelo hacia el oeste, hacia mitani, que un día había dominado Asur y hacia mucho que estaba en manos de Hattusa… hacia Carchemish, luego hacia Alalak. Creció y combatió y aprendió a distinguir las buenas mercancías de las malas, y se vio en un barco, el barco de un mercader de Milawatna (pero el mercader era aqueo y llamaba Mileto a la antigua ciudad luvia), que poseía junto a otros, en una isla secreta no lejos de Roddu (él decía Rodas), un almacén para sus tesoros y para invernar.

Ninurta se revolvió insomne. Oía respirar a los otros, oía la madera crujiendo en la hoguera al enfriarse; olía la noche y los hombres y los animales; veía las estrellas, envidiaba al hombre que gemía y a la mujer que emitía un agudo grito de placer, pensó en sus propios gemidos, dejó las noches a un lado, siguió escarbando. Entretanto el repulsivo roedor tenía un rabo flagelante y unos bigotes abrasadores; la trompa estaba llena de agujas al rojo vivo.

En alguna parte… sombras detrás de sombras… ¿Por qué el sueño le había devuelto a Helena y Alejandro en Ugarit, pero no a Helena y Alejandro (y un niño) en Ilios? ¿Helena, más que nunca encarnación de Ishtar, inmune al tiempo y a la maternidad, sin marcas ni arrugas, ondulante fuego en el palacio de Prijamadu, al que también llamaban Príamo? ¿Había sido a causa de las joyas que él llevaba para ella en esa ocasión?

Prijamadu… un anciano de ojos astutos, aún no atacado por la pueril senilidad. Le había dicho algo. ¿Qué? El roedor le arrastró hasta otro soberano, Enlil-Kudurri-Ushur, un joven de ojos astutos, libre de pueril frivolidad, frío y calculador. El rey le había dicho algo en Asur. ¿Qué? ¿Tenía algo que ver con la gran cantidad de dinero? (¿de dónde había salido tanto oro?), ¿con el mensaje de Hamurapi y Rap’anu?

Otra vez se volvió del otro lado. La novena noche desde que los guerreros les habían abandonado. La novena noche casi sin dormir. El asqueroso roedor se tranquilizó; al parecer había encontrado un pasillo sin utilizar en el laberinto del recuerdo, vacío, sin imágenes ni olores, y al parecer quería dormir allí. Awil-Ninurta decidió cerrar los ojos.

Por la mañana volvieron a poner a los esclavos la pesada cadena que había estado en un carro durante días. El camino serpeaba entre campos y matorrales, hacia la costa, hacia la ciudad. Llevaron las mercancías a la casa del puerto; Ninurta pagó y despidió a los muleros. Los mulos, comprados al gremio de criadores con permiso real, debían ser revendidos al gremio, pero de eso se encargaría el administrador. Zaqarbal y Djoser le acompañaron cuando fue al puerto y visitó los barcos varados en la playa, al sur del muelle, con animales de tiro y muchas fuertes manos. Se habían cambiado los tablones dañados, los tres mercaderes no hallaron nada que mereciera su desaprobación.

—Preparadlo todo para zarpar —dijo Ninurta—. Podría ser que tuviéramos que apresurarnos.

Lissusiri, reconvertido ahora de capataz de esclavos en timonel, se quejó sordamente, evocó los figones y su carne y la de las rameras de Ugarit y se puso a reunir al resto de los marinos. Por lo menos aquellos que no llevaban lunas en Ugarit, sino que habían acompañado a la caravana, no se mostrarían muy entusiasmados.

Zaqarbal y Djoser rehusaron ir con él a casa de Keret para distraerle; querían tomar un baño, vino y un asado. Además, Zaqarbal quería mujeres, varias, y a ser posible al mismo tiempo. Djoser afirmó que su gozo era el sueño y después el control de las listas.

Ninurta encargó a Lamashtu, Tsanghar y Adapa la vigilancia de los esclavos. Ordenó al administrador, Menena, que los tratase como a hombres libres; además, envió mensajeros a Rap’anu y al palacio y pidió una entrevista.

—¿Y tú? —dijo Menena.

—Voy a lavarme, amigo mio… Apesto a sudor y a caballo, aunque yo no lo huela. Y luego a ver a Keret, a discutir de negocios —dijo y le guiñó un ojo.

Menena no le devolvió el guiño.

—No podías saberlo: Keret ha muerto. Tashmetu lleva ahora los negocios.

Ninurta quedó sin habla un instante.

—Enviadle un mensajero —dijo entonces—. Que le pida una entrevista.

Tashmetu recibió al asirio en las salas de oficina, en la parte delantera del patio enlosado tras el cual se encontraba la vivienda. Faltaba poco para la puesta de sol; dos escribas trasladaban listas de existencias a tablillas que al día siguiente se quemarían en el horno del taller perteneciente al negocio.

—Bienvenido, señor de las caravanas. —Le puso las manos en los hombros, los oprimió imperceptiblemente y tocó su mejilla con la suya—. Me queda una breve conversación con el gerente aquí… ¿Qué tal los negocios?

Ninurta la miró cuando volvió a su banco, a la cabecera de la mesa de trabajo. Hacía calor; Tashmetu llevaba una capa de una mezcla de lino y de la más fina lana con ribetes de púrpura, sujeta por una fíbula de plata en el hombro izquierdo. Se movía ligera, encantadora; se veía que bajo la capa no era impedida por pesados vestidos. La piel, del color de la salsa de un asado con nata, se asentaba tensa sobre los altos pómulos, a pesar de las primeras arruguitas; apenas huellas del tiempo, y ni rastro de luto.

—Buenos negocios y buenos días, señora. —Tomó la copa con vino y agua que un escriba le traía, sonrió agradecido y bebió—. ¿Cómo está el mercado de esclavos?

Tashmetu alzó la vista de las tablas. O de las puntas de sus dedos.

—¿Esclavos? ¿Desde cuándo comercias con esclavos?

—Me han obligado a aceptar un grupo, casi gratis.

—¿Sanos, fuertes, no demasiado viejos? Eso siempre se busca. ¿Y las otras mercancías?

Fue una trabajosa conversación; ambos pensaban en otras cosas que tenían que esperar. Tashmetu despidió al escriba por el resto del día y envió un esclavo a traer algo del figón del viejo Ilulai; pronto volvió con cordero asado, puerros en vinagre y pan. El gerente trajo una lista, echó de menos una segunda, se fue a buscarla; Ninurta habló de mercancías y márgenes comerciales: oro, tallas en huevos de avestruz y colmillos de elefante, adornos de oro y pigmentos en polvo procedentes de Tameri; todo, salvo el oro y las joyas, cambiado en Ugarit por aceite, vino, frutos secos y recipientes decorados… y mulos; vendido en Babilu a cambio de plata, joyas de plata, repujados en cuero, aceite de sésamo y zafiros del lejano Oriente.

Por fin el administrador llegó con la otra lista; por fin Tashmetu pudo cerrar los locales para la noche. El viejo mayordomo sonrió amablemente al ver a Ninurta, y sonrió cuando Tashmetu le indicó que no dejara pasar a nadie. Subieron la escalera hasta la gran estancia. La piel de oso estaba sobre el bastidor del lecho; no había brasero, y las ventanas no estaban tapadas.

—Princesa del comercio y de mis pensamientos —dijo Ninurta. Cogió por los hombros a Tashmetu y contempló su rostro, los fuegos verdes de sus ojos, los suaves labios—. ¿Soy realmente bienvenido?

Ella se echó a reír, le atrajo hacia si y le mordió el lóbulo de la oreja. Su corto pelo oscuro olía a aceite de salvia y a agua de rosas, y la fina capa no pareció crujir, sino exhalar un hálito de invitación, cuando Ninurta desprendió la fíbula.

—Hueles como si hubieras intentado lavarte el olor de los caballos. —Soltó una risita y lo llevó hacia la piel de oso. Durante un rato sostuvo su rostro con las dos

manos—. Tú —dijo en voz baja— eres más que bienvenido. Queridísimo. Keret… dijo que debíamos usar la piel… tu regalo.

—¿Lo sabía?

—Y lo aprobaba. Estaba viejo y enfermo. Y te apreciaba igual que al hijo que nunca tuvo. Dijo que veía que me hacías mucho bien. Solamente debíamos no mancillar su buen nombre.

—¿Incluso ahora?

—Ya no hay secretos —desprendió la túnica de él, y descubrió las cicatrices—. Querido, qué… no, dímelo luego.

—Te he traído una cosa.

Ella empezó a indagar con la lengua en la huella del cuchillo de hierro. Muy quedamente, dijo:

—¿Esto de aquí?

Ninurta le acarició la nuca, y gimió ligeramente cuando su boca dejó la cicatriz y se acercó a los genitales.

—Después. Otra cosa.

La fina cadena de plata, obra maestra de un herrero de Babilu, llevaba constelaciones de piedras azules, que en Asur se llamaban *uqnu* [lapislázuli], en Ugarit *iqni* y entre los aqueos *ukyanos*; entre ellas había pequeños discos de oro con adornos repujados: rostros, dioses, animales. Tashmetu cerró la cadena sobre su nuca y dejó caer los brazos; el disco más pesado, con el cuerpo desnudo de Ishtar, descansó entre sus pechos.

—Es maravillosa —dijo en voz baja.

—Y puedo dártela sin secretos.

Tashmetu señaló la bolsa de la que Ninurta había sacado la joya.

—Ahí hay algo más…

—No… es para ti, pero te lo enseñaré. Enseguida… Primero dime hasta qué punto estás segura.

—¿Segura?

—He oído decir que parientes del fallecido esposo envidian la herencia de la viuda.

Ella se echó a reír.

—Nunca cometiste el error de subestimar a Keret en vida. No lo subestimes después de muerto.

Keret, el más importante y rico de los mercaderes de Ugarit, amigo y consejero de reyes, había sucumbido sin llegar a cumplir los setenta años a una enfermedad, al frío y a la consunción. Tumores en el abdomen, dijeron los médicos que no pudieron curarle. Su primera mujer había muerto sin hijos; hacía quince años que había liberado a la hermosa esclava Tashmetu, que contaba catorce, y la convirtió en su

segunda esposa. Rap'anu y el propio rey Hamurapi habían confirmado su última voluntad, en la que Keret repudiaba a Tashmetu como esposa y la adoptaba como hija. Según las costumbres ugaritas, y para prevenir impugnaciones, había declarado hijo varón a Tashmetu.

—Eres el único muchacho al que he amado —dijo Ninurta. Se echó a reír—. ¡Viejo demonio astuto! ¿Así que ahora eres el mercader Tashmetu, con plena capacidad para negociar y sin envidiosos detrás?

—Sin envidiosos no, pero los envidiosos son impotentes… ¿Qué más hay en la bolsa?

El asirio se incorporó.

—Los negocios no siempre se llevan bien con los sentimientos. Voy a volver a viajar a Wilusa, y a Acaya.

—Yen Wilusa verás a Helena. Lo sé. ¿Es para ella?

Asintió.

—A ella no le gustará, pero… —Sacó un paño doblado de la bolsa y se lo dio a Tashmetu.

—Pesa —dijo, sin abrir el pañuelo—. ¿Por qué no va a gustarle?

—Se lo vi a un orfebre de Asur. El rey… —Se detuvo un instante; era como si el roedor mordisqueara y arañase su alma—. El rey me lo recomendó, como hábil y de ánimo sombrío. Sin duda los aqueos occidentales tomarán como excusa el supuesto rapto de la reina de Esparta y atacarán Wilusa. Es una tentación demasiado fuerte. Pero la cosa aún empeorará debido a Helena y Parisiti, y el demonio común que habita ambos cuerpos.

Tashmetu cogió el disco de Ishtar entre sus pechos.

—¿Qué puede ser aún peor que una gran guerra?

—Una guerra a la que los hombres van porque quieren conseguir algo terminará en un momento u otro. Pero si se les dice que el hijo del rey enemigo ha pisoteado su honor no quemarán, matarán y devastarán hasta haber alcanzado su objetivo, sino hasta que su objetivo ya no forme parte de este mundo. No saquearán Ilios, sino que la aniquilarán y matarán a cada hombre, cada mujer, cada niño. Por eso… esta joya para Helena.

Tashmetu soltó el nudo que mantenía plegado el paño. Luego emitió un sonido de horror.

Sobre un fino hilo de plata se asentaban delgados y pequeños huesos: los huesos de niños nacidos muertos o muertos recién nacidos. Y partes de tres pequeños cráneos, separadas por piezas de *uqnu*.

Tashmetu volvió a anudar el paño. Durante largo tiempo permaneció callada. Ninurta bebió, pero el vino sabía tal como él se imaginaba los excrementos del malvado roedor dentro de su alma.

—Hay algo más —dijo Tashmetu en voz baja—. Algo de lo que tenemos que hablar.

Él la miró, sobrecogido.

—Mis envidiosos son impotentes, como te dije; pero… también tú los tienes. En puestos muy elevados. Puede ser que no dejen salir de Ugarit a un Awil-Ninurta vivo. Sólo a uno muerto.

NARRACIÓN DE ULISES (I).

Ayúdame, Musa, a tejer historias que os enreden: redes de palabras que os atrapen como a mí vuestras repugnantes pócimas, que convierten en toros a los hombres y a los guerreros en cerdos. A las cuevas del éxtasis, cubiertas de helechos, desplacé con disgusto la mezquina paja del discurso probo; fuego de vuestras grutas, mágica espada en vuestras vainas, y a los oídos no la pobre verdad (¿qué es verdad?), sino al asombro.

¿Por dónde empiezo? ¿Por qué no adelanto el final al principio, o…? Como queráis; pero antes hablemos de mí. Pero no demasiado; supongo que no necesitáis saber a toda costa de qué árbol estaba hecho mi primer caballito de madera. Empecemos con mi madre, Anticlea, hija de Autólico. Era una anciana de las que ahora se llaman comúnmente micénicas, pero al contrario que muchas comprendió muy pronto que la hora de los antiguos soberanos había pasado y sólo los fuertes aqueos, incluso brutales, disponían del cubo necesario para sacar agua fresca del inagotable río del tiempo y rellenar las clepsidras. ¿Cómo? ¿Buen discurso? Buen parloteo.

Autólico tuvo varios hijos, que no se sintieron precisamente tristes cuando mi padre, Laertes, rompió con las viejas costumbres. En realidad, como esposo de Anticlea, hubiera tenido que permanecer junto a su madre… El yerno entra en la casa; la hija no se va con él. Pero mi padre no apreciaba en mucho las costumbres heredadas, sino que prefería idear otras a las que su numerosa descendencia ayudara a alcanzar una venerable antigüedad. Así que no pidió a Anticlea que le tomara por esposo, sino que se convirtiera en su esposa, y se la llevó a las islas de Ítaca y Cefalenia, que su padre Arcesio había conquistado con la lanza, pacificado con la espada y fertilizado con el arado.

¿Cómo? Sí, he dicho con el arado; pero no quiero prescribiros normas. Si preferís embocar otra cosa, podéis llamar de otro modo a la herramienta de la fertilización. De momento yo seguiré llamándola arado; del témpano que lleva las semillas y el surco que da la vida hablaremos después.

Las islas… Ah, verde Ítaca, amable Cefalenia. Duliquio. Pero sueño, en vez de concentrarme. Mi padre, pues, se llevó a Anticlea a casa, con la esperanza de tener muchos hijos, bienestar creciente y una vida en la que el placer de la espada, el goce del hogar y la plaga de la agricultura estuvieran repartidos del modo más desigual posible. Consiguió lo que quería, pero no como lo había deseado. La espada tuvo que descansar, el gozoso hogar —llamémoslo el provechoso lecho— sólo trajo dos frutos, por mucho que Laertes y Anticlea se esforzaron y gimieron. Mi hermana Actímene y

yo fuimos concedidos a los padres, la envidia de los dioses abortó tempranamente otros frutos. Yen lo que a los campos se refiere, fueron la más agobiante actividad de Laertes. Creo que a menudo consideró la idea de cruzar el mar hacia el oeste para poner pie en aquel país que —como se dice— tiene la forma de una pierna, y agitar allí la espada sin tener en cuenta las ofensas. Pero el campo, el ganado, la vid… y no hubo ninguna espléndida guerra.

Me olvidaba de los cerdos, que en Ítaca prosperan especialmente. Se comen las bellotas de nuestras grandes encinas y, después de la vendimia, cuando se ha terminado de pisar la uva y los chicos y chicas, ebrios de juventud y de mosto, buscan la sombra de los arbustos, nuestros cerdos gustan de hozar entre los restos en fermentación… Cerdos de orujo, se podría decir. Entonces cantan de forma encantadora, se agarran mutuamente de las patas y bailan sobre las patas traseras. Mi padre nombró porquerizo a su amigo Eumaios y mientras él se ocupaba de ellos, yo me ocupaba de su hija. ¡Ah, la audacia de la juventud, el variado esplendor de la pocilga revolcadora!

Además, oh encantadoras, naturalmente viajé. La idea de mi padre era que no confundiera los surcos y las verdes colinas de las rosadas hijas de los porquerizos de Ítaca, con el mundo en general, que la lanza y el lagar (¿qué lanza?, ¡qué lagar!) no limitaran mi existencia. Así que salí… ¡pero basta de esta cantinela!

Fui enviado a las cortes de príncipes amigos. ¿Cortes? Granjas de príncipes agrarios. Después visité a mi abuelo Autólico, en su casa blanca junto al Parnaso. Allí comprendí lo que es vivir mejor. Paredes firmes, sin grietas, blanqueadas o cubiertas de adobe; baldosas que no quieren salir por los aires para bailar, sino que se asientan en armoniosa contemplación. Mesas resistentes y ¡ah, la posesión de sillas acolchadas! Jarras y vasos que no dejan escapar traidoramente la bebida ni cortan los labios del que bebe. Hombres de uñas limpias; mujeres que no huelen a estiércol y establo; vestidos limpios; paredes, como he dicho, sin grietas… paredes de las que, en vez de vergonzosos trapos para tapar los huecos, cuelgan tapices finamente tejidos. ¿Y todo esto, pensé, lo abandonó mi madre sólo para ser la concubina de mi padre?

También había allí hombres y mujeres ancianos, que podían contar cosas de los antiguos tiempos. De aquel en que los palacios se alzaban por doquier, y hombres bien alimentados escribían en hojas de médula de junco, antes de que los brutos aqueos considerasen que era mejor que a nadie le fuera mejor. Y como ellos… ¡lo confieso: mis antepasados! Y como ellos no sabían escribir, nadie debía saber leer, así que transformaron el bienestar de unos pocos, que descansaba en el trabajo de muchos, en miseria, que en adelante fue un bien común.

No te quejes, Ulises. Nacido para la burla, llamado a la lucha… Autólico, que en edad desdentada se mantenía erguido y olía mejor y hablaba con más mordacidad que

muchos más jóvenes que él, que se sientan a la mesa con la espalda encorvada y arrancan con espléndidos colmillos la carne que sus sucios dedos sostienen, tiras que mastican con la boca abierta para decir después, con la boca llena, frases aladas cuyo principal objetivo es demostrar a los presentes la falta de cerebro de quien habla… Autólico, pues, mi abuelo, pariente de los más antiguos príncipes, halló placer en mi, su indigno nieto, y me hizo instruir. De los esclavos aprendí el arte de la limpieza, y por las esclavas me enteré de que los hombres y las mujeres pueden hallar más placer los unos en los otros si ambos están limpios y huelen bien. Sabrosos. De otro viejo criado aprendí a leer los signos cananeos (allí se les llamaba los «ganchos sidonios»; el abuelo Autólico decía «huellas de ruido fenicias», lo que a mi me parecía muy acertado), a escribir con caña y tinta en hojas de médula de junco o a garabatear con un punzón en cera y arcilla. Aprendí a masticar con la boca cerrada, a callar con los oídos abiertos y a hablar con muchas lenguas, según las necesidades y las circunstancias.

Pero aprendí también otras cosas… la caza, por ejemplo. En las colinas de Ítaca y en los valles que las separan no hay sitio suficiente para hombres y animales; sin duda yo sabía manejar el lazo para atrapar pájaros, pero los jabalíes o los grandes ciervos habían sido hasta entonces para mi criaturas que sólo existían en las historias. En el Parnaso, se decía, vivían en la antigüedad cantantes y poetas; yo atestiguo que sigue siendo así, porque, ¿cuál es la diferencia entre los poetas y los jabalíes? La cicatriz… si, ésta de aquí, en el muslo… la pista que lleva al poste del que cuelga mi carne: es una vereda que un jabalí enrabiado por mi lanza abrió en la espesura de mis entrepiernas para talar y roturar sin piedad.

Uuuh, ¿qué hay en esta bebida? ¿Pis de ratón? ¿Estiércol de murciélago, pulverizado y mezclado con saliva de víbora? ¿Una bebida, nada potable… para acelerar las muchas actividades? ¿Sobre todo una? ¡Ah! Si vosotras lo decís, oh princesas de los bebedizos, esta y aquella pócima excitarán. Entonces… ¡ah!, ¿lo veis?, ¡ya hace efecto! ¿Entonces has de hablar más aprisa, Ulises, o has de interrumpirte y seguir después? ¿Terminar con rapidez las historias de la juventud, terminar con la infancia para dar paso a la edad viril? Está bien; entonces, más deprisa.

Autólico. Aprendí muchas cosas, se me curó la herida, abandoné el palacio con la voluntad de vivir mejor en Ítaca en cuanto estuviera de vuelta. Visité al noble Iphitos, a cuyo padre había matado Hércules (un monstruo furioso, se podría decir; Iphitos es uno de los muchos cuyos padres conocían demasiado bien a Hércules), e Iphitos me regaló un arco. Un arma magnífica de cuerno y metal y madera envejecida que había que tensar en contra de su propia curvatura, sujetando un extremo con el pie y la curvatura contra la rodilla de la otra pierna…

Ah, ¿que no queréis saberlo con tanto detalle? ¡Ah, que hace mucho que lo

sabéis! La mayoría de los aqueos no lo saben, y son tan incapaces de tratar con ello como con los caballos.

Pero sigamos. Más deprisa. A Epiro y a Tafos, a conseguir veneno… ah, eso sí queréis oírlo, ¿no? Veneno para las flechas emplumadas, veneno para la muerte alada. De vuelta a Ítaca, donde logré convencer a mi padre, Laertes, de que sería mejor cedérmelo todo. Se retiró a una casa en el campo (digamos a una cabaña, con Anticlea), y yo me dediqué a acrecentar el bienestar. A levantar muros duraderos. A construir un palacio habitable, más consagrado al goce que a la miseria. Vinieron mercaderes de todas partes en cuanto se supo que Ulises de Ítaca producía cosas aptas para el comercio… delicado vino, sabroso jamón, tallas, astas de lanza en dura madera de cerezo, que no se astilla tan fácilmente. Los príncipes aqueos venían a pedir mi consejo, aunque aún era joven… pero sabía leer y escribir…

Y entonces oí hablar de la incomparable, de la divina Helena. Pero de eso mejor hablamos después, ¿no? Primero… esto. Y esto también. Luego aquello.

3. EL TORNO Y LOS HUEVOS

Zaqarbal parecía no haber dormido apenas. El hombre de Sidunu apestaba a docena y media de aguas de olor, menos untadas por bañeros que arrebatadas en el roce a rameras; además, a vino, a cerveza y a especias. Llevaba las uñas de los meñiques pintadas de un rojo mate… un tono similar al de los globos de sus ojos y al de numerosas manchas en la túnica de lino blanco, larga hasta las rodillas.

—Pareces considerablemente descansado —dijo Djoser. Miró por encima de los montones de tablillas: de arcilla cocida y sin cocer, cera y madera oscura, y se frotó los ojos—. Algunas personas emplean sus energías sensata, aunque inútilmente, mientras otras trabajan y calculan sin conocimiento.

Zaqarbal rió.

—Como todos sabemos, mi ciudad natal está sometida a tu gente, rome. Y si el señor del Per-ao envía a Sidunu a sus guerreros y administradores para ahorrarnos el pensar, será legítimo que hagamos eso mismo aquí. —Acercó con el pie un escabel a la mesa de Djoser y se sentó—. ¿Dónde está el señor de esta empresa?

—El hombre de Asur ha dado esta mañana temprano numerosas órdenes para cargar los barcos a toda prisa con todo lo que en ellos quepa. Ahora está con el noble Rap’anu para discutir cómo están las cosas.

Zaqarbal bostezó.

—¿Asuntos de Estado antes de mediodía? Repugnante. ¿Y a qué tanta prisa?

—Después. Cuando hayas dormido.

—¿Tienes algo que darme de beber?

Djoser miró al otro entornando los ojos.

—Parece como si hubieras perdido todos los jugos del cuerpo. Temo que tendré que autorizar que te rellenes.

Dio una palmada; cuando apareció una esclava, le ordenó traer cerveza caliente y especiada y agua fría.

—¿Agua? —Zaqarbal hizo una mueca—. No quiero ahogarme, sino beber.

—Lo sé; aunque tal como hueles ahogarte sería un beneficio para la ciudad y el país. ¿Y después? ¿Dormir?

—Dormir, quizá soñar… ¡Ah! —Con manos curiosamente firmes, cogió la copa que la esclava le alcanzaba—. Bien… ¿O hay cosas urgentes que se han de despachar antes de que pueda irme a dormir?

Djoser se reclinó en su silla de tijera, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, y miró fijamente las vigas del techo.

—Nada urgente, amigo mío. Sólo la vida, los negocios, la situación del mundo; la cuestión de los ingresos y los gastos; las decisiones del asirio respecto a lo que haya

de hacerse con los esclavos. Pequeñeces así.

—No te aprecio. —Zaqarbal se quedó mirándole por encima del borde de la copa —. No puedo soportarte, rome.

—Eso no es nuevo; ¿por qué tienes que mencionarlo ahora?

El sidonio se frotó los ojos enrojecidos.

—Uno se ha desfogado a conciencia, después de un aburrido viaje, y ¿qué hace el rome? En vez de empinar el codo o meter su aparato en una cavidad adecuada, se sienta aquí y calcula. ¿Estás vivo, hombre?

—Probablemente. —Djoser apoyó los codos en la mesa. Cuando siguió hablando, no miraba al sidonio. Del gran almacén de al lado salían voces amortiguadas, pasos, el chirriar de objetos, al arrastrarlos—. Quiero que te lleves a dormir una idea, para que puedas darle vueltas en sueños.

—¿Cuántas caras tiene esa idea, y cuál debería quedar arriba después de darle vueltas?

—Una idea con muchas caras y aristas… agudas aristas, con las que uno se corta si no tiene cuidado. —Con el mentón primero, luego con una mano, señaló al pasillo que llevaba al almacén, a recipientes, cajas y balas alineadas contra las paredes del pequeño cuarto escritorio, al patio interior que había más allá de las tres ventanas—. ¿Qué habría que llevarse de todo esto si se decidiera llevarse todo lo posible? ¿Y qué habría que dejar si se decidiera volver?

—¡Ah! —Zaqarbal dejó la copa vacía en la ranura entre dos verdeantes losas del suelo—. ¿Es eso?

—Los rumores e informes… No creo que en las próximas lunas haya muchas caravanas por tierra y muchos barcos de carga en el mar.

—¿Guerreros, quieres decir? ¿Sólo guerreros? —Sonrió; luego bostezó, y se puso en pie—. Volver a la isla es una cosa; la idea de que los guerreros quieran comer y beber y necesiten espadas es otra. Lo pensaré mientras duermo. Mi espíritu lo considerará, mientras el sueño se tiende a mi lado y ronca.

Djoser señaló con la cabeza hacia la habitación más pequeña del edificio.

—Yo he dormido ahí. Las mantas ya no están calientes, pero tampoco tienen piojos.

—Bien, bien. Nos veremos.

—Será inevitable.

Por la mañana, un Awil-Ninurta no precisamente desabrido, pero sí adormecido había dado a los tres liberados un par de consejos y una bolsa. Los consejos eran sobre todo advertencias, las bolsas contenían fragmentos de cobre y plata, trocitos de piedras preciosas y una barrita de cobre con surcos. Les aconsejó que se quedaran en la parte baja de la ciudad, que se mantuvieran alejados de los altos templos y palacios, que no hablaran demasiado, que fueran cuidadosos al pagar objetos o

servicios. Finalmente, les colgó a todos un cordón de cuero con plaquitas de arcilla entorno al cuello.

—Esto significa que sois propiedad de los mercaderes de Yalussu. En Ugarit todo pertenece al rey, con pocas excepciones, y los extranjeros no conocidos y sin grandes propiedades pueden simplemente…, bueno, perderse.

—¿Por qué nos has liberado, señor, si aquí no somos libres?

—Después; de eso hablaremos después.

Después, después… primero, ver cómo están las cosas en Ugarit… Una y otra vez, Ninurta les había consolado por el camino; pero, finalmente, cuando la caravana alcanzó el reino del rey de Ugarit, ya no tuvieron que ir sujetos a la larga cadena, como el resto de los esclavos. Una pesada cadena de muchos burdos eslabones, sujeta con pesadas argollas de metal al centro del torso. Eran libres, pero ¿de qué? ¿Para qué?

Naturalmente, no se atuvieron al consejo de Ninurta; el viejo babilonio quería ver los templos; el hombre de Gasca, los talleres, y Lamashtu, simplemente la ciudad. Pasearon un rato por los callejones junto al puerto, subieron luego la avenida empedrada hacia la ciudad alta. Los guardianes del templo de Dagan echaron una mirada casi indiferente a sus tablillas de esclavos y los dejaron pasar. Al otro lado de los muros había un palmeral, y detrás el templo propiamente dicho: muros, columnas, un espacio interior oscuro y casi sin adornos, con cortinajes en las paredes y una roca desnuda por altar.

—No es muy impresionante —dijo Adapa cuando volvieron a encontrarse fuera —. No tiene comparación, en cierta medida.

Tsanghar se puso a silbar.

—De donde tú vienes, los templos son grandes y poderosos, ¿verdad? Les pertenecen tierras y pueblos enteros. Ninurta dice que aquí todo pertenece al rey.

Lamashtu los empujó a ambos.

—Vamos. Veamos lo que hay ahí delante.

—Necia idea. —Adapa se detuvo, con los brazos en jarras—. ¿Templos que pertenecen al rey? ¿De qué viven entonces los sacerdotes?

Tsanghar rió entre dientes.

—Quizá tengan que trabajar decentemente.

Lamashtu siguió adelante, sola, mientras los hombres discutían sobre las ventajas e inconvenientes de unos sacerdotes poderosos y unos reyes más poderosos. Delante de ella caminaban dos hombres vestidos de oscuro, hablando en voz baja, pero con vehemencia. Sólo oyó retazos de lo que decía el mayor de ellos; abruptamente, se detuvo y esperó a Adapa y a Tsanghar.

—¿Qué pasa? ¿Te ha revuelto algo el estómago?

El hombre de Gasca la miró con atención.

—He oído una cosa —dijo ella.

—¿Qué? ¿A quién?

—Si es nauseabundo, dínoslo. Si sólo es repugnante, guárdalo para ti. —Adapa sonrió.

La mujer titubeó.

—¿No ha dicho Ninurta que quería hablar con el consejero del rey, y después con el rey en persona?

—Sí, ¿y qué?

—¿Qué es eso? ¿Un templo?

—¡Oh, dioses! —Tsanghar alzó las manos—. ¿No puedes contestar a las preguntas en vez de hacer otras?

Caminó más aprisa y se dirigió a uno de los guardias que había a la entrada. Adapa y Lamashtu no le siguieron, sino que esperaron, como si de repente se hubieran acordado del consejo de Ninurta.

El guardián señaló la tablilla de esclavo de Tsanghar y dijo algo; luego movió la mano derecha, como si estuviera espantando moscas.

Tsanghar regresó con los otros.

—El templo de Baal, y los esclavos extranjeros no pueden pasar.

—Vamos, bajemos al puerto. Aquí arriba… —Lamashtu movió los hombros, como si tuviera frío.

En el camino de vuelta a la parte baja de la ciudad contó a media voz lo que había oído, o lo que había creído oír:

—Sólo han sido retazos, y el idioma es muy diferente, pero… Se trataba de un deseo o de un plan para hacer una matanza; alguien quiere matar a otro por la espalda a la puerta del palacio, con un arma en la mano derecha. Algo así.

—¿Y esos dos que lo decían entraron al templo de Baal? —Adapa frunció el ceño —. Quizá no todo aquí pertenezca al rey, ¿no?

—¿Estás segura? —dijo Tsanghar.

—Casi. No lo he entendido todo, pero ¿no basta con eso? Tengo frío. —Volvió a mover los hombros.

—¿Estás enferma?

—Destemplanza —murmuró—. Ya lo he pasado otras veces. Quizá sea la diablesa de la fiebre cuyo nombre llevo. Siempre que va a ocurrir algo malo siento esto.

Callaron hasta volver a sumergirse en los estrechos callejones de la ciudad baja: callejas de barro entre casas de dos plantas, muchas de ellas con tiendas y talleres en la planta baja; patios tapiados de los que salía un griterío de niños y un cacareo de pollos. En los callejones se apiñaban hombres barbudos con largos ropones de lana y mujeres vestidas con ropa algo más ligera. Tsanghar, que al igual que Lamashtu y

Adapa sólo llevaba el *kitun* y sandalias, se tiró de la túnica clara y dijo:

—Me siento casi desnudo… ropa de esclavo, me parece.

Con el mentón señaló a un grupo de hombres, vestidos asimismo tan sólo con el *kitun*, que arrastraban un pesado tronco de árbol, pensado probablemente para ser mástil de un barco. Lo llevaron por un pequeño mercado que daba a una plaza en la intersección de seis callejones. Frutas, verduras, aves, corderos, un par de cabras… parecía ser el mercado del barrio, pero también había puestos con adornos de cuero, metal y hueso tallado. Junto a un afilador que hacía que su hijo hiciera girar la pesada y tosca piedra de afilar, hombres barbados con pendientes habían levantado torres de grandes cántaros y gritaban cosas incomprensibles.

—Muqannu —dijo Adapa, tras una breve conversación con un ugarita—. Aceite y vino del otro lado del mar.

Con el viento en calma y un fuerte bochorno entre la multitud, Lamashtu volvió a tener frío. Recorrió con los ojos los puestos y los bancos… Hombres de la lejana Muqannu, de la isla larga, del país de las pirámides (uno de ellos llevaba una melena artificial hasta los hombros y sudaba por todos los poros), gente de Alashia, campesinos de los alrededores, artesanos de todos los oficios —cordeleros, fabricantes de velas, orfebres en oro y plata, ebanistas, peleteros, tejedores—, vendedores de almendras, higos, dátiles, cerezas y pescado… ¿Cuál era la razón del frío, el motivo del escalofrío?

Adapa se los llevó a ambos hasta una larga mesa con bancos desvencijados.

—Hambre y sed… yo por lo menos. Vosotros podéis mirar.

Bebieron vino diluido con agua de pozo, comieron pan ácimo con carne asada y puré de lentejas y pagaron con trozos de cobre que el dueño de la taberna al que pertenecía la mesa pesó en una báscula con diminutas pesas de piedra. Lamashtu se atragantó con uno de los últimos bocados; tosió, tuvo una arcada y señaló el extremo norte de la plaza.

—El… frío —jadeó.

Una columna de guerreros hititas con armadura de cuero, sencillo casco, lanza y espada. Los hombres del lejano gran rey venían al parecer de la ciudad alta, y caminaban con pesados pasos en dirección al puerto; durante unos segundos enmudecieron los gritos, los regateos, las conversaciones.

Tsanghar miró a la mujer.

—¿Y estás segura de que has sentido *eso* todo el tiempo? ¿De que los guerreros son la razón de tu frío?

Adapa se echó a reír.

—¿Por qué no? Guerreros hititas… Si cosas terribles que ocurrirán dentro de tres lunas pueden verse hoy en el hígado de un animal sacrificado, ¿por qué una que escucha a la diablesa de la fiebre no puede sentir a los hititas de una parte a otra de la

ciudad?

Lamashtu quiso esconderse, pero Tsanghar y Adapa se echaron a reír y tiraron de ella. Siguieron la conducción de elevados muros que llevaba las aguas residuales de la ciudad alta al mar hasta que torcía hacia el sur, donde estaban los apestosos patios y fosos de las tenerías. Por el callejón de los veleros volvieron hacia el norte, hacia el centro del barrio del puerto.

El edificio del gobernador del puerto, encargado del orden y de los tributos, estaba en la primera lengua de tierra que limitaba el puerto y mantenía apartada del puerto y de la costa la basura que se filtraba hacia el mar, más al sur. La lengua de tierra del norte, con el palacio de verano del rey, apenas se veía tras los innumerables barcos con sus mástiles y velas enrolladas y abultadas. Quien quisiera entrar por la puerta de la ciudad, ya fuera pescador, marino, mercader u ocioso, tenía que dejarse registrar por los guardianes. Todas las mercancías eran registradas con tiza sobre tablas de madera.

—Al parecer aquí no se puede soltar un pedo sin que la gente del rey complete sus listas y recaude un tributo. —Tsanghar arrugó la nariz—. La cámara del tesoro de Hamurapi tiene que estar muy llena.

Adapa abrió los brazos.

—Sin duda. Pero reseñarlo todo inhibe el pensamiento y la movilidad. Venid. Tengo suficiente… por ahora.

Poco después de mediodía llegaron al almacén de los mercaderes de Yalussu. Allí, esclavos y obreros sacaban objetos de los cobertizos: cajas, fardos, grandes y pesados recipientes que cargaban en carretillas. Menena no aparecía. Una serie de porteadores salió hacia el puerto. En el edificio principal, en el que vivía Menena y donde al menos Djoser había dormido, se oían gentes que hablaban en voz baja.

Awil-Ninurta, sentado junto a Djoser y hablando con él, alzó la vista.

—Ah, los libertos. ¿Habéis dado una vuelta por ahí?

Lamashtu se arrodilló con lentitud ante él y apoyó la frente en sus rodillas.

—Basta. —Era una orden, pero sin acritud.

—Señor —dijo ella—, no hemos tenido en cuenta tus advertencias.

—¡Cómo! ¿Ha habido problemas? ¿Estuvisteis en la ciudad alta?

—Sí, pero no hubo problemas, señor… el haber desoído tus advertencias nos ayuda ahora a advertirte a ti.

Ninurta sonrió, enseñando los dientes.

—Sentaos. —Señaló el escabel y las alfombras—. Hablad. ¿Qué ha ocurrido?

—*Ésta* ha oído algo. —Adapa se dejó caer con un suspiro sobre un rollo de alfombras—. Nosotros no sabemos nada.

Tsanghar sonrió fugazmente.

—La diablesa de la fiebre le ha hecho estremecerse todo el tiempo… Ha sentido

la presencia de guerreros hititas. Quizás incluso haya entendido bien lo que cree haber oído.

Ninurta cambió una mirada con Djoser, y se volvió luego hacia Lamashtu, que seguía de rodillas.

—Siéntate, mujer libre. ¿Qué has oído?

—Dos sacerdotes —dijo ella sin moverse— entraron al templo de Baal. Uno era viejo; el otro, joven. El mayor dijo algo. No lo entendí del todo, señor; la lengua de aquí… pero se trataba de derramar sangre, del deseo de derramar sangre a la puerta de palacio, de apuñalar a alguien por la espalda con un arma en la mano derecha.

—¿A la puerta de palacio? —Ninurta frunció el ceño—. ¿Con un arma en la mano derecha?

—Y yo pensé, señor, que tú querías hablar con el consejero del rey, y después con el rey en persona…

Ninurta posó la mano en el hombro de la mujer.

—Te lo agradezco —dijo, y su tono de voz demostraba que estaba un poco sorprendido—. ¿Tan bien os he tratado como para que te preocupes por mí? Siéntate de una vez.

Lamashtu obedeció. Cuando estuvo sentada en un escabel, Ninurta se rascó la nuca.

—He hablado con Rap'anu —dijo—. Y las cosas no están tan bien como parece. Mañana por la tarde voy a ir a ver al rey, con Rap'anu… Repítelo, por favor. ¿Dijiste dos sacerdotes? ¿Y el *sangu* mayor le dijo algo al más joven?

—En voz muy baja, señor, y con mucha energía; casi como si fuera un reproche.

—¡Ah! —Ninurta abrió la boca, volvió a cerrarla, miró de reojo a Djoser y estalló en una estruendosa carcajada.

—¿Qué pasa, monstruo asirio? —dijo el hombre del país de las pirámides.

—No hagáis tanto ruido; ¿quién va a dormir así? —De la habitación trasera apareció Zaqarbal, a medio vestir y desgreñado; se frotaba los ojos.

Ninurta siguió riéndose. Le costó trabajo calmarse.

—Oh, esto es especialmente gracioso —dijo al fin.

—Déjanos participar de tu gozo, oh fuente de ruido. —El sidonio se tapó los oídos—. Pero en realidad no quiero saberlo; puede ser demasiado terrible.

—¡Oh, Lamashtu! —Ninurta cogió aire—. Te debo doble gratitud. Por tu preocupación por este indigno cuerpo, y por una magnífica historia que también dará mucho que reír al viejo Rap'anu.

Lamashtu se quedó mirando al mercader con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hay de divertido en que alguien quiera organizar una matanza, señor?

—En el templo de Baal no sólo hay sacerdotes, sino también augures. —Ninurta se interrumpió, volvió a reír—. Has estado escuchando a un *qadshu*, no a un *sangu*.

Te diré en el lenguaje de Akkad lo que has oído. Puerta de palacio, *bab ekallim*; deseo, *erishtu*; arma de la derecha, *kakki imittim*. ¿Comprendes?

Adapa y Tsanghar rompieron a reír. Lamashtu los miró fijamente, confusa, y tampoco Djoser entendía al parecer qué podía tener tanta gracia. En cambio Zaqarbal rió a carcajadas, se volvió y le dio al asirio una resonante palmada en la espalda.

—Ah, sigues sin entenderlo, ¿no? Son denominaciones para determinadas partes o formas del hígado de un animal sacrificado. ¿Entiendes ahora?

Lamashtu movió lentamente la cabeza.

—El sacerdote mayor reñía al más joven, porque, al parecer, fue muy torpe al cortar el hígado de un sacrificado… «Has organizado un baño de sangre con la puerta de palacio, el deseo y el arma de la derecha…».

—Sí, pero… ¿a quién quiere apuñalar por la espalda?

Esto desencadenó un nuevo ataque de risa en Zaqarbal; Ninurta se esforzó por mantener la compostura.

—No quiere apuñalar a nadie por la espalda… Ha mencionado un pinchazo por la espalda que ya se ha producido. Probablemente ha dicho algo así como *qinnatu*… «¡Has organizado una carnicería con las tres partes importantes del hígado, cara de culo!».

Esta vez, también Djoser y Lamashtu se rieron. Ninurta esperó a que las risas se aplacaran.

—Fantástico… pero otras cosas son menos fantásticas. Tenemos que hablar.

—¿Puedo seguir durmiendo o supones que vas a hacer ruido a intervalos irregulares?

—Cierra la boca y siéntate con nosotros, muchacho; también a ti te importa.

Zaqarbal gruñó, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda en la pared blanca.

—Soy todo oídos. ¿Qué te ha dicho ese viejo zorro de Rap’anu?

Rap’anu recibió al mercader en su amplio cuarto de trabajo decorado con sobreabundancia de alfombras, arcones de fina talla y muebles de maderas caras. Dos escribas, sentados con él a la negra mesa, recogieron sus tablillas de arcilla, punzones y sellos y se fueron; un viejo esclavo o criado trajo cerveza caliente bien especiada.

El consejero más importante del rey Hamurapi de Ugarit no dejó traslucir curiosidad ni impaciencia; sus preguntas parecían casuales, pero Ninurta tuvo grandes dificultades para responderlas satisfactoriamente sin revelar demasiado al mismo tiempo.

—Así que has hablado con el señor de Asur —dijo Rap’anu al fin—. No quiero saber lo que habéis tratado. Simplemente, parto de la base de que un astuto mercader no hace nada sin obtener un beneficio.

—Me honra ser calificado de astuto… por el hombre más astuto de las costas del mar occidental.

Rap’anu pasó una mano por la mesa.

—Dejemos eso. Bien, en pocas palabras: Asur no piensa aprovechar una posible… debilidad del gran rey Supiluliuma; las tribus arami no se están reuniendo precisamente ahora contra nosotros y contra otros; mitani y Amurru quieren la paz. ¿Algo así?

—Con todas las reservas, señor. Así parece, para un ingenuo mercader al que nadie quiere confiar un secreto.

—Bueno, concuerda con lo que se oye por ahí. —Rap’anu apoyó los índices en la nariz y entrelazó los otros dedos ante la boca.

Siguió hablando con palabras difícilmente audibles:

—El soberano quiere interrogarte, en palacio, mañana por la noche…, pero eso ya lo sabías. Su deseo concuerda con el mío. ¿No? Bueno, quizá no del todo —sacó los labios, apartó los dedos y formó como una tienda con ellos—. Las cosas se están moviendo, y hasta que no sepamos hacia dónde van, no podemos levantar muros ni enviar legados.

—Los hombres inteligentes siempre construyen muros —dijo Ninurta sin especial entonación—. ¿Dónde levantarás los tuyos?

—¡Ja, ja! El muro del mar es defectuoso, los otros ya han sido mejorados.

—¿No esperas entonces enemigos que vengan por el agua?

Rap’anu torció el gesto.

—Hablaba en imágenes, mercader; no me lo tomes al pie de la letra.

Ninurta rió.

—Exactamente lo contrario, entonces… cuentas con cosas malas viniendo del mar y no te preocupas por la tierra.

—Tómalo como quieras. Necesitamos mejores informes.

—Lo que yo pueda hacer…

—Más de lo que sospechas.

—Suena como una velada amenaza.

El anciano movió la cabeza y las orejas. Durante un segundo, Ninurta se preguntó si Rap’anu podría agachar las orejas o aguzarlas.

—No es una amenaza. Hay que prevenir. Vivimos en tiempos de confusión.

—¿Cómo son de confusos los tiempos? Sabes, señor, que tan sólo conozco la situación en el este.

Rap’anu cerró los ojos. A media voz, casi como si quisiera adormecer al asirio, habló. Ninurta se esforzó en adivinar entre las palabras y en las frases lo que realmente era importante.

Al parecer, la empresa de Alashia no prosperaba a plena satisfacción del gran rey. La resistencia crecía, y para poder explotar las minas de cobre todo lo a fondo que era necesario los hititas tenían que enviar a la isla cada vez más tropas. Para eso

necesitaban cada vez más barcos, que Ugarit y las otras ciudades costeras tenían que aportar (más o menos de buen grado). Se enviaron guerreros del interior del reino a los territorios del sur, a Carchemish, a Alalak, al antiguo principado de Hanigalbat, donde sustituyeron a las descansadas tropas de ocupación. Éstas a su vez marcharon (teniendo que ser alimentadas por el país) hacia la costa, sobre todo a Ugarit, se hicieron pesadas allí por algún tiempo y después fueron embarcadas hacia Alashia.

—Un espléndido ejercicio —dijo Ninurta—. Los nuevos guerreros del norte no tienen amigos en Carchemish, y en caso de duda serán duros con los mitani; los guerreros que dejan Carchemish tras largo tiempo de vida disipada estarán probablemente bastante enfadados como para aclarar a todos que lo mejor es someterse rápidamente a la voluntad del gran rey. ¿Cómo están ahora las cosas en Alashia? ¿Y qué dicen los gobernadores de Misru [Egipto] en las ciudades costeras del sur?

—El señor del país de los cañaverales y las pirámides es flexible como el junco y mudo como la casa de los muertos. Sus gobernadores observan las cosas con la tranquilidad del águila que, ante el bullicio de los ratones, sólo se pregunta una cosa: cuándo precipitarse sobre ellos. Y en lo tocante a la isla del cobre, sus habitantes ofrecen resistencia en el Centro y en el este, y reciben apoyos.

Ninurta conocía la gran isla; sabía que en el centro las montañas inaccesibles podían acoger combatientes nativos que se sentirían seguros para llevar a cabo asaltos, incendios y ataques contra los ocupantes. Podrían molestar, pero eso no bastaba para presionar seriamente al señor de Hattusa y a su ejército en la llanura del este.

—¿Quién los ayuda?

—Todos —dijo secamente Rap’anu—. Todos salvo los occidentales de Acaya.

Aseguró que se habían apresado espías que trabajaban para Wilusa, Asur o Arzawa, o para todos. Entretanto Madduwattas se había convertido en señor del interior, en el norte… Si los hititas querían avanzar por tierra hacia el Oeste para alcanzar y castigar a las ciudades costeras que acogían y apoyaban a los antiguos príncipes de Alashia, los guerreros del gran rey tendrían que abrirse paso con la espada. Las carreteras por las que podían transitar carros de guerra estaban destruidas o inutilizadas casi en su totalidad; los arzavos, según había oído, ensayaban nuevas posibilidades de lanzar infantes contra carros de guerra.

—Tienen largas lanzas —dijo—, y otras más cortas arrojadizas, y largas espadas con las que no sólo se puede dar una estocada, como con las nuestras, sino también cortar.

El señor de Wilusa, Prijamadu, había decidido al parecer que los equipamientos y otros preparativos, como la construcción de barcos en el país de Acaya, necesitarían aún largo tiempo antes de estar a punto; por eso pretendía enviar combatientes

propios en barcos al sur, donde lucharían con los hititas, pero también inducirían a guerreros de los príncipes expulsados y a mercenarios extranjeros a luchar a su lado. Los espías, dijo Rap'anu, eran útiles, pero a veces poco dignos de confianza, y ¿que noticias fiables había sobre los verdaderos planes?

—El gran rey nos ha ordenado, como sus predecesores hace ya años, que no permitamos en ningún caso anclar aquí buques aqueos, y cuidemos de que los asirios también queden privados del comercio marítimo. Como fieles servidores y aliados, esto nos impide enviar embajadores… Gracias a ciertas ayudas, sabemos que Asur no nos atacará si tenemos que ayudar; por ejemplo, al noble Supiluliuma. Pero ¿cuáles son las verdaderas intenciones de Prijamadu?

—¿Qué valdría para ti y para el rey, al que los dioses quieran conceder un fuerte brazo, el largo viaje de un inofensivo mercader?

Rap'anu apretó los labios hasta formar una arrugada doble raya.

—De eso deberíamos hablar mañana por la noche. El señor de los tesoros y del comercio estará también. Y —hizo una pequeña pausa— podría ser que antes de anochecer llegara aquí una embajada de Hattusa, de modo que quizá sepamos algo más que ahora.

Zaqarbal fue el primero en hablar una vez que Ninurta hubo acabado.

—Tiene mal aspecto, oh muchacho. ¿Sólo contra el rey, ese zorro y el *shakinu*? Te… bueno, dos de ellos te sujetarán y el tercero te meterá los huevos del placer en un torno y le dará vueltas hasta que estés dispuesto a todo.

Djoser gruñó algo incomprensible. Ninurta dirigió la vista a Lamashtu.

—Ya ves que se preocupan por mí. Tu preocupación terminaba a las puertas de palacio, con un cuchillo; no sé si no prefiero tu preocupación a la de Zaqarbal.

—No olvides —dijo Djoser— que eso no se acaba con un torno.

—¿Qué quieres decir? —Zaqarbal parpadeó con rapidez—. Y qué alegre sorpresa, por otra parte… ¡Djoser piensa! Nunca creí que viviría para ver esto.

—Quiero decir —dijo Djoser sin hacer caso— que hay otros medios de presión. El torno, bueno, mejor que no; pero ¿cómo estarán seguros de que cumplirás tus promesas después?

—¿Quieres decir que a bordo del barco podría quitarse los vendajes escrotales y, a despecho de la pena, añadirlos a las velas para no regresar jamás a Ugarit? —Zaqarbal aplaudió larga y estrepitosamente—. ¡Ay, la perfidia que llevas en tu interior! El noble asirio jamás haría una cosa así.

—Quiero decir que en Ugarit no debe quedar ninguna piedra exprimible.

Ninurta chasqueó repetidas veces la lengua.

—Creo que ambos exageráis desmedidamente. ¿Qué puede pasar? De todos modos, ya se han tomado algunas medidas.

—Eso no basta —dijo Djoser.

Adapa tenía los ojos cerrados; sonreía dulcemente, como si estuviera teniendo un sueño agradable. Lamashtu escuchaba con atención. Tsanghar sonrió levemente y carraspeó.

—Disculpad que interrumpa, pero ¿qué será de nosotros, señor?

Sin abrir los ojos, Adapa explicó:

—Quiere decir que deberíais dejar resueltas las pequeñeces sin importancia antes de exponeros a grandes peligros.

Ninurta se levantó del escabel y empezó a caminar de un lado para otro entre la puerta del patio y la pared de enfrente.

—Sois libres —dijo—. Y en Ugarit probablemente estaríais perdidos. Antes o después, Hamurapi tendrá que suministrar oro, cereales, animales, esclavos y guerreros. Adivinad quiénes serían los primeros en desaparecer de Ugarit.

—¿Y entonces qué vamos a hacer con la libertad, por la que desde luego te estamos agradecidos, señor?

Un resquicio de burla… Lamashtu torció el gesto y miró a Adapa con desaprobación.

—Podéis ir con nosotros a Yalussu. Como trabajadores pagados, no como esclavos. —Ninurta se puso las manos a la espalda—. Vuestras especiales capacidades… Tsanghar tiene unos dedos hábiles; lo he visto por el camino. Siempre hay algo que hacer; veremos para qué valéis vosotros dos. Si queréis.

—Quizá quieran simplemente volver a su casa —dijo Djoser.

—¿Adónde? —Zaqarbal rió con estridencia—. ¿Y por qué camino? ¿A lo largo de las rutas comerciales, donde encontrarán guerreros hititas que siempre necesitan esclavos para llevar la impedimenta? ¿A través de la estepa, para que los arami tengan algo que matar? ¿A través del país de los amurru, que gustan de pagar todos los tributos que tienen que enviar a las pirámides en forma de esclavos extranjeros? Buena suerte.

—Un viaje por mar… —dijo lentamente Tsanghar—. ¿Y un trabajo razonable, sin capataces que agiten el látigo?

—Y comida suficiente. —Ninurta acarició la tripa de Adapa con una mirada de reojo—. Pensadlo. Aún tenemos que aclarar otro par de cosas, y por eso os ruego que nos dejéis solos.

CARTA DE CORINNOS (II)

—Pero no quiero ocultarte lo que escribió aquel muchacho entonces llamado Corinnos Ilieus, hijo y nieto de esclavos, discípulo de Palamedes. Un hermoso muchacho, dicen… que a menudo tuvo que poner su culo a buen recaudo de las importunidades de los héroes. Palamedes me encargó escribir las cosas importantes tal como se les presentaron a los príncipes. Hoy ya no conozco a ese muchacho, apenas puedo acordarme de él, porque el recuerdo, don espantoso de las Erinias, no es sólo del muchacho: con él se entrelazan, como venenosas enredaderas, imágenes, sonidos y olores de matanzas y destrucción.

«Todos los príncipes que, como sucesores de Minos, hijo de Zeus, reinaban sobre aquellas tierras habitadas por micénicos, aqueos, argivos, dánaos, atenienses, tebanos y otros hombres de lengua aquea, Se reunieron en Creta para dividir las riquezas de Atreo…».

Así, viejo amigo, empezaba el muchacho la historia… De forma debidamente incisiva, sin largas invocaciones a los dioses ni enumeración de nobles genealogías. Sin embargo, las pocas indicaciones del comienzo son ya mentiras. Ninguno procedía de la estirpe de Minos, y las riquezas de Atreo hacía mucho que se habían repartido… Atreo era uno de aquellos hombres que se apoderaron de antiguas ciudades y, para justificarlo y establecer un origen noble, afirmaban estar emparentados con los príncipes cuyas hijas escarnecieron y cuyos palacios llenaron de piojos y de ruido.

Los príncipes se reunieron en Creta; probablemente, como ya hemos dicho, para deliberar sobre cómo caer en la espalda de Ilios y saquearla, mientras los guerreros de Ilios intentaban reducir a los hititas.

Idomeneo, príncipe de Cnossos, supuesto descendiente de Deucalión, y su compañero de armas (y de cama), Meriones, hijo de Molos, dieron la bienvenida a los invitados.

Entre los primeros en llegar se encontraban Palamedes y Áyax, hijos de Climene y de Nauplios. Esforzándose también por obtener ventajas apareciendo pronto llegaron Menelao, hijo de Erope y de Pleistenes, y su hermano mayor Agamenón, nieto de Atreo. (Según se cuenta. Pero a pesar de la virtud de su madre, profusamente elogiada, en chanzas, ni siquiera era segura la paternidad de Pleistenes, y la hija de Atreo, Erope, muy bien puede no haber sido la hija de Atreo, ya que se achacaba a su madre… pero tú ya sabes estas cosas).

Todos los cretenses que se consideraban descendientes de Europa y la honraban en la isla con gran solemnidad afluyeron a saludar a los príncipes y guiarlos hasta el templo. Allí entretuvieron a sus invitados durante varios días con abundantes

sacrificios de animales, presentados en la forma tradicional, y con espléndidos y fastuosos banquetes. Naturalmente, los príncipes de tierra firme lo aceptaron todo con gusto y codicia; pero sobre todo se mostraron impresionados por la belleza del templo de Europa y por el valor de sus obras de arte y sus adornos. (Porque sus ciudades no tenían tales cosas que enseñar). Contemplaron con asombro todo aquello que antaño habían traído de Sidón y ahora acrecentaba el esplendor y la grandeza de Cnossos.

Al mismo tiempo que los príncipes se encontraban en Creta, el troyano Alejandro, por otro nombre llamado Paris de Ilios, hijo de Príamo, había cometido la infracción contra los derechos de hospitalidad. Con Eneas y otros parientes, fue recibido con hospitalidad en la casa del ausente Menelao. Excitado hasta el paroxismo por su pasión por Helena —era mucho más hermosa que todas las demás mujeres de todos los países— «raptó» a la esposa del rey, y se llevó algunas otras cosas valiosas de la casa del rey Menelao… del rey del que se decía que estaba casi siempre ausente, aunque no hubiera salido de palacio; y se decía también que no habría hecho falta raptarla, porque Helena ardió enseguida por estar con Paris, y al marcharse se llevó consigo algunos valiosos objetos de su uso diario, a los que no quiso renunciar. Fueron acompañados además por otras nobles mujeres, que gustaban de estar con Helena y no quisieron quedarse atrás.

Pronto llegó a Creta un mensajero dando cuenta de los acontecimientos. Como es costumbre de la gente exagerarlo todo, tanto los milagros como las incidencias, la versión de la historia que los rumores hicieron llegar a Menelao decía que habían asaltado y quemado su palacio y destruido su reino.

Al enterarse Menelao, se indignó por el rapto de su esposa; pero aún fue mayor la negrura que invadió su espíritu al pensar en la pérdida del palacio, del señorío y de sus posesiones. Palamedes observó que el príncipe de Esparta estaba sumido en la aflicción y sus fuerzas intelectuales disminuidas (más disminuidas que de costumbre); por eso hizo preparar y tripular las naves y llevarlas a la playa desde donde estaban ancladas. Además, quiso dar consuelo al rey Menelao mientras lo guiaba hasta el barco. Favorables vientos hincharon las velas e impulsaron rápidamente a los buques hacia el norte.

Poco después de Menelao y Palamedes llegaron también Agamenón, Néstor y los demás príncipes a Esparta. Deliberaron y aconsejaron enviar a Menelao (curado), Palamedes y Ulises como legados a Ilios, a reclamar a Helena y todos los bienes robados.

Me hubiera gustado ir con ellos…, me hubiera gustado ver la ciudad de mis antepasados; pero Palamedes consideró mejor dejarme en Nauplia, y ésta no es mi historia (que tú ya conoces), sino la de los príncipes y los guerreros.

Después de unos días de viento favorable llegaron a Ilios, pero no hallaron a Alejandro ni a Helena: aún no habían regresado.

Antes de pasar a las deliberaciones y negociaciones, oh Djoser, discutamos un poco las cosas anteriores…, esa vieja amistad a la que Palamedes hizo referencia en el consejo de Ilios. Sospecho que lo hizo con una sonrisa burlona; lo mismo debieron de sonreír sus oyentes, si no es que se dieron palmadas en los muslos y se troncharon de risa.

Porque esto es lo que había ocurrido en las décadas anteriores: precioso conocimiento del pasado remoto, borrado por un sangriento pasado, sin importancia para el presente y materia, más que dudosa, para historias al lado de la hoguera en el futuro.

Primero, pongámonos de acuerdo en los nombres. Sería demasiado fatigoso al mencionarlos citar todas las formas con que se conocen… Wilusa, que vosotros los romet llamáis Wirudja y nosotros los tanayu, descendientes de los aqueos o quizá de los dánaos, llamamos Ilios, mientras que los hititas, al contrario que los luvios, por no hablar de los mercaderes asirios… Así no. Digamos: Se reunieron en Creta los príncipes del país que llamaremos *Acaya* para no tener que enumerar siempre todas las ciudades y comarcas. Llamaremos a los habitantes en su conjunto aqueos o dánaos, por más que ellos también quieran entenderse como micénicos o argivos. Despidámonos de Ilios, que cada vez con más frecuencia fue llamada Ilión, del mismo modo que de Wilusa o Wirudja, convertida en Asia o Assuwa; porque entrarían en consideración otras denominaciones que son más manejables o menos confusas, pero quizá también más mentirosas.

Así pues, los príncipes de Acaya enviaron legados a Asia, a la región de Troas, cuya capital, llamamos Troya para distinguirla de Ilios, que era la gran fortaleza de su Acrópolis. ¿Está bien así? Entonces sigamos.

En este país vivían desde hacía siglos los luvios, probablemente llegados en algún momento del norte o del nordeste. Igual que, después de ellos, sus parientes de menos categoría y más toscos, los hititas, que dadas sus burdas costumbres y su grosero empleo de un idioma similar les resultaban tan poco provechosos como, digamos, los aqueos zopencos a los micénicos, los arami entorno a Yerushalim a los cananeos, los asirios a los señores de Akkad y en general cualquier primo joven al primo mayor que ha conocido a su padre y lo desprecia como mal tío. Sin duda hubo otros pobladores antes que los luvios, y algunos dicen que aquellas extrañas tribus de las montañas de Caria, cuyo idioma ninguna lengua humana puede hablar sin trabarse, son los últimos de los antiguos habitantes. Y también sin duda hubo otros antes de éstos, y si todos se hubieran quedado en casa habría habido menos matanzas y confusión, pero ¡oh, qué soso y aburrido sería el mundo si todos se quedaran siempre en casa!

Los luvios, pues, levantaron (sin duda sobre los cimientos de una ciudad más antigua) Wilusa-Ilios-Troya, y la convirtieron en un lugar rico y poderoso, porque ante la costa había buenos bancos de peces, y las viejas vías comerciales de este a

Oeste, de sur a norte, se cruzan aquí. ¿Quizá llamaron Wilusa a la ciudad de los luvios y olvidaron después el sonido débil de Wi? Sea como fuere… pescaron y cazaron, sembraron y comerciaron, se hicieron ricos y poderosos, construyeron grandes y rápidos barcos y tuvieron trato con los navegantes de Creta, súbditos de Minos, y con los micénicos, sin duda también con los romet y con todos cuantos vivían junto al mar.

Al norte de la ciudad, a la que llamaremos simplemente Troya, se encuentra el estrecho de los Dárdanos, llamado así por un antiguo rey; a veces los hititas y los romet decían *dárdanos* cuando hablaban de los troyanos. Al norte de este estrecho empieza el país de los tracios, y como el estrecho tiene a menudo una anchura de apenas tres mil pasos, sin duda siempre atrajo a los pueblos pobres del norte construir barcos y cruzarlo para participar de la riqueza del sur.

Pero ¿a quién le gusta compartir? En cuanto fueron lo bastante fuertes, los troyanos levantaron fortificaciones en la orilla sur del estrecho, para impedir a los hombres del norte el acceso a las hijas y tesoros de Troya. Y exploraron la estrecha vía de agua, porque más al este, se decía, había reinos aún más ricos… De allí venían ámbar, fuertes caballos, maderas nobles, minerales y hombres robustos, que en pequeño número eran buenos esclavos y en gran número una seria amenaza. Para asegurarse lo bueno e impedir lo malo, los troyanos exploraron la estrecha vía de agua y todo lo que había detrás de ella.

Así encontraron un pequeño mar con islas, luego un segundo estrecho y finalmente aquel Mar de la Niebla nororiental en cuya orilla norte terminan los grandes ríos por los que llegan al sur el ámbar y las maderas, y en cuya costa oriental se encuentra la rica Cólquida, donde los ríos arrastran tanto oro que ni siquiera hace falta pasarlo por el tamiz. Basta, se dice, con echar al agua la piel de un carnero (cuanto más vieja y lanuda mejor), y al sacar el vellocino está lleno de pepitas y polvo de oro. Los grandes ríos llenan este mar con agua fría del norte, de manera que se forma aquella niebla que da su nombre al mar. Pero el agua fría tiene que salir, y fluye por los dos estrechos a nuestro mar, que vosotros —los romet— llamáis el Gran Verde.

Este fuerte fluir produce corrientes que en el estrecho de los Dárdanos son tan fuertes que apenas se puede remar. Raras veces sopla un viento favorable del sur o el suroeste; se dice que a menudo los barcos tenían que esperar muchas lunas ante la costa de Troya antes de poder entrar en el estrecho. Pero en esas lunas las tripulaciones necesitaban agua y alimento, y todo esto lo recibían de los troyanos. Y lo vendían caro.

Además, con los años descubrieron que, debido a los muchos salientes, bahías y acantilados, y a las simas del fondo del mar, en el estrecho se producían contracorrientes en las que incluso con poco viento sólo podían navegar los expertos.

Así que quien quisiera entrar a los estrechos para traer riquezas de los países ribereños del Mar de la Niebla tenía que comprar agua potable a los troyanos —que ocupaban todos los manantiales cercanos a la costa— y, si no quería esperar largo tiempo o perecer miserablemente, tenía que embarcar en el puerto del estrecho a hombres expertos que conocían la ruta y sabían ir a contracorriente, pero eran muy caros. Al final del primer estrecho, bajaban a tierra y esperaban en la fortificación troyana hasta que un mercader extranjero regresaba del este, el cual prefería embarcar un caro indicador de los vientos y un conocedor de las aguas a arriesgarse a un barato naufragio.

En la época en que aquel país estaba gobernado por refinados príncipes de origen micénico, los toscos aqueos mataron a los viejos caudillos, violaron a sus mujeres y a sus hijas, arrasaron sus palacios, tomaron posesión del país y lo llamaron *Acaya*. Pero ya hacía mucho que había llegado noticia de los tesoros, maderas nobles, ámbar y los fuertes caballos. El mismo año en que el rey Atreo decidió navegar hacia el país de Secha para apoderarse del antiguo territorio micénico al sur de Troya (y ganarse, como hemos mencionado, un puñetazo en las narices), también al norte hubo aqueos que partieron hacia el este. Jasón mandó construir a los artesanos micénicos, que inteligentemente había dejado con vida, el barco *Argos*, y lo tripuló con matones especialmente salvajes, ya que hombres sensibles no servían para tal empresa, si es que aún vivía alguno. El *Argos* fue a Troya, donde hubo algo más que ruido y muerte y media, porque los necios compañeros de Jasón no quisieron pagar directamente por el agua potable y los expertos en corrientes. El viaje de vuelta —con varios vellocinos de oro y una princesa loca a bordo— quisieron hacerlo de noche, pero tuvieron que tomar tierra y coger agua, tarea en la que fueron sorprendidos por los guerreros troyanos. Algunos tripulantes del *Argos* decidieron cuidar de que en adelante hubiera paso libre, reunieron a otros aqueos y a muchos mercenarios extranjeros (del país en forma de pierna, Tirsa, de las islas de Sarda y Sequelia; se cuentan extravagantes historias de su viaje de retorno a casa; a ellos se añadían tracios del curso inferior del Istro) y navegaron nuevamente hacia Troya. Se dice que su caudillo era Hércules.

En cuanto estuvieron en la ciudad, disfrazados de mercaderes, echaron mano de las armas y sembraron de fuego y muerte la ciudad. Pronto encontraron apoyo, porque como todos los ricos señores también los príncipes de Troya habían contratado mercenarios para las cosas poco gloriosas… aqueos, sobre todo, pero también tracios, frigios, gentes del país de Masa, y se dice que incluso había algunas guerreras de Azzi. Todos se unieron a los hombres de Hércules, saquearon la ciudad, destruyeron la fortaleza de Ilios y mataron a los miembros más importantes de la antigua estirpe de soberanos. Con sus cráneos, Hércules levantó unas columnas al norte y al sur de los estrechos, que los troyanos derribaron inmediatamente después

de su marcha.

Cuando los saqueadores regresaron a sus hogares, muchos de los antiguos mercenarios se quedaron. Un joven y vigoroso aqueo, cuyo nombre —Príamo— fue convertido por los nativos en Prijamadu, tomó por esposa a una de las dos hijas supervivientes del viejo rey y se impuso como nuevo soberano. Además de esa princesa Hékapa, a la que también se llama Hékabe o Hécuba, tuvo otras mujeres, y engendró alrededor de cincuenta hijos; algunos hablan incluso de setenta descendientes. La hermana menor de Hékapa, Isiyuna, fue raptada (con el nombre de Hesione) por Hércules.

Estos, oh Djoser, son los magníficos lazos de amistad, las nobles tradiciones de mutua hospitalidad, que Palamedes, Ulises y Menelao evocaban cuando exigían en Troya la devolución de una princesa supuestamente raptada. No hay que descartar que muchos habitantes de la ciudad se pusieran secreta o abiertamente en contra de Príamo, de sus hijos y de sus consejeros, como algunos aqueos afirman; junto a los antiguos mercenarios y sus descendientes, seguían viviendo en Troya muchos luvios, aunque la pureza de su ascendencia es igualmente discutible. En los largos años o siglos de trato con todo el mundo también muchos otros se habían asentado allí: como mercaderes, artesanos, campesinos, pescadores, soldados… Allí habían vivido carios, hititas, sin duda muchos micénicos y sus descendientes; además, tracios de más allá de los estrechos y frigios de los países al este de Troya, que después, por los viejos lazos de parentesco, enviaron guerreros para ayudar a la ciudad contra Agamenón; hombres de Masa, el país que llega hasta el Mar de la Niebla; gentes de Arzawa… hijos de muchas tribus, que sin duda no deseaban derrochar su sangre sólo porque uno de los hijos de Príamo quisiera derramar su semen y su entendimiento entre las piernas de una bella mujer. De la puerta de Afrodita a las puertas del río de la oscuridad…

Pero si, como creo, los señores de Acaya habían decidido ya saquear nuevamente la rica Troya mucho antes de que Parisiti o Paris o Alejandro llegara a Esparta, no vamos a cargarle a él y a su amante todos los huesos que quedaron cuando miles hubieron perdido carne, sangre y vida. En verdad, demasiado honor y vergüenza y demasiados huesos para Paris y Helena.

Hablemos pues de los embajadores aqueos, Palamedes, Ulises y Menelao, de los troyanos y de aquellos que habían enviado como embajadores: legados que eran una excusa para una guerra ya decidida. Guerra contra una ciudad que por su parte quería aprovechar las espléndidas ventajas que se derivaban de los necios errores de los hititas en la isla de Kypros.

4. EL FAVOR DEL REY

Los esclavos volvieron a ser encadenados; los pesados eslabones de metal chirriaron. Fardos, cajas, rollos, sacos, portados por esclavos o empujados en carretillas por criados del almacén; la caravana se dirigió al puerto por entre el bullicio de después del mediodía. Ninurta estaba en la puerta con el gobernador del puerto y un alto escriba del *shakinu*, una inspección a la que estaba sometido todo el comercio del reino de Ugarit. No había sido difícil explicar al *shakinu* que las negociaciones llegarían más razonablemente a un fin si se disponía de cifras exactas. Los contenidos de las cargas fueron inspeccionados y reseñados con tiza sobre madera oscura.

Tres pesados cargueros se alineaban en el muelle de terraplén. Dos de ellos —el *Yalussu* y el *Kynara*— pertenecían a los mercaderes; el tercero, que también fue cargado, se llamaba *Provecho de Keret*. Los buques eran casi iguales en su construcción: cada uno de ellos medía veinticinco pasos de largo por diez de ancho, tenía bodega bajo cubierta y castillos de proa y popa. Se habían arbolado los mástiles, normalmente tumbados en el puerto para poder moverse mejor a bordo.

Adapa se había quedado en el almacén para comparar listas con el administrador Menena. Lamashtu, mucho más recia y robusta de lo que su constitución hacía sospechar, ayudaba a izar las cargas arrastradas hasta el muelle por los esclavos y trabajadores de a bordo, donde los estibadores se encargaban de almacenarlas. Tsanghar se presentaba donde podía resultar útil. Una de sus primeras acciones fue quitar a Djoser una tarea que daba que hacer a los dedos del rome: los esclavos fueron liberados de la pesada cadena (Djoser manipuló los cerrojos hasta que Tsanghar le invitó a dejar tan difíciles ejercicios en manos más hábiles) y unidos a otra más ligera, hecha de finos eslabones de metal y cuero. Izaron poco a poco la cadena pesada a bordo y sujetaron a ella la piedra del ancla; Tsanghar estimó su peso en unos doce talentos…, el equivalente al peso de seis mujeres no demasiado gordas.

Las instrucciones parecían haber sorprendido a todos; Tsanghar oyó una y otra vez rezongar a los marinos quejándose de que era imposible cargar decentemente los barcos en tan pocas horas. Fardos de paño, cajas de madera con trabajos decorativos y productos de artesanía, pesados toneles de metal con aceite, vino, frutas confitadas y pescado. Recipientes de barro con el mismo contenido, pero más ligeros y menos trabajosos de estibar. Cuando el sol se caía sobre el mar occidental, llegaron trabajadores de los veleros y cordeleros para suministrar nuevos paños y nuevas cuerdas; ellos acabaron de completar la confusión.

En medio del tumulto, Lamashtu tiró de pronto del *kitun* de Tsanghar:

—Se va —dijo en voz baja—. ¿No deberíamos…?

Tsanghar miró hacia la puerta; el asirio había cambiado unas palabras con el

escriba del *shakinu* y con Djoser, que estaba con ellos, y ya se disponía a irse.

Tsanghar, ocupado en cargar el *Yalussu,* fue rápidamente hacia el *Kynara,* donde Zaqarbal se apoyaba en la borda y supervisaba los trabajos.

—Es la hora —dijo Tsanghar.

Zaqarbal miró hacia la puerta, se sorbió el contenido de la nariz y avanzó el labio inferior.

—Bueno, si pensáis… ¿Tienes un arma? ¿No? —Sacó del cinturón un sencillo puñal en su vaina—. Por lo que pueda pasar. Ya te he dicho que lo creo superfluo, pero ¿quién va a mostrar comprensión por lo superfluo más que un mercader?

Tsanghar comprobó la hoja; el puñal carecía por completo de adornos, pero era muy afilado.

—Gracias, señor… y si es superfluo…

Zaqarbal interrumpió:

—No me afligiré; es vuestro sueño el que está en juego. Que te diviertas.

Tashmetu se quedó jadeando montada sobre Ninurta. Mordisqueó sus labios, se apoyó sobre un codo e hizo que sus pechos rozaran en círculos sus tetillas.

—Tu aliento —dijo él, interrumpiéndose una y otra vez— es sésamo y menta fresca…, tus labios, el estrujón de miel e higos maduros…, tu lengua, el chupetón de Ishtar…

—Y tu cháchara al oído es como migas en la sábana. —Rió ligeramente y se movió más a conciencia—. ¿Vuelve a animarse algo?

—Hay que parar mientras no se puede.

—Ay. ¿Una sabia frase de tu tatarabuelo después de que el recuerdo de todo lo esencial le hubiera abandonado?

Las manos de Ninurta recorrieron el cuerpo cálido y terso de la mujer.

—Una sabia frase de mi abuelo. Le oí decir muchas frases inteligentes.

—Déjame participar de ellas.

—No tan rápido… ¿De los discursos de un viejo asirio? Bueno. En el amor hay que llegar tarde. En los negocios, hay que quedarse a tiempo. De la guerra, hay que irse a tiempo. Ése es el secreto para sobrevivir.

—Con lo que volveríamos al asunto. El de antes.

Tashmetu se escurrió y se tumbó de costado.

—Ya lo hemos hablado todo —rezongó.

—Oh, brote de placer nocturno… Lo hemos hablado todo, es cierto; pero no estoy del todo seguro de que sea realmente tan urgente como dices.

—El mensajero de Hattusa que esperaban. Y la conversación de Rap’anu acerca de los espías poco fiables… ¿Y si alguien te ha visto en Asur y se lo ha dicho a los hititas, que prohíben todo comercio con Asiria, y ese mensajero trae instrucciones?

—Hamurapi y Rap’anu perderán mucha plata.

Tashmetu chasqueó la lengua… al parecer en señal de desaprobación.

—Necesitan plata, es cierto, para pagar los tributos, recompensar a los *maryannu*, alimentar a los dos mil caballos de los carros de guerra reales. Pero quizás el mercader Ninurta, que ha hablado con el rey en Asur, valga más que toda la plata. No deberías. No deberías ir a palacio. Huye, queridísimo mio… mañana temprano, o en todo caso antes de ir a ver a Hamurapi.

—Los barcos aún no están cargados; sería una inmensa pérdida. Además… —Movió la cabeza—. Tienen un encargo que hacerme. Incluso si hay remeros de guerra en el puerto. ¿Crees que nos dejarían ir tan fácilmente?

—Entonces… —Titubeó—. En el palacio, en la sala en que probablemente te reciba Hamurapi, hay una piedra de altar en honor de Baal. Si a pesar de todo quieres ir, pide pan y sal y cómelos: son los dones sagrados de la hospitalidad. Y derrama un poco de vino en el altar. En cuyo caso no te matarán, al menos en palacio.

Él se echó a reír.

—¿Sólo cuando haya salido?

Tashmetu adelantó los labios, pero no pronunció palabra, porque por la escalera se oyeron pasos, luego alguien carraspeó varias veces antes de entrar en la habitación. Era el anciano que había administrado, cuidado y ordenado la casa de Keret (ahora de Tashmetu) desde que Ninurta tenía memoria: un hombre calvo, cojo, casi desdentado llamado Asdrúbal, nacido en Suru, con unos músculos asombrosos en los brazos desnudos y ojos despiertos.

—Señora, disculpa la molestia. Hay dos personas a la entrada.

Tashmetu miró a Ninurta.

—¿Tienes una explicación para eso?

Ninurta se levantó; cogió el faldellín, fue luego a uno de los pesados y oscuros baúles y cogió una espada corta que había en él. Siempre la había visto allí. No sabía si Keret la había utilizado alguna vez.

—Ninguna, no. Quédate aquí; vamos a echar un vistazo, Asdrúbal.

El anciano enseñó las encías y se llevó la mano al puñal que llevaba al cinto.

—Con placer, señor.

—Cuida de que no te hagan una nueva abertura. —La voz de Tashmetu sonó preocupada.

Ninurta y Asdrúbal no se dirigieron a la entrada del extremo sur del patio interior, sino que atravesaron varias dependencias de servicio con horno, fogón, víveres y herramientas. Desde la habitación de atrás, por una pesada puerta de madera que Asdrúbal abrió, salieron a un diminuto huerto. En el cielo se alzaba una luna en cuarto creciente, que parecía indecisa, y en el huerto olía a especias y desechos.

—El muro, señor —murmuró el criado. Entrelazó los dedos ante su vientre.

Ninurta apoyó un pie desnudo en el estribo que le ofrecía; cuando estuvo arriba,

subió con ambas manos al anciano. Sin ruido apenas, evitando resbalarse y por fin dando un salto, aterrizaron en el estrecho y apestoso callejón, donde los borrachos vagabundos y los animales callejeros se aliviaban por las noches.

Se acercaron sigilosamente a las dos personas que, sentadas a la sombra nocturna de un saledizo, hablaban en voz baja y observaban la entrada de la casa de Keret, al otro lado de la plazoleta.

—¿Quién anda ahí? —dijo de pronto uno de ellos, a media voz. Ninurta soltó el aire contenido y gruñó:

—¡Tsanghar! ¿Y el otro?

—Lamashtu. —La mujer volvió la cabeza hacia él, pero no se movió.

—¿Qué hacéis aquí?

El gasqueo se levantó con rapidez y agilidad. Se frotó la espalda contra la áspera columna de piedra del saledizo, que formaba parte de un almacén.

—Estábamos preocupados por tu integridad, señor. —Tsanghar señaló a Lamashtu, sentada a sus pies—. Sigue teniendo frío, y cree que es por ti. Una siniestra amenaza.

—Pareces tener amigos. ¿Los mereces, señor?

La ronca voz de Asdrúbal sonó como un rasgón de la tela en que consiste la noche.

Ninurta se encogió de hombros.

—Los amigos leales no se merecen, le caen a uno. Estoy conmovido; Lamashtu, Tsanghar, os lo agradezco. Pero podéis estar tranquilos. Pasaré la noche tras estos seguros muros. Id a dormir… Os doy las gracias otra vez.

Tashmetu tiró del faldellín de Ninurta cuando éste terminó su breve relato.

—Desnúdate, objeto de la desinteresada amistad de dos extraños. Yo no soy tan desinteresada; pero ¿qué temen?

Ninurta se dejó caer en el lecho, donde los ágiles dedos de Tashmetu se encargaron de rematar su incompleta desnudez. Habló de los presagios de Lamashtu y de la conversación escuchada a los sacerdotes de Baal.

Tashmetu rió… entre dientes.

—Creo que son más inteligentes que tú. Tu interpretación de la conversación es divertida, pero en Ugarit son posibles muchas cosas al mismo tiempo.

—Ah, quieres meterme miedo para que me esconda en tu cama.

—Eso en cualquier caso. Pero deberías cuidarte. A los extranjeros les ocurren cosas con facilidad…

Ninurta le tomó el rostro en sus manos.

—De ahí las prisas. ¿Cuándo estará cargado tu barco?

—Hacia el mediodía.

—Por la noche hablaré con tu noble rey. Y con Rap’anu. Niqmepa, el

administrador del comercio, también estará presente. Pero eso ya te lo he dicho mil veces.

—Déjame oírlo una vez más. Cuando hablas en voz baja, como ahora, hay en tu voz algo así como un paño áspero que frota la parte interior de mis muslos. —Le cogió por las muñecas, le apartó las manos de sus mejillas y se inclinó; su lengua tocó el pecho de Ninurta—. Sigue hablando, y habla en voz baja.

—Todo está preparado. Mis barcos estarán listos, a más tardar, al anochecer. El tuyo deberá partir, contra toda costumbre, inmediatamente después de la carga, oh goce de mi hígado.

—¿Hígado? —arrulló ella—. Esto no es el hígado.

—Ah. Sí. Goce en cualquier caso. No hay que esperar al viento de pasado mañana.

—Y ahora no hay que hablar más.

Por la tarde, Ninurta vio que una esclava tapada subía a bordo del *Provecho de Keret* con un fardo de paño. Enseguida, el barco zarpó; los marinos echaron mano a los remos. Lentamente, el barco se deslizó por la bahía, cada vez más lejos, hacia mar abierto.

El asirio volvió a comentarlo todo con Djoser y Zaqarbal; al contrario que de costumbre, el sidonio estaba casi inquietantemente serio.

—¿Y si ocurre algo? —dijo varias veces.

—Entonces haced lo que tenemos hablado.

En la sala de recepciones del palacio real humeaban las antorchas; dos pebeteros desprendían un fuerte olor a resinas aromáticas. Hamurapi, poderoso señor de las propiedades, la vida y la muerte de todos los habitantes del país y de la ciudad de Ugarit (e impotente siervo del gran rey Supiluliuma), se había envuelto en una piel de león. Estaba sentado en su trono, jugaba con la copa que había en una mesita junto a él, y no miró al asirio cuando éste se alzó tras la habitual genuflexión.

—Siéntate —dijo Rap’anu.

Delante del trono había una mesita baja con tres escabeles. Rap’anu apoyaba los antebrazos en la mesa. Frente a él, casi oculto detrás de tablillas, sellos y punzones, se sentaba Niqmepa. El *shakinu*, un hombre viejísimo, sin pelo y con un rostro de piel arrugada y quebradiza como corcho reseco, levantó una tablilla.

—Éstas son las cosas que tu gente ha llevado a los dos barcos. Escucha, oh mercader.

Ninurta escuchó con atención, mientras observaba al rey hasta donde era posible en la penumbra de la sala. Las palpitaciones que a breves intervalos recorrían su rostro parecían haberse vuelto más rápidas y más pronunciadas.

Niqmepa leyó monótonamente mercancías y valores en la tabla. Recipientes de

vino, recipientes de aceite, cajas con esto, cajas con aquello, fardos de aquí y paquetes de allá. El valor total de la carga, concluyó, ascendía a siete talentos de plata.

—En números redondos —dijo Ninurta—. Sin duda en favor del soberano, a quien los dioses concedan una vida larga y provechosa.

—Sin duda. —Rap'anu tosió—. Es la costumbre… como ya sabes.

—Siete talentos de plata —repitió Niqmepa—. De estas mercancías, según mis tablas, una gran parte sólo ha estado almacenada temporalmente aquí. A su llegada al puerto se pagaron los tributos, o en cualquier caso poco después de su llegada.

Ninurta asintió, sin decir palabra. «Poco después de su llegada». Se refería a los especiales beneficios (impuestos en vez de aduana) que Hamurapi había otorgado en compensación a los conocimientos prometidos y suministrados.

—Quedan los impuestos sobre dos talentos, veintidós minas y cuarenta *shiqlu*… en plata o su contravalor.

Ninurta calculó. 8560 *shiqlu* de plata eran el contravalor de 428 robustos esclavos, casi 100 espléndidos caballos u 8500 fanegas de cereal. Calculó el verdadero valor de los dos cargamentos; el valor de determinadas cosas que el escriba del *shakinu* no había visto. Estaba ya demasiado entrado el año como para viajar a Tameri y vender las mercancías al pie de las pirámides, pero, si aún fuera posible, allí le ofrecerían más de 500 talentos de oro. Éstos, de vuelta en Ugarit, valdrían unos 2000 talentos de plata…, es decir, 2000 veces 3600 *shiqlu*. Suspiró enfáticamente.

—Asfixiar no está lejos de estrangular —dijo sordamente—. ¿Cómo va a pagar tanto un pobre *tamkar*? ¿En qué forma?

Rap'anu levantó la mano derecha.

—Estamos un poco sorprendidos de que el astuto *tamkar* Awil-Ninurta haya hecho tan malos negocios. Aunque seguramente en la tierra de sus antepasados…

—En las cercanías de ese país —cortó Ninurta con rapidez—. ¿Cómo podría osar infringir las órdenes del noble Hamurapi, cuyo sexo jamás quede fláccido, y las del no tan noble, aunque también poderoso, señor de Hattusa?

—Lo olvidaba. —Rap'anu se esforzó por adoptar una expresión contrita, que más parecía una máscara de burla—. Qué descuido por mi parte. Naturalmente, el buen mercader Ninurta no comerciaría con los enemigos del príncipe.

—De ahí también los malos negocios. Los caminos son inseguros, ciertos mercados son inalcanzables, así que los precios bajan.

El *shakinu* dejó caer las comisuras de los labios.

—Hazme cosquillas, *tamkar*; para que pueda reír mejor. Cuando los caminos no son transitables y determinadas mercancías se hacen raras, su precio aumenta… normalmente.

Ninurta se inclinó, sin levantarse.

—Qué razón tienes, noble Niqmepa. Pero por desgracia no me ha sido dado transportar esas mercancías que son raras en su destino y por tanto caras. Oro, por ejemplo. O los finos caballos de las tierras altas más allá de Urartu. En el reino del señor de Asur se paga por un animal veloz y fuerte, según he oído, ochenta *shiqlu*… Caro, sin duda, pero más barato que aquí. ¿Habría podido comprar aquí caballos caros y venderlos allí caros, pero más baratos?

—Dos talentos, veintidós minas y cuarenta *shiqlu* —rezongó Niqmepa—. Poco. En vez de tres décimas partes en la aduana sólo tienes que pagar dos décimas partes, debido a la clemencia de nuestro señor. Mil setecientos doce *shiqlu*.

Ninurta pensó si debía protestar a voz en cuello, pero decidió no hacerlo. No se le aceptaría.

—Tributo —dijo con voz artificialmente ronca— que yo abonaría con gusto, ya que nada me produce tanto goce como la conciencia de ser útil al magnífico Hamurapi, cuyo esplendor guarden los dioses. Pero… —Extendió los brazos. Los negocios se dieron mal; no tengo plata suficiente ni para pagar una décima parte de esa suma.

—Nadie espera que te presentes en palacio con una bolsa llena. —Por vez primera, Hamurapi intervino en la conversación—. Hablemos de posibilidades de pago que nada tengan que ver con la plata.

Empezó el regateo. Ninurta ofreció veinte esclavos a veinte *shiqlu* cada uno, como pago parcial, dejó que le rebajaran a un precio de quince por cabeza y al final garabateó en unas tablillas blandas una orden de pago por 1412 *shiqlu* de plata o su contravalor en mercancías, a pagar por el almacén de los *tamkaru* de Yalussu.

—Falta tu nombre —dijo Niqmepa, mirándole de soslayo.

—Quizás aún no hayamos terminado. —Ninurta sonrió con suavidad y se levantó —. Posiblemente haya servicios de amistad que un *tamkar* extranjero pueda prestar al noble señor de Ugarit. Un *tamkar* hambriento, dicho sea de paso. —Se dirigió al altar y derramó unas gotas de vino—. Para el señor Baal, que proteja la ciudad.

El *shakinu* se había dado la vuelta. El rostro de Rap’anu era impenetrable como siempre, y el temblor de Hamurapi apenas parecía más fuerte que antes.

Ninurta se acercó a la mesita, en la que estaban listos pan, sal, frutas, jarra y copas. Tomó pan sin levadura, lo roció de sal, comió; al segundo bocado, dijo:

—Os agradezco vuestra hospitalidad, el pan y la sal. Y os ruego una información. ¿Qué fue del mensajero de Hattusa?

—Aún estamos esperándolo. —El *shakinu* se encogió de hombros—. El barco ha llegado, pero el enviado sólo hablará mañana con el rey.

Empezó la segunda ronda de regateo. Esta vez le tocó el turno a Rap’anu. Repitió parte de sus explicaciones del día anterior, encargó u ordenó a Ninurta indagaciones y embajadas: el estado de armamento de los aqueos, las intenciones del rey Prijamadu

con respecto a Alashia…, si tan sólo quería ayudar a los viejos príncipes o quería poseer parte de la isla, y cuántos hombres y barcos pensaba enviar, y si podrían convertirse en una amenaza para Ugarit.

—Y sobre todo Madduwattas. —Rap'anu pareció tener dificultades con el nombre, casi como si le provocara arcadas pronunciarlo—. Es viejísimo, se dice, pero parece joven. Que es viejo lo sabemos, porque hace ya mucho que era soberano de su región fronteriza cuando hace más de cuarenta años Talafu expulsó a los aqueos del país de Secha. ¿Parece realmente joven? La resistencia contra él se ha extinguido en Arzawa como un fuego bajo un aguacero… ¿Qué clase de aguacero ha provocado? ¿Tiene algo que ver con los sacerdotes de vestimenta roja oscura que le sirven a él y a ese extraño dios Shubuk que quiere hombres? ¿Estará Madduwattas a favor o en contra de los hititas?

Ninurta protestó cortésmente. Demasiadas preguntas difíciles para un mercachifle. Además, el año ya estaba muy avanzado; sólo con suerte y el favor de los dioses a duras penas se podría llegar hasta Yalussu, y si allí no había noticias habría que visitar en primavera Ilios y las ciudades de los aqueos y los puertos de Arzawa, y debido a las corrientes y los vientos sólo se podría llegar a Ugarit a través de Tameri. Incluso sin tocar los prometedores puertos de los cananeos y filisteos, desde Ashdudu y Suru hasta Ushnu y Shuksi —¡dolorosa renuncia!—, como muy pronto hasta dentro de diez lunas no se podría…

—¿Cuánto pides por acortar el viaje? —La paciencia de Hamurapi parecía agotarse, y el temblor había cesado, ya fuera bajo una presión interior o debido a la inquietud.

—Tu favor, hijo de Baal y sobrino de Dagan. Impuestos en Vez de aduanas también el año próximo. Y una reducción de los impuestos que acabamos de calcular.

Al final, la orden firmada por Ninurta ascendía a catorce minas… 840 *shiqlu*. Se arrodilló ante el rey, tocó su pie con la frente, se inclinó ante Rap'anu, saludó a Niqmepa con una cabezada y se dejó guiar hasta el exterior por un criado del palacio. La gran puerta ya estaba cerrada, dijo el hombre; le llevaría por una puerta lateral.

Mientras recorrían los pasillos, Ninurta escuchaba ruido de pasos, pensaba en los recovecos, insinuaciones y dobles intenciones en las cabezas de los participantes en el trato, se asombraba del inmenso beneficio que había subido a bordo de los barcos ante los ojos abiertos, aunque ciegos, del escriba portuario de Niqmepa. Cuando salió a un oscuro callejón por la puerta abierta por el criado, se sorprendió de que Rap'anu ni siquiera quisiera verle otra vez. Y de que nadie hubiera dicho cuándo recogerían el pago los enviados del *shakinu*. Pensó en las advertencias de Tashmetu… pan y sal, y vino para el dios. En palacio había estado seguro.

La puerta se cerró tras él con un crujido. Delante y al lado de él aparecieron figuras oscuras; una sostenía un cuchillo en la mano derecha. De reojo, Ninurta vio

sombras que se deslizaban a lo lejos; luego, un fuerte golpe alcanzó su cabeza, y no vio nada más.

NARRACIÓN DE ULISES (II)

Dichoso aquel que, serenamente flojo, sabe seguir tramando el hilo de tensas historias, y mentir cuando la verdad cuelga sin fuerzas y vacila, cual yerma ruina o gruñido que expira.

—Habíamos hablado de visitas y comercio y de Helena, si el agua sucia de vuestros bebedizos y el efecto de un triple éxtasis no me sume en tinieblas sin medida. Vinieron mercaderes y príncipes y, a veces, cuando no había cerdos que matar ni piratas que exterminar ni uvas que pisar, también yo viajaba a visitar a otros príncipes. Siempre me gustó viajar, porque por el camino se encuentra uno toda suerte de truhanes que antes de ir a dormir cuentan cosas cautivadoras, tan atractivas o salvajes que por la mañana, al recordarlas, compensan por las propiedades que el señor pillo que se ha despertado antes se ha llevado consigo. Historias que dilatan el espíritu hasta que por fin es posible escucharlas sin despreciar la necesaria precaución. ¿Y hay algo más hermoso que, satisfecho por una buena comida, mejores historias y un corto sueño, ser el primero en partir por la mañana, con todos los envidiables bienes que el locuaz truhán no se llevó? En verdad, pocas cosas hay en el mundo más espléndidas que ésta.

Mucho había oído yo de la resplandeciente belleza de la hija mayor de la corte real de Esparta. Clitemnestra, hija de Tindareo. Ah, las bocas babeaban de codicia, y se abombaban los faldellines de quienes hablaban de ella. Pero Clitemnestra estaba prometida al rey de Micenas, y Agamenón la tomó y se la llevó consigo. Pero Helena, su hermana menor, creció, y se decía que comparada con ella, Clitemnestra era raída y sombría. Los hermanos de Helena y Clitemnestra habían caído en una de esas batallas que de vez en cuando se daban entre los antiguos de los que descendía la estirpe de Tindareo y los aqueos. Entretanto se cuentan osadas melodías y se cantan desaforadas porquerías sobre Cástor y Polideukes… Creedme, oh encantadoras, no hay nada de eso. Así que dejémoslo a un lado.

Helena. La hermana mayor en Micenas. Los hermanos muertos. Quien gane a Helena ganará Esparta. Su belleza…, su belleza, se decía, era tan indescriptible, de tan arrolladora, aplastante, trituradora pujanza, que ante ella el más viejo de los basiliscos se deshacía en gelatina. Una mirada de Helena bastaba, se decía, para hacer brotar desafiante en los campos la espiga cosechada y mustia del otoño anterior. Su sonrisa, se oía, hacía escurrir miel de los más duros sillares, de manera que aquellos que, enloquecidos por su seducción, se daban de cabeza contra las paredes, volvían en sí totalmente pegajosos. Su discurso era más inteligente que el de la antiquísima carpa Lepidoto, la más inteligente de todas las criaturas, como sabemos… Lepidoto,

que antaño llegó a Delfos con aladas piernas, procedente del antiquísimo país de los juncos y de la esfinge, renunció allí, en su sabiduría, a piernas y alas y se precipitó al Onfalos, ese abismo que es el corazón y el hígado del mundo y en el que Pitias incuba sus órdenes, máximas y profecías. Lepidoto, que en el fondo del Onfalos vive similar a un dios, en medio de un lodo regado por un afluente de la Estigia, susurra a Pitias las respuestas que Apolo desconoce, y esa carpa es la más inteligente de todos los seres. Pero Helena era más inteligente; tan inteligente, que la carpa, largo tiempo, enmudeció de envidia.

Yo la he visto, oh benévolas. Y he sufrido. Oh dioses, cómo he sufrido. Porque nada es más terrible que el mayor premio cuando no se puede alcanzar. Viajé a Esparta, como tantos… Ciniras vino de la lejana isla del cobre, Kypros, e Idomeneo habría estado dispuesto a no volver a la opulenta Cnossos y entregar Creta entera, y los hijos de los príncipes aqueos de todas partes, y Tiepolemo de Rodas, y del país de Secha vino el hijo de Télephos, del reino de Arzawa, quien más tarde sería el famoso Mopsos, y su señor Madduwattas, el Anciano Oscuro. De Troya viajó Eneas, pero retenido por los vientos y las olas. Memnón, sobrino del faraón del país de los juncos, vino con diez barcos y espléndido séquito… Tuvo que dejar atrás los barcos para alcanzar Esparta, en el interior, pero se habló de ellos. Se dijo también que Memnón, sobrino del soberano del gran río Yotru, era sobrino de Príamo, porque su hermanastro Titonos, en su larga peregrinación, había hecho una refrescante parada en el lecho de la hermana del soberano. Titonos, administrador de las montañas cupríferas que los asirios habían arrebatado a los hititas, envió a su hijo Nabju, y vino tino de los hijos del gran rey hitita, y ricos hombres de Sidón, Tiro y Biblos.

Ah, y el pobre Ulises también estaba allí. Nadie que no estuviera allí habrá podido ver nunca en otro lugar del mundo un esplendor como entonces en Esparta. Hombres que sabían hablar con los caballos estaban allí, y arquitectos de palacios y laberintos. Príncipes que podían enviar diez mil guerreros al campo de batalla… Otros con mando sobre mil carros de guerra… Señores de quinientas naves… Y Ulises, inteligente caminante y propietario de verdes colinas, de gordos cerdos y de un arco. Llevaron leones y elefantes —dos elefantes llevó Memnón consigo—, y el lúgubre Madduwattas le envió un trono de huesos humanos, forrado de piel de escita. Nabju el asirio, hijo de Titonos, trajo cien ruiseñores de plata que trinaban cuando se les soplaba, y cien ruiseñores vivos que permanecían callados porque les habían cortado las lenguas para hacer con ellas una comida magníficamente especiada para Helena. El hitita amontonó oro a sus pies y la envolvió en un vestido de plumas de pavo e hilo de plata. Un libio, príncipe de los libios occidentales, trajo hierbas y una alfombra tejida con el vello púbico de los enemigos que había matado.

Hubo también torneos… Se cantó, corrió, saltó, se tiró con arco y flecha, se lanzaron jabalinas, se domaron caballos; algunos sugirieron la idea de averiguar en

público emparejamiento quién era el pretendiente más incansable.

¿Y Helena? Sonrió hasta que las puertas de la ciudad cayeron a pedazos y se hicieron melosas. Yo la vi, y palidecí y me di la vuelta; ¿qué podía ofrecer frente a todos esos dones? Un jamón, una jarra de vino, los cráneos pulidos, decorados y convertidos en jarras de algunos piratas tirsos. Mi elocuencia, mi lengua incansable.

¿Cómo era? ¿Cómo sigue siendo, la incomparable? ¿Queréis una descripción de lo indescriptible? ¡Como si se pudiera reproducir el sol con un par de lámparas de aceite, con pluma y tinta negra el esplendor de colores del campo en primavera! O con granos de arena el vuelo de una flecha. ¿Puede representar el estornudo de un ratón al omnipotente Zeus y sus truenos, el castañear de mis dedos un terremoto, el zurullo de un conejo los palacios piramidales de Cnossos? ¿O mis trabajosas palabras, perdidas en el hálito de la gruta, a esa diosa? Afrodita. Fuego negro. Un andar lúbrico. Oro recién fundido mezclado con nata y cinamomo, esa es su piel. Demasiada, infinitamente demasiada mujer en demasiado poca y sabrosa piel; como si tuviera que salirse de ella por todas partes. Los ojos como una noche sin luna, llenos de lejanos fragmentos de estrellas que ningún Ícaro puede alcanzar. Ay. ¿Qué debo decir? Nunca se engendraron tantos niños en una ciudad, nunca se hizo tanto manual sacrificio a Afrodita. A quien la veía se le estrechaba el faldellín y se le ensanchaba el pecho. Después de haberla visto, miles paseaban su falo por Esparta, copulaban con grietas en las paredes, se ordeñaban con ambas manos, mojando el suelo, preñaban estatuas, montaban cabras.

Menelao…, el pobre, el tonto, el necio Menelao, el torpe hermano menor del tosco Agamenón, no llevó mucho consigo, sólo oro y plata, y yo le vi derramarse en las esquinas y gemir ante un tilo partido por un rayo y bañarse en arroyos helados que enseguida empezaban a hervir. Y cuando me aparté de esa mísera visión, vi a Penélope con un cántaro en la cabeza, camino del pozo, con las manos en las caderas, con una sonrisa tan inteligente como burlona en los labios. Penélope, hija de Periboia e Icario, hermano de Tindareo. Penélope, sobrina del rey de Esparta. Ojos inteligentes que ocultan ingenio y calidez… Calidez que se vuelve fuego, pero también bienestar, hogar y cuidado…, calidez como la que necesitan los seres humanos y como nunca podrá dar la diosa que alberga el cuerpo de Helena. Ella vio la espalda tensa de Menelao y el movimiento de sus codos y sonrió levemente. Luego me miró, bajó la vista a mi faldellín, chasqueó la lengua y sacó agua del pozo. Cuando volvió sostenía en las manos el cántaro lleno; volvió a chasquear la dulce lengua y me vertió un chorro de agua fría encima del faldellín.

—No sé si te ayudará —dijo, con una rápida y resplandeciente sonrisa—, pero quizás aún se te pueda salvar. Ése de ahí —se refería a Menelao— está perdido sin remedio.

Y me dejó allí, regado, con la boca abierta y sin duda con cara de idiota.

Esa noche fui a ver a Tindareo, cuya perplejidad flotaba sobre la ciudad como unas nubes viejas que no quieren romper a llover ni marcharse. Tindareo y Autólico, mi abuelo, eran viejos amigos, y el rey prestó oídos al nieto de Autólico.

—¿Qué quiere Helena? —le pregunté.

Estaba sentado en un banco de piedra, y bebía vino diluido en una sencilla copa; se refregó la espalda contra el muro y miró fijamente el oscuro jardín. Estábamos solos, entre nosotros.

—¿Helena? —dijo; suspiró y señaló el cielo con la frente—. Quiere la Luna sin Selene y todos los hombres del mundo, siempre que no se hayan puesto en ridículo ni estén extenuados sin remedio. A ser posible todos, tanto a la vez como uno tras otro, y además otros dos.

—¿Prefiere a algún pretendiente?

Se limitó a gruñir.

—¿Puedo darte un consejo, señor de Esparta?

Tindareo me lanzó una mirada desconfiada.

—El consejo, o no vale nada, o es caro. ¿Qué quieres, si tu consejo es bueno?

—Mi precio es razonable.

—Dime el precio, y si lo considero razonable pensaré si quiero oír el consejo.

Así, excelentes princesas de las cuevas y los venenos, pensaba un hombre inteligente, uno de la antigua estirpe de soberanos.

—Mi precio es una palabra tuya a mi favor. He visto a Penélope, y su inteligente calidez ha ahuyentado mi anhelo del fuego helado de las lejanas estrellas, igual que una cálida luz ahuyenta la desesperación del muchacho que vaga por la noche.

Tindareo bebió de su copa un largo trago.

—Nieto de mi querido amigo —dijo entonces—, he oído hablar de tu inteligencia. Ahora oigo de tus labios el resultado de esa inteligencia. No puedo prometerte nada; Icario es un hombre orgulloso y buen hermano mío, y Penélope es tan inteligente como hermosa, y aún más independiente que inteligente. Será su decisión…, pero les diré a ella y a sus padres lo que yo considero una buena decisión. Ahora, tu consejo.

—Entrégala a Menelao.

Dejó caer la copa y me miró perplejo, con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída.

—¿A Menelao? —graznó—. ¿A Menelao el insípido? ¿A Menelao el necio? ¿Él… y Helena?

—Su hermano Agamenón, tu yerno, es rico y poderoso. Un verdadero aqueo.

Tindareo asintió. Yo no lo había dicho como amenaza, pero el viejo micénico comprendió.

—Entrégala a Idomeneo y todos se la disputarán. Quizás empiecen una guerra.

Entrégala a otro y ocurrirá lo mismo. Nadie se conformará con que otro sea el preferido. Pero… ¿quién va a competir con Menelao? Nadie. Se alabará el abismo insondable de tus decisiones, oh rey.

—Eres… astuto, Ulises. —Tindareo juntó con el pie los trozos de la copa, volvió a separarlos, alzó la cabeza y me miró—. Muy astuto. ¿No será mejor que te la dé a ti?

Yo levanté las manos.

—¡Perdóname, príncipe! ¿Yo tu yerno, en Esparta, con esa diosa? Me consumirá y… Además, en lo que se refiere al trono: Menelao es fácil de manejar. Helena es una mujer muy inteligente, y más que eso. Tendrás un yerno dócil. Y cuando mueras, señor, Helena será reina… no Menelao rey. Nadie refunfuñará, y mucho menos amenazará con la violencia: juntas Esparta y Micenas, con Agamenón, el hermano de Menelao, son demasiado fuertes.

Tindareo calló; parecía cavilar.

—¿Una razón más? —no pude reprimir del todo una risita—. Menelao intenta apagar con las manos el fuego que la visión de Helena ha avivado en sus ingles. Hombres más inteligentes que hacen cosas parecidas volverán a entrar en razón; en él veo el peligro de que se mate con ambas manos. Sería quizás el primer suicidio de esta clase, pero… Agamenón podría enfadarse contigo si su hermano muriese de un modo tan ridículo.

Tindareo rió hasta que las lágrimas empaparon su ropa. Luego se levantó y me abrazó.

A la mañana siguiente reunió a los pretendientes y anunció su decisión. Helena asintió; estaba sentada junto a él y contemplaba la asamblea, y jamás vi unos ojos tan… devoradores como los suyos en esas horas.

¿Yo? Ah, abreviaré. Tardé muchos días en convencer a Penélope de su inteligencia y de mis encantos, y finalmente abandonó el intento de aparentar que me rechazaba… De algún modo, desde la historia del pozo los dos sabíamos lo que queríamos el uno del otro. Icario aceptó tras una conversación con su real hermano, pero quería que me fuera a su casa, según las antiguas costumbres, en vez de llevarme a Penélope. La perspectiva de quedarme en las cercanías del palacio en que Helena y Menelao…, no; Penélope también veía así las cosas. Cuando partimos en un carro tirado por mulos, Icario volvió a presentarse ante nosotros para preguntarle a ella, pero Penélope se limitó a taparse el rostro con el velo.

Antes… Quizás habría que mencionar también esto. No es tan importante como las cosas que ocurren entre hombres y mujeres, sólo es una cuestión de Estado que, como sabemos, carece de interés. Así que:

Tindareo pidió a los príncipes de los países aqueos que se quedaran un poco más; temía (y yo le había aconsejado sentir ese temor) que de la disputa en torno a Helena

pudiera surgir alguna otra hostilidad; sería mejor buscar la amistad en paz durante unos días más. La amistad siempre se oculta detrás de sillares sueltos, o se escurre por rincones inaccesibles. Hay que ponerle un cebo, hacerle cosquillas, atraerla. Lo hicimos… Aveces a disgusto, lo admito; ¿quién quiere tener amistad con hombres como Aquiles o Diomedes? Algunos preferirían acostarse con una culebra.

Aun así, lo intentamos. Entonces el micénico Palamedes de Nauplia tuvo la estúpida idea de que había que hacer algo para fomentar y asentar la unidad de todos los aqueos. «¿Qué unidad y de qué aqueos?», dije yo. Pero no quiso oír nada.

Propuso emprender una campaña bélica para fomentar la unidad y el bienestar. Adonde fuera… Al norte, al este, al sur, al oeste, daba igual; sólo hacia un objetivo que mereciera la pena. Iliria, Tirsa, Troya, Arzawa, las ciudades de los fenicios, el país de los juncos, lo que fuera. Fama, honor, botín, riqueza, armonía…

En ese momento decidí marcharme a casa, a Ítaca, con mi espléndida esposa. No quería saber nada de una empresa tan falta de cerebro.

Entonces, ¿cómo es que después…? Es tarde, encantadoras, o temprano, depende; estoy cansado, mi boca se deshilacha de tanto hablar, y la historia que ahora queréis oír es muy larga. Mañana… Ahora un poco de… ¿Qué? ¡No, sólo descanso, por favor!

5. FUGAZMENTE PRESO

No sabía qué era sueño en sus desvanecientes recuerdos y qué había ocurrido en realidad; durante unos instantes dudó en poder establecer una diferencia. Luego se convenció de que nunca había soñado con estruendosos dolores de cabeza, así que esto tenía que ser realidad. Se acordaba de unas figuras, un golpe, negrura, un baile de dioses que bramaban, con cabeza humana y Cuerpo de animal, y quizás había caminado en algún momento, apoyado en otros o arrastrado por ellos.

Todo se movía, con los movimientos propios de un barco. Respiró lenta y profundamente, se esforzó por pasar por alto el ronroneo (más bien un fragor sin ruido) dentro de su cráneo.

Luego Ninurta abrió los ojos y volvió a cerrarlos; sobre él se cernía un brillo cegador. Alzó las manos para proteger los ojos.

Las manos las tenía atadas.

—¿Vives, señor? —dijo una voz, la de Lamashtu.

Él gimió.

—Yo no lo llamaría vivir, pero no se me ocurre una palabra peor. ¿Qué ha pasado?

Lamashtu le ayudó a incorporarse. Se encontraban a bordo de un ancho y pesado carguero que formaba parte de una escuadrilla de siete barcos, como pronto pudo apreciar. La costa lejana se divisaba a la derecha; Awil-Ninurta reunió los datos de que disponía y supo que era mediada la tarde y un fuerte viento sur impulsaba los barcos hacia el septentrión.

—Esperamos en la puerta del palacio, señor; bueno, quiero decir cerca de la puerta, bien ocultos. —Lamashtu tenía la marca de un arañazo o corte en la mejilla izquierda—. Cuando la puerta se cerró, corrimos alrededor del palacio hasta encontrar la más pequeña. Tú saliste, y unos hombres se arrojaron sobre ti.

—Me acuerdo vagamente.

Tsanghar y Lamashtu intentaron ayudarle contra los agresores. Pero éstos eran seis o siete, y parecían haber esperado allí, como si supieran exactamente lo que tenían que hacer.

—¿Qué pasó con Tsanghar?

—Lo abatieron y lo dejaron allí… muerto o inconsciente. Luego nos llevaron por callejones a la lengua de tierra del sur.

—¿Al palacio de verano?

—Sí, señor, con los hititas. —Señaló hacia delante y hacia atrás. En proa y popa, de pie o sentados, había guerreros hititas.

Otros estaban tumbados o en cuclillas en la cubierta del carguero, entre los

marinos y los prisioneros, todos ellos con las manos atadas. Como Lamashtu. Como él. Ninurta gruñó.

—¿Han dicho adónde se dirige el viaje?

—Ni una sola palabra. Pero… —señaló hacia la costa con el mentón.

—Hacia el norte. ¿Esclavos para el gran rey?

No tenía sentido. ¿O sí? Pensó en las negociaciones en palacio. Si Hamurapi, Rap'anu y Niqmepa sabían que le esperaban corchetes hititas, ¿para qué el regateo? Por qué enseguida no le habían… Movió la cabeza. No, sí que tenía sentido. Los hititas necesitaban esclavos, guerreros, minerales, armas, alimentos; los aliados tenían que suministrárselos. Se habían tomado un par de horas para mecerlo en la seguridad y obtener de él esclavos y una orden de pago. Pero aún así…

Lamashtu parecía sumida en pensamientos parecidos.

—¿Por qué no te han detenido en palacio? No puedo creer que todo esto, la entrega a los guerreros hititas en el palacio real de verano y todo lo demás, ocurra sin conocimiento del soberano.

Ninurta quiso reírse, ligera, cínicamente, pero pronto desistió de hacerlo. Su cabeza no le admitía carcajadas.

—Ay. Querían mis conocimientos y una orden de pago. Tenía que ser tarde, para que no hubiera testigos. Awil-Ninurta y los otros *tamkaru* de la sociedad son extranjeros en Ugarit, pero hemos negociado con muchos, y no pocos nos conocen; ni siquiera el rey podría explicar sin esfuerzo a sus súbditos más ricos por qué hace desaparecer a uno de sus socios más importantes. —Titubeó y volvió a respirar hondo varias veces; el latir del cráneo aflojó un poco—. Además, en palacio tomé pan y sal y sacrifiqué al dios unas gotas de vino. Así que todo tenía que ocurrir fuera del palacio. En secreto. Tan en secreto que nadie pueda decir nada. Y que nadie se ría de mi insondable ligereza. Tashmetu me advirtió, y yo no lo creí…

—Pero ¿para qué? ¿No eres más importante como *tamkar* que paga que como prisionero?

—No lo sé. Quizás uno de los jefes de estos guerreros tenga un escrito de Hamurapi para el gran rey: «Te envío a un hombre que ha visto muchas cosas entre Muqannu y Asur. Ha negociado con tus enemigos, en contra de tu prohibición, y es rico. Quizá sus gentes paguen mucho por liberarlo; quizá sepa más de lo que le hemos sonsacado. Es el regalo de tu servidor y hermano Hamurapi; que el gran Supiluliuma, que es el sol y la lluvia y el poder, haga resplandecer su favor sobre Ugarit». ¿Algo así? Quizá. No lo sé.

Por la noche, los siete barcos anclaron en una bahía; los prisioneros, que sumaban unos trescientos, tuvieron que chapotear hasta la costa. Los guerreros les soltaron las manos para que pudieran comer y beber. Hubo agua, pan duro y unas cuantas frutas pasadas; luego, otra vez cadenas y el suelo desnudo por cama.

Cuatro días hasta la desembocadura del Arantu; los conocimientos de Ninurta sólo le servían para saber dónde estaba en cada momento. Por dos veces intentó hablar con el que al parecer era el guerrero de mayor rango a bordo. En el primer intento sólo le miraron fijamente; cuando habló de plata, el capitán le volvió la espalda. Al segundo intento, apenas había dicho media frase cuando uno de los guerreros lo derribó con la contera de la lanza.

Al quinto día llovió un poco. Por la noche se tumbaron temblando en la arena mojada. Lamashtu buscó su proximidad.

—Calor, señor —dijo en voz baja cuando se apretó contra él—. Tu señora está lejos.

—El calor es bueno. Para todo lo demás estoy demasiado sucio, incluso si fuera posible hacerlo con las manos atadas.

—¿Ningún acuerdo?

Ninurta tuvo que pensar un instante antes de comprender.

—¡Ah! No, no tenemos ningún acuerdo sobre el uso que podamos hacer del tintero y la pluma. Además… —No siguió hablando.

Lamashtu completó, tras largo silencio:

—Además, nadie sabe dónde irá a parar, ¿no es verdad? Y si volverá a ver a determinadas personas. Dos bultos de mercancía.

—Dos animales calientes, perdidos en la arena mojada y la oscuridad hostil. Duerme, hija de la diablesa de la fiebre.

Al día siguiente, el viento, constante hasta entonces, se convirtió en una calma chicha; los hititas hicieron remar en grupos a sus prisioneros.

Al noveno día alcanzaron un puerto sin nombre en la desembocadura del río Samri, pero sólo embarcaron agua fresca y siguieron viaje… pero no río arriba, hacia la antigua ciudad de Adaniya, como había supuesto Ninurta. Poco más al oeste desembocaba el segundo río, el Chuatna, en el que empezaba la calzada que iba al interior. Tarsa, a la que los nativos seguían llamando Tarkush, uno de los centros de intercambio más importantes del reino, estaba a pocas horas río arriba. Pero el Chuatna no tenía bastante agua para barcos grandes; en la desembocadura, los hititas habían construido otro pequeño puerto y le habían llamado Ura. Al parecer, los guerreros tenían instrucciones de descargar aquí a sus prisioneros. Ninurta supuso que el señor de la fortaleza de Ura tendría órdenes más precisas. Observó cómo el capitán, con el que no había podido entablar conversación alguna, entregaba una bolsa y varias tablas a un guerrero adornado con un gran penacho. Ambos le miraron.

Los prisioneros, con las manos atadas y unidos unos a otros por largas correas de cuero, se quedaron de pie en el escabroso muelle y esperaron. Lamashtu, atada a Ninurta de tal modo que en caso de marcha iría delante de él, señaló con el mentón a los cabecillas.

—Hablan de ti, señor. ¿Tendrán previsto algo especial para ti?

A Ninurta le asomó una sonrisa torcida.

—No soy ningún señor, Lamashtu, sino un prisionero como tú. Y quisiera que nos permitieran lavarnos.

Ella se echó a reír entre dientes.

—Todos apestamos, así que nadie apesta.

—Temeraria afirmación. —Contempló el serio rostro de la mujer, los ojos oscuros, la fina nariz, la dura boca—. Has vivido cosas peores que yo, y peores que esto, ¿no es verdad?

—Comparado con otras cosas, hasta ahora éste ha sido un viaje de placer. Y éste es un lugar espléndido, lleno de gentes atentas.

—Me lo imagino. Aún así… lavarse y limpiarse los dientes no sería malo.

A Lamashtu casi la arrastraron cuando los otros prisioneros se dejaron caer de pronto al suelo, como si se hubieran puesto de acuerdo. Ninurta consiguió sentarse antes de ser derribado. La rodilla derecha de Lamashtu quedó entre sus muslos.

—Bonita situación —gruñó el hombre que había detrás de él—. A mi también me gustaría ahora tener una rodilla de mujer.

—¿Qué harías con ella?

El otro, ugarita como casi todos, chasqueó la lengua:

Comérmela. Tengo hambre.

Entre gritos y latigazos, a la cuerda de presos la guiaron por el turbio y pequeño lugar, pasando ante chozas de tablas inclinadas por el viento y un par de casas de ladrillo que se desmoronaban. La fortaleza estaba a las afueras: una cerca de madera de la altura de un hombre, detrás de edificios bajos de madera y barro. Hicieron a los presos cruzar una puerta que se cerró tras ellos.

Podían lamentarse de no moverse libremente por el campamento, pero por lo menos les quitaron las cadenas. Había agua y cubas para lavarse, letrinas, luego una aguada sopa caliente, y, después de una noche tranquila, el señor de la fortaleza dividió a los presos en dos grupos: a los que eran capaces de combatir se los llevarían en barco a Alashia, donde los hombres lucharían honrosamente por el gran rey, y las mujeres podrían relajar a los guerreros hititas (los prisioneros, procedentes en su mayoría de Ugarit y su entorno, no se atrevieron a emitir más que murmullos o gruñidos) los más viejos irían bajo vigilancia tierra adentro, donde se les repartiría entre las fortalezas, canteras y calzadas necesitadas de reparación. A unos pocos los llevarían a Hattusa: presos especiales, especiales dones para el Sol.

Ninurta intentó colarse entre los previstos para combatientes; conocía Alashia, y de allí podría escapar fácilmente. Llevó consigo a Lamashtu, calificándola de experta sanadora de heridas de guerra y conocedora de las hierbas. El señor de la fortaleza le observó, echó un vistazo a las tablas que se le habían entregado y dijo:

—El mercader Awil-Ninurta, de… ¿cómo se dice esto, Iliss?

—Yalussu. —Ninurta reprimió un suspiro.

—Eres un don especial de Hamurapi al Sol, leo aquí. Irás a Hattusa. ¿Qué pasa con la mujer? ¿Curandera? —Frunció el ceño; luego escupió—. Bah, que lo decida Hattusa. Para allá. —Señaló con la mandíbula hacia la puerta, donde se congregaban las primeras mujeres y hombres no válidos para la guerra.

Un suboficial y veinticinco hombres, más cuatro carros con víveres, tirados por caballos… Al parecer, no se necesitaba más para guiar a doscientos hombres y mujeres. No se necesitaba más, porque los prisioneros iban atados en grupos de diez y además tenían atadas las manos. Lamashtu y Ninurta consiguieron ponerse al final de un grupo de diez… Lamashtu la penúltima. Caminaba con la cabeza baja, lo que a nadie llamaba la atención, porque muchos prisioneros estaban abatidos y no tenían motivos para ocultarlo. Ninurta vio que se llevaba al rostro repetidas veces las manos atadas. En algún momento susurró: «¡Cuidado!». Ella se encogió de hombros.

La calzada militar seguía el río, poco profundo, ancho y rápido. En la otra orilla, la oriental, había grupos de árboles extraños, como tronchos, bajo los cuales se apiñaban chozas: míseros albergues de campesinos y de pescadores fluviales, cuyas planas canoas yacían como sarnosos reptiles. La próxima cadena montañosa se desdibujaba en la bruma del mediodía; hasta donde alcanzaba la vista, el suelo al este del río estaba cultivado. Tenía que ser un trabajo duro, porque los campos estaban veteados de pequeños muros, crecidos aquí y allá: muros levantados durante largos años con las piedras que los arados pesados habían arrancado al suelo y que rompían los arados ligeros.

La orilla occidental era al parecer más fértil; entre la elevada calzada y las laderas montañosas se extendían amplios campos de un verde intenso, sin muro alguno, solamente separados por setos y grupos boscosos, y las casas de los campesinos —islas en el ondulante verdor— parecían más firmes y más opulentas que las chozas del otro lado. Aquí y allá vieron reses pastando, pero apenas había personas trabajando: mediodía, hora de descanso, salvo para los prisioneros de los hititas.

Cuando llegaron a Tarsa, era mediada la tarde. La calzada atravesaba el lugar; para disgusto del suboficial, había cierto tumulto: era día de mercado, otra razón de la falta de movimiento en los campos. La caravana tenía que atravesar la plaza en la que los campesinos de los alrededores tenían sus puestos.

Ninurta vio los movimientos de los brazos de Lamashtu. En voz baja, dijo:

—Aún no.

Contempló las casas, más antiguas y altas que las de Ura: construcciones de dos plantas; la parte de abajo, piedra y vigas; la de arriba, ladrillo y vigas; encima, azoteas con jardín, muchas de ellas con flores o plantas de huerta. Se acordó de dos o tres callejones que aún estaban según creía recordar.

Un pequeño giro más, pasando ante una casa pintada con sangre de buey, ante la cual había una muchacha de labios chillones, los pechos desnudos y un echarpe atado en torno a las caderas. Luego, el mercado: claro, largo y redondeado en la espesura de las casas; en medio, la superficie cubierta para las asambleas y el regateo; por todas partes, mesas de madera con frutas, pescado, pollos vivos y el bullicio de gente vestida de vivos colores.

—¡Ahora! —dijo.

Lamashtu se lanzó contra el preso que la precedía, gritó, lo tiró al suelo. El grupo entero se detuvo, se tambaleó. Ninurta cayó con puntería contra la pata que sostenía un puesto de frutas, que se derrumbó; las frutas se desparramaron sobre los caídos. De la mesa de al lado salieron volando unas perdices al romperse su ligera jaula. Campesinos soltando maldiciones se lanzaron en medio del jaleo para salvar animales y otras mercancías.

—¡Una serpiente… dos… dos serpientes! —chilló Lamashtu.

Muchas voces recogieron el grito; en medio de toda esta barahúnda, ningún guardia advirtió que Lamashtu y Ninurta se habían alejado de los otros tanto como las cadenas se lo permitían. Uno de los caballos del carro que iba detrás de ellos se alzó de manos, piafó, relinchó, lanzó una coz con las patas delanteras; dos guerreros intentaron amansar al animal. El campesino que maldecía, bajo cuya fruta se encontraban, tiró de la pierna de Ninurta. Clientes, otros vendedores y curiosos, se apiñaron. Acurrucado entre la fruta, el asirio sintió el borde de la afilada piedra que Lamashtu había escondido en su boca y con la que ahora buscaba la correa de cuero que unía a los dos. Él tiró, sacudió la correa; de pronto, cedió.

El campesino seguía protestando; Lamashtu trepó por encima del montón de tablas y frutas del puesto. Ninurta la siguió, sin preocuparse de la fruta pisoteada ni del griterío. Volcó otro puesto; deseando haber tenido las manos libres, siguió trepando de rodillas, reptando sobre el vientre. Alcanzó un lugar donde entre dos casas se abría una hendidura, apenas digna del nombre de paso; vio a Lamashtu desaparecer por ella y se embebió para pasar; agachado, corrió temiendo que le alcanzara una jabalina, el fuego de una punta de espada, el alarido de un guerrero, algo.

Nada, sólo la confusión de voces, otro relincho, un grito de dolor al ser alcanzado alguien por los cascos de un caballo. Jadeando, alcanzó el final del pasadizo, se volvió a la derecha, titubeó, dio la vuelta, corrió hacia la izquierda por el embarrado callejón, encontró el patio que recordaba, con unos postes de piedra policromada y un arquitrabe de madera encima.

Lamashtu estaba en cuclillas a la izquierda, entre una carretilla y el muro del patio. Sonrió cuando le tendió sin decir palabra las manos atadas. Con la piedra afilada, que no había perdido durante la fuga, empezó a cortar la correa de las

muñecas de Ninurta.

En el breve tiempo que esto requirió, miró a su alrededor. Los muros de piedra y barro que daban al callejón y a la casa vecina habían sido restaurados, el patio de tierra batida era más espacioso que entonces (sólo estaban por medio la carretilla, un yugo de madera, un cubo y un par de azadones; Ninurta recordaba que en su primera visita había tenido que trepar sobre capiteles caídos, haces de astas de lanza, planchas de cobre y cestas llenas de cachivaches), el edificio de dos plantas de la derecha de la puerta —abajo establo, arriba almacén— estaba recién revocado, y los siete escalones que llevaban a la vivienda estaban hechos en piedra nueva, luminosa, limpiamente tallada y recibida. El bienestar del noble mercader Buqar no parecía haber disminuido: en el piso de arriba, donde estaban los dormitorios, un golpe de viento abombaba en ese momento la cortina de lana que cubría una de las ventanas… pesada tela, finamente tejida con hilos de oro.

Por fin, Lamashtu consiguió cortar las correas de cuero. Faltaba un poco de piel en la muñeca derecha. La mujer, que seguía de rodillas, se llevó a la boca la mano de Ninurta y tocó con la lengua la parte herida. Él acarició con la izquierda su corto y ensortijado pelo negro.

—Ven. Estarán buscándonos —dijo.

Lamashtu se levantó. A la luz del sol de la tarde, él vio por primera vez que tenía los ojos de distinto color: el izquierdo casi negro, el derecho con irisaciones verdes.

Se volvió y se dirigió a la escalera.

Entraron, apartando una cortina de cordeles trenzados, a un espacioso zaguán cuyo suelo era de losetas de colores. Ninurta carraspeó ruidosamente varias veces. Como no ocurrió nada, tomó el estrecho pasillo que se abría a la izquierda. La segunda puerta, tapada por finas tiras de cuero, llevaba al cuarto de trabajo de Buqar… si todo seguía como entonces.

Ante una estantería de madera clara llena de tablillas, pepitas de distintos minerales y pieles de animales (probablemente escritas), un hombre de unos cuarenta años yacía en un ancho y bajo lecho. Dormía; en el cuarto apenas se oía su suave roncar. Una fina manta de lana le tapaba una parte del rostro.

Ninurta se acercó con cautela y tiró de la manta. Respiró tranquilo, sonrió y tocó el hombro del durmiente. El hombre gruñó, movió el brazo como si quisiera espantar moscas y, finalmente, abrió los ojos.

—Maestro del beneficio —dijo Ninurta en voz baja—, amigo de las más favorables oportunidades y guardián de los metales nobles. Un asirio huido y una curandera del país situado entre los ríos necesitan tu protección.

Buqar se sentó con lentitud, pero sus ojos, de un gris oscuro, estaban muy despiertos.

—¿De quién te has escapado, saqueador de los desprevenidos? —dijo—. No hay

razón para susurrar aquí. ¿Seis años? ¿Ocho? Cuánto hace… ah, eso puede esperar. Habla. Y sentaos. —Señaló unas sillas de respaldo de madera oscura y asiento de suave cuero.

—Estamos sucios, amigo; déjanos estar de pie. Al señor de Ugarit le ha complacido envolverme como regalo especial para el Sol de Hattusa y mandarme con otros esclavos y prisioneros.

—¿Cuántos hombres de cobertura?

—Dos docenas.

—Hum. ¿Dónde habéis escapado? ¿Aquí?

—En la plaza del mercado, entre campesinos alborotadores y frutas despachurradas.

Buqar arrugó la nariz.

—Os estarán buscando. Venid.

Se levantó, sonrió de pronto, dio una palmada en el hombro del asirio y dijo:

—¿Cuánto me debes?

—Aún tengo una cuenta a mi favor contigo.

—Entonces, debería entregarte.

Se adelantó por el estrecho pasillo, giró a la derecha. Al final del corredor, unos escalones descendían a un cuarto que debía estar a la altura del patio. En él se amontonaban tinajas con aceite y frutas confitadas, cestas de frutos secos, sencillas cajas de madera con cereales; en un soporte, Ninurta vio recipientes puntiagudos que probablemente contenían vino.

—Coge.

—Buqar se inclinó hacia una de las cajas de grano; Ninurta le ayudó a desplazarla, y luego la siguiente. Buqar se arrodilló y tiró de una gruesa argolla; la trampilla de madera que se abrió chirriando no se veía bajo el polvo, los restos de harina y las migajas. A una distancia de algo más que la altura de un hombre bajo la abertura, se oía rumor de agua.

—Apesta —dijo Ninurta.

—Un arroyo que lleva las cloacas al río. Tendréis que chapotear un poco por entre la mierda. Las paredes son de ladrillo; al lado derecho, bajo esta casa, hay algunos ladrillos que se meten hacia dentro, y en medio de ellos, dos que sobresalen. Son una sola pieza; tienes que apretarlos. Detrás hay una cámara. —Miró a su alrededor—. Esto puede durar. Lo mejor es que os llevéis algunas cosas. Vino, agua, fruta. Y… no hagáis ruido.

—Agua no seria mala. ¿Dónde…?

—Buqar asintió.

—Os traeré un odre. Y algo para los víveres. Bajad ya.

Ninurta se escurrió por el pozo. El sitio con los ladrillos irregulares fue fácil de

encontrar. Presionó. Algo cedió, casi sin ruido; por la abertura salió una luz mate. Debajo había una cámara baja; vio estantes, cajas, pieles enrolladas.

—Eh, ¿estáis ahí?

Lamashtu, al pie de la trampilla, cogió un odre de piel de cabra y se lo alcanzó al asirio, que metió cuidadosamente en la cámara el recipiente de agua. Le siguió una caja pequeña con pan, fruta, jamón, un cuchillo y dos copas de loza; por último, Buqar les alcanzó un cántaro sellado.

—Mi mejor vino. Ahora desapareced. Cierra por dentro la abertura, ¿me oyes? Y no hagáis ruido.

Los ladrillos móviles se sujetaban a una plancha de madera que colgaba de unas engrasadas bisagras metálicas completamente forrada de cuero liso, probablemente impermeable. Ninurta cerró suavemente la puerta y pasó dos cerrojos.

A los lados, debajo de la abertura, había dos cubas de madera, una para lavarse y otra para evacuar; al lado colgaba un paño de lana limpio, y sobre una tabla en la pared había una gruesa esponja.

—Ha pensado en todo —susurró Lamashtu; señaló la esponja—. Tu amigo es un amante de la limpieza.

Ninurta vertió un poco de agua del odre en la sencilla cuba; la otra tenía un borde ancho y plano, y estaba claramente pensada para sentarse.

—Lávate —dijo—, y echaremos el agua por la abertura, mientras sea posible.

—Empieza, señor. Yo ordenaré las cosas mientras tanto.

Ninurta se quitó los vestidos manchados de fruta y suciedad de las calles.

—Sé ahorrativo —murmuró—. Beber es más importante.

Inclinado sobre la cuba, se lavó la cara, los hombros, el pecho, las axilas y los genitales; luego se puso en cuclillas dentro y se lavó el ano, los pies y las piernas. Era tan agradable estar mojado y fresco que renunció a secarse. Sin hacer ruido, volvió a descorrer los cerrojos, abrió la puerta, vació la cuba en el desagüe y encajó la puerta.

—Ahora tú. Rápido y en silencio.

Echó agua fresca; luego examinó minuciosamente la cámara. Era seca y ventilada, y lo bastante alta como para poder estar de pie en ella. La luz mate venía de huecos practicados en los costados entre las piedras y ladrillos. Por uno de los huecos vio, quizás a la distancia de un brazo, un segundo muro con orificios similares para la luz y el aire. Detrás estaba la orilla del río. Quien intentase mirar desde allí no vería nada más que el vacío y, quizás, un segundo muro. Cerró los ojos y recordó la casa de Buqar. La cámara tenía que estar bajo su cuarto de trabajo y bajo la terraza techada en la que, hacía años, había pasado numerosas y alegres veladas de vino y buenas conversaciones.

Lamashtu chapoteaba en la cuba; el ruido le arrancó de sus recuerdos. Siguió mirando a su alrededor. Buqar parecía preparado para cualquier emergencia; un lecho

bajo y fuerte, con mantas, y las pieles enrolladas que había visto al principio, demostraban que, en caso de tener que esconderse, no había por qué tumbarse en el duro suelo. En los estantes de la pared había tablillas para escribir. Y otras cosas.

—Mi cuenta —gruñó Ninurta. Tiró de los paños untados de aceite en los que Buqar había envuelto al menos una parte de sus tesoros: barras de plata, en otro estante barras de oro, cada una de ellas de alrededor de una mina de peso. Estimó la cantidad en unas doscientas minas de plata y otras tantas de oro.

—¿Por qué? —susurró Lamashtu.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la cámara, por qué los tesoros, por qué la ayuda?

Salió de la cuba; Ninurta fue hacia ella, alzó la cuba hasta la puerta, la vació y vio cómo Lamashtu cerraba la puerta.

—¿Por qué esto? —Pasó el dedo por el trenzado de cicatrices en su espalda.

—Uno de mis antiguos señores. —No se volvió—. Le gustaba azotarme. A veces también pegarme con una vara de metal. Le excitaba. ¿Quieres saber qué más le excitaba?

—Sólo si te libera hablar de ello.

—¿Libera? —Seguía de espaldas a él; su voz resonaba con un timbre sordo—. ¿Libera de qué? ¿De las cadenas del recuerdo que atan lo libre y afean lo hermoso por no estar atado?

Ninurta fue al lecho y se tendió en él; el armazón era firme, nada crujió ni chirrió.

—Ya no estás atada. Pero tus otras preguntas son fáciles de responder. Tarsa, Tarkush, es una antigua ciudad, más antigua que el reino de Hattusa. La gente de aquí no quiere a los hititas. Por eso… ¿Quién va a querer enseñárselo todo a un recaudador de impuestos, sobre todo al recaudador de un soberano al que con gusto se enviaría a reunirse con sus antepasados en el inframundo?

—¿Y la cámara? ¿Y la ayuda?

—Nos hemos entendido bien, y desde entonces hemos hecho buenos negocios juntos. Un hombre cauteloso cuenta con que algún día tendrá que esconderse de los corchetes…

—¿Cómo sale después?

—Puedo imaginar que donde estas aguas repugnantes llegan al río habrá otra cueva. Quizá con un bote dentro.

Ella se acercó con lentitud y se arrodilló en el borde del lecho. Él vio pequeñas cicatrices de quemaduras entre sus muslos, verdugones cicatrizados hasta el ombligo; una sombra de cortes en ambos pechos. Miró los extraños ojos: piedras de distinto color, que ni siquiera decían si dentro o detrás de ellas había algo que pudiera decirse. Pero los ojos no miraban los suyos, sino que seguían la mano derecha, que se cerraba cautelosa en torno a su miembro erguido mientras los dedos de la izquierda se

enredaban en el espeso vello negro de su cuerpo. Luego vio la dura boca que se entreabría en una sonrisa. Y los ojos que ahora buscaban los suyos.

—Tu princesa del comercio es bella como Ishtar, y no tiene cicatrices. Pero está en el otro extremo del mundo.

—Fue esclava; sus cicatrices son interiores. Y no hay ningún acuerdo. Sólo deseo hacia una buena compañera de viaje.

—Ya lo veo. —Se inclinó y rozó su miembro con los labios.

—Pero es un largo viaje. —Reprimió un gemido—. Y pesado. Peligroso. No es para niños.

Ella alzó la cabeza y le miró; ahora también sus ojos sonreían.

—¿Niños? —susurró—. Para eso hay hierbas. Y otros caminos para el placer, señor.

Poco a poco, aumentaron los ruidos de la casa: criados que volvían del mercado o del trabajo en el campo; una voz de mujer, luego una segunda, con tono más joven; Buqar, que al parecer daba indignadas instrucciones. Y de pronto, tras un breve y atemorizador silencio, los duros pasos y broncas voces que habían estado esperando.

No había forma de saber qué se decía; las voces de arriba se hacían más imperiosas, más sigilosas, sonaban ásperas, luego casi amistosas, pero Ninurta y Lamashtu no podían oír más que inflexiones de la voz y ocasionales fragmentos de palabras. Luego otra vez pasos; objetos que se movían, la trampilla se abrió, alguien gritó algo, ruido de arrastre cuando un hombre (tintineando… tenía que ir armado) bajó al pozo entre maldiciones en voz baja, chapoteó por entre las aguas fecales y volvió arriba.

Espera. En algún momento las voces se amortiguaron; poco después volvió a bajar alguien, arañó la pared y dijo el nombre de Ninurta: Buqar.

El asirio abrió la puerta.

—¿Se han ido?

Buqar no dio muestras de ir a entrar a la cámara.

—Se han ido de momento. Pero se quedan en Tarkush, hasta mañana en todo caso.

—¿Siguen buscando?

Buqar hizo una mueca.

—No se sabe. Los costrosos pensamientos de un suboficial hitita… —Rió por lo bajo y les contó la conversación.

Habían llevado a los presos a un establo a las afueras de la ciudad, donde podían ser vigilados por pocos hombres; los demás guerreros peinaban la ciudad. Las mejores casas eran visitadas por el suboficial que mandaba la columna; había venido a casa de Buqar con tres guerreros. Buqar le recibió con amabilidad, le ofreció agua y vino, le enseñó la casa e incluso abrió por su propia mano el pozo de desagüe.

—Y luego le compré la tablilla —dijo, con un ligero gorgoteo de risa en la voz.

—¿Que has *qué*? —Ninurta alzó las cejas.

—La tablilla en la que Hamurapi, rey títere de Ugarit, le comunica al sarnoso Supiluliuma la entrega del *tamkar* asirio Awil-Ninurta para su tortura, interrogatorio y uso en general.

Ninurta asintió lentamente; su sonrisa fue haciéndose más amplia.

—Ahí dice también que, pretextando cumplir encargos de Hamurapi, ese asirio ha hablado con el enemigo malo de Asur y abastecido con mercancías y conocimientos, en contra de las órdenes de los hititas. Violador de la ley y espía, bla, bla, bla.

—¿Para qué has comprado la tablilla, señor? —quiso saber Lamashtu.

—Para mi colección de objetos raros y excitantes. El guerrero entendió a medias esa razón. Pero entendió del todo que veinte *shiqlu* de plata para él y uno para cada uno de sus guerreros son una buena cosa. Y si no entrega en Hattusa ningún escrito en el que figure un asirio nadie echará de menos a un asirio. Se habrá perdido por el camino; quizá se haya caído a un pozo con su acompañante.

—Pero, naturalmente, toda Tarkush sabe de la búsqueda.

Buqar tiró del largo lóbulo de su oreja.

—Eso es cierto, y es triste. Todos lo saben; alguien podría veros; alguien aprecia quizás a los hititas y lo dice en la fortaleza. Probablemente para entonces ya os habréis ido, pero mi cabeza debería seguir sobre mis hombros, no en la punta de una lanza.

—¿Qué debemos hacer?

Buqar bajó la vista e hizo una mueca.

—¿Qué hago en medio de la mierda? Haz sitio.

Entró a la cámara con ellos y se dejó caer en la cama.

—Tenemos que irnos, ¿verdad? —dijo Ninurta.

—Dices las cosas útiles relajadamente, amigo mio. Ya he enviado a un criado de confianza.

Buqar describió el camino río abajo, apenas mil pasos al sur de la ciudad; allí empezaba, junto a seis árboles agrupados, una senda que, por un pequeño valle, llevaba a la meseta occidental, a una granja. El encargado no sólo lo era de las vacas, las frutas y las cabras, sino de preparar lo antes posible dos mulos, ropa, víveres y un lecho para pasar la noche.

—Es mejor que nadie os vea aquí. La esposa, a la que hay que obedecer, se hartará de llorar por no haber podido burlarse del necio asirio.

Ninurta sonrió; se acordaba de la joven esposa del mercader, de su rápida y afilada lengua y de las agradables veladas.

—Dile cuánto lo lamento. Nadie se ha burlado de mi con tanta habilidad, y el hígado me duele por la pérdida.

—Lo transmitiré. Ayúdame.

Buqar le tendió la mano, y Ninurta tiró para levantarlo de la cama. El mercader fue a uno de los estantes, apartó los recipientes y sostuvo en su mano dos objetos alargados y bien envueltos.

Ninurta los cogió y soltó los cordeles que los ataban. Eran dos afiladas espadas cortas.

—Nunca se sabe —gruñó Buqar—. Bien. Y dos buenos cuchillos, para que no estéis indefensos ante un asado. Y… esto.

La bolsa que tendió al asirio pesaba unas cuatro minas y contenía oro y plata: pepitas, fragmentos, discos cortados de barras.

—Cierra la boca —dijo Buqar cuando Ninurta fue a darle las gracias—. Y haz lo necesario para salir de aquí. Pronto oscurecerá; al anochecer es fácil encontrar la senda, y una vez que la hayáis encontrado, también lo es de noche.

Donde el desagüe afluía a la corriente, había un pequeño bote. Lamashtu tuvo que tumbarse para ser invisible desde la orilla; Ninurta, con un ancho sombrero de paja como el que llevaban los pescadores para protegerse del sol, iba a popa de rodillas y guiaba con el remo. El rápido río los llevó en la penumbra del atardecer hasta donde los árboles podían verse desde el agua. Ninurta subió el bote hasta los juncos de la orilla; un criado de Buqar lo recogería.

Alcanzaron sin ser vistos la senda, que seguía el curso de un arroyo; hacia el norte, hacia la ciudad, los protegían los árboles y la abundante vegetación. Cuando se hizo de noche ya estaban al final del pequeño valle donde la senda serpenteaba ladera arriba hacia la meseta.

—¿Por qué hace esto? —dijo Lamashtu en algún momento—. ¿Es noble? ¿Es adepto a una de esas nuevas religiones que dicen que quien hace cosas nobles será recompensado por ellas después de la muerte?

—Todos iremos a parar al mismo turbio reino de las sombras donde impera el yermo dominio de Ereshkigal. No, Buqar pesa la utilidad con más finura que cualquier báscula. Hemos hecho buenos negocios. Supiluliuma ha empezado una guerra; quizás al final de la guerra ya no haya un gran rey, pero sí mercaderes.

Lamashtu lanzó un silbido desafinado por entre los dientes.

—Quizá simplemente te aprecie.

—¿Simplemente? Me temo que entre seres humanos eso es lo más difícil que existe.

Ella estaba al borde de la estrecha senda, dando la espalda a la empinada negrura, a la negrura como de la sombra de cien hombres de alto que había hasta el valle, que sólo era una esperanzada conjetura. Ninurta veía sus contornos, y sólo intuyó algunos rasgos de su rostro cuando dio un pequeño paso a un lado y Lamashtu quedó ocultando con su cuerpo las débiles luces de Tarsa. Las primeras estrellas y la luna

menguante que pendía sobre las cimas arrojaban una luz escarchada sobre la cabeza y los hombros de Lamashtu, y de las montañas venía un hálito frío, un primer viento de principios de invierno.

—¿Difícil? —dijo ella; en su voz había algo parecido al asombro o, quizás, impaciencia frente a un niño que no entiende—. Es muy fácil, Ninurta. Yo desconfío de todos y quiero a pocos. Muy fácil. Tú quieres a muchos, y aún así desconfías de ellos… *eso* es difícil. He cortado las cadenas con una piedra afilada y te habría dejado atrás si todo aquí no me resultara extraño. Así de fácil. Tú me liberaste, ahora yo he cortado tus cadenas: nuestra cuenta estaría saldada. Así de fácil. ¿Por qué no me dejas atrás o me empujas al barranco? *Eso* es difícil.

Ninurta cogió la bolsa en la mano izquierda y extendió el brazo derecho. Sus ojos se habían acostumbrado a la débil luz; veía la sonrisa distorsionada y los dientes de Lamashtu.

—Quizá tenga miedo a aburrirme solo. Así de fácil. Ahora déjate de tonterías; ven.

La sonrisa desfigurada desapareció. Ella tocó débilmente la mano derecha de Ninurta con su izquierda; estaba helada.

CARTA DE CORINNOS (III)

En Troya, mi señor Palamedes, cuyo juicio en cuestiones de paz valía tanto como en cuestiones de guerra, se dirigió al soberano Príamo y se convocó una asamblea del consejo de ancianos. En el consejo, Palamedes se quejó de los actos cometidos por Alejandro y los calificó de quiebra de la tradicional hospitalidad… de la que te he contado todo con pelos y señales. No habló en modo alguno de los riesgos de la guerra a la que los aqueos deseaban lanzarse para saquear Troya; tampoco mencionó los riesgos de la otra guerra que los troyanos se esforzaban indirectamente en provocar al animar a Madduwattas de Arzawa a pinchar a los hititas y al enviar al sur mercenarios y (pocos) guerreros propios en apoyo en principio en la isla de Kypros, pero también en tierra firme al Oeste de Cilicia, de todos aquellos que pretendían debilitar al reino hitita (y por tanto extender la influencia de Príamo). Oh no, Palamedes puso muchos ejemplos de lo inicua que es la guerra y los beneficios que acarrea la paz. Muy en general, y sin duda con tanta habilidad en la elocuencia como falta de sinceridad en el contenido. Por último, dijo que quien no se aparta de los malhechores tiene que compartir su responsabilidad y será castigado igual que ellos. (Hasta hoy me pregunto si no hablaba de sí mismo y de Néstor y de otros… nobles micénicos que hacían causa común con los piratas aqueos).

Príamo pidió la debida mesura; no se debía acusar a los que por estar ausentes no podían defenderse. Habría que seguir deliberando en cuanto Alejandro regresara. Los legados fueron alojados en casa de Antenor, un hombre recto que respetaba tanto las leyes de la hospitalidad como las de los hombres y los dioses.

Algún tiempo después Alejandro regresó con sus hermanos y Helena, las demás mujeres y el resto de las cosas. Príamo habló con sus hijos e hizo que le informaran; entretanto, su esposa Hécuba recibió a Helena. La espartana habló a la luvia de las ventajas y desventajas de toda esta clase de hombres, habló de las desagradables personas llamadas Agamenón y Menelao, con las que su hermana mayor Clitemnestra y ella se habían visto obligadas a compartir el lecho. Sin duda, en la mayoría de los reinos la dignidad real no sólo pasaba al hijo, como era usual antaño, sino también a una hija y por medio de ella a un yerno, pero la hija no tenía ya ninguna clase de derechos, mientras que antes hubiera sido reina, no sólo esposa del rey. Después habló también con Príamo, al que rogó entre lágrimas que no la entregara a los toscos aqueos; además, de la casa real —herencia *suya*, no herencia de Menelao— sólo había cogido algunos objetos de uso cotidiano. No cabía hablar ni de sustracción ni de robo.

Al día siguiente Menelao y los demás legados entraron en la sala en que estaba

reunido el consejo. Menelao exigió con malos modos la devolución de los bienes robados y la esposa raptada. Como es habitual entre los troyanos, aunque es objeto de burla entre los aqueos, Príamo permitió después a Helena exponer su caso en persona. Confesó que se había ido por voluntad propia de un lúgubre palacio y de la convivencia con un marido más que aburrido, y que no se había llevado nada que no fuera de su propiedad. De ningún modo le apetecía volver con Menelao, y lo mismo valía para el resto de mujeres.

A continuación tomó la palabra Ulises, pero no había dicho gran cosa cuando Menelao perdió el control y empezó a bramar. Iracundo, fuera de si, abandonó la asamblea y obligó a los demás a seguirle. Su huésped Antenor advirtió a los príncipes: gracias al discurso de Helena y a su belleza, que había conmovido a todos los troyanos, y sobre todo gracias a la mala conducta de Menelao, ya no estaban seguros en Troya; les aconsejó partir cuanto antes, mientras aún podía protegerlos.

Así lo hicieron y embarcaron al día siguiente. Menelao, Palamedes y Ulises cruzaron el mar hacia el oeste, para deliberar con los demás príncipes de Acaya en Argos, sede real de Diomedes. Se escucharon los informes sobre los acontecimientos ocurridos en Troya y se discutió todo. Al final, decidieron que era inevitable declarar la guerra a Príamo y a su reino. Cada uno debía hacer los preparativos necesarios, hacer levas de hombres capaces de llevar armas y reunir armamento y provisiones. Quedaron de acuerdo en volver a tener otra asamblea en breve plazo en Argos.

El día señalado, el primero en aparecer fue Áyax, hijo de Telamón de Salamina, famoso por su valor y su fuerza. Con él vino su hermano Teucro. No mucho después llegaron Idomeneo y Meriones; luego Néstor, con sus hijos Antíloco y Trasimedes; les seguía Penéleo, con sus parientes Clonio y Arcesilao. Después los príncipes de Beocia, Protenor y Leito, también Esquedio y Epistrofo de Fócida, Ascálafo y Yálmeno de Orcómeno, además de Diores, Meges, hijo de Fileo, y Toanto, hijo de Andremón. De Ormenio vinieron Euripilos, hijo de Eamon, y Leonteo.

También llegó Aquiles, hijo de Peleo y Tetis. Estaba entonces en los primeros años de su plena virilidad, alto, de aspecto agradable, superaba a todos los hombres en bravura, aspiración a la fama y celo por llevar a cabo acciones bélicas. Pero tendía también a actos de violencia precipitados y a un salvajismo que superaba todo lo conocido. Con él iban Patroclo y Fénice. El primero era primo y fiel amigo; el segundo, su antiguo tutor y maestro. El próximo en llegar fue el descendiente de Hércules Tiepolemo, seguido de Fidipo y Antifo, también descendientes de Hércules, de espléndido aspecto con su brillante atuendo guerrero. Luego Protesilao y Podarces, hijos de Ificles. También estuvo presente Eumelo de Feras, cuyo padre, hacía mucho tiempo, había jugado una mala pasada al destino, haciendo morir a su esposa en su lugar. Podalirio y Macaón, hijo de Esculapio de Trica, fueron llamados al ejército por sus conocimientos de la ciencia médica.

El próximo fue Filoctetes, hijo de Poia y heredero de las mágicas flechas de Hércules. Lo mismo el bello Nereo; Menesteo de Atenas; Áyax, hijo de Oileo, de Locris; y de Argos, Anfíloco, hijo de Amfiarao, además de Esteneleo, hijo de Capaneo y con ellos también Eurílo, hijo de Mecisteo. Finalmente, de Etolia vino Tesandro, hijo de Polinice, y por último Demofón y Acamas.

Seguían innumerables más; de éstos, algunos venían de sus propios y remotos principados, otros pertenecían al séquito de príncipes; la mayoría procedían del propio reino de Argos.

Diomedes les dio la bienvenida a todos y habló de las necesidades de la guerra. Agamenón, que había traído de Micenas una enorme cantidad de oro, dio a cada uno una parte para que se preparasen de mejor grado para la guerra. Prestaron un juramento del siguiente modo: el vidente Calcas, hijo de Téstor, hizo traer un verraco a la asamblea, lo partió en dos mitades, las puso en dirección al oeste y al este y ordenó que todos pasaran entre ambas mitades con la espada desnuda. Mojaron las puntas de las espadas en la sangre del verraco, proclamaron su enemistad a Príamo, y juraron no abandonar la guerra antes de haber saqueado Ilios y todo el reino de Príamo. Después hicieron las sagradas abluciones y ofrecieron sacrificios para obtener el favor de los dioses.

Luego decidieron elegir un jefe en el templo de Hera. Escribieron con signos fenicios nombres en trozos de cerámica, y el más nombrado fue el dorado Agamenón. Así que él asumió la dirección de la guerra y de los guerreros. Encontraron que esa tarea le había correspondido con justicia, porque debido a su inmensa riqueza estaba considerado como más grande y glorioso que todos los demás príncipes.

Luego Aquiles, Áyax y Fénice fueron nombrados señores de los barcos, mientras Palamedes debía mandar el ejército con ayuda de Diomedes y Ulises.

Cuando estas cosas quedaron bien determinadas, todos partieron, cada uno hacia su patria, para terminar el armamento y otros preparativos: armas para la lucha cuerpo a cuerpo, proyectiles, caballos y los barcos.

En la primavera del quinto año, el ejército se reunió en Aulide. En total se habían construido mil doscientos veintidós barcos; venían de todos los países y ciudades de Acaya y de las islas de Rodas, Cos, Creta y otras. También el resto de los preparativos, en cuanto a cereales, armas, carros de guerra, caballos y reses de matar, fueron cantidades enormes. Así al menos nos pareció entonces. Pero nadie parecía haber calculado cuánto tiempo podrían alimentarse veinte mil hombres de dos mil vacas, y cuánto grano precisarían para alimentar a hombres y caballos y durante cuánto tiempo. Tú, noble y circunspecto aunque sedentario rome, oh mi amigo Djoser, lo habrías planeado todo mejor, creo yo.

6. LA CARGA DE DJOSER Y LA ASTUCIA DE ZAQARBAL

Entre los barcos anclados en las dos escolleras de la playa y el puerto de Corio no había un solo buque de guerra, ni uno siquiera de los grandes cargueros que los hititas empleaban para transbordar sus guerreros a la isla. Djoser estaba en el elevado castillo de popa del *Yalussu*, y contemplaba la estampa de la ciudad a la puesta de sol, las casas luminosas de tejados planos, los verdes jardines, las laderas levemente ascendentes con árboles frutales y matorral. La fortaleza de la Acrópolis. Fuera del casco urbano, hacia poniente, un campamento de tiendas y barcos desguazados; los hititas no hacían esas cosas: construían fortalezas de madera y dejaban los barcos intactos. En el campamento había también algunos carros de guerra. Numerosos infantes y pocos carros de guerra… tenía que tratarse de mercenarios y guerreros de los príncipes expulsados de Alashia.

Cuando el *Yalussu* entró en el puerto, reconoció a uno de los barcos anclados en la playa: el *Provecho de Keret*. Había barcos de pescadores, listos para la pesca nocturna; dos que ya habían salido le habían ocultado al principio el barco de Tashmetu. El rome suspiró. Zaqarbal y el *Kynara* no llegarían antes de la puesta de sol; la señora Tashmetu lo oiría todo de labios de Djoser.

—Los dioses castigan a quien llega demasiado pronto —murmuró.

Tsanghar alzó la vista de las extrañas ruedecillas y cuerdas con las que quería construir cosas incomprensibles desde que le desaparecieron el mareo y el dolor de cabeza.

—¿Qué te pesa en el hígado, señor? —Luego siguió la mirada de Djoser—. Ah —gruñó—. Bueno. Que te diviertas.

Tras la puesta de sol dejaron el puerto de Ugarit, por breve tiempo, según le dijeron al gobernador del puerto: los esclavos que al día siguiente iban a ser entregados al rey remaron una vez más para que los mercaderes y sus marinos pudieran comprobar si las cargas estaban correctamente repartidas y sujetas y los barcos eran maniobrables. Fuera del puerto, rodeados por el velo clemente de la noche, pusieron proa al sur y anclaron a una milla de la lengua de tierra y del barrio de los curtidores.

Reinaba gran estrechez a bordo de los barcos, con todos los esclavos y trabajadores del almacén junto con sus familias y los marinos. En el otro barco Zaqarbal encendió un farol de aceite, con pantalla de cristal verde para cortar el viento.

A medianoche llegó el viejo Menena, con un pequeño bote de remos en el que su arrugada esposa sostenía en su regazo la cabeza cubierta de sangre del liberto Tsanghar. La historia de Menena (y la de Tsanghar) era sencilla, esperada y desagradable. Tsanghar y Lamashtu habían querido proteger a Ninurta; hombres armados, posiblemente hititas, habían abatido al mercader al dejar el palacio, e igual suerte corrió Tsanghar. Dejaron tirado al gasqueo, porque ya no se movía; a Ninurta y a Lamashtu se los llevaron al norte, al palacio de verano del rey ocupado por los hititas. Como nadie volvió al almacén de los mercaderes, Menena, que sí acudió allí, encontró a Tsanghar, que precisamente estaba volviendo en sí y contó lo que había que contar; dos chicos que andaban cerca del palacio contaron todo lo demás. Y cuando Menena volvió con Tsanghar —al que a ratos sostenía, y a ratos arrastraba— a las cercanías del almacén, vio antorchas y oyó tintineo de armas: guerreros del rey. No estaba completamente seguro, pero creía que Rap'anu estaba entre los guerreros. En cambio, estaba seguro en lo que concernía a otra persona: el legado del gran rey, a menudo en la ciudad o viajando entre Ugarit y Hattusa, estaba con la tropa y le daba órdenes.

Por la mañana, cuando levaron anclas y quisieron aprovechar la brisa matinal, vieron a lo lejos siete barcos que zarpaban del embarcadero del palacio de verano y ponían proa al norte. Menena volvió a tierra y regresó con la noticia de que los hititas habían subido a bordo de los barcos a criminales, esclavos y otros prisioneros, entre ellos a un hombre inconsciente y a una mujer delgada que se ocupaba de él; su destino era Ura.

—¿Y ahora? —Djoser retrocedió hasta popa para no estorbar a los marinos y a los dos timoneles. Enrollaban y sujetaban la vela; tensaban o aflojaban, soltaban o sujetaban las cuerdas que surcaban el barco en todas direcciones; el timonel del lado derecho gritó algo referente a las remadas que aún eran necesarias. Pronto el *Yalussu* alcanzaría la playa con la inercia y atracaría en la arena entre crujidos y sacudidas. Entonces Djoser desembarcaría, después de dar las últimas instrucciones, y llevaría a Tashmetu las buenas noticias al *Provecho de Keret*.

Odiaba semejante perspectiva, ensuciando la vista del puerto, las casas, el país y la bahía. Feas casas, feos muros, un castillo asqueroso en el que tenía que haber repugnantes personas. Intentó recordar una frase de su padre… ¿Cuándo había sido? ¿Hacía veinticinco años? El padre de Djoser era un mercader de éxito, dotado de un extraordinario ingenio. Años atrás, Kewab había pedido y obtenido del viejísimo soberano Userma-Atre-Setepenre permiso para recoger objetos inútiles, fragmentos, ruinas, astillas de las canteras reales, contra el pago de dos ovejas o su contravalor con otras mercancías, dos ovejas por luna. Era asombroso el precio que hombres que muy pronto serían hombres acomodados estaban dispuestos a pagar por ladrillos de arcilla, polvo de piedra y astillas, por las más pequeñas piezas cortadas que utilizaban

en la construcción en la gran ciudad, que estaba junto al río, tan lejos de las canteras… Veinticinco años, sí; Kewab había dicho a su hijo, que entonces tenía seis años y le miraba con los ojos muy abiertos y un nudo en la garganta, esta verdad incuestionable, aunque incómoda: «Si hay que hacer algo desagradable, hijo mío, hazlo enseguida, antes de que se vuelva aún más desagradable». Entonces el esclavo de piel oscura y amigo del padre le cogió sus brazos y se los sujetó; el médico cortó con una sierra mellada, a la altura de la rodilla, las astillas y los despojos que un día fueran la pierna izquierda de Kewab. Un carro con piedras, demasiado cargado, cayó cuando Kewab estaba a su lado.

Djoser sabía (y lamentaba, a veces) que había heredado de sus padres lentitud, seriedad y devoción. La devoción no había sobrevivido al trato con otros hombres y mil historias de dioses distintos, pero… Se rascó la cabeza. No servía de nada. Zaqarbal podría haber hecho esto mejor: a la princesa del comercio él contaría sin duda con más sabor lo que le había ocurrido. Zaqarbal tenía otras máximas más sabrosas, «lo que puedas dejar hoy no lo dejes mañana», o algo parecido. El recuerdo de la frase, una especie de verso en el idioma de los cananeos, hizo que Djoser siguiera pensando en ese otro idioma, en el que Djeden se llamaba Sidunu e Iqarat, Ugarit, y en el que tenía que decir a Tashmetu algo desagradable antes de que lo fuera aún más.

Estaba sentada en la cámara, bajo el castillo de popa, en una silla de brazos tallados, encolada con las planchas del suelo, hecha en madera negra con incrustaciones de colmillo de elefante.

—¿Está en el otro barco? —preguntó tras los saludos.

Luego escuchó. A la luz inestable de las dos lámparas de aceite, que temblaban a la brisa nocturna (como si la noche que se aproximaba y mi noticia cubrieran su brillo de negrura, pensó él), se extinguió el verde chisporroteo de sus ojos. Djoser no se había sentado en la ligera silla plegable; se apoyó en el tabique que daba a la cubierta principal, habló, apartó la mirada de los ojos de Tashmetu, vio las pesadas y caras cajas, las blandas y gruesas alfombras, el tapiz de la más fina lana multicolor, que representaba una cacería de leones, miró la mesa y la ancha cama, las pieles y cojines y mantas sobre las que ella ahora tendría que estar revolcándose con Ninurta, volvió a mirar el rostro controlado, la piel brillante, tostada como un dulce de nata y miel recién horneado, el hoyito en la mandíbula, los altos pómulos, los ojos abiertos que ya no brillaban: ventanas a un cuarto luminoso, protegidas de pronto por finas cortinas. ¿Para que el calor no se escapara, o para que no entrara ninguna corriente de aire?

—Bien hecho —dijo con voz ronca, cuando él terminó—. Habéis hecho lo que había que hacer. Y teníamos razón en nuestras desconfiadas consideraciones.

Djoser se apartó del tabique. Se secó la frente, sintió el sudor en las axilas y en la

espalda, sudor frío; lentamente, se dejó caer en la silla plegable.

—No lo bastante desconfiadas —dijo—. De lo contrario, él se habría cuidado de que no sólo Tsanghar y Lamashtu estuvieran en las cercanías.

Tashmetu se cruzó de brazos, como gesto de impotente defensa.

—Entonces no le habrían esperado seis, sino doce hititas. O tres docenas. Él sabía lo que posiblemente le esperaba, y en la última noche hablamos de ello. —Intentó una sonrisa, se inclinó y apoyó la mano derecha en el antebrazo izquierdo de Djoser —. Sacude de tu hígado esas piedras cortantes, rome. No es culpa tuya. Él contaba con ello. Dijo que si la cita con Hamurapi hubiera sido un día después, caso de haber sido posible aplazarla, no se hubiera producido; se habría marchado con los barcos cargados sin esperar a ver qué decía el rey.

Djoser se mordió el labio inferior. Él y Zaqarbal habían considerado la posibilidad de seguir a los siete barcos hititas, con la esperanza de hacer algo en algún sitio, quizás en Ura. Lo dijo, y Tashmetu movió la cabeza. No había nada que hacer contra siete barcos con guerreros, y el propio Ninurta había ordenado que los tesoros acumulados en largos años de comercio no se pusieran en juego por un hombre.

—¿Habéis podido llevarlo todo a bordo sin que el aduanero y el gobernador del puerto lo advirtieran?

Djoser sonrió.

—Astucia de Ninurta, señora. Contaron numerosos recipientes de aceite, vino, cereales, fruta, pescado y otras cosas y calcularon el valor del contenido. El contenido casi carece de valor…, por lo menos el contenido que ellos vieron. Todo Se llevó en carros, para que no apreciaran lo pesados que eran los recipientes. Debajo del pescado y el aceite y las otras cosas hay plata; todos los recipientes están llenos de plata hasta la mitad.

—¿Nada de oro?

—En Ugarit se pagan cuatro *shiqlu* de plata por un *shiqlu* de oro; en Asur y Marí el precio es de diez a uno. Hemos dejado todo el oro en las lentas aguas del Purattu —dijo y sonrió abiertamente—. Pero lo más importante son los recipientes mismos, y la cadena con la que los esclavos que escaparon a Hamurapi iban sujetos.

Tashmetu alzó las cejas.

—Hierro —dijo Djoser.

—¿De qué clase? ¿De las montañas profundas… *parzillu*?

—No, señora; *ashiu* puro, de las piedras del cielo. En Asur se pagan dos *shiqlu* de él por uno de oro. No había suficiente, así que tuvimos que coger también plata; pero hay buenos herreros allí y en otros lugares a las orillas del Purattu.

—¿Cuánto tenéis? —Tashmetu se inclinó; sus ojos volvían a brillar un poco. Hablaba la comerciante, no la amante del asirio desaparecido.

—Casi quinientos talentos… el peso de doscientos hombres. —Djoser advirtió

que su propia voz daba la impresión de incredulidad—. En el norte se pesa con oro,… se pesaría con oro, de haber suficiente. Hay plata; quince a uno, quizás incluso veinte a uno; depende. Luego esa plata se cambia por oro en mi patria dos a uno, el oro de las ciudades del Purattu… Pero no sabemos si podremos volver a atracar en Ugarit.

—Ugarit no es el único puerto. Pero estará cerrado por mucho tiempo.

También los negocios y propiedades de Tashmetu los ocuparon esa noche los guerreros del rey. *La compañera de mi enemigo es mi enemiga*. El tesoro de Hamurapi, requerido una y otra vez por los hititas para tributos de guerra, soportaría ahora esos saqueos; los nobles mercaderes de Ugarit podrían estar irritados con que el rey tratara así a uno de los suyos, pero por otra parte Ninurta (como Djoser, como Zaqarbal) era un extranjero, tan sólo tolerado en la ciudad, un competidor de éxito, ahora un competidor menos. Y Tashmetu, mujer y antigua esclava a pesar de la adopción sellada por Keret, era justamente mujer y antigua esclava, a la que no se lloraría.

Djoser quiso escuchar una vez más que Tashmetu aprobaba el viaje al puerto de la costa sur de Alashia.

—Ura es una fortaleza —dijo ella—. No te aflijas. No era posible hacer otra cosa. No hubierais podido hacer nada en Ura. Y no lo olvides, pronto empezarán las tormentas de otoño. Debemos llegar a nuestra meta cuanto antes.

—Ninurta dijo que aportarías a la sociedad tus posesiones y tus conocimientos. Habrá que calcular las participaciones, pero… ¿por qué lo has abandonado todo, señora?

—Si me hubiera quedado en Ugarit, el rey no sólo se hubiera incautado de mis propiedades, sino de mí misma. El amigo de mi enemigo…, ya sabes. La expectativa de tener que contribuir durante años a la economía de guerra bajo órdenes de los hititas no era atractiva. Incluso aunque no hubiera estado amenazada —sonrió—. Además, se dice que si se quiere ganar en sabiduría hay que viajar. Y yo nunca he viajado muy lejos. Pero estamos aquí sentados y olvidamos las cosas del cuerpo. ¿Tienes hambre, sed?

—Un trago de vino sería bien recibido, señora.

Tashmetu se volvió a un lado, donde había en el suelo pesados cántaros de barro, vertió agua y vino en dos copas que cogió de una cestita que colgaba de la pared y alargó a Djoser una.

—Por los amigos ausentes —dijo el rome en voz baja.

El velo volvió a caer bruscamente sobre los ojos. Bebió en silencio.

Djoser trató de cambiar de tema.

—Como sabes, nuestro verdadero almacén no está en Yalussu, a pesar del nombre de la sociedad.

—Lo sé. Ninurta me habló de vuestra isla. De que a la sociedad pertenecen

también mujeres, como propietarios legales.

Se había descubierto la pequeña isla rocosa al oeste de Roddu (Rodas, como decían los aqueos) de forma casual, hacía años. Rocas, arrecifes, apenas verde… La isla estaba al margen de las vías comerciales habituales y no atraía a nadie que la viera de lejos. Sin embargo, invisible desde el mar, había un valle verde y de exuberante vegetación tras las paredes rocosas; había manantiales de agua dulce, cuevas inaccesibles y una gran gruta para albergar a los barcos que ni siquiera podía sospecharse desde el mar.

—En Yalussu tenemos almacenes. Allí dejamos a toda la gente que no es de confianza.

Tashmetu asintió.

—Contaba con ello. Los esclavos que os sobran y una parte de mi tripulación, ¿no es cierto?

Mientras hablaban sobre la isla, Djoser escuchaba una y otra vez. Ni el crujir de una proa en la arena, ni un paso sobre las ruidosas tablas. Zaqarbal aún no había llegado. A regañadientes, Djoser se dijo que no le parecía mal; disfrutaba de estar aquí sentado sin el hombre de Sidunu y su lengua demasiado ágil, bebiendo vino con la mujer más hermosa de Ugarit, que además era inteligente, rica y encantadora. Entonces se sobresaltó un poco ante tal pensamiento.

Tashmetu dejó su copa y chasqueó el índice y el pulgar de la mano derecha delante de su cara.

—¿Sueñas, rome?

—Perdóname, Tashmetu… estaba perdido en mis pensamientos.

—¿Muy lejos, o muy cerca?

Se sintió incómodo y trató de reír; los ojos verdes parecían mirar en algún rincón de su interior en el que prefería estar solo. Por lo menos en ese momento.

—Ni muy lejos ni muy cerca —dijo.

Tashmetu sonrió por la comisura de los labios. ¿Despreciativa, burlona, estimulante? No lo sabía.

—No mientes bien, Djoser… ¿Crees que está muerto?

—Casi se lo desearía —dijo, muy serio—. Lo que le espera podría ser peor que la muerte. Los otros que llevan en barcos a Ura son esclavos, delincuentes, deudores que no pagaron, prisioneros de pequeñas escaramuzas fronterizas con los arami. Remarán, lucharán o trabajarán en las canteras para los hititas, supongo. Pero, hasta donde conozco a tu noble rey, Hamurapi prepara algo mejor para Ninurta…, regalo especial del señor de Ugarit a Supiluliuma. Que, como todos sabemos, aprecia especialmente a los asirios.

—¿Es posible escapar a los hititas?

Djoser abrió los brazos.

—Si alguien se cae por la borda, puede ahogarse. También puede nadar. Si tiene mucha suerte, aparecen delfines y lo llevan a tierra.

—Ninurta es astuto. —Había nostalgia en la voz—. ¿Esa mujer que está con él…?

—¿Lamashtu? —Djoser habló de la larga marcha por la estepa, de la herida de Ninurta, de Lamashtu, de Tsanghar y de Adapa, que habían ayudado a curarle y habían sido liberados por ello—. Es… dura —dijo al fin—. Creo que ha vivido malas experiencias. Y ha sobrevivido. También sobrevivirá a ésta. Tanto podrían aparecer ambos el verano que viene como estar muertos. Primero tiene que acabar el otoño, luego viene el invierno, ¿después? —Djoser alzó la copa—. Esperemos que el invierno sea tolerable. Que lleguemos rápido a la isla, antes de que empiecen las tormentas. Que dejemos en Yalussu a los que no son dignos de confianza. Y que compremos gansos en Yalussu.

—¿Gansos? ¿Para qué quieres comprar gansos?

—Se les manda desplumar y asar. La carne calienta el cuerpo en invierno, pero no sólo en invierno. Y las plumas, cortadas y envueltas en paños, procuran un lecho cálido.

—Hay otras posibilidades —dijo, y le miró a los ojos—. ¿Para eso es para lo que necesitas los gansos?

Él se movió en la silla; tenía calor y frío al mismo tiempo.

—Tiene que ver con la guerra —dijo con esfuerzo—. En la guerra se necesitan armas. Las espadas de hierro son mejores que las de *siparru*. Tenemos buenos herreros en la isla. No hay bastante carbón vegetal y leña; tenemos que llevar esas cosas allí. Pero si la guerra nos pone en peligro y se restringe el comercio, al menos intentaremos sacar beneficio de los guerreros… —¿Cómo es la situación aquí, en Koriyo, y en general al oeste de la isla?

—Mercenarios. —La ugarita señaló allá donde, fuera del barco, se veía la tierra a la luz del crepúsculo—. Algunos guerreros de los príncipes expulsados, unos cuantos combatientes, luvios, enviados por Madduwattas… No puede prescindir de muchos. También hay unos cuantos de Wilusa. Pero sobre todo mercenarios extranjeros. Del alto norte, del oeste, de lejanas islas. Tracios, peones, ilirios, sardanios, tirsos.

Parecía mirar remotas lejanías; su mirada parecía extraviada, perdida.

Todas esas regiones extrañas que yo nunca he visto; quizás ahora… pronto…

Djoser carraspeó.

—Ah, hum, los gansos. Pueden utilizarse para hacer aún mejor el hierro.

—¿Mejorar el hierro mediante gansos? —Tashmetu movió la cabeza—. ¿Qué necia historia infantil es ésa?

Voces, pasos en la arena: alguien subía silbando a bordo.

—Ése tiene que ser Zaqarbal —susurró Djoser casi con alivio—. Luego te contaré

lo de los gansos.

Zaqarbal dejó el *Provecho de Keret* mucho antes de medianoche; el camarote bajo el castillo de popa le resultaba doblemente asfixiante, y había intentado con todas sus fuerzas bostezar de forma escandalosa. Tashmetu aún quería hablar con Djoser; el rome, visiblemente incómodo, quería irse, pero tuvo que quedarse. Probablemente, pensó Zaqarbal, Djoser no sabía lo que le pasaba.

Rió levemente cuando llegó a la mitad del barco y se dejó caer por la borda a la arena de la playa. A unos cuantos pasos (cerca de la guardia, pero bastante lejos del barco para evitar las pavesas), la gente de la tripulación se acuclillaba alrededor de un fuego que ardía con lentitud. Miró con más atención; algunos estaban tumbados y dormían, probablemente desde hacía mucho rato; los que estaban en cuclillas hablaban en voz baja. No conocía a los hombres, pero no dudaba de que el viejo Keret había escogido buena gente. Y Tashmetu era inteligente, tan inteligente como para no emprender su primer viaje por mar con hombres en los que no pudiera confiar.

Zaqarbal fue hacia el fuego, se agachó junto a los marinos, cambió unas palabras con ellos. Cosas sin importancia… el viaje, las mareas, las cualidades veleras del barco.

—Muy bien —dijo al fin—. Dormid como sacos, hombres del mar. Y si necesitáis algo, o si al barco le falta algo… —Señaló la silueta del *Kynara*, anclado a un tiro de piedra de la playa meciéndose en la ligera resaca nocturna.

Kynara… La alashita le preguntaría como siempre si había hecho el favor de pensar incesantemente en ella. Un amable y viejo juego. Ella sabía que él amaba la variedad, también en los ejercicios corporales, y él sabía que ella no dormiría sola todo el verano en la isla. Era más bien una ligera burla de los hombres y las mujeres, comerciantes y artesanos de la isla, que venían de regiones aqueas o micénicas y se adherían a la incomprensible convicción de que había que aparearse una y otra vez durante toda la vida con un solo hombre o una sola mujer. Comprendía que un rey o príncipe de una ciudad guardara su cama cuidadosamente, porque el trono estaba muy cerca de ella, y quien compartía el lecho con la princesa fácilmente podía subir de él al trono para copular también con el poder. Razones objetivas; pero entre las extrañas criaturas del noroeste había a menudo una incomprensible voluntad sentimental. En Sidunu, los chicos y las chicas acudían, al alcanzar la madurez, al templo de Ishtar, donde eran instruidos en todo lo tocante a su cuerpo por aquellos que el año anterior habían acudido allí por primera vez. Quien podía permitírselo tenía luego una mujer principal y varias secundarias, sin preguntarse por los sentimientos (por lo menos no preferentemente) sino por los costes, y sin duda en otras regiones del mundo había mujeres con maridos principales y secundarios. Pensó en el nombre de Tashmetu y chasqueó levemente la lengua. Bella, inteligente, rica, codiciosa, experta, teniendo

presente… ¿qué hombre no…? Entonces se corrigió, nuevamente con una leve sonrisa. ¿Qué hombre no? Djoser, naturalmente; el rome mantenía su cuerpo en orden igual que se mantiene en orden un barco, pero no parecía tener necesidades, o al menos ningún gran placer. O mucho se equivocaba, o Tashmetu veía las cosas de otro modo. Zaqarbal conocía a Djoser desde hacía seis años, desde que Ninurta los había cogido a ambos a bordo, y en cierto sentido no podía imaginarse que… ¿pero por qué no?

Ninurta estaba lejos, al otro extremo del mundo, muerto o como prisionero de los hititas, que era tanto como estar muerto, y el invierno en la isla no sería tan largo para Tashmetu y Djoser, ¿y qué quería ese hombre que estaba sentado en la arena en la línea del ancla del *Kynara*, y ahora se levantaba?

—¿Uno de los patronos mercaderes de Yalussu?

Zaqarbal apoyó la mano en la empuñadura de su corta espada.

—¿Quién quiere saberlo?

El otro rió brevemente.

—Mi señor.

—Importante información, extranjero. ¿Quién eres tú y quién es tu señor?

El extraño señaló a su espalda, a la oscuridad.

—Mi señor está sentado allí, en una cómoda tienda, y espera poder beber una copa de vino con uno de los mercaderes de Yalussu.

Zaqarbal emitió un agudo silbido; a bordo del *Kynara* alguien agitó una luz y, playa abajo, donde acampaba la gente del *Yalussu*, el fuego se avivó como si se movieran las figuras que hasta entonces lo habían ocultado.

—Mi madre —dijo Zaqarbal sin especial énfasis— me dijo que debía acostarme con hermosas desconocidas, pero nunca beber vino con feos desconocidos.

El extraño volvió a reír.

—Mi señor no es ni guapo ni feo. Sin duda no quiere acostarse contigo, pero se sorprendería de que a tu edad alguien aún siguiera los consejos de su madre.

—Seguiría un buen consejo incluso aunque viniera de ti.

—Entonces te daré uno.

El hombre miró hacia el oscuro *Kynara*, donde sonoras zambullidas revelaban que varios hombres estaban saltando al agua; del campamento de la tripulación del *Yalussu* se acercaban unas oscuras siluetas sosteniendo cosas alargadas que brillaban a la débil luz de la luna y de las estrellas.

—Aconséjame bien.

—Haz que te acompañen algunos hombres, hasta que veas que en la tienda de mi señor Mukussu, al que los aqueos llaman Mopsos, no te amenaza peligro alguno.

—Ah. —Zaqarbal sonrió—. ¿Mukussu, al que llaman Mopsos? ¿El vidente que en una competición humilló de tal modo al gran Calcas que éste volvió la espalda al

país de Asia y se marchó con los aqueos? ¿Mukussu, el más importante consejero de Madduwattas?

—El mismo.

Hombres del *Kynara* y del *Yalussu*, la mayoría con espadas o largos cuchillos, los rodeaban.

—¿Qué pasa, señor? —dijo Tuzku, uno de los dos timoneles del *Yalussu*. A la luz del cuarto creciente, su rostro, que durante el día era ya casi como de vidrio, parecía carente de esencia.

Zaqarbal alzó la mano, que ya no se apoyaba en el pomo de la espada.

Gracias, amigos… Di a tu señor que no pienso beber en la tienda de un vidente que ha doblegado al gran Calcas. También éste es un consejo de mi querida madre, la mujer más inteligente de Sidunu: que uno sólo debe aproximarse a sacerdotes y brujos por un lado, por detrás, o a una distancia desde la que la punta de la espada pueda penetrar bien al estirar el brazo. Di a tu señor que si quiere hablar de cosas importantes puede visitarme aquí, en la playa. Solo.

El extraño suspiró.

—Desconfiado hijo de tu madre. Se lo diré a Mukussu.

Cuando desapareció en la noche, Tuzku carraspeó.

—Señor Zaqarbal, ¿estás seguro de que ahora no caerán sobre nosotros quinientos guerreros?

—Lo estoy. Antes de ir al *Provecho de Keret* di una pequeña vuelta. —Zaqarbal enseñó los dientes—. Y hablé con gente del lugar. No hay más de una docena de guerreros en las tiendas que hay ante la ciudad.

—Astuto, señor. —Tuzku asintió lentamente varias veces—. ¿Cómo es que hasta hoy no habíamos oído nada de los consejos de tu madre?

—Murió poco después de nacer yo —dijo Zaqarbal—, y se me acaba de ocurrir que podría haberme dado consejos. Muy útil, una madre así.

El fuego nuevamente alimentado y avivado iluminó a un hombre delgado, de mediana edad, de rasgos peculiarmente imprecisos. Una especie de máscara, pensó Zaqarbal, que adoptaba la expresión adecuada o deseada según la situación y el humor (o la necesidad). A lo largo de la conversación, estuvo sentado por lo menos ante diez hombres distintos llamados Mukussu o Mopsos; uno que vino a la playa sin compañía, con actitud relajada, seguridad en sí mismo y cierta arrogancia superior en el rostro; un inteligente sacerdote, pozo de remota sabiduría; un gran corazón, íntimamente preocupado por el bien del otro; el dubitativo asesor de un príncipe, cuyas dudosas intenciones había que conocer al precio de la propia supervivencia; un extraño en busca de consejo, perdido en la amalgama de usos desconocidos; un astuto mercader para el que sin esfuerzo era un placer vender a los habitantes de un desierto caros utensilios de pesca; un jefe guerrero al que todos sus hombres seguirían a través

de montañas de fuego y lagos de sangre porque se les había entregado con ciego amor; un indeciso que nada sabe y que incluso después de la conversación jamás se decidirá a nada; la encarnación del poder, dotado con la voluntad de aplicarlo; preocupado interés; gélida indiferencia…

Después, Zaqarbal no podría conjurar todos los rostros de ese hombre; los gestos cambiaban demasiado deprisa, las gradaciones eran demasiadas. Se acordó de otras cosas: el olor del agua del mar, de la madera ardiendo, del vino, del cuero, de los hombres sin lavar cerca del fuego, todo esto mezclado con el pesado dulzor amargo de madreselvas y otras plantas en la parte alta de la playa. De la mirada del hombre que se había sentado frente a él, con un anillo reluciente en el dedo meñique de la mano izquierda, la copa de vino en la derecha, la capa rojo oscuro sobre el claro *kitun* hasta las rodillas. Del frío aliento del aire nocturno, la sensación de ahogarse en una desbordante ola de otoño. De los detalles de la conversación, una mezcla de verdades, verdades a medias, finas mentiras y sabrosos cebos.

Al principio intercambiaron saludos y cordialidades que a nada obligaban, pero Zaqarbal vio ya —o intuyó— los contornos del garfio bajo el agradable envoltorio. Mukussu afirmó que para él era una alegría y una satisfacción poder conocer al fin a uno de los famosos y exitosos mercaderes del príncipe de Yalussu; algo en el gesto o la actitud de Zaqarbal pareció advertirle, y enseguida cambiaron el tono y la dirección de su discurso. Zaqarbal sentía el encuentro como físicamente agotador, y deseó secretamente poder escuchar cómo Ninurta hablaba con Mukussu. Pero Ninurta no estaba, y Mukussu estaba de tal modo que ocupaba toda la playa nocturna.

—Pero no hablemos de mi goce, y tampoco del bienestar de vuestro apreciado príncipe, el señor Celeo de Yaliso. —Mukussu dejó a un lado al halagador pasándose la mano por el rostro; apareció un frío erudito que daba concisas informaciones sobre la esencia y la historia del poder al que servía.

Dijo que Arzawa no había sido al principio más que un trocito de costa y tierra montañosa, más o menos entre Samirana [Esmirna] y Abasa [Efeso], habitada por luvios y unos pocos emigrantes micénicos. Cuando, hace siglos, los hititas se extendieron cada vez más y conquistaron desde el este más territorio, refugiados del interior llegaron hasta Arzawa, cuyos reyes decidieron ofrecer resistencia a los hititas. No siempre con éxito, había habido guerras, ocupaciones de los combatientes hititas; hubo que pagar tributos. Se había resistido, se había rechazado a los hititas, se había vuelto a ser vencido, en un movimiento pendular. A los micénicos se sumaron los aqueos; a los luvios, otros cien pueblos y tribus: emigrantes o refugiados.

En continua lucha contra los hititas, Arzawa tuvo que crecer para no sucumbir (la voz de Mukussu sonaba como si lo lamentara muchísimo). Él había nacido en Arzawa. La historia del diminuto principado del interior del que Madduwattas procedía era muy parecida: marca limítrofe de los hititas, luego marca limítrofe de los

arzavos, luego otra vez arrollada, absorbida y abandonada por micénicos y aqueos del país que llamaban Pamfilia. Madduwattas se había aliado contra ellos con los hititas, luego con Arzawa contra los hititas, luego con las gentes de Masa contra los hititas y Arzawa… en este momento, Mukussu se convirtió en sencillo y gesticulante admirador de un príncipe astuto. Finalmente había dado a su hija por esposa al rey de Arzawa, y tras la lamentable y temprana muerte del rey la obligación de Madduwattas había sido quedarse con la hija viuda y en cierto modo los huérfanos arzavos. Él mismo, Mukussu, se había desposado con la hija de un príncipe aqueo de Pamfilia, que a su vez estaba unido por toda clase de enredos familiares con los príncipes expulsados de la isla de Alashia (golpeó el suelo de la playa).

—Eso significa que ahora ambos domináis casi todo el país al sur de Wilusa y al oeste de los hititas —dijo Zaqarbal—. ¿Y tu capa roja? He oído hablar de sacerdotes y sacrificios humanos…

Mukussu fue todo sincero asombro.

—De vez en cuando un muchacho impúber en honor del gran dragón Shubuk, que nos fortalece y garantiza la larga vida de Madduwattas, cuando no su inmortalidad. ¿Es eso tan malo? —El sincero asombro se convirtió en lujurioso recelo—. ¿Es que te gustan los muchachos?

—No. Pero una vez fui uno de ellos.

Mukussu suspiró, todo comprensión y compasión.

—Ah, ¿no lo fuimos todos? Pero, amigo mio, quizá también fuiste en una vida anterior un pez de esa especie que hoy comes con especial placer.

—Cierto.

Mukussu, reflexivo caudillo militar, negó el concepto de «dominio»… Madduwattas había decidido únicamente proteger a los habitantes de los territorios occidentales… y habló de las desinteresadas empresas acometidas en las costas orientales de tierra firme, ocupadas por los hititas, así como en la isla cuprífera de Alashia. Sólo para liberar al país, no en aras del propio poder o crecimiento, se había empezado a rechazar a los hititas, junto con los príncipes expulsados y sus hombres, algunos arzavos y muchos mercenarios extranjeros.

—Y como tenemos pocos buques de guerra, tuvimos que aliarnos con Prijamadu de Wilusa, que como aqueo prefiere llamarse Príamo de Ilios. Ha aportado su flota de guerra y combatientes. —Un Mukussu que rogaba información e ilustración prosiguió—: Debido a la ausencia de muchos hombres, ahora faltan en nuestros países ciertos productos y mercancías. Hemos sabido por gentes de confianza que los mercaderes del príncipe Celeo podrían conseguir algunas de esas cosas. Hierro para armas, por ejemplo, o cereales de Tameri… si Celeo y su supremo señor Tiepólemo no quieren prohibiros comerciar con nosotros.

Zaqarbal se llevó la copa a los labios. En el tiempo que necesitó para hacerlo (y

para tragar), resumió para si lo que llevaban de conversación.

Mukussu-Mopsos, sumo sacerdote y al mismo tiempo supremo jefe militar de Madduwattas, se rebaja a tratar como su igual a un mercader durante unos minutos, le cuenta cosas que el mercader sabe hace mucho (y que Mukussu sabe que el mercader sabe, pero eso crea un clima de confidencialidad), indica que tiene espías por todas partes y lo sabe todo, por ejemplo que Celeo de Yaliso y Tíepólemo, nieto de Hércules, supremo señor de Rodas, participan en la empresa de los aqueos contra Ilios y por eso quizá prohibirán a sus mercaderes todo trato con los aliados de Troya. ¿Qué más?

—El hierro —dijo Zaqarbal— es caro y escaso. Si disponemos de hierro, y si realmente se llega a la guerra, quizá Celeo y Tiepólemo quieran tener todo lo que pueda ser empleado para fabricar armas y nos lo compren. Pero no creo que nos prohíban el comercio con ciudades que no son directamente sus adversarias en la guerra. —Entonces rió por lo bajo—. Incluso puedo imaginar que, como van a exigirnos tributos, ni siquiera prohibirán el comercio con el enemigo, que de ese modo, a través de nuestros tributos, pagaría la guerra contra si mismo.

Mukussu, esta vez alegre compañero de conspiración, rió; cuando se movía, un hálito agrio llegaba hasta Zaqarbal. Un hálito de hierbas medio quemadas, medio conservadas en extraños fluidos.

—Puede ser. Pero digamos que no directamente implicados en la guerra…, amigos del enemigo quieren mandar barcos a Yaliso, eh, Yalussu… ¿Se les impediría atracar y cargar? ¿Se les podría impedir?

—Poder sí… Si se hace o no, no lo sé.

Mukussu frunció el ceño, mercader hundido en trabajosos pensamientos.

—Hablemos de hierro. Y, por ejemplo, de ciertas hierbas.

Zaqarbal le dedicó una resplandeciente sonrisa.

—Me gusta hablar de hierro y hierbas. ¿Qué hierbas, por ejemplo?

—Hay en el país de Libu una planta que produce toda clase de efectos. La raíz, el tallo, las hojas, las flores (tanto el capullo como el polen), pero sobre todo el zumo, fresco o espesado y después diluido…

—Hablas del *sulufu*, ¿verdad?

Mukussu, muy contento ante un amigo entendido, dijo con voz cálida:

—Me alegro de ver que sabes de qué hablas. Nunca tenemos bastante de esta planta. Como remedio y como especia.

—Y, no lo olvidemos, para provocar abortos.

—Ah. Veo que realmente sabes de lo que hablas.

Zaqarbal se rascó la cabeza.

—Estoy indeciso —dijo—. Sin duda no tenemos grandes existencias, porque todo se elabora enseguida. Y no sé quién de nosotros irá al país de Libu el año que viene.

Quizá lo mejor sería pedir a nuestro jefe que se pusiera en contacto contigo. Él podría hacer promesas.

—¿Está él en la… en vuestro cuartel general?

No se trataba, pensó Zaqarbal, de ninguna confusión casual, sino de algo así como una amenaza. «En la…» sólo podía referirse a la isla secreta, de la que Mukussu podía haber oído hablar, lo que no significaba que supiera dónde se encontraba.

—Por desgracia, el noble Awil-Ninurta se encuentra actualmente en las nada delicadas manos de los hititas.

—Ah, es extraordinariamente lamentable. Se verá… Quizá podría influir para que Madduwattas extendiera uno de sus largos brazos. ¿Dónde se encuentra… Awil-Ninurta?

—Probablemente en Ura o en sus alrededores, en las cercanías de Tarsa… ¿Cómo va el intento de liberar a Alashia? Ya sabes que venimos de Ugarit, y sólo conocemos viejas novedades.

Mukussu afirmó que el oeste y el suroeste de Alashia estaban ya liberados; el año próximo se avanzaría hacia el centro y las minas de cobre; pero esto pensaba dejárselo a su lugarteniente Anfíloco. Él mismo se reuniría primero con el rey en un pueblecito de las montañas, a pocos días de viaje detrás de Abasa, y esperaría encantado cualquier visita de negocios.

La conversación terminó con amistosos saludos de despedida. Cuando Mukussu desapareció en la oscuridad de la noche, Zaqarbal comprobó que sudaba de los pies a la cabeza: la tensión y el intento de evitar cualquier error.

—¡Uf! —dijo en voz baja. Luego fue hacia los hombres reunidos junto al fuego y les dijo que todo había pasado, podían irse a dormir.

—¿Estaría contenta tu madre contigo? —dijo Tuzku.

—Estaría incluso orgullosa de mi.

—Entonces está bien, señor.

Zaqarbal sonrió, se volvió y chapoteó hacia el *Kynara*, porque pensaba dormir a bordo. Entonces se acordó de Djoser, que al parecer aún estaba con Tashmetu. El rome había empezado hacía años a escribir en los largos inviernos de la isla lo que había ocurrido en las pasadas lunas… tanto los rumores como los detalles del comercio, productos, precios y condiciones. Y los acontecimientos externos, como las decisiones de los príncipes cuando afectaban al comercio. Zaqarbal supuso que en algún momento, más adelante, en la calma de la vejez, Djoser desenrollaría los papiros y se regocijaría con las empresas de su agitada juventud. Sin duda esta conversación con Mukussu afectaba a todos los mercaderes; en invierno hablaría de ella, y quizá podría añadir para Djoser un par de ingredientes increíbles. Pero en realidad pensaba que todo era de por sí bastante increíble. Mukussu había hablado

con un insignificante mercader, había intentado sonsacarle… como quien no quiere la cosa, y porque ambos pasaban casualmente la noche en el mismo lugar de la costa. El arzavo retendría algunas cosas de interés: que podía haber hierro y *sulufu*; que Tíepólemo, incluso en caso de guerra, no dejaría a Rodas sin hombres ni barcos para que las visitas hostiles tuvieran que ser aceptadas sin defensa, que el jefe de los mercaderes era un asirio, y olvidaría pronto al mercader que le había dicho todo eso. Pero el necio sidonio sabía que Mukussu y Madduwattas tenían espías por todas partes, sabían de la isla y posiblemente el año próximo, si se daba la ocasión, se incautarían con engaños o por la fuerza de los barcos de sus amigos troyanos para visitar los puertos sin guerreros. Y que los escenarios importantes el año próximo ya no serían los campos de la isla, sino los territorios fronterizos del interior, donde Madduwattas y Mukussu tenían intención de estar. El tercer hombre, Anfíloco, podía completar entretanto la liberación, más exactamente la conquista, de Alashia.

—No está mal para una noche y un sidonio tonto —murmuró Zaqarbal cuando trepó a bordo del *Kynara*.

—Qué buen conocimiento de sí mismo —dijo alguien. Era Djoser, sentado al borde del castillo de popa, balanceando las piernas.

—¿Tú? Pensaba que aún estarías con Tashmetu.

—La dejé pronto y te seguí. —Djoser cerró brevemente los ojos—. Me sentía inquieto. Y luego oí decir a uno de los míos que ibas a hablar de tu madre con un arzavo. No quise molestar. ¿Qué sabía de tu madre, oh vagabundo?

Zaqarbal gimió.

—Es una larga historia.

Djoser miró al cielo nocturno.

—Tengo tiempo.

NARRACIÓN DE ULISES (III)

¿Voy a escarnecer esta hermosa mañana, en la que las nubecillas cabritas del cielo mastican el azul y soplan suavemente? ¿Con placer? ¿Ensuciar el mundo con palabras sangrientas? Si así os apetece, oh hermosas mujeres, lo haré con gusto.

Penélope tejía, actuaba y administraba, y bajo sus expertos labios prosperaba mi destino. Ítaca, verde isla, hogar en el mar occidental… También la isla prosperaba, los corderos engordaban, los cerdos tramaban orgías que sin duda les hubieran causado la muerte por reventón si no se prefiriera ahogarlos en vino poco antes de que ocurriera eso. Las vides lucían sus dorados racimos, los puerros se enredaban en torno a púberes tobillos virginales, y era un placer vivir, aunque… tengo que confesar cierto cansancio, y a veces me hubiera complacido volver la espalda un tiempo al goce del hogar. Viajar, ver países, engañar a la gente comerciando, arrasar tabernas portuarias.

Oh, sí. Cuando Telémaco, el hijo de mi unión, tenía un año, los mercaderes difundieron los primeros rumores. Al parecer, Palamedes se había impuesto, tras larga verborrea. Era inteligente, sagaz, un hombre de labios finos y mirada tranquila, delgado pero robusto a pesar de todo. Procedía de la antigua estirpe de los soberanos micénicos, como se dice hoy; él y Néstor de Pilos fueron los impulsores, los instigadores.

Me preguntaba entonces, ¿por qué precisamente estos dos? Ninguno de los dos es aqueo, los dos son aliados de los aqueos desde el principio gracias a los inteligentes hechos y negociaciones de sus antepasados, no se les había arrebatado ni su poder ni sus palacios. Creo que se encontraban en una permanente obligación de justificarse; no ante nosotros los aqueos, sino ante sí mismos. Para sentirse aqueos, o sus iguales, tenían que ser más aqueos que nosotros. Quizá también temieron que si no iban delante se pensaría que no estaban dispuestos a ir detrás.

El viejo Néstor… un hombre amable; la miel goteaba de su bífida lengua. Casi podía pegarle a uno los oídos con sus palabras, de tal modo que tomaba el cielo por fruta y el mar por un nido de culebras de cristal. Néstor y Palamedes habían convencido a los otros, lo que no era difícil; habían encontrado un objetivo de guerra que merecía la pena, lo cual no podía ser más difícil, porque Ilios era rica, ¿y acaso los aqueos no la habían saqueado ya una vez, hacía pocas décadas? Saquear, quemar, y después controlar ellos mismos las vías comerciales hacia el este, para el oro, el ámbar, las maderas, los minerales y los fuertes caballos. Palamedes e Idomeneo habían encontrado incluso un camino para vender la empresa no como un asalto, sino como una campaña de venganza… si todo iba como se esperaba.

Naturalmente, fue como se esperaba. Títono, hermano de Príamo, había muerto en la lejana Asiria, de manera que Ilios no podía contar con ayuda por esa parte. Madduwattas, el lúgubre anciano de repugnantes costumbres alimenticias… ¿lo sabíais? Bien, entonces no hace falta que hablemos de ello. Madduwattas dominaba toda Arzawa y había acogido a refugiados de Kypros; llevaba por mar y por tierra muchas pequeñas guerras contra los hititas, a las que no podían responder en todas partes al mismo tiempo y eso les preocupaba ante todo por la isla del cobre. Era voz común que Madduwattas y Príamo estaban de acuerdo en olvidar por un tiempo su mutua aversión… Madduwattas apenas tenía barcos, y para el éxito de la guerra necesitaba de la flota de los troyanos.

Supongo que Madduwattas y Mopsos habrán pensado: unos cuantos guerreros, unos cuantos mercenarios, los hombres de los príncipes chipriotas expulsados, los barcos de Ilios, y cuando los hititas hayan sido vencidos podremos ver lo rápido que Ilios, sin protección de su flota y en ausencia de muchos combatientes, cae en nuestras manos. Príamo, en cambio, podría haber pensado que tenía que ser fácil emplear muchos barcos pero pocos guerreros, para que Arzawa tuviera que emplear por tierra y por mar sus propias fuerzas, y si se lograba debilitar a los hititas, también Arzawa quedaría tan débil como para que Ilios pudiera poner fin al Anciano Oscuro y su depravado dominio.

Esto siempre fue así y, según veo, no os sorprende; lo contrario me hubiera sorprendido. Los reyes buscan su propio beneficio, y nada oculta tan bien la codicia de los príncipes como el amistoso interés por la suerte del vecino.

Yo no quería saber nada. Mi amistoso interés era para algunas islas y varios trocitos de tierra firme en los que había príncipes cuya riqueza sólo era superada por su falta de ideas en el trato con ella. Nada podía atraerme a dejar a la amada esposa, ah, ni a mi delicado hijito, ni a los gruesos cerdos de Ítaca, para repetir las infamias de Hércules en el este salvaje. Cuando me enteré de que Palamedes estaba en camino para obligarme, junto con otros príncipes, a participar también a mí, consideré algunas cosas.

Se comentaba que iba a haber una deliberación de príncipes en Cnossos, muy lejos de Esparta y de los demás países aqueos. Fue bueno, y por supuesto puramente casual, que en esos días Príamo enviara a sus mejores hijos como legados con el mandato de pedir a los aqueos, si no ayuda, sí al menos inactividad. Por casualidad Palamedes tenía un viejo amigo en Ilios: Antenor. Y por acaso había sabido por él que el hijo de Príamo que iba a ir a Esparta era Alejandro, llamado Parisiti, o para nosotros simplemente Paris. De éste, a su vez, se sabía que el matrimonio con la virtuosa Oinone le entusiasmaba tanto que perseguía con igual entusiasmo a cualquier otra virtuosa esposa. Y como él iba a viajar a Esparta, donde se encontraba la virtuosa e insaciable Helena, a Palamedes le pareció sensato cuidar de que por casualidad

Menelao se encontrara fuera de Esparta.

Se dio por tanto la ocasión de encontrar un motivo más para la acordada guerra. No es que ese motivo hubiera convencido a nadie, pero la gente quiere ser engañada si ha de morir en una guerra inútil.

Yo no quería, como he dicho. Cuando Palamedes y su gente aparecieron, yo sufrí una fuerte locura. Había puesto asnos delante del arado, que yo empujaba entre enormes esfuerzos y bramidos, y echaba sal a mi espalda, en el surco. Palamedes hizo que Penélope le diera a mi hijo, cuya visión, según dijo, podría curar quizá mi locura… y Penélope le dio a Telémaco, aunque sabía lo incurable de mi ingenio. He pensado y ponderado largo tiempo si ella lo sospechaba, si lo sabía, si lo quería todo: si quería asegurarse de que me iba con los otros. Si, por lo que fuera, quería pasar sola unos años en Ítaca… es decir, no sola, sino sin mí. Anfínomo y Duilico, príncipes de regiones vecinas, habían venido a menudo a beber y charlar en los últimos tiempos, cuando yo tenía otras cosas que hacer.

Sea como fuere, Palamedes puso a Telémaco entre los asnos y el arado, y para salvar a mi hijo tuve que levantar el arado por encima de él. Así que estaba cuerdo, luego no podía negarme… Me habrían apartado y llevarían la próxima guerra contra mí, o quizás asolarían Ítaca antes de partir hacia Ilios.

¡Qué pregunta! ¿Culpa, pecado? ¿Es eso?, ¿un montón de nuevas ideas traídas de Babilonia? Bueno, malo, virtud de color de rosa, salazón de fuga del mundo disimulada, afilada compasión angular, ¿qué más? No hay recompensa alguna más allá del botín, ni castigo más allá de la derrota y la muerte. ¿Quién iba a recompensar, quién a castigar? ¿Los dioses? Recompensan lo que complace a su arbitrariedad, y castigan lo que la ofende. ¿Tántalo? Él no ha hecho nada *malo*, oh encantadoras; considero la idea de matar a su propio hijo, cocinarlo y presentárselo a los dioses para cenar… Sí, ¿cómo la considero? En pocas palabras: repugnante; referida a Telémaco, la encuentro espantosa. Pero los dioses no castigaron a Tántalo por haber matado a Pélope… sino porque se sentían humillados y escarnecidos por él. Mientras no demos motivos para molestar a la arbitrariedad de los dioses, no recibiremos ningún trato especial. Iremos todos al Hades, al reino de Plutón y de Perséfone o, como se llaman entre vosotros, al Nergal y al Ereshkigal… ¡Ah! ¿Os he sorprendido? ¿Un bárbaro aqueo del lejano oeste, de la verde isla de Ítaca, conoce el Hades babilónico? ¡Ja, ja!, él conoce también las barcas del más allá y los dioses de las tinieblas de los romet, Anubis y Osiris.

Pero dejemos esto a un lado. ¿Castigo, recompensa, buenas y malas acciones? ¿Qué puede ser más noble que destrozar a un enemigo en una lucha abierta? Yo no tenía ningunas *ganas*, comprenderéis, ningunas ganas, de sitiar una ciudad con algunos miles de aqueos, ser herido, quizá morir, sin una expectativa de botín realmente buena. Hubiera preferido, si tenía que ser, viajar hacia el oeste, conquistar

y saquear la larga Tirsa, o quizás exprimir en el sur a los países de Libu. Yo no quería ir a Troya porque la ciudad es poderosa; no por miedo, bellezas, sino por… digamos: astuto cálculo. Ulises no tiene miedo. Ulises es un hombre astuto, se dice, y un buen luchador. Pero Ulises también sabe contar además de leer y escribir… cosas que la mayoría de los aqueos no dominan. Por eso Ulises sabía que la expedición contra Ilios sería larga y sangrienta, y que una terrible derrota era tan probable como una brillante victoria; pero lo que más probable me parecía era un largo asedio, lodo, estiércol, sangre, hambre, sed, enfermedad, todo eso. No tengo nada en contra de un pequeño saqueo, crimen, incendio y violaciones; ¿qué aqueo no estaría inmediatamente dispuesto a eso? Pero lo que había antes del saqueo y las violaciones era tan grande, tan amenazador y tan desagradable que echaba a perder el resto de las expectativas. *Por eso*.

7. EL CAMINO DURANTE EL INVIERNO

El equipo que habían recibido por orden de Buqar incluía túnicas de lana, perneras de cuero, polainas, zapatos cerrados de áspera suela; además, bolsas de provisiones que se podían colgar del hombro con una correa, y una pesada manta de cuero de casi cuatro por cuatro pasos en la que podían envolverse juntos, en la que podían darse calor el uno al otro. Pero el invierno en las montañas era duro.

En una ocasión estuvieron días en una cueva, compartieron sus provisiones con los dos mulos y esperaron a que diera fin una tormenta de nieve; pasaron media luna entre una tribu de pastores de cabras, cuya hospitalidad sólo era superada por su suciedad, pequeña en comparación con su codicia: al marcharse faltaba uno de los mulos, y cuando Ninurta quiso buscarlo los hombres de la tribu lo amenazaron con sus armas.

Evitaban los caminos cercanos a la costa; por todas partes, sobre todo en los puertos, había tropas hititas. No los estarían buscando, pero con igual certeza los apresarían y llevarían al ejército: con suerte como guerrero y curandera; con menos suerte, como porteador y prostituta de guerra.

Como preso, en Ura a Ninurta le había parecido deseable convertirse en guerrero e ir a parar a Alashia. En todas las grandes ciudades de la isla tenía socios comerciales, y hubiera podido contar con que los hititas vigilarían menos estrechamente al soldado Ninurta y a la curandera Lamashtu que a los prisioneros.

Si los rumores eran ciertos, los hititas habían perdido ya el oeste y suroeste de la isla, a manos tanto de los guerreros de los príncipes expulsados y sus aliados de Ilios y Arzawa como de mercenarios; en la costa suroccidental se encontraba Koriyo, donde debían encontrarse los tres barcos. Koriyo sería libre… si los rumores eran ciertos; allí el *Yalussu*, el *Kynara* y el *Provecho de Keret* se esperarían mutuamente; allí las tripulaciones podrían intercambiar buenas noticias. En Koriyo conocía a tres mercaderes que…

Pero era ocioso; el señor de la fortaleza había decidido las cosas de otro modo, y ahora, tras la fuga de Tarsa-Tarkush, el ejército hitita ya no era atractivo. Antes de empezar la primavera, ningún barco saldría hacia Alashia de ningún puerto, y hasta la primavera el asirio esperaba alcanzar la costa próxima a Roddu. También en el interior tenían que evitar los caminos y lugares concurridos. Por todas partes había hititas; por todas partes (eso les dijeron los hombres de las montañas, hasta donde era posible entenderse con ellos) había tropas acuarteladas para el invierno o marchando por calzadas militares más al oeste o el noroeste, hacia la frontera. Al asirio y la babilonia no les quedaban más que las sendas de montaña. Los mulos eran dóciles, no tercos como tantos, pero también eran terriblemente inútiles. Aparte de armas y ropa,

Ninurta y Lamashtu no tenían mucho que cargar, y para las escasas provisiones no necesitaban ningún animal de carga. Los mulos no se podían utilizar para cabalgar en las regiones intransitables; en conjunto, Ninurta calculaba que de cada mil pasos que dejaban atrás habrían podido dar diez a lomos de los mulos.

No fue ninguna gran pérdida cuando tuvieron que dejar a uno de los animales con los cabreros. Cinco días después, en un valle por el que trepaba el animal como un gusano por la montaña, al costado de la gran calzada militar y comercial, dejaron al segundo mulo en una posada en la que las caravanas descansaban en la época de los viajes: un gran patio amurallado con establos, dos pozos, comederos y campos. El posadero, un hombre de mediana edad con tres mujeres e innumerables niños, les dio a cambio un poco de plata (pepitas y fragmentos, apenas más de dos *shiqlu*), una comida, paja para hacerse un lecho y un arco con carcaj y flechas. Los hititas, les contó, habían estado allí en otoño y se habían llevado todos los animales de carga, de monta y tiro, a excepción de dos bueyes. Ninurta supuso que el hombre obtendría por lo menos veinte *shiqlu* por el mulo de la primera caravana de primavera; era parte de las cosas inmutables del ramo el que toda caravana perdiera en el viaje más animales de los que se podían comprar por el camino a precios razonables.

Lamashtu estaba alternativamente animada y malhumorada, triste y vivaz. Ninurta tenía dificultades para adaptarse a sus cambios de carácter; al cabo de algún tiempo, dejó de intentarlo. En uno de sus días luminosos, le dio un par de informaciones que aumentaron su comprensión, sin disminuir su extrañeza. Descansaban a la sombra de una roca, comían cereales ablandados en agua del deshielo y bebían nieve. Tenían pedernal, hierro y teas, pero en los páramos helados de las montañas no había leña. Lamashtu le miró sobre el borde del cuenco en el que quería fundir nieve con el calor de las manos y echando repetidamente el aliento.

—En realidad el tramo es el mismo —dijo ella, con una fina sonrisa—, pero aún así me pregunto si tú estás más lejos de mi o yo más lejos de ti.

Ninurta alzó la vista; sobre una cadena montañosa, al sur, trazaba círculos un ave rapaz. Un trozo de libertad estrechamente delimitado en la ilimitada cárcel azul celeste de allá arriba.

—Incluso en la más íntima cercanía queda un resto intocable —dijo él—. ¿Adónde quieres ir a parar?

Ella volvió a soplar en el cuenco y lo sacudió suavemente. Tras un largo silencio siguió hablando; su voz sonó un poco insegura:

—¿Cómo te lo explicaría? Tantos años de esclavitud… cosas que sólo se superan dejándolas ocurrir y olvidándolas. Como un animal, ¿sabes? Es una capa que a veces te asfixia, pero se encarga de que aceptes los golpes y… otras cosas como si… como si le pasaran a otro, no a ti. Y cuanto más dura, tanto más gruesa y sorda se hace esa capa. —Sacó el cuchillo y hurgó en el cuenco con la hoja—. Emoción, cambio, cosas

así, pueden levantarla. En el bosque, cuando aún era esclava y se produjo el ataque, cuando fuiste herido, esa capa se levantó un poco. Pero yo aún estaba demasiado confusa como para pensar en hierbas…, las hierbas que me habían mostrado y explicado cuando era pequeña. Después…, como esclava he empleado hierbas de vez en cuando. Raras veces para curar heridas; la mayoría, para producir sueños, hacer sacrificios a los dioses o hacer fluir la sangre cuando mi luna se redondeaba y yo estaba seca. —Contempló la hoja—. Fuertes hierbas, más fuertes que este cuchillo. Mis señores tenían enemigos; yo ayudaba a eliminarlos, con hierbas, setas y raíces. ¿Puedes imaginar que durante años he utilizado hierbas y otras plantas para matar, confundir, producir locura o placer enfermizo, pero no para curar? Ya me había olvidado de que las hierbas podían aliviar en vez de dañar. Entonces, en esos días, te di hierbas que encontré en el bosque, pero la primera noche aun estaba sorda, después de largos años; Tsanghar y Adapa fueron más sabios.

Ninurta esperó; como ella no seguía hablando, dijo:

—La sorda capa de los años… ¿Es eso lo que sigue pesando sobre ti?

—Nunca he estado tan viva como en las horas que siguieron a nuestra fuga en Tarkush. Pero luego me he vuelto a envolver en esa capa, o ella me envuelve a mí. Es bueno ir contigo y acostarse contigo, asirio, pero… cuando hayamos llegado a nuestro destino, buscaré a alguien que también haya sido esclavo y comparta conmigo *esa* capa.

Él extendió la mano y tocó su mejilla.

—¿Crees que nunca podrás quitártela?

—No tienes que consolarme, señor de la caravana. No sé si puedo existir sin esa capa. —Esbozó una sonrisa velada—. ¿No sería más fácil no preocuparse el uno del otro? ¿Ropa que se quita uno sin dejar un momento de pensar que te ha dado calor?

Era agradable no estar sólo de noche en la gran manta de cuero que durante el día Ninurta llevaba enrollada en los hombros; agradable poder calentarse el uno al otro en el invierno de la montaña; agradable calmar mutuamente el ansia cuando se producía aquel picor contra el que no sirve de nada rascarse. Pero no era nada más profundo.

En los páramos montañosos, de día, cuando caminaban o trepaban en silencio, pero sobre todo de noche, el repugnante animal volvía a la cabeza de Ninurta. Había numerosos motivos para tropezar con la idea equivocada, que terminaban en el animal o lo despertaban. En un momento dado habló a Lamashtu de los antiquísimos caminos en las montañas que los mercaderes asirios habían recorrido hacía ya seis o siete siglos; antes de que los hititas llegaran a esas tierras; quizás incluso ya en una época en que ni siquiera había luvios. Luego, el animal arañó y rascó dentro de su cabeza: como si la mera mención de los asirios llevara de vuelta a Asur y al rey, que era una de las sombras detrás de los pensamientos de Ninurta.

En una ocasión, cuando pernoctaban en las cercanías de una gran calzada, se les unió un charlatán errante de origen luvio. Les habló de los motines en Kizzuwatna (el país que Ninurta llamaba Kilikku), antes independiente y desde hacía mucho bajo dominio hitita; de rumores del norte de que las bélicas mujeres de Azzi iban a unirse a aquellos que hostilizaban con Madduwattas las fronteras del reino hitita; de mensajeros de los príncipes de Wilusa que buscaban por todas partes aliados, ayudantes y mercenarios para la guerra que los aqueos iniciarían pronto.

Esa noche, el monstruo arrastró a Ninurta por las cavidades del recuerdo hasta la empinada Wilusa, donde Prijamadu decía frases aladas… frases con alas de guadaña, que no volaban, pero podían cortar Sombras, sombras afiladas en el blando tejido de su interior.

Días después encontraron a un hombre de Lukku, o Lugga, como decían los hititas. Contó que se había detenido más de la cuenta haciendo negocios en el interior, en las cercanías de Ijalanda, donde un cerro en forma de cajón cortaba la carretera y los guerreros hititas de su fortaleza quitaban hasta la piel a todo el que pasaba. Se había detenido allí demasiado tiempo, haciendo malos negocios, y ahora tenía que vagar durante el invierno.

—Mil carros de guerra —aseguró— han llevado a Alashia, dicen en la fortaleza, y dos decenas de miles de combatientes y hombres de todos los países costeros occidentales. Pero no avanzan contra los otros… extranjeros y alashios que combaten por los príncipes expulsados.

El hombre se llamaba Suqarattu y en realidad procedía, según dijo, de Milawatna, pero llevaba mucho tiempo viviendo muy al sur de su tierra natal. Al principio a Ninurta la conversación le resultó trabajosa, hasta que al final averiguó, entre la mezcolanza de sonidos sordos y guturales y chasquidos de la lengua, la lengua materna del hombre, cuyo asirio era lamentable y cuyo luvio parecía arrastrado por el gélido viento por un roquedo abrupto.

Su verdadero nombre era Sukrattes; pertenecía a una de las tribus orientales de Muqannu, emparentada con los aqueos. Sin tomar en cuenta a Lamashtu, Ninurta cambió de idioma; era más sencillo traducir de vez en cuando algo del aqueo para la babilonia que buscar cosas familiares entre los sonidos que Sukrattes emitía en lenguas desconocidas. Un gran alivio no tener que seguir dando vueltas a si Gylgylyq era un monstruo de las leyendas de Lukka o un lugar imaginario del más allá… Sukrattes se refería a Kilikku, o Kizzuwatna, o Chilaku, pero cuando habló en su peculiar aqueo oriental dijo Cilicia, y Ninurta lo entendió sin esfuerzo alguno.

Sukrattes estaba sorprendentemente bien informado de las cosas que pasaban en el interior y en la costa, a la que quería regresar. Combates por todas partes, decía; junto al ejército de Alashia, los hititas habían reunido otro en el interior, varios miles de carros de guerra y por lo menos otras dos decenas de miles, pero ¿para qué todo

eso?

—Madduwattas es un viejo y astuto truhán; se ha apoderado de toda Arzawa. No piensa levantar grandes ejércitos; cree más en las incursiones… rocas, ya sabes, que caen rodando por una pendiente y destrozan unos cuantos carros de guerra; o flechas que diezman por el camino a un centenar de infantes y cuyo origen nadie conoce, porque vuelan desde detrás de las rocas.

—¿Hasta dónde ha extendido Madduwattas su dominio hacia el sur? —dijo Ninurta—. ¿Controla ya la costa? Hay historias acerca de sacerdotes rojos. Y sacrificios humanos.

Sukrattes adelantó el labio inferior.

—¿Sacerdotes? ¿Sacrificios? No sé nada de eso. Y hasta ahora sólo controla la costa en el Oeste, no en el suroeste.

En realidad, sus caminos eran iguales: por Pitassa, que Sukrattes llamaba Pisidia, hasta Lukka, Licia; desde allí tenía que ser posible llegar a Yalussu, en Roddu. Pero Ninurta y Lamashtu tenían que seguir guardándose de los hititas; Sukrattes en cambio no tenía por qué albergar tales temores. Sonriendo, hurgó en su pesada bolsa, sacó varios sellos de bronce, los contempló y los volvió a guardar, salvo uno, que enseñó a Ninurta.

—Un sello de órdenes de los hititas, ¿ves? Derecho de uso de los caminos y libertad de asaltos. —Arrugó la nariz—. No me protegerá contra mercenarios extranjeros y gentes de Acaya o Ilios, ni tampoco contra los piratas, que vuelven a florecer desde que los hititas están en decadencia. Pero al menos no tengo que tener tus preocupaciones.

Por la mañana los dejó; Ninurta se quedó de pie en la loma sin quitarle ojo. Sukrattes se dio la vuelta una vez más y dijo adiós con la mano; luego siguió la afilada sombra de la montaña hacia el valle. En la mano derecha sostenía el arco y dos flechas; el carcaj y la bolsa le colgaban del hombro izquierdo.

Lamashtu se acercó a Ninurta.

—El sello —dijo, como de pasada.

—Muy útil cuando se tiene. ¿Por qué?

—¿No sería de ayuda tenerlo?

Ninurta enseñó los dientes.

—He pensado en ello.

—¿Y por qué no le has matado? También su pesada bolsa…

—No me ha hecho nada.

Lamashtu puso los brazos en jarras y le miró sin dejar de mover la cabeza.

—Me asombras una y otra vez, señor. Tan tierno… ¿Cómo has alcanzado el bienestar?

Ninurta miró hacia el valle, donde entretanto Sukrattes se había alejado cincuenta

pasos, lentamente, siguiendo la línea de la sombra.

—¿Bienestar? —dijo el asirio—. Ah, por muchas razones. Una es que nunca he sido frívolo. O raras veces. ¿Ves que no sigue la senda, sino la sombra de la cima en la que estamos? Tiene preparados el arco y dos flechas. Un movimiento en falso por nuestra parte, que él vería por nuestras sombras… ¿No te has dado cuenta de que no ha dormido? Estaba cansado y no muy locuaz esta mañana.

Lamashtu calló; su gesto no indicaba nada.

—Tiene varios sellos. Sin duda también uno de Madduwattas. Supongo que es uno de los espías del viejo y astuto príncipe. Por eso no quiere saber nada de sacerdotes. Seguro que no es fácil de matar.

Lamashtu siguió callada.

—Y el bienestar lo he alcanzado pensando en la ventaja de todas las partes. Sólo se debe estafar a otros hasta donde lo noten con diversión, pero sin dolor. Entonces intentarán divertirse otra vez en el próximo trato contigo, o vengarse alegremente. Si les ha dolido, no harán un segundo trato contigo.

—Oh, dioses…

Hacia el mediodía descansaron en un valle alto y resguardado, donde el sol había fundido la nieve en los últimos días y teñido de color las laderas y faldas de la montaña. Lamashtu lanzó un grito de entusiasmo, arrojó su túnica y su bolsa junto al pequeño manantial rodeado de matorrales y corrió hacia la ladera norte; Ninurta la siguió, más despacio; cuando la alcanzó, ella trepaba de rodillas entre brotes nuevos de plantas. Una y otra vez, tocaba con la punta de los dedos hojas o capullos a medio abrir; decía nombres que Ninurta no conocía, y hablaba de sus maravillosos efectos:

—Ésta, desecada y molida, cocida en vinagre, añadiéndole un par de varitas de… —seguía otro nombre desconocido—, es uno de los mejores medios para producir aquel tirón y temblor que se convierte en grito, con espuma en la boca, y finalmente conduce a la muerte entre espasmos y retortijones. Ésta de aquí, cocida, colada, diluida, vuelta a cocer y bebida con cerveza, produce malos sueños, y sin diluir causa la locura.

Plantas que producen úlceras y derrames, que conducen al tormento y a la muerte… Lamashtu hablaba, desbordante, como embriagada: una especie de alucinación aniquiladora como la que los guerreros viven en medio del combate, pensó Ninurta. Lamashtu nunca había estado más vital, animada y hermosa.

De repente él no pudo soportarlo más, la dejó en la ladera y caminó hasta el otro extremo del valle. El pequeño arroyo alimentado por el manantial se filtraba entre las rocas. Ninurta escaló el muro de riscos, que parecían ensamblados intencionadamente; luego contuvo el aliento.

Profundamente a sus pies, en el fondo de un valle cerrado de verdes laderas, le miraba el ojo verdiazul de un dios amable, un lago claro y tranquilo. Ni el menor

soplo de viento agitaba su superficie, ni ninguna corriente que lo alimentara o por donde desaguar. Ambas tenían que ser subterráneas, pensó… pero en realidad no pensaba; estaba tumbado en la pared de roca y se sentía deslizarse hacia la calma del azul del cielo invernal sin nubes y el verde de las laderas, salpicado de plantas de colores aquí y allá, todos los colores juntos y mezclados y sin embargo separados y vivos. Era precioso y fortalecedor, y si lo miraba durante mucho tiempo el dragón de las sombras se ahogaría y nunca volvería a moverse.

Entonces Lamashtu se arrodilló junto a él.

—Lo que busco no crece aquí —dijo.

Ninurta permaneció callado, todavía sumergiéndose, hundido.

Ella movió el brazo, escarbó; él apenas lo vio, y lo oyó con apenas claridad. De pronto, tiró una piedra. El ojo de los dioses reventó, saltó hecho astillas, se agitó. El cuerpo de Ninurta volvía a ser pesado, nada de deslizamiento ni de impulso; casi tuvo que contener las lágrimas.

—¿No tienes miedo al tirar esa piedra de despertar al monstruo que quizá duerma en un lago así? —preguntó.

Lamashtu apretó los labios.

—Quizá sea precisamente eso lo que busque.

Al día siguiente dejaron las montañas, por un camino que no podía ser más largo que un día de marcha. Aquí, donde se juntaban los países de Kilikku y Pitassa, se había formado una meseta entre las montañas. Tierra fértil, habitada por campesinos y recorrida por hititas. Quizás en el norte se combatía, o el invierno (suave en el valle) había interrumpido los combates. Lo que así y todo significaba es que había tropas bien despiertas en camino por la llanura.

Esperaron entre las últimas colinas a que el sol se pusiera.

En la oscuridad, consiguieron dejar a sus espaldas una parte de los campos llanos. Al salir el sol llegaron a un pequeño bosque, en el que pasaron el día turnándose para vigilar. La noche siguiente volvieron a las frías montañas que se extendían hacia el oeste.

Entonces la luna de Lamashtu se redondeó, pero se mantuvo seca. En el mundo invernal no encontraba hierbas, o por lo menos no las que buscaba. Una y otra vez dejaban de escalar, trepar, patinar y caminar para buscar, hurgar, escarbar en una helada pradera montañosa, al pie de una ladera cubierta de nieve o en mutilados bosquecillos.

—Aparte de algunas plantas que al parecer no crecen aquí, hay dos o tres especies de bulbos con flor que son las más eficaces —dijo Lamashtu una noche, después de haber trepado primero y buscado después hasta la extenuación.

—¿Cuánto tiempo hace su efecto la hierba?

—Cuanto antes mejor. Después hacen falta mezclas más fuertes y… es

desagradable. —Bostezó—. ¿Pero para qué quieres saberlo?

Ninurta miró fijamente el luminoso cielo, en el que una luna llena era una espléndida piedra engastada en la joya menor de las estrellas. Alta, gélida e infinitamente indiferente a todo lo que ocurría en el suelo. No era la primera vez que el asirio dudaba de que los astrólogos tuvieran razón. ¿Cómo podía algo que quizás era una reunión de dioses, quizás ardientes barcos celestiales, participar en las vicisitudes de los hombres? Y qué inmensa tenía que ser su inclinación hacia los hombres para que estos helados y lejanos fuegos se tomaran la molestia, entre los intestinos de la noche, de titilar juntos de tal modo que su sucesión pudiera decir a los de abajo algo más importante que el peso de un grano de arena.

—¿Para qué quieres saberlo, señor? —repitió.

—Quiero saberlo todo… casi todo. —Ninurta se frotó los ojos. Estaba cansado, pero tenía la sensación de que ésta sería una de esas noches en las que algo en su cabeza apartaba del sueño el resto del cuerpo con su terco girar—. ¿No te he dicho nunca que nosotros, me refiero a los mercaderes de Yalussu, también comerciamos con plantas curativas y con mezclas?

—Nunca me lo habías dicho. ¿Quién sabe lo bastante como para cocerlas, filtrarlas, diluirlas y manejarlas?

—Dos babilonias. Kir’girim y Kal-Upshashu. Kir’girim es de Nippur, la otra de Kish. Las conocerás cuando lleguemos a la isla.

Lamashtu no respondió enseguida; cuando Ninurta creía ya que podía dormir, Lamashtu dijo:

—No sé si quiero ir contigo a la isla.

—¿Hum?

—Duerme, señor; no te preocupes por mi.

Eso le despertó. Se sentó gimiendo y buscó a tientas el cuenco en el que el agua, nieve fundida, aún no se había congelado del todo.

—Habla, princesa de la fiebre.

Ella estaba tumbada a su lado en la manta de piel, que aún no habían cerrado sobre sus cuerpos.

—Todos esos príncipes mercaderes e inteligentes mujeres… ¿Qué va a hacer allí una antigua esclava? ¿Puedo ser parte de algo que esté intacto?

Ninurta dejó el cuenco, se tumbó nuevamente y echó la manta sobre ambos.

—No tengo respuesta a eso. Pero ¿adónde vas a ir, si no?

Con una rama, Ninurta pintó un tosco mapa en la arenosa orilla del rápido río. Iban hacia el sur, hacia el mar, y tendrían que nadar o buscar un vado para seguir hacia el oeste. Un campesino les había dicho que la próxima cadena montañosa iba de sur a norte, igual que la siguiente, y luego el mundo se acababa, así que no tenían que seguir viajando. Otro campesino, más viajero y (como mostraba su nariz, partida

como la lengua de una serpiente) familiarizado con las armas, en mano propia o ajena, habló de una batalla cerca de la desembocadura. A la llanura junto al mar habían llegado troyanos y mercenarios, cuyos barcos estaban en la playa, y de las colinas occidentales habían llegado guerreros de Madduwattas. Juntos habían derrotado a un gran ejército hitita, de forma que la llanura estuvo roja durante días. Roja como las vestiduras de los sacerdotes de Arzawa, que vinieron después de los guerreros y levantaron altares a un dios dragón. Nadie quería a ese dios Shubuk, pero todo era mejor que continuar bajo la opresión de los hititas.

El río se llamaba Malassu, y Ninurta estaba casi feliz de saber exactamente dónde se encontraban. En el «mapa», Lamashtu midió las distancias poniendo varias veces sucesivas tres dedos de la mano derecha, bien apretados.

—Nos queda por cubrir casi tanto como la mitad del camino que hemos hecho desde Tarsa hasta aquí —dijo.

—Pero ahora será más fácil. —Ninurta señaló hacia la tierra verde de cultivo, marcada por grupos de árboles y matorrales, a ambos lados del río—. Si los hititas han perdido una batalla, eso significa que no pueden ser numerosos al oeste del río. A pesar del asunto de los sacerdotes… los otros no pueden haber llegado tan lejos como para haber implantado ya una especie de dominio. Por el momento se presentarán como portadores de la libertad, supongo. Y se supone que hay troyanos en las cercanías. ¿Qué dijo el hombre acerca de su jefe?

Lamashtu intentó recordar las voces extranjeras.

—Algo con Pulu. ¿Pulussu? ¿Puluddu?

Ninurta chasqueó los dedos.

Pulud-Ur-Assu. Tiene que ser Polidoro, uno de los hijos del rey Pryjamadu.

—¿Conoces ese país?

Él la miró de reojo, con una sonrisa fugaz.

—No tan bien como querría, pero aun así mejor que estas espantosas montañas. Allí hemos cambiado a menudo mercancías especiales… plantas medicinales y hierbas.

—¡Ah!

—Supongo que a lo largo de los próximos días encontraremos lo que buscas o a alguien que nos lo venda.

Cuatro días después, a la orilla del siguiente río, dieron una parte de los trozos de plata que les quedaban por un lecho y unos cuantos bulbos, raíces, hierbas y aceite. Y por el permiso para utilizar el fuego y una olla que no se destinaba a cocinar. Pero las hierbas y los bulbos eran caros: los sacerdotes de Madduwattas, se decía, estaban ansiosos de todo lo que tuviera especiales efectos, admitían plantas como parte de la recaudación de los tributos que correspondían al rey, por eso tales cosas se habían vuelto escasas.

El viejísimo padre del posadero vino cojeando desde su rincón cuando Lamashtu empezó a pelar, cortar y picar. Rió perezosamente, enseñó los dos últimos y negruzcos dientes, se señaló el vientre y describió con la mano un abombamiento.

—Así es, anciano. —Ninurta entendió con mucho trabajo lo siguiente que el anciano dijo; parecía referirse a la duración del indeseado estado.

—Dos lunas —dijo Lamashtu, sin levantar la vista del trabajo. Estaba picando las caras raíces, cuyo precio venía determinado tanto por su eficacia como por su similitud externa con un feto malogrado.

El anciano gruñó algo, rió entre dientes y desapareció. Al poco tiempo volvió a aparecer y dio a Ninurta un par de capsulitas oscuras.

Lamashtu abrió enormemente los ojos.

—¡Adormidera! Eso es bueno. —Su voz bajó de volumen—. Para después.

Mientras ella preparaba su pócima, Ninurta se sentó con el posadero. El pequeño albergue junto al río consistía en una habitación baja con una viga maestra, un tejado de vigas y un entarimado; al lado había un par de edificaciones accesorias. Ninurta no quiso saber si el cobertizo en el que iban a dormir sobre un lecho de paja era normalmente un corral de cabras. Intercambiaron observaciones sobre lo suave que estaba siendo el final del invierno, y el asirio se enteró de más cosas acerca de las luchas entre los hititas, por una parte, y los aqueos locales, guerreros de Madduwattas, mercenarios extranjeros y unos pocos troyanos, por otra. Tras la larga opresión de los miserables hititas, muchos hombres de la región capaces de combatir se unían al ejército de Madduwattas, e incluso sus rojos sacerdotes eran mejores que todo lo que los hititas representaban; en primavera, el reforzado ejército avanzaría hacia el este.

El anciano se sentó junto a Ninurta a la tosca mesa; el banco se tambaleó hasta que encontró una posición cómoda. Dijo algo, masculló, volvió a reír entre dientes y se frotó el pulgar con el índice.

—Dice que os quedaréis tres o cuatro días. —El posadero guiñó un ojo—. Hasta que la mujer pueda volver a andar. ¿Podrás pagar, extranjero?

Pie de lobo, raíz de hombre, once hierbas más, unas gotas de aceite, un poco de vino agrio, que Lamashtu vertió en el agua hirviendo, y un par de granos de *shashammu* molidos, para que su dulzor hiciera el sabor algo menos repugnante. Ninurta olió el cazo que ella sacó del caldero y estuvo a punto de vomitar.

—Estás segura… Sí, estás segura; yo también, porque lo he visto antes, pero eso no lo hace mejor.

—Para mí —dijo ella—. A ti puede serte indiferente.

—No me es indiferente. Ya que participé, sería justo que me bebiera también esa cosa.

Lamashtu resopló.

—Eres demasiado blando, señor; me pregunto otra vez cómo has podido alcanzar el bienestar. Como esclavo no sobrevivirías mucho tiempo.

Bien entrada la noche empezaron los dolores; Lamashtu trató de aliviarlos con las cápsulas oscuras, y eso la tranquilizó un poco. Luego estuvo muy enferma durante tres días; «como si me clavaran cuchillos al rojo vivo», dijo. Ninurta sostuvo su cabeza, sus manos, le dio agua, pan y caldo —no quería tomar nada más— y se sintió muy aliviado cuando, a la mañana del cuarto día, ella dijo que podía volver a andar.

En el resto del viaje hacia poniente, por un terreno en su mayoría llano y transitable, siguieron compartiendo la manta de cuero por las noches, igual que antes, pero Ninurta raras veces sentía codicia, y cuando la cercanía de Lamashtu le excitaba se volvía de espaldas. Algo había cambiado; se sentía como un mesonero que ha envenenado a alguien sin querer y va a ponerle otra vez la misma comida a aquel que se ha curado con esfuerzo. Siempre era Lamashtu la que decía la primera palabra o empezaba a tocarle cuando deseaba el placer. Y, sin que hubieran hablado al respecto, él dedujo de su voz o de diminutos pero perceptibles cambios en su rostro que ella empezaba a despreciarle por su contención, que lo consideraba hombre blandengue y débil.

Con la última plata, el asirio hizo que un pescador, en un día casi sin viento, los llevara. Habían alcanzado el diminuto puerto de Qulaissa, y si el viento soplaba mar adentro quizá pudieran alcanzar esa misma noche la punta norte de Roddu, bajar a tierra, y cuatro o cinco horas de marcha los llevarían al puerto de Yalussu, en el lado occidental. Allí estaban los almacenes de los mercaderes, amigos, criados, plata, grandes bañeras de agua caliente y aceite aromático y ungüentos, ropa limpia, vino, abundante alimento… Hizo un esfuerzo por controlarse.

—Si no hay viento, remaremos —murmuró.

CARTA DE CORINNOS (IV)

Lo que sigue está tomado de la escritura del muchacho feliz que fui un día… inocente y tonto, como casi todos los dichosos de toda condición y sexo; quizás haya en algún sitio un dichoso hermafrodita que no sea tonto. Pero es probable que tampoco sea especialmente dichoso. Lee, oh Djoser, sonríe ante la seriedad (que, como casi toda seriedad, es resultado de la necedad, porque la sagacidad encuentra detrás de todo lo serio y sagrado esa poderosa carcajada que es la única defensa del inteligente contra el absurdo, que sólo la necia seriedad puede declarar sagrado) del muchacho, y discúlpale. No podía ser de otra manera.

Barcos, guerreros y mercenarios de las islas orientales se sumaron a los ya reunidos en Aulide. Sin embargo, no se consiguió arrastrar a la lucha al licio Sarpedón, aunque como cuñado del rey de Sidón, Falis, al que había matado Alejandro, hubiera debido injuriar a los troyanos.

Mientras se reunían los barcos y los soldados, Agamenón salió un día de la ciudad y llegó a un bosquecillo de Artemisa. Allí vio pastar a un corzo, al que abatió sin tener en cuenta que se trataba de un lugar sagrado. Poco después, fueron víctimas de una plaga que cayó sobre el ejército y sobre las reses, llevadas allí como provisiones vivientes.

(En este punto puedes pensar, oh Djoser, que se habían reunido miles de hombres, que comían, bebían y expulsaban lo sobrante. Además, puedes considerar que fue una fría primavera. Los príncipes consideraron esto menos que la tercera posibilidad como podrás leer enseguida).

Cuando los caudillos deliberaban sobre estos contratiempos sin saber qué hacer, una mujer tocada por los dioses se presentó ante ellos. Temblando y con la boca llena de espuma, explicó que Artemisa estaba furiosa por el asesinato del corzo y sólo apartaría la plaga del ejército cuando el responsable del crimen le hubiera ofrecido en sacrificio a su hija mayor. Todos se volvieron hacia Agamenón, que ni con palabras ni con insultos se dejó convencer para sacrificar a su hija. En vista de esto, le retiraron la dignidad real y le quitaron el mando supremo, y se lo entregaron a Palamedes, a Diómedes y a Áyax, hijo de Telamón, y en cuarto lugar a Idomeneo. Se dividió el ejército en cuatro grupos iguales.

La plaga continuaba. Ulises maquinó una de sus perfidias, que a veces eran magníficas y a veces, espantosas. Alegó estar rebosante de ira contra Agamenón, y anunció que se iba. Pero de hecho no se fue a Ítaca, sino a Micenas, donde llevó a Clitemnestra un mensaje que, según decía, le había encargado su esposo, Agamenón.

Agamenón había prometido a Ifigenia, su hija mayor, a Aquiles; pero éste, según

Ulises, no quería en absoluto partir a Troya hasta que el matrimonio se hubiera consumado. Por eso, Clitemnestra debía enviar a Aulide a su hija y todo lo necesario para los esponsales. Ulises ideó y discutió con ella otros muchos detalles referentes a los esponsales, de forma que Clitemnestra le creyó por completo. A los pocos días, Ulises regresó con Ifigenia y se dejó ver en el bosquecillo de Artemisa.

Agamenón consideró la posibilidad de dejar el ejército y huir; sea porque como padre no quería tomar parte en el sacrificio, sea porque lo consideraba innecesario y sugerido por una loca. Néstor, el de los labios de oro y la lengua de miel, le taponó los oídos con su discurso meloso e incisivo y cambió su forma de pensar como sólo Néstor podía hacerlo.

Ulises, Menelao y el vidente Calcas prepararon a la doncella para el sacrificio. De pronto se oscureció el cielo, el día se volvió como la noche, siguieron truenos y relámpagos, luego un terremoto que sacudió la tierra y el mar. En medio de la lluvia, el granizo y las tinieblas, Calcas, Ulises y Menelao pensaron que podía tratarse de una señal divina para desistir del sacrificio. Pero tan grande como su congoja por este acontecimiento era su preocupación por el sufrimiento de los soldados víctimas de la plaga.

(¿No es magnífico cómo manejan los dioses el clima cuando los hombres van a hacer algo que realmente no quieren hacer? ¿No es espléndido cómo los hombres oyen a un bosquecillo, que normalmente no es locuaz, bien compuestas palabras? En verdad, es espléndida la variedad de las cosas).

Así las cosas, cuando aún estaban indecisos, resonó en el bosque una voz: la diosa rechazaba un sacrificio tan pérfidamente preparado, y tenía compasión de Ifigenia; debían dejarla en libertad. A Agamenón le esperaba otro castigo a su retorno de Troya. Debían sacrificar lo que pronto se les mostraría en el bosquecillo en vez de la hija del rey.

En esa misma hora, Aquiles recibió de Clitemnestra un mensajero con una gran cantidad de oro y la noticia de que le confiaba por la presente a su hija y toda su dote. Aquiles, que hasta entonces no sabía nada de los hechos, se enteró de la perfidia del de Ítaca y se precipitó al bosquecillo, donde amenazó con matar a quien hiciera daño a Ifigenia. Quedaron tan perplejos con su aparición que miraron como paralizados cómo liberaba a la muchacha y dejaba con ella el bosquecillo. Mientras discutían qué había que hacer, se aproximó sin miedo una cierva blanca que se detuvo ante el altar.

(No te sorprenderá, rome, que mataran al fino animal y la plaga cesara).

Sin embargo, se lo callaron a Agamenón, ocultaron al padre que la hija vivía y pusieron a Ifigenia bajo la tutela del rey de los escitas, que se había sumado a ellos con muchos guerreros. Luego repusieron a Agamenón como rey y jefe del ejército, y el príncipe de Micenas aceptó el cargo. O no sabía nada, o hacía como si no lo supiera, o en todo caso el cargo era demasiado importante para él. Poco después el

viento amainó y el mar se tranquilizó; decenas de miles subieron a los barcos cargados, y el ejército salió de Aulide.

8. LA ISLA DE LOS MERCADERES

Por regla general, Djoser encontraba la vida contradictoria: siempre nueva, agotadora, emocionante, difícil y grave. A veces recordaba devotas prácticas de la infancia, visitas a uno u otro templo de Men-Nofer, intentos de hacer acopio de fuerzas para algo interior, que al mismo tiempo era cosa de fuera, sacrificios, murmullos y gestos de los sacerdotes. Otros pueblos tenían otros dioses; a lo largo del tiempo y de los viajes, todas esas potencias del más allá le habían resultado cada vez más parecidas. Y cada vez más insignificantes. Pero cuando la vida se hacía especialmente difícil e impenetrable, niebla por entre la cual tenía que llevar el barco apenas sometido a control, a menudo deseaba seguir como piloto las instrucciones de un patrón, poder confiar su rumbo a las sublimes e incomprensibles decisiones (o ataques de malévola arbitrariedad) de los dioses. De los dioses que fuera.

No todo era como lo había esperado. Una y otra vez se preguntaba si no hubieran debido actuar de otro modo en Ugarit, zarpar con los barcos a medio cargar la primera noche, en vez de vaciar por completo el almacén y aprovechar el segundo día y dejar a Ninurta ir a ver al rey. La pérdida hubiera sido dolorosa, pero la pérdida del asirio era más dolorosa. Las mercancías y los metales nobles se podían volver a adquirir; ni siquiera se atrevía a esperar que Awil-Ninurta pudiera volver.

El encuentro con los barcos de los troyanos le había hecho sudar, pero Zaqarbal, ese miserable y frívolo cananeo, condujo sin esfuerzo los tres barcos por en medio de algo que hubiera podido convertirse en una desgracia. («¿Cómo que desgracia?», dijo Zaqarbal cuando, navegando muy próximos, discutían de castillo de popa a castillo de popa. «Éstos tienen que comportarse bien aquí, muchacho; ¡pero tú hueles en cada pedo el aliento de un demonio!»). Una enorme acumulación de barcos de todo tipo: barcos de pescadores, sobrecargados con soldados y armamento; pequeños barcos de carga; pesados cargueros; rápidos y ligeros barcos de guerra (algunos con espolón para el abordaje); balsas casi sin borda, sobre las cuales se alzaban grandes catapultas, todo arrastrado por dos o tres barcos de remos; un velero de dos mástiles; varios botes, que parecían construidos a imagen de aquellos que transportaban piedras al Yotru de las canteras a Men-Nofer. Barcos pequeños, grandes, sencillos, pintados de colores (con ojos de dioses pintados en la proa), y algunos cuya construcción le resultaba enteramente desconocida. En total, doscientos o más; un poco al noroeste de Alashia les salieron al paso, con un débil viento del septentrión contra el que remaban el *Provecho de Keret*, el *Kynara* y el *Yalussu*.

Por suerte el *Kynara* iba delante; Zaqarbal gritó a los extranjeros algo que Djoser no pudo entender. Señalaron hacia atrás, hacia el centro de la flota. Zaqarbal hizo subir los remos y esperó a que el barco del jefe de la escuadra estuviera más cerca. A

bordo del *Yalussu*, casi emparejado con el *Provecho de Keret*, un largo detrás del *Kynara*, hubo que subir también los remos, queriendo o sin querer; Djoser hubiera preferido huir como un animal acorralado.

Después, en la disputa de barco a barco, se enteró (como también Tashmetu, cuyo barco había navegado pegado al suyo y participó en la conversación) de que se trataba de barcos de Troya y muchas ciudades aliadas, atestados de guerreros, provisiones y armas, mandados por Hiponos, uno de los hijos del rey Príamo.

—¿Por qué te pones tan nervioso? —dijo Zaqarbal. Sonrío—. Le conozco, hace dos años nos emborrachamos como bestias cuando estuve allá arriba.

Los barcos iban de camino a los puertos libres del suroeste de Alashia, para desembarcar allí combatientes, armas y pertrechos (y sacerdotes rojos). Los hititas podían considerar el invierno época de paz y tranquilidad, conforme a los usos de las frías tierras del interior; los troyanos, arzavos y combatientes de los príncipes expulsados de Alashia no tenían la intención de conceder ese reposo a los hititas.

—Fueron muy amables —dijo el sidonio—. Hiponos casi se echó a llorar porque no teníamos tiempo de averiguar cuál de los dos aguantaba más. Entonces caímos bastante a la vez. Y me dio las gracias por las noticias de Ugarit y Alashia, porque ahora pueden estar seguros de que el rincón al que van y del que venimos no bulle de hititas.

Tashmetu sonrió, y Djoser sintió que no lo tomaron bastante en serio.

Luego Yalussu… Yaliso, como decían los nativos. La ciudad no estaba tan animada como de costumbre. Muchos hombres, era voz común, habían seguido la llamada de Tíepólemo y habían dejado ya su lugar natal para ir en primavera con nueve barcos, o quizá más, a Aulide, a sumarse a la expedición bélica de los aqueos occidentales; habían establecido un campamento cercano a Triadha y Lindos y jugaban un poco a la guerra en vez de ocuparse de las cosas importantes. Eso era lo que pasaba, decía uno de los viejos trabajadores del almacén, cuando se aceptaba someterse a extranjeros que afirmaban descender de Hércules y en todo lo demás eran completamente corrientes.

Djoser no intentó seriamente sacar nada en limpio de la cháchara y los rumores; le bastó (era más que suficiente) con tener que constatar que el comercio casi se había derrumbado. Donde hay menos gente se necesita menos, se dijo; eso le alegró poco. Cargaron montañas de madera y carbón vegetal y una parte de las mercancías (nuevo motivo para disputar con Zaqarbal, que quería llevar a la isla más de esto y menos de aquello) y despidieron a alguna gente que no parecía segura o no quería seguir viajando. En esto Zaqarbal era tan serio y tan atento como se debía. Entre los que bajaron de los barcos estaban también varios esclavos; como tantos hombres iban a ir a la guerra, se necesitaban brazos, manos y piernas para mil trabajos, y el mercado de esclavos era casi el único ramo del comercio aún floreciente. En lo que se refería a la

separación de la gente que daba poca confianza, Tashmetu también fue muy cuidadosa… hasta donde Djoser podía valorar. El rome dejó en Yalussu a su compatriota, el viejo administrador Menena; como en Ugarit, Menena administraría, controlaría y echaría un ojo a los astilleros, a los que Djoser había encargado un barco nuevo: sustituto del viejo cascarón, que había vendido a buen precio. En Gubla subió a bordo del barco de Ninurta, y desde Ugarit… pero el asirio podía regresar y volver a tomar posesión del *Yalussu*, en cuyo caso Djoser necesitaría un nuevo barco. Por qué no ahora. Yen caso necesario, siempre se podía vender. Lamentó una vez más que su isla, en la que vivían dos buenos armadores, apenas tuviera madera y sólo una gruta con cabida para los barcos. Pero la gruta era demasiado estrecha y rocosa para todo lo que los armadores (fuera de las mejoras o la construcción de pequeñas naves) necesitaban en lo tocante a pabellones, borriquetes y caballetes.

Luego estaba Tsanghar. Djoser se sorprendió pensando que el gasqueo le parecía joven; ¿era él, apenas cinco años mayor, realmente tan *viejo*? El liberto demostró ser útil a bordo del *Yalussu*, todo lo útil que se puede ser en un primer viaje por mar; y se pasaba el día construyendo cosas curiosas. En un momento dado, había pesado en las manos una mina de oro y una mina de plata, fundidas por el mismo fundidor en moldes del mismo tamaño, y había dicho que el oro era más pesado que la misma cantidad de plata; se pasó tres días construyendo básculas, sin pensar que el barco se mecía y hacía oscilar incluso la más tosca de las básculas antes de poder leer nada. Luego volvió a sus ruedecillas de madera y trozos de cordel, y a afirmar que tenía que haber una posibilidad de elevar cargas de manera mejor y más sencilla. Cuando remaban en contra del viento, que de pronto cambiaba de norte a este y los empujaba hacia el oeste, Tsanghar se pasaba largo tiempo asomado a la borda, pero no vomitando, sino mirando al agua y murmurando algo en su lengua nativa… ¿Conjuros, enigmas, versos, cálculos? Probablemente Zaqarbal le habría maniatado, y Ninurta habría conversado con él. El asirio, que siempre quería saberlo todo,… A veces Djoser tenía la impresión de que había perdido el brazo derecho cuando Ninurta desapareció.

Luego la isla… A dos días de viaje al oeste de Rodas, avistaron el diminuto y pelado arrecife que les servía de punto de referencia. Djoser envió a uno de sus dos timoneles a bordo del *Provecho de Keret* y empuñó él mismo el timón derecho cuando el sol se hundió en el horizonte. El *Kynara* iba delante, en la oscuridad de la noche, sin velas (el viento no era desfavorable, pero la luna y las estrellas podían hacer brillar el claro paño, y aunque al ponerse el sol no había ningún otro barco a la vista nunca se era lo bastante cauteloso),luego el *Yalussu*, y por fin el *Provecho de Keret*. Fue entonces cuando el cielo nocturno se cubrió de nubes, de manera que Djoser ya no pudo leer la posición de las estrellas. Supuso que era pasada medianoche cuando alcanzaron la masa borrosa de la isla. El *Kynara* tanteó la

estrecha entrada, abundantemente dotada de arrecifes, rocas puntiagudas y afiladas cordilleras submarinas. Dos golpes de remo, luego todo a babor; tres golpes, siete respiraciones en línea recta, luego todo a estribor… Se hizo tan largo como siempre. Un viraje, deslizarse, dos abruptos virajes sucesivos, uno en dirección contraria, para deslizarse por entre una cortina de plantas, y estuvieron en la gran gruta.

Djoser oyó las exclamaciones asombradas de aquellos que venían por vez primera; se encogió de hombros. De día entraba la luz en la gigantesca cueva, formada por terremotos o excavada a lo largo de eones por los pequeños arroyos… Una luz perpendicular, que hacía relucir y fundirse los mil colores de las piedras, el musgo y el agua; eso eran las dos antorchas que el vigilante tuvo que encender cuando los barcos alcanzaron la estrecha bocana y Zaqarbal pronunció la contraseña, inaudible a los de los otros barcos, en el silencio de la noche. (Conociendo al sidonio, como Djoser lo conocía, éste habría charlado como por casualidad con alguien del *Kynara* sobre la carga, en el momento adecuado, como por puro azar; y habría mencionado la semilla aromática y aceitosa).

Dos antorcheros de bronce fijos en la pared sujetaban grandes antorchas de luz quebrada, tragada y vuelta a escupir, transformada por las negras aguas de la gruta. La bóveda se perdía en la oscuridad. Durante el día aún salía un poco de luz de la parte interior de la gruta, allá donde los arroyos de la isla habían creado una playa de cien pasos de ancho en torno a sus desembocaduras, donde se podían reparar los barcos y los habitantes de la isla podían bañarse. Pero era de noche; no entraba luz por la abertura trasera, y hasta donde Djoser podía ver o intuir no había barcos en la playa.

A este lado del estrecho interior; en el muelle, medio amurallado, medio tallado como una cornisa en las rocas, vio dos barcos ligeros y otro para grandes cargas y largos viajes. El rome gimió ligeramente. Era el Tiempo de Dagan; lo que significaba que Tarhunza, despechada de la piratería, estaba en la isla; y lo que por otra parte quería decir que esa mujer hitita de cuerpo y alma desmedidos trataría de enredarlos a él y a otros en sus desmesuras; lo que significaba que habría orgía, charla y gritos en vez de trabajo descansado con el sueño necesario para los humanos; lo que significaba… Gimió otra vez.

Tras ellos, en la velada abertura, crujieron y chirriaron maderas, raíles de metal, rollos metálicos y sogas; la puerta, hecha de placas de bronce y discos de piedra, se cerró. Llegaba casi hasta la línea de flotación; quien encontrara casualmente la entrada e incluso metiera la proa en la cortina de plantas chocaría con algo que tomaría por una piedra.

Luego Djoser gimió por tercera vez, cuando en el pasadizo que a través de las rocas llevaba del muelle al interior de la isla aparecieron los primeros rostros somnolientos. Vio a Kir’girim, la maestra de las hierbas, al rome e intrépido arústa

del cálculo Sokaris, al herrero Shakkan de Larsa, a la señora de los animales, Igadyaé de Carchemish, y comprendió que (como Zaqarbal, pero primero éste tendría cosas mejores que hacer) tendría que contarles a todos lo que habían hecho y dejado de hacer, qué emocionantes clases de aburrimiento reinaban en otros puertos y qué había ocurrido con el asirio.

Zaqarbal saltó al muelle, abrió los brazos y gritó:

—Oh, feos y encantadores compañeros, qué placer veros. ¿Dónde está la princesa de mis noches? —y antes de que el rugido en el que la gruta transformó sus palabras se hubiera extinguido del todo, salió del pasadizo la esbelta mujer; *Kynara* de Samaly, un puesto de la costa suroriental de Alashia. Iba apenas vestida, solamente llevaba sobre el faldellín una túnica fina que flotaba abierta, roja como sus largos cabellos. Se detuvo ante Zaqarbal, le puso las manos en los hombros y dijo:

—Oh tú que golpeas mi hígado y haces fundirse mi corazón… bienvenido, Zaqarbal. ¿Me has sido fiel?

—A menudo, amada mía. —Cuando la carcajada de los circundantes se hubo apagado, el sidonio prosiguió—: Te he sido fiel, Kynara… a mi manera.

—Ya sé cuál es, canalla.

Todo esto, pensó Djoser, y más aún, sobre todo… una cosa difícil de poner por escrito. Se sentó en la mesa forrada de cuero, en el sillón de médula cubierto de pieles, mordió el cálamo y miró alternativamente por la ventana al verde huerto plantado en torno a uno de los manantiales, y luego a la hoja de papiro a medio escribir. Hacía años que había empezado a escribir las cosas importantes menos satisfactorias, para prevenir la alegría del olvido. Pero… lo peor de todo desde que habían dejado Ugarit estaba por llegar.

Brasas y goma, y lúpulo quemado. Cogió la bola de tinta en la mano. Un fino rallador. Mezclar con poca agua, diluir con vinagre después de rallado y convertido en fino polvo. Había preparado tinta, el cuenco estaba casi lleno aún; había mordido un cálamo, lo necesario para escribir con él en hojas de papiro. Ahora mordía el extremo superior. Volvió a dejar la bola de tinta en el cuenco con plumas, punzones, cuchillitas e hilos; luego contempló las piedras con las que sujetaba los lados del rollo de papiro. En una piedra estaba encerrado una especie de caracol. Suspirando, miró a su alrededor. Las casas del fondo del valle eran todas iguales, apoyadas en las abruptas peñas, construidas con las piedras de la isla y un poco de madera que hubo de ser traída por mar. Ninguna tenía más de cuarenta años. Luminosas colmenas levantadas por un apicultor contra las rocas. La ancha y lisa cama no tenía que ser corregida, ya había alisado por tres veces las pieles y mantas, el cierre de la ventana —un marco de madera tensado con una fina piel— había sido repintado hacía pocas lunas, las esteras de rafia y la pesada alfombra (un regalo de Ninurta, fabricado por algún pueblo montañoso más allá del reino hitita) estaban exactamente donde debían

y no tenían que ser remendadas. Los rollos y tablas del estante de la pared izquierda estaban limpiamente ordenados y dispuestos, no hacía falta tinta fresca, y la jarra de zumo de frutas, agua y vino aún estaba casi llena.

Con un leve gruñido se resignó, sumergió el cálamo en el cuenco que hacía de tintero y empezó a escribir. Se habían puesto de acuerdo, hacía mucho —antes de que Djoser topara con ellos— para utilizar la escritura cananea, que también él encontraba más fácil y rápida de escribir que los ideogramas de su país. Describió el consejo de los mercaderes, los informes, el cálculo provisional de pérdidas y ganancias; provisional, porque aún faltaban tres barcos. El cretense Minyas, al que a menudo llamaban Minos (cosa que Djoser entendía, pero la encontraba poco graciosa), estaba en algún lugar del norte, regateando con los tracios; la troyana Leucipe, se decía, estaba en algún lugar entre las mil islas de la costa de la tierra firme oriental; y nadie sabía nada del micénico Tolmides, que había querido visitar las costas al oeste de la patria de Djoser para comerciar con los libu (a los que Djoser llamaba tjehenu).

Los propietarios: Tolmides, Leucipe, Minyas, Tarhunza, Zaqarbal, Djoser, Ninurta… siete cabales. Ninurta podía vivir o estar muerto, lo que, como observó Tarhunza con voz atronadora, venía a ser lo mismo mientras estuviera entre los hititas, sus repugnantes antepasados con sus mil dioses, entre ellos ningún príncipe celestial responsable de la inteligencia. Faltaban Minyas, Leucipe y Tolmides, pero sí estaban los siete miembros del consejo suplementario. Djoser se encargó de presentar a Tashmetu todo y a todos. La mujer, que no dejaba traslucir si lloraba por Ninurta, había oído ya muchos nombres de labios del asirio; era casi como saludar nuevamente a conocidos que llevara largo tiempo sin ver, en vez de a extraños que veía por vez primera.

Siete propietarios habían aportado barcos, patrimonio, conocimientos y contactos; unas tres docenas más de hombres y mujeres se les habían sumado: gentes con especiales habilidades y preferencias. Entre ellos había artesanos, fabricantes de cosas vendibles, arquitectos, incluso el horticultor Tukhtaban, un escita que le arrancaba al suelo del valle tres veces más verduras y plantas alimenticias de lo que cualquier otro considerase posible. Siete personas (tres mujeres y cuatro hombres) los representaban en el consejo suplementario, elegidas por los demás.

¿Qué iba a pasar con Tashmetu? Incluso sin las casas, fincas y las propiedades que no pudieron ser embarcadas lo bastante aprisa para sacarlas de Ugarit, disponía de un considerable patrimonio, que se encontraba a bordo del *Provecho de Keret*. Pero la confrontación con disputas, preguntas, contrapreguntas y explicaciones definitivas acerca de Ninurta y los porcentajes que ella temía no se produjo; Tashmetu pidió en bien compuestas palabras que se le dejara pasar allí el invierno como huésped. Hasta la primavera, podían conocerse mutuamente; quizás entretanto

comprobara que la soledad no le merecía la pena o los otros decidieran no querer tener nada en común con la desconocida mercader de Ugarit.

Tashmetu ocupó la vivienda del asirio; tampoco hubo discusión al respecto. Zaqarbal estuvo, como solía tras una larga separación, muy ocupado con el cuerpo de *Kynara* y con el suyo propio, que lo que quería era que lo bañaran y ungieran y después comer y sobre todo beber. Tashmetu estuvo incómodamente próxima a Djoser; mientras éste la familiarizaba con la isla y le ayudaba a pasar el tiempo, si era necesario.

Mordió el extremo del cálamo; ¿cómo empezar esta parte de la historia?

Pero encontró un nuevo motivo de aplazamiento. Había muchas cosas que contar. El asombro de Tashmetu al ver el valle: casi una hora de marcha, con varios manantiales que se convertían en arroyos, con suaves laderas y praderas para las ovejas, cabras y vacas que Igadyaé cuidaba; el estanque amurallado al pie de un elevado manantial, junto a las casas… dos niveles de estanques donde los habitantes de la isla se bañaban cuando hacia suficiente calor; las pequeñas arboledas entre los campos cultivados por Tukhtaban. Kir'girim, señora de las hierbas, que llevaba a su león domesticado, Kashtiliash (el nombre de un antiguo soberano, según ella decía), con una correa trenzada con su propio pelo, y su amiga Kal-Upshashu, la bella silenciosa, que compartía con Kir'girim hombres, hierbas y secretos de su preparación. Ubariya, príncipe de todos los cocineros, que quiso saber el plato favorito de Tashmetu y la sorprendió cuando, al empezar ella a enumerar sus ingredientes, alzó la mano y completó la enumeración, no sin citar dos especias que Tashmetu no conocía; luego se rió con una carcajada tan estentórea que las grandes calderas de bronce del figón temblaron, dos esclavos de la cocina se estremecieron y el hollín se desprendió con estrépito de una de las chimeneas. *Kynara*, la artística bordadora, que sobrevivía sin estragos al retorno de Zaqarbal; Gerana, la del cuello de grulla, curandera y esposa del quebrantahuesos y rajatripas Aridattas. La cueva de los herreros, los talleres de los ebanistas, peleteros y pañeros, que junto a un altar consagrado a algún dios o a todos los dioses habían colocado su gran cuba, en la que se vertían putrefactos fluidos, aumentados cada mañana con el contenido de los orinales de todos los habitantes… Y el retorno de Leucipe, poco antes de la primera tormenta del invierno, y al día siguiente también el de Minyas. Ambos pudieron hablar de sus negocios y lamentarse por el destino de Ninurta; pero ambos sabían también cosas amenazadoras acerca de la guerra que se avecinaba. Se decía que los occidentales, decididos a emprender la campaña contra Troya, habían enviado legados que amenazaban con aniquilar a todos los que no quisieran ponerse de su parte en la lucha; pequeños y rápidos barcos con observadores habían explorado las costas tracias y se habían dejado ver entre las islas de Lidia, Caria y Licia. En general, había acuerdo en que la historia de la reina huida era sólo un pretexto,

adecuado tan sólo para estimular a los combatientes de a pie, que creían en el honor y cosas por el estilo.

—Muchas cosas van a quedar patas arriba —dijo Leucipe la primera noche que pasó después de su retorno. La troyana, una delgada cuarentona de pelo casi blanco y rasgos suaves (que hacían que se subestimara su astucia al negociar), parecía cansada… cansada del viaje, pero también un poco angustiada cuando hablaba de su ciudad natal—. Los príncipes occidentales poseen sus países y ciudades desde hace pocas generaciones. Puros advenedizos, toscos y romos, con pocas excepciones. Fanfarronean, disputan con tanto placer como disgusto hallan en lavarse, tienen una horda de extraños dioses de mala conducta. Muchos hombres están incircuncisos, y como no gustan de lavarse… —Arrugó la nariz—. Pero codiciosos lo son en gran medida, y saben muy bien que sus míseras chozas no son nada en comparación con lo que poseían los soberanos a los que sustituyeron. Y con lo que mi patria posee aún. Pueden hablar todo lo que quieran de honor ofendido y princesas robadas… Se trata de la riqueza de Troya, de las vías comerciales hacia el nordeste, de las cosas valiosas que vienen de las zonas interiores por los estrechos.

—¿No ha dicho esa Helena que no ha sido raptada en absoluto, sino que se fue voluntariamente? —dijo Tarhunza.

Tashmetu alzó la mano.

—Tuvimos el placer de darle hospedaje en Ugarit hace cuatro años. A ella y a ese hijo del rey, Alejandro. Son una sola llama en dos cuerpos.

—Así parecen. En lo que se refiere al consentimiento para el rapto, lo repitió en la asamblea, ante el consejo del rey. Que sencillamente quería dejar a su sosísimo esposo. Y que sin ella, hija del viejo rey, Menelao no sería rey de los espartanos. —Leucipe bebió, con los ojos entornados, y añadió sin dejar de mirar la copa—: También de eso se trata.

—¿De qué? —dijo Zaqarbal. Había pasado el brazo por el hombro de *Kynara*, y bajo la tela, la mano derecha jugueteaba con su pecho.

—Del alejamiento de las mujeres de todo lo que es importante. Ya no encontraréis en sus países una mujer que dirija un taller o practique el comercio. Recientemente, incluso construyen templos para su diosa del amor; Afrodita, a los que las mujeres no pueden entrar. He oído decir que en algunos lugares las mujeres ni siquiera pueden *ver* desde fuera esos templos. Y supongo que Príamo dejó hablar a Helena en el consejo, preguntó su opinión y, como el resto de los troyanos, se plegó a sus deseos… Sólo esto ya es para Agamenón, Menelao y los demás un motivo de guerra. En cualquier caso, yo ya no viajaré a sus costas. Lástima, en verdad, porque allí hay muchas cosas hermosas, a pesar de todo, y buen comercio; pero no quieren regatear con una mujer. En el último viaje tuve que dejar esto en manos del capataz y ver desde lejos cómo se les bajaban los humos.

Esta deliberación. Y aquella deliberación. Una y otra vez, la cuestión de qué podía haber sido de Ninurta y dónde pasaría Tolmides el invierno. Elogios para Djoser; que había vendido en Biblos su viejo barco por mucho oro a un compatriota que, sin barco, pero con una cara cantidad de madera de cedro, empezaba a desesperar de la vida y del comercio y estaba dispuesto a pagar mucho con tal de llegar a tiempo a Tameri con el cargamento. Djoser lo había vendido y subió a bordo del barco de Ninurta, el *Yalussu*…

Otra deliberación, cuando Minyas propuso visitar lo antes posible a los tracios, antes de que los occidentales lo destruyeran todo. Y paseos por el valle con Tashmetu. Yadapa, que enseñaba a contables y escribas nuevos y más sencillos números y formas de calcular. Y Tsanghar, que cavilaba, construía y componía sin cesar.

Tubos de arcilla que llevaban hasta el valle un susurro del primer guardia de la entrada; y los curiosos cilindros y sogas que, como por arte de magia, multiplicaban la fuerza de un hombre… Djoser reflexionó si debía explicarlas, pero renunció, porque no estaba seguro de entender su efecto. Tsanghar había hecho con el herrero y los armadores una especie de marco de bronce y vigas, con unos cilindros de madera dentro; lo metían en el agua, hacían que uno de los pesados barcos remara hasta el primero de los cilindros, ataban a la proa sogas que llevaban hasta los extraños aparatos de ruedecillas y cuerdas y luego cinco hombres subían a la playa un barco que otros veinte difícilmente habrían podido empujar. Allí los barcos quedaban en seco, y podían ser reparados y limpiados. Últimamente había visto al gasqueo, con los armadores Setoy y Achikar, trabajando en un pequeño barco de cuyo casco patas arriba salía una enigmática hoja de madera.

Pero entonces se quedó allí sentado y dejó de escribir, porque no se le ocurría otra escapatoria, salvo las hierbas de Kir’girim y su león domesticado o los aconteceres del huerto y la cocina. Ningún aplazamiento más que pudiera impedirle escribir del milagro y la locura, de lo sublime y lo ridículo; del desconocido placer y de cosas que le revelaban la infinita simpleza e ignorancia de sus hasta ahora necesidades y satisfacciones; del ardiente calor en las nocturnas tempestades de invierno y del triste fracaso, que era aceptado como «habitual» con una sonrisa; de platos demasiado refinados y un discurso demasiado inteligente; del descubrimiento del propio cuerpo, del ansia de exigirse más y del anhelo de volver (pero no sabía si quería) a la antigua vida tranquila, envuelto en la aprobación del amigo que volvía a casa.

Porque, pasada la primera luna en la isla, Tashmetu había ido a visitarlo a altas horas de la noche, y le había llenado y agotado y abrasado y transformado. Esto, y el deseo de que el amigo regresara, y el otro deseo, más sigiloso, de que Ninurta continuara lejos. Más difícil de escribir que todo lo demás. Más difícil de hacer y de superar que todo lo demás. Más sabroso y, oh dioses de los romet, más difícil y

agotador que guiar un barco por entre una tempestad de otoño con olas altas como torres.

Djoser mojó el cálamo en la tinta y empezó a escribir.

Era un día fresco, poco antes de que el sol marcara el final del invierno. Zaqarbal pudo al fin recobrar una costumbre querida: dar largos paseos por la isla con *Kynara*. Durante los primeros días después de su retorno, se habían amontonado los trabajos y las tareas; luego, durante días y días, las tormentas azotaron la isla, el tiempo estuvo frío y lluvioso, en una ocasión incluso cayó algo de nieve.

Ambos llevaban ropas de lana hasta los tobillos, de largas mangas, encima una túnica como abrigo, y los pies envueltos en pieles. Tanto en la ladera como en el valle, el viento se había detenido; cuando alcanzaron la cumbre, los dedos de un licencioso ídolo del viento (como dijo *Kynara*) cogieron su largo cabello y lo hicieron flotar ante el rostro de Zaqarbal.

Hallaron un lugar seco y protegido entre dos salientes rocosos; desde allí podían ver el mar, pero también el valle. El mar presentaba un azul grisáceo, bajo un cielo semicubierto; pequeñas crestas de espuma parecían jugar unas con otras, se revolcaban, se disolvían y volvían a formarse. Las dos águilas que tenían su nido cerca de la punta sur giraban en círculo mucho más lejos, pero mientras *Kynara* y Zaqarbal miraban no se precipitaron a pescar. A la derecha del entrante, disputaban las gaviotas; en un momento dado, *Kynara* empezó a traducir la discusión.

—La primera dice que habría que juntar y secar el estiércol y emplearlo para levantar un altar.

—¡Ajá! ¿Qué clase de altar?

—Ellas adoran a un dios de alas cojas —*Kynara* arrugó la nariz y se echó a reír —. No le gusta volar a ese dios de las gaviotas, por eso quiere estar tumbado en un altar blando y cálido, donde ellas le alaben o le insulten según les apetezca.

—Pero si secan el estiércol ya no será blando y cálido.

Kynara le cogió la mano.

—Eso dijo la segunda, pero la primera no quiso escucharle. Las gaviotas son tontas.

Zaqarbal enlazó los dedos con los de *Kynara*.

—¿Qué dicen ahora? —Sonreía.

—Es la tercera gaviota. Dice que un sidonio que vive en la isla pasa demasiado tiempo sobre, al lado y debajo de la mujer de las tetas gordas; debería trabajar más, y sobre todo dar de comer a las gaviotas más a menudo.

—¿Más a menudo? Jamás he dado de comer a las gaviotas. ¿Y qué saben de tetas esos animales ponehuevos?

Kynara calló un rato; sus dedos estaban fláccidos.

—No dijo tetas —dijo la mujer; fue poco más que un murmullo—. No son tetas,

sólo vasijas de placer.

Zaqarbal se llevó a la boca las manos enlazadas y besó las puntas de los dedos de *Kynara*.

—Lo hemos intentado tantas veces… ¿Acaso no merece la pena el esfuerzo?

El esfuerzo, no; el placer. —Volvió la cabeza y miró al valle—. Las ovejas no lo tienen tan difícil. Lo consiguen casi todos los años.

—Baaah. Quizá deberías negociar con uno de los carneros.

Kynara rió.

—Mira.

Kashtiliash, el león amansado de Kir'girim, perseguía rugiendo a un rebaño de ovejas que pastaban a lo largo de la orilla de un arroyo. Un carnero caminó lentamente hacia él, en la misma posición que un hombre que llevara los pulgares negligentemente apoyados en el cinturón; bajó la astada cabeza y empujó levemente al león. Apenas si le dio un empellón, pero Kashtiliash cayó al suelo, aulló, se puso en pie y se marchó de allí.

—Ahora irá a llorarle a Kir'girim —dijo Zaqarbal—. Ya podría hacerle un bebedizo para que le diera la bravura de un héroe.

El león se acercó al edificio de la asamblea, una casa baja y alargada de piedra clara levantada junto al estanque, delante de una cueva. Al borde del estanque alto, una corneja levantó el vuelo; se vio con claridad cómo se estremeció Kashtiliash cuando el pájaro graznó. Una figura con gorro de lana y túnica gris salió de uno de los encalados panales: Djoser abandonaba la vivienda de Ninurta, en la que ahora vivía Tashmetu.

—Ah, el sedentario rome —dijo Zaqarbal—. ¿Te has dado cuenta de que siempre tiene ojeras? Me gustaría saber si ella también araña, como tú. —Se movió, como si tuviera que liberar la espalda dolorida del contacto con la ropa.

—Tiene las uñas cortas. —*Kynara* le arañó la mejilla con la mano libre—. Además, lo domina sin utilizar las garras. —Luego movió la cabeza—. Es propio de Ninurta…

—¿Qué?

—Conquistar a la mujer más hermosa de la costa oriental y luego dejarse llevar por los hititas.

—¿Qué se dice acerca de Tashmetu?

Kynara le miró a los ojos.

—Ya lo sabes.

—No. Yo oigo murmuraciones de los propietarios y veo miradas. No sé más.

—Es más que bienvenida. Amable, servicial, contenida, da buenos consejos, pero sólo cuando le preguntan. —Su voz era cálida—. Todos los hombres del valle envidian a Djoser, y por lo menos la mitad de las mujeres también.

—Eso está bien. Si Ninurta vuelve alguna vez, se alegrará de oír que tienes una hermana nueva que calienta al rome en invierno.

—No seas tan odioso.

—No lo soy. Se lo concedo a ambos, y Ninurta está en el otro extremo del mundo. Si es que aún está.

—Le echas de menos, ¿verdad?

Zaqarbal asintió en silencio.

—Todos lo echamos de menos. Es curioso que alguien tenga que faltar para que se note cuánto se le necesita. ¿Y Tolmides?

Kynara metió el labio superior entre los dientes y gruñó levemente, luego dijo:

—Quizás esté pasando en alguna parte un invierno agradable, con mujeres libu. Quizá se haya hundido con su barco, por molestar a Poseidón. Quién sabe… Pero sea lo que sea lo que le haya pasado, forma parte del riesgo de la vida y del negocio, ¿verdad? Un poco de preocupación por él y su gente, pero mucha preocupación por Ninurta, porque lo que le ha pasado no está entre los riesgos habituales.

Zaqarbal movió la cabeza.

—Es curioso que haya diferencias entre dos clases de peligros mortales. Y es extraño que eches más de menos a Ninurta que a Tolmides, con cuya suave piel tanto has soñado.

—Entretanto me he acostumbrado a la callosa corteza del necio sidonio…

—… que entonces ya conocías demasiado bien.

—¿Demasiado bien? Nunca, oh Zaqarbal. Quizá lo que ocurre es que me conozco de memoria a Tolmides, mientras sé perfectamente que jamás podré medir a Ninurta por dentro.

—¿Podrías explicarte un poquito?

Kynara no replicó, se limitó a seguir mirando el valle y acarició su mano con las yemas de los dedos enlazados.

En realidad, Zaqarbal no necesitaba ninguna explicación. Todos sabían, todos se habían dado cuenta de lo que significaba la falta de Ninurta. Él no era príncipe ni cabeza elegida, pero de algún modo siempre se había cuidado de que todo funcionara de la mejor manera para todos. Sin órdenes… bastaba una suave indicación, un consejo, una pregunta… No era el mayor de ellos, pero sí el que más tiempo llevaba entre los propietarios. Un mercader micénico llamado Argesipo había descubierto la isla, se decía, hacía más de cuarenta años, cuando embarrancó en ella en el curso de una tempestad; trepó por las resbaladizas peñas y encontró el valle. Logró construir una canoa con los restos de su barco, y con ella llegó a Yaliso, donde concluyó un contrato con Górgidas, el padre del actual príncipe Celeo; luego llevó a la isla artesanos y a otros mercaderes, todos cuidadosamente elegidos. Djoser y Zaqarbal conocían la isla desde hacía seis años y estaban desde hacia tres entre los

propietarios; en este tiempo se habían marchado dos… ¿desaparecidos, hundidos, muertos? Nadie lo sabía. Ninurta llevaba allí dieciséis años, más que todos los demás. Tarhunza y Leucipe eran mayores que el asirio, pero él había llevado a ambas a la isla. Minyas y Tolmides habían sido elegidos por otros propietarios «separados», cuando Ninurta ya estaba allí. Algunos artesanos aún recordaban historias de aquella época, y Zaqarbal le había oído contar al herrero Shakkan cómo Ninurta amansó a la salvaje giganta Tarhunza y la llevó a la isla… Una historia que Ninurta y Tarhunza ni confirmaban ni desmentían: según Shakkan, hacía años, siendo pirata, la mujer hitita asaltó, en la áspera costa de Cilicia, el primer barco propio de Ninurta.

—Cuatro barcos contra uno —decía Shakkan—. Ninurta y su gente se defendieron, pero sin esperanzas. Cuando Tarhunza, señora de los cuatro barcos piratas, subió a bordo, imagínate a esa giganta y al joven Ninurta hace diez años, él le sonrió, le tocó la mejilla y le dijo: «Oye, mujer inteligente, ¿no quieres seguir en el negocio pero con mejores beneficios, como mercader?». Sí, y des de entonces…

Tarhunza era una giganta impetuosa. Zaqarbal había soñado en una ocasión con un bosque en la montaña que rechinaba los dientes, eructaba y pataleaba, e incluso en sueños había sabido quién era. Leucipe, la delgada troyana que gustaba de envolverse en ropas oscuras y pronunciar lúgubres discursos sobre el futuro de su patria. Como troyana aquea de pura cepa no había obtenido del rey Príamo, que tenía que tener en cuenta a la mayoría luvia, el permiso para comerciar, pero podía regatear a sus anchas en Wilusa-Ilios como mercader del príncipe Celeo. Minyas, el cretense, con aros de oro en las orejas, raya en medio, corta y recortada barba y puntiagudas uñas en los dedos, siempre estaba envuelto en vaporosos ropajes blancos. Djoser estaba entregado como cada invierno a la redacción de sus recuerdos e incurablemente perdido en la ciénaga de sus sensaciones desde que Tashmetu inundara la seca llanura de su interior. Todos accesibles, todos ingeniosos en la ejecución: la ejecución de propuestas que se les hacían; todos acostumbrados desde hacía años a ser invisiblemente puestos en marcha por Ninurta. Como el propio Zaqarbal… pero éste había sido el primero en comprender que alguien tenía que empujar a los otros, y había asumido esa tarea.

Los viajes y beneficios del año pasado aún no habían sido definitivamente discutidos, y ya discutían por los objetivos de la primavera próxima…

Debía de haber estado murmurando; *Kynara* soltó la mano y se frotó los dedos. Los de él estaban casi insensibles.

—¿No vas a incluir a Tashmetu? —dijo ella—. Al fin y al cabo, va a ser nueva propietaria.

—Ella no quiere aún. Sólo en primavera. Pero sería bueno. Minyas calla, Djoser cavila, Tarhunza vocifera como siempre, y Leucipe…

—Lo sé. Pero ¿no tiene razón, en cierto sentido?

En las reuniones, Leucipe no hablaba de otra cosa que de su patria: dorada Wilusa, rica Ilios, magnífica Troya, noble Prijamadu, audaz rey Príamo, oh los tesoros del pasado y ¡ay de las tenebrosas intenciones de los siniestros de Acaya…! Los artesanos del consejo suplementario intentaban una y mil veces poner en marcha conversaciones concretas, pero salvo Zaqarbal ningún propietario los seguía. Todos estaban sumidos en sus propios pensamientos. Sosa sopa de conversación, en la que faltaba la sal que Ninurta se había llevado con los hititas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Kynara aguzó los labios, como si eso pudiera ayudarle a pensar o a hablar:

—Ilios ha sido durante mucho tiempo el cruce más importante de todas las rutas comerciales. Como si… como si el mundo fuera un plato liso, ligeramente inclinado hacia dentro, y en el centro, en el punto más hondo del plato, está Ilios. Y todo escurre o fluye lentamente hacia allí. O gira en torno a ese centro. ¿Qué pasa si ahora Agamenón y los otros hacen un agujero en el plato, si destruyen a Ilios? ¿No se escurrirá entonces el mundo entero, o todo lo que es importante en él, por ese agujero, y desaparecerá?

Zaqarbal juntó las manos en gesto implorante.

—¡Oh, bondad implacable de los dioses!, ¿es que no hay agujeros más bellos a los que pueda dedicarme? —Se levantó y alzó a *Kynara*—. La plaga de la seriedad es peor que el sudor en los pies o el mal aliento, porque se contagia.

—Oh, qué terrible verdad. —*Kynara* sonrió; le sujetó por las caderas—. Si la plaga produjera erupciones, tu cara estaría llena de pústulas.

—Bajemos a la llanura. Hay una bifurcación boscosa en la que quiero ocultar mi rostro avergonzado.

—¿Avergonzado? Más bien descarado. ¿Por qué avergonzado?

—Me he dejado ir, y ahora viene la contrición. —Intentó parecer triste—. He luchado con gran éxito por alcanzar fama de ligereza, y ahora la echo a perder contigo haciendo como si fuera capaz de pensar en cosas serias.

—Consuélate. Sé que bajo la máscara de la ligereza el disfraz de la seriedad no oculta otra cosa que algo tonto y sin rasgos esenciales.

—Bien, bien. Retuerces mi espíritu mojado. Te lo agradezco.

Aunque hay que admitir —dijo por encima del hombro cuando bajaba delante de él por la senda que llevaba al valle— que haces muy bien tu trabajo aquí.

—¿Cuál? ¿El fomento de la necedad?

—El reparto de tareas y su supervisión, oh Zaqarbal. Se podría pensar que lo tomas en serio.

—Espantosa idea.

Cuando llegaron a las casas se enteraron de que esa noche habría asado de cordero. Ubariya tomó de las manos de Igadyaé uno de los varios animales

sacrificados.

—Bueno, digamos que lechales; no tienen ni un año. —El cocinero movió la cabeza—. Tres piezas. ¿Quién las quiere?

—Cada uno *un* trocito —dijo Zaqarbal—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te has separado de algunos de tus favoritos, señora de los animales?

Igadyaé le miró con ojos centelleantes.

—¡Tonto charlatán! Ese necio animal, ese repugnante león…

Kynara dio una palmada.

—¡No puedo creerlo! ¿Kashtiliash ha matado a esas ovejas? ¡Oh, qué día!

¿Matado? —Igadyaé se puso en jarras—. Las ovejitas, mis dulces ovejitas, azuzaban a ese león por divertirse, y cuando salió corriendo lo persiguieron. Y se cayeron por una grieta… El salta más.

—No se lo digas a Leucipe —dijo Zaqarbal con gesto serio.

—¿Por qué no?

—Hoy tiene humor lúgubre. ¿Qué digo hoy? Simplemente es agresiva. Seguro que hace una profecía con esto. Cuando los gorriones espanten a las águilas y las ovejas azucen a los leones, Ilios sucumbirá. O algo por el estilo.

NARRACIÓN DE ULISES (IV)

¿Queréis prolongar este exquisito temblor, aumentar, retrasándolos, los placeres mediante este largo decir disparates sobre brutos de largos cabellos? Extraño, pero sobre gustos no hay disputa; además, os debo vuestras pociones y bebedizos: su sabor —pura náusea— oculta milagros de eficacia. Porque en el tumulto (esto lo sabe todo hombre, y toda mujer) la lanza no penetra en su objetivo, sino que cuelga, en dos de cada cinco casos. Vuestra pócima, esa cosa repugnante, humedece e inflama cinco de cada cinco veces, diez de cada diez y cien de cada cien. Ahora que sé que el espanto es el precio que pagamos antes de que el destino y los dioses nos concedan el exquisito solaz, temo que el goce —éxtasis, encanto, arrobo—, ese ardor provechoso, se compre al precio del horror. Por eso no pregunto qué hay en el bebedizo; no quiero saberlo con exactitud.

Bueno, si insistís, volvamos a Palamedes. Partida, despedida, viaje a Cnossos, donde el feliz Idomeneo disfruta de la ventaja de holgar en opulentos palacios, porque sus predecesores no creyeron al tomarlos tener que destruir todo lo bello. Los otros príncipes fueron llegando poco a poco, y la mayoría estaba al tanto. Menelao, naturalmente, no; sin duda no habría partido de Esparta, y cuando llegó la esperada noticia de que Helena se había marchado con Paris, el hijo de Príamo, y que había encontrado lo que no buscaba, todos tuvimos que disimular mucho. A pesar de todas las enemistades, nos unía el placer del golpe logrado, y como el necio no debía saberlo teníamos que contener la risa. ¡Oh, qué dolor de vientre! Atormentaban las lágrimas que fluían, alimentadas por la marea contenida de una risa que era un secreto a voces; y qué gustosamente Menelao —antes de perder temporalmente lo que él gustaba de llamar entendimiento (de todos modos, lo había perdido todo él entre los muslos de Helena)—, qué gustosamente Menelao creyó nuestra rabia e indignación, y qué conmovido se sintió de que sus queridos amigos, todos esos buitres congregados allí, rompieran a llorar por él.

Pero la falta de cerebro nunca ha impedido a nadie convertirse en un excelente homicida…, excelente si escucha a los que son más listos. Ya pesar de toda su necedad Menelao era… Menelao es, porque aún vive, un terrible enemigo y un gran guerrero. No es el único, naturalmente; para todos estaba claro que una guerra sólo ofrecía expectativas si realmente participaban en ella los mejores de los mejores: Palamedes, ese cerdo astuto…, un hombre inteligente, espléndido conductor de hombres; los guerreros le amaban. Filoctetes, el único, aparte de mí, que sabía manejar un pesado arco, además de un astuto e ingenioso caudillo y urdidor de asedios. Idomeneo, también inteligente y fuerte…, pero también necesitábamos a los

que no eran muy listos, o a aquellos en los que la inteligencia se veía ensombrecida una y otra vez por la fuerza y la furia. Diomedes, un oso de hombre; el gran Áyax, hijo de Telamón, un gigante cuyo entendimiento ni siquiera hubiera llenado una cáscara de nuez, ¡pero qué combatiente! Y no lo olvidemos, Aquiles, el más grande de todos los guerreros, fuerte, osado, astuto, pero también dividido entre hombre y niño… Quizás en la infancia le mordiera un zorro enfermo, porque la parte infantil en él estaba llena de rabia, y cuando estallaba no quedaba del hombre más que la fuerza osada, pero le faltaba la cabeza. En esa época, cuando los príncipes se reunieron, aún tenía cabeza. El niño en él creía en una profecía que anunciaba que Aquiles, si iba a la guerra, ganaría eterna fama y moriría joven. El hombre, posiblemente, veía toda la empresa más o menos como yo. En cualquier caso, no quería… No vino a Cnossos, y no hubo forma de encontrarlo cuando lo invitamos al consejo de guerra en Argos.

¿Qué? Si, claro que pude entenderlo, aún puedo hacerlo. Lo que no cambia nada es el hecho de que… Digámoslo claramente: si yo tengo que ir, también tienen que ir los otros. O digamos: si sí, es que sí. O dicho de otro modo: sin los máximos héroes no hubiéramos tenido ni que zarpar siquiera; pero ya que la campaña estaba en marcha, teníamos que cuidar de que se reunieran los mejores guerreros.

Y naturalmente que la campaña estaba en marcha, antes incluso de que la asamblea nos enviara a Palamedes, a Menelao y a mí como legados. ¿Para qué la legación? Para salvar las apariencias… y, quizá, para esperar un milagro. Si los troyanos hubieran entregado a Helena, hubiéramos venido con la exigencia siguiente: el doble en oro y plata de lo que se ha llevado de Esparta. Y el pago de un tributo. Renuncia a los derechos de aduana en los estrechos. Etcétera. Finalmente, siempre nos quedaba la posibilidad de ahondar y aprovechar la división entre los troyanos. Porque estaban divididos.

Ah, es una larga historia… Intentaré abreviarla. Los verdaderos habitantes de Ilios son luvios. Naturalmente, a lo largo de los siglos se han asentado allí toda clase de gentes: mercaderes, marinos enrolados, refugiados de países vecinos, mercenarios a los que no les apetecía irse. Se han asentado y tenido hijos, han enriquecido Ilios y han dado el resultado de una población mixta. Añádanse a esto los matrimonios, los habituales matrimonios por razones de Estado. Si tú me das a tu hija para mi hijo, yo respetaré tus fronteras; y la hija trae un séquito consigo, y el séquito se casa también y engendra hijos mestizos. Entre los extranjeros que lucharon por Ilios y sembraron y engendraron había, naturalmente, también aqueos… La misma historia que entre nosotros, en Micenas y Argos y otros lugares. Cuando nuestro brillante héroe de las matanzas Hércules asaltó y saqueó Troya, él y su gente mataron a la mayor parte de la antigua estirpe reinante. Salvo dos hijas: Hécapa, a la que nosotros llamamos Hécuba, y Hesione, que no sé cómo se llama en su propio idioma. Hércules y su gente se llevaron a Hesione como parte del botín; y el aqueo Príamo, jefe de los

mercenarios, metió a Hécuba en su cama y tomó el poder en sus manos.

Sí, desde luego, éste es el meollo de las historias y de los rumores que habéis oído sobre las disputas en el consejo de la ciudad. Los troyanos —luvios e hititas, misios y medio aqueos y un tercio de frigios y un quinto de tracios y un séptimo de escitas y lo que queráis—, los troyanos no tenían al principio el menor deseo de meterse en una guerra sólo porque uno de los hijos de Príamo, su no amado y precisamente no venerable soberano, quisiera dejar preñada a una espartana. Si Príamo hubiera accedido a todas nuestras condiciones, se habría producido un levantamiento.

¿Que cómo estoy tan seguro? Oh, queridas: porque nosotros nos habríamos encargado de eso. O hubiéramos instigado una sublevación contra Príamo, para ir después en ayuda de los sublevados, con lo que por desgracia la ciudad habría sido saqueada y quemada, o habríamos ayudado a Príamo a reprimir la sublevación instigada por nosotros, con lo que por desgracia la ciudad…

Pero volvamos a Aquiles. Él no quería, y como era muy hermoso —y en verdad, yo no soy ningún pederasta, pero con él habría hecho una excepción si hubiera sido más joven—, como era muy hermoso, digo, se le ocurrió la astuta idea de esconderse entre hermosas muchachas, vestido de mujer. Ah, ¿conocéis la historia? ¿Cuál? ¿Que esparcí en el suelo joyas y armas y le reconocí porque no cogía las joyas, sino la espada? Bueno, ni siquiera Menelao habría sido así de tonto. No, lo hicimos de otra forma. De camino a Troya no íbamos sólo nosotros, sino, naturalmente, también remeros y guerreros. Aquiles se escondió entre once pajarillos cantores; Menelao era demasiado estúpido como para entender lo que yo quería, así que lo dejamos en los barcos y nos llevamos diez guerreros. Palamedes, diez guerreros y yo. Llevábamos pelotas, pequeñas bolas de cuero. Nos pusimos delante de las muchachas y, sin previo aviso, les tiramos las pelotas. Todas las atraparon parándolas en las faldas. Todas menos Aquiles, que no tuvo tiempo para pensar y, como cualquier hombre, cogió la pelota con las manos. Yal hacerlo lanzó una maldición espantosa, de la que no quiero privaros: «Ulises, que en el Hades hormigas de ardientes mandíbulas te coman los huevos y, si Perséfone no se opone, que vuelvan a crecerte cada día». No muy ingenioso, pero no está mal para un aqueo.

¿No me creéis? ¿Lo de la maldición? Ah, lo de las otras pelotas. ¿Entonces qué? ¿Preferís lo de las joyas y la espada? ¡Oh tiernas compañeras de juegos de los vientos de invierno!, ¿qué puedo contaros si no me creéis? ¿Debo deciros que Palamedes ya había visto muchas veces a Aquiles y pudo distinguirlo sin esfuerzo entre las muchachas? ¿Debo decir que las observamos mientras se bañaban y nos llevamos a aquella que no quería desnudarse? ¿Debo afirmar que Aquiles era la única muchacha con las pantorrillas peludas y dijo: «*Para eso* no me voy a depilar las piernas»?

Escoged; en realidad, tanto da lo uno como lo otro, bueno o malo. Lo único que cuenta en una historia es el colorido, sus colores… la variedad, la riqueza en sus

matices. ¿Quién quiere saber cómo fue en realidad? ¿Y quién lo sabe en cuanto pasan un par de días y la memoria empieza a ser más ingeniosa que lo que realmente ocurrió?

Pero si insistís… Bien, seguiremos de otra manera. ¿Así quizás? Una vez que hubimos encontrado a Aquiles nos fuimos a Troya, donde las palabras y el deleite de Helena consiguieron recordar a los ancianos consejeros su virilidad, así que no quisieron entregar a una mujer que había buscado refugio en los muros de Ilios. Menelao perdió el control, se comportó mal, tuvimos que dejar el consejo y zarpar. Palamedes y Menelao volvieron a casa; Ulises (ése soy yo, pero si queréis un relato imparcial nadie debe decir «yo», porque «yo» nunca es imparcial, sino siempre borracho de la propia importancia… ¿Tampoco un «nosotros»? Está bien… nada de «nosotros»). Hubo que zarpar; Ulises no volvió directamente a casa, porque muy bien podía dejar a Palamedes la tarea de informar a los príncipes; el príncipe de Ítaca fue a Éfeso, que los nativos llaman Abasa, donde habló con Mopsos o Mukussu para conocer la postura del Anciano Oscuro. Mukussu dijo que Madduwattas había recibido hacía poco un sabroso regalo de los asirios, sabroso, noble y joven, y por eso estaba más inclinado a escuchar las propuestas de Asur que las de los hititas o las de los troyanos; sin duda no tenía ningún deseo de implicarse en perjuicio propio en los tratos entre Acaya y Wilusa, o sea, Ilios.

¿Es lo bastante imparcial? ¿O lo queréis aún más, oh embriagadoras? Así: retorno a Ítaca, armamento durante años, despedida de Penélope, partida con doce barcos y doscientos cuarenta guerreros…

¿Qué? Sí, no más. Ya sabéis lo estrechos que son los barcos, y teníamos un largo trayecto ante nosotros. De Ítaca hacia el sur, luego al oeste, pasando por Citerea y las otras islas, luego vuelta al norte hasta las costas cercanas a Argos, donde se reunieron el ejército y la flota. Yo, Ulises, quiero decir, Ulises, hombre inteligente, renunció a llevar cerdos o vacas. Jamón sí, envuelto en rafia, y carne de cerdo en salazón, ¡pero nada de animales! Para no perder carne necesitan, además de pasto y agua, cereales… más cereales que un hombre, y había que alimentar a los hombres, que eran los que combatían. Ulises no pudo impedir que los otros príncipes llevaran animales vivos a bordo de sus barcos, y forraje para los animales, y comida, y esto y aquello y lo de más allá.

¿Ifigenia? ¿Qué pasa con ella? Ah, ¿se cuenta que yo…? Bueno, que se cuente. Lo que decía antes, que lo único que cuenta es el colorido de las historias, también vale para las historias que han echado sobre mis espaldas. Con tal de que tengan colorido…

Dejadme decirlo así, oh princesas de la isla: en esa época yo no sabía nada de vuestro animalito doméstico, pero empezaba a pensar en leones. Leones y la parte que se llevan de la presa abatida antes de dejar paso a las hienas y los chacales.

Estábamos conjurados para abatir una gran caza; ¿qué daño podía hacerme que *un* león fuera considerado especialmente listo y algunos otros empezaran a reñir entre ellos?

9. RETORNO AL HOGAR

Ninurta no era el único que visitaba Yalussu entrado ya el invierno. La ciudad se animaba cada día más con el retorno de muchos hombres que querían ver una vez más a sus deudos antes de partir con Tlepólemo. Los preparativos, equipamientos y torneos estaban tan concluidos como los necesarios sacrificios y demás ofrendas en los templos; aún se disfrutaría de la paz durante veinte días, se decía. Luego, deberían llegar los vientos favorables y llevar el ejército a Acaya.

El asirio consideraba toda esa guerra insensata, y absurda la planificación de los aqueos y demás occidentales. Si Tlepólemo y su gente de Rodas, como ellos llamaban a la isla, querían ir a la guerra contra Troya, ¿por qué no ponían ya proa al norte, con buen viento o fuertes remeros, para reunirse allí con los otros?

Menena había sido una fuente de entusiasmo para él. Tras el largo viaje por mar desde Ugarit, el anciano rome y su esposa no habían tenido ninguna necesidad de emprender otro viaje. Zaqarbal y Djoser, dijo, le habían confiado la administración del almacén, un trabajo que ya había hecho en Ugarit, con provecho y mejora. El hasta ese momento señor del almacén había sentido algo que llamaba el aliento de la Historia, y por eso quería ir con Tlepólemo a la guerra a toda costa. Menena se extendió en bien compuestos comentarios hostiles; Ninurta disfrutó de la ocasión de poder reírse a gusto, después de largo tiempo de seriedad.

—Esa infantil navegación en zigzag es una buena introducción al absurdo sublime de todo este montaje.

El administrador probó la cerveza caliente y especiada; la jarra de barro tenía la forma de una pierna roja, con el pie azul y los dedos negros. Menena estaba sentado en el sobresaliente basamento del fogón, y dejaba, decía suspirando de placer, que las llamas le abrasaran la ancianidad en la espalda… otras partes ya no se rejuvenecerían ni con ése ni con ningún otro fuego. La vieja Nekhebit, que se había echado cerca de la chimenea en una tumbona con mantas amarillas y cojines verdes, rió entre dientes y dijo que ella tampoco era ya el capullo que indicaba su nombre, pero a veces las umbelas y otras cosas eran agradables incluso sin folículos.

—Oh, sí. —Menena se llevó un dedo a los labios—. No le cuentes nada o se alegrará de envejecer, y queremos evitar eso, ¿no? Como he dicho, señor, un absurdo sublime. De aquí al noroeste, de allí al este, ¿y de allí? Al fracaso y la tumba y la eterna fama, eternamente absurda. ¡Bah!

Ninurta sonrío.

—En Asur hay un viejo entretenimiento para los largos días de invierno. Se llama: «Sentémonos en el suelo y contemos tristes historias sobre la muerte de los reyes». ¿De qué podríamos hablar si los reyes no fueran a la guerra?

—Sí, si, está bien, pero no lo hacen solos, y no lo hacen para entretener a sus descendientes.

—¿Qué deberían hacer, en tu opinión?

Menena tomó otro sorbo, hizo gárgaras con él y se lo tragó ruidosamente.

—Beber. O, si ha de ser, ese Manalahhu, o como se llame, tendría que ir a los wilusios y desafiar a duelo a Araksandu.

—¿Y luego?

—Luego, cuando uno de los dos haya muerto, la hermosa mujer podrá decidir si quiere quedarse con el superviviente o con alguien razonable.

En los amplios edificios de almacén del puerto había una serie de habitaciones sin utilizar; Menena y Nekhebit habían amueblado dos de ellas con camas, mantas, mesas, luces y aguamaniles. Primero habían puesto una ancha cama en la mayor de las habitaciones; Ninurta no lo había querido así. La distancia entre él y Lamashtu no hacía más que agrandarse. Se trataban con amabilidad, pero el deseo y las cosas en común habían desaparecido, igual que la prisión, la huida y el esfuerzo. A veces la babilonia se sentaba por las noches con él y los dos romet, y durante el día les ayudaba a limpiar, trasladar, recoger y completar los albaranes. Otros días paseaba por la ciudad o sus alrededores, recogía hierbas, hablaba con la gente. En tres ocasiones volvió acompañada, sin dejarse ver, y por la mañana el hombre (o los hombres) había desaparecido.

La ciudad, entre la empinada ladera occidental de la montaña Okyru y el puerto, formado por dos muelles, ofrecía espacio a unas cinco mil personas; en la costa norte y en el interior, numerosos pueblos pertenecían a los dominios del príncipe Celeo, que partiría con Tlepólemo. La ciudadela de la montaña, a la que, según se contaba, ya se había retirado varias veces toda la población, sólo alojaría a la familia del príncipe, los criados, su lugarteniente y una pequeña guardia. Ninurta lamentaba la partida del príncipe; Celeo sólo era un poco mayor que él, exigía unos tributos moderados («prefiero que me paguéis un diezmo durante veinte años que no tres durante uno, para iros el año próximo a hacer vuestros negocios en otra parte»), y en muchas conversaciones había mostrado ser un hombre agradable, vivaz y ansioso de saber.

En los primeros días, Ninurta no movía un dedo. Fue a unos baños, se hizo lavar, masajear, ungir y cortar el pelo, encargó ropa nueva para él y para Lamashtu e investigó los figones de la ciudad. Nunca había estado gordo, pero tras la fuga y la peregrinación parecía tener demasiados huesos bajo los músculos.

Había sabido por Menena que el armador Lygdamis iba a construir el nuevo carguero de Djoser. El astillero estaba en el extremo norte del territorio del puerto, más allá del muelle, que calmaba las aguas y las mantenía libres de la porquería de los curtidores, calafates y otros artesanos. Junto a los canales de desagüe, orillados de

enfermiza vegetación, de la carretera principal salía una senda a cuyo extremo el astillero de Lygdamis cerraba el paso hacia la playa.

Naturalmente, el barco no estaba listo; todos los armadores de Yaliso, Triadha, la capital de Rodas, y en general la isla entera habían pasado las últimas lunas construyendo barcos para los príncipes y sus guerreros. El astillero, en apariencia ventilado, apestaba miserablemente; Lygdamis, dos oficiales y varios aprendices o esclavos calentaban brea solidificada y sumergían maderas no lo bastante alabeadas en cubas llenas de nauseabundos fluidos. En el extremo inferior, cerca de la puerta que daba a la playa, había dos barcos de guerra casi terminados, junto a un esqueleto que muy bien podría llegar a ser un carguero.

Lygdamis era un hombre robusto, entrado en años, casi enteramente envuelto en cuero. El pelo gris oscuro de su pecho salía por los bordes de la vestimenta protectora; el cuero, pero también la piel de los brazos, estaba repleto de salpicones de brea y manchas de ácido.

—En verano, quizás en otoño —dijo—. Cuando los dos barcos de guerra estén listos, tendremos que terminar otros tres barcos de carga para guerreros y provisiones. Están ahí al lado. —Señaló con la cabeza la pared izquierda, tras de la cual probablemente había otro cobertizo—. ¿Cómo se llamará el carguero, señor? Tu amigo no nos dijo ningún nombre.

Ninurta pensó en la incurable seriedad de Djoser, en sus escasas necesidades y placeres, en los dioses maliciosos que parecían haberlo destinado a una ancianidad sin mujeres ni hijos antes de tiempo. De pronto se echó a reír, y escribió en una tablilla de cera, en signos cananeos e imágenes rome, lo que Lygdamis rotularía después en el barco en color negro: *Pistilo de Djoser*.

Más adelante se ocupó, con Menena y un esclavo, a veces también con Lamashtu, de las existencias del almacén. Menena tenía algunos reparos, gruñía Y refunfuñaba porque los dos «jóvenes señores» no le habían dicho exactamente cuánta plata podía emplear en las necesarias adquisiciones y mejoras; tampoco Leucipe y Minyas, que habían parado brevísimamente en Yaliso para cargar carbón vegetal, habían sido capaces de darle información, tanto más cuanto que aún no le conocían.

Luego, el tiempo se hizo cada vez más largo. Consideró la idea de remar hasta la isla, a pesar del mar inquieto y los vientos huracanados, pero la desechó. En un rincón del almacén, había encontrado rollos de papiro de Tameri; tras larga búsqueda entre todos los artesanos y comerciantes del lugar, encontró precisamente en casa de un fabricante de lanzas lo que no podía fabricar por sí mismo: un par de bolas de tinta.

Lamashtu le ayudó a rayarla y molerla, la mezcló con agua y miró cómo él diluía con vinagre la espesa papilla.

—¿Qué quieres escribir? —dijo ella, cuando él extendió sobre la mesa el primer

rollo y lo sujetó con piedras en los bordes.

—Una historia.

—¿La conozco yo?

—Tú apareces en ella, en la última parte.

—Ah. —Sonrió fugazmente—. ¿La historia de tu vida demasiado blanda, señor?

—No puedo juzgar lo blanda que es. Pero no debes llamarme señor.

—¿Porque hemos compartido un poco de placer y dolor?

—Porque eres libre.

Ella le contempló, con los párpados entornados.

—¿Libre? Esclava no, cierto, pero ¿libre? Puedo irme y morirme de hambre aquí, en un país extranjero, o intentar vender a las gentes hierbas que ellos mismos pueden recoger. O seguirte y esperar a que me des un trabajo. ¿Es eso ser libre?

Ninurta mordió una caña, se la sacó de la boca, la contempló y la encontró utilizable.

—Nadie es mucho más libre. ¿Qué quieres? Te he ofrecido plata para que puedas irte, establecerte en algún sitio. Pero la has rechazado.

—Eso es debido a la libertad. Y al placer y el dolor, señor… Ninurta. —Titubeó. Luego dijo—: Negociáis, construís; ¿no puedes darme algo que destruir?

—Creo que realmente has sido esclava demasiado tiempo.

—Se aprende a destruir. Envenenar es más fácil que curar, y matar, más rápido y menos doloroso que parir. ¿Qué… qué harás cuando sepas que tu princesa de los mercaderes se ha calentado con otro durante el invierno?

—Esperar que fuera placentero. Ella no me pertenece, yo no le pertenezco. Y sé que los inviernos en la isla son fríos.

Lamashtu le miró como se puede contemplar algo carente de objetivo o un animal muy extraño.

—¿Nada más?

—¿Qué más? Ella tuvo que suponer que estaba muerto. O desaparecido para siempre.

—¿Y si ha tomado a un criado o esclavo para calentarse?

—Espero que estuviera lo bastante caliente.

Ella resopló.

—Tan blando y generoso. Otros echarían mano a la espada.

Él se encogió de hombros.

—Quizá lo hiciera si no fuera un esclavo sino uno de mis amigos. Ahora déjame escribir.

Ella se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Tu historia, Ninurta. Siempre me he creído reservada bajo el manto del esclavo, pero creo que sabes más de mí que yo de ti.

—Yo carezco de importancia. Lo que quiero escribir son las cosas que he vivido. Lo que se vivió, no quién lo vivió. Podría ser cualquiera.

—Eres un hombre extraño.

Lo que Ninurta escribió fue la descripción de la fuga, de las comarcas, de los usos habituales, de los posibles bienes comerciales y necesidades. Trató de recordar el mayor número de detalles posible. Un motivo era la costumbre de los mercaderes de Yalussu de apuntar tales cosas y hacerlas accesibles a los otros; ya que con partían beneficios y riesgos, hubiera sido absurdo ocultarse conocimientos. La segunda razón era Djoser, que en algún momento probablemente cuando avanzara la demencia senil, volvería a su patria y querría llevarse consigo un gran escrito sobre todas las cosas que había oído, visto, vivido o conocido de cualquier otra forma. La tercera razón era el aburrimiento. La cuarta y más importante era el monstruo que habitaba en su memoria. La sombra de un dragón que desolaba los sueños de Ninurta y asaltaba sus pesadillas. El asirio no tenía ganas de hundirse en sí mismo para conjurar las imágenes, sonidos y olores que había enterrado lo más hondo posible. Se dijo, sin embargo, que hasta ahora habían fracasado todos los intentos de amansar al dragón y lo que albergaba o escondía. Quizá porque siempre ocurrían demasiadas cosas en el exterior. Ahora había inacción; con la que el dragón podía hacerse traer de las sombras a los rollos de papiro.

Después de tres días de inútiles señuelos para el dragón, fue liberado. Tsanghar entró en la habitación en la que Ninurta escribía. El gasqueo sonrió ampliamente y palmeó los hombros de Ninurta.

—Ésta es la recompensa del esfuerzo absurdo, como diría Zaqarbal. Como me he pasado el invierno fabricando objetos inútiles, puedo ser el primero en ver al muerto. Que no sólo vive, sino que incluso escribe.

—Y que deja de hacerlo de inmediato. Me alegro de verte. ¿Cómo has venido? ¿Quién más está contigo?

Tsanghar se dejó caer en el escabel libre y apoyó los codos en las rodillas. Luego, reacomodándose varias veces, puso su rostro con satisfacción entre las manos, y dijo:

—Ah, sólo tu timonel, Tuzku.

Tuzku, «cristal de colores», procedía de un pueblo cerca de Akkad, había sido hecho esclavo de niño y vendido en Biblos, donde fue a parar a un mercader que lo llevó consigo en sus viajes. Sin duda Tuzku había tenido antes otro nombre, pero él mismo lo había olvidado; su rostro casi transparente, atezado y manchado, le había reportado el mote de Tuzku.

—¿Dónde está? Y… ¿en qué barco habéis venido? ¿Dos hombres?

Tsanghar seguía sosteniendo el rostro entre las manos. Quizá, pensó Ninurta, quiere contenerse, sujetarse, sonreír todo el tiempo. O tiene algo que ocultar.

—Una de las cosas más inútiles con las que me he distraído, señor. Un barco que

puede emplearse incluso con fuertes vientos y la mar embravecida, y que dos hombres pueden manejar. En caso necesario incluso uno. Salvo Tuzku, nadie ha tenido el valor y la visión de subir a bordo conmigo.

—¿Va todo bien en la isla?

Tsanghar arrugó la nariz.

—Tan bien como es posible en ausencia del asirio al que todos añoran con lánguido desaliento. También esto es de Zaqarbal.

Ninurta sonrió.

—Me lo imaginaba; nadie más que él habla de esa manera. ¿Tashmetu está con los demás?

Tsanghar entrecerró los ojos.

—Está… ¿Cuándo quieres partir?

—Enseguida. Ya. En cuanto se pueda. ¿Qué tenéis que hacer?

Tsanghar soltó por fin su cara.

—Un par de encargos para Menena. Tuzku está con él, supongo. Madera, carbón vegetal. Y comprobar si el barco de Djoser avanza.

—Avanza a duras penas. Hay que construir barcos para la guerra. Pero le he dado un nombre al barco.

—¡Ah! —Tsanghar enarcó las cejas—. ¿Cuál es?

—Pistilo de Djoser.

La risa del gasqueo sonó un poco forzada.

—Muy adecuado. ¿Y tú, señor? ¿Qué has hecho? ¿Dónde…?

Ninurta alzó la mano.

—Despacio. En primer lugar: deja de llamarme señor; eres libre. En segundo lugar: te lo contaré por el camino.

—¿Qué ha sido de Lamashtu?

—Anda por la ciudad.

—¡Ah! Creo que lo digo por tercera vez. ¡Ah, ah, ah!

—Pareces un perro resfriado.

El principal objetivo del viaje había sido probar el extraño barco. Tuzku, que abrazó al asirio ensalzando a los dioses («¿cuáles?», dijo Tsanghar; «todos —dijo Tuzku—, por si acaso»), elogió las ideas de Tsanghar y su ejecución.

—Incomparable, te lo digo yo, no hay otro barco como éste. También habría que construir así los grandes cargueros.

—¿Qué tiene de especial? Hasta ahora no aprecio nada.

Acababan de dejar el puerto; el viento venía del este y soplaba hacia donde se encontraba la isla.

—La vela es móvil. —Tuzku señaló el mástil—. No la vela, sino la verga, quiero decir.

Ninurta miró con más atención. La Verga colgaba de una cosa (no se le ocurría otra forma de decirlo) hecha de nudos corredizos, barras y anillos, que descansaba a cosa de una braza de la punta del mástil sobre un disco, al parecer giratorio.

—¿Para qué se va a girar la vela hacia un costado o hacia atrás? ¿Y qué es eso de ahí?

Al pie del mástil había un macizo aparato; un gancho por arriba y otro por abajo, y en medio ruedas de madera y sogas.

Tsanghar sonrió como un arúspice que quiere guardarse por un instante el favorable resultado de su inspección.

—Es absurdo explicarlo. Espera hasta que lo veas. Entonces sabrás a qué me he dedicado en el frío invierno.

—Está bien tener algo con lo que frotarse. El invierno se hace más soportable. —Lamashtu miró a Ninurta de reojo.

El gasqueo lo vio, rió por lo bajo y dijo:

—¡Ah!

—Te repites.

—¿Y con qué se ha frotado Tashmetu en el invierno? —La voz de Lamashtu sonó indiferente.

Tsanghar miró al asirio; Ninurta asintió. El gasqueo cerró brevemente los ojos.

—Con Djoser —dijo.

Unas horas después el viento cambió; ahora venía del nordeste. Tuzku se levantó, entregó el timón a Tsanghar y reorganizó los cabos de la vela. Ahora estaba oblicua a la eslora del barco. Ninurta calló, escuchó los bramidos del viento y el batir de las olas contra el casco. Sintió sacudidas, pero ninguna deriva.

—¿Cómo es posible? —dijo, casi reverente—. ¿El viento viene oblicuo desde atrás, la vela está torcida, y el barco sigue recto?

Tuzku señaló al gasqueo, sentado a popa con una amplia sonrisa y el timón derecho aferrado.

—Sus divinas ocurrencias, señor.

Tsanghar carraspeó.

—Se me ocurrió, durante el largo viaje, que el viento lateral empuja la parte plana del casco… es decir, el costado. Entonces pensé que tenía que ser posible impedir eso. —Señaló las planchas bajo sus pies—. Abajo, en el casco, hay una especie de peine, una plancha de madera plana, parecida a un arado. Mantiene el barco en el surco, podríamos decir.

Ninurta se levantó y caminó por el barco, de apenas doce pasos de eslora y tres de manga. Lamashtu, que se había retirado a proa, miraba el mar.

—Más ligero, más rápido, más seguro y más flexible —dijo, como si hablara con el mástil—. ¿Es su primer viaje?

—El segundo. El primero fue el de ida a Yalussu.

Ninurta se volvió y contempló a los dos timoneles. Tsanghar sonreía, y Tuzku compuso una sonrisa en la que no faltaba un atisbo de asombro.

—¿Y crees que se podrán construir también así los grandes barcos? ¿Con ese peine submarino?

—¿Por qué no? —Tuzku adelantó la mandíbula—. Un barco es un barco; las leyes son siempre iguales. Incluso tendría que ser posible colocar después en vuestros barcos algo parecido a este peine.

Ninurta sonrió.

—Estás ante un mercader perplejo, Tsanghar. Conozco el valor de todas las mercancías que se producen, se cosechan y se venden en los puertos y en el interior. Pero ¿cuánto vale una idea? ¿Esta idea, que te pertenece?

—Espera a ver esa cosa con ruedas y cuerdas. —Tuzku ya no sonreía; con la punta del pie, señalaba el extraño aparato próximo al pie del mástil—. Luego podrás empezar a regatear.

Como siempre, esperaron en las cercanías del arrecife hasta que oscureció. A eso de medianoche se deslizaron hacia la entrada, y Tsanghar habló al asirio de los tubos para susurrar. Se arrodillaron juntos en cubierta y llevaron a remo el barco a la gruta. En la penumbra de las antorchas, Ninurta miró atrás cuando Tsanghar se lo pidió. Y el asirio vio cómo las pesadas planchas que antes tenían que empujar tres hombres eran movidas por un único guardián: un hombre que manejaba uno de los extraños inventos de Tsanghar, de dos rodillos a cada lado y cuerdas atadas a ellos. Dos de esos aparatos colgaban, sobre la entrada, de fuertes vigas clavadas a la roca: para abrir y para cerrar. Las cuerdas pasaban, a la derecha y a la izquierda de la entrada, por unos aros (asimismo anclados con vástagos en la roca) y estaban sujetas a las planchas por los lados; las cuerdas de las que había que tirar corrían por un bastidor de madera a la derecha de la entrada, allá donde el paso, parecido a una chimenea, terminaba en un ancho pedestal de piedra.

—Un hombre con una polea de cuatro ruedas puede levantar una carga para la que normalmente se necesitarían cuatro —dijo Tsanghar como de pasada.

Probablemente estaba orgulloso de sus aparatos y sus manos, y de la cabeza que había incubado todo eso, pero la voz sonaba indiferente.

—Tendremos que hablar a fondo de esto —dijo Ninurta—. Después. Primero los otros, luego…

Del pasadizo salieron dos esclavos, parpadeando somnolientos, seguidos de Zaqarbal.

El sidonio se detuvo como petrificado cuando vio a Ninurta descender del velero. Puso las manos en jarras, abrió la boca y la volvió a cerrar. Luego dio un par de rápidos pasos, susurró algo a uno de los esclavos y se precipitó sobre el asirio,

mientras el esclavo desaparecía en el túnel.

—¡Así que los mil dioses de los hititas no han podido arrastrarte al inframundo! ¡Awil-Ninurta, el terco mensajero de la primavera! Mi ánimo salta como un cabritillo, y el hígado me arde de placer, ¡en resumen, deja que te abrace, hombre!

Zaqarbal parpadeaba cuando Ninurta se desprendió de su férreo abrazo. El asirio casi estaba seguro de haber visto un rastro de humedad en los ojos del cananeo.

—¿Acaso me has echado de menos? —preguntó—. ¿Se ha vuelto *Kynara* inaccesible, para que te haya atacado el aburrimiento?

Zaqarbal braceó como un pájaro que quisiera echar a volar, pero no se levantara del suelo.

—Ah, ha sido un tiempo terrible sin ti. Nadie más que tú es capaz de hacer que ese monstruo de hembra hitita de Tarhunza hable bajo y observe las buenas costumbres en la mesa. Ven, amigo; beberemos y hablaremos y…

—Despacio, despacio. Primero déjame llegar de verdad y saludar a ciertas personas.

—¿Ciertas personas? —Zaqarbal saludó con la cabeza a Lamashtu, que bajaba a la cornisa, y señaló a Tsanghar… ¿Es que ese constructor de aparatos mágicos…?

—No lo ha hecho…, por si mismo, pero hubo preguntas que tuvo que contestar.

—Está bien. Antes o después, lo que puede decirse quiere ser dicho, y ¿quién sabe mejor que yo que ni siquiera lo indecible se puede callar?

Ninurta golpeó con el índice el pecho desnudo del sidonio.

—Nada es indecible.

—¡Ah! ¡Uh! ¿Descargamos? —Zaqarbal señaló el barco.

—Después. Ven.

Ninurta fue delante; en el ruido de los pasos, advirtió que Lamashtu iba tras él. La luz del valle llegaba al pasadizo; al parecer el esclavo había encendido antorchas y lámparas y, probablemente, pensó Ninurta, ha despertado a algunos. Si no a todos.

Las mesas de la placita en que terminaba el pasadizo estaban llenas de lámparas de aceite y jarras de vino; los esclavos corrían de un lado para otro, traían copas y bandejas con carne fría, pescado frío y fruta. Aparecieron los primeros de los mercaderes y artesanos, somnolientos y a medio vestir y sin embargo alegres, casi aliviados, le pareció a Ninurta. Le saludaron con abrazos, palmadas en la espalda, tontas frases; algunos no dijeron nada, por emoción o cansancio. Niños y adolescentes, arrancados del sueño por las carreras y los gritos, aparecieron, buscaron golosinas en las mesas y empezaron a bombardearse con frutas. Cada vez se sumaron más adultos: Tarhunza vociferó algo así como: «Oh, hijito, el mar te ha vomitado»; Leucipe le besó en la nariz; Minyas le dio un puñetazo en el estómago; el gentío aumentaba junto con el ruido.

Luego, abrupto, el silencio, cuando llegaron Tashmetu y Djoser. Venían de

distintas direcciones. Venían despacio; Tashmetu, porque cerraba su túnica con un broche mientras caminaba, y Djoser, porque daba pasos muy cortos.

Ninurta se separó de Kir'girim y Shakkan, con los que estaba hablando, y fue al encuentro de Tashmetu. Se detuvieron a media braza de distancia.

—¿Soy bienvenido…, aún o de nuevo? —dijo él con voz apenas audible; sus miradas palparon los ojos oscuros, los pómulos, la boca tensa, finalmente tan sólo los ojos.

—De nuevo y siempre. —Los ojos brillaban un poco, y después de hablar los labios ya no parecieron estrechos. Se alzaron las comisuras de la boca.

Ninurta tomó sus manos; estaban calientes y húmedas.

—Entonces todo lo demás carece de importancia, queridísima.

Ella le besó, y él la saboreó y la olió y olió mil recuerdos y mil exquisiteces y sintió el fuego. Luego escuchó murmullos, sólo a medias aliviados, y pensó en que aún quedaba algo por hacer.

Tashmetu le apartó con suavidad.

—Él me ha dado calor —murmuró—. Ya ti ¿quién te ha dado calor?

—La babilonia. Hace mucho.

—Aquí no hace mucho.

—Los muertos no piden cuentas cuando vuelven. Voy a saludar a Djoser.

Tashmetu asintió. Miró hacia el rome, que no estaba lejos de ellos; su sonrisa le pareció a Ninurta más extraña que todos los aparatos que Tsanghar hubiera inventado nunca.

El rostro de Djoser —terquedad e ira, alegría y pérdida— no se iluminó cuando Ninurta fue hacia él. Entonces, el asirio sintió un ligero contacto en los hombros.

—Toma, lo necesitarás. —Lamashtu estaba tras él; le alcanzaba su cuchillo.

Él lo cogió, lo sopesó, buscó en los duros rasgos la vieja familiaridad, que ya no estaba allí, y vio una mezcla de asombro burla y desprecio cruzar el rostro cuando ella comprendió.

Él sostuvo el cuchillo en alto; la luz de una antorcha cercana se reflejó sobre su hoja.

—Voy a saludar a un viejo amigo —dijo en voz alta—; ¿para qué un cuchillo?

Lo dejó caer, no se preocupó de si Lamashtu lo cogía, y abrazó al rome.

—Oye —dijo Djoser; cogió aire, como si fuera a gritar o llorar—. Oye… ¿eh?

—Después. Mañana. O en absoluto. Vamos a celebrarlo.

CARTA DE CORINNOS (V)

Más de cien docenas de barcos de todo tipo, oh Djoser; pequeños veleros, pequeñas barcas de remos con vela auxiliar, grandes cargueros, grandes barcos remeros de guerra con espolón, canoas, y también aquellas construcciones que nosotros llamábamos «bañeras» y en realidad eran poco más que balsas con borda. De éstas, algunas nunca llegaron…, a ninguna parte, a no ser que se acepte un concepto como *exilio vertical* y se consideren los abruptos campos en que pastan las vacas marinas de Poseidón como un destino profundo y que merece la pena.

Acerca de estos barcos, negros, huecos y ventrudos, que navegaban hacia el este por un mar de color de vino o desierto o simplemente acuoso, se han contado muchas insensateces. ¡Oh rome, amigo de las cifras y listas exactas!, apenas puedo satisfacer tu codicia en este asunto, ni mencionar el número exacto ni los nombres de los barcos. Todos tenían nombre, los nobles y los menos nobles, algunos se llamaban sencillamente con nombres de ciudades o con nombres de mujeres que habían quedado atrás, otros llevaban exquisitas denominaciones o aquellas con las que se esperaba atraer la bendición de los dioses. ¿Debo hacer ahora un largo, aburrido y sin duda incompleto catálogo, amigo mío? ¿Veinte barcos de la honorable Pilos, once de la honesta Corinto, siete de la honrada Yaliso, tres de la honrosa Megara?

O mejor así: por consejo de los sacerdotes, Aquiles hizo colocar una figura de madera burdamente tallada, representando a Tetis, en la proa de su buque insignia, y el barco se llamó *Regazo de Tetis* (en cambio, el buque insignia de Patroclo se llamaba *Diadema de Tetis*, debido a unas jorobas con puntos de colores). Pero como la figura de Tetis que iba en la proa había sido hecha con espléndidos pechos por un aficionado poco experto en las tareas artísticas, los burlones llamaron al barco *Tetas de Tetis* o, más sencillamente, *Tetais*. Hubo muchos barcos con nombres como *Pilos* o *Megara* o *Micenas* o *Atenas* o *Zeus Es Poderoso* o *Placer de los Laconios* o *Ala de Bóreas*. Hombres de la región de Cinocéfalos llamaron a uno de sus barcos, no cabe sorprenderse, *Cabeza de Perro*, por el nombre de su ciudad; gente de una ciudad vecina, no precisamente bien dispuestos hacia ellos, llamaron a su buque insignia *Culo de Perro*. Hubo un *Copa de Poseidón* para bebedores supersticiosos, que preferían el vino al agua salada, y un *Orinal de Poseidón* para algunos blasfemos. Un tal Teocles había dotado a su barco de un enorme espolón, tan pesado que durante la travesía la mayoría de los hombres tuvieron que apiñarse en la popa para que el barco no se fuera a pique; y como el espolón apenas sobresalía de la superficie del agua se llamó al barco *Phallos* (creo que el verdadero nombre era algo así como *Tiesa Brisa*). Otro hombre, perteneciente al mismo grupo de barcos, encontraba su barco difícil de

maniobrar (¡la obra maestra de los carpinteros aqueos, oh sí, y de su capacidad naval!), renqueaba detrás de los otros y se escoraba continuamente ya a babor ya a estribor; el nombre *Osadía del Halcón* parecía poco adecuado, así que finalmente se le llamó *Rabito*.

Todos esos barcos portaban héroes, naturalmente… a incontables inmortales llevaban a la muerte. Pero aún albergaban más cosas: espadas cortas y largas; arcos sencillos; arcos de largo alcance, hechos con una base de metal, cuerno y astil de madera envejecida; cinco años de trabajo de un buen fabricante (pero sin arqueros que supieran manejarlo); cestas llenas de puntas de lanza; haces y haces de astiles de los talleres de los lanceros; rodelas de madera y cuero; escudos alargados de bronce, con concavidades laterales para los brazos de los combatientes, para que —ya fueran diestros o zurdos— pudieran usar la lanza sin estorbo; corazas de cadenas; corazas de discos; corazas de cuero, recubiertas con tiras de bronce; montañas de espinilleras y colinas de yelmos (yelmos redondos, yelmos con penacho, yelmos cerrados, yelmos alados) y gavillas de cinturones; herramientas de todas clases, y accesorios para la rápida construcción de forjas y hornos de fundición, y todo lo que pudieran necesitar los armeros y armadores de barcos.

Como se iba a luchar contra los troyanos, que seguían manteniendo un espléndido ejército de carros de guerra, por consejo de Néstor los aqueos habían restaurado viejos carros y construido otros…, algo que ya nadie sabía manejar del todo. Eran quinientos, con lanzas y cuerdas y carcajs para las jabalinas; casi dos mil caballos, reunidos con esfuerzo en todos los lugares de Acaya, tuvieron que ser repartidos por los barcos, con su forraje y agua para los pocos (pero voraces) días de travesía. Tres mil reses, que se irían sacrificando poco a poco, el mismo número de cerdos, aún más ovejas e innumerables aves, porque no se podía contar ni con una corta duración de la guerra ni con una excesiva hospitalidad de los troyanos.

Cereales, oh Djoser, grano para los combatientes y los animales, frutos secos, pescado seco, salpresos y verduras encurtidas; algunos pensaron incluso que también en campaña son útiles los recipientes para cocer y conservar alimentos, por no hablar de copas, cuchillos, bandejas y tenedores. Y casi no se puede creer: hubo incluso los blandengues de siempre que dijeron que un asedio posiblemente largo de Troya, o una guerra que duraría más que una tarde heroica, se podía soportar mejor llevando unas cuantas mantas, o incluso una almohada. (Vi almohadas bordadas con amor, hechas por las esposas con la esperanza de que el marido que partía estuviera lo bastante cómodo en la lejanía como para no desear el retorno).

¿He olvidado algo? Probablemente demasiado, pero si ya no pensamos en tiendas de campaña y bastidores de camas y vendas y hierbas curativas, ni tampoco en leña o carbón vegetal…, si no tenemos en cuenta todo esto, qué puedo haber olvidado, sino que hablamos sólo de los combatientes: incluso en este caso, sabrás que el poderoso

ejército de Agamenón, de unos veinte mil guerreros, Sufrió la travesía con animales y artilugios en una agobiante y apestosa apretura. Los que volvimos y los que se quedaron tendemos a la exageración pero los cien mil de los que hoy se habla no habrían tenido bastantes tablas bajo los pies, y sólo los menos sabían nadar.

Además, no todos zarparon al mismo tiempo con el mismo destino. Algunos no largaron las velas (ni remaron) en absoluto, otros no pusieron proa a las costas de Troya.

Aquiles, como ya se ha mencionado, entregó a la no sacrificada Ifigenia a un príncipe escita, llegado a Aulide con algunos guerreros. Estos jinetes partieron (con Ifigenia, de la que nadie volvió a oír una sola palabra; supongo que habrá parido diablillos escitas) antes de la salida de la flota, acompañados de infantes aqueos, para recorrer la costa norte, el país de los peonios y los tracios, aliados con Troya. No sólo había aliados de Troya que atemorizar o poner de «nuestra» parte, sino también pequeñas guarniciones troyanas en los puertos, y todo esto tenía que ser «limpiado» (así lo calificó Filoctetes). Pero aún había más que «limpiar»: los países al sur de Troya, hasta el río Secha (que los micénicos llamaban Ka’echa y los aqueos Caica o Caicos), y te diré más, hasta Abasa, el Éfeso de las crónicas; de allí podían llegar refuerzos en armas, combatientes y víveres para los troyanos.

Yo fui con la flota principal, en el barco angosto y repleto de mi señor Palamedes, donde me senté, remé, dormí y comí entre dos vacas, porque a mi señor le gustaba la leche y no quiso conformarse con reses de matadero. He olvidado cuántos días y cuántas noches pasamos así… demasiados, en cualquier caso. Creo que fue por la tarde del Séptimo u octavo día tras la partida de Aulide cuando vimos las colinas occidentales de Troya.

10. DELEITE Y BENEFICIO

Cuando Ninurta despertó, Tashmetu no estaba a su lado. Recordó la urgente y precipitada unión, se alegró pensando en días y noches más despaciosos, y sonrió. Luego bostezó y miró a su alrededor. Muchas cosas del cuarto le eran familiares: el viejo y pesado arcón de Keret, dos tapices que también en Ugarit habían decorado el dormitorio, pero también su propia mesa de madera negra tallada, la silla de tijera de suave cuero con incrustaciones de marfil, el estante con las tablillas de escribir, los rollos de papiro y otras cosas que le pertenecían, o que le habían pertenecido antes de que Tashmetu tomara posesión de la habitación.

Se vistió y fue a la cocina, consistente en un saledizo (vigas, ripias, adobes) y en una cueva que había detrás. Tashmetu se encontraba ya allí, vestida con un faldellín blanco y un echarpe sobre el pecho; hablaba con Ubariya, el obeso y calvo príncipe de todos los cocineros. Parecían estar tratando de cosas importantes y misteriosas… Ambos susurraban cuando Ninurta apareció; Tashmetu trató de espantarle con movimientos de la mano, y Ubariya alzó sonriendo el hacha con que solía partir la carne y los huesos. Ninurta negó toda intención de querer molestarles en los preparativos del gran envenenamiento, y pidió la gracia de un desayuno.

Ubariya echó en una jarra cerveza caliente de una marmita, y la sirvió en una bandeja con pan y carne fría. Ninurta hizo un guiño a Tashmetu, salió al aire libre y se sentó a una de las mesas.

Le dejaron comer en paz; o todos estaban demasiado ocupados, o todos se habían puesto de acuerdo. Sobre el borde occidental del valle describía círculos una de las águilas; las cabras pastaban en zigzag en la ladera que había debajo, que reventaba de matorrales, flores multicolores y jugosa hierba. En alguna parte se oía un martillo. Vio un par de esclavos que llevaban bloques de arcilla a los cantareros, y ovejas recién esquiladas que parecían mirar malhumoradas.

Después del desayuno miró un rato a los niños, que intentaban una y otra vez embalsar el arroyo; luego recorrió el valle, saludó a los que aún no había saludado o no había saludado con suficiente atención, acarició al león manso de Kir’girim y dejó que los herreros le contaran cómo fundían el hierro, cómo lo convertían en barras, las limaban, mezclaban las limaduras con la comida de los gansos, las retiraban del estiércol y las volvían a fundir y forjar. Algo en el estómago de los gansos hacía el hierro más limpio y más duro. Shakkan le enseñó una espada, una de las varias que allí tenían.

—Es incomparable… es decir, sólo es comparable con las otras que también proceden de la mierda de ganso.

Ninurta sopesó la espada, la sostuvo en el brazo extendido y tocó el filo con el

pulgar.

—Está muy afilada.

Shakkan gruñó algo.

—Me ofendes, muchacho —dijo—. El mango es provisional; esta hoja necesita un mango fino, exquisito. Pero… —Miró a su alrededor y señaló una muñeca de cuero relleno de paja—. El cuero flexible es difícil de cortar, la paja cede a la hoja. Intenta decapitar esa muñeca.

Ninurta siguió su indicación y dio un mandoble sin demasiada furia. La hoja, al cortar el cuero y la paja, se deslizó casi sin encontrar resistencia, como un cuchillo afilado por una carne muy cocida.

—Si pongo esto en un plato de la balanza, los príncipes troyanos y aqueos pondrán oro en el otro, y más del necesario para equilibrarla.

Shakkan enseñó sus dañados dientes.

—Si me lo preguntas, es una lástima que sea para los aqueos.

En realidad quería hablar con Djoser, pero luego comprobó que realmente no quería hablar con él… Cuando volvió de la herrería a las viviendas, Tashmetu le salió al encuentro; sonreía muy maliciosamente, y señaló hacia la cocina.

—Allí están preparando exquisiteces, príncipe de mi lecho… para ti y para mí, para su goce lento y conveniente tras una larga separación. —Más seria, añadió—: Vamos a lavarnos, querido… sin aceites ni pomadas que falseen el sabor.

Ninurta la cogió por los hombros.

—¿Qué estás preparando?

Ella lanzó un beso al aire.

—Déjate sorprender.

Se bañó en la playa de la gruta, junto a los barcos sacados a tierra con los aparatos de Tsanghar; luego fue a la piscina de dos niveles que el pequeño arroyo alimentaba. Dos esclavos le ayudaron a limpiarse, le frotaron y almohazaron sin ponerle aceites ni ungüentos aromáticos. De vez en cuando pasaban otros habitantes de la isla, haciendo burlonas observaciones que patentizaban su envidia. Cuando hubo acabado, los esclavos le secaron y le envolvieron en un largo y suave paño. Uno de los dos desapareció, reapareció de inmediato y dijo:

—La señora está lista.

—Está bien. —Ninurta sonrió—. Os doy las gracias.

Se dirigió a la vivienda que había sido la suya y que ahora habitaba Tashmetu. La animaba, pensó; y seguía sin saber lo que le esperaba… sólo, que sin duda sería lo bastante exquisito como para borrar el recuerdo de la prisión, la fuga y los desiertos.

Los objetos más grandes habían sido sacados de la habitación para hacer sitio a un nuevo suelo: una gran manta de suave piel, que al parecer descansaba sobre cojines o montones de otras mantas, porque estaba a casi dos palmos del suelo

propiamente dicho. Cuando Ninurta la pisó no ofreció resistencia, sino que cedió un poco, como la carne firme bajo las manos que la buscan.

Tashmetu estaba de pie ante mil bandejas y escudillas de madera. También ella estaba envuelta en un largo paño; sostenía en una mano dos cintas de color claro.

—¿Qué clase de hechicería es ésta, amor mío?

La sonrisa de Tashmetu se ensanchó cuando los dos esclavos que habían bañado a Ninurta aparecieron con paños claros y los tensaron sobre las ventanas y la puerta.

—Para que tengamos luz si queremos ver sin ser molestados. —Señaló con la izquierda a las claras cortinas; el paño que cubría la puerta se deslizó hasta el suelo con un susurro, una vez que los esclavos salieron—. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—A ti. ¿Qué más necesito?

—Oh, mucho más. Mira.

Ninurta se arrodilló entre las bandejas y escudillas. Vio pescado seco en forma de bastón, atún cocido en una salsa que olía a sésamo y hierba de dragón; atún asado con puerro en adobo; calamares, cortados en anillos y tostados; mejillones, ostras y cangrejos en distintos líquidos, con las conchas abiertas. Cordero asado con verdura y puré rojo de arándanos. Pollo asado. Codornices sobre un lecho de col en salmuera, rodeadas de uvas. Pichones y carne de ternera y puré de lentejas y melón, higos, dátiles; odres de vino y odres de agua. Y escudillas con otras cosas que ya no alcanzó a ver por separado, porque Tashmetu le alcanzó una copa en la que flotaban pequeños trocitos de algo que parecía descolorida carne, hierbas y ralladuras de plantas en un caldo denso y dulce.

—Bebe. Kir’girim y Kal-Upshashu lo han preparado. Vino y especias; y sobre todo trocitos de setas y ralladuras de bulbos. Hierbas. Aceite de sésamo. Eso y más.

Ninurta cogió la copa. Se sentía indefenso e ignorante, pero también expectante y tenso ante algo incomparable.

—¿Para qué el bebedizo?

—Volaremos, Ninurta, y nos amaremos sin cansarnos, y comeremos y beberemos todas estas delicias sin llenarnos ni sentir pesadez.

—¿He de beberlo todo, o lo compartiremos?

—Lo compartiremos. Tú primero. Y no mastiques los trocitos de setas, sólo trágalos.

Ninurta bebió. A pesar de todos los aditivos suavizantes, el caldo sabía como los excrementos de un viejo demonio enfermo. Alargó a Tashmetu la copa y se estremeció. Ella la vació, la dejó a un lado y señaló las dos cintas de tela.

—Nos vendaremos los ojos el uno al otro en cuanto empiece a hacer efecto. —Su voz era como el más delicado terciopelo, erizado con el dorso de un cuchillo de plata —. Para gozar del sabor de todo… para gozarlo mejor. Y sólo cuando ya no podamos soportarlo nos quitaremos las cintas.

—¿Y hasta que empiece a hacer efecto?

—Mirar. Tocar. Hablar. O callar. —Se liberó del paño que la cubría y lo tiró lejos, hacia la puerta.

También el asirio se liberó del paño; empezaba a agobiarle. Sacudió la cabeza, que pareció perder su forma y empezar a temblar. Tashmetu le cogió de las manos.

Su mirada subió de los erectos pezones a los ojos, que le absorbían, le succionaban, reducían a cenizas el tiempo de la separación, en el que hurgaba la sombra de dragón de su memoria y ya no mordía ni rasgaba.

Ninurta quería sus labios y cubrirse con carne de cangrejo y salsa y vino para saturarla, y comer pechuga de pichón y aceitunas de la puerta de Ishtar, descubrir los pechos de Tashmetu bajo los puerros y el cordero. Era extraño cómo se fundían los colores, cómo los ojos en los que quería nadar descomponían la luz. Las palabras que formaba se convertían en pasta de sonido y volvían a hacerse abruptamente transparentes. Ninurta no dejaba de reír y dijo que ella debía sentarse en la miel y darse la vuelta y… entonces el puño de un monstruo aferró su estómago, Cuando Ninurta (¿se llamaba él así?) jadeó en busca de aire, el puño desapareció y dejó atrás algo que podía ser una alfombra de ardientes capullos. El calor se expandió, alcanzó las puntas de los dedos y erizó cada pelo de su cuerpo.

Tashmetu se arrodilló ante él, lo arrastró hasta el suave y ondulante suelo de piel, que era el ala de un pájaro divino. Él le puso la venda y se la ató, luego Tashmetu hizo lo mismo con él, y él no vio nada más, pero tampoco era necesario ver, cuando se volaba y se veía el mundo abajo, hecho de agua amarilla y verde nieve y hombres de siete piernas y cuellos como grullas. Pero sobre todo no necesitaba ver para sentir cómo Tashmetu le tocaba para que pudiera alzarse más y entre las estrellas su cuerpo desnudo y la boca que ocultaba relámpagos húmedos; luego se marcó, de forma que no pudo mantenerse de rodillas y…

—Ay. —Algo duro, una escudilla, resbaló debajo de su cadera, y algo caliente le salpicó la piel.

—La madera no se rompe —dijo Tashmetu. ¿Era su voz? ¿Ese retumbar y aspirar? ¿Dónde?—. Por eso no hay nada que sea de barro. —La oyó a la derecha, y extendió la mano. Pelo, plumón de Ishtar. Otras escudillas o bandejas crujieron; de pronto le llegó la alegre risa de Tashmetu, llevada por un batir de alas, desde uno de los rincones superiores de la habitación, ¿o desde su espalda?—. Bueno —murmuró, zureó, exhaló ella, y él supo que se refería a la salsa vertida sobre su cadera.

Tiempo como puré de mijo. Peras contra esto y aquello y contra la sed. Exquisito, lamer una mus de lentejas en el ombligo de la amada. La codorniz, rellena de hierbas picadas, o embutidos envueltos en hojas de parra entre los pechos. Golosear la carne de cangrejo en la rabadilla; oír que el bastón no es (ni sabe a) pescado, porque no sabe a pescado; hojas de alcachofa y cominos, y anillos de calamar sacados con la

boca de entre los dedos de los pies, cerezas en cualquier sitio, y sorber las ostras, y el vino del odre a reventar mezclado con miel, ¡oh los dátiles!, y elogiar a los cocineros, que no han puesto abrasadoras especias, y cacarear y batir las alas; en algún momento se soltaron los nudos de la venda, pero ya estaba oscuro, salvo la luz oscilante del candil de aceite del escritorio. A cuatro patas, gruñendo como un cochinillo, Ninurta reptó hacia la luz, se puso en pie vacilante y sostuvo la lámpara en alto.

Tashmetu, sin venda, en medio de carne, salsa y frutas, todos los colores de este mundo y algunos del inframundo, exquisitos colores jamás saturados y sedientos aromas y el placer de volar y derramarse y saborear la sonrisa. Ninurta apagó la lámpara y flotó hacia las rodillas de Tashmetu.

Durante algunos días le dolió; como si hubieran destripado su alma, frotado su *ka* con ásperos cepillos y vuelto a meter todo sin tener en cuenta que las distintas partes tenían que buscar sus lugares familiares entre una constante ulceración. Él no había contado con el retorno de Ninurta, y con que si el asirio venía, no habría disputa. Lo había aceptado, pero cuando Ninurta llegó y la babilonia le dio el cuchillo, todas las suposiciones se vinieron abajo y sólo le quedó el miedo. No a un combate: Djoser había tenido que salvar ya su pellejo en suficientes ocasiones. Miedo a destruir algo muy valioso. Sólo después comprendió que eso tan valioso no era una vida o el delirio de Tashmetu, llama que devora sin consumir, sino la amistad.

Pero aún quedaba otra cosa, una insuficiencia; nadie, ni siquiera él, había esperado ni un instante a que hubiera una elección y Tashmetu pudiera titubear. Él conocía demasiado bien al asirio, y sabía que Ninurta no recurriría a las armas ni reclamaría derecho alguno…, derecho en el que cualquier otro hubiera insistido. Cualquier otro excepto Ninurta, que no quería disponer sobre las personas. En caso necesario, también él traficaba con esclavos, a los que trataba mejor que los demás…, hombres que ya eran esclavos, y a los que después vendía o liberaba, según el caso.

Hasta ese momento los trataba como a mercancías valiosas. Luego, Djoser se dijo que quizá Ninurta no reclamaba derechos (fueran los que fueren) porque a nadie se le ocurriría negárselos. Porque la mera idea de que Tashmetu pudiera decidirse por Djoser en vez de por Ninurta era infinitamente ridícula.

Cambió con esfuerzo el rumbo de sus pensamientos, pensó en negocios en vez de en sentimientos. Buenos negocios que Ninurta había hecho cuando renunciaba aparentemente a un buen negocio. Ocasiones en que deudores se habían ofrecido como esclavos al asirio; en dos de ellas había renunciado a todo pago, en las demás (campesinos tras una mala cosecha, artesanos después de un terremoto u otras devastaciones) había prestado plata y acordado reembolsos parciales a lo largo de años. Probablemente a Ninurta no se le ocurriría imponer algo a una mujer. O a un hombre.

Cuanto más cavilaba, tanto mejor comprendía, y tanto más fuerte se hacía la

sensación de insuficiencia, hasta que (al tercer día después del retorno del asirio, cuando su ka ya no dolía tanto) se dijo, medio en broma, que en todas las guerras de los hombres, del amor y del comercio, algunos habían nacido para caudillos y otros sencillamente tenían que estar allí para que los caudillos tuvieran a quién mandar.

Al segundo día, tras la breve conversación con Ninurta, Djoser empezó a prestar más atención a las personas que a sus palabras en las deliberaciones de los propietarios. Ninurta había ido a visitarle, le había hablado de la fuga y de las montañas y, para concluir, le había dicho: «Y en lo que se refiere a las cosas aquí, amigo mío, quiero darte las gracias. Tashmetu tenía que darme por muerto, tú la has ayudado y le has dado calor. Sólo espero que no sufras». Djoser negó que hubiera sufrido; por las noches, en el consejo, observaba a los otros, que antes habían sido transformados. Como si se hubiera levantado un velo que hasta entonces ocultaba algunas cualidades desagradables. Con Ninurta, el velo había vuelto a caer. Tarhunza, un monstruo de mujer que eructaba y bramaba, de repente hablaba a un volumen soportable y comía sin salpicar toda la mesa. Leucipe, un poco melancólica por la amenaza contra su ciudad natal, dejó de sentirse agredida por cualquier observación y de producir venenosos discursos. Cosas que durante el invierno habían conducido a la disputa una y otra vez se trataban ahora sin esfuerzo: quién iría a qué objetivos con qué mercancías, cómo se calcularían las pérdidas y ganancias del año anterior.

Por suerte, Djoser no tenía mucho tiempo para cavilar. Su nuevo barco aún no estaba listo, según le habían comunicado Tsanghar y el asirio. En algún momento, Tsanghar le llevó aparte y le dijo:

—¿Sabes cómo ha llamado a tu barco? *Pistilo de Djoser*. ¿Qué te parece?

A veces se preguntaba si Ninurta… pero luego decidía pensar en los asuntos pendientes. El asirio quería ir con Tashmetu en su barco y había puesto el *Yalussu* a su disposición; Minyas, que nunca había estado en Ugarit, partiría hacia allí con plata, compraría vino y aceite en la alargada isla de Kefti, navegaría hasta el país de los juncos y las pirámides, cambiaría oro y viajaría haciendo escala en los puertos cananeos, sin revelar ser uno de los de Yalussu. Tarhunza dijo que quería atizar un poco más el odio a su estirpe, que la había rechazado por su fealdad, haciendo negocios con los odiosos hititas en perjuicio de aquéllos; iría a Ura pasando por Alashia y regresaría de puerto en puerto, a lo largo de la costa. Zaqarbal afirmó que el último viaje había sido tan aburrido que quería hurgar un poco en lo desconocido, primero a través de Kefti en el país de Micenas, luego de allí a los salvajes campos al oeste del país de los romet, donde Tolmides había pasado cómodamente el invierno o había desaparecido. Leucipe iría a Troya, donde también querían ir Tashmetu y Ninurta, y desde allí recorrería la costa norte hasta llegar al país de los aqueos. Djoser decidió viajar en sentido inverso y visitar Troya en el otoño.

Luego todo fue muy deprisa, cuando los vientos de primavera se hicieron más

fuertes. Cargar, amarrar, despedidas, la habitual disputa amistosa con quienes se quedaban en la isla, y algunos acuerdos: el juramento por todos los dioses de que nadie vería los maravillosos aparatos elevadores de Tsanghar, con los que todos los barcos iban equipados. Las ruedas cuádruples estaban ocultas en revestimientos de madera abiertos por arriba y por abajo para las cuerdas, y todos prometieron no permitir verlas a ningún extraño. Cuando Djoser fue el primero en salir de la gruta con el *Yalussu*, Ninurta le despidió haciéndole señas con una de las nuevas espadas.

—Te doy las gracias por la libertad, la comida, la bebida, el techo y el alegre trabajo —dijo Adapa; algo temblaba en torno a sus ojos—. ¿Por qué ahora quieres quitármelo todo y obligarme a un sofocante viaje por mar?

El rome Sokaris estaba en la ventana del ventilado y luminoso cuarto, cuyo mobiliario consistía tan sólo en mesas, taburetes de tres patas y estanterías. El señor de las listas agitaba los delgados dedos de sus pies; luego metió el índice derecho en el enorme aro que adornaba su oreja derecha, y llenó de entristecidas arrugas lo que para un hombre de su edad (tenía cuarenta y seis años) era un rostro increíblemente liso.

—No querrás privarnos de este hombre sabio —dijo con su voz suave y profunda —. Acrecienta el bienestar de todos vosotros y nuestro tiempo libre.

Ninurta intentó acordarse de su última visita a la cámara de los contables. Hacía mucho tiempo; aun así, tuvo la vaga sensación de que algo había cambiado. ¿Menos tablillas en los estantes? ¿Menos rollos de papiro? ¿Menos confusión?

—Ilumíname, hijo del país de los juncos —dijo—. ¿Qué puede aportar un gordo babilonio, con una media calva bajo la que no puede haber mucho cerebro, al éxito de la empresa?

Adapa rió, cogió un agudo punzón de una tablilla de cera y se lo tiró al asirio.

Sokaris sonrió levemente, pero enseguida recobró la seriedad.

—Ha inventado una importante simplificación. ¿Dónde…? Ah, aquí.

Cogió un gastado trozo de papiro de la mesa que había junto a sus rodillas. Ninurta se acercó y contempló los borrones sobre los que se deslizaba el sucio índice de Sokaris, mientras el rome daba explicaciones.

—Mira esto de aquí, siete. En mi país, pero también en Sidunu y las otras ciudades cananeas, hasta ahora esto se escribía así, con un espacio en medio entre los romet o con dos entre los cananeos.

Ninurta asintió cuando el dedo tocó dos grupos de rayas: 𒐗𒐗𒐗𒐗 𒐗𒐗𒐗 y 𒐗 𒐗𒐗𒐗 𒐗𒐗𒐗.

—Lo sé. ¿Y bien?

Sokaris se abanicó con el trozo de papiro.

—Ésta es nuestra hoja de muestra, pero entretanto ya no la necesitamos. Todo

está bien guardado en la cabeza.

—¿En qué? —dijo Adapa—. ¿Esa bola hueca sobre tus hombros? ¡Ah, sí!

—Que los dioses te ahoguen en cagarrutas de perro. Calla, sabio contable. A Adapa se le ocurrió la idea de dar un signo a los números que van del uno al nueve. Y son los nueve primeros signos de la escritura cananea. *Alef* es uno, *beth* es dos, *ghimel* es tres, y así sucesivamente; *zain*, la séptima cifra, la de la s suave, es siete. Esto — se escribe más aprisa que esto — —, ¿no es verdad?

—Ya veo. Ahora, si matamos siete ovejas, necesitáis menos tiempo para escribirlo y os queda más tiempo para comer. —Ninurta encontraba razonable la simplificación, pero no le conmovía.

—Oh, esto es sólo el principio, príncipe de los beneficios. —Sokaris señaló un grupo de borrones—. Mira esto de aquí, por ejemplo… ochocientos. Los cananeos lo escriben así. —Se podía leer —. Adapa, al que los dioses ahoguen primero en cagarrutas de perro y lo eleven luego a las estrellas, tuvo su segunda ocurrencia maravillosa. Después del nueve viene el diez, y luego se vuelve a empezar con el uno… uno y diez, dos y diez, etcétera, hasta veinte, que son dos veces diez. Él ha reproducido los primeros nueve números por signos de una cifra, como te decía. Entonces se le ocurrió la segunda idea, que la vieja raya para el uno, , se escribe más deprisa que la *alef*, y que se puede tomar otra cifra para escribir diez, ésta, la dura *kha*.

Ninurta parpadeó; *kha*, , era nueva con el valor de diez, pero no veía ninguna gran revolución en ello.

—Entonces —prosiguió Sokaris— pensó que era mejor escribir «una vez diez», ya que veinte es dos veces diez.

—Ajá.

El rostro de Ninurta debió expresar confusión; Sokaris sonrió despreciativo, y Adapa emitió una risita estridente.

—Así se le ocurrió este signo —— para diez, y como cien es diez veces diez, este —— para cien. Ocho lleva el signo de la suave *khet* delantera, y ahora podemos escribir ochocientos, en vez de con nueve barras y un rosco, así ——, lo que, admitirás, es una importante simplificación. Y ahora imagínate que tienes que registrar ochocientos setenta y dos talentos de plata. ¿Qué es más fácil, príncipe de los tesoros, este pintarrajo de la derecha o este grupo de cifras de la izquierda?

A la derecha ponía: ; a la izquierda el asirio no vio más que tres signos, , *khet zain beth*. Lentamente, empezaba a entender lo que el viejo babilonio había elucubrado y empezaba a asombrarse.

—A cambio de haberme dado la libertad, traigo el caos a vuestros albaranes. —El babilonio movió la cabeza—. Hay que pagar por todo, señor.

Ninurta le dio unas palmadas en el hombro.

—Parece que hice muy buena pesca cuando acepté junto al río Purattu unos cuantos esclavos a cambio de unas deudas.

Sokaris volvió a meter el índice en el aro del pendiente, como si quisiera estirar hasta el hombro la parte que cabía calificar más de lobo que de lóbulo.

—Un resultado accesorio de esta nueva contabilidad es que ahora podremos calcular con mucha mayor rapidez vuestras participaciones en el beneficio total.

Seis décimas partes para los propietarios, cuatro para los artesanos, deducidos todos los costes… A dividir entre el número de personas, y luego a pagar o atesorar o trasladar al próximo ejercicio. Intereses de haberes repartidos. Mil pasos de cálculo que ahora se podían dar más rápida y fácilmente; por no hablar de los albaranes y otras inutilidades. Últimamente, los contables llevaban alrededor de un año y medio de retraso… En primavera se computarían los beneficios del penúltimo otoño, en el mejor de los casos.

—¿Hasta dónde habéis avanzado, en cuanto a fechas?

Sokaris tiró del pendiente.

—Ah. Si no insistes en llevarte contigo a este repugnante babilonio, podríamos conseguir liquidar el pasado hasta que volváis en otoño y dedicarnos a las cosas que traigáis. O que os falten. Porque has de saber, oh Ninurta, que ahora también las pérdidas se calculan más deprisa.

Con una ligera sonrisa, todavía un poco sorprendido, el asirio se despidió de los contables. No quería llevarse al babilonio a toda costa, pero como no había estado en la isla durante el invierno consideraba su obligación cerciorarse de que todo funcionaba tal como era preciso para que los negocios se desarrollaran sin fricciones. Esto incluía la cuestión de cómo se llevaban los nuevos y los viejos.

Adapa se había acomodado a la perfección, pensó. Tsanghar quería viajar y ver cosas. Lamashtu… La compañera de fuga y de viaje por las montañas se había unido a las otras dos señoras de las hierbas, pero había ciertos roces. Kir’girim le había llevado a un lado cuando visitó a las mujeres en su taller, medio cueva medio choza, a cien pasos valle arriba de las demás viviendas y edificios.

—Sabe muchas cosas que desconocemos, y tiene mucho que aprender, que podemos enseñarle. Pero…

La mujer esbelta (casi parecida a un muchacho) titubeó; Ninurta miró los ojos, parecidos a piedras de *uqnu*, de un color indeciso entre el azul y el negro, y la piel aceitunada. Recordó noches de invierno con Kir’girim y Kal-Upshashu, recobró el control y apartó esas imágenes de su mente.

—¿Qué ocurre con ella?

Kir’girim se mordió el labio inferior.

—Nada concreto. O demasiado confuso. A veces está malhumorada y encerrada en sí misma; eso nos pasa a todos de vez en cuando, ¿no? Ella lo llama la triste y pesada manta de un largo tiempo de esclavitud, que se posa sobre su ánimo. Pero hay algo más.

Ninurta esperó; como Kir’girim no seguía hablando, dijo:

—Lo sé. Me desprecia porque me considera demasiado blando… ¿es eso?

—No es eso. —Sonrió fugazmente—. Yo sé que en los momentos importantes sabes ser lo bastante duro, y si ella no quiere comprender que hay muchas clases de negocios y de tratos con personas… Bueno. No, es otra cosa. No estoy segura de que, a la larga, soporte la isla. O de si la isla la soportará a ella. Habla con Kal; quizás ella sepa expresarlo mejor.

Kir’girim pidió a Lamashtu que la ayudara a traer agua para el león amansado, pequeño y casi blanco, y a pedirle medio cordero o algo por el estilo a Nikkal, la administradora de la carne.

Lamashtu dedicó a Ninurta una mirada sarcástica antes de seguir a Kir’girim.

Kal-Upshashu, hija de un curandero y una maga y llamada por sus padres «Todas las brujerías», estaba de pie junto a una elevada mesa de trabajo, cerca de la pared lateral de la cueva; a la luz de un candil (la ventana más próxima en aquella construcción, parecida a un cobertizo, estaba a seis o siete pasos de distancia), llenaba finos platos de balanza con hierbas picadas y polvo de piedras de varios colores. El suelo de la cueva estaba cubierto de pieles de animales, en las que Kal-Upshashu se hundía casi hasta los tobillos. Llevaba una gruesa túnica, larga hasta las rodillas, hecha en lana marrón, y cantaba en voz baja mientras sus ágiles dedos parecían trabajar por sí mismos.

—Una palabra, señora de la magia.

—Dos, al menos, en lo que concierne a tu elección de concubinas. —Volvió el rostro hacia él y sonrió.

Ninurta se apoyó en la pared del chamizo; pasó el dedo por una aspereza y arañó una astilla de la viga que separaba dos capas de ladrillos.

—No era de eso de lo que quería hablar contigo.

La babilonia se frotó los dedos en la vestimenta de lana y se volvió del todo hacia él. La vestidura era un poco estrecha; los pesados pechos y las carnosas caderas parecían querer atravesar la tela.

—No hablo de tu hermosa ugarita. Es agradable e inteligente, y por dentro, de un mineral duradero. Hierro, quizás incluso acero, aunque no sé qué gansos se la habrán comido después de que quien fuera hiciera limaduras su espíritu. No, amigo de pasados lechos invernales, hablo de la otra, la que viajó contigo por las montañas.

Los ojos de Ninurta tantearon el rostro redondo e inteligente de la babilonia.

—¿Qué ves? Tus ojos escudriñan, todos lo sabemos. Yo lo sé desde aquella noche en que me declaraste hueco por dentro y de espíritu necio.

Kal-Upshashu rió y le sacó la lengua.

—Qué cierto, ah, qué terriblemente cierto, ¡necio príncipe de la multiplicación de las cosas! Lamashtu está hecha por fuera de duros metales, una mezcla de distintos minerales que quizá no se toleren entre sí. Por dentro es quebradiza, materia frágil, que un día se romperá.

Ninurta enarcó las cejas.

—¿Romperse? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Bajo presión, o por el calor o el frío?

—No lo sé. Quizá bajo un suave calor, quizá la rompa… se rompa contra algo que nos curaría a ti o a mí si necesitáramos ser curados.

—¿Qué debo hacer? ¿O qué podemos hacer?

—Déjala aquí, si quiere quedarse; déjanos ver si cambia algo. ¿Y si no? —Apretó los labios hasta que formaron una raya y movió la cabeza—. Si nada cambia, deberás llevártela. El año que viene.

En la última sesión del consejo de propietarios (sin Djoser, que ya había zarpado, y aun sin Tolmides) y el consejo suplementario de artesanos, administradores y representantes, se discutió por fin sobre el patrimonio de Tashmetu. La ugarita pidió cortésmente, con una sonrisa, que se le aceptara en la honorable sociedad; nadie votó en contra.

—A pesar de las pérdidas que has sufrido en Ugarit, tus posesiones son considerables —dijo Leucipe cuando Tashmetu hubo explicado las listas concienzudamente preparadas—. Eso está bien, nos ahorra calcular participaciones fragmentarias, lo que no sería del todo fácil ni con las refinadas nuevas cifras que ese babilonio ha inventado, según acabamos de oír.

Seis décimas partes del beneficio, a dividir entre ocho propietarios… si todos volvían sanos y salvos. A lo largo de los años había habido muchas variaciones y cambios; que todos pudieran disponer aproximadamente de partes iguales era un azar, producido no en última instancia por la venta del barco de Djoser y la ausencia de Tolmides. Las mercancías y metales que Djoser se había llevado (con el consentimiento de los otros) indicaban el valor que correspondía a cada uno esa primavera.

Tarhunza tenía delante una copa con trocitos de fruta, agua y vino, y a su lado una bandeja de madera en la que se apilaban finísimas láminas de hojaldre, en parte saladas, en parte endulzadas con miel. Bebió sin hacer ruido, pero el ruido que hizo al masticar fue tremendo. Respondió a las miradas de Leucipe y Minyas adelantando la mandíbula inferior y masticando aun con más fuerza. La observación de Zaqarbal de que le disgustaba negociar junto a volcanes en erupción no produjo más que un «baaah».

Ninurta extendió la mano.

—Princesa de los saqueadores, déjame participar de tus exquisiteces. ¿Qué mercancías quieres llevarte?

Tarhunza empujó la bandeja hacia él y arrojó sobre la mesa una tablilla garabateada en tiza blanca. Mientras leía su lista con voz tonante, el asirio ofreció a toda la ronda las hojas de hojaldre y se cuidó de que la bandeja reposara casualmente entre él y Tashmetu.

Las discusiones se alargaron horas y horas. Hubo tantos consejos burlones como petición de explicaciones; Minyas quería llevarse aceite de sésamo para venderlo en Ugarit… donde el aceite de sésamo era más barato que en la mayoría de los otros lugares, porque se fabricaba allí y en el interior. Cada cual habló de su último viaje, lo que podía resultar esencial para el que quisiera visitar esta vez los mismos lugares; cambiaron de lugar en varias ocasiones, para que los que tenían algo que decirse no tuvieran que hablar por encima de la mesa sobreponiéndose a las voces de los otros.

A esto se añadieron los consejos de los siete representantes del segundo grupo: Kynara, la bordadora, Igadyaé, la señora de los animales, Kir’girim, la conocedora de las hierbas, Tukhtaban el horticultor, Shakkan, el herrero, Ushardum, el tornero en hueso y cuerno, Arkeisios, el portavoz de los curtidores. Entendían algo de posibilidades de venta, y cada uno de ellos tenía que trasladar peticiones de abastecimiento de aquellos a quienes representaban, que a su vez iban de un propietario a otro hasta que todos apuntaron las cosas más razonables para ellos y las rutas previstas.

—Esta vez sólo dividiremos por siete —dijo Ninurta, ronco después de tanto hablar. El sol se ponía ya, y habían pasado regateando casi todo el día—. Se trata de barcos, como siempre. Esperemos que Tolmides vuelva; sí alguno de vosotros sabe si cree en los dioses, y exactamente en cuál, haremos algún sacrificio por él. No tengo nada en contra de las participaciones más grandes, pero prefiero dividir por siete, con Tolmides, que por seis sin él. El barco nuevo de Djoser aún no está listo. Tashmetu y yo iremos juntos… así que seremos como un solo propietario esta vez.

Tarhunza se echó a reír a carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! ¿Una cama, un barco, una propiedad? ¿Lo hacemos todos? ¿Siempre por parejas? Es fácil de calcular después, pero ¿quién aportará voluntariamente su barco para compartir conmigo cama y beneficios?

—Como todos los mercaderes en estos tiempos —dijo Zaqarbal—, tenemos que ser bravos e intrépidos, noble Tarhunza; la medida de nuestra… por lo menos de mi intrepidez es como un enorme tonel, que no obstante tendría que desbordar si se le quisiera llenar con la osadía necesaria para aceptar tu propuesta.

Tarhunza le amenazó con un puño del tamaño de la cabeza de un niño.

—¿Osadía? Descarado. No sabes lo que te pierdes.

Minyas había callado la mayor parte del tiempo, como tantas veces. Ahora levantó la mano derecha y contempló con mucha atención sus propios dedos, sus uñas afiladas, sus anillos de plata. La larga manga blanca resbaló hasta el codo y reveló algo nuevo para Ninurta: el tatuaje azul de un sapo.

—Como sabemos, joven mujer, el sidonio es tan frívolo como la mayoría de los cananeos, y sobre todo no conoce ni la ternura de tus caricias ni la finura de tu espíritu. No te despilfarres en él.

—Además está ocupado —Kynara hizo un guiño a Zaqarbal.

—¿Quieres zarpar con él? —dijo Ninurta—. Tolmides no ha vuelto; como probablemente no sea tan fácil de matar, se habrá acoplado para el invierno con una o varias sabrosas mujeres libu, y…

Tarhunza murmuró:

—¿Acoplado? ¡Ja, Ja!

Su murmullo sobresalió un poco más que el discurso de *Kynara*; después del «ja, ja», la gigante hitita se metió un poderoso índice en la boca, cerró los labios y lo sacó con un «plop».

—Y por eso acompañaré a Zaqarbal, para que no corra riesgos el próximo invierno, allá abajo.

NARRACIÓN DE ULISES (V)

Ya sea para bajar al Hades o para subir al Olimpo, como más rápido se viaja es solo, y es un loco el que espera al rezagado. ¿Amargo? Quien *no* viaja no llega a ninguna parte, nada mueve, muere poco después de florecer, cual árbol, matorral o liquen, cargado de hojas y obligaciones.

Quizás hubiera sido un buen árbol al borde del camino, sombra para los caminantes; pero quería ser yo el caminante. Algunos saben albergar, ahorrativos, el fuego que hay en ellos y ser horno y faro constante durante decenios; otros prefieren las llamas a la brasa… aunque sólo se trate de una breve y estridente llamarada. ¿Dónde estaríamos todos si nadie hubiera querido nunca ver lo que se oculta bajo la roca plana que hay junto a la cabaña? ¿Probar si esa extraña planta es comestible, o aquel raro animal da buena carne? ¿Y por qué, adorables, no os quedasteis vosotras en vuestro país, sino que vinisteis a esta isla… para preguntarme por qué yo no me quedé en Ítaca?

Cierto: caminantes, mercaderes, guerreros, traen inquietud, destruyen, pero también aportan algo nuevo. Quizá nuestros antepasados vivían contentos en algún lugar, al pie de un frondoso árbol, y se alimentaban de sus frutos; pero el estanque que no tiene ni aflujo ni reflujo empieza en un momento u otro a apestar, se vuelve cenagoso, se deseca. ¿Quién construye las casas y los barcos si nadie quiere salir de la sombra del árbol?

Cuanto más tiempo llevaba en camino, con tanta mayor claridad veía que es bueno estar en ruta. Quizá para volver a Ítaca algún día. En mi isla había intentado cosas nuevas, había hecho cosas nuevas y mejores, pero la isla se me quedaba pequeña. Cuando llegó Palamedes, escuché a la estrecha razón y me hice el loco; al final de la locura encontré la anchurosa inteligencia. No es que tenga que estar agradecido a Palamedes. Antes o después lo hubiera comprendido incluso sin él. Le odié porque me obligó a hacer algo para lo que mi propio tiempo aún no estaba maduro.

Pero no sólo hubo odio. También desprecio… por lo miserable de los preparativos. Mil barcos, veinte mil hombres, inútiles carros de guerra, todos esos caballos y reses… y nunca suficiente alimento para todos. Llegar a plena luz del día con todo eso. Yo hablé en el consejo, hablé con vehemencia, pero ellos querían la gran guerra para demostrar la virilidad aquea. La gran guerra que los funde a todos, no el rápido éxito. Les dije: Dadme veinte barcos, dejadme escoger un millar de guerreros; olvidad los caballos, los carros, las reses y vuestra extravagante guerra. Dadme mil hombres armados que sepan manejar las armas, y dejadme desembarcar

en Ilios por la noche. Unos cuantos de los nuestros, con las armas escondidas, entrarán por la mañana en la ciudad, luego otros pocos, por otra puerta, y cuando haya suficientes en la ciudad podrán mantener las puertas abiertas para los otros incluso por la fuerza… No por mucho tiempo, pero sí el tiempo suficiente. Pero… Agamenón el obtuso quería que ésta fuera su guerra y su flamante victoria. Diomedes, Áyax, Aquiles, todos querían fama en vez de riqueza, victoria en vez de beneficio, honor en vez de saciedad.

Y hubo, muy inesperadamente, amor. En medio de todo ese horror encontré algo que no hubiera esperado y que continúo sin comprender del todo. Ah, muchas cosas, no sólo una. Entendí a Helena, que no quería ser un arbusto en Esparta, sino una luminosa estrella. Pero eso no viene a cuento aquí.

Lo que encontré, exquisitas mujeres, es el amor a los hombres sencillos. No me refiero a la pederastia, no, ni a la adoración de los magníficos héroes. Los héroes entre los que se me ha contado nunca fueron dignos de adoración; sus… nuestros, también mis errores, eran y son repugnantes. Amor ah, no, no digamos amor, ese sentimiento es demasiado grande para una palabra demasiado pequeña y de varios sentidos. Pero ¿qué palabra acierta?, ¿qué flecha va al corazón de las cosas?

Disputa en las tiendas de campaña, disputa sobre esto y sobre aquello y sobre quién tiene los mejores caballos —inútiles animales— y las ocurrencias más salvajes. Quién es el más alto y el más guapo. Quién dará las órdenes mañana. Si Agamenón, arrastrándose boca abajo, es mayor príncipe que Aquiles cuando yace de costado. Si Menelao lanza mejor la jabalina cabeza abajo que Diomedes con diarrea.

Y luego, por las noches, salir a las fogatas, hacerse uno con la noche, el crepitar y el humo. El olor apestoso y las historias que cuentan junto al fuego ellos, los sencillos guerreros. Ser hombre entre hombres, no príncipe que disputa entre vanidosos fanfarrones. El medio pan que un desgreñado aqueo me da junto al fuego, el odre con vino picado que me da a beber, esa sonrisa burlona y observaciones como: «Toma, Ulises, no vivas como un príncipe». Hombres sencillos que cuentan historias de casa, de mañana, de la travesía, de monstruos en sus sueños, y chistes groseros sobre la disputa entre los caudillos. Sé que si mañana una jabalina troyana apunta a mí espalda, Agamenón sonreirá y apostará con Diomedes: ¿le atravesará la jabalina un dedo o le saldrá por el pecho? Y sé que uno de esos hombres levantará su rodela y cubrirá mi espalda. Uno de esos hombres sencillos que conocen las cosas sencillas… cosas que los príncipes han olvidado hace mucho. ¿Qué es ese asado aromático en la tienda del rey de Micenas? Nada, comparado con sentarse entre hermanos de armas, compartir con ellos el agua y el cereal inflado y ser acogido, aceptado, como un trozo de noche, un matorral, una piedra, hombre entre hombres.

Eso es lo que he aprendido. Asombrado. Y cada combatiente de Ítaca, de Pilos, Argos, Corinto, de donde sea… Cada uno de esos hombres me estaba más próximo

que cualquiera de esos arrogantes leones. Aqueos, sin educación, sin lavar, con chistes groseros y manos sangrientas, pero, oh dioses, ¡hombres! Hombres, no hienas ungidas y pendencieras que se tienen por príncipes porque sus padres echaron a alguien del trono. Y todo lo que he hecho no lo he hecho por Agamenón, sino por esos hombres.

Naturalmente, no por los rezagados; quien espera a rezagados nunca saldrá del Tártaro de la batalla al Elíseo de la paz cargada de botín. Por esos hombres lo he hecho.

Y por mí.

11. EL DRAGÓN DE LAS SOMBRAS

La utilidad de los inventos de Tsanghar superaba todo lo que el asirio hubiera podido esperar. Los extraños aparatos de tracción y elevación a base de cilindros y cuerdas resultaron ser muy útiles también a la hora de cargar los buques: el gasqueo sujetó los aparatos a un extremo de la pesada verga, asegurada suplementariamente para esta tarea, que era móvil y sirvió de pronto de grúa de carga. Y mientras los barcos mejorados y embreados durante el invierno se hundían poco a poco en las aguas de la gruta interior, Ninurta se enteró por el herrero Shakkan de algo más acerca de Tsanghar.

—Creo que ha pasado dos o tres noches salvajes con las dos brujas, y que ha hablado de esto y de aquello. —Shakkan sonrió—. De lo que se habla cuando se está con dos mujeres a un tiempo. Pero tú ya recordarás cómo es eso…

Ninurta se rascó la cabeza.

—¿Me acuerdo? Si tú lo dices… ¿Qué salió de allí, aparte de lo que siempre sale?

—Hablaron de distintas clases de arena… de las posibilidades de producir cristal sometiéndola a un gran calor. Y de las propiedades de determinadas clases de polvo de roca.

Ninurta frunció el ceño.

—No me haréis un incendio, ¿no?

Pensó en algunas magias del fuego que Kal-Upshashu había hecho con piedras molidas y tierra de colores.

—Sólo si sirve para algo. Apareció con unos trozos de roca negra, bastante grasienta. En el extremo norte del valle, ya sabes, donde se rompió media pared de roca después de producirse el terremoto. Él dice que en las montañas de su patria los fundidores cogen esas rocas negras para hacer fuego. Son mejores que el carbón vegetal y dan más calor. Muy bueno para trabajar el hierro.

Ninurta echó un vistazo a los productos; tal como se había acordado, Shakkan y los otros habían estado fabricando armas. Forjar, limar, dar de comer a los gansos, colar, fundir, forjar… todo un complicado proceso, que no se podía repetir ilimitadamente con las posibilidades de la isla. Aun así, Shakkan y su gente habían creado o inventado diez magníficas espadas de acero… finas hojas de afilada punta y doble filo. Los torneros de hueso también habían estado activos y habían suministrado artísticas empuñaduras para las espadas. Las armas, de algo más que la longitud de un brazo, parecían tener vida propia; al menos, eso le pareció a Ninurta cuando sacó una de las espadas de su sencilla vaina de bronce y cortó el aire con ella. Algo así como un temblor o vibración interior… como si en la hoja dormitara un ser que despertaba a una vida devoradora cuando una mano calentaba la empuñadura. No

un demonio, se dijo Ninurta, sino la esencia del arte perfecto del fabricante, que empuja a la inmediata utilización, al cumplimiento del sentido último insuflado al arte. El sentido de esa arma perfecta era matar. No un demonio; pero aun así inquietante.

—¿Para quién serán estas espadas? —dijo Shakkan.

Casi a regañadientes (era como si le negara la comida a un niño hambriento), Ninurta envainó la espada.

—Para mí. Mi hierro, mis espadas. ¿Después? El que tenga suficiente oro.

Con el resto del hierro los herreros habían hecho espadas más cortas, puntas de flecha, puntas de lanza. Uno de los flecheros había puesto un especial cuidado y dedicado largas horas, junto con un arquero, a revisiones y mejoras; ambos arrastraron al asirio a un prado en el valle para mostrarle los resultados de su arte.

—Así tuvieron que estar hechas las flechas de Hércules —dijo el arquero; sopesó uno de los proyectiles en la palma de la mano derecha—. Ésas de las que se dice que acertaban siempre. El aqueo Filoctetes las tiene ahora, según cuentan.

Ninurta cogió el pesado arco, lo curvó sujetando un extremo con el pie derecho y doblando el otro sobre la rodilla izquierda, tensó la cuerda y cogió la flecha.

—No quiero burlarme de vuestro arte sin haberlo puesto antes a prueba —dijo.

—¿Qué sabes tú de arcos y flechas?

—Lo que un asirio sabe de estas cosas.

El arquero vio cómo Ninurta cogía el arco y tensaba la cuerda; asintió en silencio. La flecha partió con un silbido y se clavó en el tronco del árbol, a cien pasos de distancia, a cosa de un palmo por encima del escudo de madera. Ninurta bajó el arco y silbó ligeramente.

—No está mal, señor. —El flechero y el arquero intercambiaron una mirada; el de las flechas suspiró—. No sabía que Awil-Ninurta supiera manejar una cosa como ésta. Las plumas se encargan de que la flecha gire muy rápido en el aire. Por eso vuela con más exactitud. Y él —señaló con la mandíbula al otro hombre— ha trabajado siete años con el arco.

La madera y el cuerno de un robusto carnero, conjugados, albergaban un vástago de bronce; el arquero no quiso decir qué había utilizado para la cuerda.

—Déjame mis pequeños secretos, Ninurta… y coge el arco, el carcaj y las flechas. Hemos oído que quieres ir a Wilusa. Podría ser… —sonrió, feroz—. Que puedas matar con esto a muchos enemigos antes de que se te acerquen demasiado.

El asirio abrazó a los dos artesanos.

—Os lo agradezco, amigos. Esto es demasiado valioso como para quedar sin contrapartida. ¿Tenéis algún deseo, o he de pensar en algo?

—Piensa en algo, señor.

De todas formas pensaba demasiado. Tashmetu le ayudaba a hacerlo; sus

propuestas de precios y mercancías eran acertadas, y sus opiniones sobre las especiales cualidades de algunos miembros de la tripulación mostraban que en su primer viaje largo lo había observado todo con extrema atención. Ninurta dejó en sus manos la selección de la gente; tan sólo insistió en llevar consigo a su experimentado segundo timonel, Lissusiri, un luvio de Abasa que conocía las rocosas costas hasta Troya y que se había llevado del Yalussu. Una de las sorpresas que Tashmetu le deparaba fue BodYanat, el cocinero, del que Kir'girim y Kal-Upshashu decían que habría que dejar en sus manos el comercio con plantas mágicas y medicinales. Supremo elogio, porque las dos babilonias apenas confiaban en nadie más que en sí mismas.

—Y es un buen curandero, además —dijo Tashmetu—. Se podría necesitar algo así, ¿verdad?

Era entrada la tarde; estaban sentados en la casa que compartían desde el retorno de Ninurta, bebían vino y discutían las cosas que aún había que aclarar. Leucipe quería ir a Troya sin grandes pausas comerciales para llegar a su ciudad natal antes que los guerreros de Acaya…, si es que realmente llevaban a cabo su campaña. Milawatna (Mileto, como ella decía) era uno de los pocos puertos que tocaría; Tashmetu y Ninurta consideraron las ventajas, desventajas y ofertas de otros lugares e islas y optaron por visitar tan sólo un par de puertos insulares y Abasa, para llegar también lo antes posible a Troya.

—No hay que ponerse entre el martillo y el yunque, si es posible evitarlo. —Tashmetu vació su copa de vino, caliente y especiado—. A pesar de tus refinadas espadas y tu arco mágico.

—Cuando mejores son las armas es cuando menos hay que emplearlas. También ésta es una frase de mi abuelo. —Se echó a reír—. Prefiero tu abrazo y el tranquilo sueño que le sigue a tu lado a cualquier revolcón con extraños armados.

—Después de todos estos años —dijo ella a media voz, con una sonrisa complacida— no estaba segura de si podríamos vivir como hombre y mujer, en vez de avivar un fuego fugaz a espaldas de Keret.

El asirio se inclinó y le puso la mano en la mejilla.

—Si no te supongo una molestia… Yo lo soporto muy bien.

—A bordo No habrá mucho espacio; ¿lo soportarás también entonces?

—Mientras no tenga que elegir entre tú y el mar…

Ella se levantó riendo y le cogió de la mano.

—¿Yo y el mar? Muy bien. ¿Quieres visitar la gruta recubierta de algas?

En esa noche, ella le salvó de ahogarse. La mención del abuelo le llevó de vuelta a Asur, la del objetivo del viaje a Troya, y el dragón de las sombras salió del laberinto en el que anidaba, corrió rugiendo y arrojando fuego por las vísceras del alma de Ninurta y empujó a una diminuta figura, el soñador, a un profundo pozo con paredes

de ardientes cuchillos y un agua que devoraba las espadas de acero. Cuando despertó, Tashmetu le abrazaba.

—Has luchado a menudo por las noches —susurró—, pero nunca has gritado de ese modo. —Su voz, apenas más que un soplo, lo abarcaba como un cálido tejido de protección y bienestar—. ¿Quieres hablar de ello?

Cosas que él sólo había compartido con el mar y la noche.

El fuego y las muertes en Babilu y Asur. El velo de voluntad y desfiguración que protegía de caer al abismo en el que la espantosa Ereshkigal atormentaba a las tristes sombras de los muertos. La coraza de silencio y valor sobre las heridas abiertas. Y los brazos de Tashmetu fueron lo bastante fuertes para sostenerle; sus palabras se filtraron por la armadura y pusieron en marcha la obra de la cicatrización de sus heridas; sus labios bebieron la negrura de su cuerpo sin quitarle las fuerzas.

Por la mañana, le hizo visitar con ella la cueva de las babilonias. Kal-Upshashu y Kir'girim escucharon la historia del dragón de las sombras, ese espantoso animal con trompa y dientes que anidaba entre los recuerdos del rey de Asur y los de Prijamadu.

—Probablemente llevas dentro de ti un mensaje del rey de Asur para Prijamadu. Quizás ese mensaje sea la respuesta a otro anterior; quizá te hayas convertido en recipiente involuntario de preguntas y respuestas entre Asur y ¿quién? ¿Wilusa? Incómodo, ¿verdad? Todo eso está encerrado dentro de ti; si es así… —Kal-Upshashu se frotó la espalda con el borde de su alta mesa de trabajo—. ¿No? —Miró a Kir'girim.

—Hay medios. —La esbelta babilonia enlazó las manos ante su regazo y pareció mirar a lo lejos.

—¿Qué clase de medios? —dijo Ninurta.

—Hierbas. Jugos de plantas. Las secreciones glandulares de un determinado sapo.

—¿Para encerrar el recuerdo o para liberarlo?

—Ambas cosas. Pero no lo tenemos todo aquí. Quizá… quizá… —Kir'girim adelantó los labios—. Hay dos posibilidades. O han paralizado tu voluntad, o han enterrado el recuerdo profundamente en tu interior. Nosotras podemos también paralizar la voluntad para que libere algo que se le ha ordenado retener. El recuerdo mismo… para eso nos falta algo.

Tashmetu carraspeó.

—¿Qué falta? ¿Dónde puede encontrarse?

Kal-Upshashu movió la cabeza.

—Tú le amas, cosa que no merece, aunque es un buen compañero de noches, pero vacío como todos los hombres. Aun así… puedes hacer tan poco como nosotras. Las hierbas, las plantas, algunos polvillos de roca; todo eso lo tenemos. Unas gotas de jugo y trocitos de raíz de la planta *sulufu* del país de Libu… En determinadas mezclas, no sólo hace expulsar el fruto del vientre, sino también a los gemelos

deformes y a los dragones del recuerdo. Pero el sapo…

Era, según Kir'girim, un sapo especialmente feo, cubierto de verrugas, que en la época del apareamiento secretaba por diminutas aberturas de su cuerpo unos fluidos que, juntos, producían una mucosa altamente venenosa. El sapo no se daba en la isla, la época de celo era en otoño y todo ello era sólo una tradición de los negros días de los brujos y soberanos sumerios.

—Podríamos hacer una pócima… —El suspiro de Kal-Upshashu llevaba más carga de compasión que de lamento—. Volverá tu espíritu del revés y cauterizará tus intestinos. Luego sabrás… no todo, pero mucho. Pero tienes que… entregarte a nosotras. —Miró a Tashmetu al decirlo.

—¿Entregarme? ¿A vosotras? —El asirio rió con voz hueca—. ¿Qué queréis decir? Ya me siento bastante entregado…

—En un momento determinado, necesitarás otra pócima para volver… Es cuestión de unos instantes… demasiado pronto, y el recuerdo habrá vuelto a quedar enterrado; demasiado tarde, y necesitarás días para pasar de un ser balbuceante al hombre que nunca fuiste. —Kal-Upshashu rió, pero sin convicción. Algo así como si tuviera que esconderse tras la burla: a sí misma o a algo, algo esencial.

—Estaré presente. —Tashmetu había fruncido el ceño—. ¿Cuándo?

—Esta noche. —Kir'girim se levantó, fue a un anaquel de la pared y cogió unos cuantos recipientes y frascos opacos; volvió a sentarse, cogió otros—. Esta noche, si queréis. Puede ser peligroso para tu salud, tanto interior como exterior.

Él caviló, titubeó, buscó los ojos de Tashmetu, pero eran de piedra verde.

—No puede ser más peligroso —dijo al fin— que no saber lo que esos dos reyes andan haciendo en mi cabeza. Pero… ¿cómo será, y para qué hay que hacer todo eso?

Tashmetu se apartó; dijo sordamente:

—He oído hablar de esto, pero no sabía que aún hoy… Podría ser así: Prijamadu te dio un mensaje para Enlil-Kudurri-Ushur y una bebida… la bebida del olvido. El señor de Asur, con otra magia, abrió tu memoria, tomó el mensaje, te dio una respuesta y volvió a cubrir tu memoria. Prijamadu la abrirá con una palabra, con una hierba, con un bebedizo, y tomará la respuesta. ¿Algo así?

Las dos babilonias asintieron. Hasta el silencio llegó el gruñir de Kashtiliash; puede que el león tuviera hambre, o desaprobara la conversación.

—¿Paralizar la voluntad con vuestras hierbas? —Ninurta sonrió de manera torcida—. Ésa es la más fácil de las dos posibilidades. Puedo conformarme con ella; una mirada de Tashmetu paraliza ya mi voluntad. Lo intentaremos. ¿Esta noche?

—Bien —dijo Kal-Upshashu—. Lo prepararemos. ¿Y si no funciona? ¿Debemos preparar la pócima que escarbará en tu alma?

—Hoy no. —Ninurta se puso en pie—. Quiero… tengo que pensar y considerar eso.

Una cortina de cuero cerraba herméticamente la parte trasera de la cueva. Una sola antorcha ardía en un antorchero de metal clavado a la pared; de tres cuencos de bronce ascendía el olor a carbón vegetal, incienso y mil hierbas. Tashmetu torció el gesto, pero no dijo nada; Ninurta olfateó. Había algo como manteca quemada, vino, el aroma entre los muslos de una mujer después de copular; y algo que le hacía pensar en un amarillo claro si cerraba los ojos. Hacía muchos inviernos que había visto ya ese amarillo, había olido ya esos olores, cuando Kir'girim y Kal-Upshashu le embrujaban para alegrías de amor especialmente complicadas.

Tashmetu dijo después que se había sentido aturdida, nada más; Ninurta quedó sin voluntad, pero no salió a la luz nada que pudiera responder a sus preguntas.

Durante dos días, luchó consigo mismo. Odiaba la idea de no ser dueño de sí, de ser revuelto por sustancias de las que las propias Kir'girim y Kal-Upshashu no parecían completamente convencidas.

—Tenemos que partir pronto —dijo Tashmetu por la noche—. Puedes decidir no volver nunca a Wilusa o Asur; pero ¿qué será del dragón de las sombras que te reconcome?

La noche siguiente tomó la bebida que no sabía a nada, Estaba sentado en una gruesa piel en la cueva de las babilonias; Tashmetu estaba sentada junto a él, le pasaba una mano por la cintura y guardaba silencio.

Entonces comenzó el viaje más espantoso que jamás había emprendido. Algo ascendió en él como un ardiente jugo gástrico y le ahogaba, pero no se podía expulsar. Venía en oleadas, cada una más ardiente y asfixiante que la anterior, y cada oleada traía fragmentos, como trozos sin digerir dentro de un líquido vomitado, nauseabundo e informe, pero poco a poco algunos de los trocitos se juntaron. Recuerdos que ni siquiera sospechaba haber reprimido. Jugaba con una hermana pequeña… olvidada, perdida, asesinada en Babilu, donde su padre ardía entre gritos. Cabalgaba con guerreros desconocidos, huía con la madre a Asur, olía su sangre y la parte interior de su piel arrancada, y la parte interior del cuerpo que le había parido, que un palo rasgaba y reventaba. Recordaba cada hoja de aquel árbol que había visto cuando cabalgaba hacia el oeste con su abuelo, olía el mulo en el que se sentaba, y la comida y las noches y el sudor. Aprendía, desde primera fila, todos los trucos del mercader y todas las destrezas del guerrero, a regatear de manera infame y a matar con total embriaguez. Estaba delante de Prijamadu, que le contaba una historia y al hacerlo se estrechaba, se convertía en una serpiente que mudaba la vieja piel: Prijamadu, convertido mediante la astucia y la violencia, tras la retirada de Hércules y los otros, en señor de una ciudad destruida, esposo de la renuente hija del asesinado rey luvio; Prijamadu, que levantó, reconstruyó, refortificó Troya y restableció el viejo reino, construyendo una flota, remontando los estrechos hacia el este y asaltando la rica Cólquida. Montañas de muertos, colinas de oro, lagos de sangre. Prijamadu, que

navegaba hacia el sur desde la Cólquida, a la costa del país de los gasqueos, y negociaba allí con un enviado del príncipe de Asur que quería levantarse contra su rey Tukulti-Ninurta. Prijamadu, que pasaba una brillante y ardiente luna en un puerto de la costa del país de Azzi, en el dormitorio de la princesa Penti-Psarri, princesa de las mujeres guerreras de ese país, «Mujer del país de Azzi», am-azzi-udnejas, que los menos hábiles con las lenguas entre sus gentes redujeron a amazzyuna y a amazona; Penti-Psarri, con la que engendró (según supo después) una hija, que también fue llamada Penti-Psarri. Prijamadu, que volvió a Wilusa… Príamo, de vuelta a Troya, donde aplastó una sublevación de las antiguas familias luvias y acusó a los hititas de instigarla; Príamo, que empezó una guerra fronteriza contra el reino hitita, apoyado por mujeres azzi y gasqueos en las otras fronteras… en el momento en que los príncipes de Asur mataron a su rey y no temían nada más que una intervención de los hititas, pero los hititas estaban ocupados en las otras fronteras. Prijamadu, que encargó al mercader Awil-Ninurta un mensaje para el rey de Asur, cuyo contenido no podía enviar por las vías habituales porque todos los países estaban sumidos en la inquietud y la revuelta. Un mensaje y mucho oro, y además una copa. También Príamo bebió; Ninurta despertó después en un aposento y se enteró de que había perdido el conocimiento. No podía recordar nada. La sensación de tener que viajar a toda costa a Asur, aunque los ugaritas, los hititas y los mitani habían prohibido bajo pena de muerte todo comercio con Asur.

Asur, donde Enlil-Kudurri-Ushur dijo algo —¿qué?, ¿qué había dicho el rey?— que hizo fluir el recuerdo de Ninurta y rió sarcástico y le dio una respuesta y hierro; luego los guardias de palacio le obligaron con la espada desnuda a vaciar una copa. Un torbellino de Tashmetu y Helena y los ojos de la mujer salvaje que clavaba la espada, sangre y oro y hierro, el rostro temblón de Hamurapi, Lamashtu, Buqar, una serpiente en las montañas invernales.

Y Tashmetu, que sostenía su cabeza en el regazo, que sujetaba su rostro con ambas manos; Kal-Upshashu y Kir’girim, que despeinaba al pequeño león blanco, una sierra como de dientes de hierro al rojo en la cabeza, el estómago revuelto, la boca llena de estiércol y espanto.

—¿Cómo está el dragón de las sombras? —dijo Kal-Upshashu cuando vio los ojos abiertos de Ninurta.

Él tosió, le dieron arcadas; tenía la lengua rígida e hinchada.

Tashmetu soltó sus mejillas y le acarició la frente.

—¿Vives aún… vives de nuevo? —Parecía preocupada, y cuando él alzó la vista vio el cristal de sus ojos.

—Uf. A duras penas. —Al principio no pudo decir nada más. Kal-Upshashu se arrodilló junto a él y acercó una escudilla a su boca.

—Bebe —dijo—. No es nada malo, sólo caldo y especias para devolverte la vida.

El mensaje del rey propiamente dicho seguía oculto… Faltaba la mucosa de sapo, según Kal-Upshashu, y Ninurta dijo que gustosamente renunciaba a ella. Pero durmió más tranquilo, las últimas noches en la isla y después, cuando compartía con Tashmetu el camarote a popa del *Provecho de Keret* o yacía con ella entre aromáticos matorrales en lo alto de una bahía en la que anclaba el barco. El dragón de las sombras seguía allí, pero se había retirado y tan sólo se quejaba, ya no estaba furioso.

En los puertos que tocaron, supieron por mercaderes y pescadores (que lo habían oído a otros pescadores que decían haberlo oído a pescadores aqueos) que una plaga había atacado al ejército de los príncipes de Acaya ya dispuesto a zarpar. Aun así, no se detuvieron más de lo necesario para cargar agua fresca y cambiar o vender alimentos… las plagas podían terminar tan abruptamente como empezaron, y nadie sabía cuánto tiempo detendrían los dioses o el azar a los aqueos.

El nuevo puerto de la ciudad de Abasa, que los aqueos llamaban Éfeso, no estaba en la desembocadura del Ka-Istros, sino en la bahía. Una sudorosa y asfixiante capa de bruma pendía sobre el lugar, obra tanto del cálido día de primavera como de los innumerables fuegos y martillos que hacían subir al cielo humo y polvo de piedra. En el ancho espacio que había detrás de los edificios del nuevo barrio portuario, practicaban tiros de carros de guerra. Tsanghar se quedó atrás para verlos; Tashmetu y Ninurta fueron a la ciudad.

Esclavos, trabajadores y muchos otros efesios, probablemente obligados a trabajar voluntariamente, restauraban los muros. Se blanqueaban los pesados e irregulares bloques de piedra, se rellenaban las juntas con barro y lascas molidas. Tierra adentro, donde los fuegos humeaban y apestaban, se intentaba al parecer cocer las capas de barro de las juntas; en las cercanías del río, trabajadores mezclaban en cubas hollín, sangre de buey y otras apestosidades y aplicaban el tinte resultante a las capas ya cocidas.

En la maraña de calles de ladrillo de la ciudad, Ninurta no encontró al socio con el que quería hablar; el almacén en la gran plaza rebosaba de balas de paño y ánforas, y un trabajador afirmaba que el señor volvería enseguida o mañana o dentro de una luna, que estaba en la ciudad y de viaje.

En la plaza se habían talado dos o tres de los viejos árboles y se había ahuyentado su curativa sombra para dejar espacio a un ara en la que sacerdotes vestidos de rojo oscuro rayaban y raspaban. Guerreros de Madduwattas (Éfeso era una de las varias capitales del reino de Arzawa) holgazaneaban alrededor, sin que los habitantes les prestaran atención alguna.

Dejaron una nota para el mercader y fueron al puerto, donde Tsanghar los encontró. Contó que había visto dos peculiaridades en lo que se refería al manejo de los carros de guerra: los tiros eran guiados con cuerdas que colgaban de anillos puestos en los sensibles ollares de los animales, y cada carro llevaba como tripulación

un carretero y un guerrero armado de jabalina.

—Tu gente, asirio, los hititas y los romet saben manejar carros. ¿Pero éstos de aquí? —Tsanghar arrugó la nariz y se dio unos golpecitos en una de las aletas de la misma—. Se puede guiar así, pero sólo por breve tiempo. No hay más que tirar con una poquita de fuerza para que los anillos rasguen los ollares y haga falta un nuevo caballo con la nariz sana. Por eso todos los que entienden algo de esto utilizan un fino pasador de metal que se mete en la boca del caballo. Un bocado, como decimos nosotros.

—Eso es cierto. Ahora que lo dices se me ocurre. ¿Y qué pasa con el guerrero de la jabalina?

Tsanghar emitió una risita burlona.

—Totalmente inútil, señor. Con esas jabalinas cortas… Eso son armas para infantes. No se puede ni apuntar adelante sobre las cabezas de tus propios caballos ni hacia un lado o hacia atrás. Una lanza, para tirarla… pero después de lanzarla se acabó. Un haz de lanzas, quizás; o una jabalina larga… pero sería difícil manejarla en el carro. No, asirio; vuestra gente y los otros buenos guerreros llevan en el carro un carretero y un hombre con un arco pesado, y carcajs fijos. Carcajs en el lado derecho para diestros y en el izquierdo para zurdos.

—¿Tienes alguna explicación?

Tashmetu tocó el brazo de Ninurta. Se sentaron a la sombra de una arquería, ante una taberna, miraron el puerto y el bullicio del muelle, bebieron agua fresca con un poco de vino (Ninurta lo encontró «sofocante») y siguieron esperando al mercader que quería comprar adornos de cuero y hueso.

—Tengo una explicación —dijo ella—. Y es muy evidente.

Tsanghar enarcó las cejas.

—Me ves perplejo, hermosa mujer; pero yo sólo soy un tonto soñador.

Tashmetu rompió a reír.

—Entonces oídme los dos, tonto soñador y tonto mercader. ¿Puede ser que aquí, sencillamente, se haya olvidado por completo cómo se utilizan los carros de guerra?

—¿Olvidado? —Ninurta parpadeó.

Tsanghar silbó ligeramente.

—Podría ser… una idea que me resulta lejana, señora, pero probablemente sea así. Yo veo algo y me pregunto enseguida cómo se puede usar o mejorar. Probablemente… probablemente a los abasitas se les ha dicho que armen una determinada cantidad de carros y ellos… bueno, si realmente han olvidado…

—Pero ¿cómo puede ser? Los carros de guerra son antiguos, y son conocidos. ¿Cómo se puede olvidar una cosa así?

Tashmetu sonrió burlona.

—Oh Ninurta, modelo de alegre confianza… ¿Oír esto de ti? ¿Tú que siempre das

crédito a cualquier tontería? Es muy sencillo. —Se inclinó hacia delante—. Sólo los grandes soberanos tienen ejércitos de carros de guerra; es demasiado caro para los pequeños príncipes. Abasa nunca fue parte de un gran reino, y lo que los micénicos, que reinaron aquí hasta hace cuatro décadas, supieron una vez, puede realmente haberse olvidado. Los carros hititas nunca llegaron hasta aquí, los micénicos tampoco, en todo caso hace mucho que no.

—Entonces la cuestión es: ¿quién ha dicho a los abasitas que debían construir carros de guerra? Alguien que no tiene ni idea, alguien para quien los carros son tan evidentes que no se puede imaginar que los de aquí no sepan qué hacer con ellos.

El micénico de Abasa, el socio de Ninurta, se acercaba. Tashmetu lanzó al asirio una mirada sorprendida, casi una muda intimación; como Ninurta calló, se llevó el dedo a los labios, y Tsanghar asintió.

El hombre de negocios, Teocles, habló de muchas cosas: del ambiente en Éfeso, de la convivencia de los descendientes de los micénicos y de los luvios y de los pocos carios y su común aversión a Acaya («desde que Atreo se quemó los dedos, ni siquiera han vuelto a intentarlo aquí y en Secha…; a cambio, ahora le toca el turno a ilios, ¿no?») y los hititas, pero también del muy moderado entusiasmo con la nueva pertenencia al reino del Anciano Oscuro, Madduwattas, que a día y medio de marcha reunía en las montañas a los jefes tribales y reclutaba guerreros.

Ninurta dejó el regateo a Tashmetu; seguía un curso de pensamientos que no eran ni claros ni interpretables… O así le parecía a él, al menos. Por la noche, prefirieron una verde hondonada por encima de la playa a la abarrotada ciudad portuaria; Bod-Yanat asó un cordero, hizo hervir verduras en agua con vinagre y sal, insultó a «ese asirio que juega a esconder el palito con la hermosa dueña del barco mientras nosotros…». Pero los miembros de la tripulación se habían ido a la ciudad, salvo el piloto Lissusiri, que hacía voluntariamente la guardia; y cuando la comida estuvo lista apareció Tsanghar, con dos guapas muchachas. («¿Dos a la vez? ¿Es que quieres guardártelas a las dos para ti? Oh muchacho… ¿Cómo lo haces?». «Ah, ¿es que no lo sabes? Bueno, te lo explicaré. Se empuja por un lado…»).

Bod-Yanat desapareció después de comer en dirección al puerto. Tsanghar y las muchachas se retiraron a la siguiente hondonada, de espaldas al viento; Ninurta y Tashmetu se tendieron bajo un matorral, cuyas flores entreabiertas mezclaban su aroma agridulce con el aire nocturno, la brisa salitrosa y la inmensidad. Hubo un momento en que Tashmetu dijo:

—¿No vas a coger un caballo para ir a verle?

Ninurta se tumbó de costado y buscó sus ojos a la luz de las estrellas.

—¿A quién? ¿Adónde?

—Hoy estabas… distinto. Nada de regateos, nada de instrucciones, por ejemplo callar los conocimientos de Tsanghar acerca del bocado. Ningún acuerdo sobre

Madduwattas.

—Ah. Yo… ¡hum! —Siguió con el dedo los contornos de las mejillas y la mandíbula de Tashmetu—. No sé. Algo me roe, pero no hace daño. Como si el dragón de las sombras se hubiera quitado los dientes, ¿comprendes? Ahora mastica mis pensamientos con las encías, y por eso no los veo con claridad, sólo… masticados. Pronto volverá a ponerse los dientes.

—Madduwattas —dijo ella—. ¿No vas a ir a verle? Él… —Se interrumpió y tosió ahogándose cuando el viento que de pronto se levantó trajo el humo apestoso de los fuegos de los muros de la ciudad—. Sus guerreros están aquí —dijo después—, y sus sacerdotes rojos, y está haciendo fortificar la ciudad. Está aliado con los troyanos contra los hititas. Trata con él, hazle un buen regalo; quizá pueda protegerte de Prijamadu.

—¿Por qué?

—Vendrá dentro de media luna a ver los carros de guerra, pero para nosotros eso es demasiado tarde. Sólo te librarás del dragón cuando estés ante Prijamadu; no sé si es bueno arriesgarse sin protección. El mensaje secreto de Asur podría ser malo, y ya sabes lo que algunos príncipes hacen con los mensajeros de malas noticias.

Y él sorprendido dijo:

—Tienes razón… ¿Cómo no he pensado en eso?

—¿No lo has hecho? —Ahora fue ella la sorprendida—. Pensaba que había sido el meollo de tus cavilaciones.

—No hay meollo que valga. —Volvió a ponerse de espaldas. Su voz sonaba como una mezcla, difícilmente digerible, de confusión y agotamiento—. Son como grasienta carne de cordero temblando alrededor de un vacío en el que no hay hueso.

Cuatro días, decidieron: cuatro días antes de partir. De Acaya no llegaban nuevos rumores; al parecer, el ejército seguía reunido en Aulide y esperaba el final de la plaga. Pero el último pescador que había oído algo a un pescador isleño que había intercambiado alguna palabra en alta mar con un pescador aqueo había vuelto a zarpar hacía mucho; quizá la plaga había terminado, quizás el ejército y la flota habían zarpado ya; quizás aún se podía llegar a Troya, o quizá ya no… Demasiados *quizás*. Quizá Tsanghar y Tashmetu harían inmensos negocios en Abasa con ayuda de dos herreros, fabricarían bocados para los caballos y se los venderían al señor de los carros de guerra. Quizás incluso valiera la pena hacer un corto viaje a las montañas con un asno alquilado.

A Ninurta le costaba trabajo concentrarse. Siguió el consejo de Tashmetu. Había seguido sus propuestas sobre lo que debía llevar a Madduwattas y lo que debía pedir a cambio al Anciano Oscuro. Siguió las pedregosas sendas de la montaña, cada vez más empinadas. Siguió dispersa la parte de sus pensamientos dedicados al extraño príncipe.

Hacía varias décadas, cuando Atreo o Attarissias intentó en vano anexionar a Acaya las antiguas posesiones micénicas al oeste y suroeste de la tierra firme, los aqueos habían penetrado mucho hacía el interior. Al norte de la región que llamaban Pamfilia, habían vencido y expulsado al príncipe local, Madduwattas. Éste huyó con los hititas; su rey Tutchalijas lo equipó con armas y guerreros y lo envió de vuelta a su país, a cambio de lo cual Madduwattas tuvo que jurar obediencia como súbdito al soberano hitita. Entretanto, los aqueos que quemaban y saqueaban habían abandonado la región y fueron derrotados por otro súbdito del soberano hitita, Talafu, junto al río Secha, no lejos de la ciudad de Pergammu. Madduwattas regresó con sus guerreros y mercenarios hititas a un país que tras la retirada de los aqueos había sido ocupado por otro príncipe, y naturalmente Madduwattas aprovechó las tropas puestas a su disposición para volver a apoderarse de su patria.

El otro príncipe, Kupanta-Kalas, antaño señor de Mira, muy al interior, se había desposado inteligentemente con la hija del rey de Arzawa, el viejo enemigo occidental del reino hitita. Cuando el rey murió, el poder pasó a su yerno, que de ser soberano en un pueblo se había convertido de repente en rey de una gran potencia. Desplazó temporalmente su capital a Abasa y se apoderó además de algunos territorios que consideró que «habían quedado libres». A Kupanta-Kalas no le costó gran esfuerzo derrotar a las fuerzas de Madduwattas a su regreso, pero no consiguió atrapar al propio Madduwattas.

Entonces comenzó el extraño e imprevisible zigzagueo del hombre del norte de Pamfilia. Huyó muy al norte, al reino de Masa, donde al parecer sufrió una transformación y movió a los príncipes locales a apartarse de los hititas y hacer causa común con Kupanta-Kalas. Quizás influía en ello que el arzavo tuviera prisionera a la familia de Madduwattas.

Tutchalijas no podía aceptar la pérdida de otro importante principado fronterizo; un ejército hitita aniquiló a las tropas de Arzawa, liberó a la familia de Madduwattas, lo repuso en su trono y dejó dormir la guerra contra Arzawa para asegurarse la costa sur y ocupar ricas ciudades independientes como Chinduwa y Dalawa (que los aqueos llamaban Cnidos y Tlos o Tlon), circunstancia que Madduwattas aprovechó para cortar las prolongadas líneas de comunicación de los hititas, agotar a su ejército y convertirse él mismo en señor de la región. Luego cambió de bando varias veces, envió como rehén al rey a Hattusa a un hijo epiléptico y dio al mismo tiempo por nueva esposa una hija sana a Kupanta-Kalas, que volvía a cobrar fuerza. Y cuando éste murió, Madduwattas (que asumió con todo cariño la herencia de su hija) dominaba grandes áreas del país situado al oeste de las fronteras hititas.

Según supo Ninurta por campesinos de las montañas, el Anciano Oscuro se había retirado de la costa, yendo de Tlon a las montañas, para apaciguar a las tribus guerreras y mover a sus jefes, mediante la violencia, la astucia o el oro, a participar

en la lucha contra los hititas. Se les prometieron saqueos mayores que todo lo que el mundo jamás había visto; divinas carnicerías en nombre del inmortal Shubuk y su inmortal hijo Madduwattas… Shubuk, al que servían los sacerdotes rojos y Madduwattas, daba audaces e inexorables órdenes a los sacerdotes y a los guerreros, que eran ejecutadas por Mukussu, al que (en la costa) también llamaban Mopsos. Ninurta trató de recordar con la mayor exactitud posible la extraña conversación —o un relato de la misma— en el encuentro nocturno de Zaqarbal con Mukussu. Cuanto más se acercaba a los poblados de las montañas, tanto mayores y menos frecuentes se hacían los rumores y promesas: mayores, porque la proximidad del inaccesible soberano y su general parecía hincharlo todo, y menos frecuentes, porque en la región había cada vez menos gente.

Tenía la impresión de estar viajando bajo una sombra, Podía ser por el aire frío de las montañas, que le hacía olvidar el sol, la sombra de las cumbres, o quizás un tiempo especialmente nuboso. Veía el cielo oscuro, y en una ocasión, desde una elevada cima, creyó ver una nube con forma de sapo. A veces también veía nube en forma de dragón, luego otras que recordaban a un cerdo marino o a un perro. Sus pensamientos se deshilachaban, se enredaban, se agitaban al viento como los hilos de una destrozada tela de araña. Lo que ocurrió cuando por fin llegó a Uqbar, donde se encontraba Madduwattas; lo vio como en un sueño, y con el tiempo sus recuerdos se fueron haciendo cada vez más confusos.

Había guardias protegiendo el acceso a la pequeña meseta sobre la que se encontraba el pueblo. Dos hombres y dos mujeres, con dibujos de un rojo sangriento sobre sus corazas de cuero. Ninurta dijo que era un mercader viajero con un regalo para el príncipe; ellos le registraron a él y a su equipaje, luego le dejaron pasar la barrera. El camino superó una última cresta y descendió después; a unas pocas docenas de pasos, el asirio alcanzó las ruinas de un enorme muro, que debía rodear el lugar cuando aún era una ciudad… ¿Hacía siglos? Más allá del muro había gigantescos bloques de piedra como desparramados; los habitantes parecían utilizarlos como pared trasera de sus míseras viviendas: chozas de tablas, pegadas con barro aquí y allá, cubiertas de losas (discos de piedra, según parecía). Ante un fuerte arquitrabe, de la altura de la mitad de una persona, hecho de una única piedra gris, había un hombre sin piernas. Cuando Ninurta y el asno pasaron ante él, levantó la cabeza y mostró las vacías cuencas de los ojos.

En medio del pueblo se alzaba un único altar; el ara del sacrificio tenía una costra roja. Un extraño artefacto se alzaba no lejos de allí; al rodearlo, Ninurta vio que era el esqueleto de un dragón. Entonces se detuvo y miró con más atención.

Era la estatua de un dragón, construida con huesos humanos, alambre y delgadas maderas. La cabeza, en la que dos piedras de un rojo intenso brillaban en el lugar de los ojos, estaba dirigida hacía el altar.

Chozas y bloques de piedra orillaban una plaza casi redonda; en el centro estaba la tienda de campaña del príncipe. Como el zumbido de las abejas, Ninurta oyó las voces de la gente, que andaba sin prisa y hacía cosas que no le atañían. Los guardias le detuvieron, le interrogaron, enviaron un criado a la tienda. El asno bebió con ansia de un abrevadero, más bien un surco profundo en una piedra de un rojo mate. Ninurta se dejó caer al suelo y cerró los ojos.

No supo cuánto tiempo había pasado hasta que los guardias le sacudieron y le indicaron que podía ir a ver al soberano. Ninurta se puso en pie tambaleándose; ante él estaba uno de los sacerdotes rojos que, impaciente, le hacía señas. Ninurta cogió el paño con los regalos y le siguió a la tienda.

Dentro ardían numerosos pebeteros con carbón vegetal; apestaba a un exceso de incienso. Teas colocadas sobre antorcheros de plata vertían un torbellino de luz en unos discos de metal pulido que enviaban sus múltiples rayos luminosos al interior del local. La tienda podía medir cinco docenas de pasos de diámetro, tenía la altura de cuatro hombres y su suelo estaba cubierto de gruesas alfombras. Ninurta se hundió hasta los tobillos y vaciló como si el suelo temblara. Un nuevo olor llegó hasta él. No, no era nuevo… Más bien era el eco de un viejo olor, viejo en la tienda y viejo en sus recuerdos. Ante su ojo interior apareció el amarillo pálido, y durante fracciones de segundo se sintió transportado a la cueva, con Kir’girim, Kal-Upshashu y Tashmetu en el primer y fracasado intento de paralizar su voluntad y hacer salir al dragón. A otra noche, mucho más lejana, sin Tashmetu. Algo atenazó su voluntad, pero pudo —fuera lo que fuese— sacudírselo.

Vio el trono y la oscura figura en él, vio sacerdotes rojos ante las aras, vio con poca claridad, en la penumbra, imágenes de un dragón o cocodrilo. Entonces le salió al paso un hombre de mediana edad, de pálida barba y rasgos vacíos, casi difuminados. Ninurta pensó en el relato de Zaqarbal.

—Tú debes de ser el general y vidente Mukussu —dijo.

—Tienes razón. —Unos dientes amarillentos brillaron en una sonrisa que más bien parecía preparación de una mortal mordedura—. También se me llama Mapu’se, Mufasa, Moksos o Mopsos. Tú eres uno de los mercaderes de Yalussu, me dijo el guardián. Supongo que tu amigo te ha contado nuestra conversación. ¿Qué traes al gran rey?

Ninurta le entregó el hatillo. Mukussu lo desenrolló, examinó el regalo, lo envolvió otra vez, se interesó por la pregunta que Ninurta quería hacer a Madduwattas. Finalmente, lo cogió del brazo y lo condujo hasta el trono.

El hombre que había ascendido desde príncipe de un insignificante país fronterizo a soberano de la poderosa Arzawa tenía que ser viejo… Los enfrentamientos con Atreo, llamado Attarissias, el rey de Acaya, habían ocurrido hacía más de cuarenta años. El hombre del trono no parecía tener más de cuarenta. El cabello, la barba y los

ojos eran negros, la piel de un moreno pálido. Una negra túnica colgaba de los hombros, formaba ondas y se metía en flecos por los huecos del trono. Un trono hecho de cráneos humanos.

Madduwattas señaló al asirio con una mano. Las uñas de los dedos eran largas y puntiagudas, como si hubieran sido afiladas.

—¿Tu deseo? Habla pronto y sé breve.

Ninurta buscó con esfuerzo las palabras. La idea —la idea de Tashmetu, que él había hecho propia— de pedir a este hombre una especie de protección le parecía ahora una locura. Se sentía aturdido, casi sin voluntad.

—Un regalo para el príncipe —dijo al fin.

Madduwattas asintió y se volvió hacia Mukussu.

—Cógelo y muéstralo.

Ninurta vio cómo el hombre pálido volvía a desenrollar el paño, sacaba la espada y la vaina, luego la espada y —con la empuñadura por delante— se la presentó al rey.

Madduwattas cogió el arma, hizo bascular y vibrar la hoja, la dejó beber y escupir la luz. Algo parecido al reconocimiento trepó por los oscuros rasgos. Una lúgubre serpiente de reconocimiento; Ninurta se estremeció.

—Vive… y quiere beber. —La voz, un imposible tronar silencioso, como un alud lejano, llenó el cráneo del asirio—. ¿Y la pregunta?

Ninurta abrió la boca y volvió a cerrarla; la lengua se le pegaba al paladar. Graznó algo sin sentido.

Mukussu enseñó los dientes; eran amarillos, y debía tratarse de una especie de sonrisa.

—Si no le he entendido mal, Prijamadu le ha enviado con un mensaje a Asur, donde se le dio una respuesta. Ambos mensajes están encerrados en su memoria por una bebida venenosa; teme que Prijamadu acoja desagradablemente una respuesta desagradable, y pide tu protección.

Madduwattas alargó el brazo con la espada; luego dio un mandoble al aire. El silbido de la espada fue como un lejano lamento.

—¿A cambio de esto? ¿Hay más?

Ninurta asintió, cansado. Un sudor frío salía como niebla de sus poros y cubría el cuerpo bajo la ropa.

—Podríamos —dijo Mukussu como de pasada— atar a una rama sus entrañas, abriéndole el vientre, hasta que diga más. ¿Te interesa esa arma, señor?

Madduwattas gruñó ligeramente, desde el fondo de la garganta.

—La vieja historia entre Wilusa y Asur… —dijo— seguirá su curso. Dale un sello.

—¿Hablas en serio, señor?

Madduwattas miró fijamente a Mukussu y calló. El hombre pálido se encogió de

hombros y fue hacia una mesa; cuando regresó, sostenía en la mano algo que entregó a Ninurta: un pequeño disco de arcilla con signos luvios por ambas caras.

—Sólo puede emplearse una vez —dijo Madduwattas. Ahora la voz era más clara… un tejido de minerales engastados, burla y distancia, puñales y poder—. Di a Prijamadu que si te deja vivir permitiré que hombres de Masa y mujeres de Azzi le ayuden. Si no, consideraré la amistad de Agamenón. —Se volvió hacia Mukussu—. Trae a un chico.

Silencio. Crepitar de los carbones. Nubes de incienso. Luz temblorosa en la hoja de la espada.

—Para que veas lo que puede ocurrir si empleas el sello dos veces. —La voz se convirtió en un lejano trueno—. Y para que yo vea cuán hambrienta está esta fina hoja.

Unos criados trajeron una palangana de bronce y la colocaron delante del trono; luego otros dos criados volvieron con Mukussu y con un niño, quizá de seis años, desnudo, con los ojos llenos de miedo. En un agujero de la palangana metieron el astil de una lanza y ataron al niño erguido a ella, con una correa de cuero que pasaba por el pecho y dejaba los brazos libres.

Madduwattas se levantó del trono; empezó la danza de la hoja hambrienta. Ninurta no supo cuánto tiempo pasó hasta que por fin la cabeza estuvo en la palangana junto a las entrañas humeantes y dejó de gritar. Después tampoco hubiera podido decir cómo llegó hasta Abasa, donde Tashmetu curó sus heridas y excoriaciones y le acunó en sus brazos. Recordaba la ladera llena de guijarros, el cuello roto del asno, las arcadas y el vómito; que la luna dragón se comía las estrellas en el abismo de la noche, sin tener en cuenta los bramidos de Ninurta. Pero recordaba también, como a través de una fina cortina, otra cosa: que no había mostrado nada de su espanto, que se había dominado como corresponde a un guerrero asirio. Que Mukussu le había estado mirando de arriba abajo y le había considerado apto para revelarle (¿la última amenaza?, ¿iniciación?, ¿cebo y castigo a un tiempo?) lo que hacía tan joven al soberano de ochenta y cinco años; lo que —junto con el favor de Shubuk— le daba la inmortalidad: lo que Madduwattas comía dos veces cada luna. El recipiente en el que Ninurta albergaba su alma aguantó hasta que hubo abandonado Uqbar; no reventó hasta la empinada ladera de fuera.

Estuvo enfermo durante días. Tashmetu daba las órdenes y refrescaba su frente. Cuando dejaron atrás la gran isla de Lasba, que los aqueos llamaban Lesbos, un negro viento los empujó al mar, donde pasaron una jornada en calma chicha antes de que un fresco viento del oeste los impulsara hacia Wilusa.

La bahía al extremo sur de la colina costera que separaba Ilios y la fértil llanura del mar estaba casi vacía; había pocos barcos en el muelle. El *Bateia* de Leucipe no estaba entre ellos; Ninurta supuso que la troyana había seguido con viento favorable

más al norte, hacia el estrecho de los Dárdanos, y había visitado el puerto próximo a las desembocaduras de los ríos. Al sur, ante la elevación verde de la isla de Tenedos, había algunas barcas de pescadores.

—Veremos si también podemos vender bocados aquí —dijo Tsanghar cuando amarraron en el muelle.

—Ellos saben manejar los carros de guerra; no te hagas ilusiones. —Ninurta consiguió una especie de sonrisa; era casi la primera frase coherente que desde Abasa había intercambiado con alguien que no fuera Tashmetu.

—¡Gracias a los dioses! —Tsanghar palmoteó, pero su sonrisa no podía eliminar su profunda preocupación—. Vuelve a hablarnos. No hay más que mencionar ventas y beneficios para que se cure.

Por encima de la playa, a mitad de la ladera, había algunas casas de madera: alojamientos para mercaderes, una taberna, el edificio de los guerreros y aduaneros troyanos. Cuatro cargueros sin vigilancia indicaban que o los mercaderes y sus tripulaciones estaban bebiéndose la taberna o se habían ido a la ciudad cruzando las colinas; dos aduaneros se acercaban al muelle.

De alguna forma, Ninurta logró subir a bordo el sello de arcilla de Madduwattas. Se apoyó en la borda de popa y miró de reojo las verdes aguas de la bahía.

—Una buena tarde para hundir *esto* —dijo.

—¿Qué? —Tashmetu se le acercó, vio el sello en su mano.

—¡No! Deja…

Él quería tirarlo al agua, pero ella lo cogió antes de que pudiera cerrar la mano.

—Quiero librarme de ese horrendo recuerdo. Dame…

Tashmetu le tocó la mejilla con la mano libre.

—Ha sido comprado a un precio terrible, querido —dijo en voz baja—. Con la sangre de un niño. No debes derrocharla absurdamente.

Los aduaneros se habían detenido al principio del muelle; señalaron hacia el mar, bracearon, se volvieron y regresaron corriendo a los edificios.

Ninurta se libró de los ojos de Tashmetu y miró hacia atrás, por encima de la borda.

Entonces se echó a reír.

—¿Derrochar sangre absurdamente? —dijo con voz hueca—. Hemos llegado a tiempo para eso.

Tashmetu siguió su mirada.

Todo el horizonte occidental estaba lleno de velas… velas blancas, grises, pardas. La flota de los aqueos.

—¿Podemos irnos ya? —La voz de Lissusiri fue más bien un susurro inteligible.

Ninurta lanzó una mirada a la vela enrollada, a los rostros desfigurados de los hombres, a los largos remos a derecha e izquierda del mástil.

—Si corremos, quizá logremos llegar a la ciudad —dijo; su voz le sonó extraña.

—¿Y el barco? —dijo Tsanghar.

—Agamenón tiene bastantes. No creo que el *Provecho de Keret* le impresione especialmente.

Tashmetu pasó los brazos en torno a su cuello, Para su gran sorpresa, reía; parecía una risa alegre.

—Querido —dijo—. ¿Correr? ¿Hacia los guerreros troyanos? ¿O quedarnos con los guerreros aqueos? Conoces príncipes en ambos lados. ¿Quieres emplear el sello a toda costa?

Él calló, perplejo.

—Quedémonos aquí. —Ella se puso más seria; la risa, que hacía mucho que se había convertido en sonrisa, desapareció definitivamente—. Vuelves a estar sano… ¿Qué importan los aqueos?

—No sabes lo que dices. Diez mil guerreros… ¿y *una* mujer?

Ella se volvió hacia los otros.

—¿Qué pensáis vosotros?

Lissusiri se encogió de hombros. Tsanghar rió a carcajadas y se dejó caer sobre las tablas de la cubierta.

—Al menos no tendremos que pagar la aduana troyana —dijo.

CARTA DE CORINNOS (VI)

Ésta, oh Djoser, mi viejo amigo, es la última parte de lo que escribió aquel muchacho inocente. La fuerte mano que me tapó la boca para que no enterrara con la lengua mi vida bajo un montón de palabras me quitó también punzón y tablillas, me pasó un cerrojo entre los dientes y me dio un papiro. Aprendí a escribir con desconfianza palabras aprendidas a conciencia, con cálamo mordido a conciencia y tinta. ¿No es asombroso cómo una amenaza afila el espíritu, cómo las pisadas de la muerte dan forma al espíritu de barro del muchacho y se llenan con el conocimiento del mundo que se va filtrando? Asombroso, en verdad; ¡y cuán gustosamente habría renunciado entonces a las pisadas y a las huellas!

Pero esto después. Sé indulgente con el muchacho que describió cómo la flota de los aqueos alcanzó las costas de Troya. El viento del oeste nos hizo entrar en el estrecho de los dárdanos, rodear el promontorio tras el cual se encuentran el puerto y las desembocaduras del Escamandro y el Simois: y la llanura de Ilios. No todos los barcos fueron hacia allí; se había acordado que los barcos de Tlepólemo, junto con algunos otros, irían a la bahía del sur y la asegurarían, junto con los pueblos de pescadores de la costa. Era un claro y ventoso atardecer de principios del verano, y en cuanto alcanzamos el puerto y la costa ocurrió lo que el muchacho describe así:

Precisamente en este momento Sarpedón aparece ante Troya; el licio viene con gran número de guerreros en respuesta a las peticiones de Príamo. Desde la lejanía, ve que un enorme ejército está desembarcando, y como presiente un desastre ordena sus fuerzas y se precipita sobre los dánaos cuando éstos iban a dejar los barcos. Los hijos de Príamo observan lo que estaba ocurriendo, echan mano a las armas y corren a la orilla del mar. Los dánaos no pueden abandonar sus barcos, porque los amenaza la aniquilación, ni levantar sus armas contra el ejército amenazante, que empieza a cercarlos; la confusión es tan grande que a los dánaos casi no les queda posibilidad alguna de maniobrar. Finalmente, sin embargo, los que con tal urgencia pudieron armarse se dieron mutuamente valor y atacaron al enemigo. Protesilao, cuyo barco era el primero en alcanzar la playa, fue traspasado por la lanza de Eneas y cayó en la lucha en primera fila. También cayeron dos de los hijos de Príamo, y en ambos ejércitos hubo otras pérdidas valiosas.

Como la lucha duraba, Aquiles y Áyax, hijo de Telamón, inspiraron confianza a nuestros combatientes, y temor al enemigo, tan denodadamente luchaban; sólo con su bravura hicieron a los dánaos seguir combatiendo. Los enemigos no pudieron resistir por más tiempo a Aquiles y Áyax; los que luchaban directamente con ellos retrocedían cada vez más, hasta que por fin todos emprendieron la huida. Sin ser

molestados por el adversario, por lo menos en ese momento, los dánaos llevaron sus barcos en buen orden a un lugar seguro. Luego Aquiles y Áyax, en cuya bravura se ponía la máxima confianza, fueron elegidos entre todos para proteger las alas de la flota y garantizar la seguridad del ejército guardando sus flancos.

Al día siguiente se quería enterrar a Protesilao y demás muertos; sin duda no se contaba con un ataque enemigo en ese momento. Pero Cicnos, cuyo reino no estaba lejos de Troya, enterado de nuestra llegada, atacó a mansalva a los dánaos ocupados con el entierro. Horrorizados por esta inesperada amenaza, nuestros hombres huyeron a la desbandada. Pero cuando el resto del ejército se enteró de ello, todos echaron mano a las armas y se lanzaron al ataque; Aquiles luchó con Cicnos, lo aturdió finalmente de una pedrada, ya que Cicnos no quería doblegarse a las armas, y lo ahogó con las correas de su propio yelmo. Aquiles y sus hombres mataron también a otros muchos enemigos, y así nuestros amenazados hombres volvieron a quedar libres.

Sumidos en honda pena y malestar por las horribles pérdidas sufridas después de tantos ataques del enemigo, nuestros caudillos decidieron asaltar primero, con parte del ejército, las ciudades cercanas a Troya. Así, penetraron en el reino de Cicnos y lo destruyeron todo a su alrededor. Luego entraron en la capital del reino, donde se suponía que se encontraban los hijos de Cicnos. Como no hallaron resistencia alguna, estaban empezando a incendiar la ciudad, Cicnai, cuando sus habitantes les imploraron, con ruegos y lágrimas, que desistieran de su propósito. De rodillas, invocaron todos los poderes humanos y divinos y alegaron que los desmanes de un príncipe infame no debían ser purgados por una ciudad sin tacha, que siempre había sido fiel a los dánaos. Así encontraron clemencia para sí y su ciudad y la salvaron, pero tuvieron que entregar a los vástagos reales Cobis y Coriano y a su hermana Glauke. Nuestros combatientes determinaron después que la muchacha fuera entregada a Áyax junto con el botín que le correspondía, en agradecimiento por sus audaces acciones. Poco después los habitantes de Cicnai prometieron —con el ruego de que se mantuviera una paz duradera— contraer una alianza y ejecutar cualquier orden de los dánaos. Después éstos retrocedieron hacia Cilla y asaltaron la ciudad, pero mantuvieron indemnes a los de Carene, el lugar vecino, para cumplir su promesa con las gentes de Cicnai, ya que Carene era una ciudad sometida a aquélla.

Alrededor de ese momento se comunicó a los dánaos una sentencia del oráculo pítico: había que hacer unánimemente a Palamedes el encargo de hacer un sacrificio a Apolo Esminta. A muchos guerreros les gustó esa orden, debido a los fieles servicios de Palamedes y a la inclinación que mostraba hacia todo el ejército; pero algunos de los caudillos se sintieron postergados. A pesar de todo, como se había acordado, el ejército hizo cien sacrificios, bajo la dirección de Crises, un sacerdote local.

Pero Alejandro, al que también llamaban Paris, acabó por enterarse de los

sacrificios, así que reunió un grupo de hombres armados y acudió a impedirlos. Sin embargo, antes de que pudiera llegar al templo los dos Áyax le pusieron en fuga y mataron a muchos de sus hombres. Crises, el mencionado sacerdote de Apolo Esminta, no quiso poner en su contra a ninguno de los dos ejércitos y siempre dijo que estaría aliado con aquel que en ese momento visitara el templo.

Cuando se llevó a cabo el sacrificio, Filoctetes estaba en las cercanías del altar, cuando, de pronto, le mordió una serpiente. Todos los circundantes gritaron; Ulises se lanzó hacia allí y mató al animal. Poco después se llevó a Filoctetes con unos pocos criados a Lemnos, porque allí, se decía, había algunos a los que el dios Hefesto —la isla estaba consagrada a este dios— había puesto en éxtasis, y se decía que ellos podían extraer del cuerpo el veneno de aquella serpiente que había mordido a Filoctetes.

Entretanto Aquiles había averiguado que todas las ciudades de las cercanías de Troya ayudaban a los troyanos y les servían de almacén de abastecimiento. Por eso, fue a Lesbos con cierto número de barcos y ocupó sin esfuerzo la isla; mató con su espada al rey Phorbas, que había forjado múltiples alianzas contra los dánaos, y se llevó consigo a la hija de Phorbas, Diomedea, además de un abundante botín. Ante la insistencia de sus guerreros, se dirigió después con una poderosa fuerza contra otras dos ciudades acomodadas, y en pocos días las arrasó a ambas sin el menor esfuerzo. Allá donde fuera, el rico y abierto país le ofrecía un arreglo, pero todas esas comarcas fueron igualmente saqueadas, y destruidas tan a conciencia que al final nada que Aquiles considerase amistoso hacia los troyanos escapó sin ser devastado o aniquilado. Cuando las tribus y pueblos de las regiones próximas se enteraron, se apresuraron a concertar la paz con Aquiles. Daban la mitad de todo lo que producían y poseían como garantía de que sus campos no fueran destruidos, y daban y obtenían promesas de paz. Tras estas incursiones, Aquiles regresó con el grueso del ejército, rico en fama y botín. Casi al mismo tiempo se presentó en nuestro campamento un rey escita cargado de regalos.

Pero Aquiles no estaba satisfecho con lo alcanzado. Así que se dirigió contra Lirneso, habitada por los cilicios misios, y la conquistó en pocos días. Después de haber matado al príncipe de la ciudad, Aetio, tomó a su esposa Astínome, hija del mencionado sacerdote Crises, y llenó sus barcos con todas las riquezas de la ciudad. Después se apresuró a ir a Pédaso, principal ciudad de los leleges. Su rey Brises comprendió que nuestros guerreros, que atacaban con furia la ciudad, no podrían ser contenidos, y su pueblo no sería defendido suficientemente. Como no pudo poner su esperanza ni en la fuga ni en la salvación, abandonó las filas de los combatientes, fue a su palacio y se ahorcó allí. Poco después la ciudad fue tomada, muchos hombres murieron, y Aquiles se llevó consigo a la hija del rey, Hipodamia.

Más o menos al mismo tiempo Áyax, hijo de Telamón, emprendió una campaña

de conquista por la península tracia, situada frente a Troya. Cuando Polimestor, rey de los tracios, supo las brillantes artes guerreras de Áyax, perdió la confianza en sus propias capacidades y se entregó. Como contraprestación por la paz entregó además a Polidoro, hijo de Príamo, que llevado allí)de recién nacido y criado por Polimestor, ahora se encontraba allí como enviado de los troyanos. También se dio a los dánaos abundante oro y otros regalos para calmar sus ansias de guerra. Por último, Polimestor llenó los cargueros de Áyax con alimentos y prometió suficientes cereales para abastecer a todo el ejército durante un año. Tras haberse desprendido, con muchos juramentos, de todos sus vínculos con Príamo, fue aceptado como aliado de los dánaos.

Cuando esto se consiguió, Áyax guió a sus guerreros más al nordeste, hasta el país de los frigios. Allí mató en combate singular a Teutras, el príncipe de la región. Pocos días después abandonó la devastada y quemada capital con gran botín y con Tecmesa, la hija del muerto Teutras.

Fue también en este tiempo cuando Diomedes y Ulises acordaron matar a Palamedes.

12. LA VIRTUD DE LOS AQUEOS

Cuatro mil veces la altura de un hombre, ocho mil quinientos pasos medianos hasta la fortaleza de Ilios, pero también hubiera podido estar al otro lado de un mar. La llanura —rica y fértil llanura aluvial— bullía de personas en insensata huida: pescadores y sus familiares de los pueblos de las colinas costeras, campesinos de los dispersos caseríos y granjas, remolinos en los que guerreros de los puestos avanzados troyanos se abrían paso con el arma desnuda por entre la multitud, o angosturas de los caminos en las que las gentes se atropellaban, pisándose, pateándose unos a otros hasta incluso la muerte.

Tashmetu, Ninurta y Tsanghar habían escalado la colina del sur; los otros se habían quedado en el barco.

—Fue una buena decisión no correr a la ciudad. —Tashmetu puso una mano en el hombro de Ninurta—. No quisiera verme atascada en medio de esa multitud.

Tsanghar chasqueó la lengua.

—Vamos a ver cómo se divierten —dijo, y se sentó con las piernas cruzadas y miró fijamente la llanura.

El Escamandro y otro río, más pequeño (quizás un antiguo brazo secundario), desde el sur, y el Simois desde el este, habían inundado el país durante eones y desplazado la costa hacia el norte. A cuatro mil veces la altura de un hombre al nordeste de la colina en la que se encontraban estaba la montaña de la fortaleza, con sus templos, palacios y viviendas, tras fuertes muros; al sur y al suroeste la ciudad baja rodeada de un muro. La *vieja* ciudad baja… la segunda, más reciente y también fortificada, se extendía por la insana orilla norte del Simois. Allí se había drenado el suelo en las décadas anteriores y se habían desecado las ciénagas para dar espacio a todo el mundo. Ninurta había oído decir que a menudo había fiebres o las había habido; él mismo nunca se había visto afectado, y en sus estancias se había sentido notablemente mejor en la ciudad «nueva».

Pero las tres —fortaleza, ciudad vieja, ciudad nueva— estaban infinitamente lejos, los caminos bloqueados, los campos también… ganado, carros y personas: hombres, mujeres, niños, viejos; y guerreros con todo su equipo de armas y carros. Allá donde el Escamandro abandonaba el profundo abismo al norte de la ciudad había —sobre la confluencia con el Simois— un puente, y Ninurta no quería saber lo que estaría pasando allí ahora.

Según todos los indicios, la parte principal de la flota de Acaya iba a entrar en el estrecho aprovechando el fuerte viento del oeste. Algunos barcos ponían proa a la costa occidental, para ocupar la bahía y los pueblos al norte de ella. El gran puerto de Troya, entre la punta norte de la cadena montañosa y la más occidental de las tres

desembocaduras, pronto bulliría de aqueos; probablemente llevarían allí parte de sus barcos —los peores— y los desguazarían para tener madera para hacer viviendas y fuego. ¿Y después? ¿Una matanza en la llanura?, ¿un largo asedio?

Los otros mercaderes cuyos barcos estaban en el muelle se habían quedado en la taberna para que la embriaguez de la noche anterior no desapareciera de forma demasiado abrupta. Dos de los barcos pertenecían a escitas; apestaban miserablemente y más parecían chuchos desgreñados que cepillados mulos. Buhoneros escitas, que infestaban los países de los alrededores del estrecho con mercancías dudosas. Tashmetu le había preguntado si los escitas traficaban con cadáveres añejos; Ninurta sospechaba que lo que hedía de esa manera eran pieles sin curtir. Y pescado ya anciano, metido en saladísima hiel de culebra.

Cuando volvieron a descender, Lissusiri también se había calmado. Que los dioses, había gritado, ahoguen a los aqueos en vómito de perro y meados de demonios; dado que hasta ahora no parecía haber signos de que fuera a cumplirse su deseo, parecía conformarse con la sordera o incapacidad de los dioses; él y el otro piloto, Qingo, se dedicaban a poner a buen recaudo todas las partes móviles, subir a cubierta los dos timones de popa que habían sacado de sus carriles de bronce y, en general, preparar el *Provecho de Keret* para una larga estancia en el malecón. Bod-Yanat cocinaba en el pequeño fogón instalado en el centro del barco algo que tenía un olor exquisito. Con gesto rabioso, dijo que había que comerse las mejores cosas antes de que empezara el saqueo.

Esperar. Los barcos se acercaban. Más. Al norte de la bahía, los primeros llegaron a la orilla, encallaron en la playa (Ninurta imaginó que los oía rechinar). Tashmetu estaba a su lado en el castillo de popa; no dijo nada, sólo cogió su mano, cuando algunos roñosos veleros recogieron velas a derecha e izquierda del muelle.

Los melenudos aqueos (de enredada melena) salieron de los oscuros, ventrudos, apestosos barcos; órdenes y maldiciones llenaron el aire; hombres armados con lanzas corrieron hacia los edificios, más lejos, hacia las primeras colinas. Luego…

Nada. Casi una decepción. Los capitanes de los barcos y los jefes de tropa repartieron a los hombres, los enviaron aquí y allá A ocupar caminos, asegurar accesos, buscar agua, ganado, fruta. Se empujaron a la playa los peores barcos, que de todas maneras no resistirían el viaje de vuelta, fuera cuando fuese, y una vez descargados se los volcó. Hombres con hachas se dedicaron a desguazarlos; otros vinieron con cuerdas y sierras, cestas llenas de clavos y otras herramientas, para hacer con las cuadernas los primeros alojamientos.

—¿No nos ven? —dijo Tashmetu en voz baja.

—Nos ven, pero tienen otras cosas que hacer. Se ocuparán de nosotros en cuanto no se les ocurra otra cosa mejor.

Con el sol ya en el ocaso un hombre de túnica roja y alto yelmo con penacho

subió al muelle acompañado por siete u ocho guerreros. Al acercarse a la flota, los otros mercaderes ya habían subido a sus barcos; entretanto, quien más quien menos estaba ya sereno. El del yelmo se detenía brevemente junto a cada barco, cambiaba unas palabras con el responsable, daba —al parecer— escuetas instrucciones y seguía adelante.

De pronto, Ninurta se echó a reír. Sacudió la cabeza y dijo, volviéndose hacia Tashmetu:

—De vez en cuando uno tiene que tener suerte. Ahora le reconozco.

—¿Quién es?

—El señor de todos nosotros… al menos de nombre. Celeo, príncipe de Yalussu, bajo cuyo nombre se nos permite surcar los mares.

El príncipe de Yaliso no apestaba, a diferencia de la mayoría de sus hombres; llevaba el pelo corto bajo el casco, como pudieron ver cuando se lo quitó y se lo puso bajo el brazo. En su rostro moreno se dibujó una sonrisa divertida, que parecía disimular cierta preocupación. Los dientes eran blancos y cuidados.

—Hubiera debido imaginar que te encontraría aquí. No es que me alegre especialmente. —Estiró el brazo derecho; Ninurta aferró brevemente la muñeca.

—¿Por qué no te alegra?

Celeo miró el barco despejado, los rostros de los miembros de la tripulación, luego acarició con los ojos el rostro de Tashmetu.

—Entre otras cosas, debido a esta hermosísima mujer.

—Tashmetu —dijo Ninurta—. Princesa de los mercaderes de Ugarit, desde hace poco participa en la noble empresa que abusa de tu nombre para eterna vergüenza.

Celeo apuntó una pequeña reverencia.

—¿Princesa de los mercaderes? Me temo que mis guerreros aqueos y los demás príncipes no sepan qué hacer con una mujer inteligente. Y el uso que piensan dar a las mujeres hermosas es precisamente lo que me alegra tan poco. ¿Tenéis algo de beber?

Bod-Yanat y Tsanghar trajeron copas y un ánfora con vino. Celeo bebió un largo trago, suspiró y se apoyó en la pared lateral del castillo de popa.

—¿Negocios, asirio? ¿Con los troyanos o con nosotros?

—Con todo el que quiera negociar. —Ninurta entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras—. Habla de tu preocupación, señor, no de nuestros negocios.

—Puedo protegeros… durante unos días, quizás una luna, pero no mucho más. Las órdenes de Agamenón son inequívocas… Debemos confiscar velas y remos; tenemos que cuidar de que no escape nadie que tenga a bordo algo que pueda sernos de utilidad; quien no está con nosotros y negocia con nosotros está contra nosotros y se le impedirá mediante la espada negociar con otros. Así de sencillo.

Tashmetu puso una mano en el hombro de Ninurta.

—Tu príncipe es un hombre sincero. No puedo decir que su sinceridad, su verdad me entusiasme especialmente, pero de todos modos…

Celeo rió ligeramente.

—¿Debo contaros mentiras? Que viajéis y comerciéis en mi nombre no tiene valor; el poder reside en Agamenón, y actualmente éste sólo conoce amigos y enemigos, no hay término medio.

—¿Qué debemos hacer?

Celeo miró a la playa, hacia los edificios.

—Os quedaréis aquí. En vuestro barco o en la taberna… Yo preferiría el barco. El aire aquí es mejor. —Arrugó la nariz—. Pasarán unos días antes de que las cosas se hayan arreglado: alojamientos, manutención, por no hablar de combates. ¿Después? No lo sé. ¿Qué carga lleváis?

—Armas. Buenas armas.

—¿Para nosotros o para Troya? —Celeo levantó los brazos con gesto de negativa —. Pregunta estúpida; lo sé. Mejor no digas nada. —Calló unos instantes, pareció cavilar; luego dijo—: El problema es que algunos príncipes han decidido que hay dos clases de hombres… aqueos y carentes de valor. No importa nada que viajéis en mi nombre, o para el rey del país de los juncos o para los dioses del hemisferio oriental.

Ninurta se esforzó en que su respuesta no fuera demasiado sarcástica:

—¿Aqueos y carentes de valor? Una visión sorprendente, amigo mío… Sobre todo porque hasta ahora no he conocido a ningún aqueo. Aqueo como tal, quiero decir.

Celeo asintió; su mirada se hizo un tanto lúgubre.

—Sólo atenienses, espartanos, argivos y los verdaderos aqueos, lo sé. Pero los príncipes han decidido que el rapto… Bueno, el pérfido abandono de su esposo por parte de Helena es una afrenta para todos los que se sirven de la lengua más o menos aquea, ya sea con acento del norte o del sur…

—¿Con lo que los señores afirman un ser supraordenado… digamos, una esencia, que sin duda no es aprehensible, pero que abarca a todos los hombres que hablan aqueo y se toman el derecho de raptar a mujeres ajenas, como Ariadna o Medea?

Celeo vació su copa y se separó de la borda.

—Siempre es un placer charlar contigo. Por desgracia lo que dices es cierto, y no cambia nada la situación. Si hubieras nacido en Yaliso, de cualquier madre y de padre aqueo o, por lo que a mí respecta, micénico, ahora podría dejarte marchar. Pero como no es así —se encogió de hombros— os quedaréis aquí. Soy el encargado de este sector, así que nos veremos de vez en cuando. Cuando las cosas estén mejor ordenadas, si los caudillos están de buen humor, quizá, tras una primera pequeña victoria, podríamos intentar hacer algo con vuestras armas.

Los guerreros de Celeo incautaron las velas y los remos y los guardaron en un

cobertizo, igual que los equipos de los otros mercaderes. No había nada que hacer salvo esperar, y mientras Tashmetu y Ninurta eran capaces de pasar el tiempo con conversaciones inteligentes y discutir las distintas formas y desarrollos de la espera, y sus especiales peculiaridades, que mostraban a un espectador atento las múltiples formas del no hacer nada, a los marinos del *Provecho de Keret* se les hacía cada vez más fatigoso no tener más carga que el vacío. Tsanghar contaba historias de las montañas de su patria… Historias que se hacían cada vez más enmarañadas y confusas, hasta que finalmente se deshilachaban y hacían más agobiante, por acumulación, el tiempo que debían ayudar a pasar. Bod-Yanat se llevaba una y otra vez algunos hombres a buscar algo comestible por los alrededores; pero los aqueos no les dejaban ir muy lejos, y allá donde se les permitía buscar hacía mucho que los guerreros lo habían saqueado todo. La comida se hacía más escasa y siempre era igual; de los otros mercaderes y del propietario de la taberna no se podía obtener nada. Algunos de los hombres dormían en tierra, en el muelle, en la arena, junto a la taberna; en una ocasión se produjo una seria pelea, y el marino que sus compañeros cargaron hasta el *Provecho de Keret* vivió lo justo para decir «no me andes hurgando» cuando Bod-Yanat quiso examinar las profundas heridas.

Entonces Tsanghar empezó a encargar cosas a la gente; Ninurta le dio fragmentos de metal para que en caso necesario negociara con los hombres de los otros barcos o incluso con los aqueos. El gasqueo quería madera, cuerdas, clavos en grandes cantidades y toda clase de herramientas; había algunas de esas cosas a bordo, pero Tsanghar alegaba no querer tocar esas reservas, porque habría que echar mano de ellas para volver a la isla. Ninurta se esforzaba asimismo por mantener a la tripulación de un humor soportable; inventaba recuerdos de lejanos lugares y extrañas costumbres, y enseñaba a los marinos primero a no ahogarse en las aguas poco profundas de la bahía, y después incluso a nadar.

Los aqueos mantenían la colina ocupada y observaban tanto la llanura como la playa; más afuera, en el mar, remeros de guerra navegaban día y noche arriba y abajo. En varias ocasiones, Ninurta vio cómo apresaban barcos, los obligaban a fachear y los saqueaban o «descargaban», por emplear la expresión de Celeo. Por él y sus guerreros se enteraron de lo que pasaba en torno a Troya; oyeron hablar del primer baño de sangre, cuando los troyanos y los licios de Sarpedón atacaron a los aqueos durante el desembarco, de las luchas con Cicnos (Ninurta necesitó un rato para reconocer bajo ese nombre al príncipe Cuculis, con el que había negociado hacía años), de las víctimas de una hecatombe —«cien bueyes menos que alimentar», dijo Celeo— en el altar de Apolo, de Filoctetes y la mordedura de la serpiente. El ejército de Agamenón mantuvo ocupada la llanura al oeste del Escamandro e hizo cada vez más rapiñas hacia el sur para conseguir alimentos y sembrar el pánico en los vecinos (y súbditos) de Troya.

Pero todo esto era como ruido lejano. Se les dejaba subir a la colina, pero no descender a la llanura; y lo que veían desde arriba no era mucho más que tropas en movimiento y, al norte, de forma poco clara, una masa de construcciones que antes no estaban allí: tiendas de campaña y los barracones hechos con los barcos desguazados. Se decía que, como no había suficiente forraje, había que matar muchas más reses de las necesarias para alimentar a los guerreros.

—Mi compasión es limitada —dijo Tashmetu.

Como casi siempre, Ninurta y ella habían preparado un lecho para la noche en el extremo más alejado del muelle, donde no se les molestaba y no tenían que exigir a la tripulación, aburrida y escasamente alimentada, que soportara sin participar, pero no indiferentes, los placeres carnales de los propietarios.

—¿Compasión con las reses o con los aqueos?

Tashmetu se frotó el trasero contra la velluda entrepierna de Ninurta.

—Esta vez con los aqueos, oh, hombre agotado. Mi compasión para con los animales… Aunque casi me da pena la serpiente que ha mordido a Filoctetes. Sin duda es meritorio, pero Ulises la mató después, ¿no?

La brisa nocturna que venía del mar era fresca; Ninurta subió el embozo de la manta y dejó reposar su mano derecha entre los pechos de Tashmetu.

—Mmmm —dijo ella.

—En lo que se refiere a la serpiente —mordió suavemente los hombros de Tashmetu—, tengo mis dudas.

—¿Dudas? ¿De qué clase?

—Un escita de la taberna (apesta que da asco ese tipo, pero sabe lo que se lleva entre manos), bueno, ese escita dice que sin duda aquí hay serpientes, pero pocas son venenosas, y que las venenosas no viven precisamente junto a los altares de Apolo. Además, se esconden con mucha rapidez cuando muchos pies de hombres pesados hacen temblar el suelo. Por eso, se pregunta cómo es posible que una serpiente mordiera a Filoctetes precisamente junto al altar.

—¿Tiene una explicación?

—Digámoslo así… tiene una arriesgada sospecha. Filoctetes es uno de los hombres más inteligentes del ejército. Se dice que sólo Palamedes y Ulises son un poco más listos que él. Y entre los príncipes, según se cuenta, no todo es puro amor y concordia. ¿Qué ocurriría, dice el escita, si se redujera el número de príncipes inteligentes?

Tashmetu calló.

—El superviviente tendría más poder e influencia, ¿no?

—Y una parte mayor en el botín —dijo Tashmetu—. Es demasiado cierto como para ser increíble. Pero ¿cómo? ¿Y qué pasa con la herida?

Ninurta resopló levemente.

—Los escitas tienen malos pensamientos; creen a todo el mundo capaz de todo, sobre todo a los aqueos. Ese hombre dice que lo que ha oído acerca de la herida de Filoctetes le recuerda ciertas cosas.

—¿El qué? La herida apesta, está ulcerada, destila un líquido repugnante y duele tanto que Filoctetes no deja dormir a la gente con sus gritos… por eso se lo han llevado a Lemnos.

—El escita dice que hay un veneno que se unta en las flechas… en las puntas de las flechas, más exactamente. Dice además que las bélicas mujeres de Azzi, las amazzyunas, son especialmente buenas envenenando flechas. Si el veneno es antiguo, tiene exactamente el efecto de la mordedura de la serpiente en Filoctetes.

Tashmetu suspiró ligeramente. Se volvió boca arriba y miró la negrura del cielo.

—El veneno de las flechas de las amazzyunas… y la mordedura de la serpiente de Filoctetes. Me parece que están más separadas que nosotros aquí abajo y las estrellas allí arriba.

Entonces se detuvo.

—¿O no? ¿No se supone que Filoctetes heredó las flechas de Hércules?

—Así es, oh prudentísima de las bellas y bellísima de las prudentes. Las flechas envenenadas del gran matón, que en el viaje de vuelta desde la Cólquida estuvo con Jasón y con Teseo y los otros en la costa del país de Azzi, donde causaron tales estragos que se dice que una tropa de mujeres furiosas los persiguió hasta Atenas. Su jefa montaba un caballo negro, por eso los aqueos la llamaron Melanipe.

—Pero… —Tashmetu titubeó. Finalmente, dijo—: ¿Quieres decir que alguien cogió una serpiente inofensiva, la soltó junto al altar de Apolo y pinchó al mismo tiempo a Filoctetes con una de sus propias flechas? Pero ¿quién?

Ninurta no respondió.

—Naturalmente; tienes razón. —Se sentó y le miró—. Hay que tener una mente muy retorcida para idear algo así. Pero está claro; sólo uno de los príncipes pudo llegar hasta el carcaj. Y fue muy inteligente al matar enseguida a la serpiente.

—En una ocasión quise meterle por los ojos un arco, pero ya tenía uno. Sabe manejar las flechas.

Tashmetu volvió a dejarse caer, esta vez del otro lado, mirando frente a frente a Ninurta.

—Es extraño lo que se le ocurre a la gente si nadie se lo impide. Y nosotros nos sentamos aquí en el muelle, vemos romper las olas, contamos las estrellas y nos ejercitamos en el dulce no hacer nada.

El asirio sonrió.

—Algunas formas de no hacer nada que producen sudor me son especialmente queridas, gracias a tu colaboración.

—Eso habla en nuestro favor, creo yo. Cualquier idiota puede destilar diligencia.

Requiere mucha más inventiva ponderar las muchas formas y colores del aburrimiento.

—Cuán cierto, señora. ¿Aburrimiento amarillo, ligeramente dentado?

Ella se echó a reír.

—No olvides el ocio febril o el audaz dormitar, ambos en el mejor de los casos rojos y temblones.

—También la rigidez jadeante, marrón mate, tiene su gracia. —Su mano descendió bajo la manta.

—¿El erecto desierto? ¿El húmedo bostezo?

—Eso último es vertical.

Hubo un momento, más adelante, en que el asirio dijo a media voz:

—Insolente sopor. Osada espera. Y yo que nunca he soportado estar mucho tiempo inactivo en un sitio. Es… es como si algo hubiera cambiado. Transformado. Hechizado. Como si ya sólo necesitara dos cosas para sobrevivir.

—¿Dos cosas? —La voz de Tashmetu tenía una cadencia contenida, casi recelosa.

—El mar —dijo Ninurta—, la sal y el horizonte. Ésa es una. Y… Tashmetu. Creo que me gustaría aburrirme contigo los próximos años.

Cuando ella le besó, notó que sus mejillas estaban húmedas.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Hay cosas adecuadas y otras inadecuadas —susurró ella—. Acabas de decirme algo muy hermoso. Ahora yo tendré que decirte algo muy inoportuno, Te quiero.

—No me parece tan desagradable.

—Eso no, pero… Hubiera tenido que empezar a sangrar hace cinco días. Éste no es el mejor lugar, y sobre todo no es el mejor momento, Pero… —calló.

Bajo la manta, Ninurta buscó su mano, la encontró, se la llevó a la boca y tocó con sus labios las puntas de los dedos.

—Hay mejores lugares y mejores momentos —dijo—. Pero no tenemos *sulufu* a mano, ¿verdad? Ni tampoco las otras setas y hierbas. Aquí no las conseguiremos.

—Quiero tenerlo —dijo ella.

—Entonces las cosas están bien como están.

Unos días después, Celeo les recomendó pasar la noche en el barco, e incluso mejor agachados detrás de la borda o bajo cubierta.

—Áyax el Grande, hijo de Telamón, ha partido hacia el norte, a llevar el saqueo y el horror, como de costumbre. Aquiles va a pasar por aquí para seguir sus matanzas en el sur. No os dejéis ver, como os he dicho; él es el peor representante de eso de ser aqueo por encima de todo.

—¿Qué hace con los no aqueos?

—Si está de buen humor, los mata.

—¿Y si está de mal humor?

—Los mata lentamente.

Todo empezó de forma completamente inocua. No lejos de la costa, unos barcos iban hacia el sur; vinieron a tierra unas pequeñas tropas, sobre todo infantería ligera, armamento pesado y dos carros de guerra. Se detuvieron en la llanura entre el muelle y los edificios. Ninurta, casi inmóvil y apenas visible en el castillo de popa del *Provecho de Keret*, vio al gigantesco guerrero saltar del carro. Pareció cambiar unas palabras con Celeo; luego se quitó el alto yelmo y dejó al descubierto una larga melena rubia, sujeta con una cinta sobre la frente. Por lo que el asirio pudo ver, Aquiles requería información a Celeo, y no precisamente con amabilidad. Señaló varias veces los edificios, los barcos; en una ocasión cogió por los hombros al príncipe de Yaliso y lo sacudió.

Entonces se abrió la puerta de la taberna, ante la cual montaban guardia dos hombres de Celeo, y un escita, visiblemente borracho, bramó algo. (Celeo dijo después que se había quejado del ruido y las ásperas voces). El gigantesco aqueo señaló hacia la taberna; cuatro de sus hombres corrieron hacia allí, echaron a un lado a los guardias de Celeo y llevaron a rastras al escita, que pataleaba, hasta su jefe.

Aquiles no parecía derrochar palabras. Cogió al escita por la pechera con la mano izquierda, lo levantó en vilo, sacó con la derecha un largo puñal o una espada corta del cinturón y cortó la oreja izquierda del mercader.

Ninurta no ansiaba ver más; se escurrió fuera del castillo de popa y se tumbó sobre las tablas de la cubierta. El enigmático y amorfo cajón en el que trabajaba Tsanghar, y acerca del cual aún no había querido decir nada, le protegía de la vista de todos los que estaban en tierra.

—¿Qué están haciendo? —dijo Tashmetu.

Desde el extremo del muelle que daba a tierra venía un agudo gimotear.

—El divino Aquiles se complace en desguazar a un escita borracho con un cuchillo. —Ninurta hablaba como a través de un velo de vómito; manos invisibles le apretaban la garganta.

Tashmetu cogió su mano, la sostuvo entre las suyas.

El griterío se hizo más fuerte, más bajo, volvió a elevarse y, finalmente, se cortó con brusquedad. Los hombres del *Provecho de Keret* estaban sentados o en cuclillas, unos en cubierta, otros bajo la toldilla; no faltaba quien tenía los ojos cerrados, como niños que creen que si no ven tampoco se les verá; Bod-Yanat movía los labios maldiciendo en silencio; Tsanghar tenía la mirada fija en Tashmetu.

—Cuando ocurre algo horrible hay que pensar en algo muy hermoso —murmuró —. ¿Puedo pensar en ello, señora?

—Piensa en lo que quieras, si te ayuda.

—La excitación distrae.

Esperaron; Ninurta respiró con más facilidad, la asfixia cedió un poco y dio paso

a una ira abrumadora e impotente.

De pronto, oyeron pasos, voces duras en el muelle. Los aqueos parecían acercarse, como si quisieran examinar con más atención los barcos anclados en el muelle.

Luego se oyó la voz de Celeo:

—Ese barco me pertenece, Aquiles… Son mercaderes que viajan para el príncipe de Yaliso.

—¿Aqueos? —dijo una extraña voz, al mismo tiempo remota y atronadora.

—Hay aqueos entre ellos.

—¿Qué más?

La voz de Celeo era agresiva e irritada.

—*Mi* gente, hombre. ¿Es importante de dónde vienen exactamente?

Otra voz, un poco más chillona que la de Aquiles:

—El hijo de Peleo quiere saberlo, así que es importante.

Ninurta rechinó los dientes y se puso en pie.

—Esto es indignante —dijo en voz muy alta—. ¿Por qué va a esconderse un asirio de un bárbaro aqueo?

Celeo le miró fijamente; el asombro se transformó en algo parecido al respeto y la preocupación… La cara de despedida del príncipe de Yaliso, pensó Ninurta fugazmente; así miraría Celeo cuando asistiera al entierro de un valiente idiota.

Junto al príncipe, casi una cabeza más alto que él, estaba Aquiles; seguía sosteniendo el casco bajo el brazo. La enmarañada melena rubia. La sucia cinta del pelo, entretejida con hilos de oro. La poderosa coraza de bronce, con tiras de oro remachadas. El hombre que había hablado en último lugar tenía que ser Patroclo, primo, íntimo amigo, compañero de luchas, de mesa y cama del pélida. No era tan macizo como Aquiles, llevaba una coraza parecida y bajo el casco le salían mechones negros. Ambos iban sin afeitar, como los seis guerreros que los acompañaban, y Ninurta imaginó poder olerlos contra el viento.

—¿Asirio? —Aquiles sonó sorprendido. Miró al mercader, la cubierta, los otros, que se levantaban lentamente.

De pronto Ninurta sintió algo de todo eso que se decía en honor de Aquiles, y de su efecto. Los ojos, que dejaron a Tashmetu y volvieron a dirigirse a él, eran agudos y mordaces, de un curioso y danzante gris azul. Cuando el asirio miró esos ojos, su cabeza se hizo ligera como tras una copa de buen vino vertida sobre un estómago vacío. Seguía sabiendo que el aqueo era un sucio asesino, apenas versado en el trato con la escritura. Pero también era *hermoso,* algo que Ninurta nunca había visto antes en un hombre… Las manos, los fuertes brazos, los hombros, todo era poderoso, pero todo era armonía y simetría. Una sonrisa, y mil muchachos y muchachas adorarían su falo; una orden, y diez mil hombres le seguirían al combate. Y sin duda no era

tonto… Mientras Ninurta trataba de valorarlo, de sondearlo, se sintió descuartizado, hurgado y ponderado por esos ojos.

—Asirio —repitió Aquiles; en la voz sonaba algo así como un reconocimiento a regañadientes—. He oído decir que los asirios son grandes guerreros. ¿Se puede ser guerrero *y* mercader? ¿Al servicio del príncipe de una isla?

—No sé si los aqueos pueden serlo a la vez; los asirios si pueden.

Aquiles rió, y Ninurta habría estado dispuesto a seguirle al fin del inframundo y al origen de todos los fuegos.

—Entonces demuéstramelo. Muéstrame con qué comercias, y yo te mostraré cómo luchan los aqueos. —El pélida cambió una breve mirada con Patroclo.

Celeo suspiró.

—Es pueril. ¿No tienes nada mejor que hacer que despedazar a mis mercaderes?

—Puede parecerte pueril, pero da la casualidad de que es mi superior puerilidad. —Aquiles extendió los brazos y rió, más alto que antes—. Tenemos ante nosotros una larga marcha y una aburrida travesía; luego, un poquito de lucha, incendio y saqueo. Permite, príncipe de Yaliso, que primero me distraiga un poco.

—No quiero —dijo Celeo. Luego enmudeció; Patroclo le tocaba el pecho con la punta de la lanza, y los demás guerreros de pronto se aprestaron con las espadas en las manos.

—No sé si será bueno matar al mayor héroe de los aqueos. —Ninurta se sorprendió de que casualmente fuera capaz de decirlo. Su propia voz le sonó extraña.

—Si no lo intentas, morirás —dijo Patroclo, tan de pasada como si hablara del tiempo—. Moriréis como insectos.

—¿Y si lo intento?

—Morirás como un guerrero, y los otros vivirán.

Celeo había palidecido, pero no dijo ni palabra; cuando Ninurta le dirigió la mirada, el príncipe de Yaliso apartó los ojos.

Entonces, sintió un leve contacto en el brazo derecho. Tashmetu estaba a su lado; le alargaba una de las espadas de acero.

—Termina —dijo—. Mata a ese niño, Ninurta. Madduwattas te lo agradecerá.

—¿Madduwattas? —Aquiles parpadeó; cogió las dos lanzas que uno de los guerreros le alcanzaba con la mano izquierda, y con la derecha sacó del cinturón la corta y ensangrentada espada, pero sus ojos estaban fijos en el rostro de Tashmetu—. ¿Qué tiene que ver en esto Madduwattas? ¿Quizá también Títonos?

—El hermanastro de Príamo está muerto, murió en Asur —dijo Ninurta—. Y de Madduwattas te hablaré… enseguida.

Sabía que sólo tenía una pequeña posibilidad de sobrevivir… sólo si actuaba de inmediato. Antes de que Aquiles estuviera listo. No podía haber duda de que el aqueo iba a despedazarlo, pulverizarlo, machacarlo. Ninurta sopesó la espada, dejó bailar la

hoja en el aire. El arma, larga como un brazo, el doble de larga que la espada del aqueo, pareció despertar; algo parecido a la codicia, y un cruel placer fluyó por la empuñadura hasta la mano y el brazo del asirio. Casi sin quererlo se movió, lanzó un mandoble en vertical y la afilada hoja cortó los dos astiles de las lanzas; las puntas de bronce tintinearon en las piedras del muelle. La espada corta de Aquiles se levantó con la rapidez del rayo, pero no fue bastante rápido; la punta del arma de acero lamía ya su cuello.

—¿Debo golpear? —dijo Ninurta.

—¿Debo golpear *yo*? —dijo una voz junto a él.

Era la de Patroclo, que ya no se preocupaba por Celeo. Su brazo derecho estaba, como una tenaza de hierro, ante la garganta de Tashmetu; la lanza de su mano izquierda penetraría enseguida en el hígado de Ninurta.

—Háblame de Madduwattas. —Aquiles no parecía especialmente preocupado.

—¿Éste es el honor de los héroes aqueos? —dijo Ninurta, sin moverse ni mover la hoja, que seguía tocando el cuello de Aquiles—. Pensaba que sería un duelo honorable y singular.

Aquiles cloqueó.

—Estamos aquí para ganar una guerra y saquear una ciudad, asirio, no para contar cuentos o poner tonterías como el honor por encima de la victoria.

—Basta —dijo Celeo. Su rostro había enrojecido. Gritó—: ¡YALISOOO!

En la fracción de un instante en la que Ninurta se dejó caer hacia un lado, apartó la hoja del cuello de Aquiles (fue casi como si el acero no quisiera separarse de la carne del aqueo) y cortó en dos con ella la lanza de Patroclo, el pesado martillo voló desde la mano de Tsanghar y golpeó la nuca de Patroclo, por debajo del borde del casco. La mano izquierda de Tashmetu aferró el faldellín del aqueo, en torno a sus testículos. Cuando él se tambaleó, gimió sordamente y aflojó la presión de su brazo, ella le mordió la muñeca y se agachó, escurriéndose sencillamente de su presa. Dos hombres del *Provecho de Keret* tenían arcos en la mano, con las flechas puestas; Aquiles se lanzó sobre el asirio, que pudo levantar a tiempo la espada y detener al héroe; de la playa llegó un griterío cuando los hombres de Celeo arrollaron a los pocos miembros del séquito de Aquiles y Patroclo que esperaban allí para acudir al grito de su príncipe.

Y mientras, dos de los mirmidones protegían a Aquiles con escudos contra las posibles flechas de los del *Provecho de Keret*; entre tanto Patroclo vacilaba, pero no caía, y Tashmetu le arrancaba la espada del cinturón; por su parte, Ninurta, caído de espaldas, volvía a poner la hoja de acero en el cuello de Aquiles, cuya corta espada no podía alcanzar al asirio, y alzaba el brazo libre con un gesto de desprecio y apartaba la espada de Ninurta sin mover ni un músculo ante el profundo corte que se hacía… Mientras todo esto ocurría y nadie tenía ya una visión del conjunto ni

siquiera una idea de cómo iba a terminar aquello, dos barcos negros se arrimaron a la parte norte del muelle, dejando caer una granizada de bien dirigidas flechas sobre los espacios vacíos entre los hombres, y una docena de salvajes figuras inundaron el muelle, echaron mano a las armas y derribaron a los sorprendidos aqueos. Los que se habían quedado a bordo pusieron nuevas flechas en los arcos; los del muelle los reunieron a todos en un apretado grupo, empleando para ello tanto los alargados escudos como las conteras de las lanzas y algún que otro mandoble de las espadas. Su jefe, un hombre alto y enjuto de grises cabellos que le llegaban hasta los hombros (llevaba únicamente un capacete de cuero, en vez de un casco), se llevó las manos a la boca y rugió en buen aqueo:

—¡Separaos, necias criaturas! ¡Interrumpid vuestra mutua matanza hasta que os haya hecho una pregunta! ¡Separaos! ¿Me oís?

Patroclo se frotaba la nuca. Aquiles se chupaba la herida del brazo y miraba a los recién llegados con una sonrisa sardónica. Ninurta cogió la mano tendida de Tashmetu y dejó que le ayudara a levantarse. Celeo levantó los brazos, intentó sonreír y dijo roncamente:

—Quienquiera que seáis, sed bienvenidos… Habéis llegado en el momento oportuno. ¿Qué clase de pregunta?

Los otros yalisios, que llegaban corriendo desde la playa, se detuvieron a pocos pasos del grupo, al parecer confusos; un par de aqueos arrollados se rehacían y se acercaban también.

—Soy el innoble Khanussu —dijo el hombre alto—. Innoble, experimentado en la lucha. Codicioso, sin honor y dispuesto a todo lo que haga más agradable mi vida y acorte la de mi adversario. ¿Lo habéis entendido todos?

—Gritas lo bastante alto —dijo Aquiles; parecía haber olvidado a Ninurta—. Sardanio, ¿no?

Khanussu apuntó una reverencia.

—El noble aqueo sabe lo que se trae entre manos, al menos en parte. Soy de la lejana isla de Shardania, como algunos de mis ingenuos compañeros; otros vienen de la también lejana, algo mayor y en general repugnante isla de Shekelia; otros, de la tierra firme tirsia, de la costa de Libu o de regiones extranjeras con cuyos nombres no voy a aburriros, ya que de todas formas no los conocéis. Hemos oído que aquí los nobles aqueos y los no menos nobles troyanos van a sacudirse mutuamente. Y ahora nuestra pregunta es ésta: ¿Quién de los dos paga más en metal, comida, mujeres, vino, en lo que sea? El que pague más puede contar con nuestros fieles servicios, hasta que otro pague aún más.

Entretanto, todos sonreían; nadie pensaba ya en luchar.

Ninurta miraba ya a unos ya a otros hombres. Había ilirios, con gorras de piel de comadreja caladas de sudor; hombres de piel morena con enrevesadas marcas tribales

en la frente y las mejillas, por las que los reconoció como miembros de distintos pueblos libu; los sardanios, con sus túnicas pardas casi hasta las rodillas; los sekelios, que invertían todo lo que poseían en adornos de oro y plata canjeables en cualquier sitio y se los colgaban de las orejas…, orejas grandes como cedazos; dos o tres romet; algunos hombres de ojos rasgados y piel pardo amarillenta.

Celeo tosió; cuando habló, la ronquera había desaparecido:

—Una honrosa oferta, en verdad. ¿Cuál es vuestro precio?

Khanussu abrió los brazos como si quisiera abrazar al yalisio.

—¡Al fin una frase razonable de labios de un hombre medio razonable! ¿Qué ofreces?

—Nada. —Aquiles habló sin énfasis ni irritación, pero de manera definitiva: el juicio irrevocable de un soberano igual a un dios—. Los aqueos luchan por sí mismos…; no dejan adquirir a otros a cambio de pago la fama que sólo a los aqueos corresponde.

Khanussu se rascó la cabeza; unos cuantos dientes blanquecinos adornaban su sonrisa.

—Una noble actitud, ciertamente; ¿así que no hay fama para vuestros adversarios? ¿Y nunca os habéis valido de mercenarios?

Estaba claro que hacía mucho que el aqueo tenía sus pensamientos en otra parte. Miró un pesado arco que sostenía uno de los hombres de ojos rasgados, se arrodilló y palpó el arma.

—Muy hermosa, muy fuerte. ¿Hasta dónde alcanzan sus flechas? —dijo.

—Doscientos pasos. —Khanussu sacudió asombrado la cabeza—. ¿No la conocéis?

Aquiles se levantó.

—No me ocupo de arcos y flechas. —Miró a su alrededor, vio a Ninurta y le hizo una seña—. Ven, asirio; querías contarme algo de Madduwattas.

Ninurta no entendía el cambio de actitud del aqueo; en cualquier caso consideró, sin comprender, que el peligro había pasado. Con el rabillo del ojo vio cómo Khanussu y algunos de sus hombres torcían el gesto al oír el nombre de Madduwattas.

Siguió a Aquiles, que caminaba hacia el extremo del muelle y miraba al mar.

—Madduwattas —dijo Ninurta en voz baja, ya que al parecer el aqueo daba importancia a no ser oído— me ha dado un sello. Para que pueda amenazar a todo el que quiera matarme con la enemistad del príncipe de Arzawa.

—¿Ha cambiado sus costumbres alimentarias?

—¿Qué quieres decir?

Aquiles escupió al agua.

—¿Sigue pareciendo tan joven?

—Sí. ¿Qué…?

—Nada. —Se volvió, puso la palma de la mano sobre el hombro de Ninurta y sonrió—. Está bien que no me lo hayas dicho antes.

—¿Por qué? ¿Y qué te pasa con su alimentación?

Aquiles se volvió para irse acompañado de los suyos. Por encima del hombro, dijo:

—De todos modos, es nuestro adversario. Un no aqueo y… no humano. En vez de jugar contigo y tu hermosa y necia espada, te habría despedazado. ¡Qué placer me habría proporcionado ser enemigo de Madduwattas!

Ninurta estaba seguro de que el aqueo sólo había estado jugando con él, aunque no hubiera sabido decir la razón. Lo aceptó y se dijo que tampoco él había querido matarle; recordaba el fantasmal temblor de la espada cuando su punta estuvo en la garganta de Aquiles. Pero la extraña lucha había tenido su efecto: los hombres de Celeo y los mercenarios que conocían el gran nombre, aunque no le habían reconocido, contemplaban al asirio con cierto temor: Ninurta, el que ha combatido con Aquiles y ha sobrevivido.

Posiblemente ese repentino respeto contribuyó al buen humor de los días siguientes. Cuando Ninurta, Tashmetu y Tsanghar se sentaron por la tarde junto al fuego que los mercenarios encendían en la playa, no pasó mucho tiempo antes de que los primeros aqueos de la isla de Celeo se unieran a ellos.

Ninurta se dijo (y Tashmetu le dio la razón) que tras la marcha de Aquiles probablemente la tensión entre aqueos y no aqueos se habría atenuado de todos modos; hermanos de armas extranjeros se habían reunido junto al fuego para contar historias. Pero quizás era algo fomentado por el nuevo prestigio de Ninurta. Así que compartieron las horas, la leña que antaño había sido barco, los cereales, el vino peleón, las gaviotas sabor aceite de ballena, los perros vagabundos y cuanto daban de sí la tierra y las escasas provisiones.

Khanussu sabía contar fantásticas historias, en las que, en la mayoría de los casos, algo salía terriblemente mal. Historias sobre caballos, por ejemplo, que salían de la espesura, sorbían el caldo de hombres hambrientos y galopaban con un relincho burlón hacia el agua, donde se les formaban agallas y se ahogaban antes de aprender a respirar por ellas. Historias sobre ciervos blancos que partían piedras luminosas con las pezuñas, pulverizaban los trozos con los dientes y de noche brillaban cuando venían de las montañas del interior de la isla de Shardania a la orilla para beber, porque las piedras luminosas son tan difíciles de digerir que el estómago de los animales no puede conseguirlo sin agua salada. Lo había visto a menudo, afirmaba, porque vivía en la bahía de los ciervos, y además su hermosa casa en esa bahía estaba construida con las bien formadas piedras que los ciervos cagaban… flexibles y cálidas al principio, pero al cabo de algún tiempo (y tras mojarlas con vino) duras y

resistentes a las inclemencias del tiempo. Durante toda una noche, Khanussu contó un viaje quimérico que hombres audaces habían emprendido a las entrañas de la noche: navegantes celestes, venidos para traer el oro fundido de uno de los tres cinturones de estrellas del Gran Cazador. Ninurta olvidó la mayor parte de los acontecimientos… El vino, el fuego, el dulce amanecer y las desaforadas carcajadas fueron lo que se le quedó en la memoria. Hubo algo de ojos, pero también de otras partes del cuerpo… ¿No había sido despedazado uno de los navegantes celestes al tomar con ligereza el molino de un gigante por una cueva y tumbarse allí a dormir? Y sus fieles compañeros (más desesperados que fieles, según se averiguó, porque el molido era el único que conocía el camino de vuelta) fueron a visitar a los extraños pueblos que habían participado en el banquete del gigante, recogieron los ojos de una tribu de mujeres tuertas (tres noches de amor por un ojo), el pie derecho de una tribu de enanos adoradores de los dedos de los pies y el miembro viril… Pero Ninurta ya no recordaba, y cuando le preguntó a Khanussu, el hombre alto afirmó que unas demoniacas polillas rascabarbas le habían robado esa parte de la historia, y sólo podría acordarse cuando alguien —«¿un asirio, por ejemplo?»— hubiera apaciguado con plata a las polillas.

La taberna se había vuelto inútil, las reservas del tabernero se habían agotado. Una mañana el hombre se marchó, probablemente a la ciudad; por la noche empezaron a convertir el edificio en leña. Al cabo de unos días, los mercenarios empezaron a inquietarse; Ninurta supuso que a más tardar al día siguiente Tashmetu dejaría de estar segura.

—Escucha, hombre alto —dijo.

Había llegado con Khanussu al extremo del muelle. El sardanio había reunido guijarros y se los tiraba a las gaviotas.

—Escucho. ¡Ah, otra! —Era el quinto pájaro; al parecer, los cadáveres de gaviota que flotaban en las aguas de la bahía atraían a congéneres curiosas.

—¿Pudieron los navegantes celestes recomponer del todo a su compañero, y les mostró el camino de vuelta cuando volvió a la vida?

A Khanussu se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Estaría yo aquí si fuera de otro modo?

Sonrió y miró sobre el hombro de Ninurta hacia los dos barcos de mercenarios, donde algunos de los hombres estaban achicando la cubierta con cubos de madera.

—¿Y qué pasó con el oro del cinturón de estrellas? ¿Lo encontrasteis?

Khanussu sonrió, casi con tristeza.

—¿Estaría yo aquí en ese caso?

—Bien. Hablemos de oro. O de plata… El oro es raro aquí.

—¿Plata? —Khanussu dejó caer la mano que estaba a punto de derribar otro pájaro del cielo—. La plata es un buen tema de conversación. Habla de plata, asirio…

Lo mejor es que hables mucho, de mucha plata.

—¿Cuánta?

—¡Hum! Medio *shiqlu* por hombre y por día.

Ninurta se echó a reír.

—Échale trozos de plata a las gaviotas, hombre. Ha sido estupendo conocerte.

—Ah. ¿Son todos los asirios avariciosos?

—Yo soy la generosidad personificada, pero para desgracia tuya no soy personificación de la necedad.

Khanussu asintió.

—Ah, qué pena que ambas cosas vayan juntas tan pocas veces. ¿Un *shiqlu* por tres días? ¿Para cada uno?

—Te diré lo que pretendo; cuando te lo haya dicho, te ofreceré un *shiqlu* por cinco días. Pero no puedo daros alimento.

—Noble señor Ninurta… los guerreros que poseen un poco de plata encuentran algo que comer en todas partes. ¿Cinco días? Bah. Cuatro.

—Cinco. ¿O queréis zarpar sin haber ganado nada?

Khanussu enseñó los dientes.

—¿Quieres decir que todos los aqueos son como Aquiles en lo que a esto se refiere?

—Celeo dice que mañana o pasado mañana se podría intentar ir al norte para hablar con los príncipes. Yo no sé si tiene mucho sentido, pero por lo menos ahora las rutas están expeditas.

—¿Qué pretendes?

Ninurta titubeó; luego dijo:

—Quiero que a la señora Tashmetu se la proteja. Supongo que donde mejor estará será en la ciudad. Los troyanos estarían dispuestos a pagar plata por mercenarios. Quiero intentar meterlos a todos en la ciudad.

—Ah. —Khanussu guardó silencio un buen rato; de pronto rió y dijo—: Noble asirio, si lo consigues, ¿qué será de nuestros orgullosos barcos? ¿No quieres comprarlos?

Ninurta frunció el ceño.

—¿Vuestros barcos? Señor de la codicia, sardanio, albañil del estiércol de ciervo… dentro de tres días vuestros finos barcos se Irán a pique; oigo a la carcoma roer desde aquí.

—¡Que siempre tenga que ir a dar con hombres de oído tan fino! —refunfuñó el sardanio.

Celeo dijo que los momentos de mayor confusión ya habían pasado; todos los combatientes estaban alojados mejor o peor, y más allá de las colinas se había producido un inquieto armisticio.

—Hemos ocupado la costa norte y el país al oeste del Escamandro; el resto lo dominan los troyanos. Pero evitan todo combate. Esto puede durar mucho. Aun así, Ninurta, los caminos se presentan transitables.

Por la mañana partieron: Ninurta, Tashmetu, Tsanghar, otros tres hombres del *Provecho de Keret*, Khanussu, los mercenarios, un lugarteniente de Celeo que debía hablar en su favor a los aqueos (y por el camino a las tropas de guardia). Se llevaron la mitad de las armas que habían embarcado en el *Provecho de Keret*; todos llevaban hatillos, bolsas o sacos. Ninurta llevaba al cinto una de las valiosas espadas. Otra se encontraba en manos del repugnante Madduwattas, cuatro seguían a bordo…, por el momento. Las otras cuatro las llevaba Tsanghar al hombro, atadas con una correa.

Poco después de mediodía, atravesaron uno de los abandonados pueblos de pescadores. Los aqueos habían destrozado las casas y hecho leña de todo lo que podía arder; cántaros rotos, paredes de adobe semiderruidas y objetos de uso cotidiano tirados por el suelo eran todo lo que quedaba del pueblo. En la playa, unas docenas de aqueos roncaban junto a los botes que acababan de sacar del agua y volver boca abajo; arriba, en la cadena de montañas, se divisaba de vez en cuando una figura o un penacho.

Khanussu y Ninurta se habían adelantado; los otros los seguían a unos cientos de pasos. El sardanio suspiró al contemplar las ruinas; luego miró a la derecha, donde, al comienzo de una diminuta depresión similar a un valle, se veía el borde del brocal de un pozo.

—Ah, bien. ¡Agua!

Fueron al pie de la colina; aún no habían alcanzado el pozo cuando oyeron unos sordos sonidos.

El valle, si se le quiere llamar así, era una hondonada de sesenta pasos de profundidad. Al final de la ladera, a los pies de una empinada pared de roca, se distinguían los restos del pozo más antiguo, puede que seco desde hacía mucho tiempo: un muro de piedras derruido, un carcomido poste que, con otro segundo, desaparecido, había sostenido antaño la viga de la que colgaba la herrada. Allí, un hombre con coraza y yelmo luchaba con un adolescente. El hombre iba armado, pero no intentaba emplear la espada corta… daba la impresión de que lo que quería era estrangular al muchacho.

—Alto, amigo. —Ninurta empuñó la espada. Aparentemente sin prisa, pero tan rápido que Ninurta apenas pudo seguir sus movimientos, Khanussu dejó caer sus sacos al suelo y ya tenía en la mano una de sus jabalinas. Con la otra soltó la correa que sostenía el pesado arco en su espalda.

—Sé bueno y distráete matando niños cuando hayamos bebido.

El hombre alzó la vista hacia ellos; pero enseguida torció el gesto, pues el muchacho acababa de morderle la mano con la que le estaba tapando la boca, y dobló

con enorme esfuerzo el brazo que le presionaba la garganta.

—¿Awil-Ninurta de Asur? —dijo el hombre, incrédulo, mientras el muchacho se desplomaba jadeando, sollozando, reptando hacia los dos recién llegados.

—Hay que elogiar la memoria del noble Ulises —dijo Ninurta—. Pero no sé qué pensar de tus distracciones.

Ulises dio un par de pasos rápidos, cogió al chico, que apenas podía tener más de trece años, y lo levantó en vilo sin esfuerzo. La mano derecha volvió a posarse sobre la boca. El muchacho pataleaba y se ahogaba, pero se veía claramente que ya no le quedaban fuerzas.

—Piensa de ellas lo que consideres oportuno, asirio. A veces el ejército tiene que protegerse de insectos que quieren llevar a sus filas malos rumores y discordia.

—¿Se llevan rumores? —Khanussu cloqueó—. ¿Cómo, noble aqueo? Suelta al chico.

—Una llamada mía, y cien guerreros bajarán de las colinas.

Ninurta sacó la larga y vibrante espada. De dos saltos se colocó junto al príncipe de Ítaca con la punta de la espada en su garganta. Una vez más tuvo la inquietante sensación de que algo despertaba en la hoja… algo que trepaba por su brazo y empezaba a cantar en sus oídos.

—Cien guerreros para llorar alrededor de tu cadáver, Ulises. Suéltalo. ¿Qué ha hecho?

Ulises suspiró ligeramente, como si renunciara con tristeza a una sabrosa tentación.

—Miente —gruñó—. Quiere amotinar al ejército.

El muchacho se tambaleaba al alejarse del aqueo; se detuvo jadeante detrás de Ninurta.

—Entonces, llévalo ante los príncipes y que lo juzguen. —Los espíritus de la hoja cantaban más alto, más codiciosos; para superarlos, antes de que su canto lo abrumara, Ninurta dijo en voz alta—: Hablad rápido… los dos. ¿Qué mentira es ésa?

—Afirma que yo, Ulises, príncipe de Ítaca, hice bajar al noble Palamedes, hijo de Nauplio, a este viejo pozo y luego lo maté a pedradas. —Ulises movió la cabeza; parecía tan asombrado como si alguien le hubiera asegurado que los muros de Troya estaban hechos de queso de oveja.

—Echa un vistazo, Khanussu. —Ninurta no se movió; la espada seguía en la garganta de Ulises.

—No hace falta que mire. —Era la voz de Ulises más relajada—. Palamedes está en el pozo. Quiso mirar por si había oro enterrado en él, Ni Diomedes ni yo pudimos retenerle. Y fue entonces cuando el brocal se desplomó y él cayó.

—¿Diomedes también? ¿Dónde está?

—Ha ido a buscar ayuda para sacar al noble Palamedes.

Khanussu se acercó a ellos; rió estruendosamente.

—¿Diomedes va a buscar ayuda cuando con un grito tú puedes traer cien guerreros de las colinas?

—Ellos le empujaron. —Era la voz alterada del chico, agresiva y asustada de miedo, de horror—. Y lo apedrearon.

Ulises suspiró nuevamente.

—Es desagradable tener tu espada al cuello, asirio. ¿No podría al menos escuchar esas mentiras sin su filo?

—Yo estaba muy cerca…

El chico hablaba a borbotones; dijo que era Corinnos, llamado Corinnos Ilieus Porque su abuelo había sido llevado por Hércules. Un troyano llevado como siervo; Palamedes le había tratado (a él, nieto del siervo) como un padre, le había instruido, y ahora…

A su espalda, Ninurta oyó las voces de los otros, que los seguían del destruido pueblo hasta el pozo. Tomó una decisión.

—¿Un trato, Ulises?

—Aparta la hoja y podremos hablar.

Ninurta bajó la espada. Ulises se agarró el cuello. Lanzó al muchacho una mirada sombría.

—¿Qué clase de trato, asirio?

—Dame al muchacho. Callará.

—Eso es medio trato. ¿Qué aspecto tiene la otra mitad?

—Tengo buenas armas. La mitad para vosotros, la mitad para los troyanos… si el precio es bueno. Tú entrégame al joven, os acompañaremos a ver a Agamenón y los demás jefes; tú hablarás en nuestro favor y nosotros… en el tuyo.

Ulises cerró los ojos.

—Se ha escurrido detrás de nosotros —gruñó—. ¿Qué te importa el muchacho?

Ninurta apenas titubeó un instante; se decidió a decir la verdad… por lo menos en parte.

—Soy culpable de que una de mis espadas sirviera para matar cruelmente a un niño. Quizá pueda dormir mejor si…

Khanussu le miró de reojo, muy sorprendido. Ulises cogió aire entre los dientes.

—No sabía que fueras tan blando, asirio. ¿Dónde fue eso?

—Al sur de aquí. ¿Por qué?

—¿Detrás de Éfeso?

Ahora fue Ninurta el sorprendido.

—¿Cómo sabes…?

Ulises sonrió con tristeza.

—Sé que Madduwattas está en las montañas. Sé que un astuto mercader que tiene

finas armas habla primero con el rey acerca del precio, y luego con los campesinos. ¿Ocurrió así con Madduwattas?

Ninurta asintió; Khanussu torció el gesto, como si fuera a vomitar.

—Entonces… te comprendo. —Ulises cerró los ojos un momento y añadió—: Hay cosas que son necesarias. Hacer callar a insectos, por ejemplo. Pero hay cosas que se burlan de todo lo que hace soportable la continuidad de la vida humana. —De pronto se echó a reír—. Dame tu espada, asírio. Una espada por una vida y mis palabras amistosas ante Agamenón.

—Vale más que su peso en oro —dijo el sardanio; había bajado la jabalina.

Ulises no se dignó ni abrir la boca. Ninurta se volvió; los otros habían alcanzado el pozo y los miraban, algunos quizás un poco sorprendidos. Tashmetu se acercó y Ninurta puso una mano en los hombros del niño.

—Corinnos, ¿has oído lo que hemos hablado?

Un mudo asentimiento confirmó su respuesta.

—¿Tu vida y tu silencio?

Corinnos escupió las palabras.

—Yo… callaré, señor, hasta que ya no tenga nada que agradecerte.

—Está bien. —Ninurta metió la espada en la vaina, se desprendió de su cinturón y se lo tendió a Ulises.

El príncipe de Ítaca tomó el arma. Frunció el ceño, como si tuviera que reflexionar; luego sacó su espada corta y se la tendió al asirio.

—Que no haya sangre entre nosotros, hermano de armas —dijo.

—Está bien, príncipe.

—Si vuelves a decir «está bien» me reiré —dijo el sardanio—. Sois hombres extraños.

Ulises miró al cielo.

—Es tarde. ¿Acamparéis aquí? Si es así…, ¿puedo unirme a vosotros? Mañana temprano os llevaré a presencia de Agamenón.

Por la noche, cuando el muchacho se hubo dormido, Ninurta habló con Tashmetu. Ella le puso una mano en la mejilla y miró hacia Ulises, sentado junto al otro fuego y compitiendo en relatos con el sardanio.

—No tengo que amarle, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Al chico? Quizá sea digno de que se le quiera.

—A Ulises.

Ninurta la besó.

—Él se ama a sí mismo, es suficiente para él.

—¿Qué es…? —Respiraba ligera y rápidamente—. ¿Qué es, aparte de lo que viviste, tan repugnante en Madduwattas?

Ninurta hizo rechinar los dientes; muy, muy abajo en su mundo interior, se agitó

el dragón de las sombras.

—El señor de Arzawa tiene ochenta y cinco años, pero parece tener cuarenta. Se dice que es debido a sus… costumbres alimentarias.

—¿Cuáles son sus costumbres alimentarias?

Ninurta se lo dijo en voz baja. A Tashmetu se le pusieron los ojos en blanco, se llevó una mano a la boca, se puso de pie de Un salto y corrió hacia la derecha. Ninurta se levantó y la siguió. Oyó cómo vomitaba detrás de un muro en ruinas.

NARRACIÓN DE ULISES (VI)

Palamedes, amigo de todos los guerreros, astuto caudillo; noble vástago de estirpe micénica, hijo de Nauplio; no, en verdad no amaba a ese príncipe…, pero un fin necio, morir enterrado entre piedras mientras se escarba como un niño en busca de un oro que no hay allí, un fin así no se lo merecía ni Palamedes.

¿Qué? ¿Conocéis la… otra historia? Decís *la verdadera*, hermosas… ¿pero qué es la verdad? ¿Lo que se cuenta, lo que se vive, lo que uno cuenta, lo que cuenta otro? ¿No es cierto que el sol que nos abrasa durante días aparece en el recuerdo como luz y milagro cuando hemos pasado varios días de lluvia? ¿No es la verdad lo que hacemos de ella al acordarnos? Y además… ¿quién quiere la verdad? ¿Es la piedra que aplasta a un monstruo más verdadera que la que empleamos para construir una torre que despierta asombro?

Verdad. Realidad. La realidad es lo que nos rodea y lo que configuramos. La verdad es el sistema de normas de la realidad. ¿No dijo Dédalo: «La realidad es una pesadilla de la que quisiera despertar»? Y como no podía despertar, construyó un laberinto, primero con piedras, luego con palabras. Un laberinto confuso y mortal como la vida, a la vez monstruosamente sagaz e ingenioso… Un laberinto no absurdamente impenetrable como la vida, sino destinado a un fin: su constructor quería confundir; el constructor del Cosmos (si es que hay uno) no ha dejado en su obra referencia alguna a una finalidad. El laberinto debe confundir; ése es su sentido. La vida es un confuso absurdo. Si no se cree en los dioses… vuestros, nuestros, de otros, pero… también ellos están sometidos al absurdo azar al que llamamos Moira. Quizás hemos ideado los dioses para tener algo por encima de nosotros, alguien que sea superior. Superior a nosotros, pero sometido al mismo caos. Quizá los hemos ideado para no estar tan solos.

Si no podemos despertar de esta pesadilla, ideamos unos cuantos seres más, seres superiores, inmortales y pérfidos, pero encarcelados en el sueño igual que nosotros.

¿Por qué? Palamedes tramó esta guerra para demostrarnos que, como retoño micénico, podía ser un buen aqueo. Palamedes me obligó a tomar parte en esta absurda empresa. Palamedes tenía planes maravillosamente inteligentes acerca de cómo había que llevar la guerra… Planes maravillosos, insensatos, confusos, convincentes, y totalmente irrealizables. Planes en los que eran importantes fosos y torres y grandes catapultas, un largo asedio, tres años, quizá cuatro. Audaces pensamientos: una complicada obra, de magnífico aspecto, construida en… aire caliente.

También esto os lo voy a decir, sabrosas compañeras de juegos, ya que me

preguntáis. Lo consideré, lo decidí y… lo encerré dentro de mi pecho. Hecho, sin hablar. Diomedes colaboró porque le pareció bien, sin comprender qué le parecía bien. Obtuso aqueo.

Ilios la fortaleza. Troya la ciudad. La nueva ciudad baja junto al Simois. Pueblos y posiciones adelantadas. Fortificaciones en el sur, junto al Escamandro, contra los ataques del interior. Fortificaciones en los estrechos, hasta muy al este. ¿De qué vivían los que habitaban allí? Cien mil, si no más; no todos en la ciudad, pero todos mirando a la ciudad, trabajando y luchando por la ciudad, dependientes de la ciudad. ¿Pesca? Un poco. ¿Agricultura? Oh, sí, la tierra de aluvión es fértil, como también las llanuras más altas, al otro lado de las montañas. Podíamos ocupar una parte de la llanura aluvial y la costa, pero los valles y las llanuras altas estaban protegidas… los accesos a ellas, ¿comprendéis? Protegidas por la ciudad. Para asediar la ciudad, para vencerla por hambre, había que apoderarse de toda su comarca. Para poder apoderarse de la comarca, había que destruir la ciudad y todas las fortalezas. ¿Lo Veis? Un círculo. Una peonza.

No sólo vivían de la tierra y de la pesca, sino también del comercio. Sobre todo del comercio. Su territorio, fértil y bello, era demasiado pequeño para saciar a todas esas personas. Y los animales además, los furiosos corceles de Troya…

¿Cómo, me diréis, hermosas, cómo quería Palamedes alimentar a todos nuestros combatientes, en una guerra que iba a durar años? Los víveres que habíamos traído con nosotros alcanzaban para dos lunas, quizá para unos días más. ¿Saqueos? Pero si saqueamos y destruimos, Áyax al norte, Aquiles al sur. ¿Qué guerra es ésa en la que dos tercios de los combatientes tienen que andar siempre en busca de algo que saquear para que ellos y el tercio restante tengan algo que comer? No es una guerra, princesas… Es una locura. Locura sin reflexión, el método de Palamedes, que quería construir osados aparatos de asedio y olvidaba que los hombres que los atendían tenían hambre.

¿Y qué? —¿tampoco había pensado en esto?, ¿o lo había pensado demasiado bien?—, ¿qué pasa en todos esos años de asedio en la patria? ¿Quién dirige nuestras ciudades? Los mejores de entre los aqueos asedian Troya, casi todos los hombres capaces de empuñar armas. Pero ¿no hay muchos hombres más, hombres maduros, y también inteligentes mujeres, que pueden gobernar el país? Oh sí, los hay, y son amigos y parientes de Palamedes: descendientes de las antiguas capas gobernantes, micénicos. ¿Qué pasa si los orgullosos aqueos vencen y saquean Troya después de largos años de guerra y regresan cargados de oro y fama… para encontrar el poder en manos de las viejas estirpes, de las que proceden muchas de nuestras mujeres? Mujeres que estaban solas, que durmieron solas hasta que buscaron consuelo entre los viejos parientes. ¿Quién está en el trono cuando el príncipe regresa y constata que ya no es príncipe, ni esposo ni padre?

¿Había pensado en esto Palamedes? ¿Llevaba el micénico a los aqueos a una larga guerra para que en casa otros micénicos pudieran volver a hacerse con el poder? No lo sé; en aquella ocasión me pareció poco creíble. El otoño pasado, Troya cayó; en primavera los vientos me llevaron hacia el sur, hasta vosotras, oh exquisitas. Quizá vuelva a casa, en pos de los otros, que tendrían que estar allí hace mucho. Un año apenas entre la partida y el retorno. En ese breve lapso de tiempo no pueden haber pasado tantas cosas, pero quizá se puedan reconocer ciertos signos.

¿Basta esto, todo esto, como respuesta a vuestro *porqué*? Ah, quiero daros otra respuesta más. O dos. Discordia. Discordia en el ejército, entre los caudillos. Filoctetes, Palamedes y, en cierta forma, también Idomeneo querían un asedio largo y artístico; los guerreros, los hombres, apreciaban a Palamedes. Yo quería a los hombres, quería verlos volver pronto, a ser posible muchos, a ser posible vivos. Un ejército con caudillos que disputan, quizá con un alto mando sometido a cambios, tiene que fracasar. ¿Palamedes, Filoctetes e Idomeneo contra Agamenón? Agamenón el obtuso, pero un poderoso guerrero. La lucha no puede ser larga, artística y alambicada… ¿Qué ha sido siempre una guerra? Corta, dura y cruel; o es así o no es guerra. Agamenón, Áyax, Menelao, Aquiles son los hombres para esta guerra, y el mando tiene que estar en manos de Agamenón. En la mano de un rey cuyo oído esté abierto a los consejos de Ulises. Idomeneo, solo, se nos uniría sin duda. Por eso.

¿La cantidad de leones? Ah. ¿Queréis decir que el noble príncipe de Ítaca, Ulises, taimado, astuto e ingenioso, había pensado en el botín? ¿En que un número menor de principescos leones significa que cada león consigue un bocado mayor de la presa abatida? ¿Y también el león de Ítaca?

No hay leones en Ítaca, oh flexibles. Ésa es la verdad. Mi verdad.

13. PAZ EN LA GUERRA

Corinnos trotaba en silencio, cavilando, entre los mercenarios; Ninurta le dejó en paz. Suponía que el muchacho necesitaría varios días para superar el terror. Luego hablaría, y hablar quizá le ayudara a digerir la pérdida de su padre adoptivo. Tiempo, sólo tiempo. Más tiempo del que aqueos y troyanos disponían.

Tras los acontecimientos de los últimos días, Ninurta vivió como una liberación la marcha hacia el norte, entre las colinas y el mar; le permitió respirar más hondo, y quizá la respiración volvió a sacar todas las cosas soterradas u olvidadas a la superficie de aquello que él veía como la charca de sus pensamientos.

Tsanghar aún no quería responder a preguntas sobre su extraño aparato.

—Tiempo, señor de la empresa. —Brillaron los dientes del gasqueo—. Tiempo, y quizás un poco de alambre. No necesito más. Luego podré armarlo todo, y lo verás.

—¿Lo entenderé cuando lo vea?

—No me corresponde juzgar la fuerza de tu entendimiento.

Cuanto más hacia el norte iban, tanto más intransitable se volvía la playa. Barcos, tiendas, hombres, animales, provisiones amontonadas, haces de armas, por cualquier lugar de recogida para tratar heridos, estiércol, basuras, ruinas…

Poco después de partir, por la mañana, Ulises dio instrucciones precisas a los hombres que, enviados por Palamedes, salieron al paso de la columna; luego caminó a la cabeza, mudo, durante un rato. La playa empezó a llenarse y cada vez más guerreros le gritaron burdas bromas. Estaba claro que Ulises era querido; y estaba claro que le hacía bien. Ninurta pensó qué quedaría de ese cariño sí alguien contaba el fin de Palamedes a los combatientes aqueos. Pero había un acuerdo, y ese acuerdo era vital para todos.

Tashmetu callaba también, encerrada en sí misma. El malestar había cedido, ni siquiera había dejado atrás la palidez. En algún momento cogió el brazo de Ninurta y habló, en voz baja, de las costumbres de Madduwattas; al hacerlo, en su rostro se pintaban el espanto y el asco, pero no las náuseas.

—Esa palangana de la que me hablaste… ¿*Por eso* la lleva siempre consigo?

Ninurta asintió.

—El mundo es un mal lugar de estancia —dijo ella—. Qué alegre es, comparada con Madduwattas, esta limpia guerra.

—Espera hasta que veas más. Temo que en secreto pedirás perdón al príncipe de Arzawa.

Aquiles se había llevado unos tres mil combatientes a devastar el sur del área de influencia troyana; algunos más, se comentaba, estaban en camino con Áyax: al norte

de los estrechos. Los guerreros restantes, quizá trece mil, se bastaban y sobraban para armar el más concienzudo caos que Ninurta hubiera visto jamás.

Poco antes de alcanzar el extremo norte de las colinas, subieron por una escalera provisional (más bien unas cuantas escalas de asalto sujetas al suelo). El último trozo de la costa estaba atestado sin remedio; la parte oriental de la colina no tenía mejor aspecto.

Los aqueos habían varado y desguazado los barcos más viejos, con los que apenas se podía navegar, y con ellos hicieron chozas, vallas, apriscos, leña. Los demás barcos estaban anclados ante la costa occidental, o atestaban los puertos del estrecho y las desembocaduras de los tres ríos. Entre la desembocadura más occidental y las colinas se había tendido una red de fosos, fosos a los que se filtraba el agua del húmedo fondo y de los que sobresalían lanzas y aguzados postes: las defensas de los atacantes. Detrás, en agobiante estrechez, los alojamientos de los caudillos y los dormitorios sin protección de los guerreros, los apriscos del ganado, las hogueras, las armas y los víveres (los perecederos habían sido depositados sobre un pedestal de madera y cubiertos con pieles que hacían de mantas), al lado mismo de apestosas y llenas letrinas y pequeños canales que derivaban el agua del río…, ¿para la limpieza, o como agua potable? El asirio renunció a preguntar a Ulises.

Tsanghar señaló algunos puntos del campamento que resultaban extrañamente regulares, porque se habían rebajado los edificios y se habían rellenado las cuencas de los ríos. Ninurta no los hubiera visto; después se dieron cuenta de que el gasqueo veía siempre más que los demás: hacia el sur, hacia la bahía en la que se encontraba el *Provecho de Keret*, restos de una red de canales y puertos interiores, alimentados por las aguas de los ríos, con perforaciones artificiales en la cadena montañosa. Durante el primer asalto de los aqueos, la audaz empresa de Hércules hacía muchos años, los agresores habían aprovechado esos pasajes, puertos y canales; cuando los troyanos reconstruyeron la ciudad, los escombros que no pudieron utilizar los trajeron aquí, para rellenar las dársenas y no dar al próximo adversario ninguna posibilidad de penetrar por esos flancos abiertos. Los barcos de guerra de los troyanos, actualmente empeñados, muy al sur, en luchar contra los hititas, pasaban el invierno en el puerto, en las desembocaduras (donde el agua dulce eliminaba los moluscos y gusanos del casco), en puertos más pequeños de los estrechos y en la costa de Tenedos. A esta isla cercana quería Ulises llevar la mayor parte de la flota aquea; pero hasta ahora, observó, no había podido imponer su idea.

—Los hombres combatirán mejor si no pueden retirarse a los barcos y volver a casa —dijo—. Quizá pueda convencer a Agamenón ahora… sin que Filoctetes y Palamedes me contradigan.

Junto al río no era tan difícil respirar, Los cañaverales, a derecha e izquierda del cegado canal, filtraban el aire al parecer y enviaban a tierra su apestoso olor, y el agua

corriente se encargaba, a pesar de la calma chicha, de producir una fresca brisa.

—De todas formas no podéis venir todos. —Ninurta miró a su alrededor; se encontraban a un tiro de flecha al sur de una pasarela tendida sobre los fosos de los aqueos—. Lo mejor será que esperéis aquí.

—¿Quién viene? Es terriblemente estrecha. Pocos, propongo yo. —Ulises hizo señas al jefe de una patrulla aquea compuesta de seis hombres que pinchaban con sus lanzas los matorrales y los juncos.

—¿Para qué hacen eso? —dijo Tashmetu—. ¿Para no ser sorprendidos por los troyanos? ¡Oh, dioses!

—Khanussu tiene que venir a negociar. —Ninurta buscó su mirada—. Y tú, querida… ¿prefieres el aire medio soportable y una larga espera aquí, o la exquisita oportunidad de conocer a Agamenón?

Tashmetu arrugó la nariz.

—¿Exquisita? No sé. Pero iré contigo. ¿Qué opina Ulises? —Evitaba dirigirse al príncipe de Ítaca.

El aqueo sonrió, algo mosqueado.

—Ulises opina que la princesa del comercio podría dejar caer sobre él los rayos del sol de su favor, a pesar de ciertos… incidentes, que forman parte de las lamentables eventualidades de la guerra. Además, Ulises opina que una larga estancia en el campamento de los diez mil hombres no sería aconsejable para una hermosísima mujer, pero un corto paseo no puede hacerle daño… si la princesa lo desea.

Tashmetu miró a Ninurta.

—Dile al asesino de niños que la princesa lo desea.

—¿Tsanghar?

El gasqueo asintió:

—Con gusto.

Para sorpresa de Ninurta, Ulises dijo:

—No.

—¿Por qué no?

—Tiene los ojos demasiado agudos. —Ulises miró a Tsanghar de pies a cabeza, como si sospechara la existencia de otros misteriosos órganos sensoriales donde los mortales comunes no tienen ninguno—. Un vistazo para descifrar una antiquísima instalación de dársenas y canales. Dos o tres observaciones entre vosotros sobre misteriosos aparatos que está construyendo… Oh, sí, Ulises lo ha oído. —Con una sesgada mirada hacia Tashmetu, añadió a media voz—: Ulises también ha examinado el barco llamado *Bateia* que hay en el puerto.

—Ah —dijo Ninurta—. Ulises sufre de excesivas ansias de saber. Mal dicho. ¿De una corrosiva curiosidad que debe suplir una falta de conocimientos que a nadie llamaría la atención salvo al astuto Ulises?

—Algo así. —Ulises asintió con énfasis—. *Bateia* se llama el barco y pertenece a los mercaderes que viajan por encargo del príncipe Celeo de Yaliso, ¿no es verdad? De la verga cuelgan rollos y cuerdas y una extraña caja que no quise resistirme a investigar. Tras mucho pensar se me ocurrió, a modo de experimento, izar una carga con ello. ¿Podría ser que el joven de ojos penetrantes tenga algo que ver con ese aparato? Fijaos, eso pensé.

Tsanghar rió entre dientes.

—Me honra ser objeto de las consideraciones del noble príncipe. Pero ¿por qué eso me impide ir al campamento?

De pronto la voz del de Ítaca ya no era una voz burlona; en las siguientes palabras hubo algo así como un filo, una gélida amenaza:

—El príncipe, ese asesino de niños, no quiere tener que matar a ningún joven cuyos agudos ojos vean demasiadas cosas que mañana podría contar a los troyanos.

Por primera vez Tashmetu se dirigió directamente a Ulises.

—¿Crees que verá algo y después aconsejará a los troyanos que construyan un mágico artefacto que decida el destino de la guerra?

—No lo creo, noble princesa. Pero no puedo desechar la idea. Y como quiero regresar con vida… Venid.

Había habido cambios desde que Ulises partiera con Diomedes y Palamedes, el día anterior… ¿O dos días antes? ¿Para inspeccionar el campamento y las posiciones? Ninurta no quería saberlo con mucha precisión, pero observó la estupefacción del príncipe: en medio del campamento se apiñaban unas cien atemorizadas jóvenes, en una especie de aprisco. La mayoría estaban desnudas o medio desnudas, y alrededor del lugar apartado había hombres. Hombres de ojos ansiosos, ropas sucias, greñudas melenas…, hombres que hacían groseras bromas. Pero también unos cuantos hombres, jóvenes y viejos, que expresaban su desaprobación o intentaban calmar a sus compañeros. Dos o tres se volvieron, y al menos uno de ellos lloraba.

La tienda de Agamenón, tiras grises de piel y lana, se alzaba como espléndido destino más allá de los obstáculos: una apestosa forja al aire libre, ante ella un montón de espadas melladas o rotas; un arroyo de dos pasos de ancho con residuos de cocina, excrementos y partes de cuerpos que aún se intuían; montañas de basura; lanzas apiladas en una pirámide, superadas por un casco plateado con una cola de caballo al viento. A su alrededor había hombres de pie, sentados, holgazaneando… combatientes apestosos, desgreñados, mal alimentados, de perversa sonrisa y nauseabundo vendaje. Tashmetu empezó a oír silbidos y observaciones; probablemente nada comparado con lo que habría caído sobre ella sin la presencia de las mujeres recién atrapadas en el aprisco.

—Tienen que ser regalos de Áyax —murmuró Ulises cuando al fin dejaron atrás el corral de mujeres.

Los guardias de la tienda de Agamenón dejaron pasar a Ulises y sus acompañantes sin hacerlos esperar. Dentro reinaba una semipenumbra. Ninurta apoyó la mano en el brazo de Tashmetu y dijo en voz baja:

—Acabo de darme cuenta de una cosa… Aquiles no apesta.

En la tienda de Agamenón apestaba. El rey, desnudo salvo el sucio faldellín que le cubría, estaba de pie junto a una mesa y escuchaba la queja de un lugarteniente. Se trataba de víveres, robos, necesarios castigos. El jefe supremo de los aqueos respiró visiblemente al ver a Ulises y a los otros; apartó al lugarteniente con un gesto brusco.

—Después —gruñó—. Ulises… ¿quién es esta gente?

—¿Te ha llegado el mensaje respecto al triste fin del noble Palamedes? —A Ulises parecía importarle más esto que responder la pregunta de Agamenón.

—Me ha llegado. —Agamenón se pasó la mano por el rostro. ¿Para borrar el cansancio o para ocultar una sonrisa?—. Me ha llegado y mis lágrimas fluyeron en abundancia. Pasé llorando la Primera parte de la noche; las otras trescientas once partes las pasé durmiendo. ¿Quiénes son éstos?

—Awil-Ninurta, mercader venido de muy lejos, asirio, súbdito de nuestro amigo Celeo de Yaliso.

Agamenón asintió; no movió un músculo.

—Así que aqueo, puesto que es súbdito. Puede pasar a la tienda.

—Tashmetu, princesa comerciante de la lejana Ugarit, también por cuenta de Celeo.

—Tengo que decirle que sabe escoger súbditas muy hermosas. Bienvenida, Tashmetu.

Tashmetu se esforzó por sonreír. A Ninurta le pareció una sonrisa falsa, pero Agamenón no conocía su verdadera sonrisa.

—Khanussu, sardanio, jefe de un grupo de cincuenta guerreros, buenos arqueros, en busca de una actividad razonable… en cuanto Awil-Ninurta los exonere. —Ulises carraspeó—. Dicho sea de paso, ha atendido al joven Corinnos, que ha enmudecido de tristeza y confusión.

—Ah. Bien. —Agamenón parpadeó—. La preocupación por los huérfanos es un rasgo de nobleza, asirio; sobre todo cuando ayuda al huérfano a decir las cosas adecuadas en el momento oportuno.

Ulises señaló nuevamente a Khanussu:

—Arqueros, gran rey —dijo con curioso énfasis.

Agamenón señaló unos cuantos estrados.

—Sentémonos… Escriba, fuera; te necesitaré después. Haz que nos traigan vino.

Un joven que hasta entonces se había sentado, sin ser visto, tras un colgante de tela, recogió papiros, tinta y plumas y salió.

La tienda tenía escaso mobiliario… esteras en el suelo, ningún lecho; mesa y

escabeles, un taburete, en el que había estado sentado el escriba. Un montón de pieles en un rincón. Pieles de animales, posiblemente a medio curtir; ¿eran ellas el origen del hedor, o lo era el rey?

Ninurta empujó un asiento más hacia atrás, para Tashmetu, fue al otro lado de la mesa y vio que no era Agamenón el que emitía esa salvaje y animal emanación. En el rincón más apartado había una jaula con barras de bronce, y dentro de ella un cachorro de lince, que miró somnoliento al asirio, bostezó y cerró los ojos.

—Arqueros —dijo Agamenón. Pareció reflexionar y calló hasta que el esclavo, que había traído vino y copas, hubo vuelto a marcharse—. ¿Quién necesita arqueros? ¿De dónde sois?

—De Sardania, gran rey —dijo Khanussu—. Y de otros lugares. Sardanios, sequelios, tirsos, libios, unos cuantos de las montañas del norte de Acaya, y otros, audaces guerreros procedentes de un país por donde sale el sol.

Agamenón se desperezó. Ninurta admiró los poderosos músculos. Incluso sentado en un escabel, el rey de Micenas ofrecía un magnífico espectáculo… o un espectáculo terrible, dependía. Puede que Aquiles fuera más flexible, pero Ninurta prefería volver a enfrentarse a éste que a Agamenón, y a ser posible a ninguno de los dos.

—Hay algunos aquí que dicen que sólo los aqueos son verdaderos hombres, que sólo los aqueos pueden combatir por la causa de los aqueos. —El rey cogió la copa, bebió, se enjuagó la boca con el vino, lo tragó y prosiguió—: Ulises ha observado muy acertadamente que todo eso puede ser así, pero… dilo tú, itacense; en tu boca suena con más… perfidia.

En contra de su voluntad, Ninurta miró con admiración al general en jefe. La negra barba ocultaba gran parte de sus rasgos, pero los ojos —fríos y oscuros— no eran los de un rematado tonto. Ahí estaba el soberano nato, ponderador, desconfiado, astuto cuando fuera menester; un caudillo de hombres. Lo que se veía de la boca hizo pensar al asirio en las viejas estatuas de reyes de su patria: dureza, resistencia, voluntad implacable.

Ulises sonrió ligeramente, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Si el noble Aquiles y otros como él consideran que sólo los aqueos son verdaderos hombres, sin duda tienen razón, como tampoco puede reprocharse al salmón que se considere el único pez verdadero. Desde el punto de vista del salmón, lo es indudablemente; pero habría que tener en cuenta el punto de vista de las morenas, las anguilas y otros seres, que también se consideran los únicos peces de verdad. Y sin duda es cierto que sólo los aqueos pueden combatir por la causa de los aqueos; pero ¿quién va a impedir a otros, por ejemplo a los sardanios, luchar no por la causa, sino por plata?

Khanussu dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Cuán cierto, príncipe de Ítaca! Sobre todo si tenemos en cuenta que la plata

aquea y la troyana son intercambiables.

—Me imaginaba que lo verías así. —Agamenón cruzó las manos detrás de la cabeza; Ninurta se dio cuenta de que Tashmetu observaba el juego de los poderosos músculos de los brazos—. Por otra parte, eso significa que sería una ligereza por nuestra parte dejar marchar a hombres que podrían aceptar plata troyana a cambio de lanzarnos sus flechas.

—¿Quién dice que queremos irnos? Ni siquiera hemos hablado del precio.

—¿Cuál es el valor de unos arqueros que realmente no necesitamos?

Khanussu gruñó.

—Nuestra utilidad para vosotros guarda una relación difícil de expresar con nuestra capacidad de disparar sobre vosotros a cambio de plata troyana. —Se levantó —. Pero si no nos queréis, me voy.

Agamenón no se movió.

—¿Ulises?

El príncipe de Ítaca adoptó un gesto de tristeza.

—Por desgracia tengo que decirte, Khanussu, que tus compañeros fuera del campamento están rodeados en este momento por cientos de guerreros aqueos. Consideré que lo mejor era disponerlo así.

—¿Cuándo? —dijo Khanussu, al parecer impávido.

Ulises se encogió de hombros.

—Bastaron algunas señales, con los ojos y los dedos.

—Permite que me convenza. —Khanussu salió de la tienda; no deprisa, pero tampoco despacio.

—Ahora vosotros. —Agamenón miró a Tashmetu, luego, visiblemente menos complacido, al asirio—. ¿Qué os trae aquí?

—Mercancías. —Ninurta había cogido de manos de Tsanghar una de las cuatro espadas; su bolsa contenía algunas muestras del arte de forja de Shakkan: puntas de flecha de hierro, puntas de lanza, unos cuantos puñales de hierro. Vació la bolsa sobre la mesa y puso al lado la espada envainada.

Agamenón se inclinó hacia delante; luego extendió el brazo derecho.

—Ulises, enséñame tu nueva espada.

Ulises se la alargó. Agamenón se puso en pie, se alejó unos pasos de la mesa, cortó el aire, frunció el ceño, se acercó la espada al oído, dio un par de mandobles más. Luego se sentó de nuevo, devolvió el arma a Ulises, sacó la otra de la vaina y cogió en la mano unas cuantas puntas de flecha y de lanza.

—Hermoso trabajo —dijo al fin—. Pero ¿para qué queremos esto? Tenemos espadas y puntas.

Ninurta cruzó los brazos y se dispuso a responder, pero Tashmetu se le adelantó:

—Hablemos deprisa, antes de que vuelva Khanussu, ¿no os parece? Necesitáis

arqueros, porque vuestros intentos de luchar con lanzas desde los carros de guerra sin duda han fracasado terriblemente. Y…

Agamenón la interrumpió:

—¿Te has ido de la lengua, Ulises?

—Ni una palabra. —Contempló a Tashmetu con expresión de asombro—. Sigue hablando, hermosa e inteligente mujer.

—Y tú, rey, necesitas armas especiales. Cualquier guerrero necesita buenas armas; pero éstas son especialmente buenas, y sin duda compensarás el hierro con oro para poder hacer un cortante regalo a los príncipes insatisfechos.

Agamenón jugaba con dos puntas de flecha.

—¿Oro blando a cambio de hierro duro?

—Y palabras amables —dijo Ninurta—. Libertad de movimientos. Que nos devuelvan remos y velas. Que devuelvan el barco *Bateia*.

—Grandes exigencias. ¿Por qué voy a aceptarlas?

—Porque hay más de estas puntas. Y porque nuestro príncipe Celeo podría llevarse a casa a sus súbditos armados si a sus mercaderes desarmados les ocurriera algo.

Agamenón calló.

A regañadientes, Ninurta sacó el sello de arcilla del pequeño bolsillo del cinturón.

—Quizá también… por esto. —Entregó el disco a Agamenón—. Porque Madduwattas promete hostilidad a aquel que nos haga daño.

Las comisuras de la boca de Agamenón descendieron; con apenas oculta repugnancia, dijo:

—¿El monstruo gris? Ah, bah… ¿Qué era eso de la libertad de movimientos?

—Somos súbditos de Celeo, pero no llevamos armas. La plata que pagamos al príncipe de Yaliso, impuestos y gabelas… primero hay que ganarla para pagar vuestra guerra, en la que nosotros no tenemos parte. También queremos vender algo a los troyanos, a cambio de plata y oro, para poder pagar las gabelas de Celeo… Mineral troyano, noble Agamenón, que como impuesto pagado en Yaliso apoya la guerra de los aqueos contra Troya.

Agamenón enseñó los dientes; Ulises sonrió abiertamente.

—Ese discurso podría haberlo hecho yo.

El rey resopló.

—¿Cómo sabéis lo de los carros de guerra?

—Es evidente —dijo Tashmetu—. Habéis olvidado cómo se manejan, ¿verdad? Habéis traído carros porque el noble y viejo Néstor os lo aconsejó, y habéis puesto en ellos hombres para que combatan con lanzas… Supongo. O habéis traído carros y renunciado a emplearlos en los primeros combates, cosa que no creo. Lanceros que comprueban que no pueden golpear con sus lanzas por encima de sus caballos ni de

costado. El carro contrario siempre está demasiado lejos. Los troyanos tienen en sus carros, junto al conductor, un arquero. Yesos arqueros han derribado a Vuestros conductores de sus carros, ¿verdad?

Agamenón gimió.

—Mujer, ¿es que quieres dirigir el ejército?

Ulises se levantó y empezó a pasear por la tienda.

—Vuestros barcos… se quedarán donde están. Antes o después los troyanos que están en el sur con sus barcos se enterarán de nuestro desembarco y tratarán de volver a casa remando contra el viento. No tenemos por qué acelerar eso dejando marchar a unos mercaderes. ¿Libertad de movimientos? ¿Queréis entrar en Troya y volver a salir? ¡Hum! ¿Forma parte la transmisión de mensajes muy discretos de vuestra libertad de movimientos? ¿Y responder a preguntas cuando volváis?

Ninurta asintió.

—¿Cuántas de esas… comealmas te quedan? —Agamenón señaló la espada.

—Ésta, y tres más… Además de la que lleva Ulises.

El rey arrugó la nariz.

—¿He de adivinar a cambio de qué la ha conseguido? Absurdo, es superfluo. Lo principal es que Corinnos no difunda rumores. Así que cuatro para mí, cuatro para Príamo, ¿verdad?, y el mismo reparto de las puntas de flecha. ¿Y mensajes e información?

—No olvides el oro.

—Bah. Puedo llenar de oro vuestros dos barcos hasta que se hundan sin que se note. Necesito hombres. Y armas. Y alimentos. Y… conocimientos.

Khanussu regresó; su rostro revelaba que Ulises había dicho la verdad. En silencio, el sardanio se dejó caer en el escabel.

—Ahora tú, arquero. ¿Cuánto?

—Medio *shiqlu* por cada hombre y día, y alimento —gruñó Khanussu.

Agamenón se rió.

—Alimento y un *shiqlu* por cada cuatro hombres.

—¿Tengo elección?

—No. Y tú y tus hombres instruiréis a los arqueros aqueos. Tenemos unos cuantos arcos, pero aparte de Ulises y el… impedido Filoctetes nadie que sepa manejarlos.

El angosto puerto apestaba a desechos, madera enmohecida, pescado podrido y excrementos de hombres y animales; no se veía el agua, porque los barcos estaban borda con borda, proa con popa, fila con fila. Tras duro regateo, Ninurta había logrado recibir de Agamenón el *Bateia* de Leucipe y todos los miembros de su tripulación que se encontraran en el puerto o en el campamento. Los remos y velas se los entregarían a Celeo en la bahía, y, para transmitir órdenes y evitar «un ansia de

movimiento demasiado grande» (como lo expresó Ulises), subirían a bordo algunos aqueos y un lugarteniente. Los guerreros, apoyados por una docena de esclavos y prisioneros, empezaron el prolijo desplazamiento de barcos necesario para mover el *Bateia*, que estaba junto al muelle.

Los aqueos habían guardado alimentos en los altos almacenes del puerto y en las viviendas intactas de lo que un día había sido una especie de suburbio portuario. En algunas casas dormían príncipes y capitanes con su séquito; los jefes supremos preferían, como Agamenón, grandes tiendas a esos pequeños pisos.

Los mercenarios y Tsanghar (Ulises renunció a vendarle los ojos) llevaron al campamento sus cosas y los productos de la herrería de la isla. Ninurta y Khanussu se apartaron para liquidar la soldada. Cincuenta hombres durante cinco días, un *shiqlu* por cada cinco combatientes… Ninurta montó la pequeña báscula que formaba parte de su equipaje de mercader, y pesó sesenta *shiqlu*, una mina.

—Generoso, señor. —Khanussu cogió el metal y apuntó una inclinación—. Fue un placer para nosotros. ¿Puedo hacerte una observación?

—¿Desde cuándo necesitas el permiso de alguien para eso?

El alto sardanio sonrió.

—Es verdad; ¿desde cuándo? Sólo fue un ataque de cortesía… una inofensiva fiebre, ya pasó. —Golpeó con el índice el pecho de Ninurta—. Eres un hombre extraño.

—Eso ya lo he oído antes muchas veces. ¿Por qué?

Oyeron gritos y carcajadas procedentes del corral de las mujeres. Ninurta se volvió en busca de Tashmetu. Estaba con Tsanghar y Ulises en las cercanías de la tienda de Agamenón con gesto inexpresivo.

—Por eso, entre otras cosas. —Khanussu señaló con la cabeza en la dirección de la que venían los gritos—. Has regateado duramente con el aqueo, hombre; nunca hubiera creído que te daría el barco y te dejaría ir con armas a Troya. Pero… eres demasiado blando, suave Ninurta. Esas mujeres de ahí, tu rostro, el muchacho… ¿Por qué no quisiste que Ulises le ahogara? Hubiera sido más sencillo. Para todos.

—Lo sería, sin duda; a veces sufro esos ataques de, como tú dices, blandura. Ligeras fiebres pasajeras.

Khanussu asintió.

—Me lo suponía… Aun así, ¿por qué?

—Quizás he visto morir a demasiados hombres y mujeres, demasiado pronto y de forma demasiado espantosa. ¿Por qué me ayudaste tú a impedir que Ulises lo ahogara?

—Sí —dijo el sardanio—, quizá por la misma razón. Quizá porque tú empezaste y yo aún tenía que cobrar. Elige lo que quieras.

—Renuncio a ello; dejémoslo pendiente. Te deseo un rico botín, sardanio.

La mano de Kanussu aferró brevemente el antebrazo derecho de Ninurta.

—Buenos negocios, mercader. Piel intacta. Y asegúrate de estar fuera de la ciudad cuando esto empiece de veras.

—Lo intentaré.

Khanussu se volvió, pero se detuvo una vez más y dijo:

—Si no, déjate apresar, asirio. Normalmente no hacemos prisioneros, pero hay excepciones.

Ninurta le dio una Palmada en el hombro sin decir palabra.

Corinnos estaba entre Tsanghar y Tashmetu, esforzándose visiblemente en no mirar a Ulises. El príncipe de Ítaca se echó a reír de pronto.

—Sonríe, Corinnos Ilieus. Que te sean concedidos muchos días a la luz del sol. ¿Quieres tus escritos? Aún tienen que estar en la tienda del llorado Palamedes.

—Te ayudaré —dijo Tsanghar. Cogió al chico del brazo—. Ven. ¿Dónde está la tienda?

Ninurta no los perdió de vista; luego contempló el rostro del de Ítaca como si lo viera por primera vez. El rostro de un hombre de treinta y cinco años, de barba clara, ojos claros, casi sin arrugas. Un hombre amable e inofensivo. Algo en torno a los ojos hablaba de cualidades muy distintas.

—¿Examinas las huellas que Cronos ha dejado en mi rostro con sus zuecos? —Ulises sonrió.

—Busco los troqueles invertidos de la perfidia.

—¿Invertidos?

—El demonio de la perfidia lleva un sello en la mano izquierda y un martillo en la derecha. Tal como trabaja en tu cabeza, tu rostro tendría que estar lleno de troqueles…, y tendrían que estar invertidos, vistos por fuera.

—Eres amargamente injusto conmigo, asirio. Soy el más sencillo e inofensivo de los mortales.

Tashmetu resopló de forma apenas audible.

—¿Oyes? —dijo Ulises—. Tu tan hermosa como inteligente mujer está de acuerdo conmigo.

—¿Qué pasa con el oro… para las armas?

Ulises enarcó las cejas.

—Agamenón desea que partáis en cuanto el barco pueda moverse. Seguramente, el pesaje exacto durará hasta mañana. El rey de Micenas da su palabra de que te hará llegar el oro. Pronto.

Ninurta silbó ligeramente entre dientes.

—¿Su palabra? ¿Qué vale la palabra de un rey?

—Su peso en oro.

—¿Cómo se pesa una palabra? ¿En una báscula cuya lengua no se mueve cuando

se sopla una mentira en un plato y una verdad en el otro?

Ulises rió y le puso una mano en el hombro.

—Awil-Ninurta, asirio de Yaliso, inocente mercader, al que su tierno carácter no ha impedido alcanzar la riqueza… creo que éste podría ser el principio de una maravillosa amistad.

—Te visitaré de vez en cuando en Ítaca y te lo recordaré. Aun así ¿qué pasa con el oro, y dónde están los marinos del *Bateia*?

Ulises le cogió por el brazo y le llevó consigo; Tashmetu los siguió.

—Ven; buscaremos a tus marineros. En lo que concierne al oro, se te entregará dentro de unos días. ¿Dónde lo quieres? ¿En la bahía? ¿En Troya?

—Quizá debamos quedarnos aquí hasta que lo tengamos —dijo Tashmetu.

Ulises chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Noble princesa, Agamenón quiere que zarpéis hoy. El campamento está abarrotado, y ante el puerto hay barcos recién llegados en los que Áyax, el noble hijo de Telamón, envía más provisiones para regocijo de los guerreros, y unas cuantas tracias para su alimento. O viceversa. Han de ser descargados; habrá gran confusión. Marchad.

—¿Es poco inteligente regatear con el león en su guarida? —dijo Ninurta.

—Es inteligente abandonar la guarida tras un regateo provechoso, mientras queda suficiente vida en las piernas.

Al sur del puerto, ante la pared posterior, sin ventanas, de un gran almacén, los aqueos habían reunido una parte de sus prisioneros: habitantes del puerto que no habían huido a tiempo y no eran utilizables ni como esclavos ni como putas, marineros de los barcos extranjeros sorprendidos en el puerto, combatientes troyanos de las primeras luchas. En la bahía, el ardiente sol de principios del verano lo había resecado todo y hacía aparecer la lluvia como un sueño lujurioso y anhelado; aquí arriba, donde las corrientes frías y calientes se mezclaban en los estrechos y se hacían carantoñas los vientos de todo el mundo, había llovido de vez en cuando. Ninurta recordaba haber visto desde la bahía los nubarrones al norte y haberlos codiciado; ahora, esa codicia sólo recordada se alejaba.

Los prisioneros se sentaban o yacían en el suelo desnudo y mojado, entre charcos y sus propias heces, detrás de una barrera de tierra y piedras, vigilados por lanceros. En un rincón del cercado habían excavado con las manos una fosa para los excrementos, pero no todos lograban llegar hasta allí. Estaban flacos y sucios; muchos parecían enfermos. Sobre todos pendía un aire mefítico, denso, pastoso, enfermizo.

—¡Hombres del *Bateia*, a mí! —Ninurta repitió el grito varias veces, en aqueo, asirio y luvio.

Siete figuras. Cuatro podían andar, sostenían a dos que se tambaleaban y llevaban

al séptimo… lo arrastraban, porque estaban demasiado débiles como para levantarlo, y él ya no podía mover las piernas. Ninurta se esforzó por no inhalar a fondo el fétido olor.

Conocía a los hombres, aunque apenas reconocía los rostros. Los nombres. Dos habían navegado con él en el *Yalussu*, todos pertenecían a la isla desde hacía años.

Ulises echó una mirada al séptimo hombre.

—¿Resolvemos esto? Es inútil llevarlo a bordo para tirarlo al agua después.

Pero el rome Ahmose sobrevivió. Bod-Yanat se ocupó de él y le alimentó con hierbas, infusiones y caldo, una vez llegados a la bahía. Anclaron el *Bateia* junto al *Provecho de Keret*. Los dos podridos barcos de los mercenarios habían sido arrastrados por el príncipe Celeo hasta la playa, donde sus hombres usarían la madera para el fuego cuando estuviera seca. Después de la muchedumbre y de la apestosa atmósfera del campamento, todos disfrutaron respirando el aire puro y gozaron de la espaciosa bahía.

Celeo escuchó las instrucciones que el oficial de Agamenón le transmitió; cuando se marcharon los guerreros, hizo llevar a tierra los remos y las velas del *Bateia*, junto con los estrechamente vigilados pertrechos.

Éstos se habían multiplicado casi milagrosamente. El día anterior habían llegado tres barcos del sur cargados de botín y de víveres… Eran los primeros resultados de la expedición de rapiña de Aquiles, sobre la que Ninurta no deseaba saber nada; para decepción de Celeo, porque el príncipe parecía querer intercambiar historias con un hombre formado. Junto a una parte del botín del ejército del sur (Celeo había enviado la mayor parte al campamento principal), en la playa se apilaban las mercancías, sobre todo recipientes con verduras en conserva, pescado seco y cecina, grandes cantidades de cereal que los mercaderes habían traído en los últimos días y vendido sin duda a precio de oro: mercaderes de las mil islas, escitas, luvios, pero también aqueos de tierra firme, muy al oeste. Los barcos de guerra que cruzaban la costa dejaban pasar a los mercaderes igual que habían dejado a los mercenarios de Khanussu hasta la bahía, pero no más allá. El que había hecho la entrega y volvía a marcharse no debía poder informar de nada concreto. El ejército y sus necesidades y la expectativa de grandes beneficios (cuanto mayor la necesidad, tanto mayor la disponibilidad a pagar cualquier precio) atraerían cada vez a más hombres en las próximas lunas.

Por lo menos Ninurta no tenía que preocuparse por alimentar a su gente; Bod-Yanat afirmaba tener bajo cubierta lo suficiente para dos lunas, y para más, si había que alimentar a menos comensales.

Celeo siguió con minuciosa exactitud las instrucciones de Agamenón; el asirio mostró comprensión. Se comentó que si él estuviera sometido al rey de Micenas, sin duda también haría todo lo posible para no suscitar su disgusto. Luego pensó en la

expectativa de vivir en Troya y ser vencido, asaltado y saqueado por Agamenón y su gente. Lo pensó tan sólo brevemente; había cosas más agradables en las que pensar, en caso necesario incluso el retorno al cautiverio hitita.

Tashmetu estaba muy callada desde que dejaron a los aqueos… Por lo demás, tampoco había ocasión para tener una conversación sin ser molestados. Ninurta discutió con ella los próximos pasos a dar; Tashmetu aconsejó llevar consigo a Corinnos y Tsanghar, y propuso soluciones para algunas otras dificultades. En cierto sentido, no parecía creer del todo que fuera posible llegar a la ciudad de los adversarios bélicos de los aqueos con combatientes aqueos como guías (y como porteadores). Ninurta comentó después que sólo lo había considerado posible porque según su experiencia todo era posible entre seres humanos, lo espantoso más que lo agradable, y lo absurdo mucho más que lo razonable.

A todos les pareció irreal: cinco hombres del *Provecho de Keret*, Tsanghar, Corinnos, Tashmetu, Ninurta y tres docenas de guerreros de Celeo, todos bien pertrechados, descendieron de las colinas de la costa a la llanura aluvial, atravesaron una hondonada tan regular que Ninurta empezó a creer en las conjeturas de Tsanghar acerca de una vieja dársena portuaria, fueron más hacia el nordeste que hacia el este, vadearon el pequeño afluente y alcanzaron la orilla izquierda del Escamandro allí donde hasta el principio de la guerra había habido un puente; donde el río bañaba restos de pilastras; donde, tras abandonar el empinado barranco, se hacía menos profundo y más lento. Donde esperaban encontrar a las patrullas aqueas.

Pero allí encontraron a aqueos y troyanos pacíficamente sentados junto al fuego. Los hombres intercambiaban alimentos, vino e historias, se reían de la necedad de sus príncipes y hacían conjeturas sobre el armisticio decretado el día anterior, el intercambio de prisioneros y los próximos acontecimientos posibles.

Celeo había ordenado disponer una gran balsa junto a la orilla; la cargaron con sus bolsas y mercaderías. Ninurta dio las gracias a los porteadores (con palabras y plata), fue el último en subir a la balsa y ayudó a llevar remando el pesado artefacto a través del río, y luego contra la corriente del Simois en su desembocadura.

Vieron la colina fortificada de la empinada Ilios (Ilión, decían los aqueos, como si con eso pudieran convertir la ciudad, que era inexpugnable, en una cosa indefensa) y los poderosos muros, lisos e imposibles de escalar. Vieron la ciudad baja, en la parte oeste y sur de la fortaleza, rodeada de muros y fosos, y sobre los muros las cabezas de los defensores o, en todo caso ahora, vigías ociosos. Tsanghar fue el primero en fijarse en las ingeniosas puertas, ante cada una de las cuales empezaba el siguiente lienzo de muralla, igual que una escama cubre a medias la otra: quien quisiera alcanzar una de las puertas tenía que pasar entre dos muros y luego girar a la izquierda… Inaccesible para pesados arietes, y apenas atacable con carros o torres de asedio. Vieron, antes de acercarse demasiado, los lisos tejados sobre los que los

habitantes secaban la ropa y cultivaban flores o, quizás, incluso plantas comestibles.

—¿Esto es lo que quieren conquistar? —dijo uno de los marineros; escupió al agua—. Para eso hacen falta más de veinte mil aqueos, y mejores además.

Tampoco Ninurta veía puntos vulnerables, ni siquiera allá donde los muros se habían prolongado hacia el norte y tocaban la orilla del Simois. Al norte del río continuaban las instalaciones defensivas, y protegían la «ciudad nueva», una confusa maraña sin plan alguno de casas de todas las formas y materiales imaginables, levantada en las dos o tres décadas anteriores. Entre los muros que tocaban el río, una barrera de bronce colgaba profundamente sumergida en el agua; puertas de gruesos pernos, cubiertas con planchas de bronce y pinchos, colgaban de los muros de férreas bisagras y, una vez cerradas, llegaban hasta un poco por encima de la superficie del agua. En las torres de los ángulos se distinguían los contornos de aparatos que Ninurta creyó pesadas catapultas. Sin duda los barcos enemigos que trataran de entrar en la ciudad río arriba tendrían que contar con una granizada de lanzas, flechas, afilados trozos de metal y fragmentos de vidrio, probablemente también con líquidos ardiendo. Y si se lograba entrar, no se habría ganado mucho: el barrio portuario estaba separado de la ciudad baja por nuevos muros.

En la orilla sur, por debajo de la empinada ladera de la fortaleza, se había ampliado el río, construido una dársena asegurada por postes y un trenzado de mimbre y se había levantado un muelle sobre el que se alzaban almacenes, viviendas y establos, probablemente ahora alojamiento de guerreros y caballos. La dársena estaba llena de balsas, gabarras, cargueros; más o menos tan llena como el puerto, propiamente dicho, que los aqueos habían ocupado.

Ninurta guió la balsa hacia la orilla norte, hacia la ciudad nueva, construida en parte sobre la llanura aluvial drenada, en parte sobre un pantano cegado y trabajosamente desecado. Insana, según decían, pero los viejos canales de desagüe fuera de los muros estaban secos, hasta donde se podía ver desde el río, y en vez de aguas de filtración contenían aguzados postes.

—No deberías… —dijo Tashmetu antes de que la balsa se deslizara a algo que era más una laguna que una dársena; aquí aún había sitio entre otros barcos y balsas, y en el muelle (barro apisonado, con los flancos de mimbre) había combatientes troyanos, o vigías armados—. Déjame hacerlo a mí.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres que Príamo sepa algo de ti antes de que tú sepas lo que él y el señor de Asur encerraron en tu interior?

Ninurta le cogió la mano y posó sus labios en la palma.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Lo mismo que conmigo.

Atracaron. Tashmetu se levantó, trepó al muelle y se dirigió a los vigías.

—Tashmetu, mercader de Ugarit, con un cargamento de armas de hierro para los defensores de la ciudad. ¿Hay órdenes?

¿Aduana? ¿Normas?

Uno de los hombres se echó atrás el casco.

—¿Normas? —Parecía a un tiempo perplejo y divertido—. Normas, princesa del comercio, hay desde aquí hasta Hattusa, o desde anteayer hasta el año que viene, si lo prefieres así. Pero en ellas no dice nada sobre armas… excepto que las necesitamos. —Cruzó unas palabras en voz baja con uno de los otros—. La balsa está segura, montamos guardia día y noche. Y tampoco se irá ni saldrá volando sin vosotros. Mañana sabremos algo más.

—¿Hay alojamientos?

El hombre rió.

—¿Alojamientos? Arriba, en la ciudad… En la *verdadera* ciudad no puedes alojar ni un ratón, pero ¿aquí? —Se encogió de hombros—. La mitad de los habitantes ha huido; en algunas casas hay combatientes, aliados. Tiene que haber muchos edificios vacíos. Dad una vuelta.

La ciudad nueva ofrecía espacio al menos a diez mil hombres; según oirían los mercaderes en los días siguientes, se habían quedado poco más de seis mil, incluyendo las tropas extranjeras.

En las décadas anteriores se habían instalado aquí sobre todo extranjeros o sus descendientes: aqueos, descendientes dispersos de micénicos, gentes del país de Masa, al este, tracios, paiones, ilirios (a menudo antiguos mercenarios; también había entre ellos unos cuantos sardanios), algunos libios, romet, frigios, fugitivos hititas… Los «auténticos» troyanos —gentes de ascendientes principalmente luvios o medio luvios— habían buscado refugio en la ciudad propiamente dicha al principio del asedio. Probablemente partían, con razón, de la base de que en caso de un largo asedio la ciudad nueva preferiría abrir las puertas tras una defensa poco entusiasta antes que desangrarse por Príamo y sus hijos.

En su camino hacia el centro de la ciudad, vieron unos hombres de piel clara, otros de piel oscura; llevaban el habitual *kitun* de fina lana o de lino, hasta los tobillos o hasta los muslos, mangas cortas, mangas largas, adornos, festones de colores. No faltaban los que llevaban calzones escitas, que les llegaban hasta los pies, y encima chaquetas abiertas sobre la piel desnuda. Vieron mujeres con y sin tocado (una llevaba el largo y reluciente pelo en forma de torre, con pilares hechos con horquillas de plata y almenas de hilo de plata con incrustaciones de pedrería), madres pudorosamente tocadas con velos de algún pueblo de las montañas en el que las mujeres sólo podían descubrir las manos y el rostro, dispensadoras de placer, de muslos lisos, echarpe ocre en torno a las caderas y telas verdes y azules que sólo cubrían un pecho. La calle —Callejón de la Prosperidad, se llamaba— estaba

pavimentada con piedras y ladrillos multicolores, de distintos tamaños; ante las casas, la mayoría de dos plantas, porches sostenidos por pilares de madera y arquerías abovedadas de mampostería protegían a los mercaderes y artesanos, sus mercancías y clientes del sol y de la lluvia. Vieron a una anciana (los ojos como lagos azul celeste en el barbecho del rostro devastado por las tormentas) que ofrecía jugosas frutas, de árbol y de planta, de las más increíbles formas y colores, sobre una mesa formada por dos tablas y dos borriquetes; ni siquiera Ninurta, a pesar de lo mucho que había viajado, pudo dar nombre a más de un tercio de ellas. Enfrente, en un taller abierto por detrás e inundado por la luz de un patio interior, un hombre con un delantal de cuero y las yemas de los dedos planas fabricaba los más finos adornos de plata. A su lado, un aluvión de olores espesos, acres y corrosivos afluía de una tienda en penumbra, en la que una mujer sudorosa y medio desnuda batía mantequilla rodeada de mil clases de quesos apilados: envueltos en hojas de parra o en esparto, cubiertos de cera, otros como hogazas pequeñas y redondas, grandes, planos, angulosos, en todos los colores entre un pálido blanco y un nauseabundo verde.

Una y otra vez, tenían ocasión de ver patios interiores en los que jugaban los niños o los pollos disputaban con los cabritillos. Detrás de una podrida puerta de madera, llena de agujeros, vieron los tesoros de un hombre que comerciaba con oro y piedras preciosas. Un par de casas más allá había una puerta entornada, de madera oscura magníficamente tallada; el dintel, sin duda más antiguo que toda la ciudad nueva, mostraba una enredada escritura de origen desconocido y espantosas máscaras de dioses, pero cuando Tsanghar atisbó por la rendija no vio más que trastos carentes de valor. A veces el porche o la arquería se interrumpían, luego empinadas escaleras que partían de la calle subían a quebrantadas galerías, y todas o casi todas las casas parecían estar unidas en su parte superior por escaleras, pasarelas o pasadizos.

En la maraña de tortuosos callejones había una plaza que los habitantes llamaban sencillamente Hexágono; seis calles casi rectas (y varios callejones sin salida, callejas y entradas a patios) confluían allí. En las esquinas había seis viejas estatuas de corroída piedra de un rojo oxidado y en mitad de la plaza una séptima: ofrendas casi irreconocibles a antiquísimos dioses, con las cuencas de los ojos vacías y las narices achatadas. Por lo antiguas que eran, tenían que haber sido traídas de muy lejos y puestas allí, sobre pedestales de piedra. A los pies de la séptima estatua, la del centro, se había excavado un pozo con un brocal de la altura de un hombre. La *Plaza de los Siete Dioses*, como también se le conocía, no sólo se llamaba Hexágono, sino también *Caldero de las Cinco Luces* (la luz de la mañana, mediodía, atardecer, además de la de una viga próxima a la séptima estatua en la que por la noche los guardias encendían antorchas y la de una gran esfera de barro, hilo de cobre y fragmentos de ámbar en la que por las noches alumbraba la luz de un candil, delante de una taberna, bajo la arquería del lado sur), *Crisol de los Cuatro Vientos* y

Mazmorra de los Tres Príncipes. Se suponía que al tomar el poder Príamo había hecho emparedar vivos en este lugar a los tres últimos descendientes del viejo soberano; la cámara excavada en el suelo se convertiría luego en piedra fundamental de la nueva ciudad. Ninurta estaba seguro de que aún se podían encontrar más nombres para la plaza: *Amparo de un Pozo*, *Milagro de las Dos Ciudades* o *Hija de las Ocho Canteras*, porque las irregulares planchas que cubrían la plaza parecían proceder de muy distintas regiones: algunas tenían surcos longitudinales; otras, dibujos de enrejados casi regulares; algunas eran ásperas; las había lisas y duras o lisas y casi blandas, y según la incidencia de la luz se multiplicaban sus colores iniciales rojo, marrón, gris, azul, amarillo y verde.

Al final de un callejón que se escondía bajo la arquería del lado noroccidental, hallaron una casa de dos plantas con un patio pequeño, pozo propio, once habitaciones y azotea. El propietario, un enjuto frigio vestido con una túnica negra que le llegaba a las rodillas, se dejó rebajar el precio de un *shiqlu* al día a tres *shiqlu* por diez días; no pudo rebatir la afirmación de Ninurta de que de lo contrario no ganaría nada, porque la casa seguiría estando vacía.

Antes de ponerse el sol habían comprado esteras y mantas, y unas cuantas ánforas, y habían traído de la balsa una parte de la carga. Había un fogón de obra, pero la primera noche prefirieron comer en uno de los bodegones de la plaza. Tsanghar asumió voluntariamente la guardia; uno de los marineros le llevó una jarra de cerveza y empanada de pescado adobado. Los otros se sentaron bajo unas vigas mohosas en las mesas bajas (había docenas de asientos, pero todos tenían distintas alturas, y nadie parecía tener las piernas igual de largas) y comieron papilla de mijo coloreada y especiada con azafrán, un pan plano y crujiente, sopa caliente, en la que flotaban tiras de puerro, trocitos de col, judías y trocitos de pescado, una variedad de pescados de río asados o cocidos, asado de cordero rojo por dentro, empanado con miel y hierbas, y luego queso y dulces. Todo estuvo regado con vinos, ligeros y fuertes, de los odres que colgaban de las vigas del techo, cerveza, agua del gran pozo o zumo de frutas. Cuando regresaron, con la certeza de que a pesar de los saqueos y de la rapiña de los aqueos la ciudad nueva podía vivir bien (¿de sus reservas, del río, de abastecimientos de la comarca?), encontraron al gasqueo medio dormido, en brazos de una joven tracia que roncaba ligeramente.

—No sólo es ingenioso, sino que además sabe ingeniárselas —dijo Ninurta.

Él y Tashmetu se acostaron en las cálidas losas de la azotea, separados de la casa vecina por una quebradiza pared, casi de la altura de un hombre, hecha de tablas y pellas de barro. Al nordeste, mucho más allá de los muros, se veían brillar los fuegos del ejército aqueo, y detrás se dibujaban las masas confusas de la montañosa península al norte de los estrechos. Ambos habían comido con moderación.

—Hace diez días; necesito movimiento deleitoso, oh asirio.

Tashmetu dijo que en el cielo había tres veces y media más estrellas que gotas de sudor en su cuerpo; sin duda el hábil gasqueo y su compañera de juegos también habían sudado. Luego se volvió de costado y posó la mano en el pecho de Ninurta.

—Ya no quiero. Estoy… enferma de todo esto.

—¿Qué es lo que ya no quieres? ¿Te acomete la náusea después de calmar la sed?

Se rió.

—¿Dónde quieres que te muerda? —Luego dijo en voz baja, más seria—: Quiero huir mientras aún sea posible. No ir a ver a Prijamadu, Ninurta, y olvidar el mensaje. Sea cual sea.

Ninurta calló.

—Renunciar al oro que de todas formas Agamenón no pagará. Renunciar al oro que, como el aqueo, Prijamadu tampoco pagará. Salvar la vida. No volver a ver mujeres acorraladas arrojadas a los guerreros ansiosos para que las devoren. No volver a ver hombres jóvenes que pronto morirán.

—¿Hubieras querido comprar a las mujeres?

—¿Acaso los aqueos las hubieran vendido? Y en cuanto nos hubiéramos marchado habría el doble de nuevas prisioneras que nadie compraría. —Suspiró—. Aquí en todas las manos hay sangre, en las tuyas y en las mías, y pronto también en las de Corinnos. ¿Comprar a las mujeres presas y dejar morir a los hombres presos? ¿Comprarlos a todos? ¿Comprar toda la ciudad, y el país de Acaya por añadidura?

Ninurta rió sin ganas.

—Agamenón tiene más oro que todos los mercaderes del mar y la tierra juntos. E incluso si… Irían a un país aún sin comprar y se cortarían el cuello los unos a los otros.

—¿Podemos huir?

Ninurta movió la cabeza.

—Alrededor de cuarenta y cinco talentos de oro… si Agamenón paga. Lo que no creo, pero de todos modos, aquí arriba su contravalor serían casi cuatrocientos cincuenta talentos de plata. En *shiqlu*… —Calló y calculó; por fin dijo, casi con reverencia—: Quinientas cuarenta mil veces el alquiler de esta casa. —El pago de un día para ocho millones cien mil mercenarios sardanios. Ninguno de nosotros morirá de hambre aunque no recibamos el oro; pero quizá deberíamos esperar y aguardar unos días más.

—¿Podemos huir… si queremos huir?

—Los barcos están vigilados; inmovilizados. No sé dónde está Leucipe con el resto de la gente del *Bateia*. Probablemente arriba, en la «verdadera» ciudad. Sí, querida, podríamos huir… A pie, hacia el este, hacia el interior; luego hacia el sur. Pero allí es donde Aquiles está suelto, y donde no está él empieza el reino del tenebroso Madduwattas, y donde termina, empieza el de los hititas… ¿Al norte? ¿Por

los estrechos, donde Áyax, el hijo de Telamón, asola el mundo? ¿Más al este, hacia el desierto, el país de Masa, hacia las mujeres de Azzi, que me harían castrar para adornarte con ello?

—¿Castrar? —Tashmetu extendió el brazo izquierdo bajo la manta—. ¿Esto? Creo que entonces no me gustaría mucho el adorno.

—Cuidado, con más suavidad. Ah… Dejar atrás los barcos, dejar atrás la mercancía, renunciar al oro que de todas maneras probablemente no recibiremos. ¿Salir de la ciudad? Eso será posible. Pero la primera patrulla troyana nos atrapará: «Venid, necesitamos guerreros para Prijamadu, y tú, mujer, vendrás también», ¿algo así? —Se sentó—. Como ves, he pensado en ello, pienso en ello sin cesar. Pero no hay ningún camino. Lo dejamos todo atrás, aceptamos una seria pérdida, y aun así no podemos tener la mínima seguridad de seguir vivos un día después.

Tras largo silencio, Tashmetu dijo:

—Entonces sigamos viviendo aquí, como «almacén de la mercader Tashmetu». Yo… Me da náuseas pensar en lo que los reyes pueden haber enterrado dentro de ti. Y temo que el sello de Madduwattas aún pueda empeorar las cosas.

Ninurta cogió su mano y enlazó los dedos con los suyos.

—Oh, la más hermosa e inteligente de las mujeres —dijo en voz baja—. Hablaste con perspicacia cuando estábamos en la tienda de Agamenón, y actuaste con inteligencia cuando atracamos aquí y tuvimos que presentarnos a los vigilantes. ¿Cómo podría contradecirte? Te doy las gracias, mil veces, por todo en general y por esto muy en particular. Pero ¿y si alguien, por ejemplo un mensajero del oro de los aqueos, pregunta por mí? No puedo esconderme eternamente; en algún momento, Prijamadu sabrá que el mercader Awil-Ninurta está en la ciudad, y querrá oír la respuesta a su mensaje enviado a Asur y mandará a buscarme.

—Consideremos eso por delante y por detrás, querido.

—¿Por detrás? —Rió en voz baja.

—¿Estamos cansados, o se nos ocurre otra cosa?

Días uniformes: relucientes perlas de verano engarzadas en ocio, en una cadena de laxas actividades. Cálidas noches, a menudo pasadas en la plaza, donde las mujeres se reunían junto al pozo y los ancianos contaban bajo los arcos historias diluidas en su vino. Suaves noches en la casa, o en el tejado; el embarazo de Tashmetu aún no se notaba, y no era obstáculo para los muchos movimientos posibles. A Ninurta le parecía que había cosas peores que pasar inactivo un cálido verano teniendo plata suficiente. No podía recordar haber estado nunca sin Tashmetu, y a veces intentaba evocar esa inquietud que siempre le había empujado a viajar y comerciar. Entonces Tashmetu reía y decía que las plantas entrelazadas eran sedentarias hasta que venían el terremoto, la tempestad y la inundación.

Al principio no hubo que pensar en ello. Troyanos y aqueos no emprendían nada;

por la noche la llanura estaba salpicada de fuegos, junto a los que hombres de ambos lados se sentaban, hablaban y bebían. Probablemente los aqueos esperaban el retorno de Áyax y Aquiles; los troyanos esperaban a que los aqueos hicieran algo. Príamo podía esperar; cada día traía refuerzos… pequeñas tropas de alejadas guarniciones junto a los estrechos o en las montañas, divisiones más grandes que se habían retirado de la guerra fronteriza no declarada contra los hititas y traían noticias, combatientes de Frigia y el país de Masa… menos de los deseados, pero más de los esperados. Día tras día se acercaba el momento en que los barcos troyanos conseguirían poner fin victorioso a la lucha por Alashia y las costas del país de los hititas o regresar sin victoria para ayudar a la ciudad.

En la ciudad nueva, nadie hablaba de la guerra; los campesinos volvían a los campos, por lo menos a este lado de las desembocaduras de los ríos; no había carencias, porque la comarca hasta entonces no visitada por los aqueos suministraba todo lo necesario y la gente, salvo unos pocos, podían pagar lo necesario; el rey, «arriba», en la verdadera ciudad, hacía repartir a veces verdura y trigo, lo que no le hacía más popular entre las gentes de la ciudad nueva. Era, se supone que también para los «verdaderos» troyanos (Ninurta sospechaba que para éstos más aún que para los habitantes de la ciudad nueva), el aqueo, viejo mercenario, que se había hecho con el poder y había engendrado, con su principal esposa luvia Hekapa, pero también con una docena de segundas esposas y otras concubinas, cien hijos y cien hijas, de los que uno tenía que meter demasiado a fondo el falo en una espartana, sin pensar en las consecuencias…

«¿Y por eso tenemos que combatir?». Cuanto más duraba esta paz en la guerra, tanto más increíble le resultaba al asirio la idea de que los hombres que fuera, junto al fuego, compartían pan, vino e historias pudieran armar en un día cercano un baño de sangre los unos contra los otros; por otra parte, no dudaba de que a Ulises (si no a Agamenón) se le ocurriera algo para moverlos a hacerlo.

—Los guerreros —decía uno de los ancianos— jamás combatirían si por ellos fuera; saben demasiado bien de qué se trata. —Enseñó las encías, en las que había tres dientes, como dispersos vigilantes; luego se levantó el sucio *kitun*. Desde la tetilla derecha hasta medio debajo del ombligo discurría una mellada cicatriz, como una serpiente que no hubiera podido tragar el ombligo por completo—. Los guerreros saben *esto*. Es estupendo estar con otros hombres, formar parte de un cuerpo poderoso. Y antes es bueno hablar de la espléndida guerra… También después, si se ha sobrevivido. Pero nadie quiere estar realmente *allí*. Ningún guerrero empieza nunca una guerra; son los príncipes.

Corinnos sonreía con más frecuencia; dientes como blancos pétalos, después de que el sol ha fundido el hielo del espanto. Hablaba de Palamedes, de la vida en Nauplia, de los confusos recuerdos de su padre tempranamente fallecido, de historias

que le contaron sobre su madre, desangrada el día que él nació. Ya el abuelo, al que nunca había visto, había sido sacado de Troya por los aqueos, como prisionero y esclavo…

Tsanghar se ocupaba de él; en realidad todos se ocupaban de él, pero el gasqueo especialmente. Le llevaba con él al río, a largas excursiones por la verdadera ciudad, de la que procedían los antepasados de Corinnos. Tashmetu los acompañó dos o tres veces; Ninurta consideró mejor permanecer fuera del círculo de visión de Prijamadu. Una noche Tsanghar apareció solo, sin el chico, pero con una sonrisa torcida. Había conseguido al fin poner al chico encima de una muchacha… o más bien debajo.

—Ella sabe lo que hace.

En realidad, Tsanghar hacía muchas cosas. En los primeros días desaparecía con frecuencia, con plata de Ninurta, para adquirir determinadas cosas que aún faltaban para su extraño aparato a bordo del *Provecho de Keret*. Cuando lo hubo reunido todo —alambre, pernos, vástagos de metal, cuerdas, finas sirgas—, partió con dos marineros a llevar todo el material al barco y mostrar a los hombres que habían quedado allí qué hacer con ello. Estuvieron tres días fuera. Cuando regresaron, el gasqueo dijo que si Ninurta y, sobre todo, la noble princesa querían, ahora se podía intentar la fuga sin remos ni velas; pero no era aconsejable porque el mar estaba apestado de barcos aqueos. Además, había resuelto otras dos cosas: les llevaran lo que les llevaran del barco, viniera quien viniera, preguntaría por Tashmetu, no por Awil-Ninurta; en la llanura se había encontrado a Khanussu, con algunos de los suyos, y les había encargado cuidar de que los abundantes dones del espléndido Agamenón, si es que algún día eran entregados, llegaran asimismo a Tashmetu.

Corinnos parecía haber crecido de golpe, parecía más seguro de sí mismo, como transformado. A veces desaparecía por las noches («está en celo, el chico», decía Tsanghar; y «¡está bien así!»); durante el día solía sentarse a la sombra del patio, junto al pozo, y escribía. Habían comprado rollos de papiro a un traficante que mantenía buenas relaciones con los romet en el país de Tameri; por él supieron también que en la destrucción de Troya a manos de Hércules habían sido aniquiladas todas las viejas anotaciones, tablillas de arcilla, hechas polvo y pedazos, mezclados con el material con el que se construyó la ciudad nueva y con el que se rellenaron y cegaron los viejos puertos y pasajes hacia la costa. Prijamadu había hecho crear nuevos archivos, cámaras del tesoro del saber, del no saber y de la contabilidad indigna de fiar (según el mercader) y, sin duda, con la tinta sobre hojas de papiro, más fáciles de escribir y de conservar que las tablillas de cera o barro, y más fáciles de quemar.

Corinnos escribía como había aprendido de Palamedes: con signos cananeos para reproducir los sonidos aqueos. En las tibias tardes en la azotea, leía a veces lo que había escrito… Los secos contornos de los acontecimientos, pero también

exuberantes historias llenas hasta los topes de sangre, espíritus, héroes y hechos imposibles. Tsanghar reía especialmente alto y decía que era una lástima que sólo unos pocos pudieran escuchar o leer esas maravillas. Había que tener escribas, hacer copias, pero… Entonces callaba y fruncía el ceño.

Al día siguiente se puso a buscar…, el qué no lo supieron hasta después. Encontró en un pequeño taller junto al puerto fluvial a un viejo fabricante de sellos, un hombre llegado de la Cólquida hacía décadas. Tras duro regateo (la plata de Ninurta aún no se acababa), el anciano empezó a hacer diminutos sellos con signos cananeos, primero en hueso, luego en madera no demasiado dura. Tsanghar hizo un marco de madera de las dimensiones de una hoja normal de papiro, cortada de su rollo, puso treinta finos listones a intervalos regulares, batió tintas y metió con sus mezclas un pestazo en la casa. Después de varios días afirmó haber encontrado el color y la composición correctos.

El fabricante de sellos suministró una caja con cien sellos de cada signo del alfabeto cananeo. Tsanghar, radiante, cogió una de las fantásticas historias de Corinnos y unas finas pinzas que le había vendido un sacamuelas y empezó a meter sellitos dentro de su marco, uniéndolos en filas con un hilo, pintó la parte de abajo de los sellos con tinta de un liso cuenco y apretó el marco contra la hoja cortada.

—Sucio —gruñó—. Así no… pero algo parecido. —Mostró a Ninurta el resultado: una hoja de papiro llena de signos uniformes, con algunos borrones— y bien legibles.

—En el tiempo que necesito para llenar el marco —dijo—, un escriba escribe tres veces más; pero cuando está lleno puedo imprimirlo cien veces sobre papiros. O mil. Historias de Corinnos u órdenes para mil suboficiales… u oraciones a los dioses, que no saben leer.

Ninurta le dio unas palmadas en los hombros.

—Cuando volvamos a la isla, juntaremos todos tus inventos y mi plata y veremos qué parte nos corresponde a cada uno. ¿Cuándo comprarás a todos los propietarios y sus barcos?

Después de casi una luna en la ciudad nueva, casi una luna antes del solsticio de verano, Ninurta se atrevió por primera vez a ir a la «verdadera» ciudad a buscar a Leucipe y echar un vistazo. Como no quería ser reconocido ni ser llevado ante el rey Príamo con su mensaje sellado y quizá mortal, durante un rato se rompió la cabeza ideando disfraces; eligió los amplios ropajes de un buhonero del país de Masa (una túnica de lana gris sobre el *kitun*, errada con cintas, larga hasta por debajo de las rodillas), se enrolló un turbante gris a la cabeza dejando caer un pico sobre el rostro y llevó a cabo una serie de manipulaciones que le costaron esfuerzo. Decidió afeitarse la negra barba, con sus mechones de un gris mate. Hizo que un afilador le afilara uno de los cuchillos de acero endurecido, hasta que el hombre aseguró que la hoja era tan

fina que se podía cortar con ella una doble intención que pasara volando, de tal modo, que el fino entendimiento del intrigante que la hubiera albergado en su mente ni siquiera pudiera recordar haberla pensado nunca. Doblemente pasmado (por la agudeza de la hoja y por la de la gráfica comparación), Ninurta se llevó el cuchillo a casa. Allí encontró a Tashmetu, a la que correspondía ejecutar la gran acción; le frotó la barba con aceite, agua caliente y espumosos ungüentos aromáticos y le rasuró las mejillas sin lesionar la piel.

Luego rió en voz baja y habló de la placentera sensación del contacto de dos pieles sin pelo. Nunca había seguido la costumbre de las nobles ugaritas de arrancarse o quemarse el vello del cuerpo. A ruegos de Ninurta se dejó las axilas en paz, pero pasó agua nuevamente calentada, aceite, ungüento y el afilado cuchillo sobre lo que llamó «la barba de las ingles» y «la espesura del templo de Ishtar». Ninurta le ofreció ayuda, que ella rechazó; la miró inquieto y entusiasmado, mientras le hablaba de las muchas denominaciones que el flexible idioma de Asur tenía para ese fino vello (pradera del placer, liquen de la fuente, musgo del gran manantial, pasto de la gacela, rastro del fuego, jardín del derramamiento, plumón llameante), de los nombres menos agradables de la actividad y los verbos derivados de ellos, que había oído ya de chico en las cercanías de determinados templos y casas, de boca de las mujeres que se ganaban la vida empleando con asiduidad, entre otras cosas, esos campos, y para las que también había innumerables nombres: las consagradas, *qadishtu*; las disponibles, *kulmashitu*; las de pelo ensortijado por doquier, *kezertu*; las putas de los dioses, *naditu*; entregadas todas ellas a *nish'libbim*, la «elevación del cuerpo». Contó crispadas historias que había oído de ellas y sobre ellas; Tashmetu mientras tanto se afeitaba lentamente y escuchaba y se reía a mandíbula batiente, hasta que al final dijo que parara, porque de lo contrario la que pronto ya no tendría pelo ensortijado por ninguna parte se cortaría y era una lástima.

A la mañana siguiente, partió temprano; Corinnos y Tsanghar le acompañaron. Cruzaron el Simois en la balsa; los guardias de la orilla sur los vieron abandonar la ciudad nueva y no hicieron preguntas.

El aire estaba lleno de una extraña cantidad de ruidos; era el chirriar, crujir y deslizarse de todos los botes y gabarras que daban borda con borda y se rozaban contra el muelle amurallado. Por lo demás, al principio reinaba un silencio casi inquietante; silenciosos guardias estaban con las armas desnudas ante los almacenes del muelle. Probablemente guardaban los víveres que el consejo y el príncipe de la ciudad habían preparado para un largo asedio.

Más allá de los altos edificios terminaba el pesado silencio, pero en su conjunto el barrio del puerto parecía extrañamente animado e inanimado a un tiempo. Muchas tiendas y talleres estaban llenos de gente y, sin embargo, como muertos; Ninurta tuvo que asomarse varias veces para hallar una explicación a esa impresión. Vio

panaderías en las que se trabajaba y la tienda de un tejedor en la que no se hacía nada; oyó martillear a los herreros y el almacén abierto, pero desierto, de un mercader de paños. Al fin lo comprendió, y al mirar con más atención a las gentes se preguntó cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta. Toda la ciudad baja estaba junto al río, separada de los demás barrios y de la montaña de la fortaleza por altos muros lisos y sin junturas; servía sobre todo para alojar a combatientes extranjeros: troyanos del interior, de las fortalezas de los estrechos, aliados y mercenarios. El habitante que había querido quedarse se quedó, sobre todo los que, como los panaderos y herreros, eran necesarios (y quizás habían recibido del rey la orden de quedarse); todos los demás habían tenido que abandonar sus casas para hacer sitio a las tropas o se habían marchado voluntariamente a casa de amigos o parientes dentro de las verdaderas murallas.

La maraña de calles de la ciudad baja era parecida a la de la ciudad nueva, en la zona norte; tanto en un sitio como en otro, Ninurta observó la falta de malos olores. En la ciudad nueva se recogían el estiércol y las aguas residuales y se llevaban a los campos al borde mismo de lo que quedaba del pantano; en la verdadera Troya, según supo por un desdentado campesino (el hombre estaba sentado a la sombra de un árbol de ancha copa y chupaba un paño claro que empapaba una y otra vez en una jarra de cerveza), se llevaba «la múltiple estrechez trasera» (Tsanghar casi se atragantó cuando el campesino lo dijo) al Escamandro por tubos enterrados en el suelo, «para poder beber del Simois y los aqueos se acuerden de nosotros junto al Escamandro».

Tras varias horas de buscar y preguntar, encontraron por fin a Leucipe. Vivía en la planta superior de una casa ventilada y luminosa poco más allá de la puerta escaica. Un esclavo calvo (Ninurta le tomó por un eunuco y pensó que eso era muy propio de Leucipe) los condujo a la blanqueada habitación en la que la troyana, enteramente vestida de negro, estaba sentada en el suelo y mecía el tronco.

Se conmovió hasta las lágrimas al ver a Ninurta y saber que los marinos que se habían quedado en el puerto con el *Bateia* estaban libres, aunque vigilados. Pero rechazó la idea de hacer un intento de comercio con las armas.

—Vengo aquí con demasiada frecuencia, soy ya de la ciudad —dijo—. Todos saben lo que he traído… y saben también que no vendo armas. Príamo es desconfiado, hasta donde puede serlo más allá de viejo y malicioso. Si mañana acudiera con armas a él o a sus hijos, preguntarían de dónde proceden.

—¿Podríamos incluir a otro mercader? ¿Un hombre que esté radicado aquí?

—Ocurriría lo mismo. ¿De dónde vienen esas armas de hierro? ¿Cómo es que no se entregaron inmediatamente al rey, sino que han llegado, por oscuros caminos, a este mercader? Eso sin olvidar el reparto de los beneficios.

Poco a poco volvió la antigua inquietud sobre el anuncio del retorno. Aún no había determinado el regreso cuando otros empezaron a actuar y privaron a Ninurta

de tomar una decisión.

Primero oyeron que en el campamento aqueo se había declarado una epidemia; el asirio supuso que tenía mucho que ver con la estrechez y las apestosas aguas fecales. Ulises sin duda hallaría un camino para aprovechar la epidemia en beneficio propio y de Agamenón.

Luego Áyax y Aquiles regresaron con sus tropas, cargados de botín. Al mismo tiempo se interrumpió el suministro de víveres a la ciudad; sin duda los aqueos no habían devastado, asolado y desertizado la comarca inmediata a la ciudad, pero sí los territorios limítrofes. Ciudades incendiadas y sus habitantes masacrados por millares y esclavizados; los sobrevivientes huían hacia el sur y hacia el este. En la ciudad nueva aún no había carencia, pero sí carestía, de víveres.

Después llegó del campamento de los aqueos aquella noticia que produjo estruendosas carcajadas en Troya. Junto a reses, cereal y otras provisiones, los saqueadores también habían traído oro y plata en ingentes cantidades, según se decía; y esclavos; Y hermosas mujeres. Todo esto se repartió entre el ejército, y los caudillos recibieron piezas especialmente hermosas. Entre ellas estaba la hija de un sacerdote de Apolo, esposa (ahora viuda) de un príncipe muerto por Aquiles. Se decía que Apolo había enviado la epidemia al campamento porque no quería ver a la hija de un sacerdote en la cama de Agamenón. El conductor de pueblos, según la sentencia del vidente, tenía que dejar libre a la joven; pero a cambio Agamenón exigía otra mujer, igual de joven y bella y de noble estirpe… que la que en el reparto del botín se había asignado a Aquiles. La gente que había hablado con los aqueos corría el rumor de que en el campamento había violentas réplicas y contrarréplicas… Agamenón contra Aquiles, Aquiles contra el mundo, Néstor a favor y en contra de ambos, y por último Ulises, cuyas alocuciones eran sarcásticas y corrosivas, proponía interrumpir el asedio y volver con las orejas y otras partes del cuerpo gachas, a llorar en casa a sus amas de cría. El ejército reaccionó con furia… Ninurta se preguntaba si Ulises también había inventado la epidemia para producir inquietud y disponibilidad al combate entre aquellos que noche tras noche se sentaban con los troyanos junto al fuego. Se llegó a un acuerdo: Agamenón se quedaría con la concubina de Aquiles y liberaría a la hija del sacerdote. Así ocurrió; y Aquiles se retiró a su tienda bramando, rechinando los dientes y maldiciendo. Troya rugió, también la ciudad nueva: «¿Y esos de ahí son los que se supone que van a la guerra porque una mujer ha cambiado de cama voluntariamente?».

Entonces ocurrieron, en el curso de un día, tres clases de cosas… tres cosas que lo cambiaron todo. Por la mañana, combatientes aqueos se presentaron ante la ciudad nueva, con una docena de sardanios de Khanussu, y reclamaron a Tashmetu para entregarle un mensaje del rey Agamenón. Guiados por guardias troyanos, siguieron, desarmados, a Tashmetu y a Tsanghar a la casa cercana a la Plaza de las Siete

Estatuas y descargaron unas cestas: oro del tesoro del señor de Micenas y general en jefe de los aqueos, una ingente cantidad de oro… como comprobaron Tashmetu, Ninurta y los más cercanos cuando el resto se marchó y no hubo testigos que vieran cómo abrían las cajas. Oro… en pequeños lingotes, en barras, en moldes parecidos a pieles de vaca, en discos, en platos, en anillos, en piezas planas, cada una equivalente al peso de un *shiqlu* o el múltiplo de un *shiqlu*; había también joyas, y un maravilloso león de oro, que pesaba él solo casi cuatro talentos. Ninurta pesó parte de las piezas más pequeñas y calculó que Agamenón había pagado de hecho todo el precio. Y se dijo que en los próximos días sin duda vendrían comisionados de Príamo a ver quién había recibido unas cajas —¿conteniendo que?— del rey enemigo. A primera hora de la tarde, un mensajero de Agamenón llegó a la «verdadera» ciudad; en poco tiempo se supo también en la ciudad nueva lo que los aqueos proponían. Y que Príamo iba a recomendar al consejo la aceptación de su propuesta: que hubiera un combate singular entre Menelao y Parisiti que decidiera la guerra.

—Reconozco en esto el retorcimiento de Ulises —dijo Tashmetu—. Mirarán cómo los dos se matan, y eso los acicateará, y seguro que a cada una de las partes se le ocurrirá algo que le impida cumplir los acuerdos. Por no hablar de Helena… ¿Crees que se irá con Menelao si gana? ¿Qué será entonces de esa joya que aún no le has dado?

Por la noche llegó la tercera sorpresa del día. Vino de la bahía, de la isla, de Kal-Upshashu y Kir’girim: Lamashtu apareció acompañada de dos marinos del *Provecho de Keret,* que regresaron enseguida. La mujer (y tres hombres) había venido en el bote que Tsanghar había equipado con su «arado para las olas»; traía una botella de barro taponada y sellada con cera.

—No es la infusión de sapo —dijo—, pero tiene un efecto parecido. Si aún no has estado con Prijamadu, deberías beberlo primero y ponderar después si no será mejor arrojarte directamente sobre tu espada.

Ninurta titubeó; Tashmetu contempló la botella con repugnancia, pero finalmente dijo que como todo era absurdo de principio a fin, le daba lo mismo tomar veneno. Preparó un fuerte vomitivo «para el caso de que esta cosa tenga un efecto distinto al previsto». Poco antes de medianoche, en la azotea, Tashmetu vio cómo el asirio vaciaba la botella. Le había pedido que se tapara los oídos si empezaba a hablar sin control… lo que saliera de su interior podía ser peligroso para el que lo oyera.

Pero no salió nada. Nada hacia fuera, en todo caso. Él se sentó en un montón de mantas, bajó la cabeza, la volvió a alzar.

Sus manos se abrieron y se cerraron; luego dijo en voz baja:

—Está bien. No, no está bien, es espantoso. Ahora sé… —Miró a los ojos a Tashmetu, y ella vio dolor en los suyos. O espanto.

—¿Qué has sabido? —susurró.

Él tosió varias veces y bebió unos tragos de vino.

—El resabio —dijo.

Luego se inclinó hacia delante, acercó los labios al oído de Tashmetu y le dijo cuál era el mensaje de los reyes.

Tashmetu se apartó de él; estaba pálida. Sus manos palparon el vientre que se iba abombando ya, las pasó por los ojos, y se le desplomaron sobre los muslos.

—Oh, dioses —dijo sin voz.

CARTA DE CORINNOS (VII)

… Todo esto, oh Djoser, lo hemos hablado ya siete veces Siete, Y lo que callé lo ha dicho mi padrino en las armas, el asirio más locuaz. Sin embargo, el tiempo de su ausencia no se discutió mucho, si no me equivoco; puede deberse a que cosas tremendas ocurrían fuera de la ciudad. Por eso, déjame ahora cantar a Tashmetu, oh rome… Sé que oyes este canto con especial placer, aunque a veces pretendes (y es una loca pretensión, amigo mío) tener que convencer a alguien de lo contrario, tapándote los oídos con lodo del Hapi.

Lodo del Hapi. Lodo del gran río, cieno del Yotru, nutricia tierra de Tameri. Ha alimentado a muchos, no sólo a los príncipes que en sus grandes casas piramidales yacen en la pretensión del más allá, y a los trabajadores y guerreros que construyeron esas casas de muertos para los hijos de Horus cuando no había nada más urgente que hacer y los príncipes temían que sin trabajo los guerreros podrían aburrirse peligrosamente. Ha alimentado también vuestra embriaguez y vuestra locura, rome, y parte de vuestros miedos, que adoptaban la forma de dioses. Hablemos pues de ellos; especialmente de aquel dios que se venera en Shedit, el dios Sobek.

Entonces vomitó la terrible maldición (fuera quien fuese quien la vomitase, los dioses, Ulises o Palamedes antes que él). La vomitó, en verdad: como una nube cargada de tormenta, o la desbordante panza preñada de vino de un divino bebedor. A la pluma de pavo audazmente empujada hacia la campanilla le preocupa tan poco como a él qué monstruo sale con la aliviadora descarga. Quizá los dioses se divierten jugando a los dados; dados tallados en huesos humanos. Dejando esto a un lado… cuando empezó la desgracia. Para que veas que no ha sido un olvido, he dejado sin terminar también esta segunda frase. Lo hicieron los dioses, o Ulises puso el punto final. Mi pobre tinta…

Cuando empezó la rápida y cruel decadencia de la ciudad, Ninurta no estaba con nosotros, e igual que antes nos volvíamos hacia él, ahora mirábamos a Tashmetu. Ya sabes, ¿quién podría saberlo mejor que tú?, que era la más hermosa de las mujeres. Sigue siéndolo un poco aún hoy; no, no un poco, sino mucho, posiblemente mucho más que antes, porque ¿no es la belleza interior, la que aflora entre las arrugas que el rallador del tiempo ha hecho en el rostro, mucho más fuerte que la que antaño hizo descender nuestro entendimiento a las ingles? Consolémonos con que así sea; nos ahorra a ti y a mí muchos feos pensamientos sobre los hombres que envejecen, Djoser.

Miramos a Tashmetu, y ella nos devolvió la mirada. Sus ojos nos apoyaron, sus palabras resplandecieron en la noche y su aliento ahuyentó el frío, de forma que

dejamos de temblar. (¿Qué más puedo decir? ¿Que la más hermosa de todas las mujeres nos cogió de las manos y nos condujo?).

La gracia y el calor de Tashmetu nos hizo sobrevivir. Y aunque necesitaba mucha fuerza frente a la ausencia de Ninurta, para el niño que llevaba en su vientre, siempre le quedaba suficiente para nosotros. Tsanghar decía que sin duda era una diosa; nunca podíamos ponernos de acuerdo sobre cuál de las diosas conocidas podría ser. Porque hay diosas crueles y fructíferas, próximas y lejanas, pero ningún pueblo que yo conozca venera a una diosa por su gracia y calor.

No faltaban dioses en Troya. Tenían a los matones del Olimpo aqueo y a los mil dioses de los hititas, los viejos dioses tribales de los luvios occidentales y unos dioses del norte extrañamente pequeños, curvados sobre su propio ombligo… dioses como de saliva cuajada y ámbar. Imágenes, columnas, altares y relicarios; la ciudad (la verdadera ciudad) estaba a rebosar de dioses; en cada esquina dos, y no había cruce que no tuviera cuatro, además de haber más en cada casa. Y los de los templos. Gran selección, amigo mío…, una enorme selección de dioses para aquellos que, en la necesidad, querían refugiarse en una potencia superior. Y eran muchos los que querían, como siempre que reina la necesidad; y como siempre, ningún dios escuchaba. O si escuchaba, sonreía y seguía su camino.

Tashmetu no se fue, se quedó. Otros dos dioses se quedaron también…, digamos que tres, el tercero es el señor de la guerra, al que los aqueos llaman Ares y los asirios Ninurta. Awil-Ninurta, el hombre del dios de la guerra, tenía al parecer que seguir a éste.

¿Los otros dos dioses? Ah, Djoser, lo sabes, ¿no es verdad? La diosa del fuego helado y del amor furioso: Helena vino a la ciudad nueva cuando hombres influyentes discutían en ella si debían abrir las puertas a los aqueos. Vino cruzando el río; llevaba consigo al más joven de los dos hijos de Parisiti, al que también llamaban Alejandro, un bebé de cinco lunas.

Yo la vi… Pero ¿qué voy a contarte, si tú mismo la viste en Ugarit? Vino a la plaza en la que deliberaban los hombres; pidió que la dejaran hablar.

Luego habló… Oh, y cómo habló. Su voz fue cálida y suave, boca que acoge al falo que revienta y calma el dolor. Luego fue afilada, látigo bajo el cual todos se doblegaron. Sentía comprensión, dijo, gran comprensión e inclinación por los hombres que querían ver vivir a sus mujeres e hijos en paz en vez de verlos morir en la guerra. Mejor abrir las puertas… ¿De verdad mejor? Pusilánimes, dijo, ¿creían que las espadas de los aqueos que entrasen por las puertas abiertas estarían menos afiladas que las de los guerreros que antes tendrían que abrirse camino luchando? ¿Que el crimen, el incendio y la violación eran más amables cuando los cometía un enemigo cuyas fuerzas no estaban debilitadas por la defensa? ¿Dónde estaban las mujeres sobre las que aquí se estaba discutiendo?

Las mujeres acudieron a la plaza, a cuya sombra habían estado escuchando. Helena levantó en alto a su bebé: éste era el hijo de todos, hijo de cada hombre de Troya, igual que ella era esposa de cada hombre y era todas las mujeres, y cada troyana era también Helena. La lucha sería amarga, pero sólo quien luchara podría ganar; quien se quedara en casa cuando empezara la lucha había perdido ya, porque luchar desarmado es luchar en favor del adversario. Victoria o gloriosa derrota; o derrota sin gloria. Porque en cuanto se abrieran las puertas, las lanzas aqueas profanarían su cuerpo —como el de cada troyana— y despedazarían a su hijo y a los hijos de cada troyano y de todas las troyanas. Dos caminos, dijo: uno llevaba con certeza a un fin ignominioso, el otro quizás a la muerte, pero quizá también a la victoria y a la vida.

En aquel momento el bebé echó a llorar, y ella se abrió el manto. Un manto claro, con bordes rojos, sujeto con un echarpe rojo. El manto se abrió por delante, y Helena no llevaba nada debajo. Llevó al niño a uno de esos pechos, oh dioses, y le dejó beber, y nuestros ojos, todos los ojos bebieron.

Y las mujeres y hombres de la ciudad nueva decidieron no abrir las puertas.

¿La otra divinidad, la segunda? Tú la conoces, Djoser…; tú, rome, tienes que conocerla. He aquí lo que yo pude saber:

En los siglos del comercio —después, del dominio—, la gente de tu país llevaba sus dioses y sus imágenes cuando llegaban a otras ciudades, a Tiro o Sidón, por ejemplo. Entre ellos tiene que haber habido hombres de Shedit, que llevaron consigo imágenes del dios Sobek. El dios del Hapi, que tiene cuatro patitas cortas, la espalda acorazada y unas terribles fauces: el dios al que también se llama Vientre de Cuatro Patas. De algún modo —y no me preguntes cómo, porque no lo sé—, de algún modo entre hombres que no conocían vuestro gran río Yotru o Hapi, ni tampoco al grande y voraz animal del río, se desarrolló a partir de ese dios otro al que llaman dragón y Shubuk y al que dieron, para mayor espanto, largas patas y alas. Quizás incluyeron en el culto del nuevo dios las costumbres del soberano de la ciudad de Tiro, Baal Melcarte: Baal, el devorador de niños.

Los hititas, que aceptan todos los dioses de los países por los que viajan o a los que vencen, otorgaron también derecho de hospitalidad a este dios mixto, aunque sin gran devoción. Sólo uno decidió honrar en adelante a este dios como si fuera casi el único. Ya sabes a quién me refiero: Madduwattas, el Anciano Oscuro de Arzawa, del que no queremos hablar.

En esos días de angustia, muchos troyanos buscaron refugio en los dioses. Y como los viejos dioses se abstuvieron de prestarles ayuda, muchos se volvieron a este o aquel nuevo dios. Entre ellos estaba también Sobek, el dragón Shubuk, y el número de sus adeptos creció. Quizá porque lo que amenazaba la ciudad era más espantoso que lo que se atribuía al dios. Quizá porque Madduwattas, que se proclamaba hijo del

dragón, crecía en los pensamientos y en las conversaciones hasta convertirse en un lejano y poderoso aliado que sin duda traería ayuda si esa ayuda se hacía necesaria.

Nuestra ayuda y nuestro refugio fue Tashmetu. Ella era buenas palabras cuando necesitábamos buenas palabras, y una sonrisa para los desanimados. Administrando la plata sin tocar el oro de Agamenón, se cuidó de que nunca pasáramos hambre. Y al oro de Agamenón le añadió el oro de Príamo.

Un día fue a la fortaleza, acompañada de Leucipe (y yo pude ir con ella); Leucipe se había encargado de que Príamo recibiera a la princesa mercader de Ugarit. Supongo que se dirigió a Paris a través de sus socios para recordarle que en una ocasión, en Ugarit, había sido liberado de su prisión.

Príamo era viejo, viejísimo: un anciano arrugado con ojos que aspiraban al alejamiento sin querer abandonar del todo la vida de maldad. Paris estaba allí cuando entramos en la gran sala; no vimos a Helena, pero Paris aceptó los saludos y el regalo para ella. Me hubiera gustado ver su cara cuando tuvo la joya hecha con huesos de niño, metal y piedras preciosas. Más adelante oí decir que se había reído de forma estridente; no lo dudo.

Tashmetu enseñó al rey las armas: una espada, unas puntas de flecha, unas puntas de lanza. Paris y Héctor, que se sumó al grupo, las encontraron espléndidas, y dijeron que, junto a la ayuda de unos dioses dudosos, las buenas armas (y hombres que supieran manejarlas) eran lo que más necesitaban.

Príamo gruñó ligeramente; después de un rato de regateo, se mostró dispuesto a compensar con oro las armas de hierro. El oro, dijo, estaba disponible en grandes cantidades… No podía compensar las armas con cereales, porque el cereal era en la ciudad aún más escaso que la ayuda de los dioses. Rió sordamente y añadió:

—Si contribuye a la victoria, el oro habrá estado bien gastado; si perdemos, dará igual en qué edificio lo encuentren las hordas aqueas que entren a saquear.

Luego preguntó por Ninurta, con una mezcla de codicia, miedo y esperanza. Tashmetu se mantuvo al borde de la verdad completa: Ninurta había desaparecido, perdido en la confusión de la lucha, quizá preso o muerto. Pero le había confiado un mensaje.

Príamo frunció el ceño y puso la mano en la empuñadura de su espada. Cómo podía ser eso, si Ninurta no sabía nada del mensaje que él le había confiado.

Tashmetu dijo que el señor de Asur no había considerado necesario guardar un secreto que ya no lo era. El muchacho al que se refería había muerto.

Príamo no mostró gran dolor… Un hijo, uno entre más de cien. Un hijo al que apenas había conocido cuando lo entregó siendo un bebé al rey de Asur, rehén y prenda de la amistad o, más bien, de la común aversión al reino de los hititas. Yo contemplaba al rey de los troyanos, ese hombre viejísimo, y no podía imaginar que hubiera podido engendrar otro hijo hacía apenas doce años; Príamo ya tenía que ser

viejo hacía doce años.

Esto, sólo esto, dijo Tashmetu; y Príamo sólo hizo otra pregunta: cuáles eran las intenciones del señor de Asur tras la muerte del chico. Tashmetu dijo que el príncipe Enlil-Kudurri-Ushur haría honor a los acuerdos entre Prijamadu (así le llamó en esta parte de la conversación) y su predecesor en el trono de Asur, y no dejaría de diezmar a los hititas.

Quizá Príamo había esperado una promesa de auxilio; pero no lo dejó traslucir. Aún se negoció un poco: cuándo se entregarían las armas por el oro o cuándo habrían de ser recogidas, dónde exactamente, y otros detalles por el estilo; Héctor se ocupó de eso.

Cuando nos íbamos, nos encontramos con la triste hija de Príamo, Casandra. Su mirada pasó rápidamente sobre nosotros; llevaba un vestido negro como la noche y ceniza en el pelo rojizo. No habló con nosotros, y nosotros habíamos oído lo bastante sobre ella como para no buscar su conversación. Se decía que siempre lo veía todo negro, y eso le había dado fama de gran vidente.

Tashmetu se echó a reír cuando salimos de la fortaleza, y dijo que para eso no hacía falta mucho; dado que en las cosas de los hombres, sobre todo de los troyanos, hacía muchos años que lo tenebroso se hacía realidad, no hacían falta especiales dotes de videncia. ¿Predecir la muerte, que a todos alcanza? ¿La enfermedad, que vendrá tan cierta como la próxima puesta de sol? ¿Las matanzas, en una guerra? En verdad, un vidente que al principio de una guerra profetice que no habrá una carnicería podrá sin duda preciarse de tener una lengua de oro, pero no tiene ni idea de las guerras…

Unos días después vinieron hombres de la guardia personal de Héctor; trajeron cajas que sólo abrimos cuando nadie podía observarnos y se llevaron las armas.

Así que ahora estábamos en la parte nueva de la ciudad sitiada sentados encima de un inmenso tesoro que no valía nada, porque en toda Troya no hubiéramos podido comprar nada de valor Con él. Lo mismo podíamos, dijo Tsanghar, tirar al Simois los alrededor de noventa talentos de oro.

Después, no mucho después, demasiado pronto, lloré por no haberlo hecho. Sobre todo una pieza del tesoro… Entonces yo era un chiquillo, Djoser; he creído realmente que sin esa pieza y lo que ocurrió con ella la desgracia no hubiera caído sobre la ciudad.

Hoy sé lo que Tashmetu ya sabía y decía entonces. Ulises había ideado otra cosa; la obra de arte de oro era un auxiliar, nada más, y si hubiera yacido en el fondo del Simois el de Ítaca habría venido sin duda con otra cosa.

Así, finalmente, el dragón devoró al león; pero tú ya conoces esa parte de la historia.

14. FLECHAS NEGRAS

Por vez primera desde que estaban en la ciudad llovió un poco durante la noche; lo suficiente para echar de la azotea a los durmientes, pero no lo bastante como para poner a prueba la azotea. Poco después de salir el sol, Ninurta volvió a subir a ver lo que el día les traería. Llegó a tiempo para ver esfumarse los fuegos del campamento de los aqueos, que salpicaban la llanura, en una niebla cada vez más espesa.

Tashmetu desaprobaba su proyecto de salir de la ciudad nueva; quería ver con los otros el singular combate desde la muralla.

—¿Qué esperas? —dijo el asirio—. Ambos bandos se encargarán de que nadie se atenga a lo acordado. Estaremos de vuelta a tiempo, no te preocupes.

Tashmetu sopló el cuenco de cerveza, muy caliente y aguada, en la que flotaban granos de cereal.

—Ojalá Tsanghar sea lo bastante fuerte como para disuadirte de dar frívolos paseos.

—He sufrido ciertos debilitamientos —murmuró Tsanghar—. Malestares del cuerpo, en cierto modo, y depresiones del ánimo. Entretanto ella habla de matanzas y ruina como si eso aumentara su placer.

Había pasado la noche con Lamashtu; la babilonia no se dejaba ver.

—Todo está de bote en bote ahí fuera —dijo Corinnos, que se había arriesgado a ir hasta la plaza—. Todos quieren mirar; cuando se dispersen todo habrá terminado.

Ninurta se puso en pie e hizo una seña a Tsanghar.

—Entonces iremos por los tejados. Hasta luego, querida. Sigue siéndome propicia, aunque no siga tus consejos.

Tashmetu esbozó una sonrisa de disgusto. El luminoso laberinto de los tejados se correspondía con el más oscuro del suelo. Tuvieron que volver sobre sus pasos en varias ocasiones, porque habían ido a parar a callejones sin salida: tejados desde lejos adosados en realidad estaban tan separados que no se podía saltar de uno a otro. En una ocasión provocaron la ira de unos grajos, que levantaron el vuelo con estrépito en una azotea; en varias ocasiones tuvieron que abrirse paso entre trastos, en medio de talleres o en repletos dormitorios.

—Eh. Hum —dijo Tsanghar en un momento dado, cuando acababan de dejar atrás una frágil pasarela, respetable por los años que unía dos tejados.

—¿No podrías expresarte con más precisión?

El gasqueo se chupó un pulgar.

—Una astilla —murmuró—. Lamashtu.

—¿Lamashtu es una astilla?

—Algo así. Sabes, en realidad… —No siguió hablando.

Ninurta trepó a un muro de media altura, que dividía una azotea sin razón aparente.

—Sé que me odia —dijo mientras trepaba.

—Oh, no, eso sería demasiado. Sin duda recuerda con placer alguna que otra noche en las montañas. Pero… digamos que no entiende y desprecia lo que no entiende.

—¿Mi contención en el manejo de los cuchillos?

Tsanghar rió en voz baja.

—¿Contención? Sí. Cree que tendrías que haber matado a Djoser.

—Si quisiera matar a cada hombre que duerme con la mujer que no debe no me quedaría mucho tiempo libre y el mundo estaría bastante despoblado.

—Empieza por Parisiti y Helena, para poner fin a esta tontería. —Silbó, desafinando; luego, prosiguió—: Demasiado blando, dice; no puedo disuadirla… Aún no. Quizá lo consiga con el tiempo.

—¿Piensas intentarlo mucho tiempo?

—Nosotros… Oh, no lo sé.

Acababan de llegar a una casa con una escalera exterior, al lado de la torre occidental de la puerta. Mientras descendían, el gasqueo dijo:

—Bueno, Lamashtu y Tashmetu bajo el mismo techo. Y tú. Y piensan abrir un taller con herbolario. Todo bastante confuso.

—¿Qué tiene Tashmetu que ver con eso?

Tsanghar se detuvo al pie de la escalera y se rascó la cabeza.

—Hay algo siniestro… en Lamashtu, quiero decir. Te desprecia… un poco, de algún modo. Los otros apenas le preocupan, salvo Tashmetu; a ella le gustaría despedazarla. Dice que no tiene nada que ver contigo, pero yo no acabo de creérmelo. Algo siniestro. —Apretó los labios—. Para ella las hierbas solamente son medios para destruir algo, nada para curar, o simplemente para dar sabor. Casi como si… como si sólo se sintiera bien cuando es parte de algo feo, y por eso hay que destruir todo lo hermoso o sano antes de que pueda respirar. Algo así. No sé. Y Tashmetu es para ella, en cierto sentido, la encarnación de aquello que ha de ser destruido.

—Que tenga cuidado. Tashmetu tiene las garras muy afiladas.

—Una cosa más. —Tsanghar resopló ligeramente y cogió a Ninurta por el brazo. Parecía ligeramente turbado—. Yo, eh, bueno, esta última noche, no conseguí nada, vaya, no pude; y ella dice que a ti también te pasó un par de veces, y que quizá sea culpa suya, y…

Ninurta hizo una mueca. A su alrededor, los habitantes de la ciudad nueva se apiñaban a la puerta, y él y Tsanghar estaban allí, hablando.

—Ha sido esclava demasiado tiempo, ha sido tomada con violencia y no tiene ni idea de que en condiciones normales se es normal. ¡Ahora ven de una vez!

Tsanghar se detuvo.

—También dice que quizá se deba a que ha vuelto a sentir un aliento frío, sabes, como entonces en Ugarit, antes de que fueras atacado. Quizá… quizá no debiéramos salir.

El asirio alzó las manos por encima de la cabeza y volvió a dejarlas caer.

—Oh dioses… ¿El aliento helado de la diablesa de la fiebre? ¿Qué más?

—Al contrario que antes, ahora encuentra ese aliento… agradable.

Ninurta arrastró consigo al gasqueo; encajados en la masa, fueron llevados fuera de las puertas.

—Una cosa más. —Ninurta rió entre dientes—. En lo que concierne a que os acostéis juntos, muchacho… ya eres lo bastante mayor, tienes manos hábiles y una rápida lengua. Así que, ¿qué importa? Me importaría mucho más saber por qué ha venido. Quiere descuartizar a Tashmetu, me desprecia, ¿por qué se trae esa bebida, en vez de quedarse en la isla?

—Dice que se aburría demasiado. Quiere estar donde suenen las espadas y corra la sangre.

—Ah. Eso será pronto.

Poco a poco la niebla fue levantándose; los contornos de las lejanas edificaciones del campamento de los aqueos eran meros trazos sombríos. Decenas de miles de hombres tenían que estar en camino, calculó Ninurta… los guerreros de los asaltantes, los defensores armados y sus aliados, al menos la mitad de los demás habitantes de Troya y más de la mitad de los de la ciudad nueva. Se apiñaban en la orilla del Escamandro; algunos chapoteaban en él para llegar al campo previsto para el combate y verlo todo de cerca. Aparecieron combatientes troyanos y los llamaron; pocos volvieron, pero aun así los guerreros lograron impedir que el resto de los mirones cruzara el río.

Ninurta y Tsanghar estaban ya en la orilla occidental. El río, en todas partes superficial y recorrido en otros tiempos por barcos fluviales y gabarras sin calado, tenía aquí un vado; el agua les llegaba a los hombres hasta el pecho.

Los primeros a los que encontraron fueron los sardanios de Khanussu, que caminaban tranquilamente hacia la orilla, con los arcos sin tensar, pero los carcajs abiertos.

—¿Qué pretendéis, amigos? —dijo Ninurta.

Khanussu sonrió al verlo.

—Ah, el noble asirio. ¿Qué pretendes tú? ¿Y el gasqueo también? Bienvenidos.

—Queríamos ver cómo los troyanos y los aqueos se atienen a los pactos.

Algunos de los mercenarios rieron.

—Precisamente por eso estamos también aquí. —Khanussu señaló la multitud al otro lado del Escamandro—. Con un ojo miraremos cómo Menelao y Paris averiguan

cuál es el más tonto de los dos, y con el otro cuidaremos de que nadie se cuele en nuestro campamento mientras todo el mundo mira el combate.

—Sabia medida. ¿Quién la ha ordenado?

—El propio rey. Agamenón está un poco nervioso, y no sólo porque se trate de su hermano pequeño.

Aqueos del norte, troyanos y aliados del sur avanzaban por la llanura. El espacio entre los ejércitos se hizo más estrecho, hasta que finalmente sólo quedó una especie de pista de batalla de quizá veinte pasos de anchura y cien de longitud. Ninurta, Tsanghar, Khanussu y uno de los guerreros de ojos rasgados, con los que hasta ahora Ninurta no había podido intercambiar nunca una sola palabra (gestos sí, y gruñidos, nada más), estaban sobre una colina medio juncosa, medio arenosa, al lado de la orilla.

Ninurta vio a Agamenón, que al parecer dirigía una pequeña alocución a una tropa escogida; no mucho más lejos, Ulises paseaba con las manos a la espalda. Diomedes estaba allí, Áyax el locrio y Áyax el telamonio; todos los caudillos y sus hombres llevaban armas y armaduras, como estaba previsto: en honor de los dos combatientes y de los dioses.

Al otro lado, entre los troyanos, no se podían pasar por alto las pujantes figuras de Héctor y Eneas. Los sacerdotes se habían retirado ya, igual que Príamo… El sacrificio de un cordero, la mezcla de sangre de la víctima con vino, la invocación a los dioses, hacía mucho que todo se había realizado. Príamo y Agamenón habían pronunciado sin duda sagrados juramentos que no afectaban a Ninurta, ya que no creía en los dioses a los que se invocaba ni en las nobles intenciones que quedaban selladas con el juramento.

—¿Cómo será? —preguntó.

El sardanio guiñó un ojo.

—Decente, ¿cómo si no?

—Eso en cualquier caso. No, me refiero a los detalles… ¿Qué han acordado? No he oído más que rumores.

—Bueno: Menelao y Paris lucharán. Si Paris gana, los aqueos se retirarán. Si Menelao gana, los troyanos devolverán a esa divina puerca y pagarán los gastos de la guerra.

Ninurta se atragantó con su propia saliva; tuvo unas arcadas, tosió y rió al mismo tiempo.

—¿Se lo cree alguien? —dijo al fin.

Khanussu escupió.

—Sugerente entretenimiento para los guerreros —dijo Ninurta a media voz—. Se le ocurrió a Ulises, ¿no? ¿Qué ambiente hay en el campamento?

Tsanghar le tiró de la manga.

—Mira.

Señalaba el centro de las filas aqueas, donde se estaba abriendo un pasillo. Unos jinetes se aproximaban al campo de batalla…, escitas con puntiagudos capacetes de cuero y extraños tubos de paño que cubrían el vientre y las piernas. Llevaban los arcos tensados. Un carro de guerra (si Ninurta no se engañaba, Diomedes acababa de subir a él) les cerraba el paso, y fue guiado hacía un lado.

—¿Qué pasa con eso?

Tsanghar frunció el ceño. Ninurta gimió.

—¡Oh, no, ahora no, otra vez no!

—¿Qué ocurre? —Khanussu miraba alternativamente a Tsanghar y al asirio.

—Conozco la expresión de esa cara… Se le está ocurriendo otra posibilidad de hacer más sangrienta la guerra con uno de sus inventos.

Tsanghar rió.

—Qué bien me conoces, señor. Pero ya que no quieres oírlo…

—Después… ¿Qué pasa con el ánimo de los hombres?

Khanussu sacó una flecha del carcaj, volvió a meterla, y acarició las plumas de una segunda.

—Bueno o malo, según se vea. Nos hemos sentado con los troyanos y hemos bebido y cantado, y por eso la gente se pregunta por qué tienen que abrirse unos a otros la tripa que se acaban de llenar juntos. En lo que concierne a llenarse la tripa… ahora se han matado y comido casi todas las reses, y unos cuantos caballos inútiles también.

—Ah. —Ninurta asintió—. Ya estaba preguntándome por qué hay tan pocos carros de guerra.

—No saben manejarlos. Incluso los han fabricado en metal… son preciosos, pero demasiado pesados. Las ruedas se hunden en el barro y los caballos no pueden sacarlos. O por lo menos sólo muy despacio. Los de ahí dentro saben cómo se hace. —En tono apenas audible, añadió—: Pero no va a servirles de mucho.

Ninurta vio los huecos entre los troyanos, huecos por los que ahora pasaban carros, con dos hombres en cada una de las ligeras cestas: un conductor y un arquero.

—¿Por qué no? ¿Se os ha ocurrido algo?

Khanussu señaló con la mandíbula al gasqueo.

—¿Crees que el chico es el único al que se le ocurren cosas nuevas?

Los dos hombres que debían decidir la guerra que había estallado por su causa. Parisiti, al que los aqueos llamaban Paris o Alejandro, saltó de uno de los ligeros carros troyanos. Se detuvo en silencio unos instantes, recorrió con la vista sus propias filas y se volvió luego hacia el ejército de su adversario. La conversación, los murmullos, los gritos, todo se extinguió; un silencio agobiante se hizo sobre el campo; otra especie de niebla, pensó Ninurta.

No había entusiasmo alguno entre los troyanos.

Miró al troyano, desde lejos, y recordó Ugarit, el aposento de Keret, la rápida presa en la muñeca de Parisiti. El hijo del rey no parecía haber cambiado… visto de lejos. Grande, robusto, más bien delgado; Ninurta estaba dispuesto a apostar que las noches pasadas con Helena habían formado arrugas en el rostro y en el resto de la piel. Paris no era un poderoso y macizo gigante…, no era un Áyax, un Aquiles o un Héctor; por su constitución, tenía más en común con gentes como Agamenón o Ulises. Ahora se volvía hacia el carro; un ayudante le alcanzó unas espinilleras.

Menelao. Ninurta nunca le había visto de cerca. El espartano se parecía al troyano: alto, fuerte, pero no macizo. Sobre el resto de las similitudes, que se manifestara Helena.

La sonrisa desapareció cuando Ninurta alzó la vista. Ahí estaba ella, sobre una pequeña elevación, no muy detrás de las primeras filas de los troyanos. Hablaba con un hombre que se había echado el casco hacia la nuca y ahora se volvía sonriente.

Pándaros: un famoso arquero; pero los troyanos tenían muchos arqueros.

—¿Qué hacen vuestros aprendices? ¿Se las arreglan con los arcos?

Khanussu bamboleó la cabeza.

—Va marchando. Ah, esto ya no puede tardar mucho.

Menelao se había sujetado las espinilleras; alguien le alcanzaba la coraza. Paris parecía ya dispuesto; tiraba del cinturón, del que colgaba una larga espada, y luego cogió una lanza del carro.

—Tengo que acercarme —dijo Ninurta—. Quiero verlo con detalle. Tsanghar, tú te quedas aquí, ¿me oyes?

El gasqueo asintió.

—Ni veinte leones me harán acercarme. Pero ¿es inteligente, señor?

—Ni señor ni inteligente. Hasta ahora.

Ninurta descendió la pequeña colina. Khanussu, que había estado hablando con uno de sus hombres, se volvió y gritó:

—¡Ninurta… señor… asirio, quédate aquí! Es…

Pero entonces empezó el griterío; Ninurta no oyó lo que el sardanio seguía diciendo. Se abrió paso entre las filas de los aqueos hasta donde, hacía un momento, había visto a Ulises. De vez en cuando atisbaba, por entre los huecos que se abrían y cerraban, el campo de batalla, donde Menelao y Paris se amenazaban y esgrimían sus armas.

Por fin alcanzó al de Ítaca y le tocó el brazo. Ulises se sobresaltó y llevó la mano a la empuñadura de la espada… la de una larga y fina espada de acero.

—¡Ninurta! —Por un instante el asirio creyó ver inquietud o incluso miedo en el rostro del aqueo—. ¿Qué haces tú aquí? No deberías estar aquí. Va a ser peligroso.

Paris arrojó su lanza. Menelao levantó el escudo. Los gritos ahogaban cualquier

sonido procedente del combate; aun así, Ninurta imaginó oír el sordo crujido con el que la lanza atravesó las capas de cuero y bronce.

Menelao tiró. También Paris atrapó la lanza con el escudo, pero estuvo a punto de caer… Toda la furia del primer esposo de Helena debió de acompañar al lanzamiento. Menelao trastabilló, a punto estuvo de caer por su propio impulso, se quedó de pie, sacó la espada y se lanzó sobre el troyano, que no pudo tirar el escudo y sacar su propia arma con la suficiente rapidez. Un tremendo mandoble alcanzó su casco desde arriba, resbaló, terminó en el hombro; Paris cayó de rodillas. Menelao dejó caer la espada, cogió el casco de su adversario y empezó a tirar y retorcer el casco y la cabeza. Paris se retorcía como una serpiente, pero no podían pasar más de unos instantes antes de que las cintas del casco le ahogaran o Menelao le partiera el cuello.

Pero ocurrió otra cosa, la tercera posibilidad, en la que Ninurta no había pensado. Las cintas se rompieron, Menelao se quedó con el casco en la mano y trastabilló al faltarle de pronto peso y resistencia. Paris se puso en pie, saltó a coger la espada, que mientras él se retorcía había saltado de la vaina, la agarró, se volvió con la rapidez del rayo y se precipitó hoja en ristre sobre el espartano.

Dos flechas. Una, si Ninurta no se equivocaba, de uno de los escitas a caballo: un negro trazo de la muerte que (abrupto silencio alrededor) golpeó sordamente la coraza de Parisiti, sobre el pecho derecho. La segunda flecha vino de Pándaros, penetró en la hebilla del cinturón de Menelao, se quedó clavada. Ambos luchadores se tambalearon.

Diomedes, en su carro, extendió el brazo; sostenía una lanza en la mano.

—¡Traición! —bramó; su gruesa voz corrió como un reguero de fuego por el campo de batalla—. ¡Ofenden a los dioses! ¡Matadlos… a todos!

Los escitas a caballo y todos los demás arqueros de las filas aqueas actuaron con tanta rapidez que Ninurta no pudo creer ni por un instante en la sorpresa y la ciega obediencia a la orden de Diomedes. Y mientras las flechas cruzaban el aire, lentas, como petrificadas, como si los ojos del asirio vieran una sección ampliada de los acontecimientos, por el otro lado cinco veces más flechas salieron de las cuerdas de los arcos troyanos, licios y frigios, esforzándose en ascender la ladera por el aire.

La granizada de flechas cayó, rápida y mortal, sobre ambos bandos. Ulises tiró al suelo al asirio y gritó:

—¡Cómo vienes desarmado, idiota!

Ninurta se quedó tumbado, medio aturdido; vio delante de él derrumbarse a un aqueo y morir en el suelo entre estertores, se arrastró hacia él, dirigió toda la energía de sus pensamientos a sus dedos, que cogían las cintas y cinturones de la coraza, la espada y la lanza… Oh no, se había roto bajo el hombre caído. Pies. Una miríada de pies, y él no podía levantar la cabeza para ver si encima había piernas, quizá también cuerpos. Rodillas que le embestían, que volvían a derribarlo, pies que le pisaban; oyó

el entrechocar de las armas, gritos, alaridos de furia, aquí y allá el chillar de los heridos, luego tuvo por fin la espada en la mano y la coraza del caído, al que la flecha le había atravesado la garganta. Tras él volvió a oír la voz de Ulises, que decía casi sorprendido, casi como en un sueño relajado y ocioso:

—Ven, déjame ayudarte, mercader. No sé por qué me tomo la molestia…

Mientras los dedos de Ulises ajustaban y ataban las cintas, el asirio recordó que él no tenía nada que ver con esta guerra. Que él, si acaso, deseaba una rápida victoria de los troyanos y una derrota de los aqueos. Entonces se puso en pie, notó que alguien —¿Ulises?— le ponía el casco del muerto, vio acercarse un carro de guerra de los troyanos, vio a un par de aqueos que se agachaban y atacaban no el carro, ni al conductor, ni al arquero, sino que abrían con las espadas las panzas del caballo. Y gritó cuando la ardiente ola ascendió en él y se derrumbó a la vez sobre su cabeza. Gritó de gozo y sin control, cuando se lanzó con sus hermanos de armas aqueas contra la marea de lanzas y espadas troyanas.

Recordaba la granizada de flechas; y que Ulises le había empujado o tirado de la ropa para que no fuera alcanzado. Los pies de los aqueos al ataque, que le pisotearon hasta que fueron rechazados; pero para entonces él ya estaba de pie, con el arma de un caído. ¿Cuánto tiempo podía haber durado? ¿Cómo había llegado a tener esa arma, esa coraza y ese casco?

Todo era un confuso sueño febril. Quizá los príncipes, sobre sus carros, tuvieran una especie de visión de conjunto; Ninurta sólo sabía que le dolían todos los miembros. Tenía ganas de vomitar y, asombrosamente, no tenía herida alguna. Durante horas la lucha había estado indecisa; mareas que iban y venían, fango, golpes, jadeos y segura derrota. La puesta de sol había puesto fin a la carnicería. Por el momento.

Después hablaron de las grandes cosas que habían visto y hecho y sufrido. Néstor, que había ordenado a sus guerreros atacar con los carros de guerra los vehículos troyanos y no arrojar la lanza, sino embestir… Pobre Néstor, al que nadie había escuchado. Había pocos carros de guerra aqueos, y todos sabían, desde el primer encontronazo nada más desembarcar, que las jabalinas eran demasiado cortas para alcanzar al adversario. Los pocos carros sirvieron como plataforma para los generales o, en el mejor de los casos, como plataforma móvil para los arqueros. Los guerreros habían atravesado la cabeza a renombrados troyanos, naturalmente y sin excepción hijos de Príamo; Áyax había abierto el pecho a un hijo del príncipe, y había clavado a uno u otro adversario la lanza desde la mandíbula, cosiéndole la lengua al paladar; al príncipe Diores una piedra le machacó el tobillo y los tendones, haciéndole caer, y el troyano Pirous, que había lanzado la piedra, le abrió el vientre con su lanza, haciendo que las humeantes serpientes de sus intestinos volaran sobre el campo de batalla; el etolio Thoas alcanzó a Pirous con su lanza y le abrió la tripa con su espada, para ser a

su vez abatido con largas lanzas por los tracios a los que Pirous mandaba. Alguien habló de las ondulantes melenas de los tracios, que pretendía haber visto aunque admitía que también ellos llevaban casco…

Ulises quiso llevarse al asirio con los príncipes, pero Ninurta prefirió quedarse con los sardanios, que recibieron de Ulises la orden de no dejarle huir cruzando el río. «No queremos que mañana combata tan bravamente contra nosotros como hoy lo ha hecho contra los troyanos, ¿verdad?».

Khanussu dijo que al principio de la batalla había tirado al agua al joven gasqueo; Tsanghar había llegado sano y salvo a la otra orilla, y vivía. Los mercenarios habían guardado la orilla, rechazado con flechas a los troyanos, arrancado de los caídos los insustituibles proyectiles, recogido las armas y armaduras de los muertos.

—Buen día. —Era uno de los extranjeros con los que Ninurta no había hablado nunca, porque no entendían ninguna de las lenguas con las que él estaba familiarizado. Al parecer, al menos ese hombre entendía un poco de aqueo. Hizo un guiño con sus rasgados ojos—. Buen día —repitió, con énfasis—. Buena lucha y gran botín, ¿eh? —Dio una palmada a una coraza troyana que había a su lado, y en la que la luz del fuego se quebraba con reflejos dorados.

—¿De dónde vienes?

El hombre señaló hacia la noche, hacia algún lugar más allá de Troya.

—Muy, muy este. Montaña y desierto, estepa y montaña, ¿sí? Luego alta montaña con blanco. Luego estepa y arena. Invierno helado, verano ardiendo. Tierra verde… ah, maravillosa tierra verde. Vivir bien, pero matar aquí mejor.

En un momento dado, Ninurta se puso en pie tambaleándose; tenía que haberse quedado dormido. Algo le había despertado y le hizo sobresaltarse. Nada externo, al parecer; la mayoría de los mercenarios roncaban; uno de los extranjeros estaba sentado allí, con la curva espada sobre las rodillas, mirando fijamente la oscuridad y moviendo sin ruido los labios.

Khanussu no parecía haber dormido; se levantó sin esfuerzo, ágil, y puso una mano en el hombro del asirio.

—No estarás pensando en marcharte, ¿no?

Ninurta negó con la cabeza.

El sardanio le contempló. Entretanto había salido la luna… una luna de verano casi llena, en una cálida noche.

—¿Tu primer combate?

—Nada de combate. —Ninurta hablaba bajo, con voz quebradiza—. He combatido a menudo. La primera batalla…

Khanussu suspiró.

—La recuerdo. Es espléndido, ¿verdad? Vuelas, arde oro líquido en tus venas, la inmortalidad es palpable. Y luego te sientes como… —Levantó una mano y la agitó

en el aire, como si tuviera que buscar y atrapar las palabras, y añadió—: Como… ¿si hubieran despedazado tu alma y la hubieran peinado a contrapelo con un cepillo de púas y la hubieran vuelto a montar mal?

Ninurta asintió.

—Entonces es malo estar sentado. Ven, caminemos un poco. Por todas partes se alzaban del suelo nieblas nocturnas como estandartes de humo. Pesados pájaros aleteaban sin moverse del sitio; algunos graznaban cuando los hombres se les acercaban demasiado, A ellos y a aquello sobre lo que se posaban; oscuros abombamientos, abortos expulsados por la tierra. Negras figuras vagaban, resaltadas por la luz fantasmal de la luna…, contornos como filos, lúgubre borrón el resto del cuerpo. Algunas sostenían chisporroteantes antorchas, que bailaban como barcos naufragados y en llamas y se tambaleaban cuando sus portadores se inclinaban a recoger algo.

Khanussu llevaba la espada desnuda en una mano, y la lanza en la otra.

—¿Para qué las armas?

—Si vamos a caminar… Nadie va a atacarnos, pero quizá los redentores aún no hayan estado en todas partes.

—¿Redentores? —Entonces comprendió y dijo—: Sí.

Caminaron y charlaron… hasta que Ninurta calló y sólo habló el sardanio, en voz baja, como si contara un sueño que acabara de terminar, y quebrara toda palabra en alta voz. En una ocasión Khanussu guardó silencio por un tiempo, tras haberse detenido junto a un cuerpo que se movía y gemía débilmente. El sardanio se inclinó hacia el hombre.

—¿La mano o la espada, hermano?

Apenas audible, eco de un lejano golpe de viento, llegó la respuesta.

—La espada… y gracias, hermano.

Ninurta se forzó a mirar hasta que el estertor terminó y Khanussu se incorporó. Siguieron caminando en silencio, hundiéndose hasta los tobillos en la niebla del suelo, que cubría ahora la llanura y los cuerpos. Como demonios, se veía caminar aquí y allá a hombres sin pies, algunos sin piernas, que se inclinaban, recogían objetos, tiraban de pesados botines —una coraza dorada quizás, un tahalí dorado, un valioso cinturón— entre la temblorosa nada. Mucho más allá, más intuidos que vistos, dos buscadores de tesoros disputaron; las espadas entrechocaron, y un débil grito de queja reveló que el número de los caídos había aumentado.

—También los muertos hacen hijos —gruñó Khanussu.

Luego habló de los redentores, que en algunos ejércitos se elegían por sorteo, en otros eran una tropa fija, la mayoría de las veces formada por aquellos que se ocupaban de sus propios heridos, aún curables; y contó, en voz baja, lo que otros le habían contado de la batalla. Un susurrar de espíritus sobre la niebla fantasmal bajo la

luna del dragón, pensó Ninurta; oyó hablar de la herida en el vientre de Menelao y de las arengas de Agamenón a los distintos grupos de combatientes, de la locura de Diomedes, que debía haberse imaginado que combatía contra los dioses, había abatido innumerables troyanos y en todos creía vencer a Ares; del poderoso Héctor, que llevó el espanto a las filas de los aqueos; los hombres gritaban llamando al más fuerte de entre ellos, Aquiles, pero éste se sentaba cavilando y gruñendo sordamente en su tienda, gimoteando, ofendido, por una mujer, mientras los otros morían en la guerra de otra mujer; de la desaparición de Paris, que fue inencontrable; de Menelao, recién vendado, buscando a Paris ciego de furia… y viendo cómo Áyax clavaba al tracio Acamas su lanza de bronce en la frente, cómo Diomedes bramaba «¡Ares!» y abatía a Axilos, cómo Eurílalo mataba sucesivamente a Ofeltio, Pedaso y su hermano gemelo Esepo, y Ulises a Pidites y Antíloco a Ablero… y Menelao seguía buscando a Paris, bramando furioso, y encontraba a uno llamado Adresto que se le parecía, y el espartano alzaba su lanza para clavarla en el tambaleante Adresto, que rogaba por su vida y prometía riquezas, y Menelao dejaba caer la lanza, conmovido por las súplicas del troyano, pero luego venía Agamenón y gritaba: «¿Así de blando, hermano? ¿Por qué preocuparse por un enemigo? ¡Ah, ninguno de ellos debe escapar a nuestras manos, ni un solo niño que viva aún en el seno materno, ni una madre, hasta que Ilios entera esté extinguida, hasta que no queden ni lágrimas para regar las tumbas!».

Agamenón clavaba su lanza en el costado de Adresto, se acercaba al pecho jadeante y arrancaba el arma de la carne. Néstor, rejuvenecido en el baño de sangre y con la mente clara, ordenaba a sus guerreros no arrancar las armas y la armadura a cada uno de los caídos, sino matar, matar, matar y aplazar la recogida y clasificación del botín. Diomedes, despertado de una locura para caer en otra: en el campo de batalla, se sentó con el troyano Glauco, que había sido de niño su amigo; hablaron de sus abuelos y acabaron intercambiando las armaduras: la de Glauco era de oro, y valía cien bueyes, la de Diomedes de bronce, por valor de nueve reses.

Susurrar de espíritus. Espíritus de batallas anteriores en las que Khanussu había tomado parte. Espíritus de campañas, de rapiña y de saqueos, espíritus de historias de sus antepasados. A esos espíritus se añadieron otros, y si Ninurta cerraba los ojos los veía flotando por el campo entre la niebla y la luna: la antorcha que era su padre, la madre, desollada y empalada y misericordiosamente insensible por la locura, la mujer salvaje con los ojos de Helena; un mercader rome abatido en una disputa en una taberna portuaria, y su espíritu alzando quejumbroso la rota copa; mezclados y hermanados e indisolubles los espíritus (¿o sólo uno?) de los troyanos que había matado ese día, un año antes o sólo mañana, los otros, y el afilado goce de la espada al penetrar, y saber que hermanos —queridos hermanos, nunca vistos y más familiares y próximos que cualquier amante— están junto a él y tras él y a su alrededor y le guardan las espaldas con su vida, y el batir de alas del águila, en el

profundo interior, y la sangre que hierve, el alma entera en golpe y grito y júbilo. Abruptamente la mueca del llanto, que es miedo angustioso y bilis en el cuello que desciende por las piernas, el espíritu del mar de los gemidos y la bahía del lamento, en la costa del grito.

Abrió los ojos cuando oyó una voz ronca y rasposa. Habían caminado describiendo un gran arco por el campo de batalla, chapoteando hasta allá donde los guerreros troyanos caminaban entre la niebla (pero en la noche después de la batalla no hay adversarios, sólo iguales, sólo hermanos), y de vuelta, más lejos, más allá del río, casi hasta los muros del campamento aqueo. Ante ellos apareció un hombre, vestido únicamente con una sucia y empapada faja en torno al vientre; en la mano derecha Menelao sostenía un cuchillo, el brazo izquierdo oculto por la cabeza de un cordero: las mandíbulas le llegaban más arriba de la muñeca, y por el cuello salían como serpientes los dedos del rey de Esparta. El cráneo estaba abierto; un poco de masa cerebral, prendida en la barba como en un cedazo, era perseguida y atrapada y llevada por la lengua al sorber y tragar de la boca, que apestaba a vino y a vómitos. Los ojos («extraño —pensó Ninurta— ver de noche tales ojos») pegados al puente de la nariz; eran brillantes, y se apagaron abruptamente cuando Menelao los cerró. Eructó y vaciló y repitió lo que había abierto los ojos de Ninurta:

—¿Habéis visto a Paris? ¿O a Helena?

Una voz gruesa, ronca y rasposa de muerte y carnicería y órdenes y sagrado aullar. Una voz sucia, pegajosa, como la barba y el pecho peludo, los bultos de los músculos de los brazos, la venda, las piernas desnudas y el falo poderoso, hinchado, latente. Los ojillos brillaban.

—No, señor, no los hemos visto —dijo Khanussu.

—Ah. —Menelao alzó el brazo izquierdo, chupó el cráneo abierto del cordero, gruñó y dijo—: Con la herida del vientre no podría yo, ni a él ni a ella… —El brillo de los ojos se extinguió, el falo se le puso fláccido; Menelao se volvió hacia las colinas costeras, que emergían oscuramente entre la niebla. Ahora flotaba, con los pies invisibles, se hacía más oscuro, parecía disolverse; volvieron a oír la voz que rugía el nombre de una mujer, el de la única mujer, quizá también el de todas las mujeres en la tiniebla de los dioses y de los hombres: HELENA; sonaba como el grito de muerte de un toro sacrificado.

Corriente arriba, en la orilla occidental del Escamandro, negociaban en la mañana los heraldos de Agamenón y Príamo: puntos negros en el verde revuelto, rodeados de las relucientes puntas de lanza de las tropas de escolta. Armisticio por un día, se decía; ambas partes debían poder recoger a los caídos, quemarlos y enterrarlos.

—Mejor así. —Khanussu arrugó la nariz—. No sólo por las tranquilas solemnidades… Hace calor, y según sopla el viento aquí los de la ciudad también lo estarán oliendo.

—¿Qué hacemos nosotros?

Khanussu rió y dio una palmada en el muslo del asirio, sentado junto a él con los pies en el río.

—¿Nosotros? Nosotros pasaremos aquí el día, muy tranquilos, ¿y sabes con qué? ¡Con razón!

Al parecer Agamenón no era de la misma opinión. Le parecía más adecuado disponer las cosas de otro modo. Patrullas de todas las unidades del ejército aqueo, repartidas por ciudades y tribus, recibieron el encargo de recoger a sus propios caídos y reseñar sus nombres. Difícil tarea, ya que ni con mucho todas las unidades disponían de alguien que supiera escribir. Los mercenarios, que habían guardado la orilla del río y sólo en una ocasión habían rechazado a unos infantes troyanos infiltrados, eran quizá la única unidad sin pérdidas; por eso (y porque durante el armisticio no había que guardar el río) fueron desplazados al extremo occidental del campamento, para vigilar y atender a los prisioneros.

—Podría ser que en algún sitio estalle una alegría satisfecha —dijo uno de los mercenarios, un libu—. Sería muy malo para la combatividad.

Los compañeros que tenían que vigilarle tenían que cargar con todos sus enseres, además de con el botín de la batalla; Ninurta sólo llevaba armas, armadura, una bolsa con cereal y tasajo y una manta. En cualquier caso, las armas incluían un arco con su carcaj, regalo (¿u obligación?) de Khanussu. El asirio retrasó cuanto pudo la partida, pero su esperanza de ver al otro lado del río a alguien a quien poder gritar un mensaje no se hizo realidad.

La miserable situación de intendencia del ejército no facilitaba el trabajo en los apriscos de los prisioneros. Un azote aturdidor e incesante que restaba fuerzas, socavaba el sueño y agotaba el ánimo; una paralizante cadena de escalones iguales, que eran los innumerables días y noches y que se convertían en lunas. Casi cuatro lunas hasta que volvió a pisar la ciudad nueva; pero también podrían ser cuatro siglos, y Ninurta pronto dejó de valorar las salidas y puestas de sol, porque no eran más que fuego y tortura, apenas aminoradas por breves derramamientos de las numerosas nubes del estrecho.

Ya el primer día se enteró de muchas cosas. Hacía mucho que todas las reses se habían sacrificado, igual que los caballos sobrantes. Ya no había cerdos; la cabeza de cordero en el brazo de Menelao le parecía una aparición nocturna. También los príncipes vivían de vino agrio diluido, de grano ablandado en agua, de escasos restos de tasajo y pescado seco. Después de la batalla, se decía, se había visto a algunos hombres asando al fuego pantorrillas y otras partes de los caídos. Aparte de eso, ni siquiera la cantidad de caídos —casi dos mil aqueos, se decía— representaba mucho; los encargados de la intendencia no pensaron en repartir más a los otros, sino en almacenar más. Las patrullas que recorrían los alrededores regresaban con las manos

vacías; cuando se arriesgaban a entrar más al interior, a veces traían un poco de fruta y trigo, así como carne de animales, sacrificados y asados nada más atraparlos. Pero a menudo esas tropas no regresaban, porque más allá de la ciudad los troyanos eran los que mandaban, y además el goteo de tropas de los aliados troyanos continuaba. De las ciudades natales de los aqueos no venía refuerzo alguno; lo que (raras veces) traían mercaderes libres sólo servía para un par de días.

Los troyanos sabían cómo estaban las cosas en el campamento. Al parecer Príamo no estaba tan envejecido como había supuesto Ninurta, porque alguien —¿quién, sino el rey?— frenaba a sus impetuosos hijos: los combatientes de Troya se quedaban en la ciudad; los de los aliados, también —en su caso sobre todo en la ciudad nueva—, y todos los intentos de los aqueos por provocar una batalla decisiva fracasaban ante el silencio del palacio real. Al parecer en Troya había suficiente comida, o al menos la suficiente para que no reinara el hambre.

Aun así, en esas lunas o años se llegó a combatir en dos ocasiones. Primero, Agamenón exigió nuevamente la entrega de Helena, y además oro; cuando Príamo lo rechazó (o mandó rechazarlo), algunos hombres (escitas, que no retrocedían ante nada, tropas de élite de Micenas y, por supuesto, Ítaca) arrastraron a Polidoro, hijo de Príamo, traído desde Tracia por Áyax, hasta la orilla occidental del Escamandro, lo ataron a un haz de lanzas clavadas en el suelo y lo lapidaron. Esto fue previamente anunciado a los troyanos, e hicieron una salida con todos los que pudieron echar mano a las armas con la suficiente rapidez. Polidoro ya estaba muerto cuando los primeros cruzaron el río, bajo una lluvia de flechas… Ninurta tuvo que participar, pero después de haber visto colgando los restos destrozados del hijo del rey no trató de acertar. Acudieron cada vez más troyanos y aliados, los aqueos se dejaron empujar y recibieron refuerzos. Poco a poco, estuvo implicada alrededor de la mitad de los dos ejércitos; la lucha duró hasta la noche, y fue casi tan sangrienta como la primera batalla. Esta vez también los mercenarios de Khanussu sufrieron pérdidas: tres sardanios, un hombre de Libu y uno de los extranjeros del este.

En algún momento, después, tuvo lugar la tercera batalla. Ninurta había perdido la noción del tiempo; el mundo era una sucesión de comidas, de hambre y trabajos: reparto de las míseras cantidades de grano y agua a los prisioneros; limpieza; cobertura de los fosos de las letrinas y apertura de otros; acarreo de cadáveres a lugares que, en opinión del príncipe que se ocupaba del asunto en cada momento, no tuvieran que ver con las fuentes de agua potable; excavación de tumbas; el sueño perturbado una y otra vez por ataques, poco más abundantes que la alimentación. Los troyanos se dedicaban a arrastrarse de noche por la llanura y acabar rápidamente y en silencio con combatientes solitarios o grupos que descansaban lejos del campamento. Frigios, se decía, y tracios; ambos eran especialmente buenos en el manejo de cuellos y cuchillos. A veces vadeaban el río o lo cruzaban a nado, y aparecían directamente

en la parte oriental del campamento.

Luego había que volver a descargar barcos, llevarlos a tierra y convertirlos en leña, o un ataque nocturno de los troyanos (en una ocasión lanzaron carros de guerra en llamas contra la empalizada, con lo que los caballos asustados hicieron más daño que el fuego) demostraba que el muro no era seguro y había de ser reparado aquí o allá.

Agamenón hacía la ronda casi diariamente, hablaba con lugartenientes y simples guerreros, trataba de animarlos, prometía un inmenso botín tan pronto como… Hacia un gran esfuerzo, pero poco a poco nadie creía ya en ese «tan pronto como». Sobre todo no tan pronto.

Cuando no estaba demasiado agotado (a veces los hombres se quedaban dormidos de pie, agotados por el hambre, la falta de sueño y el calor), Ninurta escuchaba las historias que los mercenarios se contaban unos a otros. Eran siempre las mismas historias; al cabo de algún tiempo todo se repetía, pero mejor esas repeticiones que la diaria repetición de cansancio y miseria. Después de dos o tres intentos abandonó la idea de llegar al río amparándose en la oscuridad y, quizá, vadearlo, llegar a la dudosa libertad del lado troyano. En una ocasión Khanussu le atrapó (ese hombre alto parecía no dormir nunca), en otra Ninurta tropezó con un aqueo dormido, que se despertó dando voces y se aferró a él.

De vez en cuando, a intervalos cada vez mayores, cuando el tiempo dejaba pasajeramente de ser un ovillo de serpientes en torno a su cuello o un cielo bullente de gordos gusanos o un incesante tronar dentro de su cerebro, buscaba una explicación para el proceso que había conducido a la primera batalla. Naturalmente, ninguna de las dos partes había estado dispuesta de antemano a respetar los sagrados juramentos; ¿quién podía suponer que los aqueos, después de años de preparativos, del viaje, de los primeros combates, iban a estar dispuestos a interrumpirlo todo y volver a casa sólo porque Menelao perdiera en singular combate? ¿O que los troyanos, bien atrincherados y dueños del país, estarían dispuestos a entregar a Helena tras la muerte en combate singular de Parisiti, y a poner además grandes cantidades de oro y plata?

Los príncipes lo sabían; pero al parecer muchos de los guerreros, los más sencillos, lo creyeron así. O lo habían esperado, y la esperanza engendra fe, y la fe vuelve ciegos. Habían brindado y comido (cuando aún había con qué brindar y comer) con los troyanos, hermanos de armas todos, y se habían reído junto al fuego; ¿por qué iban a sacarse las tripas ahora?

Era, pensó, como si se hubieran embalsado dos ríos y el agua desaparecida tras los muros del dique ya no estuviera ahí… se hacía como si ya no estuviera ahí. Hasta que alguien tiró una piedra desde el muro. Todos vieron la traición, el perjurio de la parte propia, y aun así todos se lanzaron con furia sobre el adversario, el traidor, el

amigo del brindis y hermano de armas de la noche anterior.

No era el único que pensaba en ello; pero de entre los sencillos que cavilaban él era el único que no atribuía la explosión del combate a maquinaciones urdidas por los dioses entre sí y contra los hombres. Los menos sencillos —Khanussu, por ejemplo— ni siquiera cavilaban; el sardanio decía tan sólo que no había ni una razón para combatir ni una para no combatir, así que los hombres hacían en todas partes lo que les convenía en cada momento.

La tercera batalla: casi fue la derrota de los aqueos. Agamenón se había empeñado en enviar la mitad del ejército al norte y al este en busca de alimentos. Lo que más le costó para tomar esta decisión no fue el que los guerreros debían asaltar y saquear regiones cuyos habitantes se habían convertido en aliados después de las primeras campañas de Áyax, oh dichosos, y de todas maneras enviaban suministros al ejército lo mejor que podían. Tampoco preocupaba al rey de Micenas que después de un saqueo esos territorios pudieran pasarse a los troyanos: lo que quedara de las ciudades y de los hombres después de que los aqueos cayeran sobre ellos ya no podía ser relevante, y podía aliarse con quien le viniera en gana; ni siquiera quedarían hombres suficientes para reconstruir las ciudades y seguir impidiendo como hasta entonces a las tribus que vivían más al norte bajar a las fértiles tierras del sur a través de los estrechos. Lo que creaba dificultades a Agamenón era el temor de que los troyanos atacaran al resto del ejército. Por eso la partida debía tener lugar de noche, en silencio, a escondidas.

Naturalmente, por la mañana los troyanos veían lo que todos los demás también veían: faltaban muchos barcos en el puerto, y sobre la alargada península al norte de los estrechos, apenas a cuatro mil pasos de distancia de las costas de Troya, había nubes de humo. Los troyanos echaban mano de todo lo que podían para enviarlo al campo de batalla.

Ninurta apenas había dormido esa agobiante noche del verano en que los aqueos partieron a hacer su cosecha más allá de los estrechos y los dioses de todos los inframundos decidieron crear un nuevo juguete para Perséfone, Ereshkigal y los demás: rico botín. Esa mañana, Ninurta miró con los ojos hinchados las columnas de humo en el norte, y luego donde miraba cada mañana: al este, más allá del río, por donde se levantaba el sol, y también Tashmetu. Ésta llenaba el este y la ciudad nueva (a veces, cuando pensaba en Tashmetu, imaginaba que el vientre que albergaba a su hijo, al hijo de él, abarcaba la Plaza de las Siete Estatuas, que ahora se llamaba Plaza de la Diosa Embarazada; y para alivio suyo comprobaba que aún sabía reír entre dientes) y sus pensamientos, cuando no estaba demasiado agotado. Tashmetu, que no daría a luz al niño en un lugar sereno y apartado. Tashmetu, que le recogió y curó cuando cayó de la montaña de Madduwattas. Era como una tensión en el vientre, un hambre agridulce ese pensamiento, y cuando los ojos se le llenaron de lágrimas se

dijo que eso era debilidad y debilitamiento. Allí estaba todo el calor que necesitaba para el resto de su vida, y él se moría de frío en la mañana sofocante. Luego vio las primeras tropas salir por las puertas.

Fue la inversión del asedio. Empujaron a los aqueos detrás de las empalizadas, liberaron a los prisioneros, prendieron fuego a las cabañas y tiendas fuera del campamento, persiguieron a las pequeñas unidades que guardaban las playas noroccidentales y lo que había almacenado allí, en el mar aceitoso; penetraron desde los flancos, por la colina y por el río, en el campamento, se abrieron paso hacia los barcos. Héctor pasó como una llamarada entre las filas de los aqueos, fuego avivado una y otra vez por Paris, que rugía como una tempestad.

Sin duda después se contarían historias y se cantarían canciones; si es que no se prefería olvidarlo todo. Los cantores ensalzarían a este y a aquel héroe, como corresponde a los cantores y a los héroes; pero ¿cómo iban a hablar de diez mil hombres hambrientos que apenas si podían hacer fosas para sus huesos en la tierra reseca por el ardiente sol, que chapoteaban en la porquería que rebosaba de las letrinas repletas? ¿Podrían los cantores o narradores, a años y mares de distancia, comprender el espléndido horror que era el fuego en el vientre y la furia y el fervor y la hoja afilada en los intestinos del adversario, el espantoso goce de luchar por una vida que unos instantes antes había sido aburrido y absurdo tormento? ¿El infinito, inmenso odio de los hombres hacia el cobarde Aquiles… Aquiles, que en su tienda ahogaba sus penas en el dulce vino que bebía de un cáliz dorado… Aquiles, que se enfurruñaba por una mujer y se afligía con energía y deleite, mientras los hombres que hubieran necesitado su fuerza y protegían su tienda se desangraban en los charcos formados por sus orines y sus lágrimas? Oh, sí, también Khanussu combatió: disparó flecha tras flecha hasta que el carcaj se vació, y echó mano a la espada como Ninurta, como los demás… los demás, cada vez menos, cada vez más bravos; Idomeneo brilló y Diomedes relució y Menelao resplandeció más que todos salvo Agamenón, que quizá junto con él, su hermano, impidió la derrota, como Ulises y Néstor y Áyax. Como todos ellos, salvo el cobarde y lloroso que rociaba su alma enferma y seca con vino y lágrimas. Agamenón, Menelao, Ulises, Idomeneo, Patroclo… los grandes nombres, pero ¿qué cantor cantaría la sensación de ser hombre al lado de hombres, luchar, desangrarse, caer, rehacerse y enseguida, ahora, pronto, lanzarse definitivamente hacia delante, a la danza de las espadas; dar el último paso en el círculo de los hombres, rodeado de hermanos que eran espalda, rostro y brazo los unos para los otros, alcanzar el grandioso final mutilado, gimiendo entre estertores y gritando el nombre de la madre para escarnio de los dioses, ese final que no era una transición hacia una repetición demasiado espantosa o un necio crepúsculo, sino el último enemigo, el mayor y el más hermoso, como todos sabían en esos momentos: la mueca de la nada, de la disolución?

Pobre cantor el que haya de describir ese milagro… no mencionarlo, sino describirlo, de forma que los oyentes sean parte de él: el milagro de la tarde, cuando los troyanos dejaron caer los brazos, pesados de tanto matar, y nadie tuvo fuerzas para subir por las torres y empalizadas y estacadas de cadáveres para seguir matando. La noche, la noche gimiente y sofocante. La pálida mañana, cuando los combatientes, llamados por el ruido atronador que se transformaba en rumores, regresaron de la larga península, y encontraron guerreros a ambos lados del muro de tierra, madera, ruinas y muertos —aqueos dentro, troyanos fuera—, guerreros que se habían tumbado allá donde el agotamiento los había derribado, y que ahora se miraban a los ojos por encima de la separación que los unía.

Quizá. Quizás habría un cantor. Pero ¿se le podría hablar también de otras cosas para que las convirtiera en canto? De cómo Agamenón, él mismo apenas capaz de mantenerse en pie, caminó vacilante, pálido y cubierto de sangre, para dar las gracias a los valientes, consolar a los heridos y ensalzar a los muertos; de cómo el rey llegó hasta los mercenarios, veinticuatro sobrevivientes de cincuenta que habían llegado hacía unas lunas, y de cómo él, que pensaba en todo, entregó plata al hombre alto, Khanussu, porque la soldada acordada vencía ese día; y de cómo Khanussu se la devolvió.

—Rey… hermano… ¿después de este combate voy a coger la plata? ¿De Agamenón?

Y el gran Agamenón lloró, abrazó a Khanussu y dijo:

—¿Qué rey ha merecido tales hombres?

El día, náuseas, horror, en el que llevaron los muertos a la playa para que los vivos pudieran seguir luchando. Los heridos leves, aqueos y troyanos, fueron vendados lo mejor que se pudo, por cualquiera, no importa de qué bando; de la molesta luminosidad del sol, la espada de Ninurta liberó a un ateniense que se había sostenido durante toda la noche los intestinos, que querían salírsele del vientre por el horrible corte. Los hombres que regresaron del norte —quizá la mitad de los que habían partido; los otros fueron hacia el nordeste, por el momento fuera del alcance de los rumores— habían traído poco alimento, pero los troyanos, abastecidos desde la ciudad, compartieron la comida con sus compañeros aqueos por encima del muro.

Porque sería deshonroso vencer a un enemigo debilitado, dijo Héctor, antes de alzar la espada reluciente al reluciente sol de la tarde.

Ninurta recordaba mil cosas, pero no había en ellas un antes y un después; se fundían en una canción imprecisa, una imagen que dejaba ciego al espectador. ¿No había en las leyendas de los aqueos una cabeza que bullía de serpientes y mataba a los hombres que la miraban? ¿O sólo los dejaba petrificados? Quien inventara esa cabeza tenía que haber sido guerrero. Todos estaban petrificados, flexiblemente petrificados, furiosamente petrificados; nadie encontraba una salida del pétreo

laberinto de aquella matanza. Era normal que los troyanos les dieran de comer y luego los atacaran; igual de normal era aceptar la comida, sonriendo, con agradecimiento, tragarla y clavar la lanza en el hígado del hombre que le había entregado el alimento.

Pero algo era distinto que en la batalla del día anterior, del año anterior: todos estaban demasiado agotados como para volver a volar, ascender a las nubes con las espadas y burlarse de los acurrucados dioses, que por ser inmortales jamás conocerán el esplendor de la muerte.

Los troyanos derribaron uno de los árboles más fuertes de los aqueos, bajo cuyas raíces dormía un monstruo. Patroclo cayó.

Aquiles despertó.

Le odiaban. No había nadie que no le despreciara. Los príncipes se habían arrastrado ante él, rogándole, mendigándole, implorándole que acudiera a la lucha. La muerte de su primo, de su amigo, de su compañero de lucha y su amante, hizo lo que Agamenón y Ulises no habían podido hacer.

Aquiles estaba furioso. Ninurta lo vio, y en él se agitó la sombra del dragón, al que creía muerto. Se agitó porque veía a un hermano gemelo.

Aquiles estaba furioso, y quizá fue una mezcla del odio incontenible que todos albergaban hacia él y alimentaban y avivaban y jamás querían dejar que se extinguiera… De ese infinito y corrosivo odio, más afilado que cualquier espada y más sabroso que cualquier amante, y de la fiebre que Aquiles irradiaba. Esa mezcla corrió como un lobo rabioso entre las filas de los aqueos, y los mordió a todos y los arrastró.

El monstruo estaba furioso. Mató sin parar, como un hombre primero, luego como un animal, y finalmente sólo como un monstruo. Héctor, el poderoso Héctor, muerto y desollado, con los tobillos perforados, el héroe arrastrado como un paquete de basura por el estiércol. Troilo, el hijo más hermoso de Príamo, preso por los mirmidones y violado por Aquiles, luego por los otros, por cada uno de ellos, violado y finalmente muerto a patadas. Las mujeres del país de Azzi, las amazzyunas, encabezadas por su princesa Penti-Psarri, hija de Príamo, bella y audaz, a la que los aqueos llamaban Pentisarría, luego Pentesilea la diosa…, todas murieron, descuartizadas y pisoteadas, desgarradas por un monstruo que se detuvo junto al cadáver de Penti-Psarri, contempló la belleza de la princesa, se quitó el faldellín, se tendió sobre la muerta y copuló con ella. El monstruo cogió al aqueo Tersites, que se atrevió a ver y decir lo que un ser humano tenía que decir, lo cogió, lo levantó en vilo, le arrancó los brazos, hundió los colmillos en el vientre del trozo chillón que había sido un hombre y le arrancó la piel, la carne y los intestinos, lo arrojó al suelo y saltó sobre él, hasta que nada más chilló y nada más fue reconocible como un hombre. El monstruo que cayó sobre Memnón. Memnón el etíope, hijo de Títono,

sobrino de Príamo, que había venido con siete barcos del lejano país de los romet, Tameri, al tener noticia del asedio. Memnón tocó tierra en la bahía donde también estaban el *Provecho de Keret* y el *Bateia*; él y sus hombres desembarcaron y pidieron honorablemente poder atravesar el campo de batalla como amigos extranjeros para unirse a los guerreros de Príamo. Luego habría una lucha honorable. Celeo, príncipe de Yaliso, vació una copa de vino con Memnón, le llamó hermano y le indicó el camino.

El camino en el que acechaba la bestia, el ogro asqueroso y sin honor, que cayó con sus hormigas sin cerebro, los mirmidones, sobre los hombres del país de los juncos, que habían obtenido libre paso. Murieron, uno tras otro, desgarrados, descuartizados, mutilados y escupidos.

Luego Ninurta vio (imaginó después haber visto, o anheló haber visto) a Parisiti, excesivamente claro y excesivamente grande: amante de la divina Helena, hijo del rey, arquero. Vio a Parisiti a la orilla del río, donde tensó el pesado arco de madera, hierro y cuerno; puso una flecha en la cuerda. Una flecha que antes había besado. Tensó la cuerda hasta su mejilla derecha, apuntó y disparó. La magnífica flecha voló hacia la garganta del monstruo. Habría sido una muerte fácil y rápida para un héroe, un combatiente y un hombre, pero no para un ogro asqueroso. Uno de los mirmidones quiso atrapar el proyectil con su escudo, pero sólo pudo desviarlo. Aquiles había levantado su escudo. La flecha, acertada, hiriente, desviada, fue bajo el escudo hasta la pierna del monstruo.

El grito. El horror de ese grito, Ocurrieron otras cosas; Ninurta oyó decir que había combatido bien, y que Áyax había muerto loco tras recibir una ofensa, y que Filoctetes, recogido por Agamenón, había matado, muchos días después, a Paris de un flechazo; y oyó hablar de estiércol de héroe y miseria de la muerte. Pero sólo se acordaba de días confusos, de la cansada danza de las melladas espadas, todo eso dentro de una gris maraña de sueños. Impreciso y gris también el recuerdo de los gemidos y el apestoso olor de Filoctetes, que seguía pudriéndose en vida y sufría y poco hizo, poco podía hacer, aparte de ese único y gran tiro.

Pero el grito del monstruo permaneció, siguió resonando, aturdió y mató al dragón de las sombras que el monstruo había despertado antes en el cerebro del asirio. El grito permaneció y lo que resultó del grito, y el único gran discurso del espartano Menelao.

El grito del monstruo. No el retumbar de un trueno, un chillido o un aullido: un chirriante cuchillo. Cuando la flecha besada por Paris penetró en la carne. Fue como si en ese mismo instante, en esa décima de respiro, la bestia lo hubiera comprendido todo. Que la flecha estaba envenenada; que la bestia tenía que morir; que era una bestia y tenía que morir para volver a ser un hombre.

El monstruo murió; Aquiles salió a la luz, al brillo quizá, por breve tiempo

incluso al resplandor. Aquiles, el niño que jamás había crecido, que con fingida curiosidad trató de combatir bravamente los tormentos. Aquiles, el héroe iracundo, que durante tres días aulló entre tormentos. Los médicos no pudieron ayudarle, igual que no habían podido tratar a Filoctetes. Se dijo que ni siquiera habían intentado aliviar sus dolores. El adolescente moribundo, apenas capaz aún de caminar, apiló con manos temblorosas su pira; el héroe que aullaba, con el cuerpo devorado por las serpientes de fuego del veneno, se tumbó sobre los maderos y suplicó a todos que aplicaran una antorcha. Eso lo había olvidado… había olvidado encender una antorcha; y cuando estuvo encima de la pira, estaba demasiado débil para volver a levantarse.

Filoctetes se volvió, gimiendo; Agamenón cruzó las manos a la espalda y se fue al puerto, a contar los barcos, el trigo y los granos de arena. Ulises y Néstor reunieron a los combatientes para el próximo combate. Por fin, Diomedes se apiadó.

Cuando ardió la pila de leños y dejó de oírse el griterío, Ninurta oyó las palabras que Menelao dirigió al mundo y a algunos hombres (entre ellos Ulises, allí presente, palabras que el de Ítaca pareció asentir y rechazar a un tiempo):

—Que se quede con la mujer y con todo el oro, porque ha limpiado el mundo de un monstruo.

Los combates continuaron, aunque cada vez con menos brío; ambas partes estaban agotadas y hartas de matar. Las noches eran frías, estaban en otoño; los mercaderes trajeron cereales, fruta y cecina. Un día vinieron seis barcos cargados de comida hasta los topes; atracaron en la bahía, y Celeo guió al hombre más importante hasta los príncipes.

Era Mukussu, al que llamaban Mopsos: representante y a la vez el ayudante más importante, asesor y brazo derecho del Anciano Oscuro de Arzawa. Ninurta no sabía qué mensajes traía; pero al día siguiente Ulises fue a la ciudad de Troya, y cuando regresó anunció lo increíble: la paz.

Ninurta se dirigió a los barcos y habló con los hombres, que habían oído muchas cosas a los guerreros de Memnón antes de que el ogro los despedazara; Bod-Yanat había hablado también con algunos hombres de la flota de Mopsos y con los mercaderes. Fuera, por astucia, milagro o azar, seguramente también por la honorabilidad de Celeo, nada había ocurrido a los marinos del *Provecho de Keret* y el *Bateia*. El asirio dejó el arco, que Khanussu no quiso que le devolviera, a bordo del *Provecho de Keret*.

Después de muchas despedidas —despedidas temporales, dijeron todos—, abandonó a los ocho sardanios supervivientes, a dos hombres de Libu y a un camarada del este, vio que Ulises se marchaba con Mopsos a donde se estaba levantando, para la fiesta de la paz, la estatua de un caballo sagrado. Ulises gesticulaba; Mopsos sostenía un hueso en la mano y hablaba. Algo le sobrecogió al

asirio, un aliento helado.

Pensó en Lamashtu y sus sensaciones de frío, y fue como si éste hubiera sido una lejana ola de proa y Lamashtu el barco, al principio invisible, que surge de la niebla. Al este del Escamandro se encontró a gente de la ciudad nueva y de Troya, una riada de hombres que se desplazaba por el camino elevado del dique (o lo que de él quedaba), por los pisoteados campos, hacia el río, hacia el campamento de los aqueos, y Ninurta tuvo que bajar del dique al lodo de abajo para no ser atropellado.

De pronto vio a Lamashtu arriba, encima de él, mirándole. Se detuvo, tratando de no ser arrastrada por el flujo de gente que empujaba hacia delante. Ninurta alzó la vista, vio que llevaba una gran bolsa, una bolsa de viaje.

—¿Adónde vas? —dijo.

Tuvo que gritar para dejarse oír, tal era el ruido de las mil voces de arriba.

Lamashtu parpadeó, abrió y cerró los ojos de distinto color. Una risa sarcástica cruzó su rostro, pero la voz fue fervorosa, como si pronunciase una antiquísima y terrible oración.

—Vete a casa, señor, disfruta de que estás sano y salvo y copula con la belleza; yo anhelo las tinieblas.

Luego desapareció, arrastrada por la corriente, que se apretujaba y quería avanzar.

Esperó a que el dique volviera a quedar libre. Cuando estuvo arriba y se volvió, no vio más que un bullicio de cuerpos; no se podían distinguir personas concretas. Al otro lado, más al norte, crecía el esqueleto de caballo hecho de huesos de los caídos. Pensó fugazmente en Mopsos con el hueso, en Ulises, que parecía escuchar con atención. Y en las costumbres alimentarias del señor de Mopsos, Madduwattas. Pero sólo quería una cosa: ir a la ciudad nueva, donde quizá los ojos de Tashmetu recompondrían los trozos de su alma, la voz de Tashmetu recogería su cansancio, las manos de Tashmetu purificarían las náuseas y la suciedad. El ser de Tashmetu, que mantenía a distancia al mundo. Ya la vez, sabía que durante mucho tiempo ningún contacto podría ser más delicado, más íntimo, que el de una hoja enemiga.

El muro que protegía la puerta de los ataques se volvió borroso y desapareció; y, sorprendido, el asirio se dio cuenta de que estaba llorando.

NARRACIÓN DE ULISES (VII)

Imaginad, oh benignas, el Hades, el Tártaro, el más profundo abismo, donde yo, lobo sarnoso —lobo de hierro, con la sarna del óxido—, mellada sombra del león que se supone que fui hace diez mil años, empujé a la manada de lobos de vergüenza y sombra a la lucha, a devorar hombres, a despedazar mujeres. Allí, así lo acordaron los dioses, si es que los hay, sombras de sombras con ojos como nocturnos cuchillos me atarán a una rueda de fuego, me entrelazarán a sus radios y bañarán de oro líquido los quebrados huesos allá donde desgarren la carne, y rodearán de víboras mis miembros…

¿Qué? ¿Qué he estado gimiendo en sueños? Eso no puede ser, oh dulces, porque yo sé que grito. Mañana, en cuanto los dedos verrugosos de Eos manchen las pestañas del dios del Sol, partiremos por separado mis compañeros y yo, en los barcos cargados de oro. Por eso hoy, para terminar, voy a contaros el final.

Imaginad el Tártaro; pensad en el sarnoso lobo de hierro que recorre el campo en una oscuridad cubierta de lepra, donde los cuervos sorben los ojos de los hermanos muertos y el gusano se deleita en lo que queda cuando no queda nada. Ha subido a los riscos el lobo de hierro, y ha aullado al dragón que otros, más felices, toman por la luna. Lentamente, con infinita lentitud, ha chapoteado en el lodo, que chasquea la lengua y no quiere soltarlo. Atraviesa ríos, ríos verticales de sangre y pus, y en algún momento, tras largo subir, llega a una región en la que brilla el sol y crecen las plantas.

He ido a la ciudad, honorable príncipe de los guerreros, a ver al honorable rey de los guerreros. Con una embajada pútrida y apestosa, pero hacía mucho que la nariz de Príamo ya no olía nada.

Casas, ¿entendéis? Casas con muros, con ventanas, con entradas. Mesas en las casas, y camas, con una tensa piel cubierta de colchones y sábanas limpias. Ánforas llenas de vino y cerveza, otras hasta los bordes llenas de cereales y de fruta. Hombres que tristes, furiosos o esperanzados miran a Ulises. Hombres limpios con limpia vestimenta, ninguno de ellos gordo, pero todos bien alimentados. Nada de mellas, nada de tiña. Las luchas y las pérdidas habrán hecho mella por dentro, pero nada de eso se ve.

Casas en pie. Camas en las que hombres y mujeres pueden regocijarse y engendrar nobles hijos. Mesas para bandejas llenas de comida… Ah, todavía hoy huelo el aroma de la carne asada, de la salsa con crema y hierbas, del alegre vino. Sillas sobre las que poder sentarse y copas que no están rotas y llevan el vino sin pérdida a la boca…; buen vino, no vinagre. Adornos de oro en las orejas, anillos de

oro en los dedos, bandejas de oro en las mesas, cadenas de oro con toda clase de joyas en los cuellos y ajorcas en los brazos. Espléndidas mujeres, niños que ríen.

Juguetes para los lobos grises y sarnosos. Hombres que lancear y gargantas que cortar y picar. Mujeres repartidas por los lobos, montadas y vueltas a montar y luego despedazadas. Niños sonrientes asados, cantarinas pelotas que no rebotan bien en las paredes.

Todo eso tenía que perecer. La mera existencia de la ciudad y sus habitantes, las camas y el oro, todo eso escarnecía a los lobos sarnosos y tiñosos allá abajo, en el Tártaro; escarnio que sólo se puede ahogar en sangre y sólo se puede purificar por el fuego.

¿Los lobos? ¿Los hombres de los países aqueos? No querían más fuego ni más muertes, querían irse a casa. Pero nosotros, los príncipes, que los habíamos empujado a esta guerra, que los habíamos fustigado en la batalla hasta que la carne de hombre se desprendía del alma de lobo, nosotros, los príncipes, sabíamos que los hombres se irían felices a casa y después, a medida que los años transcurrieran, se volverían más sordos, malhumorados y furiosos. Hoy sólo dicen: hay que poner fin a esto, déjanos volver con la mujer y los hijos y los padres y el fogón y el lecho. Mañana dirán: si hemos zarpado, ¿por qué volvemos con las manos vacías? Pasado mañana gritarán: manos vacías, sin victoria y ¿para qué esas hermosas luchas? Al día siguiente habrá un único grito: sin victoria, sin botín, sin honor, todo inútil y absurdo, entonces, ¿por qué no sin príncipes y sin vida? Los hombres, los intrépidos, los valerosos y amados guerreros, querrán volver a casa, honorablemente y sin victoria. Pero Ulises, que no había querido ir a la guerra, comprendió que tenía que apurar la copa hasta las amargas heces, hasta allá donde al fondo de la misma sólo quedaban esqueletos y horror.

Y deshonor. Para que los hombres que han muerto no hayan muerto en vano; para que los vivos regresen a casa con honor, fama y victoria cargados de botín. Era una necesidad, también para los príncipes… Qué pasaría si los que se habían quedado en casa tenían que saludar a unos hambrientos sin victoria y luego dicen: vosotros, que no habéis conseguido nada más que perder la sangre de todos nuestros hombres… ¿no seguiréis sin conseguir nada en adelante tampoco aquí? En vuestras camas hay otros hombres junto a unas mujeres que ya no son las vuestras y enseñan a los niños a olvidar a sus padres. El arado que forjaste lo dirige la mano de otro, y su repugnante y ajeno trasero calienta el trono principesco que era tu orgullo.

Por eso. Y por los hombres. Si volvían con oro, sólo conservarían en la memoria el esplendor de todo el horror. Y guiar a unos hombres que ya no quieren luchar a la última y peor de las matanzas es un arte que sabe Ulises.

Deshonra, dije. No puede haber dioses, de lo contrario no habrían permitido que todo esto ocurriera. No el crimen y el fuego, la vejación y la violación… Ésa es la

distracción preferida de los dioses y los hombres. Ninguna culpa cae sobre la cabeza del que lucha y mata; alabado sea el guerrero honorable y victorioso. Pero me atarán a esa rueda de fuego; si no los dioses, las Erinias, los horribles espíritus de los horriblemente traicionados.

Para que los guerreros, los lobos, pudieran volver cargados de botín y honrosamente a casa, y en la patria pudieran volver a convertirse de lobos en hombres, Ulises tuvo que arrancarse el último jirón de humanidad, y convertirse del todo en lobo. Aquiles era un niño enfermo; sólo había *un* verdadero monstruo en el ejército.

Oh, amables, ¿aún no lo sabéis? ¿Por qué las víboras y la rueda de fuego? Porque Ulises no alcanzó el supremo objetivo en lucha abierta, sino mediante trucos deshonrosos. Pero éste, oh hermosas, es el privilegio de los dioses. Por eso son inmortales y poderosos. Los hombres pueden ser crueles, asesinar, matar y torturar, enviar a pocos o a muchos al inframundo. Siempre, incluso en la más negra de las vilezas, hay algo sublime… una palabra, un gesto, un acto de valor. Pero Ulises…

Para que sus hermanos pudieran seguir viviendo honrosamente y volver a casa, tenía que desarmar a un pueblo por la astucia, aniquilar a un pueblo entero por la perfidia. Esto no corresponde a un hombre; es el principal placer de los dioses vejar a los hombres por millares, y Ulises se ha atrevido a hacer lo que sólo los dioses pueden hacer. Pero como él no podía ser dios —no hay dioses; si los hubo, todos han muerto en Troya—, como no podía ser dios y no podía seguir siendo hombre, acabó convirtiéndose en Nadie. Nadie acabó sin honor con la ciudad con ayuda de los arzavos. Nadie ha estado con vosotras, oh hermosas, y los compañeros de Ulises viajan mañana a casa, ricos en fama y botín; pero Ulises, que no es nadie, irá a tierra firme y marchará con las hordas grises que devastan ahora todos los países.

¿Os habéis dado cuenta, oh inteligentes? Tenía que habérmelo imaginado… Sí, falta una cosa, la razón última… ¿Tengo que mencionarla, porque vosotras ya…? Pues bien.

Cuando los espíritus sedientos de todos los muertos (sedientos, deseosos de venganza, ansiosos de poder matar al fin ellos) me aten a la rueda de fuego, cuando piense en Troya, podré susurrar a las víboras y a las astillas de hueso: «Entonces Nadie era hombre, cabalmente cumplió el trabajo que se le encargó…, recorrió el camino hasta el final».

15. LAS PUERTAS DE LAS TINIEBLAS

Días, exquisitos días de descanso; agua caliente, aceite, aromático baño; toallas frescas, envueltas en torno al cuerpo enflaquecido; pan… auténtico pan, cocido en crujientes tortas, enrollado, relleno de carne asada con hierbas. Pan, no grano hinchado en agua. Descansar, dormir, beber vino, hablar. Y exquisitas noches.

Hubo dos noches y un día. Tashmetu le recogió cuando llegó tambaleándose de la plaza al callejón y del callejón a la casa. Lo acostó bajo un montón de mantas y de pieles, y él durmió hasta el anochecer.

Luego se dio cuenta de muchas cosas. Se dio cuenta de que no podía hablar… Al menos, que no podía decir nada esencial. Tenía que embalsarlo todo dentro de sí; una palabra, y los diques hubieran estallado, la marea le hubiera ahogado. Se dio cuenta de que apenas podía tomar alimento, y después de dos tragos de vino dejaba la copa, porque se mareaba. Se dio cuenta, después, de que todo el fuego se había consumido en la lucha y no quedaba bastante brasa para avivar las ingles, por más que la mano y la boca y el regazo de Tashmetu se esforzaran. Se dio cuenta de que sus manos estaban demasiado sucias, su boca manchada por la náusea, así que apenas podía tocar a Tashmetu. Se dio cuenta de que el agua caliente, el aceite y los aromas no servían de nada.

Se dio cuenta de que ella era la diosa de la ciudad nueva. Tashmetu había guardado y acrecentado los tesoros, había dirigido a los marineros, a Tsanghar y a Corinnos; había sabido cuidar, en medio de la escasez (a pesar de todo llegaban productos del interior, a pesar de todo no eran suficientes), de que nadie tuviera que pasar hambre. Desde hacía cuatro lunas, desde poco después del falso combate singular, los hombres y mujeres de la ciudad nueva acudían a ella cuando necesitaban consejo, y la llevaban consigo a las deliberaciones con lugartenientes y dirigentes del ejército y de los aliados. Príamo estaba lejos, en la orilla sur del Simois, y no enviaba consejero alguno; cuando había disputas, la gente se dirigía a Tashmetu, la llamaba señora, princesa y jueza y, a veces, madre.

Dos lunas antes del día del alumbramiento su cuerpo estaba tenso y tirante, y Ninurta la encontraba más bella que nunca.

Tsanghar y Corinnos le mostraron, orgullosos, pilas y montañas de rollos llenos de historias, números y nombres del pasado de la ciudad, con leyes y tradiciones recopiladas por Corinnos e impresas por centuplicado por Tsanghar en las hojas de papiro con sus estampillas de signos móviles.

Corinnos había cambiado; había crecido, era casi un adulto. Al principio Tsanghar no hablaba mucho; parecía faltarle Lamashtu, que había compartido su lecho, pero ella no volvió. Enseñó al asirio su último invento, que debía servir para fomentar la

caballería y, sobre todo, la lucha a caballo: una manta de cuero con correas, que se ataban bajo el vientre del caballo… Eso no era nuevo, pero sí el suplemento que llevaba, otra correa en cada lado con unos lazos a su extremo, en los que el jinete podía introducir y apoyar los pies. Montar más aprisa, descabalgar más rápido, y en la lucha con lanza o con arco emplear menos fuerza en aferrarse con las piernas al caballo. Ninurta estaba impresionado, pero dijo que habían muerto tantos a pie que necesitaría algún tiempo para encontrarle gusto a un invento que facilitara el matar a caballo.

Un día de descanso. Fuera lo que fuese lo que ocurriera en la ciudad, no le afectaba. Podía comer un poco más; comía, bebía, sesteaba y volvía a comer. Los ojos y la voz de Tashmetu le sanaban poco a poco, pero aún no quería o no podía hablar, narrar, vaciarse.

A la mañana siguiente ella le dijo lo que había que hacer… como había tenido que decírselo a todos los demás desde hacía unas cuantas lunas. Ninurta, que habría estado contento de vivir como sombra de Tashmetu, ya que había entregado la suya para sobrevivir, tuvo que levantarse y vestirse y cruzar el río.

—Príamo tiene que saber lo que sabes, querido —dijo ella, todavía asustada por las pocas palabras que él había dicho sobre Ulises, Mopsos y las noticias de los marinos—. No debe aceptar esta paz. Tienes que ir. Yo iría, pero a mí no me creerá.

—¿Crees que a mí sí?

—Quizá.

Tsanghar y Corinnos fueron con él. Cruzaron el Simois en un pequeño bote, atracaron en el muelle amurallado de la orilla sur, hablaron con los guardias y entraron en la ciudad.

Era extraño, como un sueño inquietante, ver por dentro la ciudad que había escupido tantos hombres que mataban y morían. Calles pavimentadas por las que caminaban hombres que no estaban heridos ni sucios de estiércol y sangre. Unos reían al hablar; se veía que muchos estaban de luto, porque apenas podía haber alguna familia que no hubiera perdido por lo menos un hombre, un hijo, el hermano, el padre. Casas seguras en vez de desgarradas tiendas o mantas bajo el cielo implacable. Un viejo artesano sentado ante su tienda, tallando delicadas figuras en madera blanda, sin tener que clavar el cuchillo en garganta alguna. En una placita, ya a medias en la ladera sur de la montaña de la fortaleza, unos niños ruidosos jugaban a la sombra de unos árboles que no estaban destinados a convertirse en leña.

No fue difícil llegar hasta Príamo; un guardia dijo al funcionario real el nombre del asirio, y un viejo consejero vestido con una túnica de lino blanco, con un festón bordado en rojo y sujeta por una fíbula de oro, acudió a la puerta del palacio para acompañar a Ninurta.

Príamo estaba sentado en el pesado trono de antiquísima madera de roble,

decorado con relieves e incrustaciones de oro y marfil. Reposaba la mano izquierda del anciano, en el brazo del trono, jugueteando con los dedos temblones. La derecha, en el regazo, sobre el paño entretejido de oro de la túnica, sostenía una vaina de cuero de la que sobresalía la empuñadura dorada de un puñal.

—Asirio —dijo Príamo.

Su voz era una voz cascada, apagada y cansada; las boscosas cejas blancas daban sombra a la acumulación de arrugas que era su rostro. Ninurta creyó ver en los ojos del anciano un trasunto de la antigua malicia y fortaleza.

—Permíteme honrarte, señor de Ilios. —Ninurta se arrodilló ante el trono.

—Levántate. Hay demasiados que yacen muertos que hubieran preferido vivir de rodillas; ¿por qué vas a arrodillarte tú, cuya vida y genuflexión me importan poco?

Ninurta se incorporó, tambaleándose, pero sin ayuda de Tsanghar. Miró a sus acompañantes.

—Si el rey lo permite, retiraos. Lo que hay que decir es sólo para sus oídos.

Príamo movió la mano izquierda.

—Id. ¿Mi consejero también?

Ninurta titubeó.

—Podría ser… Por otra parte, concierne al destino de la ciudad; quizá sería bueno que el noble Metrodoro escuchase lo que voy a decir.

Príamo señaló una decorada silla de brazos; el consejero se sentó. Al parecer, no estaba previsto que el asirio se sentara.

—Mukussu, al que los aqueos llaman Mopsos, ha llegado con barcos y hombres —dijo Ninurta, Su voz resonó en la gran sala del trono.

—¿El ayudante del tenebroso Madduwattas? —Metrodoro se inclinó hacia delante—. Esperábamos que…

Príamo siseó unas palabras; el consejero enmudeció.

—Sigue hablando, mercader.

—Como quieras, señor. Mukussu estuvo deliberando con Ulises. Dos víboras que preparan la gran mordedura.

Príamo alzó la vista hacia el techo revestido de madera a la altura de cuatro hombres por encima de ellos; sus miradas buscaron, visitaron las imágenes de antiguos gobernantes en las paredes, se detuvieron en los bancos como buscando un breve descanso, y volvieron a Ninurta.

—¿Víboras? —Algo parecido al sarcasmo resonaba en su voz—. ¿Los nobles príncipes son víboras? Muy bien. ¿Es eso todo?

—Los marinos, en la bahía, han hablado con algunos hombres de Mukussu. Como antes lo hicieron con hombres que pertenecían al séquito de tu sobrino, Memnón y que, como él, no sobrevivieron al ataque del monstruo Aquiles.

Los dedos de la mano derecha se contrajeron imperceptiblemente en torno a la

empuñadura. En algún lugar del palacio se oyeron los gritos de una mujer.

—¿Dijeron los marinos algo de importancia? ¿Algo que vaya más allá de los anuncios de desgracia de esa hija que oyes gritar ahí?

—No sé lo que dice tu hija, señor, por eso no puedo comparar las cosas.

Príamo miró al consejero; Metrodoro tosió.

—La noble Casandra —dijo lentamente— prevé una granizada que aniquilará las cosechas en cuanto asome una nube. Anuncia un maremoto cuando el viento del oeste acerque el mar a las costas. Cada nacimiento es motivo para ella para conjurar la aparición de un monstruo. Si estornudo hoy, mañana moriré presa del delirio de la fiebre. Cuando Parisiti regresó con Helena, predijo la inmediata destrucción de la ciudad… el suelo se abriría y se tragaría a Ilios. Desde hace dos días afirma que el caballo sagrado del arquero, lirista y jinete Apolo que se está construyendo en la llanura, ahogará la ciudad en bosta de caballo. —Rió breve y secamente—. Los aqueos lo están construyendo, y en la llanura, juntos, haremos sacrificios ante ese caballo y conjuraremos la paz.

—Los marinos no dicen nada semejante; saben poco sobre bostas de un caballo sagrado y tienden a la superstición, pero raras veces a una invariable oscuridad del pensamiento.

—Oscuridad del pensamiento… —Príamo chasqueó suavemente la lengua—. Sí, ella siempre fue sombría. Sigue hablando. ¿Qué dice la gente?

—Dicen que muchos de vuestros barcos se han hundido en una tempestad junto a Alashia, señor, y de los restantes la mayoría o no son capaces de navegar o están en manos del enemigo. Vuestra flota no vendrá en vuestra ayuda.

Príamo calló. Metrodoro rió de pronto entre dientes:

—Oh, todas esas pérdidas. —Siguió riendo; le corrían las lágrimas por el rostro —. Aquí. En Alashia. Pero los barcos, asirio, sólo deben volver a finales de otoño; sólo entonces, cuando su trabajo haya quedado hecho, mientras no los llamemos a gritos antes. Hasta hoy no hemos gritado, y si ahora sólo regresan unos pocos, nos quejaremos… nos quejaremos, ¿me oyes? Pero, quejas aparte, no tendrá importancia, porque se ha acordado un armisticio.

—¿No quieres saber en qué manos están los demás barcos?

Príamo asintió en silencio.

—Los hombres de Madduwattas subieron a bordo, se apoderaron de ellos y mataron a vuestros hijos y hermanos. El Anciano Oscuro de Arzawa ha suspendido la lucha contra los hititas también en tierra. Ha enviado a Mukussu a visitar a los aqueos. No os ayudará. Y… —Ninurta no siguió hablando; algo se le subió a la garganta.

—Es amargo —gruñó Príamo. Casandra volvió a gritar, en otro aposento del palacio—. Amargo, pero no se puede cambiar. Ahora no se puede cambiar.

—Asirio, acabas de dejar en el aire tu pensamiento, después de ese «y…». —Metrodoro le miraba bajo los párpados colgantes.

—El mensaje de los reyes, señor, el mensaje que me diste y encerraste en mí con un bebedizo. Era el mensaje al rey de Asur. Debía llevarle oro. —Ninurta rió brevemente—. Y siempre me he preguntado, ¿de dónde ha salido tanto oro? No podía recordar un trato tan generoso.

Príamo gruñó ligeramente, pero no dijo nada.

—Tu hermano Títonos ha muerto, como sabes. Su hijo Nabju no tiene ningún poder… no hay nadie que pueda ayudarte. Tu hijo, oh rey, también está muerto. El hijo que vivía en Asur como rehén y prenda y cuyo nombre, que casi nadie sabe, era la clave que debía abrir mi memoria. Pero un bebedizo preparado por expertas mujeres me permitió saberlo todo.

—Sabemos que el hijo está muerto, Tu mujer lo dijo. —Metrodoro movió la cabeza, como si quisiera decir: «¿A qué vienen todos estos aspavientos?».

—Pero no sabéis lo que pasó con él, ¿verdad? La mano de Príamo volvió a cerrarse sobre el puñal; muy lejos —esta vez, a juzgar por el sonido, en un pasillo—, Casandra gritaba desaforadamente.

—¿Acaso no es cada muerte como las otras? —dijo el consejero.

—Oh, no, Metrodoro. Hay una muerte joven y una vieja. Una muerte lenta, que te mastica lentamente antes de tragarte, y una muerte rápida. Una muerte noble y una espantosa. Esto dice Enlil-Kudurri-Ushur, señor de los asirios: «Di a Prijamadu que le agradezco el oro y desprecio sus preguntas. No atacaremos a los hititas para ayudar a Wilusa; esperaremos hasta que uno haya sobrevivido debilitado y lo aniquilaremos. Dile que le envío hierro por el oro. Sus días dorados han pasado; vienen los días de hierro, mellado y voraz. Dile que el inframundo le está esperando. Dile… —en este momento se echó a reír— que su hijo está en manos de mi amigo Madduwattas». ¿Sabéis lo que hace Madduwattas las noches de luna nueva y de luna llena con los niños cuya voz aún no ha cambiado?

Metrodoro emitió un sonido sordo y se tapó el rostro con las manos. Príamo se puso pálido; miró mudo al asirio, con los ojos ardientes y despiertos, como dos pozos de horror.

—Además, el rey de Asur dijo esto: «Cuando aún vivía el rey Tukulti-Ninurta, Prijamadu llegó a un acuerdo con el conspirador Asur-Nadin-Apli. Cuando el conjurador subió al trono envió una hija a Wilusa, porque no tenía hijos; Prijamadu envió un hijo a Asur. El conjurador que se convirtió en rey murió; le sucedió Asur-Nirari. A éste lo eché del trono que estaba ensuciando. Los acuerdos de los traidores que me precedieron carecen de importancia, mientras no sirvan al país de Asur. Di a Prijamadu que puede hacer lo que quiera con la hija del conspirador muerto. Dile que ya no hay ninguna alianza entre Asur y Wilusa». Éste es el fin del mensaje.

En el sordo silencio de la sala del trono, crujió en algún sitio un objeto de madera; Ninurta volvió a oír los graznidos incomprensibles de la lejana Casandra.

Con el rostro inmóvil, y una voz que parecía salir de las bóvedas del castillo, Metrodoro dijo:

—Estás oyendo la voz de la asiria, que es de la misma edad que Helenos, hijo de Hékapa, y por eso pasa por ser su hermana gemela, hija de Prijamadu, mantenida en secreto al principio por una enfermedad.

—Cuando Ilios haya sido destruida, Madduwattas y Mopsos volverán a dirigirse contra los hititas. No antes —dijo Ninurta—. En Asur conseguí hierro a cambio de tu oro, señor. Una cantidad de oro del que le corresponde a él está en la casa de la ciudad nueva, cercana a la Plaza de las Siete Estatuas. Lo dejaremos allí. Que tus hombres lo recojan; yo no lo quiero.

Príamo miraba fijamente el puñal en su regazo.

—No me corresponde juzgar tus planes… el ataque a Alashia, la pequeña guerra contra los hititas. Son *tus* hijos, señor, y los muertos de *tu* pueblo. Pero esto te digo: Mukussu y Ulises encontrarán un camino para convertir la paz en una matanza. Cierra tus puertas, deja que los aqueos pasen el invierno aullando de hambre en la llanura, no envíes fuera un solo combatiente más. Y sobre todo: no les creas una sola palabra.

—Vete. —Fue apenas un susurro.

Ninurta se arrodilló, se levantó, fue hacia el otro extremo del salón del trono, hacia la salida. De pronto Metrodoro se puso a su lado; sus pasos, antes cansados, pero firmes, eran ahora sólo un arrastrar. El asirio echó una mirada hacia atrás. Príamo estaba sentado en el trono, derrumbado sobre sí mismo, un cadáver viviente.

Ante el salón del trono, en el pasadizo que llevaba al patio de la fortaleza, el consejero sujetó a Ninurta.

—¿Estás seguro? —dijo en voz baja.

Ninurta asintió.

—Ya veré. Pero me temo… —Respiró hondo—. Ya no tiene fuerzas. Ni para la guerra ni para la paz, ni siquiera para resistir. Tienes razón; no hubiéramos debido jugar la gran partida del poder, sino dedicarlo todo a rechazar a los aqueos. Pero…

—Demasiado tarde, ¿verdad? ¿Qué ocurrirá con… *ella*?

Metrodoro se echó a reír amargamente.

—¿Helena? Desde que Parisiti fue muerto por la flecha de Filoctetes calienta la cama de Deífobo, hijo del rey y de Hékapa. ¡Qué mujer! Deífobo jura que nunca ha derramado tanto jugo de ingle como ahora. Su vientre, su boca, sus manos; dice que no tiene más que mirarle… Y cuando está desnuda lleva tu regalo de huesos, asirio. No sé si eso te alegra.

—¿Crees que después de todas estas lunas de muerte aún podría alegrarme algo

que tuviera que ver con Helena?

Metrodoro rió ruidosamente.

—Sé indulgente con ella, asirio. Tú y yo sabemos que sólo fue un pretexto bienvenido para Acaya, ¿verdad? Un radiante pretexto homicida.

Al día siguiente abandonaron la ciudad nueva. Por la noche, en la *Plaza de las Siete Estatuas*, Tashmetu había aconsejado con vehemencia todos los que habían querido oírle que huyeran hacia el este, que abandonaran la ciudad. En el este, se decía, se habían visto las primeras tribus salvajes del norte de los estrechos, pero nada de lo que pudiera ocurrir allí sería peor que lo que traería la paz aquea. De hecho, por la mañana algunos se marcharon, cargados de equipajes… pero fueron pocos.

Ninurta calculaba que serían necesarias al menos cuatro marchas de la llanura a la bahía para llevarse siquiera la mitad del oro. Lo que correspondía a Príamo era menos de la mitad, pero ni Ninurta ni Tashmetu contaban con tener tiempo suficiente para más de cuatro marchas.

La ciudad estaba alegre; muchos rostros reían; se veían no pocos hombres vestidos con ropa clara y barbas limpiamente recortadas. Nadie parecía conocerlos, pero en la confusión y ajetreo de la ciudad no cabía sorprenderse por ello. Ninurta creyó reconocer en uno de esos hombres a un acompañante de Mukussu, pero no estaba seguro de ello.

También la llanura bullía de hombres que después de pasar largo tiempo detrás de los muros podían al fin salir libremente a sus campos (o a lo que había quedado de ellos), o querían ir con los otros a los barcos de los aqueos para echar un vistazo a los terribles héroes.

Necesitaron hasta pasado el mediodía para llegar a la bahía, retenidos una y otra vez por la avalancha de gente que volvía, por los sardanios (Khanussu sonrió al ver a Tashmetu, e inició una pequeña genuflexión), por guerreros que llevaban raros artefactos a los puntos de almacenamiento que no estaban en la playa.

En las cercanías de la orilla occidental del Escamandro se divisaba el caballo sagrado. Hombres de Mukussu y unos cuantos cefalenios de Ulises lo construían con alambre y los huesos carbonizados de los caídos. Ninurta apartó la vista; la visión le recordaba al dragón ante la tienda real de Madduwattas y le traía otros recuerdos. Eran más débiles, como vaciados por las cosas que habían ocurrido desde entonces, pero aun así no quería pensar en ello.

Los otros se quedaron en los barcos, recibiendo el cordial saludo de Bod-Yanat y los demás; pasarían la noche allí, cargarían las cosas arrastradas hasta la playa y volverían al día siguiente a la ciudad nueva. Salvo Tashmetu, para la que el ir y cargar era demasiado trabajoso.

Ninurta cambió unas palabras con Celeo; luego volvió lentamente a las últimas horas de la tarde. Quería buscar a Leucipe, a la que no habían podido encontrar en

Troya el día anterior.

Después, los acontecimientos se conectaron por sí mismos. Había muchos aqueos de ropa clara en las dos ciudades; desarmados, pero había armas por todas partes. Se les toleraba, se les hospedaba, se festejaba la paz. Luego unos hombres —¿cefalenios?, ¿arzavos?— encontraron varios muertos en una casa próxima a la Plaza de las Siete Estatuas, según se dijo, y un león de oro de Micenas que pertenecía a Agamenón. Los más importantes caudillos sobrevivientes del ejército troyano y sus aliados atendían una invitación de Ulises para beber vino junto al caballo casi terminado y discutir los detalles de la paz, de la fiesta y de la participación de los guerreros en ella.

De pronto empezaron a circular ciertos rumores. Se habían encontrado aqueos asesinados y un león de oro de Agamenón, que los traicioneros troyanos tenían que haber robado. Cientos de pacíficos aqueos eran atraídos a esquinas, nichos y celadas y apuñalados como cerdos; el campamento había sido saqueado, todos los bienes del rey Agamenón robados, Agamenón mismo castrado y mutilado.

Junto al caballo sagrado, hombres que hacía un momento charlaban desarmados echaron mano a las armas, que parecían volar desde los cercanos puntos de almacenamiento; Ulises ordenó reunir a todos los troyanos, o quizás ordenó otra cosa. Los hombres de Mukussu empezaron la carnicería, se dijo después; pero no tenía ninguna importancia saber quién empezó.

Ninurta ya estaba en la ciudad cuando oyó el griterío romper como una ola. Casi al mismo tiempo se alzaron fuegos por todas partes, fuegos que se habían encendido mucho antes de empezar el griterío. Aqueos vestidos con ropas claras, venidos desarmados a beber a la ciudad, encontraron lanzas y espadas y se pusieron manos a la obra. Las pesadas hojas de los portones de la ciudad las rodearon de piedras, auténticos muros de piedra, de forma que ya no se podían cerrar… cerrar contra el enemigo, pero también contra las propias gentes que habían estado fuera y ahora buscaban refugio dentro.

Mucho después de anochecer, Ninurta encontró a Leucipe. Desnudo, con las piernas muy abiertas, sucio y desgarrado, yacía lo que debía de ser su cuerpo, a medio paso de la cortada cabeza; la boca abierta a punto de gritar. Alrededor se derrumbaban las casas en llamas; por los ardientes callejones en llamas, con olor a incendio, a carne quemada y asfixia, los aqueos, borrachos de vino y muerte, cargados de anillos, cadenas y objetos de oro, arrastraban tirándoles del pelo a mujeres que gritaban o trastabillaban. Vio a un aqueo sobre una mujer que gritaba, desollada por la coraza y sujetada por otros dos guerreros. Las llamas lamían los pies de un hombre al que una lanza en el vientre mantenía clavado a un postigo; el hombre estaba desnudo, los labios y los ojos se movían aún, y donde habían estado sus genitales la sangre brotaba entre desgarrones de carne. Allá donde el callejón

desembocaba en la próxima calle, dos aqueos le cerraron el paso; uno tenía una espada en la mano derecha, y en la izquierda, una cabeza de mujer. Ninurta, que había tenido que matar troyanos durante tanto tiempo, le clavó con placer la espada en el vientre y bebió el goce del mandoble con el que abrió el cráneo al otro, un aqueo que sostenía un bebé por los pies y lo golpeaba contra una pared. Ninurta mataba desesperado, y al hacerlo sabía que nunca podría haber escapatoria de ese Hades. Fugazmente pensó en Tashmetu, en su hijo, en los otros del barco… ojalá que estuvieran ya en el barco; grises jirones de su pensamiento se enroscaban en torno a la honorabilidad de Celeo, que seguía siendo el responsable de la playa.

Un torrente le arrolló, troyanos que huían, que querían ir a la fortaleza, con la esperanza de hallar seguridad tras los poderosos muros. Cuando se incorporaba trabajosamente, buscando la espada entre los pies de los que huían, lo arrollaron los siguientes hombres, mujeres y niños. Su rostro se rodeó de sangre, estiércol y restos humanos, se puso en pie, tropezó, reptó a cuatro patas, se levantó tambaleante y se reencontró poco después en el patio de la fortaleza, con otra espada en la mano, rechazado por los guerreros que habían entrado y se abrían paso hacia el salón del trono pisoteando cuerpos temblorosos. No oía nada, quizá lejanos gritos a través del zumbido de sus oídos.

Fue entonces cuando vio a Menelao, con una larga espada sostenida con ambas manos; y enseguida volvió a perderlo de vista, cuando un torbellino de troyanos que luchaban, que morían, que huían lo empujó hacia un pasillo.

Oyó hablar —después— de muerte y violación de altares; de la muerte del anciano Príamo, decapitado en el altar de Zeus, de Metrodoro, al que sacaron a tirones de un rincón del salón del trono y arrastraron hasta el patio, donde le arrancaron los vestidos del cuerpo, le clavaron una lanza en el ano y lo asaron encima de un fuego mientras aún gritaba; todo eso y más, en los años que siguieron, pero vio una sola cosa.

Al extremo del pasillo, la cámara en la que los últimos sobrevivientes, empujados hasta allí por los aqueos, eran abatidos uno tras otro. En la cámara estaba Deífobo, hijo de Príamo, el último cónyuge de Helena; Menelao le cortó una mano, el brazo, el otro, y le abrió el vientre; y tres hombres y dos mujeres fueron los únicos en ser empujados junto con el asirio a la segunda cámara, más espléndida que cualquiera de las que él había visto antes (como si eso importara ahora, pensó para sí).

Y de pronto silencio, sólo gemidos y sollozos, ni un grito más, ni un tintineo, salvo a lo lejos. Por encima del zumbido de oídos, por encima de sus propios jadeos y del terrible latir de la sangre, oyó una voz, esa voz tierna y cálida que lo engullía todo, que decía «Menelao», como asombrada y alegre.

Al extremo de la cámara, junto a la cama, con niños y dos mujeres gimoteando a sus pies, estaba Helena, la divina. Estaba desnuda; no llevaba nada más que la joya

hecha con los huesos de los niños nacidos muertos. Parecía arder, a la luz mate de las lámparas de aceite: un fuego irreal y carnal, ansia y promesa y máximo horror.

Menelao dejó caer la espada, se arrodilló cuando ella apartó a los niños y a las mujeres y caminó hacia él. Con un suspiro que estremeció todo el poderoso cuerpo del gran guerrero, Menelao cayó de rodillas y hundió el rostro en la ensortijada medusa de sus muslos.

Ninurta miró fijamente al hombre arrodillado, a los guerreros que habían venido con él. Vio la perplejidad reflejada en los rostros de los hombres, que bajaron las goteantes espadas, se volvieron y se fueron. Tambaleándose, jadeante, los siguió; en el arco de la puerta, se volvió una vez más. Helena estaba allí, con las piernas ligeramente abiertas; apoyaba una mano en la cabeza de Menelao y se doblaba hacia atrás para poder mover las caderas. En torno a sus labios, una sonrisa.

En el pasillo, Ninurta cogió el escudo de un aqueo muerto. Con el escudo y la espada, caminó o se tambaleó y flotó como en un sueño, hasta el patio; no vio nada más y apenas oyó nada más, hasta que una fuerte mano aferró su brazo derecho.

—Los dioses tienen que haberte bendecido con una larga vida para que tengas más tiempo para no creer en ellos.

Era Khanussu; con él, el hombre del este y otros tres sardanios.

—Dónde…, cómo es que… —Ninurta no fue capaz de pronunciar una palabra más; se sentía como alguien que despierta de un sueño más agotador que toda la vida.

—Tashmetu nos lo pidió. Acabábamos de llevar nuestro botín a la playa cuando… empezó todo esto. —Khanussu escupió—. Ven.

En el gris amanecer, en la colina de la costa, se volvieron una vez más. La ciudad seguía ardiendo, ardían ambas ciudades, o lo que quedaba de ellas. Había puntos que se movían en la llanura neblinosa. Un fuego abrasador a la orilla del Escamandro hacía relucir al caballo sagrado.

No se veía a Celeo, pero algunos de sus hombres montaban guardia. Les había ordenado dejar marchar a los barcos. Sólo había dos remos; el resto se había convertido en leña.

Tashmetu cogió al tambaleante asirio antes de que se cayera de espaldas por la borda. Se dejó caer en la cubierta y apoyó en su regazo la cabeza de Ninurta. Una gota de lluvia, una lágrima cayó sobre la mejilla del mercader.

—Queridísimo —dijo ella en voz baja—. Oh, dioses… ¿cómo…?

Él parpadeó, intentó apartar el velo de sus ojos. En el muelle, más allá de la borda, a millas de distancia de él, vio de pie a Khanussu.

—Leucipe… —graznó Ninurta. La lengua era una gruesa serpiente que quería volver a la garganta, a su nido.

—¿La has visto? —dijo Tashmetu.

Él asintió débilmente.

—Dale a Khanussu el *Bateia* —murmuró.

—Ya lo tiene; los marinos están con nosotros. Así que no tenemos que esperar a Leucipe…

Tsanghar se arrodilló junto a él y Tashmetu le acercó una copa con vino rebajado a los labios.

—Sólo dos remos —dijo mientras lo hacía—. No necesitamos ninguno. Dáselos a ellos, princesa.

Lentamente, se aclaró la mirada de Ninurta. Vio a los otros, que bajaban la vista hacia él con no poca preocupación, y vio la vela en el mástil, que no se movía. No había viento.

—¿Cómo? —dijo.

—El artefacto de Tsanghar. —Tashmetu levantó la mano y señaló al sardanio—. Llevaos los remos. Nos encontraremos en el extremo sur de Tenedos. Que los dioses te protejan, amigo.

Luego Tsanghar desapareció, mientras Khanussu levantaba el brazo en señal de despedida y gritaba:

—Que os vaya bien, hasta luego. Respira hondo, hermano Ninurta; hay más vida en ti de lo que crees ahora.

Los marinos apartaron el barco del muelle con las piernas y con lanzas. Algo crujió y dio un zumbido; el *Provecho de Keret* se puso lentamente en movimiento.

Al cabo de un tiempo, un tiempo precioso que llenó con dejar yacer la cabeza en el seno de Tashmetu y mirar su rostro, sus ojos, que le ayudarían a olvidar ese otro seno y el seno desgarrado de Leucipe y el seno incendiado de la ciudad, que ya no daría a luz más hijos… sintió que podía volver a moverse.

Corinnos le ayudó a ponerse en pie, luego Tashmetu. Ninurta se detuvo, vaciló, se tambaleó, pero no cayó. Tomó otra copa de manos de Bod-Yanat, la vació a lentos y pequeños tragos y miró hacia la costa, que estaba ya tan lejos que no se distinguían hombres individuales. El *Bateia*, impulsado por los dos últimos remos, navegaba un poco más atrás, y seguía sin soplar ningún viento.

—¿Qué ha inventado ese demonio? —preguntó.

Tashmetu le cogió de la mano.

—Ven, míralo tú mismo. —Lo llevó hacia popa. Tsanghar estaba sentado en un estrecho banco, a su lado un marino en un asiento parecido. Ambos bancos eran altos; debajo tenía cada uno un par de manivelas, a izquierda y derecha, sujetas a los pies de los hombres con finas correas. Las manivelas impulsaban unas ruedas que engranaban con otras ruedas mayores, que a su vez, con dientes más grandes, mordían otras ruedas dentadas aún mayores, que en la parte exterior, por debajo de la zigzagueante corona de dientes, tenían una especie de moldura. Por encima de estas molduras corrían sogas que llevaban a las cajas en las que Tsanghar había estado

trabajando. Dentro chirriaba algo, y bajo la popa chapoteaba el agua.

Ninurta fue a la caja, levantó la tapa y miró el interior. Abajo, fuera del barco, en el agua, giraba un gran cilindro equipado con palas hechas de finas placas de bronce, todas sujetas con alambre. Movió incrédulo la cabeza, cerró la tapa de la caja y se volvió hacia los otros. Sólo entonces se dio cuenta de que el *Provecho de Keret* ya no tenía castillo de popa; de lo contrario, la caja hubiera estado demasiado lejos del agua. Vio que Tsanghar y el otro hombre estaban sentados cara a popa, y movían las manivelas accionando con los pies.

—Tenemos que sentarnos así, señor —dijo Tsanghar—, porque de lo contrario iríamos hacia atrás.

Ninurta buscó la mano de Tashmetu. Éstas eran todas las delicias que jamás ansiaría, se dijo. Esa mano, los dedos entrelazados con los suyos; la visión de la costa del horror que se alejaba; unos pocos buenos hombres, amigos, y el aroma impagable del agua de mar, las cuadernas mojadas, las cuerdas húmedas.

—¿Atrás? —dijo—. Eso es lo que tenemos que evitar.

CARTA DE CORINNOS (VIII)

¿Qué más puedo escribir? Conoces lo que después sería digno de mención, y no hace falta tratar las cosas que no lo son. La madurez de un niño estúpido, por ejemplo, o la lenta curación del asirio. Estoy seguro de que él nunca te habló de ello, así que también yo callaré que pasaron muchos días hasta que el niño dejó de gritar en sueños y, en la vigilia, fue pareciéndose poco a poco al Awil-Ninurta que todos conocían. Yo no le conocía de antes…

Al principio, cuando él y el sardanio y una espada prolongaron desmedidamente mi insignificante vida, fueron pocos días los que tuve para conocer a quien no decía mucho, a un chico que no se habría dado cuenta de ello.

Había pocos barcos aqueos en camino, en torno a Tenedos o navegando hacia el sur; la mayoría de los buitres hurgaban en la carroña o retozaban allá donde se amontonaba. El cuerpo de Tashmetu se hizo más pesado, un exquisito fruto divino (el único fruto maduro que merece la pena mencionar, si no se piensa en el fin) y en el encuentro con el *Bateia* Ninurta dejó en sus manos las decisiones; decía que ahora ella tenía dos cerebros y dos hígados y, por tanto, estaba mejor preparada para todas las cosas difíciles que él, al que en Ilios le habían quitado partes importantes.

Una vez establecido que Khanussu entregaría el *Bateia*, demasiado grande y demasiado caro para él y los otros sobrevivientes, al gobernador del puerto de Yaliso (o a Menena, si se le podía encontrar), seguimos navegando con viento favorable hacía el sur, o pedaleamos hasta que el cilindro con palas de popa (¿cómo he de llamar a ese aparato?) de Tsanghar se caía a pedazos. Casi todo el tiempo pedaleábamos, porque, como sabes, en otoño los vientos no ayudan a viajar hacia el sur. Entonces lamentamos que Tsanghar y Bod-Yanat hubieran quemado toda la madera del antiguo castillo de popa, ya que hubiéramos podido hacer remos con ella.

Atracamos en una de las mil islas —trabajosamente, con el traqueteante resto del cilindro de palas— y compramos madera para hacer remos nuevos. Ya sabes que las cosas siempre son como no debieran ser. Si buscas algo sin encontrarlo durante largo tiempo y has gastado tu plata en otra cosa, puedes estar seguro de que lo largamente anhelado se te ofrecerá en cuanto ya no tengas plata suficiente; y si esperas la lluvia para que no se pierda tu cosecha, empezará a caer en abundancia en cuanto con el tejado de tu casa hayas hecho cubos con los que llevar agua a tu sembrado desde un manantial lejano. Así ocurrió también en esta ocasión: apenas tuvimos remos nuevos el viento cambió, hinchó las velas y nos llevó hacia el sur.

Me temo que no puedo escribir mucho, aparte de estas observaciones sin importancia; porque entonces, pasado de tonto chiquillo a doblemente tonto

adolescente, me ocupaba sobre todo y muy especialmente de mí y de ciertas pérdidas. En todo caso, no había mucho que observar; navegábamos, anclábamos en bahías lo más solitarias posibles, porque ninguno de nosotros había superado suficientemente la saturación de acontecimientos como para anhelar noticias; comíamos, bebíamos, dormíamos, izábamos la vela y seguíamos nuestra ruta.

En lo que a las pérdidas se refiere, yo había cometido (movido, cuando no empujado y favorecido por Tsanghar) la inauguración de lo que tengo que llamar virilidad, porque no se me ocurre una palabra peor, primero con una, luego con otra joven de la ciudad nueva de Ilios (cometido, sí, igual que se comete un crimen, Djoser, o una necia ceremonia, no una artística representación), y sufría amargamente por no saber qué había pasado con ellas. Les pedí a las dos, loco de mí, a las dos a la vez, que vinieran conmigo, y en su inconmensurable, aunque en modo alguno desmedida bondad, Tashmetu suspiró su aprobación. (Hay muchas clases de suspiros, rome: suspiros de renuncia, de aprobación, placenteros, carentes de placer, de rechazo, maldicientes, satisfechos, lamentables, de queja, acusadores, denunciadores…). Las dos consideraron la posibilidad de venir, si la otra se quedaba en casa; las dos se negaron (junto con sus familias) a dejar la ciudad y embarcar rumbo al este. Así que después de sufrir por no saber lo que podía haber ocurrido, sufrí, se puede suponer, con lo que tenía que haber ocurrido. Después, durante y cuando no habíajadeos en busca de aliento sufrí por no haberme llevado en la primera marcha, que fue la última, mis mil rollos de papiro. Los rollos con las finas, inventadas, pegajosas historias que los flexibles dedos de Tsanghar habían impreso en múltiple versión sobre hojas con las estampillas en signos cananeos; no los pobres rollos en los que, primero, llevé a cabo la mísera copia de la realidad (y volví a llevarla a cabo, como se comete un abuso o ese oprobio que consiste en preferir lo útil y sin esencia a lo sensatamente inútil). Y, naturalmente, los signos de Tsanghar, que, como su útil apoyo de silla para los caballos, transformados en humo por el noble fuego sacrificial de los aqueos, ascendieron a los cielos, que sin duda alguna no están habitados ni por hombres ni por dioses y tienen que ser por tanto muy habitables.

Pero todos sufrían; yo no estaba solo, y podía disfrutar a conciencia del sufrimiento, porque, como todos sabemos, el sufrimiento compartido es doble alegría para el que no lo padece, pero cuádruple mal para el abatido.

También Menena sufría, según afirmaba: se había entregado a la refrescante esperanza de no tener que volver a ver a ninguno de nosotros. Los mejores hombres de Yaliso se habían esfumado, según decían los primeros rumores, en la heroica embriaguez de la sangre, así que no hizo falta que le conmoviéramos. Nos abrazó llorando a todos, incluso a mí, al que nunca había visto antes, y me dijo:

—Deja que te abrace, muchacho, porque aún no te conozco y puedo suponer

durante un rato que, al contrario que éstos, mereces que se te abrace.

16. RUINAS

El otoño fue frío y turbio; fue un triste retorno a la isla. En el puerto de Yaliso, adonde hasta entonces no había vuelto ninguno de los hombres que se habían marchado a la guerra, se hablaba de las numerosas matanzas; el hecho de que hubieran visto vivo al príncipe Celeo, o al menos a sus hombres, en la costa, daba a los que se habían quedado en casa alguna esperanza, pero ninguna certeza.

En Yaliso recogieron algunas mercancías que Menena había amontonado y a dos hombres, rescatados de unos restos flotantes por un pescador de Rodas: hombres del *Tiempo de Dagan*. Hablaron de una peligrosa ruta hasta los apartados puertos hititas, del mal comercio, porque todo estaba en suspenso debido a la guerra y nadie encontraba mucho gusto en las cosas bellas… O quizá gusto sí, pero no la plata necesaria para estimularlo. En el viaje de vuelta, comentaban que, gracias a una ruta fuera del tránsito conocido (ensalzaron la ingeniosa malicia de Tarhunza), habían conseguido eludir a una manada de sarnosos barcos piratas. Sólo para ir a parar a las inmediaciones de un combate naval que terminaba entre hititas y alashios y ser abordados y hundidos por dos barcos de guerra hititas.

Tarhunza. La gigantesca mujer hitita. La que nunca titubeaba, siempre ruidosa, siempre tosca, eternamente servicial:

Ninurta, igual que los otros, no sabía cuál de los mil dioses hititas era el responsable de las fangosas tumbas en el fondo del mar, cuáles eran los peces que ponían sus huevos en los cuerpos que se hinchan, cuál la selección de las reales larvas, cuáles las nobles anguilas y demás príncipes de la carroña; pero sacrificaron en el altar de Menena a todos los dioses imaginables y algunos imposibles, una morena, un carnero, un cochinillo, y hubo hierbas y vino, para que todos acogieran a la hitita y al resto de la perdida tripulación.

De Minyas, que había viajado a Ugarit y tenía que seguir una ruta de regreso similar a la de Tarhunza, Menena no sabía nada, igual que de Djoser. El barco que había llevado a Lamashtu a Troya había vuelto sin sufrir percance alguno, dijo Menena. Luego lloró cuando Ninurta le informó de la muerte de Leucipe; apenas había conocido a la troyana, pero eso no era sino una ventaja. Y lloró más cuando al fin contó que el ruidoso sidonio Zaqarbal y su concubina de boca de carpa y ondulantes caderas habían vuelto sanos y salvos.

Corinnos se asombró cuando la susurrada palabra *shashammu* —el nombre asirio de la especia que los aqueos llamaban *sésamo*— les abrió el acceso a la gruta; pero se asombró aún más con las riquezas almacenadas en la isla en cuevas y edificios y con la habilidad de los más de cuarenta mercaderes y artesanos. Pero al principio su asombro fue menor que el dolor de los otros.

Sólo el *Kynara* de Zaqarbal estaba ante la playa, en el agua dulce de la gruta de atrás. Tras un enérgico y melancólico saludo, el sidonio dijo:

—Está infestado; cuando el agua dulce lo haya limpiado de gusanos y de algas, lo pondremos en dique seco y los armadores tendrán trabajo suficiente para divertirse durante medio invierno.

—¿Qué ha sido de Tólmides y su gente? —dijo Ninurta.

Estaban en la cornisa del muelle, rodeados de rostros somnolientos de artesanos, criados y amigos. Corinnos, que aún no participaba de todo esto, volvía la espalda al interior de la isla y a sus gentes y admiraba los enormes artefactos, obra de Tsanghar, que acababan de cerrar las pesadas puertas de la gruta.

La alegre sonrisa de Zaqarbal se transformó en una máscara de tristeza. Como tallada en mala piedra por mano torpe con un cincel defectuoso, pensó Ninurta. Máscara que debe decir a quien la ve que ha ocurrido algo que causa tristeza, aunque el que lleva la máscara no la comparta. ¿Por qué? ¿Porque al llorado le había conocido demasiado?

—Pasó el invierno entre los libu, como suponíamos. En primavera partió de allí…

—¿De dónde exactamente?

—Del borde oriental de la teta. —La máscara desapareció; Zaqarbal se volvió, buscó—. Por cierto, ¿dónde está *Kynara*?

Ninurta rió.

—En el borde occidental del pecho de Tashmetu; ahí delante. Sigue.

—Ah. Bien. En primavera, pues. Querían ir al norte, hacia la larga isla… a Guruttis, en la costa sur; Gortina, como dicen los aqueos. Desde luego no directamente; sólo al puerto de la ciudad, ¿comprendes? Supimos que allí hubo poco después de empezar la primavera graves tormentas. Muchos barcos se perdieron, o como se suele decir… se vertieron en el seno de la diosa de las olas o huyeron de los brazos del señor de las nubes a las rocas de Poseidón. —Extendió los brazos—. Nadie ha visto nada…, ni restos, ni cadáveres, ni nada. Tampoco en ningún otro puerto.

Kynara había puesto fin a su extenso saludo a Tashmetu (y al aprobatorio palpado de su vientre), había palmeado los hombros de los marinos, besado en la mejilla a algunos hombres (y a Tsanghar en ambas mejillas y en la boca); luego fue hacia Zaqarbal y Ninurta, abrazó al asirio, le besó, lo apartó un poco de sí y dijo, casi con reproche:

—Tonto y viejo hombre de Sidunu, ¿no ves que ha visto cosas peores que cualquier muerte que pueda haber sufrido Tólmides?

Zaqarbal torció el gesto.

—No. ¿En qué se ve una cosa así, oh espinoso fruto de dura cáscara?

—En los ojos. —Volvió a mirar a Ninurta—. Tanto dolor.

—Me asombras. —El asirio puso las manos en sus caderas—. Si eres tan perspicaz, oh la más hermosa de las hijas de Alashia, ¿cómo puede ser que sigas al lado de este necio sidonio?

—Ella sabe que mis defectos interiores son menores que mis ventajas exteriores.

—¿Lo oyes, inteligente Awil-Ninurta? Dice la verdad. Donde no hay pensamiento, no molesta su falta de profundidad. —Soltó al asirio, sonrió y se volvió hacia Zaqarbal; su muslo, apenas cubierto por el fino *kitun*, se deslizó entre las piernas del cananeo.

—Eh. ¿Quién es ése? —Zaqarbal señaló con la mandíbula a Corinnos, que estaba junto a Tsanghar y miraba los muchos rostros desconocidos como si estuviera un poco asustado.

—Un chico.

—¡No me digas!

—Déjame explicarme, pedazo de idiota. Hijo y nieto de wilusios, llevados a Acaya como esclavos por los aqueos, tras la primera destrucción. Es una especie de hijo adoptivo de Palamedes. Lo era… Palamedes ha muerto.

—¿Y entonces se te colgó a ti? ¡Cómo se va de lo malo a lo peor!

Pasaron varios días hasta que se acostumbraron los unos a los otros y a la vida en la isla. Ninurta se sorprendió a sí mismo; estaba seguro de que en ese tranquilo entorno se sentiría al principio como un náufrago, sobrecargado de recuerdos del naufragio. Tocar viejos objetos, familiares, carentes de importancia, le ayudó un poco, igual que el trato con amigos y el ocuparse de las cosas habituales del día; todos ellos —hombres, mercancías, listas, conversaciones, comidas— abrían poco a poco el lecho de un río por el que las turbias aguas de su lago interior podían afluir a una desembocadura, que al principio tan sólo en las noches silenciosas alcanzaban la laguna que era el oído de Tashmetu, pero después fluyeron al mar invernal del ocio de todos y se mezclaron con él.

Leucipe. Tarhunza y su tripulación, salvo dos hombres. Tólmides con toda su gente. Calcularon y ponderaron las pérdidas, las aprehensibles, en barcos y bienes, igual que las inaprehensibles: rostros familiares que jamás volverían. Luego volvió Minyas, ocho días después del *Provecho de Keret*, y otros cinco días más tarde Djoser con el *Yalussu*. El rome contó que había dejado el *Bateia* en el puerto de Yaliso… Unos desconocidos se lo habían entregado a Menena, pero su agotada tripulación apenas estaba en condiciones de llevar *un* barco hasta la isla.

—¿Qué has visto? —preguntó Zaqarbal, cuando estuvieron sentados, la primera noche, en el comedor común.

Bebieron vino caliente especiado, «para fortalecerse contra la injusticia del Ser», comentó Kynara. En la mesa se apilaban las exquisiteces de Ubariya: pan caliente; empanadas rellenas de carne picada y hierbas; pichones asados, rellenos de vísceras

picadas y sazonadas con especias; un pez espada entero; cuencos con toda clase de salsas, bandejas de verduras, montañas de fruta. En medio, como enterrados bajo los alimentos, había regalos: regalos de los que habían quedado en casa a los sobrevivientes que habían regresado… finas tallas, figuras de hueso, tejidos, adornos de metal, todo insignificante pero, sin embargo, precioso como gesto.

—¿Qué has visto? —repitió Zaqarbal, dado que Djoser no respondió de in mediato—. Ah, he olvidado que los romet son ciegos de nacimiento y la educación les hace olvidar también el oído.

Minyas sonrió dulcemente. Dejó sobre la mesa, casi a regañadientes, el bordado que tenía en la mano y contemplaba (un barco en una bahía verde, al pie de una montaña que era un suave pecho con un pezón como un brote), se peinó la recortada barba con las puntiagudas uñas y carraspeó: un rumor de dos voces, como la profunda vibración de una gruesa cuerda con un claro tintineo superpuesto.

—Habrá visto lo que todos vimos. Lo que tuvimos que ver. Ruinas sin nuevo comienzo aquí, esperanza de pervivir allá.

El relato de Minyas de Ugarit y de los otros puertos del este les había entretenido las noches anteriores. Nada parecía haber cambiado allí, y sin embargo todo era distinto. Apenas llegaban mercancías de los territorios al norte del Otro Lado, como se llamaba a Acaya y las islas habitadas por aqueos o descendientes de micénicos; difícil y prolija reanudación del comercio con los países en torno a Babilu, después de que los hititas prohibieran todo contacto con Asur y los romet suspendieran el comercio con el país, porque en las estepas y desiertos los más antiguos socios comerciales se convertían en tribus de ladrones; cambio de las ciudades dependientes de los hititas a la condición de suministradores de guerra («Hamurapi tiene que aportar barcos y combatientes, ya no tiene plata suficiente para nuestras cosas»); relatos sobre peregrinaciones de fugitivos; quejas por los barcos perdidos, desaparecidos, y los hombres que llevaban a bordo, que se habían atrevido a acercarse demasiado a las costas de Alashia, donde se seguía combatiendo…

Djoser puso ambas manos en torno a una copa, como si tuviera que calentarla.

—En verdad, sidonio, no he visto nada y he oído menos que nada. Por eso no quiero aburrirte a ti ni a los otros con historias inventadas.

Tashmetu suspiró de forma apenas audible.

—No seas suspicaz, amigo. Sabes que la lengua de Zaqarbal es una víbora que ya no tiene veneno, pero intenta que no se sepa.

—¡Cómo ve a mi través! ¿Ve a mi través acaso? —Zaqarbal miró a su alrededor —. ¿Y bien?

Kynara volvió los ojos sin decir una sola palabra. Igadyaé rió entre dientes. Kir’girim se puso en pie, cogió un cuenco de arcilla con agua destinado a limpiarse los dedos, fue hacia Zaqarbal y lo vació sobre su cabeza.

—Un baño de víbora —dijo—. Continúa, Djoser, no te hagas de rogar.

El rome se limpió la boca; Ninurta vio algo así como el rastro de una sonrisa que se esfumaba.

—Bueno, como deseéis… pero ha sido un viaje sin acontecimientos.

—Lo que significa que hizo buenos negocios y rehuyó todo lo que hace interesante la vida, como las matanzas y las tempestades.

Kynara cogió la cabeza de Zaqarbal, la atrajo hacia sí y le susurró algo al oído; el sidonio gimió.

—Oh, sí. Ésa es una amenaza tan terrible que en adelante me callaré.

Shakkan el herrero, con las piernas cruzadas sobre un montón de mantas a los pies de una antigua estatua de Ishtar, estiró la cabeza como una tortuga; la cabeza arrojó una sombra informe, y el cáliz que tenía en el regazo, iluminado por la luz de una antorcha que ardía junto a Ishtar, se extinguió.

—No sé lo que me emociona más…, si la enigmática amenaza de Kynara o el anuncio de Djoser de que va a hablar.

Ninurta dio unas palmadas.

—Guardad silencio, amigos. Dejad hablar al rome.

Djoser cerró los ojos, se echó hacia atrás y empezó. Con voz monótona y serena, habló de los puertos, las mercancías y las gentes. Ninurta cerró también los ojos para poder escuchar mejor. La narración contenía todo lo que había que saber, y Djoser hizo resplandecer aquellas cosas que el asirio apreciaba especialmente en él: sobriedad, aguda observación, preferencia de las cosas sobre los sentimientos. Se enteraron de las circunstancias en Cnossos y en Cidonia, donde la ausencia de los príncipes y de muchos hombres era palpable, pero no había producido grandes cambios; de Citera… y en este punto el curtido rostro se animó, de forma que Ninurta abrió los ojos.

—En el puerto de Citera me dijeron que debía hablar con un hombre, al-i sí, y con su mujer, con ambos; fue cuando estaba haciendo preguntas sobre la situación en las grandes ciudades del Peloponeso. Así que visité a ese hombre. Vive en una casa blanca sobre la playa de la costa oriental, a las afueras de un pueblo de pescadores que no tiene nombre. Desde la terraza se disfruta de una vista concienzuda…

Zaqarbal le interrumpió; con un retintín casi infantil en la voz, dijo:

—¿No puedes decir «hermosa vista» o «impresionante» o «agradable» o algo así? Concienzuda, ¡bah!

—Concienzuda —repitió Djoser—. Una vista concienzuda de las islas al extremo sur de la gran bahía de Argos. Allí vive con su inteligente esposa…

—Todas las mujeres son inteligentes —dijo Kal-Upshashu—. Así que no es preciso que pongas ese adjetivo.

—Permite que sea de otra opinión. —Djoser se puso serio—. Lo que sé de

algunas mujeres babilu aquí, me hace comprender claramente la inteligencia de otras. Con su mujer y tres hijos pequeños. Antes viajó mucho; probablemente se trajo a su mujer de Tirsa… se supone que robada a una tribu, a la que los vecinos robaban continuamente las mujeres. Esto, dicho sea de pasada, no hace al caso.

—Me asombro —dijo Kynara—. ¡Djoser diciendo algo que no viene al caso!

—Ambos viven allí, miran hacia las islas y se esfuerzan en instruir a sus vecinos en la lectura y la escritura.

—No es cosa muy inteligente. —Achikar, el armador, movió lentamente la cabeza; luego encubrió su sonrisa llevándose la copa a los labios—. Una forma absurda de aumentar la suciedad y la ignorancia, el escribir.

Djoser se cruzó de brazos.

—¿Debo hablar o callar?

—Habla —dijo Tashmetu—. Nosotros callaremos por ti.

—Mercaderes y peregrinos se detienen a menudo a descansar allí; por eso, la casa es una suma de conocimientos, importantes e insignificantes. —Djoser miró a Corinnos, sentado detrás de Ninurta—. Esto puede alegrarte, hijo adoptivo de Palamedes. Allí oí, entre otras cosas, que el anciano Nauplio, padre de Palamedes y…

Ushardum emitió un profundo y gutural gruñido; echó mano al león alado de tres cabezas que había tallado para Djoser en una vértebra dorsal de una ballena y agitó en el aire el refinado monstruo, delante del rostro del rome.

—Ahórranos el árbol genealógico —dijo—. Sabemos que Nauplio es viejo, señor de Nauplia, que en sus años jóvenes quiso ser timonel del *Argos*, pero fue rechazado por Jasón y los otros por no ser aqueo, sino descendiente de príncipes micénicos. ¿Qué pasa con Nauplio?

—Te agradezco, noble Ushardum, que digas más de él de lo que yo pensaba decir. Nauplio está preocupado y enfadado con la muerte de su hijo… Mercaderes que cruzan el mar describieron los turbios acontecimientos. Nauplio hace ahora lo que puede hacer un viejo malicioso: cuenta las cabezas de los aqueos vivos capaces de llevar armas, los descendientes de las viejas estirpes principescas vivos capaces de llevar armas, y dedica su atención a la resistencia a las sacudidas de tronos y de camas.

Las comisuras de la boca de Ninurta temblaron.

—Bellamente expresado, amigo mío, ¿y qué? ¿Cuál es el resultado de todo ese contar cabezas y comprobar resistencias?

—Entre otras cosas, esto: Atreo, el primer soberano aqueo fuerte, creció en una noble familia micénica, como hijo adoptivo. Una de las razones por las que la serie de sus antepasados por la rama paterna comienza en Zeus es porque no conoció a su verdadero padre. En esta estirpe principesca había un bebé de la misma edad, Tiestes, hermano de leche de Atreo… Conocéis el resto de la historia, ¿verdad? Cómo Atreo

alcanzó el poder entre los jornaleros aqueos al adoptar a Tiestes, todo eso. Tiestes vivió largo tiempo como un no príncipe, privado del poder y de sus derechos…

Minyas gimió:

—¿Tengo yo, noble cretense, hombre de Kefti para ti, rome, tengo que soportar que este bruto del país de los juncos retuerza mi lengua y escarnezca mi idioma? «No príncipe», ¡oh dioses!

Djoser prosiguió, impertérrito:

—Vivió largo tiempo y engendró un hijo, que hoy tiene la edad del nieto de Atreo. Este hijo, Egisto, fue sacado por Nauplio de no sé qué bosque apartado, lavado y educado un poco, hasta que supo comportarse como un verdadero micénico.

—Sospecho cómo sigue —dijo Tashmetu. Contrajo el rostro y se llevó una mano al vientre—. Calma ahí dentro. ¿A quién envió el anciano a ese Egisto…? ¿A qué trono?, ¿a qué cama?

Djoser acarició a la ugarita con una mirada en la que Ninurta leyó una incómoda mezcla de deseo, recuerdo y renuncia.

—La más inteligente de las mujeres… ¿qué cama sería más suave para un micénico que la de una micénica? ¿Y qué trono más elevado que el del jefe supremo de los aqueos?

—¿Agamenón? —Corinnos escupió el nombre: no fue una maldición, pero le faltó poco.

—Clitemnestra, hermana mayor y no menos hermosa que la incomparable Helena, hija de vieja estirpe micénica, cuyo último brote, Tindareo, cedió el dominio de Esparta a Menelao el tonto. Clitemnestra, esposa del poderoso Agamenón, que le quitó a su querida hija Ifigenia y la sacrificó a los dioses, según dicen, o al menos no impidió el sacrificio.

—¿Y? ¡No nos hagas sacar una por una las míseras larvas de tu discurso de la espesura de tus ollares, hombre! —dijo Zaqarbal.

—¿Qué más quieres? Egisto no se sienta en el trono de Micenas; lo administra Clitemnestra, como es lo inteligente y tranquilizador en ausencia de Agamenón. Pero Egisto está junto al trono y se acuesta en la cama de Clitemnestra…, la cama de Agamenón. Juntos han empezado a ocupar los cargos más importantes en la corte, en la administración del patrimonio, en las filas de los combatientes, con descendientes de micénicos, y a desplazar a los aqueos. Los hijos sobrevivientes de Clitemnestra, un adolescente llamado Orestes y su hermana pequeña Electra, adoran a su heroico padre más allá de los mares, pero supongo que pasará algún tiempo antes de que regrese Agamenón, y cuanto más tarde tanto peor para él.

Después de haberse enterado de todo esto, dijo, navegó «con pensativa firmeza» hacia Nauplia y allí supo, de labios del vengativo anciano, que procesos similares estaban ocurriendo también en otras ciudades aqueas.

Corinnos se movió inquieto en su asiento; Ninurta le puso una mano en la rodilla y dijo:

—¿Qué versión de la muerte del amado Palamedes le contaron los mercaderes?

—Que Palamedes murió en un pozo, cuando paseaba con Diomedes y Ulises. Nauplio afirma que su hijo nunca tuvo la tentación de bajar a un pozo, cuya finalidad al fin y al cabo es otra; de ahí sacó la conclusión de que en la muerte participaron menos los pozos que sus compañeros de paseo, que como cocaudillos obtendrían con la muerte de Palamedes más poder y mayor parte en el botín esperado.

—Un sencillo e inteligente pensamiento. —Ushardum asintió repetidas veces—. ¿Se sabe cuándo volverán los aqueos? ¿Han partido ya? —Miró a Ninurta—. Estaban a punto de terminar cuando tú te fuiste, ¿verdad?

Ninurta no respondió; señaló con la mandíbula hacia el rome.

Djoser sacudió la cabeza.

—Los menos de entre ellos.

Mencionó brevemente su estancia en el puerto de Awnas y el viaje a las costas del norte, ampliamente destruidas; luego habló de aquel puerto que antaño había pertenecido a los troyanos y ahora era tierra de nadie.

—Algunos, pocos, han zarpado; la mayoría está adaptando sus barcos, que de lo contrario no podrían albergar la carga del inmenso botín. Además, ya es tarde… demasiado tarde para arriesgar el viaje con los rigurosos vientos del norte y el oleaje invernal. Están en la llanura, parcheando sus barcos, contando sus riquezas. Regresarán en primavera.

—Has… —dijo Corinnos.

—No he, hijo adoptivo de Palamedes. No era mi misión advertir a los aqueos de lo que puede esperarles en casa.

—¿Qué aspecto tiene Troya? —dijo Ninurta.

—Todos los buitres de las llanuras orientales mantienen asamblea allí. La ciudad nueva no ha existido nunca; las ruinas de la antigua ciudad baja se han precipitado o han sido arrojadas al Simois y casi han puesto diques y han desviado el río. Donde vivisteis, todo ha vuelto a ser ciénaga. ¿La fortaleza? Una sombra en el recuerdo, igual que la ciudad baja. En el interior, se dice que los últimos troyanos viven de raíces y gusanos. Aún no se atreven a salir.

Tras largo silencio, Ninurta preguntó:

—¿Has hablado con gente importante?

—Ah, ves tú, casi lo había olvidado. —Djoser sonrió—. Ulises te envía saludos; como hermano de armas.

Ninurta rechinó los dientes.

—Gracias.

Djoser se cruzó de brazos tras haberse metido un hueso de codorniz entre los

dientes. A través de tal obstáculo, dijo:

—¿Rechinas los dientes, mi amigo y maestro? Ahora mismo vas a rechinarlos más.

—¿Por qué?

—El príncipe de Ítaca dijo que en la limpieza, así lo expresó, en la limpieza de la ciudad baja se habían encontrado grandes cantidades de oro que son tuyas. No quiso dármelas porque todo, según dijo, había de ser ordenado, clasificado y repartido. Cuando preguntó, le expliqué cómo puede encontrarnos. Dudé un poco; luego pensé que es mejor recibir una gran cantidad de oro que renunciar a ella. Además pensé que es un viejo socio tuyo, Ninurta, y, como dice él, hermano de armas. Noble príncipe de Ítaca. ¿A quién, si no a él, se le puede revelar el camino a la isla?

—¿Se lo dijiste todo? ¿Isla, ruta, la palabra *shashammu*?

—Así es. Y antes de que me lo reproches… no fue un error, cometido por ligereza, sino tras mucho reflexionar. Si fue un error, lo fue enteramente intencionado.

Silencio. Zaqarbal movía una y otra vez la cabeza, sin mirar al rome. Hubo un momento en que Kir'girim rió de pronto; puso la mano en el hombro de Kal-Upshashu y dijo:

—El más astuto de todos los aqueos. El más malvado de los príncipes. El hombre cuyos escrúpulos pesan menos que el pedo de un pájaro… Me gustaría verlo. ¿Qué opinas tú, hermana?

Kal-Upshashu se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Estamos de acuerdo, como de costumbre. Me alegro ya esperando la primavera. No le hagáis reproches al pobre Djoser, amigos… él no podía saberlo, y sin duda será divertido.

—Ah, una cosa más. —Djoser hablaba deprisa, esforzándose a todas luces en desviar con más noticias la atención de algo que a la mayoría le parecía un imperdonable error—. Esa mala herida de Filoctetes: o el veneno de la flecha era demasiado antiguo, o veneno de víboras de menor eficacia, según se dice… Se ha curado, y adivinad quién le ha curado. —Miró a su alrededor, desafiante.

Alguien propuso los arzavos, otro los troyanos prisioneros, entre los que seguro que tenía que haber médicos.

—Incluso hijas de reyes —dijo Djoser—. Casandra, por ejemplo.

—¿Casandra? —Ninurta rió entre dientes—. ¿Promete a los aqueos un invierno agradable y un feliz retorno?

—Se dice que cuando Agamenón le quitó la túnica negra, debajo apareció un sabroso —son palabras de Ulises—, un sabroso cuerpo. Ulises dijo: «Ahora tiene que abrir las piernas para Agamenón, y siempre le profetiza que esta vez no lo conseguirá y él está totalmente agotado, el pobre, de demostrarle con tanta frecuencia que no es

una buena vidente». No, Casandra quizás haya arrancado las fuerzas a Agamenón, pero no se las devolvió a Filoctetes. Adivinad un poco más.

Tashmetu sonrío todo el tiempo; por fin, dijo:

—Naturalmente Lamashtu; siempre fue buena con las hierbas, ¿verdad?, y aún aprendió más de Kir'girim y Kal-Upshashu. ¿Qué hace ahora?

Djoser se inclinó hacia delante en el asiento.

—La mujer más inteligente de todas las costas… Si tu… vuestro hijo, es la mitad de inteligente que su madre…

—… y la mitad de hermoso que el padre, será tolerable —dijo Zaqarbal—. ¿Qué pasa con Lamashtu?

—Curó a Filoctetes y a unos cuántos más. Y luego se marchó. Con Mukussu.

—Viertes en abundancia un cuerno de increíbles novedades sobre nosotros. —Ninurta frunció el ceño—. ¿Con Mukussu? ¿Cómo? ¿Como médico de la tropa?

—Como amante de Mukussu.

—Ah. ¿Concubina del segundo hombre más poderoso de Arzawa?

—A veces hay que tumbarse para subir. —Zaqarbal bostezó, se desperezó, contempló las sombras de sus brazos entre los recipientes sobre la ancha mesa, asintió, como si estuviera satisfecho con el juego de la luz, la oscuridad y las formas, y dijo—: Por ahora, tengo bastante. Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo? Por ejemplo, de qué va a ser de nosotros y de los barcos.

—¿Qué quieres decir, estaca de mi carne? —dijo Kynara.

—Tashmetu y el *Provecho de Keret*, Ninurta y el *Yalussu*, Minyas y el *Gorgo*, yo y dos veces *Kynara*, cómo voy a soportarlo, Djoser y la cosa, digo, *Pistilo de Djoser*. El barco ya está listo en Yalussu; y además el *Bateia*. ¿Sabéis vosotros dos si el año que viene vais a navegar juntos, o quizá no vais a navegar porque preferís escuchar en la isla los llantos de vuestro cachorro? ¿Qué va a pasar con el *Bateia*?

—Un barco sin propietaria. ¿Hay alguien que quiera invertir riquezas en la empresa y hacerse cargo del *Bateia*? —Ninurta miró a su alrededor—. ¿Alguno de los artesanos quizá? ¿Tsanghar?

—Déjanos discutir primero esta difícil cuestión —dijo el gasqueo—. Soy muy bueno inventando cosas que luego se pierden; pero ¿como propietario? Inútil.

Kir'girim levantó su copa.

—Eso vale para la mayoría de nosotros. Ninurta, por ejemplo, que deja oro por ahí para que Ulises pueda visitarnos. Bebamos; por hoy ya hemos hablado bastante.

—Una cosa más. —Ninurta miró a las dos babilonias—. Os he dado las gracias por la bebida de la memoria, pero he olvidado preguntaros a quién se le ocurrió la idea de que Lamashtu la llevara.

—A ella misma. —Los párpados de Kal-Upshashu se entornaron—. ¿Recuerdas de lo que hablamos entonces? ¿Algo oscuro en ella? Dijo que no soportaba más la

pacífica calma de aquí, quería ir donde la sangre y la violencia son más dulces que los sueños.

Kir'girim levantó la mano cuando Ninurta iba a decir algo.

—No nos preguntes. ¿Más dulces que qué sueños? No lo dijo.

Dos días después empezaron las contracciones de Tashmetu. Kal-Upshashu y Kir'girim se turnaban, se sentaban con ella, hacían pócimas de hierbas para facilitar el parto, mientras Ninurta, que se sentía inútil, se sentaba a su lado, sostenía la mano de Tashmetu y respiraba con ella.

El niño nació en medio de la noche. Kal-Upshashu hizo el necesario y fino nudo y cortó el cordón umbilical; Kir'girim limpió la nariz, los ojos y la boca del pequeño, lo puso sobre el vientre de Tashmetu y besó a la madre.

Llamaron al niño Nishi-Inishu, «Elevación de los ojos», por el padre de Tashmetu.

El niño fue nueva vida y luz en las tinieblas, ternura y risas durante más de una luna. Luego murió, durmiendo sobre el vientre de su madre.

Ninurta se sintió empujado hacia un pozo negro del que acababa de salir con esfuerzo; al mismo tiempo, era como si él mismo fuera ese pozo, una fuente agotada, sin fondo. Nunca supo lo que pensaba Tashmetu, que se encerró en sí misma. Cuando sintió que el niño no se movía ni respiraba, lo tomó en sus brazos, lanzó un grito atronador, uno solo, y ocultó el rostro entre las manos. Apenas lloró ni dijo nada, al principio; después de unos días empezó a dar largos paseos por la isla. Ninurta la acompañaba a veces; ella ni lo rechazaba ni lo pedía. Finalmente, todo pareció volver a la normalidad, como antes: Tashmetu participaba en los necesarios trabajos, se sentaba por las noches con los otros en la gran sala, la mayoría de las veces cerca del fuego; cuando se le hablaba, respondía con amabilidad. La mayor parte del tiempo lo pasaba sentada en silencio, tomaba de vez en cuando un trago de vino, contemplaba la larga mesa, los muchos y distintos asientos y sillones, sillas de tijera de madera ligera, pesada, clara, oscura, tallada, adornada con figuras y trabajos de taracea o cubierta de pieles y cuero…

Los contemplaba como si jamás los hubiera visto. De vez en cuando se levantaba, con la copa en la mano, y caminaba a lo largo de la pared del fondo, acariciaba los pechos de Ishtar, apartaba candiles de aceite de la pared, tiraba de los picos de abigarrados tapices, seguía con la punta de los dedos una fina línea del gigantesco escudo de bronce que un día perteneciera a un rey sumerio del que se contaban numerosas historias del mundo y del inframundo. Era la mujer inteligente, hermosa, controlada, que todos conocían; pero también era otra. Cuando en algún momento, en una noche tempestuosa, Ninurta sintió por vez primera desde su estancia en Troya nuevo fuego en las ingles y extendió la mano hacia ella, fue como si tocara carne muerta. Ella no le rechazó, pero tampoco fue necesario, porque el escaso fuego se

extinguió inmediatamente.

Unos días después, en una bahía rocosa en el borde septentrional de la isla, estaban sentados juntos mirando el agua cuando empezó a llover. Era una lluvia extraña, que casi parecía venir del sur, contra el viento del norte, y era mucho más cálida que el aire. De repente Tashmetu se volvió hacia el asirio, abrió la boca y cogió aire como alguien que se ahoga. La lluvia le corría por el rostro y le bajaba del pelo; le tendió las dos manos, como si necesitara ayuda; cuando la cogió en sus brazos, casi sin quererlo, o en todo caso sin intención de hacerlo —algo en él la cogió en unos brazos que él no conocía antes—, y rozó sus mejillas con los labios, saboreó las lágrimas saladas. Luego Tashmetu buscó su boca, ansiosa y ardiente, y el fuego avivado en ella por la lluvia y las lágrimas fue bastante para inflamar de nuevo el fuego de Ninurta. Fue incómodo, allí sobre las rocas mojadas, sin manta ni colchón alguno, pero fue también incomparablemente hermoso y exquisito.

Lo único que ella dijo sobre la pérdida sufrida no fue en realidad sobre la pérdida, sino una lúgubre predicción, dicha en tono sereno y con una sonrisa.

—Querido mío, temo que jamás tendremos hijos.

—Tú tienes un niño asirio —dijo él. De algún modo, hablaba más a sus ojos que a sus oídos—. Para ti eso es menos de lo que te mereces, pero para él más de lo que puede digerir.

Tashmetu sonrió, y no fue necesario hablar.

Los armadores repararon el *Provecho de Keret* y el Yalussu, luego el *Kynara* y el *Gorgo*, En las largas deliberaciones de propietarios y artesanos se acordó, tras examinar el *Bateia* y el *Pistilo de Djoser*, vender el peor de los dos barcos. Tashmetu y Ninurta querían viajar juntos, lo que no sorprendió a nadie; a Kynara le parecía que el barco que llevaba su nombre estaría incompleto sin ella, y cuando Zaqarbal gimió demasiado fuerte ella le puso la mano en el vientre y dijo: «Cálmate, o te pellizco». Los artesanos y trabajadores del consejo suplementario se pusieron de acuerdo en emplear juntos uno de los barcos, como propietarios comunes; aportaron sin esfuerzo plata suficiente para quedarse con él y mantener como comunidad el mismo porcentaje en la empresa que cada uno de los otros propietarios.

Adapa y Sokaris, señores del cálculo, se apuntaron a la aventura del sedentarismo, como decía Adapa, que prefería el excitante ocio al variado aburrimiento del viaje. Tsanghar pidió (y obtuvo) como contraprestación por sus invenciones y los beneficios obtenidos por ellas la pertenencia al gremio de los artesanos, junto con los correspondientes derechos a participar en el beneficio comercial, además del pequeño velero construido por él con el arador de las olas (así llamaron al peine colocado bajo el casco) y plata para el primer viaje comercial que quería emprender. Sus recursos no alcanzaban para un barco grande y, como él dijo, sus deseos no podían alcanzar el volumen de un pesado carguero. No sorprendió a nadie que Corinnos quisiera viajar

con él; la joven Deyanira, nacida en la isla de Rodas hacía dieciséis años, se esforzó durante todo el invierno por completar la educación física de Corinnos y quería ver algo más que la isla, igual que Aspasia, comprada hacía seis años como esclava en Suru y ahora libre como curtidora. Sin torcer el gesto, Tsanghar pidió a las señoras de las hierbas y los venenos que les dieran cantidades suficientes de ciertas mezclas, ya que con cuatro personas y la poca carga que se esperaba el pequeño barco estaba ya lo bastante lleno, y no soportaría descendencia marina alguna.

Por último, los nuevos propietarios entregaron el mando sobre su barco (fue el *Bateia*; el *Yalussu* sería vendido) a la tracia Molione. La antigua esclava había trabajado como fabricante de velas, luego como aprendiz de comerciante y piloto con Leucipe, había viajado dos veces con Tólmides y una con Ninurta, la última vez con Minyas; conocía casi todos los puertos, vientos, trucos y corrientes, y fue saludada con complacencia por los propietarios.

—Cereales —dijo Ninurta, cuando se discutió cuál podría ser la mejor mercancía para cada región el próximo verano—. En todos los territorios en los que ha habido o todavía hay guerra, la gente estará pasando hambre. Cereales, carne, pescado, fruta, unas cuantas especias.

—¿Dónde hay cereales? ¿También sabes eso, secundino de la inteligencia? —dijo Zaqarbal—. ¿Dónde no hubo guerra el año pasado?

—En el sur y en el oeste. —Tashmetu se llevó un dedo a la nariz—. Tameri. El país de Libu. ¿Tirsa? Y qué opinas tú, Minyas… ¿se han visto afectados por la guerra que no se libró entre ellos los territorios en torno a Ugarit y las ciudades de los cananeos?

—No pagarán nada por la belleza inútil, pero seguro que se les podrán comprar alimentos —dijo el cretense.

Establecieron las rutas y los puertos, intercambiaron conocimientos una vez más y acordaron posibles puntos de encuentro. Minyas fue el primero en zarpar, tras él Molione y su tripulación escogida, primero con el *Yalussu*, que cambiarían por el *Bateia* en el puerto de Yaliso. Zaqarbal se encargó entre protestas de transportar a Yaliso una pequeña tripulación de emergencia para el *Pistilo de Djoser*; el *Kynara* iba bastante hundido cuando dejó la gruta, con exceso de hombres y de carga.

Ninurta y Tashmetu esperaron, más bien a regañadientes, hasta casi mediada la primavera, pero Ulises no llegó. Tsanghar había llamado a su barco *Amazzyuna*, y había montado en la popa una nueva caja de cilindros movidos a pedales.

—Estrecho —dijo Ninurta cuando el *Amazzyuna* iba a zarpar y las despedidas estuvieron casi concluidas—. ¿Sin remos? Bueno. Ya no os queda mucho sitio para las mercancías, con esa caja a popa y el asiento para empujar con los pies.

—Ah, noble señor Ninurta —dijo Tsanghar parpadeando—, dos parejas duermen en menos sitio que cuatro marineros; no necesitamos tanto espacio.

A bordo del *Provecho de Keret*, con la nueva estructura a popa, iba la misma gente que el año anterior, a excepción de Tsanghar y Lissusiri. El piloto iba esta vez con Djoser, y a cambio venía el viejo y experimentado Tuzku, que en invierno había mantenido largas conversaciones con Bod-Yanat y había decidido hacer por una vez un viaje sabroso, con un buen cocinero.

Atracaron en Yaliso, como siempre, para recoger noticias y todo lo que Menena tuviera que ofrecer. La ciudad había cambiado; Ninurta tuvo que echar otro vistazo para reconocer los cambios: en invierno se habían construido nuevas fortificaciones. Celeo había vuelto al principio del invierno; traía informes sobre nuevos combates en el interior, entre Arzawa y los hititas, y rumores sobre refugiados errantes, y ordenó reforzar los muros.

De Yaliso navegaron a Creta, donde cargaron vino y cerámicas, y más al sur, hasta los puertos de Tameri, el país de los juncos, remontando el gran Yotru hasta el primer asentamiento comercial en el estuario; allí vendieron vino, cerámica y plata a cambio de oro. Río abajo, luego contra los vientos y las corrientes, lentamente al oeste, hacia los libu, que cambiaron dátiles y grano y la planta *sulufu*, codiciada para mil remedios, por el resto del vino y un poco de oro. Vientos desfavorables los retuvieron allí más de lo previsto; cuando por fin llegaron a Citera, donde los cereales y los dátiles eran bien recibidos y se pagaban con plata, empezaba ya el otoño.

De vuelta a Yaliso. Allí tuvieron noticia de nuevos y grandes combates por Alashia, en los que las flotas hititas habían sido casi completamente aniquiladas por los barcos de los reyes de las ciudades y sus aliados. Se decía que Madduwattas apenas salía de su fortaleza de las montañas, pero sus sacerdotes estaban por todas partes, y los generales Mopsos y Amfíloco se esforzaban en difundir el terror para vencer. En verano habían llegado a las zonas costeras de tierra firme cada vez más refugiados, solos o en grupos, que hablaban de terribles devastaciones en el interior; pero todo ello seguía sin arrojar una imagen clara de lo que estaba aconteciendo.

Pasaron una noche en la fortaleza, comieron, bebieron y hablaron con Celeo y su joven y guapa esposa, que esperaba su cuarto hijo.

—Por todo lo que sabemos, Madduwattas parece haber tripulado los barcos con toda clase de mercenarios, cuya derrota no sería una pérdida para él —dijo Celeo—. Los países del norte se han derrumbado o se están derrumbando en estos momentos. Nosotros… eh, los aqueos lo han destruido todo a conciencia; las gentes, por millares, han abandonado ciudades y campos arrasados para empezar una nueva vida más al sur.

—¿Encontrarán allí más que la vieja Muerte? —preguntó Tashmetu.

Celeo se pasó la mano por los ojos.

—Una inteligente pregunta, princesa del comercio. Los países de los troyanos están devastados, allí nadie es capaz de mantener a distancia a los intrusos

procedentes de más allá de los estrechos. Los que vienen del norte empujan a los que viven allí hacia el sur, etcétera. Madduwattas, al que hace mucho que los dioses no quieren llamar por su nombre, ha reunido en las fronteras a todos los buenos guerreros de Arzawa y de los demás países que su sombra oscurece. Lucha en el mar contra los hititas; en las montañas se limita a rechazarlos, Y lo prepara todo para contener la aplastante marea de los refugiados y los pueblos salvajes.

—¿Lo logrará?

Celeo hizo una mueca.

—Si alguien puede hacerlo es Madduwattas. De paso podrá cazar bastantes niños.

Tashmetu suspiró sin ruido; la esposa de Celeo cerró un momento los ojos, como si quisiera indicar que un mundo en el que Madduwattas podía actuar a su antojo era demasiado espantoso para verlo.

—¿Y Acaya?

Celeo no pestañeo.

—¿No habéis oído nada?

—Estuvimos muy poco en el puerto de Citera… nos fuimos deprisa, antes de que los vientos empeorasen.

—Citera —murmuró—. La isla de los bienaventurados. Si lo saben no tuvieron tiempo de decíroslo.

—Dínoslo tú, príncipe.

—¿En muchas palabras o con rapidez?

—Con rapidez y dureza.

Celeo resopló.

—¿Dureza? Es duro de por sí; no podría añadirle dureza aunque quisiera.

Contó lo que sabía…, lo que los mercaderes habían contado, lo que los pescadores habían oído en el mar a otros pescadores. Diomedes, al volver a casa con inmenso botín, pero con sólo doscientos de los mil guerreros que se embarcaron, encontró las puertas de Argos cerradas. Cuando quiso forzar el paso, él y sus hombres se vieron cubiertos de flechas, brea derretida, hirvientes orines; flechas incendiarias destruyeron sus tiendas, tendidas demasiado cerca de los muros; por último, Diomedes perdió más combatientes y una parte del botín de guerra cuando los hombres de Argos hicieron una salida nocturna. Vagó con sus barcos y con sus guerreros por las costas de Acaya, hasta que al fin oyó que el viejo Néstor, de noble origen micénico, había llegado sano y salvo a Pilos; según los últimos rumores, Diomedes quería pasar el invierno al abrigo de Néstor y cruzar el mar en primavera, hacia Tirsa, para crearse allí una nueva patria con el oro y la espada. Menelao había desaparecido; se le había visto ir hacia una tormenta con todos sus barcos, con el botín y con la incomparable Helena. Agamenón llegó a Micenas con sus hombres y los inconmensurables tesoros producto del saqueo; fueron saludados alegremente,

adornados con flores, se les dio la bienvenida con vino y asados. En la noche siguiente a su retorno, muchos de los guerreros murieron presa de dolorosos espasmos, porque el vino estaba envenenado. Agamenón se echó a reír cuando su prisionera, Casandra, le aconsejó que no se bañara, porque el agua del baño tenía demasiado hierro. Hizo que su amada esposa, la hija de micénicos Clitemnestra, hermana de Helena, madre de Ifigenia, le preparase un baño, agua caliente, sustancias aromáticas, aceite, ungüentos, en una bañera de oro puro; y cuando se relajó suspirando complacido en el agua y cerró los ojos, con un gemido de placer anticipado, para disfrutar mejor de los goces nocturnos que Clitemnestra le murmuraba al oído, ésta cogió el hacha que Egisto le alcanzó y le partió el cráneo, ¡al gran Agamenón en su bañera de oro! Se dijo que también le habían cortado los genitales y se los habían mostrado al pueblo, En todos los lugares de Acaya el mismo espanto, casi ninguno de los que regresaron tuvo la posibilidad de disfrutar de haber sobrevivido y de su botín. Pocas excepciones… Atenas, por ejemplo, pero en casi todos los demás lugares…

—¿Se sabe qué ha sido de Ulises?

Celeo sonrió.

—De eso podrán deciros más en vuestra isla.

Las babilonias sonreían como gatas satisfechas; menos alegres se mostraban Adapa y un nubio engendrado en Citera llamado Botres, que formaba parte de los escribanos y contables. Ambos se habían hecho cargo de un trabajo que, según decían, les exigía un molesto autodominio. Rindieron su informe en la primera gran velada, cuando todos regresaron sanos y salvos a la isla y Ubariya sirvió con su gente un banquete de fiesta en el comedor: montañas de pequeños y grandes mariscos, hervidos o ya descascarados y convertidos en puré con picantes salsas; toda clase de pescados asados, hervidos, al vapor, rodeados de verduras agridulces; cochinillos, corderos y dos perros cebados, rebozados con una costra de pan y miel; especiadas albóndigas de carne picada y hierbas; bolas de queso de oveja fresco y de cabra añejo flotando en aceite; dulces mezclas de cuajada, miel y fruta. Y vino, vino, vino. Alguien había pulido el escudo sumerio, que relucía y quebraba, multiplicándola, la luz de las antorchas y las lámparas de aceite. El fuego de la gran chimenea del muro daba más luz, pero sobre todo calor, igual que algunos pebeteros de bronce llenos de carbones al rojo vivo. Zaqarbal apareció con un cuenquito lleno de pintura roja, se dirigió a la estatua de Ishtar e hizo resplandecer los pezones de la diosa.

En mitad de la mesa, rodeado de bandejas de oro, anillos, barras pulidas, enredadas cadenas y otros trabajos del más fino oro, estaba el pesado y reluciente león. O quizás otro, enteramente igual al primero. Ninurta contempló la magnífica obra de arte: las garras, la cola entre las patas traseras, cada pelo de la melena, las piedras de los ojos, brillando en un rojo intenso. Y odió al león. Si era aquel con el

que Agamenón había pagado una parte de las mortales armas —aquel del cual Ninurta presumía que Ulises y Agamenón lo habían elegido para que algún día fuera «encontrado» por sus hombres—, entonces no estaba hecho de oro, sino de sangre seca y gritos de muerte. Si era una exacta reproducción del primero, estaba hecho de carne de mujer fundida y médula de hueso de niño.

Ninurta trepó a la mesa, se arrodilló, se escurrió hasta el centro, cogió el pesado león, que no pudo levantar solo (¿cuatro talentos?, ¿o quizá más?), lo arrastró por la áspera madera; Corinnos estaba a su lado, y Tsanghar se acercaba.

—¿Qué vas a hacer con eso? —dijo Minyas; sus ojos estaban llenos de codicia y como hechizados.

—Fundirlo —gruñó Ninurta.

—Pero… ¡por todos los dioses! —Molione alzó las manos—. ¡Una obra de arte tan espléndida!

—Fundidlo.

Unos esclavos se llevaron el león de la sala.

Al principio de la cena, reinaba el silencio; Tashmetu, sentada junto a él, casi tuvo que darle la comida para que comiera algo. Poco a poco su humor fue mejorando, cuando los otros hablaron de sus viajes y narraron muchas jocosas historias. Historias como sólo podían oírse o vivirse en aquellos territorios que habían visitado durante el verano… regiones sin devastación.

Después, una vez saciada el hambre, cuando empezaban a achisparse, Kir’girim y Kal-Upshashu les contaron la estancia de Ulises y sus hombres, caprichos y banquetes, risas e historias. Dijeron que cuando tuvieron claro las mentiras completas y medías verdades que contaba el de Ítaca pidieron a Adapa y a Botres que escucharan en el cuarto de al lado y se turnaran para apuntarlo todo, frase por frase.

—Espantoso —dijo el nubio; su oscura piel se hacía aún más negra cuando gemía de manera exagerada al recordar, para estallar después en atronadoras carcajadas—. Las cosas que contaba eran todas muy finas, sí; ¡pero lo que esas mujeres hacían entretanto con él, y nosotros todo el tiempo al otro lado! Yo siempre terminaba completamente hinchado, y tenía que buscar hoyos de alivio.

Había dos copias del protocolo; una la conservaría Djoser, para su gran obra memorialística, que completaba en los inviernos y llevaba consigo en los viajes.

—Para tu tranquilidad —dijo Kir’girim—. O para la paz de espíritu de todos vosotros: sabéis que hay bebidas, pócimas, bebedizos y cocciones, ¿no? Les dimos algo de beber a Ulises y sus hombres. Nunca volverán a encontrar la isla.

Fue un buen invierno, suave y amistoso, con muchas tardes de relatos, noches de goce y días de deliberación. Tan bueno, que poco antes de empezar la primavera, una noche, cuando Tashmetu y él volvieron a recobrar el aliento, Ninurta dijo, jadeando suavemente:

—Estamos en la cumbre, ¿verdad? No sé si nuestra vida ha sido mejor alguna vez. Así que sólo puede ir a peor, y de alguna forma estoy casi seguro de que este año ocurrirá algo terrible.

Ella rió entre dientes y le mordió el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿Quieres que desde ahora te llame Casandro?

—¡Ah! ¿Casandra? Sea lo que fuere lo que haya sido de ella, creo que siempre vio el futuro demasiado risueño.

Esta vez el *Provecho de Keret* fue el primer barco en zarpar. Habían cargado sobre todo herramientas y piezas de forja (hojas de sierra, cabezas de martillo, rejas de arado, cinceles), y en Yaliso Menena les dio cereales y toda clase de semillas. Con el viento sur del principio de la primavera querían ir al norte, a ser posible sin hacer escalas hasta los estrechos de Ilios. Ninurta nunca había viajado a los países al nordeste de los estrechos, junto al mar de las nieblas, la Cólquida, o las ciudades situadas junto a las desembocaduras de los grandes ríos del norte, de donde procedían el ámbar y las valiosas pieles. Tampoco esta vez lo consiguió. Cuando alcanzaron las costas de los troyanos el viento cambió, y ya fue lo bastante trabajoso remar hasta allá donde antaño había estado el puerto.

Año y medio de viento y oleaje habían bastado para volver totalmente inservibles grandes partes de lo que los aqueos al irse habían dejado sin destruir. Los almacenes dañados en las luchas no eran más que ruinas, los muelles amurallados se habían derrumbado, la dársena estaba llena de barcos naufragados, y a todo eso había que sumar montones de piedras y escombros, plantas acuáticas y lodo, llevados por los ríos al mar, repartidos por la corriente en la orilla, por debajo de las desembocaduras de los ríos. En la playa junto al antiguo puerto había dos pequeños cargueros escitas y algunos barcos de pescadores.

A duras penas habían conseguido sembrar una parte de la fértil llanura aluvial; en los antaño fértiles campos y luego sustentadores de la muerte situados al oeste del Escamandro, pastaban ahora caballos y unas pocas reses. Allá donde, en la orilla derecha del Simois, se levantaba la ciudad nueva y donde sus habitantes habían respirado, amado y sufrido, se extendía una ciénaga traicionera en la que —según oyeron decir aquellos días— muchos hombres murieron en el intento de salvar, de los restos apenas intuidos de las antiguas paredes maestras, cosas que un día escondieron allí. Tampoco se veía apenas nada del muelle amurallado y las casas del puerto fluvial: unos pocos restos de muralla, una columna desportillada, una húmeda capa de adobe.

En la ladera suroeste de la montaña de la fortaleza, un foso poco profundo y un muro hecho de ruinas se extendían alrededor de la nueva ciudad. Un pueblo más bien, en el que quizás un millar de personas intentaban a partir de los escombros del pasado transformar en futuro un frágil presente sin ser ahogados por los recuerdos.

De las antiguas casas principescas sólo había sobrevivido un hombre; era padre del pequeño pueblo, rey sin reino, consejero sin consejo, y guiaba la fatiga que ya no podía llamarse desescombro y aún no podía llamarse vida. Ninurta lo había visto varias veces en la batalla. Entonces era una visión espléndida, un terrible guerrero, reluciente en su armadura, magnífico en la matanza, caudillo de hombres y terror de los aqueos. Ese hombre cansado con profundas arrugas en el rostro no podía tener mucho más de treinta años, y Ninurta sólo le creyó al oír el nombre que le dijo cuando algunos troyanos más ancianos se lo confirmaron: Eneas, hijo de Anquises.

—Hay sobrevivientes —dijo el príncipe, que los había acompañado por la noche a la costa para disfrutar a bordo del *Provecho de Keret* del primer vino bebible desde la guerra y hablar con hombres que al llegar la noche no estaban demasiado cansados como para reconocer las palabras que se habían pronunciado una vez, en un pasado infinitamente lejano—. Hay sobrevivientes (algunos han huido, también de la ciudad nueva), que hablan de ti, diosa de la Plaza de las Siete Estatuas, y cobrarían mucha fuerza si mañana, pasado mañana, cuando quieras, fueras a la ciudad. Unos cuantos hombres de los destruidos pueblos de los estrechos y el interior, sobrevivientes de las fortalezas de las montañas y de los valles altos. Luvios, medio luvios, medio aqueos, frigios, tracios, misios…, hombres de las tropas aliadas, que no quieren emprender el camino a casa porque su patria tampoco existe ya. Mil, aproximadamente. —Olfateó su copa, casi con veneración, bebió, gimió, bebió otra vez.

—¿Quién vive aún? —dijo Tashmetu.

—¿De los poderosos? Ninguno. La estirpe de Príamo se ha extinguido, Los dioses fueron justos. —Por unos instantes, Ninurta vio el odio infinito, inmortal en sus ojos; luego Eneas bajó los párpados, y puede que la brasa siguiera ardiendo, pero ya no se veía.

—¿Justos? —dijo el asirio—. ¿Para con quién?

—Para con todos. Agamenón está muerto. Menelao ha desaparecido, no es verdad, con esa… mujer. ¿Ulises? —Se encogió de hombros—. Parisiti nunca hubiera debido ver a Helena…, pero los aqueos querían la guerra y la hubieran empezado incluso sin ellos dos. Hubiéramos debido entregar a la mujer; eso no hubiera causado inseguridad entre los príncipes, pero sí entre los guerreros aqueos… Sobre todo, nunca hubiéramos debido entregarnos a la locura de Príamo, al sueño de Prijamadu de vencer a los hititas junto con el Anciano Oscuro, ocupar Alashia y… —A la débil luz de las dos lámparas de aceite de la cubierta de popa, parecía viejísimo y gastado—. Se acabó.

—¿Y tu estirpe? —La voz de Tashmetu sonó ronca.

—Mi padre vive aún. Y Ascanio, el único hijo de tres que engendré, ahora tiene diez años. —Eneas se frotó los ojos y bostezó—. Hay una iliria, Rhome, que no me considera incurablemente desgastado. —Rió en voz baja—. Veremos… ¿Qué habéis

traído?

—Cereales —dijo Ninurta—. Semillas. Herramientas.

Desde la playa, donde ardían dos fuegos, les llegó el estallido de unas carcajadas; salvo Bod-Yanat y Tuzku, los hombres del barco habían hecho amistad con los escitas; pronto, melancólicos cantos esteparios preñarían la noche, y darían a luz por la mañana un monstruo de dolor en muchas cabezas.

—Eso está bien. Hará más fácil sobrevivir.

—Entonces traje armas.

Eneas rió entre dientes.

—No te equivoques, asirio. Han muerto más de cinco veces diez mil hombres, Algunos de ellos te ensalzarán ahora en el inframundo porque pudieron morir con rapidez gracias a las afiladas armas de hierro que trajiste. Hubieran muerto de todos modos, hechos trizas por hojas melladas.

—Lo sé. Aun así… Como participé en la destrucción, quiero participar en la reconstrucción. Lo que puedas usar de nuestra carga es tuyo, Como regalo.

Tashmetu tocó la mano de Ninurta; Eneas apoyó el codo en la mesita plegable, entrelazó los dedos y apoyó la mandíbula en ellos. Sus constantes ojos recorrieron en la penumbra el rostro del asirio.

—Había una mujer —dijo a media voz— entre los aqueos, que seguramente estuvo primero en la ciudad nueva. Cuando las armas descansaron cambié algunas palabras con ella. Curó a Filoctetes.

—¿Qué tiene que ver Lamashtu con nuestro cargamento?

—Dijo que cierto asirio era demasiado blando como para sobrevivir, cuando Ulises estaba elogiando tu valor guerrero. Sin duda, dijo, estarías en alguna parte entre los cadáveres.

Ninurta sonrió fugazmente.

—Debe de haberse equivocado. Al parecer sobrevivo a esto y a aquello, a pesar de todo; y a veces incluso hago negocios.

—Se marchó con Mopsos, que ya no se llama Mukussu.

Ninurta asintió.

Eneas bajó la vista a la cubierta del *Provecho de Keret*, donde Tuzku y Bod-Yanat hablaban en voz baja.

—¿Hay sitio para que yo pueda dormir? Luego podríamos beber un poco más.

—Será un placer para nosotros —dijo Tashmetu.

—Bien. Pero sólo con una condición.

—Dila, para que podamos negociar sobre la forma de rechazarla.

—Bien, asirio. Ésta es la condición: Eneas acepta como regalo el vino y el lecho y vuestras amenas palabras. Por la disponibilidad a entregar semillas, herramientas y cosas por el estilo, os dará un par de pequeños objetos como contrarregalo. —Sonrió:

unos dientes luminosos en un rostro oscuro.

—¿Qué clase de objetos? No pienso aceptarlos.

—Tendrás que aceptarlos, amigo mío; de lo contrario no aceptaré tu cargamento, por más apremiante que sea su necesidad para nosotros. Eneas fue una vez un príncipe; hoy puede que sea un campesino y un artesano, pero no toma sin dar.

—¿Qué clase de objetos?

—Cosas inútiles, que son una carga para nosotros, porque no nos las podemos comer. Oro, ámbar, cosas por el estilo… escondidas en sótanos y pozos, antes de la ruina.

Tras corto silencio, Ninurta dijo:

—Si insistes. Pero no me gusta.

Tashmetu rió.

—¿Es que no ves, querido?

—¿Qué?

—El negocio viene ahora, ¿no es verdad, príncipe de los troyanos?

Eneas asintió.

—Me asombro, señora del comercio; y empiezo a comprender por qué ciertas personas de la desaparecida ciudad nueva siguen amándote. Sí, hay un negocio. Regalo contra regalo, en todo caso; disfrazado de negocio.

—Ilústrame.

El troyano se reclinó en su asiento; la mano derecha hurgó debajo de su túnica, en el cinturón; luego puso un cuchillo sobre la mesa.

—Mira.

Ninurta cogió el arma. El mango parecía ser de oro, decorado con signos o figuras, que no se distinguían en la penumbra. Trocitos de ámbar similares a perlas orillaban superficies de asta: bajo la yema del dedo de Ninurta, los más finos tallados y veteados. La vaina era de suave cuero, con incrustaciones de plata envuelta en cadenitas de oro.

—¿Es éste el negocio?

—Una parte. —El rostro de Eneas expresó algo así como melancolía, codicia, una sombría esperanza y muchos otros sentimientos, fundidos todos ellos a la luz de la lámpara en algo que el asirio creía conocer, que tenía un sabor agridulce y no tenía nombre.

—¿Cuál es la otra parte?

Eneas le miró, luego clavó sus ojos en Tashmetu.

—¿No quieres asombrarme una vez más, princesa?

—No quiero decir ese nombre —dijo ella en voz baja—. Sigue hablando tú.

Ninurta respiró hondo entre los dientes.

—¿De qué estáis hablando en realidad?

—Esta asombrosa mujer, a la que sin duda has embrujado, asirio, porque no te la has merecido… Está bien. Una parte es el vino que estoy bebiendo, el lecho al pie del mástil, vuestra valiosa presencia y el regalo de la carga a cambio del de los objetos inútiles de una ciudad desaparecida. La otra parte es este cuchillo, Ninurta, a cambio de una promesa.

Ninurta sopesó el arma en la palma de la mano derecha; luego volvió a dejarla sobre la mesa.

—Escucho.

Eneas echó hacia atrás la silla, se levantó, fue hasta la borda y miró fijamente los estrechos nocturnos. Vuelto hacia el agua, hacia la otra orilla, hacia la noche y el mundo, dijo:

—El cuchillo tiene una historia. Perteneció un día a un soberano del país de los juncos; su nombre, que no sé leer, está representado en la empuñadura.

Ninurta se levantó a su vez y fue hacia una de las lámparas de aceite. Examinó el mango; algo como un abismo se abrió ante él, entre el cuchillo y la llama. Un abismo del que soplaba el hálito del frío pasado.

—Sí —dijo con voz ronca—. Sobek-Hotep, si leo correctamente los gastados signos. Un soberano que murió hace… ah, algo más de quinientos cincuenta años.

Eneas se volvió otra vez hacia él.

—¿Sobek-Hotep? —dijo. Repitió varias veces el nombre, como se mastica una hierba especialmente sabrosa—. Es bueno, ahora que sé pronunciarlo. El arma era parte de una colección de regalos que ese soberano, o quizá su sucesor, entregó al gran Hammurabi de Babilu cuando ambos príncipes firmaron un tratado de amistad y comercio. Luego estuvo en palacios y en templos, recorrió las manos de muchos reyes, adornó el cinturón del más grande de todos los soberanos hititas, el primero, el viejo Supiluliuma. Uno de sus sucesores se lo entregó a Dárdano, mi tatarabuelo, en agradecimiento por su fiel y brava lucha en la batalla ocurrida en un lugar llamado Kadesh, o algo por el estilo.

Ninurta asintió.

—Qadesh —corrigió—. El primer sonido está más bajo en la garganta que tu *kappa*.

Eneas volvió a la mesa; también Ninurta volvió a sentarse. Tashmetu permanecía inmóvil, con el rostro petrificado.

—Los antiguos reinos, los antiguos reyes —dijo el troyano—. Han desaparecido como el de Hammurabi, el de Minos y todos los demás nombres que hicieron sonreír o estremecer a la Tierra y hoy no son ni siquiera ceniza. Puede que el país de los juncos perviva, no lo sé; pero ellos son los más antiguos, por eso es tranquilizador que el arma… —Se interrumpió, bebió un trago, dejó la copa vacía—. El reino hitita no sobrevivirá a los próximos años. ¿Asur? Quizá. Las antiguas estirpes de Acaya

han recuperado el poder aquí y allá, pero también ellas caerán, definitivamente, y pronto. Agamenón ha muerto, Prijamadu, Palamedes, Parisiti, Ikatari, al que llamaban Héctor, Aquiles… —Volvió a Interrumpirse; esta vez rió en voz baja.

—¿Qué te alegra?

—Según he oído, ambos, tú y yo, estamos vinculados por una rara distinción.

—¿Cuál?

Casi sin tonalidad, con una voz muy plana, Tashmetu dijo:

—Awil-Ninurta el mercader y Eneas el guerrero son los únicos que han luchado contra Aquiles y han sobrevivido… Sigue, troyano; termina. Tengo miedo.

Ninurta tocó su mano; estaba fría.

—Qué… —dijo.

—Esto, asirio. Los viejos reinos y príncipes han caído, o caerán pronto, pero no habrá otros nuevos, y los hombres no podrán respirar erguidos en la ancha Tierra, mientras viva el último monstruo y escarnezca al cosmos con su aliento.

Ninurta miró fijamente el puñal, luego al troyano; algo le subió a la garganta como una arcada.

—Tienes mejores posibilidades… más oro, más caminos, en caso necesario más hombres que puedes alquilar. —La voz de Eneas era odio puro, forjado en frío, ilimitado—. Hazlo tú mismo, haz que otro lo haga, con éste o con otro cuchillo. Nada podrá prosperar en el mundo mientras viva el monstruo. —Se inclinó hacia delante; entre los dientes apretados, dijo—: Mata a Madduwattas.

Se quedaron diez días en Troya; luego siguieron las costas del norte y visitaron ciudades que empezaban a emerger de las ruinas de la devastación aquea. Algunas albergaban a sus antiguos habitantes o a sus allegados sobrevivientes, en otras se hablaban lenguas nuevas, extrañas, jamás oídas. El *Provecho de Keret*, cargado de oro, ámbar y pieles, navegó hacia el sur y pasó media luna en el puerto del Pireo, donde tenía lugar el comercio con la ciudad de Atenas. Empapado de rumores, agua y carcoma, el barco abandonó por fin la ancha bahía para dejarse impulsar por un fuerte viento del oeste, hacia Lesbos o quizás hacia Éfeso. Pero el viento se convirtió en tormenta, y el pesado *Provecho de Keret* ya no pudo cabalgar; casi indefenso, sin obedecer a los dos timones, el barco arribó a las rocosas costas de una isla sin nombre completamente deshabitada. Un arrecife abrió una vía de agua en el casco, y sólo al poder de la tempestad hubo que agradecer que, más por debajo que por encima del agua, fueran empujados hasta una bahía.

Pasaron allí casi dos lunas, alimentándose del agua del único manantial, de bayas, frutas, raíces y pescado; se sumergieron en el casco inundado, descargaron lo que se pudo descargar, empujaron y arrastraron el barco poco a poco hacia la playa (sin los dos cilindros cuádruples, obra de arte de Tsanghar, que aún se encontraban a bordo, y las largas sogas, jamás lo habrían conseguido), taponaron como pudieron con madera

y cuero la vía de agua bajo la línea de flotación, achicaron el agua, y cuando, por fin, la borda emergió del mar sacaron el barco a tierra, cortaron árboles, hicieron cuadernas…

Con el barco casi inundado otra vez, llegaron a finales del verano a un pequeño puerto de la isla de Quíos. Cuando los carpinteros y la tripulación lograron convertir en maniobrable el *Provecho de Keret* con verdadera madera, verdadera brea y buenas herramientas, ya había pasado la mitad del otoño.

En ese puerto, por un poco de oro o algo más de plata, se podía comprar o alquilar casi todo, como la habitación con la ancha y lisa cama en la que Tashmetu y Ninurta, habilidosos, se divertían a base de ingenio antes o después de bajar a comer, y a veces también entre plato y plato. Las noticias y los rumores llegaban sin parar y eran gratuitos y menos agradables: sobre piratas, hacía poco aún aliados de Madduwattas en la guerra naval contra los hititas en torno a Alashia, que ahora devastaban las costas con los muchos barcos capturados, desde los puertos de Cilicia, que los hititas ya no podían proteger, hasta Lesbos; sobre los guerreros del Señor Oscuro de Arzawa, que asediaban y extorsionaban las ciudades que los piratas habían dejado intactas porque su príncipe quería poseerlo todo y cada vez más; sobre los tenebrosos sacerdotes vestidos de granate del dios Shubuk, cuya imagen era la de una gran serpiente con patas y a veces con alas… el dios al que el Anciano Oscuro veneraba, al que debía su poder y su larga vida, rayana ya en la inmortalidad; el dios cuya veneración quería imponer ahora a los países sobre los que planeaba su sombra. Rumores también sobre devastaciones en lejanas zonas del interior, interminables caravanas de refugiados y jinetes extranjeros y nuevos pueblos, e informes, si es que se les podía llamar así, sobre derrotas de tropas hititas que nadie lamentaba frente a grandes hordas de guerreros sin patria, refugiados expertos en el manejo de las armas, extranjeros ansiosos de botín.

De Quíos a Samos, de aquí a Milawatna (la ciudad que se llamaba ahora Mileto), donde se confirmaron sin excepción todas las noticias; pero Mileto mismo estaba muy al suroeste del país, cerca del mar, y hasta ahora se había librado… No del todo, como se pudo ver cuando Ninurta y Tashmetu fueron a visitar a un viejo socio en la parte antigua de la ciudad, una maraña de estrechos callejones con ruinosas y viejas casas de piedra, más allá de la gran plaza en la que —como en todo el reino de Madduwattas— había un altar con una estatua del dios Shubuk. Allí vieron a los sacerdotes vestidos de granate arrastrar con violencia a dos adolescentes por la calle que llevaba a las colinas del este. Los jóvenes gritaban y pataleaban; hombres milesios eran contenidos por los guerreros. Al parecer, los sacerdotes hacían todo lo posible para ser amados ellos, el dios y el rey.

En una taberna del puerto, una noche, una mano se posó en el hombro de Ninurta; cuando el asirio alzó la vista, vio la sonrisa de Kaidu, su hermano de armas de ojos

rasgados. Se sentaron, bebieron y charlaron; el hombre del este dijo que Khanussu y los suyos no estaban muy lejos, al servicio del gran soberano, y de la patria de Khanussu se les habían unido hombres jóvenes y fuertes, además de otros mercenarios de muchas regiones.

—¿Y tú, amigo?

Kaidu vació la copa y volvió a servir vino de una jarra cuyo cuello eran dos serpientes entrelazadas.

—¿Yo? Bastante plata, bastante oro, poquito de no hacer nada, bebida, de noche mujer fina y carnosa. Tiempo, hermano Ninurta. Mucho tiempo, ¡ah!, iuhl, es agujero, tengo que volver a llenar.

El socio, al que encontraron al día siguiente, profirió siniestras profecías. Mileto sólo vivía (o sobrevivía) así de bien, porque la ciudad pertenecía al Anciano Oscuro. A uno lo extorsionaban, lo desplumaban, pero no lo mataban. Otros lugares, también en las islas que no pertenecían a Arzawa, habían sido arrasados por la guerra.

Cuatro días después, la visión del puerto de Yaliso les confirmó que el mercader no había exagerado: barcos quemados en la playa, ruinas ennegrecidas por el humo, aunque también muchas casas firmes y sin daño o ya reconstruidas. La fortaleza en lo alto de la ciudad parecía intacta.

El primer paseo de Ninurta le llevó al almacén de los mercaderes. También aquí existían rastros de devastación, pero la casa principal de Menena seguía en pie, y el largo edificio lateral estaba siendo reparado por algunos esclavos y el capataz del almacén, Iapyx.

—¡Señor Ninurta! ¡Sigues vivo!

El asirio puso las manos en los hombros de Iapyx.

—Como tú, amigo. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está Menena?

El gesto del capataz le hizo ver lo más importante antes de empezar a hablar.

—Menena y su esposa están con los dioses romet que administran el inframundo, señor. No sé cómo será, pero espero que les vaya soportablemente bien. Los despedazaron y luego los asaron; o viceversa.

—¿Quién?

—Guerreros de Madduwattas, al que los dioses habrían perdido sin duda si no temieran contagiarse con su atrocidad. —Iapyx escupió en el suelo.

Vinieron con diez barcos, a los que siguieron otros diez y luego dos docenas, todos hasta los topes de guerreros. Asaltaron la ciudad y la saquearon; los habitantes que no pudieron escapar a tiempo a la fortaleza de Celeo fueron masacrados o, si eran jóvenes y robustos, llevados como esclavos. El asedio de la fortaleza duró cuatro días; luego vinieron guerreros de Polixo, la viuda guerrera de Tlepólemo, caído ante Troya luchando con Sarpedón… Transcurrieron cuatro días, el tiempo justo para que las gentes que habían huido a tiempo llegaran a la ciudad de Rodas. Allí consiguieron

reunir a suficientes hombres en condiciones de luchar, porque la mayoría de los que partieron con Tlepólemo probablemente esperaban (decía la gente, según afirmaba Iapyx) con él a orillas de la laguna Estigia: Caronte no podía haber trasegado esa gran cantidad de muertos aunque hubiera puesto dos barcas más y timoneles auxiliares. Los guerreros de Polixo, entre ellos ciento catorce veteranos regresados de Troya, habían rechazado a los asaltantes, que se marcharon con el botín y los prisioneros.

—¿Sabes algo de los otros propietarios?

—Tú eres el primero que regresa, señor.

Algo un tanto indefinido, algo oscuro, movió a Ninurta a partir rápidamente. Nombró a Iapyx nuevo señor del almacén, dejó allí las pocas pieles salvadas y un poco de oro y plata, le pidió que enviara un mensajero a Celeo con la promesa del pronto retorno de Awil-Ninurta; luego, ese mismo día, ya que habían llegado por la mañana, abandonaron Yaliso.

Dos días más tarde, Ninurta no esperó la llegada de la noche para alcanzar la isla sin ser visto; se conformó con que no vio velas ni mástiles. Siniestros temores le impulsaban a ello.

Poco antes de anochecer llegaron a la estrecha entrada de la gruta. El mágico instrumento de Tsanghar, los tubos de arcilla que llevaban un susurro hasta el guardián de la puerta de la gruta, estaba roto. La entrada estaba libre, abierta. Cuando prendieron antorchas en la gruta, vieron los restos carbonizados de la gran puerta; arriba colgaba intacto el último de los aparatos de muchos cilindros construidos por Tsanghar.

—Silencio, con cuidado, las armas listas… podría quedar alguien ahí —dijo Ninurta.

El *Provecho de Keret* se raspaba con el muro del muelle. Tashmetu no quiso de ninguna manera quedarse a bordo, y Ninurta se encogió de hombros.

—Ya no tiene importancia quién vive y quién no, cariño.

—Sí —dijo, e intentó sonreír—. Tú y yo aún tenemos unas cuantas cosas por delante.

—Temo lo que tenemos por delante ahora mismo. ¡Vamos!

Entraron en el túnel que conducía al valle, a las casas y a los almacenes, a las cuevas y a los talleres.

La decreciente luz del atardecer fue más que suficiente para ver. Las casas derruidas e incendiadas. Las piscinas destruidas. Cadáveres, como festín de las aves, encogidos y putrefactos, muchos sin cabeza, otros con heridas demasiado visibles. Shakkan, el herrero, atado a su yunque y destrozado con sus propios martillos. Igadyaé, la dulce señora de los animales… cuyos muslos yacían tan alejados del resto del tronco como la cabeza. El manso león blanco de Kir’girim, un esqueleto casi roído por las aves, parecía, por la posición de los huesos caídos y aún tambaleantes,

haber sido clavado a una puerta: la puerta de la cueva de Kir'girim y Kal-Upshashu. Ninurta pidió a Tashmetu que no le siguiera al interior, pero ella quería, tenía que ver. Las babilonias, hermanas en la magia, el trabajo y el amor, hermanas también en la muerte: las habían atado con la cabeza de la una entre los muslos de la otra. Los pesados y encostrados látigos de piel estaban caídos a su lado.

Ninguna casa, ninguna cueva, ningún taller, ningún ser humano se había librado. Los armadores Setoy y Achikar. Adapa y Sokaris, artistas del cálculo. Esqueletos de niños, montañas de cuerpos a medio pudrir delante de las casas de los esclavos. Lo que los saqueadores no se habían podido llevar había sido sacrificado. Cadáveres de ovejas y reses, comidos por las alimañas y otros pequeños animales, yacían desparramados por el valle.

Pasaron la noche a bordo del barco, en la gruta, sin hablar, sin dormir; por la mañana abandonaron la isla.

Dos lunas después, más de doscientos hombres y una veintena de mujeres se enfrentaban a un cortante viento invernal por empinadas sendas de montaña. Ninurta hubiera preferido ordenar un día de descanso; llegarían al lugar sobre la altiplanicie rocosa que tan bien recordaba después del crepúsculo, y esa noche había luna nueva. La noche en la que Madduwattas tomaba la comida a la que, según comentaba la gente (si es que hablaba de ello), debía el poder y la invulnerabilidad y esa inmortalidad que duraba ya casi noventa años.

El gélido viento soplaba con tal estrépito que al menos no tenían que ser sigilosos, ya tenían bastante con todas las demás cautelas. Tashmetu, envuelta en suave piel de pies a cabeza, se detuvo jadeando junto a Ninurta cuando descansaron una vez más bajo el saliente de una roca. El último descanso antes de la meta.

—¿Falta mucho? —dijo ella cuando su aliento le permitió preguntar.

—Sin este viento podría alcanzarnos una piedra lanzada por el guardia de la entrada, y podrían oír ya nuestros gemidos de dolor.

Tashmetu enseñó los dientes con un gesto que no se hubiera podido calificar de sonrisa.

—Habrá más gritos que este nuestro que no tendrán lugar. —Sus ojos relampaguearon.

Ninurta acarició su mejilla; luego se volvió. En secreto suspiró, tan perplejo como tantas veces le ocurría. Habían ido a ver a Kaidu a la taberna, en Mileto; Kaidu había encontrado a Khanussu y sus hombres. El alto sardanio y Ninurta se habían reunido de noche, a las afueras de un pueblo sin nombre junto al río que los aqueos llamaban Maiandro y los luvios e hititas, Astarpa. Khanussu escuchó todo lo que el asirio tenía que decirle, miró el antiquísimo puñal y asintió.

—Los hombres querrán plata, hermano mío…; los nuevos al menos. Los antiguos (cinco de mis compatriotas viven aún, dos hombres de Libu y naturalmente Kaidu),

los antiguos compañeros no aceptarán plata de ti. —Rió ligeramente—. El príncipe que nos paga cometió el error de no compartir el pan y la sal con nosotros; le debemos obediencia mientras queramos, pero no fidelidad. —Luego cogió a Ninurta por los hombros y le dirigió una mirada penetrante—. Tienes que decirme una cosa, hermano.

—Habla.

—Ese… alimento de la inmortalidad. —Las comisuras del sardanio se hundieron al decirlo. En su boca había una mezcla de asco, incredulidad y burla—. Para hacer efecto, ¿todo tiene que estar… aún vivo?

—Así dicen, hermano.

—Es atacable —dijo Khanussu meditabundo—. En invierno está arriba en esa roca, cómo se llama el pueblucho, Kaff Uk-algo. Un centenar de guerreros, un centenar de sacerdotes, unos cuantos esclavos y… comida, ¿no? Le consideran omnipotente e inmortal, y todo el mundo tiene miedo ante él. El camino hacia su trono en las montañas es empinado y se supone que maldito; nadie se atreve a ir allí. Y a quien ha ido, jamás se le ha vuelto a ver. Podría caminar desarmado por Abasa y nadie haría más que arrodillarse en la calle y ocultar el rostro… ¿Vas a hacerlo tú mismo?

—Se lo debo a un vivo y a innumerables muertos. De éstos sobre todo…

—Lo sé; a tus amigos de la isla bienaventurada que ya no existe. Bien. Hay otros caminos que llevan a la Muerte, pero el que va contigo a las montañas es sin duda uno de los más empinados.

No hacía ni dos lunas… Ahora estaban al pie del saliente de una roca y volvían a coger aire. El viento seguía ululando, el cielo vespertino carecía de nubes, pronto oscurecería… demasiado oscuro para el ascenso. No podían descansar demasiado tiempo. Ninurta miró a su alrededor. Vio muchos ojos dirigidos a él. Nadie quiso quedarse atrás; las palabras de Molione valían para todos:

—Hemos compartido con vosotros el comercio, el trabajo, los viajes, la cama, el vino, el asado y las tempestades, señor. ¿Y ahora las mujeres hemos de quedarnos atrás, cuando venguéis a los asesinados? También son *nuestros* asesinados. ¿Crees que mientras él viva podríamos vivir con lo que se ha quedado en Yaliso?

Ninurta intentó disuadirlas; nadie sabía quién había dado realmente la orden, Madduwattas no estaba allí…

—Pero es responsable de todo, Ninurta —dijo *Kynara*—. Su sombra envenena hasta el más dulce beso que Zaqarbal y yo compartimos. Por no hablar de los menos dulces.

No hacía ni dos lunas desde que en otoño los barcos regresaron a Yalussu, para un breve descanso antes del definitivo retorno a la isla. Ninurta quería ahorrarles el resto del camino, pero muchos preferían ver con sus propios ojos lo que había ocurrido en

la isla. Ahora estaban en las montañas. Casi nadie hablaba, pero todos hacían acopio de fuerzas y de aliento. En los rostros se reflejaba miedo y expectación, odio y rabia, en algunos también residuos sin extinguir del asco que habían sentido cuando les habló de la alimentación del Anciano Oscuro en las lunas nuevas y lunas llenas. Por suerte, pensó, la mayoría también era capaz de bromear.

—¡Vamos! —dijo—. Ya sabéis. Si los dioses son clementes con nosotros, hoy podremos morir sin ensuciarnos. Si no, ¡hasta la vista!

Algunos rieron. Tsanghar parpadeó con un tic nervioso; Corinnos sostenía ante sí el arco que acababa de tensar, como si fuera una asquerosa serpiente. Aspasia. Deyanira. Tuzku. Bod-Yanat. Minyas. Zaqarbal, con una sonrisa congelada en los labios. Djoser, serio, con la lanza en la mano derecha, y a la izquierda una espada en el cinturón. Kaidu. Khanussu. Los mercenarios.

—Yo iré delante —dijo el asirio. Cuando Khanussu iba a contradecirle, añadió—: Los asirios siempre van delante.

A la última penumbra rojiza de la puesta de sol, alcanzaron el acceso a la meseta. Khanussu, Kaidu y otros dos arqueros se arrodillaron junto a Ninurta. Volvieron a respirar con tranquilidad. Khanussu mencionó algo acerca del viento y la distancia, pero Ninurta no oía más que murmullos y un susurro en los oídos. Un pálido recuerdo del batir de las alas que habían llevado a otro Ninurta a las susurrantes y embriagadoras cumbres de la batalla… Luego cuatro flechas partieron, contra el viento, contra el resto de la pendiente, para hacer enmudecer a dos guardias. Sólo una falló; las otras tres bastaron.

Las chozas. Las tiendas. El esqueleto del dragón. Nada parecía haber cambiado; aquí y allá ardían fuegos junto a los que se agrupaban los guerreros. Uno ardía junto al dragón. En las chozas y en las tiendas también había luz y, confusamente, entre el ulular del viento, se oían voces por doquier.

Con sigilo, se escurrieron entre las viviendas. Unas cuantas flechas, silenciosa muerte en el cortante viento; el resto fue trabajo del cuchillo. Por doquier Ninurta veía hojas goteando y salpicando fuego rojo. Cuando se acercó a la tienda real, que seguía siendo una siniestra cúpula gigante, un guardia le llamó desde la entrada, un porche de tela sobre columnas de madera. Pero el grito terminó en un gorgoteo cuando el asirio oyó a su espalda sollozar la cuerda del arco de Khanussu. El segundo guardián se desplomó lentamente, como una torre de cuyos fundamentos se quitara una piedra angular. De las sombras se destacó una figura con las ropas al viento: era uno de los espantosos sacerdotes del cruel dios Shubuk; Ninurta sintió la espada que clavó en el sacerdote como una parte de su cuerpo, y la penetración de la hoja como una vertiginosa redención.

Luego estuvieron en la celda, entre un olor asfixiante a incienso y las rojizas nubes de luz. Sacerdotes, cada vez más sacerdotes, como si vinieran de una fiesta.

Otros olores, enfermizo hedor, encubierto por, o mezclado con, hierbas. Ninurta se imaginó ver una llama amarilla en su cabeza; quería pensar en algo determinado, algo que tenía que ver con la cueva de Kir'girim y Kal-Upshashu. Entonces se le vino la idea de la cena en la noche de luna nueva del Anciano Oscuro; esperaba llegar antes, pero al parecer había terminado ya. Al menos no estaba ocurriendo en ese momento. Y otra vez, impreciso, el recuerdo de una llama amarilla.

No hay clemencia con los sacerdotes, había dicho. Hay que salvar a los esclavos si se puede; a los guerreros, matarlos o desarmarlos y encadenarlos. Que no sobreviva ni un sacerdote, ni uno solo, que su muerte no tenga por qué ser rápida y limpia.

Percibió los rumores, el entrechocar de las armas, ya que muchos sacerdotes no estaban indefensos, gritos fuertes o apagados, pasos, cuerpos o cosas que caían sordamente.

Pero vio una sola cosa. El trono en el que se sentaba el Anciano Oscuro, que le miraba fijamente. La palangana con el poste; en él el cuerpo hecho un guiñapo de un niño, cuya voz no podía haber cambiado antes de la muerte, porque con la virilidad empezaba la decadencia, y la vida eterna se escapaba. Se escapaba de las cosas que el Anciano Oscuro tomaba en las noches de luna llena y luna nueva, arrancadas de la víctima viva antes de desaparecer la fuerza vital.

La bandeja de oro estaba vacía, apenas un poco de líquido; una cuchara de oro, se decía… Pero ni la cuchara se veía, sólo el mango, de cuerno de elefante, sobresalía del cráneo abierto del niño, al que se le arrancaba el corazón del pecho sólo cuando el Oscuro ya no necesitaba la cuchara. Ninurta se imaginó ver restos claros en la barba del soberano. Pero no podía ser. Tenía que ser una alucinación.

Durante un buen rato se quedó allí, mirando fijamente al anciano. Un año, o tres respiraciones. En la tienda reinaba un silencio de muerte; ya no había gritos, sólo un último quejido. Sintió a Tashmetu a su lado, reconoció el carraspeo de Khanussu, OYÓ susurrar algo a Zaqarbal, y la solitaria lágrima que cayó con ruido estremecedor sobre la gruesa alfombra había quemado antes la mejilla de Ninurta.

—No puede ser él —dijo Khanussu; la flecha, puesta en la cuerda tensa, vaciló un poco—. Es demasiado joven.

Tashmetu gimió ligeramente; Ninurta volvió el rostro hacia ella y vio que estaba pálida.

—Sí. —Su voz era la de un extraño; o tal vez la de otro Ninurta, muerto a la orilla del Escamandro, y regresado ahora. Ya no había asco, ni opresión; sólo odio e infinita codicia, locas ganas de hundir el viejísimo cuchillo en aquel hombre inmóvil en el trono.

—Sí —repitió—. Es él. Yo le conozco.

Madduwattas se inclinó hacia delante; la luz cayó sobre su rostro. El rostro de un hombre que podía tener treinta y cinco años. Que parecía haber rejuvenecido desde

que Ninurta le encontró demasiado joven.

—Una voz del lejano pasado —dijo Madduwattas.

Las palabras salieron como un crujido, como un afilado crujido que llenó la cúpula de la tienda y tiró de sus cabellos. Un crujido amarillo y corrosivo. Corrosivamente amarillo, como las hierbas.

—Awil-Ninurta, ¿me has traído el sello? Dámelo. —Extendió la mano—. Y vosotros, arrodillaos todos.

Había algo en aquella voz, en aquel gesto. Ninurta vio bajar el arco de Khanussu y se sintió vacío de repente. ¿Qué estaban haciendo aquí? ¿Por qué no se arrodillaban?

Y cayeron de rodillas. Khanussu. Kaidu, un poco escorado detrás de él, con el asombro pintado en el rostro. Las rodillas de Ninurta temblaron; a su espalda escuchó un múltiple susurro. El de más de doscientas genuflexiones. No todos… Se volvió; algo le obligó a volverse. Tuzku se mantenía en pie, con los ojos convulsivamente cerrados. Zaqarbal vacilaba, pero aún no caía ni se arrodillaba, Dos o tres mercenarios estaban de pie, pero dejaron caer las armas. Tashmetu no estaba de rodillas; tan sólo se inclinaba hacia delante.

Ninurta deslizó la mano derecha en la bolsa del cinturón.

—Sí, señor —dijo. Con la sensación de haber cumplido una tarea importante y merecer alabanza, dejó el disco de arcilla en la arrugada mano que le tendía.

—Bien, bien. ¿Y habéis venido a matarme? —La voz sonó un poco divertida. Un poderoso padre que enseguida va a perdonar a sus queridos hijos una pequeña y fallida trastada—. ¿Por qué? Dímelo, asirio.

Ninurta se oyó hablar a sí mismo. No en contra de su voluntad. Algo hablaba con su voz.

—Porque Madduwattas empezó hace muchos años el juego a cuyo fin Troya y el reino hitita y Alashia y cien ciudades y cien mil hombres ya no están. —Era ese algo, con su propia voz. Luego dijo más… de Eneas, de mil niños, del hijo de Príamo que habían entregado a los asirios, de la isla. En un momento dado, enmudeció.

Madduwattas rió entre dientes.

—El hijo de Príamo… el niño cuyo nombre debía conservar tu memoria. ¿Lo mencionó Prijamadu? Y ese cuchillo de Eneas. ¿Qué soberano de Tameri dijiste? ¿Shubuk-Hotep? Qué adecuado. —Señaló a su espalda, por encima del hombro izquierdo, donde había una miniatura del gran esqueleto del dragón—. Shubuk, que es la muerte y la inmortalidad. Dame el cuchillo, asirio; voy a emplearlo para sujetar vuestros corazones y corregir vuestros intestinos. ¡Dámelo!

Ninurta puso la mano en el mango del puñal. Algo susurró en él, pero no lo entendió. Lentamente, sacó el arma de la vaina.

—Vuestra isla, dicho sea de paso… *ella* sabía eso, yo no. —Madduwattas sonrió.

Los dientes de aquel rostro joven eran unos dientes de viejo, mellados, como meros muñones; un fétido aliento salió de ellos.

Tashmetu se movió, muy despacio. Puso la mano en la mano derecha de Ninurta.

—Déjame que yo se lo dé —dijo, con pesada lengua.

Ninurta soltó el mango; Tashmetu cogió el puñal. Dio un paso, otro más; luego se lanzó en una profunda y liberadora estocada. El cuchillo penetró en el pecho del Anciano Oscuro.

El hechizo cedió; Ninurta se puso en pie tambaleándose, cogió a Tashmetu, que estaba a punto de caer, oyó el gemido, el desconcertado gemido, cuando los otros volvieron en sí, vio a Khanussu tensar el arco.

Y vio una sarmentosa mano de anciano palpar el mango del cuchillo. Sus pensamientos estaban describiendo una furiosa danza circular. Se acordó de la noche en la que tomó el bebedizo que debía revelar al dragón de las sombras. De aquella otra noche, antes de ésa, en la que las hierbas le dieron luz amarilla y paralizaron su voluntad y Tashmetu sólo estaba aturdida. De una tarde y una noche, infinito tiempo atrás, mucho antes de los otros dos recuerdos: Kir'girim, que echaba un puñado de resina y hierbas y luz amarilla en un pebetero; y después, cuando respiró profundamente el aire estancado, Kal-Upshashu dijo que se desnudara y caminara sobre sus manos. Él lo hizo sin saber por qué, y después hizo otras cosas más amables con Kir'girim y Kal-Upshashu, sus voces siempre un susurro, pero ahora eran más profundas que de costumbre; y el espeso humo. No era necesario embrujarle, les había dicho después, habría sido un placer para él (como tantas veces antes) hacerlo todo voluntariamente, salvo una cosa…

Tashmetu se apartó de él; retrocedió hasta el trono, subió los escalones y se inclinó sobre la figura derrumbada del anciano. Entonces se rió con una risa desconsolada, horrorizada. Con afilados dedos, arañó el cuello del soberano. Cuando se volvió, les mostró la joven piel humana que se había puesto sobre el rostro. Debajo, un rostro viejísimo y malvado. Un rostro muerto.

Días después dejaron la meseta, con los guerreros sobrevivientes de Madduwattas, varios cientos de esclavos y veinte niños. Todos iban cargados de recuerdos —recuerdos de espanto e impotencia—, de inconmensurables cantidades de oro y de la pena de no poder llevarse las cantidades aún mayores que dejaban atrás y pensaban volver a recoger.

Puestos ya en camino, y cuando empezaban a entrar en el valle, Ninurta habló a Tashmetu de sus recuerdos de Kir'girim y Kal-Upshashu, de aquella lejanísima y salvaje noche sobre la cual hasta ahora sólo había oído alusiones. A él le vino bien hablar de algo frívolo. Tashmetu rió suavemente (entretanto podía volver a reír), se arrebujó un poco más en la manta que los protegía de la noche invernal y dijo:

—¿Y qué era eso que no habrías hecho voluntariamente? Tuvo que ser muy

excéntrico, porque por lo común no tienes nada en contra de la imaginación en lo referente al amor.

Él sonrió en la oscuridad.

—Por todos los dioses en los que sigo sin creer, te juro que jamás hubiera caminado voluntariamente sobre mis manos.

Durante tres años buscaron desde Yaliso algún rastro de Lamashtu. Minyas no regresó, desaparecido el *Gorgo* con sus hombres ante las costas de Cilicia; Molione abandonó no se sabe cuándo; Zaqarbal, y Djoser buscaron finalmente incluso en el oeste, pero no encontraron nada. Sólo en las ruinas de la destruida Tarsa, donde ya nada recordaba a Buqar y su casa y a su esposa de afilada lengua, y la salvadora cámara del sótano… Sólo en esta ocasión lograron algo así como un rastro, o al menos una indicación. Amfíloco, el general más importante de Mukussu, que ahora se llamaba Mopsos, que allá donde había destruido ciudades construía otras nuevas y las llamaba por su nombre: Mopsuhestia, Mopsucrene, Mopsophiloi, Mopsupolis… Amfíloco, que había plantado su campamento fuera de las ruinas de Tarsa y esperaba enviados de un príncipe, sabía algo. Aceptó vino cretense de Ninurta, bebió a la salud de Tashmetu, se secó los labios y dijo, dirigiéndose más a su hoguera que a los dos oyentes:

—Ella estaba con Muk… quiero decir con Mopsos, cuando me uní a él, ¿hace tres o cuatro años? Se fue a resolver algo. A profanar algo tierno, según dijo, para que la dureza pudiera prosperar mejor. Entonces no la entendí, y tampoco intento saberlo hoy. Luego regresó, con guerreros que Madduwattas le había cedido y con un carrito en el que iba un león de oro. Dijo que hacía mucho que tenía que haber sido fundido.

—¿Y después? —dijo Ninurta, cuando Amfíloco dejó de hablar.

—Ah, disculpadme, estaba pensando en esa obra de arte dorada. —Rió a media voz—. No estaba fundida, aún no. Mukussu, que como se afirma en realidad procede de Micenas, guarda ese animal dorado. Él se lo quitó cuando se hartó de Lamashtu y la expulsó hacia las montañas.

—¿Has vuelto a oír algo de ella?

Amfíloco frunció el ceño.

—Sólo rumores. En las montañas andaban rezagados de la gran horda; parece haberse unido a ellos. En cualquier caso, hace poco uno contó que tras la conquista de Ugarit una mujer había tratado con hierbas a caudillos heridos de las hordas, y les había contado historias sobre un hombre blando y sobre los servidores del templo. Algo confuso… servidores del templo, sacerdotes u oráculos, qué sé yo.

—¿Hombres que a la puerta de palacio querían hacer a alguien un agujero en la espalda con un arma en la mano derecha? —dijo Ninurta.

—¡Sí, exacto! —Amfíloco se dio una palmada en el muslo derecho—. Eso era. A nosotros también nos lo había contado. ¿Cómo lo sabes?

—Yo soy el hombre blando que aparece en la historia.

Tres lunas después anclaron en Ashqelón… Ashqelón, que sólo era un desierto en ruinas donde los sobrevivientes buscaban la felicidad perdida y sus perdidas posesiones. Las hordas habían seguido su camino para saquear el fértil y rico Tameri; muchos de los filisteos del mísero interior se les unieron para tomar venganza de la larga opresión y de la obligación de pagar tributos. Otros se habían quedado atrás, heridos, con los pies lacerados, y algunos que estaban hartos de sangre y vileza.

Ninurta sólo reconoció al hombre cuando éste sonrió y dijo:

—Príncipe de la isla, ¿no me recuerdas? ¡Ah, no me sorprende!… ¿Quién iba a reconocer a Nadie?

Por él supieron el final de la historia de Lamashtu.

NARRACIÓN DE ULISES (VIII)

Qué acertada diana: acertada sin apuntar siquiera. Ah, he olvidado esta forma de hablar, asirio…, la forma más conveniente para un viejo compañero de luchas y una princesa, la más inteligente de las mujeres. Sentémonos allá arriba, a la sombra de las palmeras, de espaldas a lo que queda de la ciudad, cuyos soberanos no quieren entregarse ni comprar su libertad. Con la vista puesta en el mar, salado receptáculo de las lágrimas de la tierra, hogar de los errabundos, tumba de la inmortalidad; cuán a menudo he…

Pero sentémonos, bebamos vino, hablemos. Una costumbre asiria, ¿no? Por los dioses, ¿nos sentamos en el suelo y contamos tristes historias sobre la muerte de los antiguos soberanos?

¿Vino? Suficiente. Y oro y sangre. No hay nadie que sea jamás lo bastante rico, pero Nadie no puede quejarse. ¿Es que he cambiado tanto desde entonces? ¿Gris? Ah, tampoco la más inteligente de las mujeres, la hermosa Tashmetu, podrá renunciar por más tiempo a este adorno: un luminoso gris en la trenza negra como la noche. Y tú, señor del comercio: Cronos llevaba zapatos de clavos, ¿verdad?, cuando pisoteó tu rostro.

¿Qué puede decir Nadie? Nadie ha hablado cada vez menos en las últimas lunas; creo que Nadie se muere, o está podrido ya. Ha visto ovejas cuyas madres comían demasiado de ciertas hermosas hierbas y dieron a luz hijas cuyos ojos se unían en una sola cavidad en medio de la frente. Ha comido el loto, escalado montañas y a la sombra de nubes sangrientas ha escuchado muchas historias de naufragios y de amores. Ha luchado con gigantes, ha dormido con enanos, con brujas… Pero de eso hablaremos después. Más.

¿Buen vino? Crece por todas partes, pero muchos hombres no saben apreciarlo. Lo bueno nunca está próximo. El vino es un amigo que calla cuando quieres hablar contigo mismo, y que por las noches amordaza las voces dentro de tu cabeza.

Voces. Susurros que no te dejan dormir. Cuchicheos que los años convierten en puntas de aguja sobre las que yaces miserablemente.

No, nada de culpa. No hay ninguna culpa. Tampoco hay inocencia después de la primera vez, y antes sólo ignorancia. ¿Culpable el martillo que clava el clavo en la madera? ¿Culpable el clavo de herir la madera? ¿Culpable la madera cuyas raíces roban el suelo? ¿El suelo, que obtiene su alimento del cuerpo de aquel que un día levantó un martillo? Somos lo que hacemos de nosotros, y hacemos de nosotros lo que da la materia de la que estamos hechos. Fríos sueños o hierro al rojo vivo. ¿Hablé yo de los dioses? Ah, con las hermosas de la cueva; eso lo debieron de hacer las

hierbas que echaron en el pebetero. Sí, lo observé, lo olí, lo disfruté; él, que pronto sería Nadie, lo sufrió, el sufridor.

Confusa charla… Convierto el vino en hilos, amigos, hago una tela con los hilos del vino, envuelvo los jirones de mi memoria en ella y… un nudo, un trago. Reunidos, atados; ya veremos si siguen estando confusos.

Ulises no carga con una culpa pesada. Nadie carga con una culpa ligera… ninguno de los dos soporta culpa alguna, porque no hay culpa. Sólo hechos, a compensar por otros hechos. ¿Has matado a un hombre? Llámalo culpa, yo lo llamo desequilibrio. Por cada árbol que cae hay que plantar otro. Por cada gota que bebo tiene que caer otra del cielo para que la Tierra no se derrumbe. Sí uno de mi estirpe mata a uno de tu estirpe, mátame o mata a mí hermano; no hay culpa, sólo equilibrio en los platillos. Y si los vivos no lo hacen, lo harán los fantasmas de los muertos.

Quizás en todos estos años… ¿han sido tantos? Tres o cuatro nada más. Digamos cuatro milenios. En estos años he buscado una punta de lanza que desde el principio de los tiempos está esperando para abrir mi pecho. He buscado la espada cuyo filo estará incompleto mientras no corte mi carne; la piedra cuya divina finalidad es convertir en ruinas mi cráneo. Pero probablemente no existan los dioses que podrían determinar esos fines: sólo la Moira, la caprichosa señora del azar. No he encontrado la lanza, la hoja ni la piedra, ni ellas a mí; ningún veneno fue tan fuerte, ningún barranco fue lo bastante profundo, ningún río tan arrasador, ninguna pared de piedra lo bastante empinada como para matarme. Nadie. ¿Quién iba a matar a Nadie? Siempre se mata a alguien. Con el cubo de la perfidia llené el foso del horror…, lo llené con lo que saqué de la fuente de la vileza. Después, fui Nadie. Ahora, con la cuchara del oprobio, he llevado el lago del horror de vuelta del foso a la fuente, y vuelvo a ser Ulises. ¿Bien dicho? He practicado mucho tiempo…

En serio, ¿cómo iba a volver a mi hogar con las manos llenas de sangre y la boca llena de espanto? ¿A las verdes colinas de Ítaca, a los brazos de mi dulce esposa? He oído decir que se consuela; está bien así. También he oído decir que Agamenón tomó un baño. Ahora que me he lavado las manos en el espanto y me he enjuagado la boca con sangre, puedo volver a casa y contar todas las historias que oí junto al fuego y en las marchas Junto a aquellas que yo me conté por las noches, y hacerlas pasar por experiencias de un largo viaje por mar. Quizá de un viaje por el aire, o de un arrastrarme bajo la corteza terrestre. El que vuelve a casa después de años tiene que rendir cuentas, y cuanto más falsas, tanto más veraces.

Cuando dejé la isla de los bienaventurados, solazado por las adorables y fortalecido porque me escucharon, me uní a los peregrinos. Fugitivos de los pueblos de alrededor de Troya, de las costas de los estrechos, de Misia; de todos los lugares por donde Aquiles y los suyos habían pasado, incendiado y saqueado. Se les añadieron guerreros vencidos, frigios, hombres de Masa y licios, sin caudillo después

de la muerte de Sarpedón, sin patria después de todos los asesinatos. Mujeres y hombres de los países fronterizos en los que hititas y arzavos llevaban su encarnizada y pequeña guerra. Grupos dispersos y avanzadillas de los pueblos que vinieron de más allá de los estrechos cuando las fortalezas de los troyanos dejaron de contenerlos. Troyanos que fueron con sus barcos de guerra a Alashia y Cilicia o que se quedaron en la costa después de los combates contra los hititas. Alashios que quisieron volver a su isla en cuanto los hititas fueron expulsados, y encontraron ocupados sus pueblos por las gentes de Madduwattas y los piratas. Piratas cuyos barcos se hundieron… ¡Ah!, a veces se hunden los barcos cerca de la costa, y algunos marinos saben nadar y sobreviven. Gentes inquietas de las ciudades, que ya no podían soportar una vida demasiado ordenada en Éfeso y Mileto. Luego vino Mukussu, que ahora se llamaba Mopsos, con muchos y duros guerreros, y nos mostró el camino… el camino que llevaba a ciudades en las que los guerreros de Madduwattas, Amfíloco y Mopsos no habían podido entrar porque las protegían demasiados combatientes hititas. Pero no pudieron protegerlas contra nosotros…, hordas hambrientas, lobos sin patria, que todo lo arrastran y devoran. Murieron miles, pero continuaba habiendo demasiados que podían seguir caminando. Y detrás de nosotros vinieron las tropas de Mopsos e hicieron lo que quedaba por hacer. En tierra teníamos carros, carros de bueyes, mulos, a veces también caballos; por mar, nos acompañaban barcos. Siempre juntos: hordas de barcos y hordas terrestres. Pamfilia. Cilicia. El interior, que los hititas llaman el País Inferior. Que llamaban el País Inferior, porque ya no lo dicen. Yo estaba entre los que volvieron la espalda a la costa y penetraron hacia el interior, y en las ruinas de Hattusa brindamos con las mujeres de Azzi y los hombres de Gasca, venidos del norte para poner fin a siglos de opresión de los hititas. Yo estaba también entre los que extinguieron en pocas horas la floreciente Ugarit. Tu patria, princesa del comercio. No me lo perdonarás, o quizá sí, pero fue el desalmado aniquilador Nadie el que fue con las hordas; ¿quién soy yo, el recién nacido Ulises, para pedir el bálsamo de tu perdón?

Allá donde pasábamos se nos unían otros. En todas partes hay opresión, y por doquier se alzaban los oprimidos para oprimir y vengarse. Y donde quiera que estuviéramos, lobos rabiosos, nos seguían los bravos buitres de Mopsos, que construía nuevas ciudades para poder oprimirlas mejor. Tenía un buen general, es probable que siga teniéndolo. Amfíloco. Acabarán cortándose mutuamente el cuello, cuando ya no tengan más cuellos que cortar.

Ugarit. Suru, que nosotros llamamos Tiro. Biblos. Sidón. Otras ciudades, antes y después. Arados, Berittos… Por doquier, os decía, se nos unían nuevos combatientes. Tribus arami, y hace poco se nos unieron los palestai, que querían venganza sobre el señor del país de los juncos, Tameri.

Lamashtu estaba con ellos desde hacía unos tres años. Lamashtu, la agria.

Lamashtu, vasija de la diablesa de la fiebre. Sanadora de los duros y redentora de los blandos. Después del combate, recorría el campo con un largo cuchillo y los enviaba lo bastante lejos como para que ya no pudieran levantarse. A los duros, los caudillos, los curaba con hierbas, magia y bebedizos, igual que hacían las adorables de la gruta, Circe con su pequeño león manso y Calipso de carnes maravillosas.

Lamashtu… no paraba de hablar, Ninurta. Una y otra vez: de alguien al que ella había creído duro, pero era blando. De fuga y prisión, esclavitud y clemencia, advertencias delante del templo y… ah, de tantas cosas. Nunca se perdonó que el hombre blando le regalara la vida y ella no pudiera salvar la suya para compensarle. Él sobrevivió sin ella. Y como ella no pudo darle la vida, quería quitársela para que los platillos de la balanza mantuvieran su equilibrio. Quizá fue la diablesa de la fiebre que habitaba en ella. Se sentía repelida por todo lo que era sano o hermoso, y como creía que nunca podría ser parte de ello tenía que aniquilar lo que la atraía tanto que la rechazaba. Estaba enamorada de la Muerte, amigo; por eso es oportuno que la Muerte viniera a visitarla cuando acababa de amar por última vez.

A las afueras de Arados… Allí yacimos bajo una higuera, y cuando estuvo satisfecha y agotada habló de la gruta, del odio calmado con las dulces de la isla. No dijo mucho, pero se traicionó.

Yo la estrangulé. Con estas manos Nadie la estranguló, y desde entonces… desde entonces Ulises despertó lentamente, como si Nadie hubiera equilibrado la balanza y hubiera llenado y vaciado los platillos. Aquí, en Ashqelón, bajo las ruinas de la casa en la que vivía el gobernador del puerto cuando aún vivía, yace Nadie, y Ulises bostezó, se desperezó y sintió nostalgia de las verdes colinas de Ítaca.

No, no por temor. He apurado la copa, mascado y tragado las amargas heces; la copa está vacía. Que los otros sigan su camino y devasten el rico Tameri; Ulises quiere volver a casa. El tiempo de los grandes príncipes ha pasado; quiere volver a ser el pequeño príncipe de Ítaca.

Los grandes reyes. Agamenón. Príamo. Supiluliuma, despedazado por las mujeres de Azzi en Hattusa después de la última batalla. Madduwattas el tenebroso… ¿Cómo? Tenía que haberlo imaginado; ningún hombre se atrevería, pero… Tashmetu. Es una buena historia, que me gustaría oír, lenta y concienzudamente y con disfrute, porque él era como una nube oscura para el sol y una carga para el suelo.

Muy bien. Por todas partes pequeños príncipes, hoy; ¿por qué no yo también en casa? Príncipes hititas en pequeños países entre Ugarit y Carchemish. Pequeños príncipes se repartirán la herencia de Madduwattas, y Mopsos… caerá y tendrá pequeños herederos. Néstor, el pobre y viejo Néstor… ¿Quién le sucederá? ¿Menelao ha desaparecido? Bien está, ¿y ella? ¿La mujer entre todas las mujeres? ¿Desaparecida con él? ¡Ah! ¡Pobre Menelao, a solas con ella! Asur también caerá, Ninurta; y Tameri.

¿Tenéis sitio en vuestro barco para un cansado caminante con sus sueños, sus gritos nocturnos, su oro y sus historias? ¿Dónde vivís ahora, ya que la isla ha sido destruida? ¿Yalussu… Yaliso, patria del honorable Celeo? Quiero verle y abrazarle, ¡oh sí!; si hubiera habido más como él y no tantos como Ulises…, pero esto es ocioso.

¿Tenéis sitio? Os lo agradezco, princesa y hermano de armas. Y tenéis que contarme lo que ocurrió con Madduwattas.

17. SERPIENTES Y SAL

Ulises se quedó todo el invierno; fue un duro invierno, muy adecuado para el fuego y el asado y largas noches de recuerdos, inventos y relatos. Él vivía con Celeo en el castillo, pero a menudo subían Ninurta y Tashmetu, o los dos aqueos bajaban al amplio almacén de los mercaderes, donde tras mucho beber eran incapaces de buscar el camino de vuelta y pasaban la noche como invitados.

Había más invitados aún. En una tarde de invierno, de calma chicha, un pequeño y mísero barco de remos arribó al puerto de Yaliso, viejo y comido de carcoma y hundido hasta la borda. Khanussu, Kaidu, un hombre de Libu y cuatro viejos combatientes sardanios saltaron a la playa, descargaron armas y sacos, sacos y más sacos y ánforas y más sacos.

Ninurta se echó a reír cuando un muchacho le trajo la noticia de la llegada de los guerreros y de la cantidad de su equipaje, que, según dijo el chico, habría bastado para hundir un barco grande y nuevo, no sólo ese repugnante chacal de bote. El asirio, Zaqarbal, Tsanghar, Corinnos y algunos otros partieron con carretillas.

Por la noche, junto al fuego, el alto sardanio dijo:

—Aún combatimos un poquito, amigo, por aquel pequeño príncipe, por aquella viuda y tres docenas de mercaderes, que querían controlar juntos un pedacito de Arzawa hasta empezar a tirarse de los pelos. Pero… —Calló, miró fijamente al fuego, bebió cerveza caliente y volvió a alzar la vista.

—La sal se ha vuelto sosa, ¿verdad? —dijo Tashmetu.

Khanussu asintió.

—Tú lo has dicho, oh la más inteligente de las mujeres. Bien mirado, una guerra es igual que otra. O no, si se mira de otro modo. Se consigue aquí un pan, allá un poco de plata. Con los años… con los años se nota que el pan sabe igual en todas partes.

Kaidu se sentó sobre unas mantas, de espaldas al fuego, con las piernas cruzadas de un modo que a Ninurta le parecía extremadamente incómodo. Ahora, el hombre del este levantó la cabeza.

—Olvidas una cosa —dijo.

Cuando sonrió, el asirio vio que muchos dientes habían rescindido el contrato con su viejo compañero.

—¿Olvidar? ¿Yo? —Khanussu dio un resoplido—. ¿Qué he olvidado yo, especie de chinche?

—Pelear bien cuando botín, sí. Especial bien cuando príncipe grande, porque esplendor anima, y ser parte de hermosa historia. Contar historia después, cuando todos los dientes marchar, ¿no? —Enseñó sus desdentadas encías.

Khanussu suspiró voluptuoso y acercó las largas piernas al fuego.

—Eso es verdad. Es terriblemente cierto lo que dice. La sal se ha vuelto sosa, y cuando uno despierta en algún sitio una mañana, y se da cuenta de que sólo es otra mañana, sin nada especial en ella, y se está simplemente en algún sitio y se hace lo que siempre se ha hecho, pero para alguien del que ni siquiera merece la pena aprender el nombre… —Se encogió de hombros.

—¿Podría ser —dijo Tashmetu con una suave sonrisa— que la cantidad de sacos llenos tenga algo que ver con eso?

—Ah. —Tushir, el hombre de Libu, aplaudió sonora y largamente. Luego volvió a coger su copa de la mesa y la olfateó—. La cerveza huele bien, cuando hace mucho que no se ha olido. Luchar por plata es bueno cuando hay poca plata. Tú y tú, vosotros dos —apuntó con la larga nariz a Tashmetu y Ninurta—, nos habéis hecho ricos. ¿Para qué luchar, cuando se tiene más oro del que nunca se podrá gastar cambiado en plata?

—Lo hemos intentado, por todos los dioses —dijo Khanussu y sonrió—. ¡Oh dioses, cómo nos hemos esforzado en devolver al pueblo el oro que Madduwattas arrebató a sus súbditos, en las tabernas, con las putas y en los bodegones! Nos hemos esforzado hasta el agotamiento.

—Y lo hemos conseguido. —Pireddu, uno de los viejos sardanios, rió entre dientes.

—¡Sí! —Khanussu pateó el enlosado, como para pisotear toda contradicción—. Y cuando lo logramos, volvimos a subir a la montaña y cogimos más. Todo estaba intacto allí; hasta ahora nadie se ha atrevido a ir donde dicen que el espíritu de Madduwattas rechina los dientes, y como no tiene bastantes dientes para rechinar se los arranca a todos los que se acercan demasiado a ese pueblucho.

—O sea, que sois ricos y queréis ir a casa. ¿Es eso?

Lentamente, uno tras otro, asintieron; salvo Kaidu, que se miró las estevadas piernas y movió las orejas.

—Tú lo has dicho, asirio. —Khanussu parpadeó—. ¿Tienes alguna idea útil acerca de cómo se pueden alcanzar lejanas patrias?

—¿Queréis luchar una vez más, de camino a casa? —dijo Ulises; hasta ahora, él y Celeo habían escuchado en silencio.

—¿Luchar? ¿Qué es eso? —Khanussu sonrió; luego dijo, casi en una especie de solemne canción—: De donde vengo, un hombre exigente puede vivir espléndidamente tres o cuatro días con lo que compra por un *shiqlu* de plata. Un talento pesa tres mil seiscientos *shiqlu*. Un talento de oro tiene el valor de alrededor de diez talentos de plata. Treinta y seis mil *shiqlu* son lo bastante para… —Frunció el ceño, entrelazó los dedos y dijo, con asombro—: Aproximadamente ciento diez mil días, ¿no? ¿Cuántos años son ésos?

¿Trescientos? ¿Por un talento de oro? Tengo cincuenta. ¿Para qué voy a luchar otra vez? ¿Quién va a ofrecerme algo?

—Yo —dijo Ulises.

—¿El noble Ulises, príncipe de Ítaca? ¿Qué, señor? ¿Qué vas a ofrecer a un sardanio que tiene oro suficiente como para comprar la mitad de su isla natal, y que a sus cuarenta y siete años quizá se le concedan otros veinte para derrochar sus riquezas?

—Fama —dijo Tashmetu—. La fama inmortal de haber acompañado a Ulises a Ítaca y haber limpiado su casa de enemigos.

Ninurta alzó las cejas.

—¿Es eso?

Celeo contempló a Tashmetu con asombro y reconocimiento en los ojos.

Ulises sonrió y asintió. Khanussu dejó la copa.

—¿Llevar a Ulises a casa? Casi es por el camino de Sardinia, ¿verdad? Y… ¿fama? ¿Quién creerá que ya tiene suficiente fama?

«La sal se ha vuelto sosa». La frase de Tashmetu se repitió una y otra vez durante ese invierno. En una de las deliberaciones de mercaderes y artesanos, Tsanghar la repitió y añadió:

—Apoyos para cabalgar para los pies de los hombres en una isla en la que apenas hay caballos. Estampas con las que se puede imprimir mil veces en rollos de papiro la misma historia que nadie quiere leer en ejemplar sencillo. Aparatos para levantar cargas que no hay, porque en ningún puerto se fabrica lo bastante como para resultar pesado. Arados para las olas que permiten a un barco navegar más rápido, más lejos y más seguro incluso sin vientos demasiado favorables, hacia puertos tan poco profundos que el barco no puede entrar en ellos con el arado. Se ha vuelto sosa, en verdad.

Djoser apartó de sí el rollo en el que acababa de garabatear ilegibles secretos y miró al gasqueo.

—¿Qué quieres? ¿Deberían las potencias luminosas y oscuras hacer de nuevo el mundo para que te gustara?

Zaqarbal tosió.

—El hombre del antiquísimo país de los juncos dice cosas inteligentes y, como siempre, sedentarias. Oh y sí. ¿Dónde estaríamos nosotros, sobre todo nosotros, mercaderes y viajeros, sí hubiéramos aceptado el mundo como era allá donde nacimos?

La esperada respuesta de Djoser sobre los frívolos cananeos y su insoportabilidad no se produjo. El rome no estaba especialmente locuaz este invierno; miraba viejos rollos una y otra vez, se encerraba en antiguas historias de su patria y mantenía conversaciones consigo mismo en su lengua natal. Esperaba que la primavera le

trajera el primer barco con noticias del país de los juncos, tierra de sus antepasados, fuente de todo conocimiento y objetivo de las hordas que habían devastado los países entre Arzawa y las costas cananeas.

—¡Eh, que hablo contigo! —dijo Zaqarbal—. ¿Vuelves a llorar porque unos cuantos venidos de lejos dejan tres o cuatro cadáveres ante la puntiaguda casa de los muertos y no los dejan dentro? ¿Me has oído llorar cuando Sidunu estuvo amenazada?

—Tu gente compró su libertad —dijo Molione—. Eran ricos lugares al lado del camino. Los romet no pueden librarse, porque el camino termina en su país; para las hordas, todo el odio desemboca en Tameri. No hay escapatoria.

Tashmetu juntó las manos sobre la mesa. Sin mirar a nadie, dijo:

—¿Os habéis dado cuenta de una vez, viajeros, mercaderes y artesanos, de que la vida de todos nosotros ha cambiado? ¿De que no sólo se ha vuelto sosa, sino que ha terminado?

—¿Terminado? —Corinnos miró a Tsanghar, luego a Tashmetu, a Deyanira, a Aspasia, a Ninurta—. Algunos aquí son más viejos, y por tanto más próximos al Hades que otros, pero ¿terminado? —Levantó una figura de madera con la que había estado jugando; un hombre, encadenado a una roca, con un águila que clavaba sus uñas en el vientre del hombre—. ¿Somos nosotros *esto*? ¿Dónde están nuestras cadenas?

—¿De qué van a vivir los mercaderes —dijo Tashmetu— si no pueden comerciar con nadie? ¿Qué mercancías que nadie fabrica vamos a llevar a puertos destruidos o a hombres que ni las necesitan ni pueden pagarlas?

Zaqarbal se levantó, con una mano extendida, como si quisiera coger la luna del cielo, con la otra sobre el hombro izquierdo de Kynara.

—Calma —dijo en voz alta, para superar el creciente murmullo—. Enseguida seguiréis hablando, pero escuchad un momento. Esta noble, inteligente aunque hermosa mujer que tengo a mi derecha comparó hace mucho tiempo el Gran Verde, sobre el que navegamos y en cuyas costas hacemos negocios, con un cuenco, palangana o cosa por el estilo. En el centro, donde se cruzan todas las rutas comerciales, estaba Troya, y si Troya caía se caía al fondo del recipiente, ¿no era así? Wilusa, Ilios, Troya… la ciudad no era el ombligo o el hígado del mundo, pero desembocaba allí todo lo que representa el mundo, los siglos y el comercio. La cumbre de la montaña, el tapón del aguamanil, el nudo del echarpe. Kynara lo dijo, y ahora ha ocurrido, Tashmetu tiene razón. ¡Propongo que bebamos por estas inteligentes y hermosas mujeres, que han visto el fin del mundo y nos lo hacen soportable porque siguen vivas!

Muy pocos levantaron la copa cuando Zaqarbal bebió. Él sonrió, apretó el hombro de Kynara y se sentó.

Ninurta esperó a que el ruido descendiera un poco. Entonces carraspeó. Cuando todos lo miraron, dijo:

—Esperemos, amigos. La sal se ha vuelto sosa, pero quizás haya nueva sal. No todo está destruido. Si Tameri sobrevive, quedará algo en el sur. Y al oeste. Tameri, Kefti, Muqannu, Tirsa, los países libu. Unas cuantas ciudades de Arzawa… Abasa, Milawatna… —Mientras decía los nombres, que ya no eran ciertos (porque la rica Abasa era hoy la mísera Éfeso; la acomodada Milawatna, la hambrienta Mileto, e Idomeneo había muerto al regresar a Cnossos, en Kefti, que ahora sólo se llamaba Creta, y Menelao había desaparecido —¿quién calentaba el trono de Esparta?— y Egisto mantenía con Clitemnestra un amenazado control de Micenas, amenazada por los reforzados aqueos, y Cilicia había sido devastada y Ugarit destruido y pequeños reyes sin oro ni poder se asentaban donde antaño habían estado los hititas y mitani, y las ciudades canaaníes estaban destruidas, salvo muy pocas que habían comprado su rescate…); mientras los decía, sabía que estaba contando alegres mentiras a sí mismo y a los demás.

Citera, Atenas, Cnossos quizá, Pilos por un tiempo, Nauplia, Éfeso, Mileto, un par de escondites más en las islas… demasiado poco para mercaderes de altura. Si Tameri sobrevivía, podría volver a enviar el conocimiento y la riqueza a otros países, pero en secreto dudaba de que eso fuera a ocurrir.

La primavera llegó, y con la primavera, la ansiada noticia. En el estuario oriental del Yotru, el soberano del país de los juncos había preparado una trampa hecha de barcos donde no se esperaba ninguno y de guerreros que esperaban en los cañaverales. Allí había sardanios, libu, sequelios, pero éstos también estaban entre las hordas. Había aqueos que ayudaban a los romet, entre ellos uno cuyo nombre nadie conocía, pero del que se decía que había sido un importante príncipe y general. En esa batalla en el estuario oriental del Yotru las hordas de las costas del otro lado del mar fueron derrotadas, desgastadas, en parte aniquiladas. Muchos cayeron presos y sirvieron a los romet como esclavos, otros huyeron, se dispersaron por los países vecinos, se los tragó el desierto o —unos pocos— regresaron a lugares en los que pudieran vivir.

Aún no habían partido Ulises y los sardanios cuando llegó la segunda noticia, que traían mensajeros de la ciudad de Rodas, donde la combativa viuda de Tlepólemo había recibido invitados y los había atendido con vino en el que había vertido unas gotas de adormidera. Ahora los invitaba a todos a ver lo que había que ver. Celeo titubeó, pero fue a Rodas; Ulises, Ninurta y Tashmetu no titubearon y se quedaron en Yaliso.

Menelao, rey de Esparta, arrastrado por la tempestad, embarrancado en el estuario occidental del Yotru con cinco barcos. A cuatro, cargados de botín y de guerreros, los mandó a casa; alcanzaron un puerto del Peloponeso y fueron a Esparta a informar de

que el rey volvería pronto. Pero no llegó. En el estuario del Yotru murió su piloto, Canopo, mordido por una serpiente; Menelao lo enterró y llamó Canopo, en su honor, al pequeño lugar, que antes no tenía nombre. También Menelao fue mordido por una serpiente una y otra vez; le dio un hijo y llenó sus días de goce y sus noches de placer. Cuando las hordas se aproximaban y el soberano de los romet pidió mercenarios y envió patrullas a las más apartadas regiones del país, Menelao despertó del largo sueño y se acordó de que en una ocasión había sido un hombre, un rey y un guerrero, y no sólo un enamorado soñador.

Después de la batalla, aprovechó el invierno para construir un barco, y en primavera partieron. El viento y las corrientes los llevaron a Rodas. Polixo, viuda de Tlepólemo, caído ante Troya con tantos otros, apreciaba más las explicaciones sencillas que los embrollos. Aturdió a Menelao, le hizo encadenar y reunió a los ciento catorce hombres que quedaban de los que habían partido a Troya desde Rodas y sus alrededores. A ellos les entregó a aquella que no había sido la causa, pero para Polixo sí el pretexto de la guerra. En dos días, ciento catorce guerreros que habían combatido ante los muros de Troya. Luego hizo colgar de un árbol por los pies a Helena, desnuda. Menelao fue obligado a mirar; se dice que gritaba desesperado y que en un momento dado despertó silenciosamente de su larguísima desgracia, como lamentando la fatalidad que jugaba con él. Ahora quería volver a casa para dirigir Esparta como un rey sobrio.

Celeo se encerró en la fortaleza, acunado por los brazos de su esposa. Ninurta y Tashmetu volvieron a subir a despedirse, antes de su nueva partida.

Durante dos años trataron de sustituir la sal sosa por otra nueva, pero la guerra, empezada por todos y perdida por todos, había destruido también el comercio. Con algo parecido al orgullo, Ninurta comprendió que el reino de los asirios había aniquilado la parte de las hordas que habían penetrado en las montañas y seguía existiendo, pero nada le atraía adonde corría una antorcha y gritaba un palo, cada vez que recordaba.

En la primavera del tercer año, disolvieron la unión de los mercaderes reales de Yalussu. Molione y los pocos artesanos que no habían muerto en la isla porque se encontraban en los barcos se quedaron con el almacén, la gran casa y aquello que de todas formas les pertenecía.

Zaqarbal y Kynara querían ir hacia el oeste, donde sin duda habría en algún sitio una bahía en la que construir una casa para dos inviernos y después abandonarla. Djoser se acordó sin esfuerzo de su antigua condición sedentaria y regresó a casa, a Tameri. Tsanghar no tenía nostalgia alguna, pero el viejo Kaidu, que no había partido con Khanussu, contaba historias tan descabelladas de los países de Oriente y la incomparable vida en el país de los pastos, donde no se va a pie porque los dioses han dado piernas a los hombres para cabalgar, que un día el gasqueo dijo:

—Quizá podríamos hacer algo con mi apoyo para montar. O incluso con las estampillas. Y ver qué más se me ocurre allí.

Corinnos subió a bordo del *Kynara*; recordaba los maravillosos palacios de Cnossos que siendo niño había visto dos veces con Palamedes; al repartir el oro, quedó tanto para él que dijo que por un tiempo no haría nada, en Cnossos o en otra ciudad, y luego quizá construiría o compraría un pequeño barco para aburrirse en el mar.

Tashmetu y Ninurta navegaron con un barco nuevo y viejos marineros hacia el norte, junto con el pequeño barco de Tsanghar. Visitaron a Eneas; delante de Troya se separaron sus caminos, porque Tsanghar y Kaidu partieron, con el pequeño barco que llevaba el arado de las olas y el cilindro a popa para caso de necesidad, hacia los estrechos, hacia el este, para ver si era verdad que más allá de la Cólquida no había más rutas marítimas que explorar.

En otoño el nuevo *Yalussu* alcanzó Cidonia, en el extremo occidental de Creta, donde estaba Corinnos. Les pidió que pasaran con él el invierno, pero Tashmetu se mostraba desasosegada y Ninurta inquieto.

—Visitaremos a Khanussu —dijo el asirio—. Y veremos qué islas y tierras firmes hay al oeste de Sardania. Aún no está demasiado entrado el año; quizá sólo lleguemos hasta Ítaca o Tirsa, o perturbemos en el borde occidental del país de Libu al canaaní y a Kynara en su diezmilésimo intento de encontrar una forma de apareamiento insuperablemente placentera.

—¿Volveréis?

Tashmetu asintió; Ninurta se encogió de hombros. Corinnos se echó a reír.

—Tú dices veremos, ella dice sí, así que os veré. ¿Qué os lleva hacia el oeste? ¿No está el mar aquí lo bastante salado?

—Es aburrido por tierra —Ninurta señaló hacia la noche, vagamente hacia el este y hacia el norte—. Con suerte, Eneas morirá cuando sea viejísimo en una pequeña ciudad habitable. Menelao ha dado guerreros al hijo de Agamenón, y ahora que Clitemnestra y Egisto han muerto, Orestes fundará probablemente un señorío aqueo carente de ingenio. Atenas es tan aburrida como siempre; no creo que allí ocurra nunca nada de importancia. El este está confuso. ¿Tameri? Se podría visitar a Djoser, pero allí hay demasiados sacerdotes para mí. No, vamos a contemplar el oeste.

Corinnos los miró a ambos, sentados frente a él en la taberna del puerto.

—¿Mañana temprano?

Ninurta asintió; Tashmetu pasó el brazo por debajo del suyo.

—Sí —dijo. Luego sonrió y se pasó la mano por el pelo, cada vez más gris—. Nuestros soles salieron por el este, Corinnos. Él tiene cuarenta y cuatro años, yo pronto cumpliré cuarenta; es hora de ver las regiones donde el sol se pone. Quizás allí sepamos lo que nos espera cuando nuestros soles se pongan.

Corinnos suspiró levemente.

—Os echaré de menos. Volved alguna vez, ¿me oís? Aunque sólo sea para contarme que detrás del mar hay otro mar, y detrás un tercero, y que en todas partes es igual de aburrido. Entonces escribiré al sedentario rome, y él asentirá y dirá que siempre lo supo.

—Si le escribes, salúdale de nuestra parte —dijo Ninurta.

Tashmetu le miró de reojo, con una sonrisa un tanto desvaída.

—Y escríbele —dijo— que todos los días y todas las noches fueron buenos.

Ninurta sonrió.

—Sí, escríbeselo. Y escribe que he sonreído, o no le quedará nada sobre lo que cavilar.

CARTA DE CORINNOS (IX)

Se acabó, viejo amigo. Los rollos ya están escritos. Todo está dicho… salvo dos cosas. Por rematar esto debería decirte, sedentario rome, que la diosa Tashmetu, a la que todos debemos la vida y un monstruo la muerte, te hace saber que todos los días y todas las noches fueron buenos. El asirio sonrió al oírlo.

El segundo pedacito que falta es éste. Sabes cómo los reyes hundieron en su ánimo sus lúgubres mensajes y los encerraron con magia… magia que las adorables de la gruta, que ya no están, pudieron libertar con un bebedizo que le llevó aquella cuyo nombre no vamos a mencionar. En la última noche se me ocurrió preguntar a Ninurta qué clave habrían empleado los reyes —o emplearon, en Asur en todo caso— para despertar el recuerdo. Sabes que fue el nombre del hijo de Príamo al que Enlil-Kudurri-Ushur entregó a Madduwattas y a su cuchara y su cuchillo.

—Dime el nombre —le pedí a Ninurta—, para que pueda decírselo al rome con tus saludos y los de Tashmetu.

Al principio él no dijo nada, sino que se quedó mirando un rato el vino, que todos habíamos bebido en abundancia. Miraba en cierto modo dos vinos: el que había en la copa y el que había en el cuerpo, porque su mirada también iba dirigida hacia dentro. De pronto sonrió, y Tashmetu, que le conoce mejor que ningún otro, suspiró. Un suspiro indulgente, aprobador, entregado.

—Es demasiado bueno, o demasiado tonto, para no utilizarlo —dijo el asirio. Se rascó la barba gris y rió por lo bajo—. Un enigma, Corinnos, o un tonto juego de palabras, raíces y sílabas cambiadas.

—Debí imaginar que no darías una respuesta sencilla a una sencilla pregunta —dije.

—¡Ah! —Él levantó la copa y bebió a mi salud—. Todos hemos sobrevivido sólo porque Tashmetu tiene un alma muy grande, que está por encima del humo y de las palabras; yo en cambio he sobrevivido a esto y a aquello porque no tengo alma que pueda ser dañada.

—Escucho —dije—. Escucho, padrino de la espada, comprador de mi existencia carente de valor, con la mercantil reverencia que corresponde al hijo de un mercader. El alma de Tashmetu —al decirlo me incliné, sentado a la mesa, y fui recompensado con esa sonrisa que a través de los ojos que la ven se filtra en el cuerpo y lo calienta todo—, el alma de Tashmetu es tan grande que vivimos dentro de ella, y no vamos a mancharla con palabras. ¿Y tú no tienes ninguna? Bien. Pero ¿qué tiene eso que ver con el hijo de Príamo?

Frunció el ceño, bizqueó y calló, oh rome, como tú le has tenido que ver muchas

veces; luego su piel se alisó, salvo aquellas arrugas que pertenecen a la edad y no a la cavilación, y dijo:

—Ya lo tengo. Pero…

—¿Qué pasa con tu no-alma, no-hombre? —dijo Tashmetu.

—No tengo ninguna. Una parte se quemó a las afueras de Babilu, cuando era un chiquillo, y la segunda parte fue empalada en Asur. El vacío que quedó lo llené a lo largo de los años con preferencias, aversiones, carencias y absurdos. Cosas muebles, sabéis… que se desplazaban unas a otras, y creo que es esa movilidad lo que algunos llamaban blandura. Por fuera era un hombre; en cuanto intentaba volver hacia fuera el interior, era desierto…

En ese momento, Tashmetu se echó a reír.

—Ahora empezará a chillar como un asno empeñado —dijo.

Ninurta le cogió la mano y la besó en las puntas de los dedos.

—¿Qué se ha escapado nunca a tu mirada, cariño?

Tuve que haberlos mirado con una expresión muy tonta, porque ambos se rieron de mí.

—Como he dicho, un enigma. —Ninurta dejó al fin de reír—. Ese desierto lo llené también con palabras y bromas, con necedades y todo lo que puede servir para atenuar el recuerdo de algo espantoso hasta que se convierte en risa. El destino del hijo de Prijamadu también forma parte de esto.

—Grito de placer —dije—. De verdad, me desborda la alegría. Porque intuyo que quizás ahora vas a llegar al meollo de tus palabras.

Ninurta sonrió. Otra vez.

—El hijo fue a parar a los asirios siendo un bebé, y ellos retorcieron su nombre, o quizá sólo lo he imaginado así. Decían que el pequeño, espejismo de los deseos paternos, era una prenda, un empeño o un rehén, y él gritaba más bien como un pequeño asno o un chivo. A ese hálito delantero corresponde su exhálito trasero.

Perplejo, oh Djoser, vi a ambos subir por la mañana al nuevo *Yalussu*. Bod-Yanat me hacía señas con una cuchara de madera, y Tuzku me sacó la lengua. Ninurta se llevó la mano al lugar donde los verdaderos hombres tienen un corazón, y Tashmetu abrió los brazos para abrazarme una vez más desde la distancia.

Durante el invierno, he pensado una y otra vez en el necio enigma del nombre. Creo que él lo tramó; ninguna palabra podía proceder de Asur. Quizá de hecho le ayudó a sobrellevar mejor sus recuerdos del dragón de las sombras y la cuchara de Madduwattas.

Aquí está la solución, viejo amigo. Sencilla y tonta, cuando al fin di con ella. Ninurta recorrió tres lenguas para llevar a cabo tal abuso; la tuya, la de Asur y la de los aqueos.

He dejado de escribir durante diez respiraciones para darte tiempo a pensar. Aún

no lo has encontrado, ¿verdad? Entonces tómalo como temporal saludo de despedida, oh Djoser.

En tu lengua, rome, convierte *rome* en *mero*, y tendrás el *desierto* interior del *hombre* Ninurta, el no-hombre. Y conserva *me* y *ro* en tu pecho, para volver a emplearlos pronto. Transforma un poco *me* y *ro*, por ejemplo en *mai* y *ra*… ¿Sería el espejismo de los deseos paternos, el deseo de Príamo de una alianza contra los hititas, una *quimaira*? El bebé grita, dice Ninurta, como un chivo aqueo, *quimairos*, y como un asno asirio: *imeru*, y en conjunto él era una prenda aquea, un rehén, *omeros*. ¿Y si Peri-Ammu, al que los aqueos llamaban Príamo y los luvios Prijamadu, dio a su hijo un nombre similar al de un rehén? ¿Con el aliento del grito del asno delante: Homeros? No lo sé, pero no se me ocurre una solución mejor. Salud, gran ancianidad, oh Djoser, bienestar y que volvamos a vernos… Corinnos, llamado ilieo, Cidonia.

18. EL LEGADO DE SOLÓN

Los compañeros de viaje de Solón llenaron la cubierta del *Glauke* y los largos días y las largas noches de viaje con historias sobre espléndidos regateos, inmensas ganancias, pesados pechos y ágiles muslos de esta o aquella mujer; el silencio del ateniense terminó antes de hacerse notar, al cabo de dos o tres días.

—Rollos de papiro y oro —dijo, cuando le preguntaron por sus bienes.

—¿Oro? —preguntó Píades—. El oro siempre es bueno, pero ¿para qué los rollos?

—Si lo supiera —contestó Solón— sería más sabio de lo que tú crees; ahora en todo caso soy mucho más necio de lo que nunca había temido.

Desde Egipto fueron hacia el nordeste, visitaron los puertos fenicios y asirios, pasaron unos días en Chipre, evitaron los tempestuosos promontorios de Cilicia y alcanzaron las islas situadas frente a las costas de Asia cuando el verano tocaba a su fin. Por todas partes Solón buscaba rastros, y casi en todas partes escuchaba retazos de viejas canciones e historias. A menudo eran recuerdos por mucho tiempo perdidos, entreverados con nuevas narraciones por los hombres que los transmitieron.

En Salamina, en Chipre, una anciana tabernera (se llamaba Batsheba) habló de sus antepasados, que eran pequeños príncipes en las cercanías de Carchemish y se llamaban Hatt; mencionó también a su abuela como fuente de extravagantes historias. Su abuela, dijo, se llamaba Tarhuntasa. En Yaliso encontró a un mercader asirio, Sin-Abushu, cuya esposa, Kir’girim, se alegró mucho de encontrar a un ateniense que supiera que su nombre significaba «Jardín del fuego». En Éfeso habló con hombres que vendían ovejas en el mercado; comprobó que su helénico sonaba inusualmente gutural, y cuando preguntó de dónde procedían le mencionaron nombres de pueblos en las montañas en los que aún se hablaba el antiguo idioma, *luvissa*, y uno conocía el principio de una antigua canción en la que unos guerreros hablaban de su retorno a casa tras una gran batalla: «Cuando dejamos la empinada Wilusa…».

No llegaron a la empinada Ilión; los vientos otoñales aceleraron el rápido retorno a Salamina. Allí pasó Solón el invierno, inclinado sobre los rollos de papiro que se había llevado del templo de Sais.

Ulises le ayudó; algunas frases del gran viajero, dichas en la gruta, contenían la solución a lo insoluble, o al menos una indicación de cómo rehuir la insalvable contradicción. Porque Solón luchaba consigo mismo. A partir de las tradiciones, de los dioses y los héroes, de Los trabajos y los días de Hesíodo y los inmortales cantos del aedo, había creado las nuevas leyes para la convivencia pacífica de los atenienses, un suelo hecho de piedras del pasado, mortero del presente, cimientos del futuro. Sabía, sabía dolorosamente, que muchas piedras estaban mal colocadas y otras eran

mentira; y no es bueno, se decía una y otra vez, querer fundamentar la convivencia de los hombres sobre la verdad y saber que esa verdad es inventada. No, no inventada…, mezclada a partir de trocitos verdaderos empleados por ingeniosos cantores, fundida y vertida en otro molde.

Las juguetonas invenciones del príncipe de Ítaca no le dieron un molde nuevo, pero sí un camino nuevo, muy antiguo: si la mentira puede ser un muro contra las tinieblas y la verdad será un ariete que dejará penetrar el caos en la ciudad, deja que las mentiras persistan, y reviste de nuevo a la verdad para que pueda ser gozada como una hermosa mentira. Convierte el ariete, disfrazándolo y recortándole los cuernos, en pacífico carnero que pueda pastar en los exuberantes jardines del futuro. Disfraza la verdad, pero deja trocitos en su ropa que se distingan del resto de la tela, de forma que un ojo agudo pueda verlos y deducir el auténtico origen de las cosas.

Sólo hicieron falta mínimas intervenciones y complementos. Solón eliminó todas las referencias a los puntos cardinales. Tomó las lunas de los egipcios por años de los helenos y en el prefacio que puso en boca del viejo sacerdote de Sais hizo que algunas cosas alcanzaran una magnitud inmensa y otras, que eran más importantes, se contrajeran hasta hacerse diminutas. Sustituyó nombres conocidos por otros, que presentó como traducciones del egipcio, e inventó dioses y patriarcas. Se decía que Ilos había construido el castillo de Ilios (que ya hacía mucho que se llamaba Ilión), y Tros la ciudad de Troya, patria de los troyanos. Solón remontó la dinastía de los reyes a un lejano antepasado que llamó Atlas, y en la prehistoria de su historia el viejo sacerdote egipcio dio a los troyanos un nombre derivado de Atlas. Al fin y al cabo, se decía Solón con una sonrisa medio dubitativa, medio segura de lo correcto de su proceder, lo de menos era que la ciudad se llamara Wirudja, como la llamaban los egipcios, o Wilusa, como la llamaban los hititas y los luvios (largamente olvidados en la Hélade), o Asia como su entorno más próximo (ahora nombre de toda la tierra firme), o Ilios, Ilión, Trosia, Troya, tesoro de Dárdano, hogar de Príamo (y sin duda otros pueblos habían llamado de otro modo a la ciudad) o, como la oyó nombrar al viejo egipcio en Sais, Atlantis. ¿Importaba tanto que Muqannu y Acaya no fueran reconocibles con el nombre Hélade? ¿Que la gran ciudad de Men-Nofer fuera llamada Mimpi por los asirios, de lo que los helenos habían hecho Menífis? ¿Que también los asirios oyeran el nombre del gran templo de Ptah, que sonaba Hitkutptah o cosa parecida (ya no lo sabía, y en Atenas no podía preguntar a nadie), como Hikupta, y de eso los helenos extrajeran Egipto como nombre para todo el país de Tameri? ¿Que la gran corriente de Egipto ya no se llamara Yotru o Hapí (en todo caso no fuera de Egipto) sino *neilos*, y que ese Nilo no fuera más que un préstamo helénico de la palabra asiria *neqelu*, río? ¿Cuántos nombres podía haber tenido Atenas? ¿Era un crimen añadir uno más a los mil nombres de la ciudad destruida por los aqueos de larga cabellera? Pero escribir todo esto era una cosa, y transmitirla a los

hombres, otra. Algo, un pudor inexplicable, hacía que Solón retrocediera una y otra vez ante la perspectiva de esta idea. A lo largo de los años encontró muchas explicaciones a este pudor, pero ninguna que realmente le satisficiera; encontró e inventó también muchas excusas para sus amigos y conciudadanos, que sabían que trabajaba en un gran poema que no acababa de terminar.

Veintiocho años después de su retorno de Egipto, sus atenienses le dieron un motivo para dejarlo todo y abandonar la ciudad, al eliminar de un golpe de viento racheado y corrosivo las libertades y obligaciones que él había ideado para regular las cosas, y chapotear alegremente en la ciénaga de la servidumbre. Atacados por un capricho enfermizo, votaron la tiranía de Pisístrato; Solón, el anciano Solón, fue el único ciudadano libre en la asamblea dispuesto a tomar el escudo y la lanza, fue el único en enfrentarse a la tiranía, como no podía oponer resistencia alguna a Pisístrato, depuso las armas ante el despacho del estratega y se marchó.

Demasiado viejo y demasiado frágil para emprender largos viajes, demasiado inteligente para aceptar perseguir neciamente otras metas en la política, pasó sus últimos años en una casa de campo a las afueras de Atenas. Hasta el final, sostuvo que estaba trabajando en una enorme epopeya, que se llamaría *Atlantis* y describiría la lucha heroica de sus antepasados contra un Estado casi ideal. De hecho se limitó a mejorar algunos pasajes, tachó y completó, extranjerizó nombres y volvió a añadir cosas que había eliminado inicialmente; conceptos egipcios sobre todo, que él había trasladado al helénico; ahora abandonó la trasposición de un concepto a otro y en su lugar usó la traducción. «Pueblos del mar», habían llamado los egipcios a aquellas hordas que desolaron todas las costas hasta ser arrasadas en la última batalla junto al Nilo; Solón había escrito al principio «los de más allá del mar», y ahora encontraba la versión egipcia más exótica y por tanto más adecuada para su intento de velar la verdad. Troya o Atlantis, había dicho el viejo sacerdote en Sais, había sido una isla. Solón sabía que isla sólo significaba «país delimitado» y lo mismo podía afectar a Egipto que a Creta, a la Hélade que a Asia… algo más allá del mar que no es informe, sino que tiene unas fronteras establecidas. En la última versión volvió a sustituir «país» por «isla» e infló hasta lo inmenso el supuesto ámbito de soberanía de los atlantes, porque le importaba la armonía de las cosas… Si todo aquello no había ocurrido hacía siete mil lunas, sino siete mil años, era adecuado hacer de diez mil guerreros cien mil y de cien millas de contorno mil.

La casa en la que Solón murió a los ochenta y dos años pertenecía a su joven primo y buen amigo Drópide. Le dejó lo que aún poseía, incluyendo los rollos. Cuando Drópide murió, su hijo Critias lo recibió todo; él a su vez se lo legó a su primogénito, llamado Leaides. Su hijo, un nuevo Critias, biznieto de Drópide y sobrino tataranieto de Solón, llegó a cumplir más de noventa años; fue un narrador cautivador, de memoria infalible, según decían, y especial inclinación hacia las

historias fantásticas y levemente exóticas, con las que llenaba las tardes y las noches de sus propios hijos, nietos y bisnietos, pero también de los descendientes de sus amigos. Fue el último que leyó completamente los rollos de Solón; el arte de protegerlos con tubos de arcilla tapados con cera contra el calor, el frío, la sequedad, la humedad y el continuo cambio de tales circunstancias aún no era lo bastante conocido en Atenas. Ante los ojos de Critias, las podridas hojas hechas con la médula de los juncos empezaron a deshacerse en sus manos.

El hijo de Critias, Glauco, escuchó las historias, igual que su hija Perictione, madre de tres hijos y una hija. El tercer hijo era un oyente especialmente atento; una y otra vez escuchaba las fantásticas historias que contaba su bisabuelo Critias. Después discutiría la superioridad de lo hablado sobre lo escrito; quizá porque de niño había disfrutado tanto la palabra del bisabuelo, quizá también porque él mismo tenía una memoria prodigiosa y no necesitaba la escritura.

Tenía diez años cuando el bisabuelo narrador murió. El tercer hijo de Perictione, nieto de Glauco, bisnieto de Critias, tataranieto de Drópide y choznosobrino de Solón se llamaba Platón. Inventó un mundo ordenado por el pensamiento y un pensamiento ordenado por la estricta sucesión de las palabras. En la colectividad ideal que después inventó, es probable que su antepasado Solón hubiera depuesto el escudo y la lanza ante el cuarto del filósofo y se hubiera buscado después otro lugar en el mundo. En esa colectividad no había lugar para poetas y cantores, salvo como educadores de la juventud leales al Estado.

Mucho antes de su muerte, quiso añadir a la visión de un Estado ideal la representación de un Estado casi perfecto que había habido una vez, en los dorados siglos del pasado. Para ello echó mano de las maravillosas historias que había oído de niño y de los legendarios antepasados de los atenienses. Así que se puso a escribir lo que su memoria había conservado, y puso la historia en boca del bisabuelo narrador Critias y de su nieto del mismo nombre. Pero en el punto en que en la historia los dioses deciden aniquilar el poderoso reino de los atlantes, se acaba en mitad de una frase.

Siguió escribiendo otros diez años, enseñó, vivió; no fue ni una enfermedad ni la muerte lo que le privó del lenguaje. Quizás en ese punto el viejo Platón comprendió lo que el joven Platón no podía haber comprendido: que la historia no ocurría en el oeste, más allá de las columnas de Hércules, allá donde el Mediterráneo se convierte en el Atlántico, sino en el este, más allá de las columnas de Hércules, junto a las que el Mediterráneo se une por una larga vía de agua con el viejo Mar de Adas, que primero se llamó Mar de la Niebla, luego Mar Hospitalario, finalmente Mar Negro. Quizá se dijo que en un momento en que Troya y su entorno eran una satrapía persa y los persas habían mediado en una paz interhelénica no se debían recordar viejas guerras entre el este y el oeste. Quizá se interrumpió porque primero tenía que

integrar esos nuevos conocimientos sobre la fantástica Atlantis en la fantástica historia y después ya no pudo terminar el libro.

Sin embargo, sería más satisfactoria otra explicación: que Platón, que sólo quería tolerar en su Estado a los poetas y cantores como educadores castrados, comprendió en ese momento que los hombres podían vivir en cuerpo y alma en la habitable mentira del poeta Homero, pero en la inhabitable verdad del *Estado* de Platón sólo con el entendimiento; que los cantores sin ley podían ser molestos para el Estado, pero el Estado y la Ley sin canciones eran insoportables para el hombre.

Solón, se dice, pidió en su lecho de muerte que le recitaran los últimos versos de la poetisa Safo.

ANEXOS

1. EXTRACTOS DE *TIMEO* Y *CRITIAS* DE PLATÓN

Timeo.

SÓCRATES: Uno…, dos…, tres…, pero, querido Timeo, ¿dónde está el cuarto de los que ayer fueron mis huéspedes y ahora son los dueños de la casa?
TIMEO: Se ha levantado con ciertos dolores, Sócrates; de lo contrario, no habría faltado a esta reunión.
SÓCRATES: ¿Quieres decir que os encargáis tú y tus compañeros de cuanto atañe al ausente?
TIMEO: Por supuesto, y, por nuestra parte, no callaremos nada; pues no sería justo que, después de gozar ayer de los dones de tu hospitalidad, ahora los que quedamos no estemos dispuestos a festejarte como es debido.
SÓCRATES: Deduzco de esto que recordáis perfectamente todas las cuestiones de las que íbamos a hablar.
TIMEO: Todas no, sólo algunas, pero, como estás tú aquí, nos recordarás las que hayamos olvidado. O si lo prefieres, y no te molesta, repítenos para que lo tengamos más presente todo el argumento desde el principio de manera resumida.
SÓCRATES: Lo haré así y no de otro modo. Tengo la impresión de que las ideas principales del discurso que desarrollé ayer acerca de la organización política son las que yo consideraba mejores y qué hombres les darían vida.
TIMEO: Perfecto. Ya todos nos pareció que lo hacías de una manera muy conforme a los principios de la razón.
SÓCRATES: ¿Acaso no fue nuestra primera medida separar en ella a los campesinos y a los artesanos del estamento de los que luchan en defensa de ellos?
TIMEO: Pues claro que sí.
SÓCRATES: Y después de asignar a cada uno la ocupación única para la que estaba dotado por naturaleza, afirmamos que aquellos que tenían la misión de luchar por la comunidad deberían tener como única misión la de ser sólo guardianes de la ciudad en el caso de que hubiera alguien de fuera o de dentro que intentara dañarla, y mientras a sus súbditos tenían que administrarles justicia con suavidad por entender que son por naturaleza sus amigos, y en las batallas tendrían que ser fieros con los enemigos.
TIMEO: Efectivamente, así fue.
SÓCRATES: Pues decíamos, creo, que la naturaleza del alma de los guardianes debe ser al mismo tiempo sosegada y violenta en grado excepcional para llegar a ser correctamente tranquilos y fieros con unos y con otros.

TIMEO: Sí.
SÓCRATES: ¿Y qué decir de la educación? ¿No defendíamos que estuvieran educados en gimnasia, en música y en las demás artes oportunas para ellos?
TIMEO: Fue tal como tú dices.
SÓCRATES: Me parece recordar que allí sostuvimos que los educados con este fin no debían considerar como propio ni oro ni plata ni ninguna otra posesión, sino que, como fuerzas de policía, recibirían un salario —lo suficiente para gente prudente—, y debían gastarlo en común en una vida en la que compartiesen todo y se ocuparan exclusivamente de cultivar la virtud, descargados de todas las otras actividades.
TIMEO: También eso fue dicho así.
SÓCRATES: Y, además, en lo que a las mujeres se refiere, mencionamos la necesidad de adaptar a los hombres a aquellas que se les asemejaren y asignarles los mismos quehaceres que a ellos tanto en la guerra como en cualquier otro aspecto de la vida.
TIMEO: También esto se dijo así.
SÓCRATES: Y de la procreación, ¿qué? ¿O es que por puro sabido no hace que se recuerde?, porque estábamos de acuerdo en que todos estuvieran casados y tuvieran sus hijos en común, cuidando, eso sí, de que nunca nadie reconociera como propio al engendrado por él sino que todos consideraran a todos como de la misma familia: hermanas y hermanos a los de la misma edad, a los mayores, padres y padres de sus padres y a los menores, hijos de sus hijos.
TIMEO: Sí, no veo motivo para no recordar bien esto, tal como dices.
SÓCRATES: Y, además, defendíamos que desde el nacimiento tuvieran la mejor naturaleza posible, ¿o es que no recordáis que decíamos que los gobernantes, tanto hombres como mujeres, debían engañarlos en el momento de escoger pareja con una especie de sorteo manipulado en secreto para que los buenos se unieran con los buenos, y los malos con sus semejantes, a fin de que no surgiera entre ellos ninguna especie de enemistad, convencidos de que había sido el azar la causa de su unión?
TIMEO: Lo recordamos, lo recordaremos.
SÓCRATES: Como también recordaréis que decíamos que tenían que criar primero y después educar a los hijos de los buenos y trasladar en secreto a los de los malos a otra ciudad y observar durante su crecimiento con el objeto de hacer regresar a los aptos y pasar a esa región de la que éstos habían vuelto a los ineptos que se habían quedado con ellos.
TIMEO: Así es.
SÓCRATES: ¿He expuesto ya los puntos principales lo mismo que hice ayer o deseáis que diga algo que haya dejado a un lado, querido Timeo?
TIMEO: En absoluto, has resumido perfectamente lo que ayer dijimos, Sócrates.
SÓCRATES: Seguramente querréis oír ahora qué sucede con la historia de la república que hemos descrito. Me parece que lo que me ocurre es algo así como si a alguien, no

contento con observar a unos bellos animales, ya estén pintados en un cuadro, ya estén realmente vivos pero en descanso, le asaltara el deseo de verlos en movimiento e intentara en una competición, hacer algo de lo que según él correspondería a sus cuerpos. Lo mismo me sucede a mí respecto de la ciudad que hemos planificado. Con mucho gusto prestaría atención al relato de una batalla de esas en las que suele participar una ciudad luchando contra otras ciudades. Se ha preparado para la guerra y, durante la lucha, hace lo que le corresponde según sus posibilidades y la formación recibida no solamente en la acción, sino también en los tratados con los Estados. Me acuso de no ser capaz nunca de alabar como es debido a esos hombres y a esa ciudad. No es nada extraño lo que me sucede, pues si tengo la misma opinión de los poetas antiguos que de los actuales, como es verdad, y aunque no desdeño en modo alguno su linaje, es evidente que yo, como cualquier otro imitador, imitaré más fácilmente y de manera más adecuada aquello en lo que he sido educado. A cualquiera le resulta muy difícil imitar bien lo que está fuera de su propia educación si es en hechos, pero le resulta aún más dificultoso imitarlo con palabras. […]

CRITIAS: Escucha, Sócrates, un relato muy extraño, pero absolutamente verdadero, pues recuerdo haber oído que como tal lo relataba en una ocasión Solón, el más grande de los siete sabios, pariente y muy amigo de mi bisabuelo Drópide, como él mismo afirma en muchos pasajes de su obra poética. Él se lo contó a mi abuelo Critias, que de viejo nos lo relataba a nosotros, y nos decía que grandes y admirables hazañas antiguas de esta ciudad habían desaparecido tanto por el tiempo transcurrido como por la desaparición de sus habitantes. Y, de todas ellas, una era la más extraordinaria […]

SÓCRATES: ¡Ah! Me admiras con esta observación. Pero ¿no os explicaba Critias cuál era esa hazaña que, según la referencia de Solón, no era una fábula inventada, sino que esta ciudad la realizó efectivamente en tiempos remotos?

CRITIAS: Te la diré, pero ten en cuenta que es un relato antiguo contado por un hombre no precisamente joven. A la sazón Critias, decía él, contaba casi noventa años. La cosa es que el anciano decía que si Solón no hubiera dejado la poesía y se hubiera esforzado por terminar el argumento que trajo de Egipto cuando llegó aquí, siempre y cuando las contiendas civiles y otros males de la ciudad no le hubieran obligado a descuidar todo cuanto descubrió allí, ni Hesíodo ni Homero, ni ningún otro poeta, habrían llegado a tener mayor fama que la suya. […]

Hay en Egipto una región llamada Saitica, cuya capital es Sais. Está situada allí donde la corriente del Nilo se divide en dos, cerca del extremo inferior del Delta. Tiene por patrona a una diosa cuyo nombre en egipcio es Neith y en griego, según la versión que ellos dan, Atenea. Los habitantes de Sais afirman que sienten mucho aprecio por Atenas porque dicen que, en cierta forma, están emparentados con los de esta ciudad. Solón contaba que apenas llegó a la ciudad recibió de ellos muchos

honores y que, al consultar a los sacerdotes que más conocían el tema, descubrió que ni él ni ningún otro griego tenía la menor idea, por decirlo así, de nada acerca de esos asuntos. En una ocasión, para darles motivo de charla sobre esto, se puso a contar los hechos más antiguos de esta ciudad, la historia de Foroneo, del que se dice que fue el primer habitante, y de Níobe y les narró cómo Deucalión y Pirras sobrevivieron después del diluvio. Hizo la genealogía de sus descendientes y quiso calcular el tiempo transcurrido de entonces acá recordando los años que había vivido cada uno. En ese punto, un sacerdote muy anciano exclamó: «¡Ay! Solón, Solón, ¡los griegos no dejaréis nunca de ser unos niños!, ¿es que no existe un griego viejo?». Oír esto Solón y preguntarle: «¿Por qué lo dices?» fue todo uno. «Todos —replicó aquél— tenéis almas de jóvenes, carecéis de creencias antiguas transmitidas de generación en generación y carecéis de conocimientos encanecidos por el tiempo. Esto se debe a que han sobrevenido y volverán a sobrevenir muchas destrucciones por agua y por fuego, pero también otras provocadas por innumerables causas. Tomemos un ejemplo: se cuenta entre vosotros que Faetón, el hijo de Helios, le pidió que le dejara conducir el carro paterno, pero, incapaz de controlar la marcha, a punto estuvo de quemar cuanto había sobre la faz de la Tierra y Zeus tuvo que fulminarlo con un rayo. La historia, relatada en forma de leyenda, se refiere, en realidad, a una desviación de los cuerpos celestes que giran alrededor de la Tierra y destruyen en parte, a grandes intervalos, con el fuego lo que cubre la superficie terrestre. Entonces sucede que el número de habitantes de las montañas y de los lugares de las cumbres que muere es mayor que el de los que viven cerca de los ríos y del mar.

»En esas ocasiones el Nilo, nuestro salvador, nos salva de esa desgracia. Pero cuando los dioses purifican la Tierra con el agua e inundan los valles, se salvan los habitantes de las montañas, los boyeros y los cabreros; en cambio, los que viven en vuestras ciudades son arrastrados por los ríos hasta el mar. En esta región, ni entonces ni nunca fluye el agua de las nubes sobre los campos, sino que aquí es natural que suba, en su totalidad, desde el interior de la Tierra. Por eso se dice que lo que aquí se conserva es lo más antiguo. […] De igual forma, siempre que vosotros o las otras naciones acabáis de proveeros de escritura y de todo lo que necesita una ciudad, os cae, como una enfermedad, un torrente celestial que deja sólo a los iletrados e incultos, y es como si nacierais de nuevo, sois como niños, desde el principio, sin saber nada ni de vuestra ciudad ni de lo que os ha sucedido a vosotros en las épocas remotas. Me veo obligado a decirte, Solón, que las genealogías de los vuestros que acabas de exponer poco se diferencian de los cuentos de niños. […]. Ignoráis, por ejemplo, que la raza mejor y más bella de entre los hombres nació en vuestra región, de la que tú y los habitantes de vuestra ciudad descendéis ahora, al quedar una vez un poco de aquella simiente. Lo habéis olvidado porque los que sobrevivieron ignoraban la escritura y la siguieron ignorando durante muchas generaciones. En efecto, oh

Solón, antes de la gran destrucción por el agua, la que es ahora la ciudad de los atenienses era la más valiente en la guerra y la más obediente a las leyes. Cuentan que en ella tuvieron lugar las hazañas más hermosas y que allí se dio la mejor organización política de cuantas hemos tenido noticia bajo el cielo […]

»Admiramos muchas y sobrehumanas hazañas de vuestra ciudad como aquí quedan registradas, pero una se destaca por su importancia. Nuestros escritos refieren cómo vuestra excelsa ciudad detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio proveniente del exterior, desde el océano Atlántico, que avanzó sobre toda Europa y toda Asia. En aquella época se podía atravesar el océano fácilmente porque existía una isla delante mismo de la desembocadura que vosotros llamáis columnas de Hércules. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y a través de ella los habitantes de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas, y rodeaba el verdadero océano, ya que lo que quedaba dentro de la desembocadura mencionada más parecía una bahía con una entrada estrecha. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba por completo bien podría llamarse, sin temor a equivocarnos, tierra firme. En esta isla, la Atlántida, había surgido tiempo atrás una grande y maravillosa confederación de reyes que eran quienes la gobernaban a ella y a muchas otras islas, como también a gran parte de la tierra firme. En este continente dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. Toda esta máquina poderosa y bien unida intentó una vez esclavizar a toda vuestra región, a la nuestra y al interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los demás se separaron, y corriendo los peligros más extremos dominó a cuantos nos atacaban. Y no cabe duda de que así alcanzó una gran victoria e impidió que los que no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, a cuantos habitábamos más acá de los confines heráclidas, nos liberó generosamente. Mucho tiempo después, a causa de un violento terremoto y un diluvio descomunal, vuestra clase guerrera se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. A esto se debe que ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad.» […]

Critias.

TIMEO: Contento como si descansara de una gran caminata, Sócrates, me despido ahora con júbilo de la travesía del discurso. A aquel dios nacido realmente hace mucho tiempo, pero que acaba de hacerlo en nuestro relato, le suplico que preserve todo lo expuesto de manera correcta y que, si en algo, sin quererlo, hemos fallado,

nos dé el castigo correspondiente. Un castigo justo sería ordenar lo desordenado. Por lo tanto, para que el resto de nuestros discursos acerca de los dioses sea correcto, le pedimos que nos dé el más preclaro y el mejor de los remedios: la ciencia. Hechas estas súplicas, dejamos a Critias, según lo acordado, el discurso siguiente.

CRITIAS. De acuerdo, Timeo; lo acepto de buen grado, pero también haré como tú al principio, cuando pediste excusas porque ibas a tratar sobre temas importantes. Solicito lo mismo ahora yo y espero merecer mayor benignidad en los temas que voy a tratar. […] Por descontado, Timeo, cuando se dice a los hombres algo acerca de los dioses es más fácil dar la impresión de que hablamos con suficiencia que cuando comentamos algo relativo a los mortales. En los temas que el auditorio desconoce, su completa inexperiencia e ignorancia facilita enormemente la tarea al que va a exponer algo acerca de ellos. Sabemos que ésta es nuestra disposición respecto de los dioses. Acompañadme, por consiguiente, en mi razonamiento para mostraros con mayor evidencia lo que quiero decir. Pienso que todo lo que queremos decir sobre algo es, necesariamente, una imitación y una representación. Consideremos la representación pictórica de un cuerpo divino y un cuerpo humano desde la perspectiva de su facilidad o dificultad para dar la impresión a quien lo vea de una imitación correcta. En el caso de la Tierra, veremos que las montañas, los ríos, los bosques, el cielo y todo lo que se encuentra y se mueve en él, en primer lugar, nos agrada si quien lo hace es capaz de imitar con un poco de exactitud. Ahora bien, como no sabemos nada preciso acerca de los dioses y carecemos de aquello con que poner a prueba lo pintado, nos valemos sólo de un esbozo impreciso y engañoso. Por el contrario, cuando alguien intenta pintar nuestros cuerpos, como percibimos claramente lo deficiente a causa de la familiaridad de nuestra percepción, nos volvemos duros jueces del que no ha logrado una semejanza razonable. Es necesario comprender que lo mismo acontece con los discursos: que nos agradan los temas celestes y divinos, incluso cuando se exponen con escasa verosimilitud, pero no ocurre lo mismo cuando analizamos minuciosamente los mortales y humanos. De lo que vamos a exponer ahora, no contamos con preparación alguna, así que habrá que perdonarnos si no podemos reproducir exactamente lo apropiado, pues debemos pensar que no es fácil, sino difícil, representar a los mortales de manera adecuada a la opinión de otros. […]

Ante todo recordemos que el cómputo de años transcurridos desde que estalló la guerra entre los que habitaban más allá de las columnas de Hércules y los que poblaban las zonas interiores, es de nueve mil; es preciso ahora narrarla en detalle. Se dice que esta región mandaba a estos últimos y que luchó durante toda la guerra. A la cabeza del otro bando estaban los reyes de la isla de Atlántida, de la que ya hemos dicho que era mayor que Libia y Asia juntas, pero que ahora yace hundida en el mar por terremotos, e impide el paso, como una ciénaga intransitable, a los que navegan al

océano, de modo que ya no lo pueden atravesar, A medida que vayamos desarrollándolo, la exposición del relato nos mostrará uno por uno en cada caso lo que corresponde a los muchos pueblos bárbaros y a las razas helenas de entonces. Pero conviene exponer al principio, antes de nada, todo lo concerniente a los atenienses de aquel entonces y a los enemigos contra los que lucharon, las fuerzas de guerra de cada uno y sus formas de organización política. Respecto a las formas de organización política prefiero hablar antes de las de esta ciudad.

Cuando los dioses determinaron repartirse para sí las regiones de la Tierra, lo hicieron echándolo a suertes, sin disputas; pues no sería de recibo afirmar que ignoraban lo que convenía a cada uno ni que, a pesar de saberlo, unos intentaban arrebatar a otros lo más conveniente por medio de rencillas. Una vez que cada uno obtuvo lo que le agradaba confiados en las suertes de la justicia, poblaron las regiones y, una vez pobladas, nos criaban como sus rebaños y animales domésticos, como los pastores hacen con el ganado, sólo que no violentaban cuerpos con cuerpos, a la manera de los pastores apacientan las manadas, que lo hacen a golpes, sino como es más fácil de manejar a un animal: dirigiéndolo desde la proa. Actuaban sobre el alma por medio de la convicción a modo de timón, según su propia intención, y así conducían y gobernaban todo ser mortal. Mientras los otros dioses recibieron en suerte las restantes regiones y las ordenaron, Hefesto y Atenea, por su naturaleza común —como hermana por tener el mismo padre y porque por amor a la sabiduría y a la ciencia se dedicaban a lo mismo—, ambos recibieron esta región como único lote, adecuado y útil a la excelencia y a la inteligencia, implantaron hombres buenos, desde sus orígenes, e introdujeron el orden y la proporción en su raciocinio. De algunos de ellos se conservan los nombres, pero no sus obras ni sus hazañas, que quedaron sumidas en el olvido a causa de las calamidades que sufrieron los que las heredaron y por el largo lapso de tiempo transcurrido desde entonces. En efecto, los que en cada destrucción sobrevivían, como ya quedó dicho anteriormente, eran por lo general rústicos y analfabetos, de modo que lo único que recordaban era los nombres de los gobernantes del país y, muy someramente, alguna que otra hazaña. A sus hijos les pusieron los nombres de éstos porque les agradaban, aunque ni conocían sus excelencias ni las leyes con que se gobernaban anteriormente, hecha la salvedad de algunos oscuros relatos sobre individuos particulares. Dado que carecieron de lo necesario durante generaciones y generaciones, ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos se fueron despreocupando con el tiempo de lo que había acontecido una vez en tiempos pasados porque sólo prestaban atención y hablaban de aquello de lo que carecían. En efecto, sabido es que la mitología y la investigación sobre las cosas antiguas llegan a las ciudades al mismo tiempo que el ocio, cuando algunos se dan cuenta que ya están provistos de lo necesario para la vida, no antes. De esta manera, pues, se consolidaron los nombres de los antiguos pero no así sus hechos. Y digo todo

esto basándome en el testimonio de Solón, el cual afirmaba que los sacerdotes al relatar la guerra de aquel entonces mencionaban los nombres de Cécrope, Erecteo, Erictonio, Erisictón y otros muchos de los que conocemos anteriores a Teseo y de los que nos ha quedado alguna referencia. Otro tanto acontecía con las mujeres. Fijaos en el aspecto de la estatua de la diosa: los de aquella época la representaban como una matrona armada según la costumbre de la época según la cual cumplían las mismas funciones en la guerra las mujeres que los hombres, y esto es una demostración de que todos los miembros de un rebaño hembras y machos, están en condiciones, por naturaleza, de practicar en común la virtud correspondiente a cada clase.

El resto de ciudadanos habitaban en nuestra región dedicados a la artesanía y al cultivo de la tierra. Los guerreros vivían aparte, pues desde el principio, por voluntad de hombres divinos, se les tenía separados con todo lo necesario para la alimentación y la educación, sin que nadie poseyera nada suyo, pues se les tenía dicho que todo era de todos y no debían pretender que los otros ciudadanos les dieran más que la necesaria alimentación, dedicados a practicar las costumbres e instituciones de los guardianes que ayer habíamos supuesto teóricamente. También se contaba de manera fidedigna todo lo concerniente a nuestra región: en primer lugar, que las fronteras se extendían hasta el istmo y, en el resto de la tierra firme, hasta las cimas del Citerón y el Parnes; que el límite bajaba con la Oropía por la derecha y por la izquierda siguiendo el curso del Asopo desde el mar. También se decía que esta región superaba en calidad a toda la Tierra. Por lo tanto era capaz de alimentar a un poderoso ejército aunque estuviera exento de las actividades agrícolas. Una prueba fehaciente de su calidad es lo que todavía resta de ella, capaz de competir con cualquier otra región tanto por la variedad y bondad de su producción agrícola como por la posesión de buenos pastos para toda clase de rebaños. Además de la calidad, también producía todo esto en abundancia. ¿En qué cabeza cabe pensar que esto puede ser plausible y en qué sentido se afirmaría razonablemente que es un resto el suelo de entonces? Toda la comarca que se interna profundamente en el mar a partir de la tierra firme es como un cabo. El mar que la rodea es profundo en todas las partes de la costa. Como en estos nueve mil años se produjeron muchas y muy grandes inundaciones —ésta es la cantidad de años transcurridos desde esa época hasta nuestros días—, las masas que se deslizan desde las alturas en los procesos de arrastre de tierras que tienen lugar en estos tiempos no se apilan, como en otros lugares, en grandes cerros dignos de constatación, sino que fluyen siempre en tromba y desaparecen en las profundidades del mar. En comparación con lo que había, lo de ahora no es más —como sucede en las pequeñas islas— que los huesos de un cuerpo enfermo, ya que erosionada la parte jugosa y blanda de la tierra, ha quedado sólo la parte dura del cuerpo pelado de la región. Pero entonces, cuando no había sido arrastrada esta parte blanda, las montañas estaban coronadas de tierra, y las llanuras que ahora se dicen de suelo

rocoso estaban revestidas de tierra fértil. Las montañas estaban cubiertas de grandes bosques de los que persisten signos visibles, pues en las montañas donde ahora sólo crecen arbustos que sirven de alimento para las abejas, se talaban árboles no hace mucho tiempo para techar las construcciones más importantes, tejados que todavía se conservan. En la zona crecían otros muchos árboles altos y útiles y se producía muchísimo cereal para el ganado. Además se aprovechaba anualmente el agua de Zeus, sin perderla, como sucede en el presente que en rápidas riadas fluye del suelo desnudo al mar; es evidente que al tener mucha tierra y al calar el agua en ella, almacenándola por decirlo así en diversos lugares con la tierra arcillosa que servía de depósito natural y enviando el agua absorbida desde las alturas a los valles, proporcionaba abundantes fuentes, manantiales y ríos, de los que los lugares sagrados que perduran hoy en las fuentes de antaño son signos de que lo que afirmamos es verdad.

Así era entonces el resto del país, que labraban, como es lo más probable, verdaderos agricultores, que no hacían más que eso, amantes de lo hermoso y de lo bueno puesto que disponían del mejor suelo, de agua abundante y de estaciones benignas. En esta época, la ciudad estaba establecida de la siguiente manera. En primer lugar, la acrópolis no era como es ahora, ya que una noche de lluvia torrencial erosionó toda la tierra y la dejó desnuda, a lo que se sumó la serie de terremotos unidos a aquel diluvio, el tercero antes de la destrucción ocurrida en época de Deucalión. En cuanto a la extensión de aquella época, iba del Erídano y el Iliso, incluyendo en su interior al Pnix con Licabeto como límite por el lado opuesto del Pnix. Toda ella estaba cubierta de tierra y era llana en su parte superior, salvo en unos escasos puntos. Los artesanos habitaban a los pies de sus laderas y los campesinos labraban los campos de las cercanías. Los guerreros, por el contrario, independientes y aislados, habitaban el lugar superior alrededor del templo de Atenea y de Hefesto, al que rodeaba una valla como el jardín de una casa, y tenían sus habitaciones en la parte norte de la acrópolis, donde se habían construido habitaciones comunes y comedores para el invierno. Ni en sus casas ni en los templos de los dioses que convenían a la república, había oro ni plata —pues no los necesitaban para nada—, sino que buscaban el término medio entre la prepotencia y la poquedad. Habitaban en casas modestas, en las que ellos y sus hijos y los hijos de sus hijos envejecían alcanzando siempre en el mismo estado a otros semejantes. Usaban la parte sur, donde habían establecido instalaciones de verano, para jardines, gimnasios y lugares de comida en común. En el lugar que ocupa en el presente la acrópolis, existía una fuente de la que aún quedan los pequeños manantiales actuales formados cuando los terremotos la obstruyeron. A todas aquellas gentes de entonces les proporcionaba una corriente abundante, templada en invierno y fresca en verano. Con esta estructura habitaban el lugar tanto los guardianes de sus conciudadanos como los caudillos de

los griegos por voluntad de éstos, y cuidaban de que el número de hombres y mujeres, el de los que ya eran capaces de luchar y el de los que todavía no lo eran, permaneciera siempre constante, rayano en los veinte mil.

Como así estaba establecido y como gobernaban siempre con justicia su ciudad y el resto de Grecia, en Europa y en Asia eran famosos por la corpulencia y la completa excelencia de sus almas, alcanzando las más excelsas alabanzas de todos los de aquel tiempo. Pero por si no nos basta el recuerdo de lo que oímos cuando éramos niños, os expondré cuáles eran las cualidades de los que lucharon contra ellos y cómo nacieron, para que estos mismos relatos os sean comunes a los amigos. Antes de que me disponga a narrar los hechos, es necesario llamar la atención sobre un detalle, no sea que os maravilléis al escuchar nombres griegos de hombres bárbaros. Conoceréis el porqué de dichos nombres. Puesto que Solón trataba de utilizar el relato para su poesía, investigó el significado de los nombres y descubrió que los primeros egipcios los tradujeron a su propia lengua al escribirlos, y él, a su vez, en cuanto había captado el sentido de cada uno, los vertió a la nuestra cuando los escribió. Esos documentos se encontraban en casa de mi abuelo, y actualmente están todavía en mi poder y yo mismo me ocupé diligentemente de ellos cuando no era más que un niño. Por lo tanto, no os asombre si oís nombres como los nuestros, pues ya conocéis la razón. El siguiente era el comienzo de un largo relato.

Como advertí antes acerca del sorteo de los dioses —que se distribuyeron toda la Tierra, aquí en predios mayores, allí en menores e instauraron templos e hicieron sacrificios en su honor—, cuando a Poseidón le tocó en suerte la Atlántida, pobló la isla con sus descendientes, nacidos de una mujer mortal. El lugar poseía las siguientes características: el centro de la isla lo ocupaba una llanura de buena calidad en dirección al mar, de la que se dice que era la más bella de todas, y en cuyo centro, a su vez, había un alcor, que distaba unos cincuenta estadios del mar. En dicho alcor habitaba uno de los hombres nacidos en esa tierra, Evenor de nombre, que convivía con su mujer, Leucipe. De esta unión nació una única hija, Clito. Cuando la muchacha alcanzó la edad núbil, murieron su madre y su padre. Poseidón, entonces, la desea y se une a ella, y se propone defender la colina en la que habitaba; para aislarla la rodea de anillos alternos de tierra y mar de mayor a menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, en círculo a partir del centro de la isla, todos a la misma distancia por todas partes, de modo que la colina sea inaccesible a los demás hombres. A la sazón no había barcos ni se conocía la navegación. Él mismo, puesto que era un dios, ordenó la isla, que se encontraba en el centro: hizo subir dos fuentes de aguas subterráneas a la superficie —una fluía caliente del manantial y la otra fría — e hizo fértil la tierra que le proporcionaba alimentación variada y suficiente.

Engendró y crió cinco series de gemelos varones, y dividió la isla de Atlántida en diez partes. Entregó la casa materna y la parte adyacente, la mayor y mejor de todas,

al primogénito de los dos mayores y lo nombró rey de los demás. A los otros los hizo gobernadores y encargó a cada uno el gobierno de muchos hombres en una región de grandes dimensiones. A todos les dio nombre: al mayor, que era el rey, del cual la isla y el océano Atlántico toman su nombre; porque el primer rey llevaba el nombre de Atlante. Al gemelo que nació después de él, a ése le tocó en suerte la parte extrema de la isla, es decir, desde las columnas de Heracles hasta la zona denominada ahora Gadirica; a él le dio en griego el nombre de Eumelo, pero en la lengua de la región se llamó Gadiro. Su nombre fue probablemente el origen del de esa región. A uno de los que nacieron en segundo lugar lo llamó Anferes, al otro, Evemo. Al que nació primero de los terceros le puso el nombre de Mneseo y al segundo, Autóctono. Al primero del cuarto par le dio el nombre de Elasipo, y el de Méstor, al posterior. Al mayor del quinto par de gemelos le puso el nombre de Azaes y al segundo, el de Diáprepes. Todos ellos y sus descendientes vivieron allí durante muchas generaciones y gobernaron estas y otras muchas islas del océano y también dominaron las regiones interiores hacia aquí, como ya se dijo antes, hasta Egipto y Tirrenia.

La estirpe de Atlas llegó a ser numerosa y distinguida. El rey más anciano transmitía al mayor de sus descendientes la monarquía, así la conservaron a lo largo de muchas generaciones. Poseían tal cantidad de riquezas como nunca tuvo ninguna otra dinastía de reyes hasta entonces y es fácil que nunca llegue a tener en el futuro. Estaban bien provistos de todo lo necesario tanto en la ciudad como en el resto del país. En efecto, aunque importaban muchas mercancías del exterior, tan grande era ya su imperio, las cosas más necesarias para vivir se las proporcionaba la isla; en primer lugar, todo lo que se extrae de la minería, ya fuera sólido o para fundir, y lo que ahora es un mero nombre —entonces era algo más que eso, pues la especie del oricalco que se extraía de la tierra en muchos lugares de la isla era el más valioso de todos los metales de los de entonces, con la excepción del oro— y todo lo que proporcionan los bosques para los trabajos de carpintería, ya que todo lo producía de manera abundante y daba alimento, además, a suficientes animales domésticos y salvajes. En especial, la raza de los elefantes era muy numerosa en ella. También tenían abundante comida el resto de los animales que se alimentan en los pantanos, lagunas y ríos y los que pacen en las montañas y en las llanuras; para todos había en abundancia y así también para este animal que es por naturaleza el más grande y el que más come. Además, producía y se criaba todo lo fragante que hoy da la tierra en cualquier lugar, raíces, follaje, madera y jugos ya sea de flores como de frutos. Pero también el fruto cultivado, el seco, el que utilizamos para alimentarnos y cuanto usamos como comida —denominamos legumbres a todas sus clases— y todo lo que es fruto de los árboles y nos da bebidas, comidas y aceites, y el que por solaz y placer llega a ser difícil de almacenar, el fruto de los árboles frutales, y cuantos presentamos como postres agradables al enfermo para estímulo de su apetito; la isla divina, que estaba entonces

bajo la luz del sol, producía todas estas cosas dulces y admirables en una cantidad ilimitada. Como recibían todas estas cosas de la naturaleza, construyeron templos, palacios reales, puertos, astilleros en todo el resto de la región, disponiéndolo de la siguiente manera:

Primero, levantaron puentes sobre los anillos de mar que rodeaban la antigua metrópoli al objeto de abrir una vía de comunicación con el exterior y con el palacio real. Instalaron directamente ya desde el principio el palacio real en el edificio de sus progenitores y, como cada rey, al recibirlo del anterior, mejoraba lo que ya de por sí estaba bien, superaba naturalmente al anterior, hasta que lo hicieron asombroso por su grandeza y espléndido por la belleza de las obras. A partir del mar, abrieron una especie de canal de trescientos pies de ancho y cien de profundo, de una extensión de cincuenta estadios hasta el anillo exterior y allí hicieron el acceso del mar al canal como a un puerto, con una desembocadura como para que pudieran entrar las naves más grandes.

Siguiendo la dirección de los puentes abrieron los círculos de tierra que los separaban del mar, con un paso capaz para que los atravesara una trirreme, y cubrieron la parte superior de forma que el pasaje quedara debajo, pues los bordes de los anillos de tierra tenían una altura suficiente para superar al mar. El anillo mayor, al que tenía acceso el mar por medio de un canal, era de tres estadios de ancho. El siguiente era igual a aquél. De los segundos, el de agua tenía un ancho de dos estadios y el seco era, asimismo, igual al canal anterior. De un estadio era el que corría alrededor de la isla que se encontraba en el centro. La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Pues bien, la rodearon como también las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con un murallón de piedra y en los puentes, en la parte que daba al mar, colocaron torres y puertas a cada lado. Luego extrajeron la piedra de debajo de la isla central y de debajo de cada una de las zonas circulares tanto exteriores como interiores; eran las piedras de color blanco, negro y rojo. Con estas piedras construyeron dobles dársenas totalmente huecas en su interior, y las techaron con la misma piedra. Las casas, unas eran simples, otras eran de una mezcla de piedras combinadas de manera variada para su solaz, haciéndolas lo más placenteras posible. Pero no paraba ahí eso. Recubrieron de hierro todo el recorrido de la muralla que circundaba el anillo exterior, fundieron casiterita sobre la muralla interior, y alrededor de la acrópolis pusieron una capa de oricalco que despedía unos resplandores de fuego.

El palacio de la acrópolis estaba dispuesto de la siguiente manera: en el centro del conjunto arquitectónico había un templo consagrado a Clito y a Poseidón, que era inaccesible y estaba rodeado de una valla de oro; ese lugar era en el que al principio concibieron y engendraron la estirpe de las diez familias reales. Cada año enviaban de las diez regiones frutos propios de la estación que brindaban como ofrendas. Este

templo era de un estadio de longitud y trescientos pies de ancho. Su altura parecía proporcional a estas medidas. Habían recubierto el exterior del templo de plata, menos las cúpulas, que las revistieron de oro, El techo era de marfil, entremezclado con oro, plata y oricalco, cuyo conjunto daba una apariencia multicolor. Las paredes, las columnas y el pavimento estaban igualmente revestidos de oricalco. Dentro del templo pusieron estatuas de oro: el dios de pie sobre un carro llevando las riendas de seis caballos alados. El dios tocaba el techo con la cabeza a causa de su altura. Lo rodeaban cien Nereidas sobre delfines —pues aquellas gentes creían que eran tantas —. También en el interior había muchas otras estatuas que eran exvotos de particulares, y alrededor del templo se alzaban estatuas de oro de miembros de la familia de los diez reyes, mujeres y hombres, así como otros muchos grandes exvotos de los monarcas y de particulares de la ciudad y de otras regiones que dominaban. Un altar concordaba en grandeza y belleza con todo el edificio. El palacio, igualmente, se adecuaba a la grandeza del imperio, y a esa estructura que se veía alrededor del templo. Para usar las fuentes de agua fría y caliente que por naturaleza tenían una abundante cantidad de agua en sabor y calidad excelente, construyeron alrededor edificios, plantaron árboles adecuados para el regadío, levantaron baños al aire libre con cubiertas para los baños calientes —aparte los reales, los públicos y los privados, además de otros para mujeres y otras cisternas para abrevar los caballos y el resto de los animales de tiro— y las ordenaron convenientemente. Dirigieron la corriente de agua hacia el bosque sagrado de Poseidón —con múltiples y variados árboles de belleza y altura sobrenatural por la fertilidad de la tierra— y hacia los círculos exteriores por medio de canales que seguían la dirección de los puentes. Construyeron en el lugar templos a los dioses, jardines y gimnasios, para los hombres, en las dos islas de los anillos. Además, en el centro de la isla mayor había un hipódromo de un estadio de ancho, cuya extensión permitía que los caballos compitiesen libremente por todo el perímetro. En el mismo hipódromo había casas para los cuidadores y guardianes. La guardia de los más fieles se disponía en el anillo más pequeño y más cercano a la acrópolis y a los que más se distinguían en su fidelidad les daban casas dentro de la acrópolis. Los astilleros también estaban llenos de trirremes y de los artefactos correspondientes, todo adecuadamente preparado. El entorno del palacio real estaba configurado de la siguiente manera: una vez atravesados desde fuera los puertos —que eran tres— se extendía una muralla circular —a cincuenta estadios del anillo mayor y de su puerto— y se cerraba en la desembocadura del canal que daba al mar. Toda esta zona estaba densamente poblada. En la entrada al mar y en el puerto mayor estaban atracados multitud de barcos y los muelles bullían de comerciantes llegados de todas partes que, por su número, ocasionaban un inmenso vocerío, ruido y bullicio de día y de noche.

Ahora que ya tenemos descrita la ciudad y los alrededores de las antiguas

edificaciones, vamos a recordar el resto de la región, cuál era su fisonomía y la manera en que estaba ordenado. En primer lugar, convienen todos en que el territorio era alto y escarpado desde el mar, pero que los alrededores de la ciudad eran llanos, suaves y planos, pero circundados de montañas que llegaban hasta el mar. Esta llanura era de forma oblonga y tenía por un lado tres mil estadios y dos mil desde el mar hasta el centro de ella. Esta zona de la isla estaba orientada de cara al viento sur, de espaldas a la constelación de la Osa y por consiguiente protegida de los vientos del norte. A la sazón se loaba que las montañas que la rodeaban superaran en número, grandeza y belleza a todas las que existen hoy y en ellas se levantaban ricas aldeas de vecinos, ríos, lagos y prados que daban pasto suficiente a los animales, domésticos y salvajes, y bosques variados en cantidad y especies que proveían abundantemente de madera a todas las obras. La naturaleza y los reyes, con su largo esfuerzo, habían conformado la llanura de la siguiente manera: en su conjunto era casi un cuadrilátero rectangular, y su defecto se subsanaba con una fosa cavada en derrededor. Le atribuyeron una profundidad, una anchura y una longitud tan grandes, sin contar el resto de las otras obras, que resulta increíble si lo aplicamos a algo hecho por manos de hombre, pero debemos dar crédito a lo que escuchamos. La profundidad excavada era de cien pies; la anchura por todos sus lados era de un estadio y, como se había cavado alrededor de toda la cumbre de la montaña, su longitud era de diez mil estadios. Tras recibir las corrientes que bajaban de las montañas circundantes y rodear la llanura, llegaba a la ciudad por ambos lados y allí dejaba fluir el agua al mar. Desde la parte superior se habían abierto canales rectos de cien pies de ancho que corrían por la llanura hasta desembocar nuevamente en una especie de fosa que desaguaba en el mar. Estos canales distaban entre sí cien estadios. Por ellos bajaban a la ciudad los troncos de árboles de las montañas y proveían por mar con los barcos de todos los productos propios de cada estación, ya que habían abierto comunicaciones transversales de unos canales a otros y hacia la ciudad. La tierra producía dos cosechas al año, en invierno se regaba con las aguas provenientes de Zeus, y en verano bastaba con conducir desde los canales las corrientes de agua que manaba de la tierra.

Cada distrito de la llanura con hombres útiles para la guerra tenía que disponer de un jefe. La extensión de cada distrito era de diez veces diez estadios y los distritos eran sesenta mil. De donde se colige que la cantidad de hombres de la montaña y del resto de la región era innumerable, todos distribuidos en estos distritos donde estaban asignados a jefes según las zonas y las aldeas. Según la reglamentación establecida cada jefe proveía en caso de guerra de la sexta parte de un carro de guerra hasta diez mil carros, dos caballos y jinetes, además de un par de caballos sin carro, un infante con escudo pequeño y el guerrero que lucha sobre el carro y conduce los dos caballos, dos hoplitas, arqueros y honderos, también dos cada uno, lanzadores de

piedras y lanceros con armamento ligero, tres cada uno, y cuatro marineros para cubrir la tripulación de mil doscientas naves. Así se disponía lo concerniente a la guerra en la capital del reino; lo de las nueve restantes era diferente y llevaría mucho tiempo relatar.

En lo que se refiere a los puestos de gobierno y a los honores desde el principio se había establecido de la siguiente manera: los diez reyes gobernaban sobre los hombres y dictaban las leyes en la parte y en la ciudad que le correspondía, y el castigo y la muerte dependían de su voluntad. Ahora bien, el gobierno y la comunidad de los reyes se regían por las disposiciones de Poseidón tal como se las habían transmitido a través de la constitución y de las leyes escritas por los primeros reyes, tal como estaban redactadas en una columna de oricalco que se levantaba en el centro de la isla en el templo de Poseidón, donde se reunían alternativamente cada cinco años o cada seis para honrar igualmente lo par y lo impar. En dichas reuniones deliberaban sobre los asuntos comunes e investigaban si alguno había infringido alguna norma, en cuyo caso lo sometían ajuicio. Antes de dar el veredicto, se ofrecían las siguientes garantías unos a otros: rogaban a Poseidón que tomara la ofrenda sacrificial que más le agradara de entre los toros sueltos por los alrededores de su templo y ellos, que eran diez, lo cazaban sin hierro, sólo con palos y redes. Al que atrapaban lo conducían hacia la columna y lo degollaban sobre ella, haciendo votos de honrar las leyes escritas. En la columna, junto a las leyes, podía leerse una especie de juramento en el que se le echaban grandes maldiciones a los que las desobedecieran. Hecho el sacrificio según sus leyes y ofrecidos todos los miembros del toro, llenaban una crátera y vertían en ella un coágulo de sangre por cada uno. El resto lo arrojaban al fuego una vez limpia la columna. Luego, mientras extraían sangre de la crátera con fuentes doradas y hacían una libación sobre el fuego, juraban juzgar según las leyes de la columna y castigar al infractor, y, además, juraban no infringir intencionadamente en el futuro ninguna de las leyes escritas, ni gobernar ni obedecer a ningún gobernante, excepto a aquel que ostentara el poder según las leyes del padre. Una vez que cada uno hacía este juramento por sí y por su estirpe, después de beber y comer y dedicar esto a la fuente como exvoto en el templo del dios, llegada la noche, se vestían con un hermoso vestido de púrpura y se sentaban en el suelo junto al rescoldo del fuego del juramento sacrificial, y durante la noche, apagado el fuego que se encontraba alrededor del templo, eran juzgados y juzgaban si alguien acusaba a alguno de ellos de haber infringido alguna ley. Cuando terminaban el juicio, al alba, escribían el dictamen en una tablilla de oro y la ofrendaban como recuerdo junto a sus ricas vestiduras. Había otras muchas leyes especiales relativas a los honores que correspondían a cada rey; sobresalían entre lo más importante: no atacarse nunca unos a otros; ayudarse siempre en caso de que alguien intentara acabar con la estirpe real en alguna de sus ciudades; tomar en común las determinaciones

concernientes a la guerra y a otras actividades, bajo la égida de la estirpe de Atlante. Ningún rey podía matar a uno de sus parientes, si no contaba con la aprobación de más de la mitad de los diez.

Según este relato, la gran potencia y de tantas características tal como existía en aquella época cayó por orden del dios por la siguiente razón. Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza divina era suficientemente fuerte en ellos, obedecían las leyes y estaban bien dispuestos con el emparentamiento divino, poseían pensamientos elevados en todos los sentidos, ya que aplicaban la benignidad y la prudencia a los avatares que siempre ocurren a los humanos, por lo que, excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco la molicie y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posesiones. No se embriagaban ni se dedicaban a la vida licenciosa; no perdían el dominio de sí a causa de las riquezas, sino que se mantenían sobrios y reconocían sin tapujos que todos los bienes crecen con la amistad unida a la virtud, pero que con las rencillas y la ansiedad de los bienes exteriores, no sólo no se fomenta sino que se destruye la virtud. Sobre el principio de este razonamiento y mientras permanecía en ellos aquella parte de la naturaleza divina, prosperaron en toda clase de bienes, tal y como hemos descrito antes. Mas cuando se agotó en ellos ese soplo divino porque se habían mezclado con muchos mortales y ya predominaba el carácter humano, no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron. Al que los observaba le parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello y lo más valioso, y los que no observaban la vida verdadera que lleva a la felicidad los tomaban como los más perfectos y felices, porque superaban a todos en injusticia, soberbia y poder. El dios de dioses Zeus, que reina por medio de leyes y ve tales cosas, se dio cuenta de que una estirpe excelente se estaba comportando de manera indigna y decidió aplicarles un castigo esperando que se convirtieran en más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, instalada en el centro del universo, y desde donde divisaba todo lo que participa de la generación y, tras reunirlos, dijo…

2. TRASFONDO HISTÓRICO

Las relaciones y conflictos entre las antiguas potencias del Mediterráneo oriental (Egipto, Mesopotamia, Asia Menor) pueden documentarse desde aproximadamente 2500 años antes de nuestra era. Desde el año 1500 se produjeron repetidos enfrentamientos entre Egipto y el reino de los hititas por el predominio del espacio sirio-palestino. En 1274 a. C., egipcios e hititas se sirvieron en la batalla de Qadesh de tropas auxiliares y mercenarios; los testimonios mencionan, entre otros, a los dárdanos (= troyanos) por parte de los hititas y a los sardanios (¿sardos?) y sequelios (¿sicilianos?) por parte de los egipcios. Después de la batalla (indecisa, aunque ambos reyes —Ramsés II y Muwatalli— se proclamaron vencedores), se produjo una aproximación y un pacto de mutua ayuda.

El apogeo de Troya como centro comercial duró desde el año 1700 a. C. aproximadamente al 1250-1240 («Troya VI»), y terminó con la primera destrucción de la ciudad, coincidiendo probablemente con el legendario incendio a manos de Hércules. Por el mismo tiempo parecen haberse producido en las grandes ciudades-Estado grecomicénicas violentos cambios de poder interno: sustitución del estrato gobernante «micénico» por los aqueos. (El empleo del moderno nombre colectivo de «micénicos» para las culturas preaqueas es naturalmente un anacronismo en la novela y un recurso de emergencia). Hacia el año 1185 «Troya VII a» fue destruida; pudo tratarse de la «guerra de Troya» homérica, es decir, del final, como resultado de una campaña aquea destinada a saquear la rica metrópoli comercial y a obtener el control sobre las vías comerciales del mar Negro.

Pocos años más tarde decayeron la mayoría de las ciudades aqueas, según los indicios arqueológicos, más por enfrentamientos internos que por destrucciones procedentes del exterior: los héroes homéricos que volvieron a casa no fueron festejados en su tierra… Que se trate de una intentona de los «micénicos» por recobrar el poder en ausencia de los guerreros aqueos (en parte con ayuda de princesas de origen micénico, como Clitemnestra) es una hipótesis de la novela.

Entre 1250 y 1225 a. C. se produjeron algunos cambios que acarrearon graves consecuencias en los países orientales vecinos, De inscripciones hititas se desprende que en esta época las mujeres se hicieron con el poder en el país de Azzi (hitita *Am-Azzi-Udne*, «país de las mujeres Azzi», o *Am-azzi-udnejas*, «mujer del país Azzi», ¿en griego «amazona»?). Bajo Tukulti-Ninurta, los asirios conquistaron Babilonia, que sólo pudieron retener durante ocho años. En el transcurso de los desórdenes que siguieron, parece ser que los señores de la guerra asirios se anexionaron las minas de cobre de Anatolia, muy importantes para los hititas; como contrapartida, éstos

ocuparon la isla del cobre, Chipre (Alashia), y desencadenaron un movimiento de huida de los micénicos chipriotas hacia Asia Menor. A partir de este momento, al parecer se desarrolló una «guerra de liberación» de una coalición de Asia Menor contra la gran potencia hitita; no obstante, que los troyanos participaran en ella vuelve a ser una hipótesis de la novela… Pero preguntamos a Homero: ¿dónde está la flota troyana durante la guerra? ¿Es que esta capital del comercio marítimo no tenía barcos? Las luchas en Chipre y por Chipre y en tierra firme no son hipotéticas: operaciones terrestres y navales bajo el mando de Madduwattas, Mopsos y Amfíloco están tan documentadas como las exigencias del gran rey hitita Supiluliuma a sus vasallos (por ejemplo a Ugarit, encontrado en tablillas conservadas allí) de enviar barcos, tropas y material.

Después de las devastaciones causadas por la guerra (míticas campañas de saqueo de Áyax y Aquiles) pudo producirse en la costa de Asia Menor un movimiento de refugiados y emigrados, reforzado por tribus al norte de los Dardanelos; con la destrucción de Troya cayó también la cadena de fortificaciones troyanas. Cabe suponer que guerreros huidos y contingentes de mercenarios sin señor a quien servir se unieran a la emigración. Pocos años después de la caída de Troya se desplomó el gran reino de los hititas, y con él las ricas ciudades-Estado de la costa siriopalestina. La campaña de aniquilación de los «pueblos del mar» terminó sólo en el año 1179 a. C., en una batalla junto a la desembocadura oriental del Nilo. Según los egiptólogos, la fórmula «pueblos del mar» de los textos gráficos de Medinet Habu se traduciría mejor como «gentes del otro lado del mar». Que se trataba de la mencionada emigración y no de nómadas marítimos parece difícilmente discutible, dada la mayor cercanía en el tiempo.

Homero (u otro griego de igual nombre) escribió los poemas homéricos casi quinientos años después de sucedidos los acontecimientos; la *Iliada* y la *Odisea* no son documentos históricos, sino el nacimiento de la creación poética occidental. Si la novela parece contradecir a Homero en diversos pasajes, ruego que se tenga en cuenta que no se trata de contradecir los inmortales versos, para cuya calidad carecen de importancia cuestiones como «¿Dónde están los barcos troyanos?» o «¿Cómo se empleaban los carros de guerra?». Se trata, en todo caso, de contradecir una parte de la recepción, que no ve a Homero como poeta, sino como proveedor de hechos.

Como novela histórica tampoco es un documento, sino una epopeya vulgarizadora, y por tanto ciertas libertades en el relato de los hechos son admisibles e inevitables, como las hipótesis que en la acción se presuponen como hechos plausibles, o las ligeras distorsiones de la cronología (por lo demás, no inequívocamente asegurada). En el momento de la acción principal, por ejemplo, Enlil-Kudurri-Ushur probablemente ya no era rey de Asiria; su sucesor se llamaba Ninurta-Apal-Ekur, y para no emplear demasiados Ninurtas hice vivir más tiempo a

Enlil-Kudurri-Ushur. Espero que la asiriología me perdone por eso (igual que por un par de pobres juegos de palabras).

3. DRAMMATIS PERSONAE

Los personajes que llevan un asterisco (*) son ficticios; los demás están confirmados por la Historia o la tradición, aunque no en todos los detalles de su conducta.

Respecto a la grafía, tanto aquí como en los conceptos y nombres recogidos en el glosario, no siempre ha sido posible o razonable esforzarse en lograr versiones «correctas», ya que debido a la cantidad de lenguas (teóricamente) empleadas hubiera sido desagradablemente confuso. En algunos casos he empleado versiones usuales, en otros no… Pura arbitrariedad del autor, que dio preferencia a la estética y al sonido frente a la consecuencia.

*Adapa: Artista babilonio del cálculo.
Agamenón: Rey de Micenas, general en jefe de los aqueos frente a Troya.
Aga-Munu: Agamenón (versión egipcia).
*Ahiram: Marino fenicio, participante en la expedición de circunvalación a África por encargo de Neco.
Aki-Resu: Aquiles (versión egipcia).
Alejandro: Nombre griego del hijo del rey de Troya Paris-Parisiti.
Amfíloco: General de Madduwattas.
Aquiles: Príncipe tesalio y héroe homérico.
Atreo: Abuelo de Agamenón y Menelao, llamado Attarissias en las crónicas hititas.
*Awil-Ninurta.(«Hombre de Ninurta»), mercader asirio.
Áyax: Nombre de dos príncipes aqueos en el ejército de Troya.
Casandra: Agorera troyana.
*Celeo: Príncipe de Yaliso-Rodas, «señor» de los mercaderes.
Clitemnestra: Hermana mayor de Helena, esposa de Agamenón.
*Corinnos: Cronista, nieto de un troyano esclavizado por Hércules.
Deífobo: Hijo de Príamo, tercer esposo de Helena.
Diomedes: Rey de Argos, uno de los más importantes generales ante los muros de Troya.
*Djoser: Mercader egipcio.
Electra: Segunda hija de Agamenón y Clitemnestra.
Eneas: Príncipe troyano.
Enlil-Kudurri-Ushur: Rey de Asiria.
Filoctetes: Héroe aqueo ante las murallas de Troya.
Hammurabi: Rey y legislador babilonio (s. XVIII a. C.).
Hamurapi: Último rey de Ugarit.
Héctor: Héroe máximo de los troyanos, hijo de Príamo.

Hekapa: Frigia o luvia, esposa de Príamo; Hécuba.
Helena: Reina de Esparta, hija de Tindareo, casada con Menelao, después con Paris y finalmente con Deífobo.
Idomeneo: Cretense, rey de Cnossos, combatiente ante los muros de Troya.
Ifigenia: Primera hija de Agamenón y Clitemnestra.
Ira-Kiresu: Hércules (versión egipcia).
Jasón: Príncipe de Yolcos, jefe de los argonautas.
*Kal-Upshashu: («Todas las brujerías»), babilonia experta en bebedizos en la isla de los mercaderes.
*Keret: Mercader de Ugarit.
*Khanussu: Mercenario ante Troya, sardanio (sardo).
*Kir'girim: («Jardín del fuego del placer»), babilonia, compañera de Kal-Upshashu. Artesana en la isla de los mercaderes.
**Kynara*: amante de Zaqarbal.
*Lamashtu: Antigua esclava, conocedora de las hierbas curativas.
*Leucipe: Troyana, mercader en la isla.
Madduwattas: Príncipe de Arzawa.
Menmón: Sobrino egipcio (en Homero, etíope) de Príamo, hijo del troyano Títonos.
Menelao: Hermano menor de Agamenón, rey de Esparta por matrimonio con Helena.
*Menena: Egipcio; administrador del almacén de los mercaderes.
*Minyas: Cretense; mercader de la isla.
*Molione: Artesana, posteriormente mercader en la isla.
Mopsos: Probablemente sacerdote luvio, y vidente, consejero y general de Madduwattas.
Mukussu = Mopsos.
Neco: Faraón; envió, alrededor de 600-598 a. C., una flota construida y tripulada por fenicios a África desde el mar Rojo.
Néstor: Rey de Pilos.
Orestes: Hijo de Agamenón y Clitemnestra.
Palamedes: Príncipe de Nauplia.
Paris: Hijo de Príamo; su verdadero nombre es probablemente Parisiti.
Patroclo: Primo y amigo de Aquiles.
Penélope: Sobrina de Tindareo, esposa de Ulises.
Polidoro: Hijo de Príamo.
Polyxo: Viuda del príncipe de Rodas Tlepólemo.
Príamo: Rey de Troya.
Prijamadu: Príamo (versión luvia-hitita).
Psamático: Faraón. Psamético I.
Psamis: Psamético II.

Rap’anu: «Primer ministro» de Ugarit, consejero de Hamurapi.
Sarpedón: Príncipe licio, aliado de Troya.
Supiluliuma: Último soberano hitita.
Solón: Político, legislador y poeta ateniense (aprox. 640-558 a. C.).
*Tarhunza: Mercader hitita en la isla.
*Tashmetu: Mercader de Ugarit, amante de Awil-Ninurta.
Tausret: Faraona en torno a 1190 a. C.
Tindareo: Rey de Esparta, padre de Clitemnestra y Helena.
Títonos: Hermano de Príamo.
Tlepólemo: Príncipe de Rodas, supuesto descendiente de Hércules.
*Tsanghar: Gasqueo, antiguo esclavo; inventor.
Tukulti-Ninurta: Rey asirio, conquistó y perdió Babilonia, posteriormente asesinado (aprox. 1235-1210 a. C.).
Ulises: Príncipe de Ítaca.
Userma-Atre-Setepenre: Ramsés II (1290-1224 a. C.).
Wen-Amón: Sacerdote egipcio, informante de Solón.
*Zaqarbal: De Sidón; mercader en la isla.

4. GLOSARIO

Abasa. (Hitita). Éfeso.
Acaya. (Hitita). «País de los aqueos»; abarca Grecia, las islas egeas y las zonas costeras colonizadas por micénicos-aqueos al suroeste de Asia Menor.
Adaniya. Ciudad de Cilicia (hoy Adana).
Alalach. Ciudad al norte de Siria.
Alashia. Chipre.
Amurru. Pueblo-dinastía de Siria y Palestina, vasallos de Egipto.
Arami. Predecesores de los arameos.
Arantu. Orontes (río de Siria).
Arzawa. Reino de Asia Menor, el más importante adversario occidental de los hititas.
Asia-Assuwa. Originariamente, sólo la región que rodeaba Troya.
ashiu. (Asirio). Hierro meteórico.
Azzi. Principado al norte del reino hitita.

Babilu. Babilonia.
«Bloqueo comercial». Según tablas encontradas en Ugarit, a lo largo de los conflictos que se desarrollaron entre 1210-1185 a. C., los hititas decretaron un embargo contra los asirios y «Acaya», que todos sus vasallos (Ugarit, etc.) estaban obligados a observar.

Canaaní. Autodenominación de los cananeos fenicios, posteriormente también de los cartagineses.
Carchemish. Ciudad en el alto Éufrates, una de las capitales de los mitanni (o hurritas).
Chuatna. Río de Cilicia (en griego Cicnos, hoy Pamuk).
Cítion. Ciudad fenicia de Chipre.
Cólquida. Costa de Georgia.

Dárdano. (Mit). Rey de los troyanos, que por eso en las fuentes hititas también son llamados dárdanos. Estrecho de los dárdanos = Dardanelos.

emettu. (Asirio). Espíritus asirios del inframundo.
Escamandro. Río de Troya.

Gasca. País al nordeste del reino hitita.
Gubla-Gublu. Biblos (ciudad fenicia).
Gunussu. Cnossos (en Creta).
***Guruttis**. Gortina (en Creta).

Hapi. Dios egipcio del Nilo; también el río mismo.
Hattusa. También Hattusas, u otras denominaciones, capital del imperio de los hititas (Bogazkói).

Idiqlat. (Asirio). Tigris.
iqni. Versión ugarita del asirio *uqnu*, lapislázuli de azul puro.
Iknusa. Uno de los antiguos nombres de Cerdeña.
Ilios. Posteriormente Ilión; originariamente, puede que sólo la fortaleza (Acrópolis) de Troya, posteriormente toda la ciudad; según el rey Ilos (mít.).
Yotru. (Egipcio). «(Gran) río» = Nilo.

Kaikos. Río de Asia Menor, probablemente del hitita-luvio kasecha-kaeka. (Véase País de Secha).
Kefti. (Egipcio). Creta (asirio Kaptara).
kibernetes. (Griego). Timonel.
kitun. (Asirio). Chitón, túnica.
Kizzuwatna. (Hitita). Cilicia.

Kupiriyo. Chipre.
Kusch. (Egipcio). Nubia.
Kypros. Chipre.

Libu. «Africanos», libios; o el país situado al oeste de Egipto.
Luvios. Pueblo o grupo emparentado con los hititas, que colonizó casi por entero Asia Menor antes de los hititas.

maryannu. (Asirio-ugarita). «Combatiente en carro de batalla», posteriormente equivalente a oficial.
Masa. País-Estado al nordeste de Troya.
Melcarte. «Rey de la ciudad», en fenicio «dios», a menudo equivalente a Hércules; «columnas de Melcarte» = estrecho de Gibraltar.
Men-Nofer. (Egipcio). Memphis.
Milawatna. Mileto.
Mina. Véase talento.
Misru. (Asírio). Egipto.
Mitanni. (o hurritas). Pueblo y reino del alto Éufrates, posteriormente dividido entre hititas y asirios.
Muqannu. (Asirio, egipcio Myqarmu). «Micenas» sur de Grecia.

País de Secha. País al final del río Kaikos, en Asia Menor (Pérgamon y comarca).
parzillu. (Asirio). Hierro de la tierra (véase ashiu).
Pitassa. (Hitita). Pisidia.
Purattu. (Asirio). Éufrates.

Qadesh. (o Kadesch). Lugar de Siria, escenario de una batalla entre hititas y egipcios (1274 a. C.).
qadshu. (Asirio, ugarita). Oráculo.

Roddu. (Asirio). Rodas.
Rome. (Egipcio). «Humano» = egipcio (plural: romet).

Samri. Río de Cilicia (hoy Seyhan).
sangu. (Asirio). Sacerdote.
sarda/sardanios. Probablemente sardos.
Sequelios. (= ¿sicilianos?). Mencionados en fuentes egipcias como mercenarios y piratas.
shakinu. El «canciller del tesoro» de Ugarit.
shiqlu. (Asírio). Véase talento.
***Shubuk**. Variante ficticia del Asia Menor para Sobek; véase allí.
Sidunu. Sidón.
siglos. (Griego). Véase talento.
Simois. Río de Troya.
siparru. (Asirio). Bronce.
Sobek. Divinidad cocodrilo egipcia.
****sulufu***. Silfión, la planta curativa más cara de la Antigüedad, plantada o cosechada en Libia (Cirenaica), desaparecida desde hace aproximadamente 2000 años tras un largo período de cultivos abusivos.
Suru. Tiro.

Talento. Originariamente, unidad de peso babilónica, aprox. 27-30 kilos, dividida en 60 minas de 60 *shiqlu*/*siglos* cada una en Grecia, después en 60 minas de 100 dracmas cada una. Partes o múltiplos del siglo de plata fueron durante largo tiempo la base de cálculo para el comercio, los impuestos, etc. Las monedas con peso y contenido estándar sólo aparecieron después del año 700 a. C., primero probablemente en Asia Menor (Lidia).
Tameri. (Egipcio). «País» = Egipto.
tamkar. (Asirio). Mercader (bajo «licencia» del correspondiente rey).
Tanayu. (Egipcio). «Dánaos», griegos.
Tirsa. (Hitita). Tarsos; originariamente *Tarkush (?). También Italia.
Tjehenu. (Egipcio). Denominación de los nómadas occidentales («libios»).
«Tratado real». El pacto de asistencia entre hititas y egipcios, firmado aprox. en 1270 a. C.

Ugarit. Hoy Ras Sharnra, Siria; antaño, rico puerto comercial, destruido en la «revuelta de los marinos», alrededor de 1180 a. C. Yacimiento de importantes documentos sobre Historia Antigua política y económica.
ukyanos. Una conjetura sobre el asirio.
uqnu. Lapislázuli azul.
Ura. Varios puertos hititas no localizados con exactitud; en la novela, zona portuaria junto a Tarsa.

Wilusa. (Hitita). Egipcio Wirudja, protogriego probablemente Wilios, identificado a veces por los hetitólogos con Yaliso-Rodas; desde hace pocos años, la mayoría de los autores lo identifican con Troya: (W)Ilios.

Yaliso. Ciudad portuaria de Rodas.
Yalussu. (Asirio). Yaliso-Rodas.